

HQÑ™

ESTOCOLMO DE NOCHE

Caridad Bernal

ESTOCOLMO DE NOCHE

Caridad Bernal

OceanofPDF.com



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2017 Caridad Bernal Pérez
© 2017 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Estocolmo de noche, n.º 178 - diciembre 2017

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagenes de cubierta utilizadas con permiso de Fotolia.

I.S.B.N.: 978-84-9170-541-3

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

OceanofPDF.com

Índice

Portadilla
Créditos
Índice
Cita
Capítulo 1: *Rådhuset*
Capítulo 2: *Saluhall*
Capítulo 3: *Tack för ikväll* (gracias por esta noche)
Capítulo 4: *Vete-Katten*
Capítulo 5: *Sambo, mambo, särbo…*
Capítulo 6: *Jag är vacker*
Capítulo 7: Una noche loca
Capítulo 8: ¡Acelera!
Capítulo 9: Vasa Museet
Capítulo 10: *Next to me*
Capítulo 11: *Midsommar*
Capítulo 12: *Födelsedagshälsningar*
Capítulo 13: Tormenta de ideas
Capítulo 14: El día después
Capítulo 15: El otro Einar Lönnberg
Capítulo 16: El nuevo Spanish Cooking
Capítulo 17: A contrarreloj
Capítulo 18: Ensayo general
Capítulo 19: La inauguración
Capítulo 20: Un regalo inesperado
Capítulo 21: Esas merecidas vacaciones
Capítulo 22: Estocolmo de noche, Estocolmo sin ti
Capítulo 23: Una venganza con sabor agridulce
Capítulo 24: El secreto
Agradecimientos, disculpas y alguna que otra explicación…

Epílogo
Si te ha gustado este libro…

OceanofPDF.com

Nunca se ha de pensar en toda la calle de una vez, ¿entiendes? Solo hay que pensar en el paso siguiente, en la inspiración siguiente, en la siguiente barrida. Nunca nada más que en el siguiente.

Momo (Michael Ende)

OceanofPDF.com

Capítulo 1

Rådhuset

Blanca Blanes permanecía tumbada en el diván con las piernas estiradas y los brazos cruzados en el pecho, esperando que a su hermana le hiciese gracia verla cual momia en Egipto, pero al parecer no estaba de humor para sus tonterías.

Violeta, por su parte, entre resoplidos y chasquidos, intentaba contener su mal genio. No tenía el mejor día para esta clase de visitas familiares. No le sobraba el tiempo, ni mucho menos podía desperdiciar esa tarde precisamente para irse de jarana como proponía "la peque".

–¡He tenido una idea! La mejor desde hace años… –Así había entrado Blanca hacía media hora en la consulta, golpeando la puerta contra la pared y agotando con ese gesto la paciencia de su hermana. Acto seguido, y después de recuperarse del susto, Violeta había puesto los ojos en blanco. ¿No se suponía que había terminado con todos sus pacientes? Pues no, al parecer, aún le quedaba uno.

Sin embargo, esos desplantes a Blanca ya le daban igual: se había propuesto salir de juerga ese día y lo haría ¡Con o sin ella! Y la segunda opción, por descontado, era inadmisible. Básicamente porque sin Violeta no había Dios que entendiese a alguien por la calle. (Y si en algún momento había pensado que el sueco se parecía al inglés, esta visita le había servido para confirmar que lo suyo nunca serían los idiomas.)

Las dos hermanas querían evitar mirarse, pero lo hacían. Se conocían demasiado. A Blanca le resultaba familiar ese entrecejo, le recordaba al de su padre. No era bienvenida en la consulta de la reconocida doctora Violeta Blanes. Pero hoy no había venido hasta allí por aburrimiento. Precisamente no había sido muy agradable para ella tener que aguantar el plantón de más de una hora en ese tipo de salas de espera, le daban repelús. Hoy venía para algo más que disfrutar de su compañía, venía a romper con esa especie de vida monacal que llevaba desde que llegó a esta ciudad. Y a ser posible, celebrándolo con mucho alcohol. ¡Lo necesitaban! Al menos Blanca, que en

lo que llevaba de año había dejado de hacer poco a poco todo lo que merece la pena en esta vida: y al decir todo, es todo. Precisamente hasta lo que estáis imaginando. (Mentes sucias).

Así que hoy Blanca iba a por todas. Se había planchado el pelo con la paciencia del santo Job, para que aquello fuese lo más parecido a un alisado asiático, porque las peluquerías de por aquí tenían precios desorbitados. Cruzaba los dedos para que la humedad no hiciera de las suyas con esos indomables rizos de su nuca, pero por lo demás, estaba orgullosa de haberse ahorrado un dineral. También se había maquillado como no lo hacía desde hacía meses, con un tutorial sobre cómo evitar los brillos en la frente, y echando mano a la bolsa de aseo de su hermana. ¡Violeta guardaba allí el verdadero elixir de la eterna juventud!

–Y es que ocho años de diferencia en una mujer –se quejaba siempre Violeta cuando las dos hermanas se ponían frente al espejo en el cuarto de baño–se notan demasiado. Los hombres, sin embargo, mejoran con el tiempo en todos los aspectos. ¡No es justo!

Aunque lo mejor de este proceso de chapa y pintura era el recién estrenado vestido: disimulaba todas sus innumerables imperfecciones, todas las que su leve trastorno dismórfico corporal inventase. Y eso, para Blanca, era lo más importante. A veces era lo único que le pedía a un trozo de tela, costase lo que costase. Pero esta vez había tenido suerte, no había tenido que tirar mucho de tarjeta para llenar su armario de grandes firmas. En las *rea,* o rebajas de esta ciudad, había verdaderos chollazos que merecía la pena comprar. Piezas con nombre y apellidos. De esas que consiguen el milagro, haciendo que se viera guapa a pesar de la realidad: ropa que disimulaba unas caderas anchas, que nadie más que ella veía; unas rodillas huesudas, que vetaban por siempre a la minifalda; un vientre fofo que no existía, pero que no se cansaba de sentir exagerado; o un escote que nunca parecía demasiado evidente, y que sin embargo con aquel vestido hasta ella misma lo encontraba sexy. ¿Sería el clima? ¿La latitud? Fuera lo que fuese, Violeta lo celebraba. Ya que la cronicidad de su trastorno le resultaba exasperante.

Blanca lo tenía todo previsto. Había calculado cuánto debería tardar toda su sesión de belleza para poder estar allí a tiempo para la *fika* de su hermana: una especie de *brunch* sueco, una costumbre convertida casi en una tradición en el país a la que su hermana era totalmente fiel. Sabía que

ella haría un hueco en su apretada agenda para comer algo, y con toda la confianza del mundo, se autoinvitaría para “fikar” con ella ese día. Se había plantado allí, y tras la salida del último de sus pacientes, se había tomado la libertad de entrar y sentarse de aquella manera tan absurda en su consulta. Sin embargo, la reacción de su hermana no era la que esperada. Apenas un “ah, ¡eres tú!”, y otra vez de vuelta a su mundo. Así que, cansada de esperar un ofrecimiento, fingió ser una paciente más con extraños delirios:

–*Yo tenía una granja en África, al pie de las colinas de*… –En seguida interrumpió su monólogo aprendido el chasquido de un bolígrafo golpeando con rabia contra la mesa de metacrilato.

–Blanca, ¡por favor! –Esa era la típica respuesta de su hermana. Quizás llegaba un poco pronto, pero hoy estaba bastante cansada y no aguantaba otra chanza descarada–. Te pido respeto una vez más hacia mi trabajo. ¡Son personas que sienten y padecen, como tú y como yo! Y me parece mentira que te lo tenga que repetir, cuando lo deberías de saber más que de sobra. ¡Sobre todo tú! –Violeta evitaba en lo posible hacer referencia a su pasado, y tampoco le gustaba demasiado alzar la voz en aquella habitación, pero con Blanca era imposible controlarse. Era como si le gustase provocarla, con esas estúpidas gracias de niña mimada que no hacían reír a nadie. Carraspeó incómoda. Para la doctora no era nada agradable tener a su “hermanita” en su lugar de trabajo, por el mero hecho de que se aburriera en casa sola sin hacer nada. La conocía de sobra, no disfrutaba de su propia compañía. Hasta evitaba verse en los espejos. Pero ella no era la solución a todos sus problemas, de eso ya habían hablado muchas veces…

A Violeta se le hizo un nudo en la garganta al recordar ciertas conversaciones. Debía hacer lo posible para que no regresara todo aquello. Se daba cuenta de que esta situación se estaba dilatando demasiado en el tiempo, y comenzaba a sentir cómo se le iba de las manos. Había que hacer algo, y rápido. Quizás ahora fuese el momento adecuado para encarar el asunto: el toparse de frente con su propio reflejo. Blanca debía madurar de una vez por todas y tomar las riendas de su vida.

Pero aquello que parecía tan fácil de decir, resultaba enormemente difícil de hacer: ella no volvería a sentarse para hablar de sí misma. Blanca ya se lo dejó una vez muy claro a su hermana. Para ella no habría nada de qué hablar, en cambio para Violeta había como para escribir un libro.

Blanca llevaba dos largos años sin visitarla, pero desde que había entrado por la puerta de su casa, había querido hacer como si nada hubiese sucedido. Sonriendo, gastando bromas, interpretando a la perfección su papel de la pequeña y payasa de la familia. Violeta y su marido entendieron de inmediato la situación (que para algo los dos eran psicólogos), y la acogieron como si fuera simplemente una buena amiga que está de paso. Pero esa actitud tan despreocupada solo servía para echar agua en su propia balsa de aceite, no tardarían en aflorar las penas de nuevo a la superficie.

Violeta inspiró hondo: debía hacer reaccionar a su hermana si quería recuperar su rutina, además, se lo debía… Y no era solo una forma de hablar.

Mucho antes de su ruptura con Eloy, ella percibió como una sombra el problema que podría existir entre ellos. Fue justamente en el día de su boda, y fue solo un momento, pero lo que vio no le gustó nada.

Estaba buscando por los pasillos del hotel al amable gerente que les había acompañado en toda la ceremonia, quería darle las gracias por haberlos atendido tan bien y decirle que se hiciera una foto con ellos, cuando le sorprendieron unas risas y el abrir de una puerta a su espalda: de ella salió una de las camareras del convite seguida de su futuro cuñado. La imagen se le quedó grabada a fuego en la retina: él agarrándola por la cintura, y ella intentando zafarse sin mucho esfuerzo de esos brazos que no querían dejarla marchar. Ambos, en definitiva, demasiado ebrios para darse cuenta de su presencia.

En ese momento Violeta se escondió detrás de una columna para no ser descubierta, y a pesar de los más de veinte metros de tul que componían su aparatoso vestido de novia, pasaron por su lado ignorantes de quién estaba siendo el testigo de esa escena. Increíble, pero cierto.

¡Entonces tendría que haber salido corriendo a contárselo a su hermana! Ambas se habrían ahorrado disgustos innecesarios. Después, por culpa de ese fatídico encuentro estuvo demasiado ausente en su propio viaje de novios, pensando si decírselo o no a Blanca, provocando el correspondiente malestar y preocupación en el que acababa de convertirse en su marido:

–¡Es un sinvergüenza! Si la estaba engañando allí mismo con una camarera, ¿con quién más no la habrá engañado ya? ¡Menudo impresentable, no se merece a Blanca ni en pintura! –En eso ocupaba su mente Violeta mientras paseaba por las hermosas calles de Roma, haciendo

de todo menos romántica su luna de miel. Y a pesar de tenerlo todo tan claro con respecto a Eloy, a su vuelta no fue capaz de decirle nada. Sin embargo, había que saber toda la verdad para juzgarla por mantener ese silencio.

Blanca había cambiado radicalmente gracias a él. Antes de conocerlo ella era una chica de difícil trayectoria, por decirlo de alguna manera. Así que no podía levantar esa sospecha sin tener más pruebas. A lo mejor solo eran imaginaciones suyas, o quizás lo hubiese visto mal. No podía tirar una bomba como aquella a su hermana, después del cambio que había dado estando a su lado…

Antes de conocer a Eloy, Blanca jamás había centrado sus objetivos en algo. Había empezado muchísimas cosas, pero siempre había terminado perdiendo el interés. Déficit de atención, dijeron algunos; hiperactividad, otros. Llamadlo como queráis, pero para sus padres, que pensaban que con dos niñas ya era suficiente, lo que les vino después fue todo un torbellino de problemas. (¡Y todo por ponerse a buscar el niño…!).

La pequeña Blanes tenía un expediente abierto demasiado extenso ¿Por dónde empezar? ¿Por la dislexia? ¿Por esa laguna generacional que siempre existía con sus hermanas? ¿Su adicción al tabaco, que había empezado antes de los trece años? ¿Su leve problema con el alcohol? ¿O quizás todo fuese por culpa de una baja autoestima? Blanca lo negaría, pero aquello había sido clave en sus estudios. Siendo la fácil diana para cualquier tipo de burlas en el colegio. Y viviendo en España, rodeada de vecinas metomentodo, tampoco había ayudado mucho la comparación familiar. Todo sumó en su conjunto, agravando aún más su percepción de sí misma, haciendo de Blanca un cuadro demasiado complejo para cualquier profesional.

–¿Por qué no puede ser como sus hermanas, si la hemos criado igual? –se preguntaban sus padres a la hora de dormir, antes de apagar la luz de la mesita de noche.

Como podréis imaginar, conforme iba creciendo, aquella bola llamada Blanca Blanes se fue haciendo cada vez más grande. Y entrar en la adolescencia, desde luego, no le sirvió para ayudarla a enfrentarse a esa mente atormentada. Su padre, por aquel entonces, ya estaba harto. Solo quería que su pequeña se centrase de una vez y estudiase una carrera. Pero su tercera hija no iba a ser otra licenciada más en Medicina.

–¿Qué hay de malo en servir comidas? –pasados los veinte años a Blanca ya no había quien le dijese nada. Así que solo quedaba santiguarse y confiar en algún santo.

Gracias a un exhaustivo seguimiento médico, y tras comprobar que podía desenvolverse cada vez mejor en el oficio que iba aprendiendo, se fue autoafirmando su débil personalidad. Pasados un par de años en calma, todo esto se redujo a un mal sueño, asombrando a todos cuando llegó el día en el que decidió tener un novio. (Y no es porque no hubiese tenido antes pretendientes, sino por su extremada timidez a la hora de intimar. Para Blanca, hasta entonces, no había mayor obstáculo que mostrar su cuerpo). Pero en algún punto de esta historia la niña se convirtió en mujer, dándose cuenta de que el mundo estaba lleno de cosas hermosas por descubrir…

Blanca conoció a Eloy en un curso de restauración. Estuvieron compartiendo apuntes durante toda una semana, y aunque les prometieron un verdadero sombrero de chef al finalizar la última jornada, ninguno de los dos pudo acudir a la entrega de diplomas. Surgieron, ¿cómo decirlo? Mejores cosas que hacer ¡Ahora entendían lo que querían decir con eso de que siempre hace mucho calor en las cocinas! Sin embargo, contra todo pronóstico, aquello no quedó en una mala calentura. Con aquel tipo Blanca consiguió sentar un poco su desamueblada cabeza. Después de algunos años bárbaros dando tumbos, donde hasta llegaron a vivir de okupas después de que su padre se cansase de pasarles dinero para que zanganeasen juntos (y así mismo se lo dijo a Blanca antes de cerrarle la puerta en las narices), tardaron en reaccionar a sus palabras, pero lo hicieron.

Como no podían pedir un crédito, porque nadie quería avalarles, tuvieron que esperar a que la suerte les guiñase el ojo: ese mismo año a Blanca le tocó la lotería de Navidad. Y así obtuvieron la financiación suficiente para abrir un negocio que, después de tres años, les estaba marchando asombrosamente bien. Nadie habría dado un duro por ellos. Ni siquiera su propio padre, cuando abrió “el chiringuito ese”. Pero tras los primeros meses, después de la apertura, Blanca se dio cuenta de que aquello le gustaba. ¡Y se le daba realmente bien! Así que finalmente había frente al espejo una imagen que quería ver todos los días, hasta estaba orgullosa de sí misma: algo que hasta entonces nunca había sentido. De modo que, sin darse cuenta, asumió el mando de aquel local del que era ella la única propietaria. Y junto a Eloy, creyó tener al fin su vida resuelta. Tan

convencida estaba de que este cuento iba a terminar con un final feliz, que se habían comprado juntos una casa, un coche, un perro… y hasta bromeaban con que pronto vendrían los niños.

¿Iba a destruir ahora Violeta todo eso por algo que quizás no fuese lo que parecía? Con Eloy tenía estabilidad en su vida, era y se la veía feliz. Tanto que su hermana ya hablaba de ser madre, cuando para ella era algo todavía tabú. Así fue como Violeta dejó de ser tan valiente por un día, decidiendo no hablar con su hermana de lo sucedido, esperando que todo fuese un malentendido como en las comedias americanas. Quizás fuera una amiga de la infancia… (¡Sí, claro, y quizás el año que viene a ella le tocase a ella el sueldo Nescafé!)

Por eso ahora Blanca estaba aquí con ella: en Estocolmo. Viviendo en su casa, y apareciendo en su consulta cada dos por tres. Por eso Violeta tan solo resoplaba y acumulaba estrés cuando su hermana venía a verla, pero no le decía nada, porque se sentía en secreto enormemente responsable de lo sucedido. Al fin y al cabo, era ella la que había insistido en que se viniera a vivir aquí. Una semana, un mes. Lo que hiciera falta hasta dejar de sentirse tan culpable, hasta verla feliz de nuevo.

–Está bien, está bien, Violeta… ¡pero que conste que he esperado allí fuera como todos tus pacientes! Deberías ser justa y darme a mí también una oportunidad, ¿por qué no salimos a tomar un café y me cuentas algo de sus perversiones sexuales? ¡Quizás encuentres la solución para ellos y me des a mí ideas! –Blanca rogaba un poco de atención en clave de humor, pero su hermana no quería leer entre líneas.

–¡Blancaaa…! –respondió Violeta pidiendo de nuevo un poquito más de seriedad en lo referente a su oficio. Sin darse cuenta, el nombre de su hermana recuperó sin esfuerzo la entonación de otros tiempos, cuando aún eran tres adolescentes en casa con un solo cuarto de baño.

La más pequeña de los Blanes seguía tumbada en el diván, convertida en una verdadera maja de Goya. Tendría hasta sus rizos si hoy no se hubiese alisado el cabello, pero es que a Blanca no le gustaban nada (como todo lo demás que era tan suyo), y siempre los castigaba sin salir a golpe de plancha. De igual modo, esta misma tarde, se habría quitado de cuajo (si hubiese podido) parte de sus muslos, sus hoyuelos, un lunar en la espalda, los lóbulos de las orejas y el ombligo. Una lista demasiado larga para una

chica de veintiséis años, completamente sana (y muy feliz si ella quisiera), pero eso era algo que aún no había tenido la oportunidad de aprender.

Blanca miraba divertida cómo su hermana no paraba de moverse de un lado para otro de la habitación, siempre con el mismo libro en la mano. Sabía que verla allí la ponía nerviosa, pero aquello se resolvía fácilmente saliendo fuera. Ya estaba bien de caminar sola por la ciudad, perderse por esas adoquinadas calles del centro que siempre parecían la misma, quería compartir una tarde con su hermana. ¿Tan raro era eso? Y mientras evitaba arrugarse su más que apreciado vestido, pensaba que para cobrar más de cien euros al cambio por sesión, la señora doctora Blanes ya podía comprarse otro sillón mucho más cómodo para su consulta privada. Estaban en la cuna de IKEA, ¿no? Tanto diseño sueco debía servir para algo. Iba a quejarse a continuación también de eso, pero prefirió callar para no resultar demasiado pesada. Sabía cuánto le cansaban ese tipo de bromas a su hermana.

Blanca siguió esperando veinte minutos más, impaciente por que Violeta terminase. Ella no necesitaba que la analizase, que examinase todos sus porqués para saber qué le estaba pasando: no pretendía eso. Solo quería "fiesta", ahogar sus penas en alcohol. Esa palabra era internacional, y sabía que aquí también triunfaría. Saliendo juntas ya habían hecho de las suyas en su época de estudiantes, y aquí también se iban a reír un rato largo con eso de ser españolas. Ella lo que quería ahora era divertirse un poco, olvidarse de lo mal que lo había pasado. Ahora mismo se sentía muy ajena a todo lo que sucedía a su alrededor, como si la película de su vida se estuviese rodando en chino y encima todos los protagonistas fueran John Malkovich. Nada tenía sentido. Si le preguntabas ahora mismo a Blanca cómo estaba, un maremágnum de sentimientos se agolpaba en su cabeza de tal manera que le era imposible dar con una respuesta clara.

Por un lado, se sentía abandonada, como cuando sus hermanas se marcharon a la universidad, y ella debía seguir estudiando en el instituto y viviendo con sus padres. ¡Qué tragedia le pareció entonces! Se quedaba sola sin sus consejos, sin su ropa ni su tabaco. Nadie le iba a tapar las trastadas que hiciera, y como su padre ya la tenía enfilada desde que encontró un paquete de cigarrillos en su mochila, la amenazaba todo el día con estar pidiendo plaza para ella en el convento de Las Claras.

Por otro lado, veía que aquel engaño había durado demasiado. Dolía comprobar que todo cuanto había vivido había sido una mentira, que no había tenido una relación sincera, que nadie la había amado realmente. Ella, que se había creído tan fuerte a su lado, ahora volvía a hacerse pequeña frente al mundo. Ese enorme vacío mordía en la boca del estómago, hacía daño, y por su culpa volvía a desdibujarse.

No era justo, no lo merecía. Eloy le había demostrado con creces no merecer la pena. Se veía como si en una emboscada hubieran destruido todas sus armas para seguir luchando, de repente le habían robado todas sus fuerzas para seguir adelante. Estaba mental y físicamente derrotada. Había confiado tanto en alguien que había significado mucho en su vida, y tras conocerlo ahora realmente, era incapaz de verse a sí misma. Prefería tapar su reflejo con una sábana y seguir viviendo la vida loca, como una nueva Dorian Gray. No quería seguir sintiendo ese dolor, ni verse tan perdida dentro de su propio cuerpo.

Quizás hablar del asunto era la única manera de sacarla de donde estaba, aunque no la llevase a ningún sitio en concreto. Habría que dejar las bromas a un lado y dar un primer paso hacia la reconciliación consigo misma, ¿y quién mejor que su hermana para ayudarla a conseguirlo? No era la primera vez que hacía esto, así que ya sabía cómo era el procedimiento.

–¡Está bien, está bien, hermanita! Si lo que quieres es seguir trabajando, ¡trabaja! Pero entonces añade un nuevo nombre a tu carpeta de pacientes, escribe Blanca Blanes, ¿la conoces?

–¡Blanca, por favor! No digas tonterías.

–Pero es que yo no soy ninguna tontería. No quieres salir conmigo, pero tampoco quieres ayudarme. ¿Entonces para qué me invitaste a venir aquí? ¿Para que me tirase a un canal y me ahogase? ¡Deja de dar vueltas por tu consulta y vente conmigo! Yo invito, de verdad, al menos a la primera… ¡Y como te atrevas a decirme otra vez que tienes demasiado trabajo, le digo a tu marido que estuviste con tres tíos en una misma noche!

–¡Y dale! Que no fueron tres, fueron solo dos… Y ni te molestes, ¡Casper ya lo sabe! –dijo Violeta, intentando mantener los nervios en calma, resoplando al imaginar que la tarde se le iba a hacer realmente larga.

–Ah, ¿sí? ¡Joder, qué modernos sois! ¿Y qué te dijo? ¡No me lo digas, no me lo digas! Tu Rufus seguramente ni se inmutó… O peor aún, quiso saber

más y te empezó a hacer preguntas. ¡Oh, sí!, ya lo veo en plan freudiano. Contrastando su opinión con la tuya, ¿a que sí?

–¡Casper!… –cortó Violeta a su hermana bruscamente–. Te repito por octava vez que mi marido no se llama Rufus, sino Casper. Y, como vuelvas a equivocarte, te doy una colleja como las que nos daba papá, ¿de acuerdo? –Violeta había agotado toda su paciencia. Con ella no había método que valiese la pena.

–Es que, Violeta, ¡tu marido tiene el nombre de un fantasma de dibujos animados! No me extraña que él también sea psicólogo, ha debido de pasar su infancia entre consulta y consulta para superar eso… ¿Cómo se puede ser tan perverso con tu propio hijo?

–Casper es un nombre muy común por esta zona, ¡y a mí me gusta!

–¿Y en la cama como lo llamas? ¿Caspi? Mmm, Caspi, cariño, ¡hoy no, que me duele la cabeza! –dijo Blanca imitando la voz de su hermana en actitud coqueta.

–¡Blanca! –y después de un nuevo grito autoritario, Violeta añadió, queriendo ver zanjado el asunto–: Aquí también es costumbre ser respetuoso con el tiempo de los demás, ¡algo que me encanta de los suecos!

–¡Por supuesto! Y yo te respeto, hermanita. Pero que sepas que con esa pinta de calzonazos que tiene tu marido, le pega más el nombre de Rufus. –Inmediatamente después de decir eso, Violeta agarró con fuerza el bolígrafo y se lo imaginó lanzándoselo a su hermana para clavárselo en un ojo, con el correspondiente chorrete de sangre a presión incluido. Violeta Blanes, la nueva Mamba Negra.

–Mira, Blanca, tengo mucho trabajo atrasado y me gustaría ponerme al día, esta tarde no voy a poder salir contigo a tomar nada. ¿Lo entiendes ahora o te lo digo en sueco? –dijo al fin la buena de la doctora Blanes, evitando ser muy dura con ella. Pero como en el pasado, no bastaría con una simple negativa.

–¡Vale, vale! Pero piensa un poquito en mí. Yo nunca, repito, nunca, me hubiese imaginado que viviría algún día en una ciudad como Estocolmo. No me ha llamado jamás la atención, incluso después de que te casaras con tu vikingo y os vinierais a vivir aquí, no me interesó ni lo más mínimo. Para ti puede ser una mina de oro, claro, con tantos suicidios… pero, seamos sinceros, ¿a quién se le ocurre venir a vivir aquí? A veces pienso que sí se pone el sol realmente. Solo que esperan a que nos durmamos para hacerlo.

Porque, ¡venga ya! ¿Quién va a creerse eso de que nunca se hace de noche durante el verano? Seguro que es una milonga que cuentan los suecos para que vengan más turistas… Sin duda, alguien tiene que investigarlo. He pensado en dedicarme plenamente a ello, pero durante estas semanas no he conseguido aún ninguna prueba de su estafa.

–Bueno, en realidad llevas aquí más de dos meses, Blanca. ¡No solo unas semanas! –murmuró entre dientes la suspicaz Violeta.

–¡Disculpe, doctora! ¿Acaso no he pagado de sobra mi estancia? –Blanca se mofaba entonces de lo que había traído consigo a modo de contrabando: jamón serrano, lomo embuchado, aceite de oliva virgen extra, vinos y un surtido de postres caseros. ¡Toda una cesta de Navidad escondida entre su equipaje! Y menos mal que en el aeropuerto no se les ocurrió pedirle que abriera la maleta. Con eso Blanca había calculado que podría alargar su visita hasta finales de septiembre, tiempo suficiente para pensar qué iba a hacer con su vida, pero al parecer sus cálculos habían fallado. Su escandinavo cuñado y su propia hermana parecían estar impacientes por verla marchar: ¿por qué tendrían tanta prisa? Al parecer había consumido el tiempo de estancia prudencial para las visitas según los norteños. Así que, si no quería acelerar el proceso de vuelta a España, debía tener mucho cuidado con sus argumentos–. En este tiempo, hermanita, he empezado a apreciar las pequeñas cosas de la vida. Cosas que antes simplemente me habrían pasado desapercibidas. –Blanca guardó una pequeña pausa para pensar muy bien en lo que iba a decir a continuación; después añadió: –Estocolmo, por ejemplo, es una ciudad lo suficientemente distinta para que muchas cosas te sorprendan, pero a la vez tan cercana al resto de Europa que puedes disfrutarla sin problemas. ¡Como coger el metro o *tunnelbanana*, por ejemplo!

–*¡Tunnelbanan!* –corrigió Violeta con un perfecto acento, levantando la ceja por encima de la montura de sus gafas; ¿la estaba oyendo bien? ¿Su hermana había intentado aprender algo en sueco? ¿O quizás fuera una estratagema de las suyas, fingiendo ese repentino interés por la ciudad? Observó cómo se había quitado los zapatos (que, por cierto, eran suyos) y ahora sus pies descalzos reposaban sobre el brazo del sofá. Inspiró muy hondo de nuevo, ¡ni en Lourdes se podría hacer nada con esto! La dejaría seguir hablando: hasta en las mentiras se puede descubrir algo de verdad.

–Eso es lo que yo he dicho, ¿no? A lo que iba, me alegro muchísimo de haber hecho caso a tu consejo de hacer una visita turística por las paradas del metro. Hace poco empecé mi particular ruta por Rådhuset: ¿sabes cuál te digo? ¡Bueno, tú claro que lo sabes, debes haber estado allí cientos de veces!

–Tampoco te creas, a veces ni siquiera cojo el metro: si hace bueno vengo aquí en bici, como hoy, por ejemplo. Pero sé de qué estación me hablas… y dime, ¿qué te ha parecido? –preguntó Violeta con curiosidad, pues hasta ese momento su hermana no le había dicho nada de esa ruta turística. Y como daba por hecho que no iba a poder seguir trabajando, se aplicó sin más remedio el refranero: si no puedes con el enemigo, ¡únete a él! Al final Blanca siempre conseguía lo que se proponía.

–Impresionante. Nada más llegar allí me puse a buscar el móvil como una estúpida para hacer una foto, y después he descubierto por Internet cien mil fotografías mejores que la mía… ¡Qué pardilla soy! Con estas cosas a veces me doy vergüenza de mí misma, de lo inocente que puedo resultar en algunas ocasiones.

–A mí continuamente me das vergüenza ajena… –bromeó esta vez Violeta, provocando una falsa carcajada en su hermana menor. El humor era un escudo que ambas utilizaban con demasiada frecuencia.

Pero a pesar de las ironías, para Blanca estaba siendo un pequeño triunfo. No había copas de por medio, pero al menos estaba hablando con su hermana. Desde que había llegado aquí no había podido tener una buena conversación con ella: que si citas imposibles de anular, clases en la universidad, ¡incluso tenía un espacio propio en un programa de radio local! Aquello era el colmo. Blanca se alegraba mucho del éxito de su hermana mayor en esta ciudad, al parecer tan necesitada de sus servicios, pero ahora la que la reclama de veras era ella: ¡su propia sangre! Y había tenido que llegar al punto de tener que decir su nombre a la secretaria que tenía en la entrada, para que lo apuntase en la agenda. Lo dicho: abandonada. Se sentía muy abandonada, y no era por casualidad.

Como en los viejos tiempos, cuando jugaban a ser mayores, Violeta siguió escribiendo anotaciones mientras su hermana hablaba sin parar. Quería terminar unos expedientes antes de irse a casa, pero en realidad estaba más pendiente de las tonterías de Blanca que de su propio trabajo. La palabra “desengaño” estaba en letras grandes encabezando sus

pensamientos sobre ella, y de allí salían varías flechas que terminaban en otras palabras: “pérdida de confianza”, “inseguridad”, “miedo a la soledad”, “tristeza”, “¿recaída?”… Fue entonces cuando se dio cuenta de que su hermana guardaba silencio, así que añadió en seguida–: Pero volvamos a Rådhuset, ¿qué fue lo que más te gustó de ella?

Blanca se mantuvo callada unos segundos más. Aquello le había quedado muy profesional a su hermana. No, desde luego esta conversación no era ninguna cháchara, realmente Violeta podría estar haciendo ahora mismo terapia con ella: no es que se quisiera suicidar ni nada parecido, pero casi. Así que no era del todo descabellado estar tumbada en ese sillón tan fulero.

–Recuerda –interrumpió de nuevo la psicóloga, ya un poco más metida en su papel–, ¡lo primero que se te pase por la cabeza!

–Síií, ya sé. ¡Ya sé! ¡Recuerdo todo ese rollo vuestro, doctora! La primera vez que visité Rådhuset realmente me sentí como si estuviera descendiendo al mismísimo infierno. Fue un poco pesadilla, la verdad. Y confieso que sigue dándome algo de respeto pisar esa parada. Para mí ese juego de luces sobre la piedra maciza, el contraste de ellas con la señora escalera mecánica, me pareció una pasada. Todo ese contraste me sobrecogió un poco. No sé, creo que no soy capaz de explicarlo muy bien. Pero fue en definitiva una maravilla subterránea que no me esperaba para nada, y precisamente gracias a ella empezó mi afición por descubrir las joyas del metro de Estocolmo. Así que estoy visitando casi a diario una parada diferente: haciendo que en esta ciudad el simple hecho de tener que coger un simple *tunnelbanan,* me llene de ilusión como cuando éramos niñas. –Y Blanca le demostró a su hermana poder pronunciar aquella palabra en sueco casi aún mejor que ella.

–¿Hablas en serio? –preguntó Violeta, porque no creía nada de lo que estaba oyendo. Su hermana se giró en redondo para que viera su cara y sonrió de oreja a oreja.

–¡Pues claro! ¿Por qué te iba yo a mentir? –Y la respuesta no pudo ser más evidente.

–¡Me parece genial! –dijo la psicóloga un poco molesta por su falta de sinceridad–. Eso está muy bien, que te vayas adaptando a esta ciudad. Pero recuerda que aquí no está tu meta, sino que es el medio para encontrarla. Estocolmo fue la ciudad donde yo pude hacer mi sueño realidad, pero estoy segura de que tú tienes uno muy distinto. No obstante, vas por el buen

camino… ¿Cómo dijiste? ¡Aquí estás aprendiendo a apreciar las pequeñeces de la vida!

–¡No son pequeñeces! –respondió Blanca, ahora bastante enfadada por aquella respuesta de su hermana: ¿y qué pasaba si quería echar raíces aquí ella también? ¿Es que la ciudad era demasiado pequeña para las dos, vaquera? No estaba dispuesta a dejarse manipular tan fácilmente. Otra vez no. Puede que últimamente no hubiese hecho más que seguir malos consejos: montar un negocio con su pareja, dejar que él contratase al personal sin pedir su opinión, o confiar sus ahorros a manos del que creía era el hombre de sus sueños. ¡Pero ya era hora de decir basta! A partir de este momento ella sería la única que tomaría las decisiones importantes en su vida, que para eso ya había pasado el cuarto de siglo. Así que ella sería la única responsable de lo que le sucediera: para bien o para mal. Con esta rotunda conclusión en su cabeza, y un cabreo de mil demonios, prosiguió con más interés aún en demostrar a su hermana su verdadero punto de vista–. Violeta, hoy en día ya no basta con tener tiempo para hacer cosas, sino que también hay que saber apreciarlas. Pasear, por ejemplo. Conocer la ciudad que te ha acogido y descubrirla. ¡Algo tan sencillo como eso! O ya no te pido tanto: solo ir a tomar un café con tu marido un día. Por casualidad, ¿le has preguntado alguna vez qué tipo de té le gusta? ¡Pues hazlo! Porque tienes la casa llena de hierbas que le dan angustia. Y si aún no lo sabes, es porque no pasas ni cinco minutos con él. –Violeta se sintió muy dolida por aquella frase, en parte porque tenía toda la razón del mundo. En los últimos meses había estado tan ocupada que ya no se acordaba de cuándo había sido la última vez que compartió mesa con su marido. Pero siguió escuchando a su hermana sin decir nada, dándole la oportunidad para expresarse y que sacara fuera todo lo que se estaba pudriendo en su interior–. ¡Lo siento! No debería haber dicho eso. –Blanca hipó una vez, escondiendo su rostro entre las manos, y fue la primera señal para su hermana de que estaba llorando.

–Ehh, eh. Blanca, vamos… no te pongas así, ¡que no es para tanto! Aunque me cueste admitirlo, esta vez tú tienes razón. –Violeta quiso sofocar su llanto, quitándole hierro al asunto, mientras se levantaba de la mesa en su dirección.

–¡No, ya lo sé! –dijo, descubriendo su rostro recompuesto, dando señales visibles de que no hacía falta acudir en su ayuda–. Solo es que me doy

cuenta de la suerte que tú has tenido, y no quiero que se te acabe. No olvides que esas cosas cuesta mucho tenerlas, y ya sabes que no hablo de dinero… Yo ahora lo he entendido, y me resulta increíble que desperdicies todo lo que tienes aquí por el puñetero trabajo. Violeta, disfruta un poco, ¡porque estoy segura que no lo haces desde hace muchísimo tiempo!

–¿Por qué dices eso, Blanca? –preguntó Violeta, confundida por las respuestas de su hermana–. ¿Piensas que mi matrimonio está en peligro? ¿Qué te hace pensar eso? –En realidad seguía el análisis, a pesar de que las preguntas no fueran dirigidas directamente hacia ella.

–¿Tú qué crees? –dijo Blanca, quitándose con sumo cuidado unas lágrimas solitarias que iban a resbalar por sus mejillas. Lo último que quería era emborronarse la cara, con lo que había tardado en maquillarse…

–¿Lo dices para hacerme daño? ¿Es que quieres sembrar en mí la duda? Lo haces por eso, pero no lo crees realmente. ¡No la vayas a pagar conmigo cuando lo único que pretendo es ayudarte! –replicó Violeta, bastante impresionada por aquel cambio de humor. Hasta la fecha, para ella y su marido, Blanca no había salido de la casa en todo este tiempo. Y ahora iba a resultar que estaba escribiendo una guía de supervivencia por la ciudad, con moralina y todo. Ella se estaba sobreponiendo silenciosamente, pero quizás ya era hora de darle un último empujoncito.

–¡Qué nórdica te has vuelto! ¿Te das cuenta? –cortó Blanca a su hermana, sabiendo que no le gustaba nada que le dijeran eso–. Yo al menos te aviso de que vas hacia el iceberg antes de que te estrelles, no como tú, que me lo dices cuando ya estoy con el agua al cuello –explotó Blanca levantándose del diván y mirando de nuevo a su hermana, que había vuelto a sentarse en la mesa de su consulta–. Ya no soy una niña, ¿entiendes? No me ha dejado mi novio del *insti* en el portal de casa. No estoy llorando porque me hayan quedado siete asignaturas para septiembre. Siempre me has tratado como si me hubiese buscado todo lo que me estaba pasando, pero ahora yo no buscaba otra cosa que ser feliz. ¡Y tú que lo tienes todo, no lo eres! Cuando entras en casa ni siquiera besas a tu marido, sigues sin querer oír hablar de niños, y prefieres pasar la noche delante del ordenador que viendo la tele tumbada a su lado. ¿Quieres que te diga más para saber cómo va a terminar esto?

–¡Blanca! Te estás pasando… –Violeta se levantó de un brinco, dando un manotazo en la mesa, harta de escuchar las sandeces de su hermana. Si

pretendía hacerle daño con sus palabras simplemente por la rabia que sentía en su interior, lo estaba consiguiendo de veras.

–Espero que tengas razón, ¡hermanita! Pero no te molestes, no me voy a quedar más en tu casa para comprobarlo. –Blanca cogió su bolso y, en un movimiento rápido, se lo puso en el hombro–. Me voy ahora mismo a buscar un piso. ¡Adiós!

–Blanca, ¡espera! No seas niña, no te vayas así. Siento si me he puesto a la defensiva, ¡hablemos! –Pero Blanca ya había salido dando un portazo, dejando a su hermana pensando en qué momento de la conversación se habían torcido las cosas. Vio sobre su mesa una hoja escrita con su letra: allí estaban las palabras entrelazadas mediante flechas que había imaginado en su cabeza, y escribió una última más en mayúsculas: “SOLEDAD”.

Cuando Violeta visitó por primera vez Rådhuset, la sensación que había provocado aquella parada de metro había sido totalmente diferente a la de su hermana: para ella era un símbolo de modernidad, una prueba de que en esta ciudad se pensaba diferente, que había tomado la decisión correcta al venirse allí para vivir con su pareja. Aquel día Casper había quedado con ella en esa estación para buscar casas, y esa misma tarde encontraron la suya. De modo que cada vez que volvía allí, se le iluminaba el rostro. El recuerdo de todas aquellas emociones del inicio de su vida en común, de sus primeros pasos en esta ciudad y en su carrera profesional, todo volvía a ella con solo bajar unos cuantos metros bajo el suelo. Así que, sin lugar a dudas, Estocolmo era una ciudad totalmente distinta para Blanca.

OceanofPDF.com

Capítulo 2

Saluhall

Caminar era lo más parecido a un deporte que Blanca podía realizar gratuitamente estos días, sin necesidad de ningún permiso especial, y que había terminado convirtiéndose en un pasatiempo casi terapéutico para ella. Aquí, incluso para ir a un gimnasio medio decente, necesitaba una acreditación especial: el *personnummer*, que, como su propio nombre indica, no es más que un número de diez dígitos que se solicita en la oficina de impuestos y que da acceso a numerosos servicios para una vida cómoda en Suecia: desde darse de alta en Internet o el gas, a poder firmar un contrato de alquiler o matricularse en un gimnasio.

Al salir de la consulta de su hermana, Blanca se puso a andar lo más rápido que sus zapatos de salón le permitieron. Estaba seca, realmente necesitaba un trago. Tenía que pensar en lo que iba a hacer a partir de aquel momento, recapacitar sobre su precipitada decisión de irse a vivir sola.

Ya había visto de casualidad los precios de las viviendas en alquiler, y casi se había muerto del susto. Estaba en plena capital del norte de Europa, ¿qué quería? ¿Un *loft* de soltera con vistas al Gamla Stan?

Debía de ser realista y empezar a buscar por los suburbios, y aun así no podría evitar tener que vivir con más gente. Aunque aquella idea no le desagradaba por completo, ¡todo dependía de las personas que hubiese en el piso! Así que debería ponerse en seguida a buscarlo, pero de nuevo Blanca se encontraba con su eterno problema: el idioma. Cualquier anuncio, cualquier cartel, ¡todo estaba en inglés o en sueco! Jamás conseguiría encontrar un piso ella sola.

De pronto, al llegar a una esquina, alzó la vista a un edificio totalmente enladrillado y leyó: *Saluhall*. Había llegado al típico mercado de la ciudad, y ni siquiera había echado un solo vistazo al mapa. Iba a entrar para visitarlo cuando llegó hasta sus oídos la letra de una canción que le resultó familiar: era el *Stay* de Rihanna, cantado a capela por una chica rubísima,

que para nada aparentaba tener esa voz de góspel que estaba deslumbrando a todos los que pasaban por ahí.

Blanca se acercó un poquito más a la cantante, absorta en sus propios pensamientos, intentando traducir cada párrafo de aquella amarga canción en momentos vividos. Había mucho más dolor en aquella versión que en la original, haciendo que cada estrofa cobrase un nuevo significado para ella. La joven permanecía con los ojos cerrados, quizás para poder sentir cada nota aún más, convirtiendo en esclarecedora una canción que no había significado nada antes en su vida.

Eloy también suplicó que se quedara la última vez que estuvieron juntos, después de decirle una y mil veces que había sido un error, su único error. Blanca incluso creyó posible perdonarlo. Se vio capaz de pasar por alto aquel desliz, a pesar de haberlo descubierto ella misma entre las piernas de la "simpática" camarera que habían contratado hacía apenas unos meses, pues eso era lo que siempre decía cuando hablaban de ella, de la nueva: ¡que era muy simpática con la gente!

En ese último encuentro, tan doloroso para los dos, dijo tantas veces que no podría seguir adelante sin ella, que hasta dudó en romper su relación laboral. Ella no quería desprenderse del Spanish Cooking, aquel restaurante era como su hijo. Lo había visto crecer, y con él se sentía completa. Pero por otro lado se sentía incapaz de seguir llevándolo sola, y tampoco quería cerrarlo. Si Eloy lo quería, sería para él. Haría lo que fuera con tal de que no echasen la persiana a su pequeño.

Blanca no podía soportar esa situación, porque verle a él sufrir le estaba ablandando el corazón, y no quería arrepentirse y acabar por cambiar de decisión. Pero una mentira nunca vive para hacerse vieja. Fue al abrir uno de los cajones de su cuarto de baño cuando se acordó. Días atrás había descubierto un coletero que no era suyo junto al cepillo, y en aquel momento no quiso darle la menor importancia, pensando que seguramente Eloy lo habría encontrado por el restaurante y lo habría puesto allí. Pero, pensándolo mejor, tampoco hubiera salido de él hacer algo así. Más bien le habría preguntado si era suyo, o lo habría tirado a la basura sin el menor reparo, porque aquello eran simplemente "cosas de chicas". No era muy cuidadoso que digamos: no para ir al baño, abrir un cajón y meter allí algo tan pequeño y sin importancia.

¿No sería de la “simpática” esa goma negra de terciopelo? Seguramente fue un descuido suyo, o una manera muy sutil y malévola de marcar su territorio: lo segundo le pareció lo más acertado para una mujer que se sabe la amante en esta relación.

Ella habría estado ahí, en su casa. El tiempo suficiente para estar con su novio y registrar en sus cajones. La “simpática” había puesto premeditadamente el coletero allí, donde Blanca no guardaba los accesorios del cabello, porque así descubriría fácilmente que ella había estado en ese mismo cuarto de baño: mirándose al espejo mientras él la devoraba por detrás. Solo otra mujer haría algo tan mezquino como aquello, para que ella fuera la única en darse cuenta.

–¿Te crees que yo soy tonta, o qué? –le gritó de repente apartándolo a un lado ¿Y cuántas veces habría sucedido? ¿Cuántas veces se habrían acostado en su cama? Blanca había vivido hasta ese momento en un mundo muy distinto al de Eloy. Ahora descubría que no solo le había sido infiel una vez, sino que además la había estado tomando por una estúpida desde hacía tiempo. Y debía serlo, una tonta de remate, porque no se había enterado de nada.

Su cabeza se había llenado con otras preocupaciones: los menús, el pedido de servilletas que no llegaba, el tiempo que tardaban en un servicio completo. Cada día su pequeño restaurante se llenaba más y más, y ya no era solo algo anecdótico de los fines de semana. Por eso se había volcado tanto en él. Desde la primera vez que opinaron sobre ellos en un periódico local, habían conseguido muy buenas críticas. Y hasta tenían una clientela fija al mediodía con un menú de doce euros (café y postre incluidos). Gracias a sus ideas comenzaron a ser rentables en menos de un año, y en seguida empezaron a solicitarles más platos en la carta. Desde que abrió el Spanish Cooking no había habido otra cosa en qué pensar. Su ilusión hacia aquel proyecto la había convertido en alguien responsable y disciplinado. Blanca no se reconocía ni a ella misma. Diariamente motivaba a los miembros de su equipo, que agradecían su dedicación y esfuerzo. Así que Blanca, no queriendo perder el control de la situación, decidió dividir el trabajo: Eloy se encargaría del personal y las facturas, y ella del resto de la gestión. Ahora Blanca se daba cuenta de su grave error: ¿y si también le había engañado con el dinero de la caja?

Pero ya daba igual, para ella como si se hubiese llevado toda la recaudación de la semana. Le bastaba con saber que su novio era un caradura del que no podía creer ni una sola palabra, ni tan siquiera mirarle a los ojos. Y ahora se preguntaba cómo había podido hacerlo todo este tiempo. Cómo había sido tan cruel para engañarla mientras ella estaba durmiendo a su lado:

–¿La trajiste a casa? –le preguntó furiosa. Para Blanca ya no tenían ningún valor sus palabras, pero quería saber hasta qué punto le había mentido a la cara.

–¿Qué? –Eloy no quiso entender la pregunta.

–Lo hicisteis en la cama, ¿verdad? ¡En nuestra cama! –El chico la miró asombrado, casi alucinando al entender que había sido capaz de adivinar la realidad. Entonces lo vio claro: Blanca nunca más volvería con él. No valía la pena gastar más saliva. Y sintiéndose rechazado por primera vez, decidió confesarlo todo. Queriendo herirla con la pura verdad. Le contó que hubo otras veces, otras chicas, y solo entonces Blanca pudo hacerse una idea del tipo de hombre con el que estaba compartiendo su vida: había estado durmiendo, viviendo y trabajando con un mentiroso profesional. Que había sido capaz de fingir su amor cada día por simple comodidad.

–¡Basura! ¡Eres pura basura! –le dijo mientras lo golpeaba tirándole fotos y trastos de la casa que tenían en común hasta ese momento.

Después de la pelea más grande de la historia, entendió todavía más cosas: Por eso tantas visitas repentinas a los proveedores porque, según él: “así le hacían un precio especial”. Por eso salía pitando cada vez que sonaba su móvil y nunca le dejaba verlo. Por eso quería saber siempre a qué hora iba a volver a casa… ¿Por qué nada de eso le hizo sospechar antes de él? Había sido sumamente torpe al entregarse tanto. ¡Le había dado todo en realidad! Su cariño, su amor, su dinero, hasta su cabeza y sus brazos para trabajar al máximo cada día. Y él ni siquiera era consciente de cuánto daño le estaba ocasionando ahora, porque no solo era una ruptura sentimental. También tenía que decir adiós a un trabajo en el que por fin estaba disfrutando, en el que se había encontrado a sí misma.

A partir de ahora, volvería a estar perdida…

Ya en el coche de vuelta a casa de sus padres, Blanca revivió más de cien veces el momento en que los descubría besándose hambrientos en el almacén. La “simpática” sentada en el arcón congelador, atrapándolo con

aquellas larguísimas piernas, vestidas siempre con esos cortísimos *shorts* que más de una vez pensó en prohibirle. (Chicas como esa no sabían lo que era ocultar su propio cuerpo, pasar delante de un espejo sin mirarse…). Ahora todo aquel infierno volvía a ella y se hacía mucho más real. Todo volvía a ser igual de frágil que antes.

Porque cuando nunca ves la luz, es difícil saber cuál de los dos está hundiéndose…, decía la canción que estaba cantando esa chica a las puertas de un mercado en Estocolmo. En realidad, ella no fue la culpable, ni siquiera él. Blanca vivía una mentira muy grande si pensaba que con ese hombre podía formar una familia. Lo mejor había sido haberlo descubierto a tiempo.

Blanca iba a dejar unas monedas a la solista anónima que le había vuelto a abrir aquella herida en el corazón, como todos habían hecho antes al pasar sin detenerse, pero de repente ella se adelantó hacia nuestra protagonista. Cogió su mano entre las suyas y cerrando sus dedos en un puño le dijo en inglés:

–*You already paid me*! –Y con un gesto mímico hizo como si secara las lágrimas de su propio rostro. Blanca sonrió al comprender lo que le quería decir, estaba llorando como una magdalena delante de toda aquella gente, y todo por lo que una canción le había hecho sentir. Sin embargo, era justo pagar esa magnífica interpretación. Así que, llevándose primero el puño donde estaba el dinero a su corazón en un ademán de respeto, se lo entregó después diciéndole en su mejor inglés:

–*Thank you!* –y la cantante lo aceptó, finalmente muy agradecida.

Después de recordar todo aquello, el sentirse triste la enfadaba aún más. Por eso quería salir por ahí, conocer a alguien y reírse un poco. ¡Le hacía tantísima falta!

De nuevo sus pies, a pesar de llevar unos tacones de nueve centímetros, habían decidido seguir adelante. Aquel dolor no era nada comparado con el que había en su corazón: esta noche seguro volvería a llorar en la ducha, para que ni siquiera su hermana la pudiese oír. Y mientras se perdía por la ciudad, comprendió que aquello la estaba superando.

No había querido luchar ni por un céntimo de su patrimonio, ni por una casa pagada en común, ni por su derecho a quedarse con el negocio, ni siquiera por el pobre perro que había sido el único testigo de su cruenta pelea: nada. Solo había querido huir como una cobarde, para no enfrentarse

más con aquel hombre que tanto la había herido. Había cogido el dinero de la inversión inicial, ni la quinta parte de lo que le pertenecía, y se había comprado un billete para Estocolmo.

Y ahora, ¿qué se suponía que hacía aquí?

Estocolmo era una ciudad de ensueño, pero la ciudad en sí no podía abrazarla desinteresadamente. Tampoco tenía unas manos que secasen sus lágrimas cuando no pudiese dejar de llorar como ahora. Ni siquiera la hermana de Blanca, que sí las tenía, parecía saberlas utilizar.

Solo le quedaba el consuelo del turista: viendo con ojos nuevos todos aquellos paisajes, atravesando los múltiples canales, reflejándose en ellos al pasar. A cada paso que daba, la ciudad comprendía su estado de ánimo, y la reconfortaba en su ruta a través de sus estrechas calles. Como una gallina que arropa a sus polluelos. Mientras caminaba, se repetían en su cabeza como si fuera una moviola todas esas conversaciones del pasado que parecieron tan tontas en su día; o peor aún, las que nunca tuvo con Eloy. Las veces que por trabajo no respondió a esa caricia, o no quiso atender a sus mimos. Todavía le resultaba increíble pensar que cuando más cerca estuvo de él, más alejado lo tenía en realidad…

Por Dios, ¡qué error más grande habría cometido si se hubiera quedado embarazada!

Cruzó los parques y puentes de *Stockholm* con el único objetivo de apaciguar la pena que sentía por sí misma. Había que ponerle fin a esta situación. Este estado de letargo en el que se había acomodado no era nada sano ni podía perdurar mucho más tiempo. Estocolmo, mientras, escuchaba y oscurecía con sus pensamientos. Blanca había leído en una guía que la llamaban la Venecia del Norte, pero la capital de Suecia tenía mucho más carácter. A su parecer, el mayor atractivo de esta ciudad no solo residía en el agua que se interna por sus entrañas y la separa… ¡era mucho más! Como esas fotos en sepia, con cierta nostalgia en sus paisajes. Mostrándose bella como una abuela que tiene muchas batallas que contar: en cada adoquín del suelo, en cada casa recién pintada de color diferente, todo ese paisaje había visto antes a otras mujeres como ella. Con el corazón roto, y sin embargo haciendo todo lo posible para seguir adelante.

Las mesitas de los restaurantes al borde del canal le recordaban la terraza de su propio local, ahora todo eso debía dejarlo atrás. Debía cambiar radicalmente de vida.

Estocolmo era muy comprensiva: entendía cualquier idioma que se le hablase, y acogía con elegancia a todos en ella. Tan cordial como una buena vecina, de esas que riegan cada mañana las flores de su ventana. Sin lugar a dudas, Blanca se estaba enamorando poco a poco de esta ciudad. Estaba sirviéndole de mucha ayuda, así que estaba decidida a verla cambiar a lo largo de un año. Aunque Violeta dijera que el invierno era muy duro aquí, no lo sería más que su propia vida. Con esa prórroga tendría tiempo más que suficiente para recuperarse. Tomar un nuevo rumbo a su vida, y olvidarse de todos sus fantasmas. Pero… ¿dónde trabajaría si solo hablaba español? Debería ir urgentemente a una academia.

Con aquella idea en la cabeza se hallaba ahora justo en el centro de Östermalm, la zona más cara de la ciudad. Allí cualquiera que se cruzaba con Blanca podía pasar por un modelo de pasarela: hombres o mujeres. Y al estar rodeados de los comercios y restaurantes más exclusivos, casi todos vestían de traje chaqueta o similares, olían de maravilla y parecían sacados de un anuncio de *aftershave*.

Blanca podría haber elegido irse de travesía por el canal Real y visitar el parque de Djugarden, algo que siempre tenía pendiente en la agenda del día. Porque si lo que quería era ver belleza salvaje y en estado puro, aquel habría sido un claro ejemplo. Pero este tipo de naturaleza humana que estaba rodeándola ahora mismo, también era hermosa, y le elevaba más el espíritu. Inconscientemente, ella ya sabía lo que necesitaba para animarse.

De repente, empezó a sonar en su cabeza la flauta ocarina con la que arrancaba un éxito de los ochenta: *Can I touch there?* Esa canción, más propia de sus hermanas treintañeras que de ella, durante años solo había significado una cosa: “tío bueno a la vista”. Pues sí, muy a su pesar, Michael Bolton se había convertido en un radar acústico muy personal. En una señal de alarma que indicaba que a muy pocos metros de allí había un verdadero ejemplar del género masculino. Así que solo debía levantar la vista y buscar a su alrededor para encontrarlo. Era como un superpoder que alguien le había concedido solo a ella (ninguna de sus otras dos hermanas lo poseía), y que no le servía absolutamente para nada más que para ponerle los dientes largos.

–¡No! Espera un momento… –despertó Blanca de sus propios pensamientos. Ahora ya no tenía pareja, *Oh là là!* Era verdad. Aquella era una gran noticia. Y con una sonrisa se abría a un nuevo y redescubierto

mundo: volvía a ser una mujer soltera. Y lo que era aún más peligroso, en una parte muy recóndita de su ser tenía unas ganas terribles de vengarse de aquel engaño, de pagarle a Eloy con la misma moneda, aunque ya no viviera en el mismo país que él. De hecho, ni siquiera habían llegado nunca a formalizar su estado cuando eran pareja, pero quería devolvérsela, ¡y bien! Debía encontrar a esa clase de tipo perfecto para dar envidia; en realidad, lo quería perfecto para prácticamente todo.

Pensado esto, Blanca dejó de actuar como una zarigüeya: fingiendo estar muerta de cintura para abajo, y empezó a buscar emocionada entre las caras de la gente. De pronto se dio cuenta de una cosa: su radar-busca-hombres-diez había tardado bastante en activarse, pues por lo que estaba viendo ahora mismo, los suecos en general estaban realmente bien. ¿Qué diantres había estado haciendo aquí estas últimas semanas? Realmente se habían mermado todas sus capacidades mentales, ¿o qué?

–En fin –se dijo–. ¡Una mala época la tiene cualquiera! –La buena noticia era que ya estaba espabilándose, y con un poco de suerte puede que este próximo invierno no tuviera que pasar tanto frío por las noches como esperaba en un principio. Ya se las arreglaría ella para que así fuera…

Calificados por alguna revista como los hombres más guapos del mundo, era aquella una sentencia cuanto menos discutible, pero no falta de fundamento. Los suecos que veía Blanca eran elegantes, bastante más altos que ella, la gran mayoría rubios, de ojos claros y cuerpo atlético. Recordemos, sin embargo, que no estaba andando por ningún suburbio, sino por la zona más chic de la ciudad. Así que ahora que Blanca estaba mucho más receptiva, se veía como una Marilyn Monroe cantando al son de *los mejores amigos de una chica son los diamantes*, con vestido rosa incluido. Bajo su particular perspectiva, todos parecían darle la bienvenida con la mano al pasar por su lado. Y eso que a esas horas ya habían terminado su jornada de trabajo y ponían rumbo a sus casas a la velocidad del rayo, pero no perdían por eso ni un ápice de su encanto masculino: nudos de corbata deshaciéndose en ademanes muy sexis, mechones de pelo cayendo descuidados por la frente, hasta uno de ellos le sonrió al pasar mientras hablaba por el móvil (y esto pasó de verdad, no fue fruto de su imaginación).

–¡Ay, madre…! –Blanca siempre se ponía nerviosa delante de alguien que considerase atractivo, en parte porque, aparte de Eloy, no había tenido

más parejas sentimentales. El solo hecho de pensar en hablar con alguno de ellos le hacía tartamudear sin control.

–¿Y quién demonios podía trabajar con algo así en la oficina? –se preguntaba haciéndose polvo la manicura casera.

Por supuesto, la calle no estaba cortada para el resto de los mortales. Tampoco faltaban los *hipsters*, los *muppies*, los *coolturetas*, los *sexual-lumbers*, los *fosfisanos*, y hasta algún que otro *nerd*. Pero para Blanca estaban allí por hacer bulto… no eran más que los extras de su propia película.

Así que Blanca se puso a buscar a la *rara avis* que había hecho que en su cabeza volviese a sonar el exitazo de décadas pasadas. Y no tardó en encontrarlo: metro noventa, rubio, abdomen bien marcado, camisa blanca ajustada, sin corbata, vistiendo de lujo un pantalón gris oscuro, a juego con la chaqueta que llevaba en la mano. Un figurín que no tenía nada que envidiar a sus compatriotas. Caminaba a grandes zancadas, haciendo repiquetear sus suelas de madera contra los adoquines del suelo. Parecía el mismísimo Conejo Blanco, mirando su reloj de pulsera y refunfuñando por lo tarde que se le había hecho; y nuestra pequeña Blanca la nueva Alicia del cuento, siguiéndolo sin saber muy bien el porqué, adentrándose sin apenas esfuerzo en el país de las maravillas.

Blanca fue detrás de él sin tener la menor idea de hacia dónde se dirigían, dando pequeños saltitos para no perderlo de vista, pensando en cómo iniciar una conversación sin parecer una loca psicópata. De repente abrió la puerta de un establecimiento, y ella le siguió hacia su interior sin pensarlo mucho, casi rozando su mano al coger la manivela. Entró apenas un segundo después de su presa, pero en ese instante uno de sus tacones trastabilló con la alfombra que había en el suelo, y para evitar chocar con la espalda del chico en cuestión, la pobre Blanca se fue directa contra el tótem que había en la entrada del establecimiento, lleno de folletos.

¡Jesús, María y José! ¿Y por qué no se abría el suelo ahora mismo y la engullía dentro? Se preguntaba nuestra patosa de turno, mientras aún le caían papeles en la cabeza.

De esta manera nada triunfal pudo saber que el local donde había entrado era una especie de inmobiliaria, o al menos eso pudo entender por lo que había visto en los papeles desperdigados a su alrededor.

Blanca quería morirse. Quería salir de allí corriendo, dejando aquel estropicio al más puro estilo Steve Urkel, y olvidarse de seguir nunca más sus estúpidas señales acústicas en forma de balada ochentera. Pero de repente, en medio de aquel caos, alguien le cogió de las manos con suavidad para levantarla del suelo… ¡Al fin, un héroe en su vida!

Levantó entonces la vista del suelo sin poder evitar dibujar una sonrisa de oreja a oreja, ya que daba por hecho que sería "su chico" el que la estaría ayudando a incorporarse con suma delicadeza, ¿quién si no? ¡Estaba claro! Eso es lo que siempre sucedía en las novelas que ella solía leer de adolescente, no hacía tanto tiempo. Pero la mala suerte quería cebarse hoy con ella, o más bien, abofetearle por tener la cabeza siempre llena de pájaros. Quizás fuese culpa suya, por creer que la vida real se puede parecer en algo a las películas, y ahora debía pagar su castigo por ser tan ñoña a veces. En definitiva, fuera por lo que fuese, lo que nunca se habría imaginado era que un calvo la ayudase a salir de tal aprieto. Elegantemente vestido, eso sí. Recordándole por un breve instante al mismísimo Zinedine Zidane que, ofreciéndose a ayudarla con una educación exquisita, y oliendo a las mil maravillas, le dio hasta pena que estuviese tan lejos de parecerse al galán de novela rosa que ella esperaba.

Nada más verlo, su particular Michael Bolton soltó un grito aterrador. En su imaginación aquel Michael de pega huyó a esconderse a esa parte del cerebro de donde solo salen ideas estúpidas, siendo todo esto en el fondo un producto más de su perturbada cabeza…

Blanca dejó de sonreír al momento, apartando de inmediato sus manos. Retrocediendo algo asqueada por haber tocado a ese ser que estaba frente a ella. Ella esperaba tener enfrente a un adonis, ¿en qué momento del cuento habían preferido ponerle a Quasimodo en lugar de al príncipe azul que se merecía?

¡Qué cruel eres, Blanca…! (Perdón por interrumpir. Perdiendo un segundo por completo mi objetividad como narradora, y actuando en defensa de los más desfavorecidos, diré que a primera vista tampoco es que fuese tan feo. Solo que: ¡no tenía pelo! Y al parecer, para la pequeña de los Blanes, ese era un requisito imprescindible para ser el protagonista de esta novela. Y, por ende, más que necesario para atraerla a ella… En fin, Blanca, ¡que ya hablaremos luego!).

–¿Estás bien? –dijo el calvo en un castellano tan claro que hasta a ella le costaría pronunciar aquellas palabras mucho mejor.

–Oh, sí ¡Gracias! Lo siento, yo no… –y aunque contestó en el mismo idioma, no pudo seguir hablando. Blanca se descubrió observada por tres pares de ojos perplejos que aún no sabían muy bien si echarla de su local o aplaudir. Allí estaba el guaperas por el que aún babeaba sin querer y por lo que seguía muerta de vergüenza, mirándola atónito por lo que acababa de suceder. A su lado había una mujer de unos cincuenta años, que miraba todo su mundo a través de los cristales de unas gruesas gafas de pasta. Y que, tras el estruendo provocado con su caída, ella fue la primera en agarrar su bolso y correr al fondo de la sala, todo lo rápido que pudo y más. Y, por último, el que supuso era el jefe de ambos: su alopécico salvador.

Un hombre joven, de unos treinta y pico años. Metro noventa, buena percha: ancho de espaldas, con brazos y piernas largas. Posiblemente practicase natación o waterpolo varias veces a la semana, aunque eso a Blanca le trajese todavía sin cuidado. Cara amable, de buena persona. (Porque no está escrito en ningún sitio que cuando un hombre pierde el pelo se convierte automáticamente en Lex Luthor). Y a pesar de toda aquella descripción, para nuestra protagonista era una persona fácil de apartarle la mirada.

Él, sin embargo, seguía mirando a Blanca muy atento. Con esos ojos azules, tan serenos como los de un bebé, sin emitir juicio alguno por su parte. Muy distintos a las vívidas y oscuras pupilas de la chica que tenía enfrente de él, que descaradas siempre se dirigían a su rasurada cabeza. Él, sueco hasta la médula, prefirió guardar silencio un poco más para dejar hablar a la muchacha antes de mandarla a paseo por entrar cuando estaban cerrando el establecimiento.

–¡Lo siento, lo siento mucho! Perdona, hablas español, ¿verdad? –Blanca ya no sabía si lo había oído de verdad o había sido solo en su cabeza. Seguía alisándose la falda del vestido mientras los miraba atónita. Tragó saliva. Evidentemente, era la hora de regresar a casa para ellos. La supuesta secretaria había vuelto a su mesa para apagar por fin el ordenador, mientras “su chico” solo había vuelto hacia allí corriendo para recoger su maletín, que ya tenía en su poder.

–Sí, tranquila. Puedes tomar asiento si lo prefieres, ha sido un buen golpe… –Entonces Blanca volvió la mirada a su interlocutor. Pasado el

susto, y pensándolo mejor, no podía ser un mal tipo. Fue el único que tras su aparatosa caída no solo se levantó rápidamente de su asiento encuerado, sino que se fue decidido hacia ella para ayudarla a levantarse. Algo que, a decir verdad, agradeció enormemente. Ahora aquel tipo la miraba con cierto interés, a diferencia de sus dos empleados, que habían reanudado el camino hacia la puerta. Al parecer, aquí, la hora de salida era sagrada. (Eso no le gustó a Blanca, ¡le encantó!)–. ¿Has venido aquí por la entrevista? –le preguntó el Zidane sueco que tenía enfrente, esperando paciente una explicación para su repentina y tan glamurosa entrada. Blanca había aparecido de la nada, y aunque fuese muy bonita de ver, la chica parecía seguir en estado de *shock* tras la aparatosa caída.

–¡Sí! ¡No! Quiero decir, ¿qué entrevista? –Y mientras balbuceaba, vio cómo su futuro marido y padre de sus cinco hijos se iba por la puerta diciendo un *bye!* sin muchas ganas–. *Bye!* –le dijo ella en su mejor inglés, pero este no le oyó. Y entonces se dio cuenta de que fuera como fuese debía conseguir ese trabajo, al que supuestamente se había presentado para hacer la entrevista. Así que, dirigiendo una nueva mirada al calvo, le sonrió, esta vez mucho más convencida, y dijo lo más profesional que se le ocurrió para un encuentro así:

–¡Encantada de conocerle, soy Blanca Blanes! –Y Blanca quiso aparentar como si nada de lo anterior hubiese sucedido, adelantándose para estrechar su mano. Cuando quería, la niña, sabía comportarse.

–¡Un placer, Einar Lönnberg! –Y sonrío también, aceptando su saludo de buen grado, interpretando aquel cambio de parecer como si finalmente se hubiese recuperado de la caída y estuviese dispuesta para la entrevista.

A Blanca le sorprendió que, aunque fuerte, la mano de Einar fuese delgada, fina y alargada. Parecía más propia de un artista o de un músico que de un hombre de negocios. A él, sin embargo, le resultaron familiares esos ojos de color miel.

El señor Lönnberg le indicó que tomara asiento enfrente del suyo, delante de una amplia mesa de madera noble donde apenas había nada más que su ordenador portátil, unas cuantas carpetas, una agenda con las tapas de cuero y una pluma. Los ojos de Blanca fueron directos a esa agenda, donde aparte de números de teléfono, direcciones y algunas anotaciones arrinconadas por falta de espacio, también se habían colado muchos dibujos: manos, labios, pero sobre todo ojos de mujer. Aquello le hizo gracia a Blanca, ese trazado

de plumilla le recordaba un poco a los famosos dibujos de Escher. Definitivamente, aquel hombre tenía alma de artista, aunque vistiera con traje de chaqueta y llevase una inmobiliaria.

Einar se dio cuenta de su indiscreción, y sin hacer ningún tipo de comentario al respecto, pasó página a la agenda mientras se sentaba. Cogió la pluma y empezó a escribir su nombre: tenía una letra grande, alargada e inclinada hacia la derecha. A Blanca le pareció muy bonita. De repente paró de escribir, y ella inmediatamente levantó la vista hacia él, pestañeando torpemente al encontrarse con sus ojos azules. ¡Qué mirada! Se sintió entonces acorralada, como si le hubiese vuelto a pillar espiándole.

–¿…Ahlkanshvidpbne? –Eso es lo que le dijo, o al menos eso es lo que entendió Blanca. Seguramente su entrevistador preguntaba si hablaba sueco, o algo parecido, pero su cara de idiota dio a Einar una respuesta muy clara–. ¿Y el currículum? –volvió a preguntar, esta vez en el idioma de Blanca.

El currículum. ¡Claro! Ya le parecía a ella que no iba a ser tan fácil improvisar una entrevista de trabajo. Decidió decir la verdad, o al menos, la parte más significativa de ella.

–Verá usted…

–¡No me hables de usted, por favor! –Se adelantó a decir Einar, fingiendo cierto disgusto por aquel trato. Blanca suavizó el gesto con una sonrisa. De sobra se veía que por lo menos se llevaban diez años, y en parte toda la culpa era de Blanca, porque su carita redonda siempre la hacía parecer más niña.

–Verá, señor Lönnberg… –continuó diciendo Blanca, sin darse cuenta que aún seguía tratándole de usted. Sin embargo, a Einar le pareció divertido, y decidió tomárselo de buen grado–, acabo de aterrizar, prácticamente. Por casualidad leí su anuncio, y me vine casi con lo puesto hacia aquí. ¡Pensaba que no iba a llegar a tiempo! –Mientras hablaba Blanca se escondía un mechón de pelo detrás de la oreja y cruzaba las piernas, alisando de nuevo la falda de su vestido. Todo excusas para apartarle la mirada mientras le mentía.

–¿Y dónde lo leíste? –Aquella pregunta tenía trampa, y Blanca se dio cuenta en seguida. Einar estaba empezando a dibujar instintivamente en otra esquina de la agenda, cuando al oír aquel falso pretexto despegó la pluma de un respingo. Como si sus palabras le hubiesen dado calambre. ¡Conque

tenía enfrente a una mentirosa! Pues no sabía con quién estaba jugando. Aparte de hablar perfectamente español, el señor Lönnberg parecía conocer bastante bien la picaresca del país. Con tan solo un vistazo ya se había hecho una idea rápida de cómo era Blanca: ropa de marca, pero de otras temporadas; mala combinación de colores; perfume barato; manicura casera. No era precisamente lo que estaba buscando, y por supuesto tampoco era su estilo de mujer. Pero detrás de todo eso había algo que le había enganchado desde un principio: ¿puede que esa sonrisa? Él bien sabía que era su debilidad.

–Pues… –Entonces Blanca se tomó su tiempo. Debía dar en la diana con un solo dardo, y no sabía muy bien qué puntuación llevaba a estas alturas de la partida, pero decidió no jugársela con trucos baratos. Desde un principio aquel tipo no había hecho más que mirarla directamente a los ojos, en busca de mejores respuestas de las que ella le pudiera dar de viva voz, así que no habría otra salida: tendría que decir la pura verdad… –. Como usted lo habrá puesto en sueco, seguramente yo no lo habría podido leer nunca. Porque como he dicho antes, acabo de llegar, ¿verdad? –Y dejó que su interlocutor asintiera con la cabeza mientras se acomodaba en su asiento; ahora aquello se estaba convirtiendo en un verdadero espectáculo para Einar: ¿cómo esperaba salir esa pobre chica de aquel jardín que ella misma había dejado crecer a su alrededo? Esto merecía la pena oírse con atención, así que dejó la pluma encima de la mesa y puso los codos en ella, en muestra de un mayor interés… –. Y como ya se habrá dado cuenta, a duras penas sé decir adiós en inglés, ¡así que mucho menos hablar en sueco! Sin embargo, aunque no sepa idiomas, puede que tenga otras cualidades, ¿no le parece? Y si lo que necesita es a alguien que venda casas, que sea tan simpática como yo y que pueda cambiar de estrategia sobre la marcha, ¡creo que soy su chica! Lo de no hablar sueco no tiene por qué ser un problema, de verdad, aprendo deprisa ¡Prometido! –Einar no pudo esconder una sonrisa de satisfacción, había pasado con éxito la primera pregunta. Su físico la ayudaba bastante, pero para ver mujeres guapas no había más que salir a la calle. Blanca no le había dejado sin habla por su tez morena y esa espesa melena castaña, sino por su capacidad para mentirle sin ningún pudor. Tenía esa habilidad que él buscaba de evaluar la situación y salir con éxito de aquel embrollo con una estupenda sonrisa en los labios.

Posiblemente, y de no ser Blanca tan audaz en su conversación, hacía rato que hubiese cerrado la puerta detrás de ella.

Por un momento, hasta él mismo se había dado cuenta que había perdido el hilo de sus propios pensamientos. Quizás la presencia de Blanca le estuviese cautivando un poco más de lo que pretendía aparentar.

–¿Por dónde íbamos? –preguntó al fin en voz alta, dejando sin respuesta a la joven que la miraba con cierta expectación–. ¡Ah, sí! –se respondió él mismo–. Mi anuncio en sueco para este puesto de trabajo, ¿no? –Y como puntualizó todos aquellos detalles con cierto tono impertinente, Blanca empezó a pensar que el anuncio, de existir realmente, estaría en inglés o en español. ¡Qué mala pata tenía siempre!

En resumen, que, bajo el punto de vista de Blanca, no tenía ninguna oportunidad para conseguir el trabajo. En cambio, para Einar, estaba deslumbrándole con su espontaneidad. Y por mucho que siguiera buscando, sabía que jamás iba a encontrar eso en una nativa. Además, tenía ese "algo" que le hacía seguir intrigado por la muchacha, y quería aprovechar esta entrevista para desvelarlo.

"Muy bien…", se dijo Einar, ¡pues vamos a divertirnos un rato! No solo había dejado de escribir en su agenda, y para nada pensaba abrir el portátil; sino que además había vuelto a coger la pluma, y pasándosela entre los dedos, pensaba qué preguntarle para seguir con el juego.

Era un proceso muy similar a elegir la siguiente carta para presentar en la mesa de juego, de ese movimiento dependía el resto de la partida. Blanca se sintió un poco juguete a su merced, como aquella pluma. Debía recordar que tenía que dar respuestas sinceras si quería conseguir el trabajo, porque por ahora, estaba totalmente descartada. O eso seguía pensando Blanca.

–¿Tampoco sabes inglés? –preguntó Einar finalmente, fingiendo la misma frialdad que en un tercer grado.

–*A little!* –Y aquello sonó a respuesta ensayada. Inmediatamente después Blanca se mordió el labio inferior, un gesto incontrolable para ella y, sin embargo, una evidencia para Einar. Casi se apiadó de ella por ser tan transparente, por cosas así iba a resultar muy fácil conocerla: esa sería su señal cuando le mintiese.

–¿Tienes estudios? –preguntó con mucha curiosidad, pero siempre intentando no resultar grosero con las preguntas.

–¡No soy ninguna analfabeta, créame! Puede que no fuese a la universidad, pero he estudiado. Decidí que lo que me gustaba en realidad era la restauración, y en eso he estado liada hasta ahora. Mi exnovio fue el que me convenció para montar juntos un restaurante en la costa, y lo hicimos. Fue todo un éxito, se llamaba… o se llama, Spanish Cooking. Todo lo que hacíamos eran platos tradicionales de estupenda calidad ¡y por supuesto, teníamos una excelente carta de vinos españoles! Todo nos iba de maravilla hasta que me di cuenta de que era un canalla y se estaba acostando con las camareras desde el principio. ¡Y perdóneme, lo siento por hablar así! A usted no le importa esto ni lo más mínimo, pero es que ha sucedido hace muy poco. –Einar volvió a sonreír. Acababa de oír campanas sonando en la catedral. Ahí estaba ni más ni menos lo que tanto le atraía de aquella señorita: el Spanish Cooking,

–Por favor, Blanca, no me hables de usted, ¡o ahora sí que me voy a enfadar de verdad! –dijo en una actitud muy fraternal–. Háblame un poco de ese restaurante que tenías a medias con tu pareja…

–¡Expareja! Y lo siento, no es que yo hable de esto con cualquiera, ¡no sé por qué lo he dicho…! –murmuró Blanca mirando al suelo y liberándose un poquitín de sus zapatos. Acababa de descubrir una ampolla en el dedo gordo: ¡perfecto!

–¿Y qué pasó después? –Siguió interesado Einar, mirándola con verdadera expectación. En su cabeza se había arrancado de nuevo la máquina de hacer números, y a partir de ahora, Blanca Blanes estaría en todos sus pensamientos.

–¿Después? ¿Después de qué? ¿De descubrir que me engañaba? Pues básicamente, todo. Le dejé a mi ex la casa, el negocio. ¡Hasta me quedé sin perro! Estaba tan dolida que quería irme muy lejos, poner tierra de por medio, así que me quedé con el dinero que me dieron, más o menos el que invertí en un principio, y me vine a vivir aquí con mi hermana. Creí que esa era la solución, pero de repente me he despertado y mi vida es como una pesadilla: he perdido mi trabajo, mi hogar, a mi pareja, ¡y ni siquiera tengo que salir fuera de casa para pasear al chucho! Me veo en esta ciudad y no sé muy bien qué pinto yo aquí, ¿me entiendes? Y encima mi hermana, que se supone que es psicóloga, no comprende por qué sigo aún sin hacer nada. ¡Como si fuera tan fácil! –Blanca escondió el rostro bajando la barbilla. Aquella situación era, cuanto menos, extraña, no entendía muy bien por qué

le estaba explicando su vida o, mejor dicho, sus fracasos, a aquel hombre. Sin embargo, él parecía escucharle atentamente, dándole así pie para seguir hablando. Por lo que parecía, no tenía pensado contratarla, pero aun así seguían sus preguntas.

–Disculpa si he sido algo imprudente, no pretendía ser indiscreto: ¿quieres un pañuelo? –preguntó acercándole la caja de pañuelos que había en la otra mesa, seguramente la de esa mujer cincuentona con gafas de pasta.

–No, gracias. Ya he llorado bastante… –le dijo Blanca levantando de nuevo la mirada, pero con los ojos aún brillantes. Einar se inclinó hacia atrás en el respaldo del asiento y la miró fijamente, alargando el silencio entre los dos.

–Pero tendrías un abogado, ¡supongo! No creo que abandonases tan fácilmente si el restaurante había sido tuyo, como has dicho antes… –dijo, sin dejar de observarla. Quería cerciorarse de que todo cuanto había dicho Blanca era cierto.

–Uno de oficio. –Y, tragando saliva, se explicó mejor–: Al no haber niños de por medio, todo fue mucho más fácil y rápido. Como un divorcio exprés, aunque no llegamos nunca a estar casados. Yo acepté sus condiciones, firmé, y me fui para no verle más el pelo. –Y Blanca lamentó mucho haber utilizado esa expresión. Einar, por su parte, no se sintió aludido. Miraba con cariño a aquella joven que le estaba hablando, entendiendo un poquito más todo el contexto de su historia. Era una chica que había sido capaz de llevar un restaurante, aunque debido a una mala experiencia amorosa, se había sentido incapaz de seguir adelante con el negocio. Y sin darse cuenta, empezó a dibujar un cuadrado en el cuaderno, dentro de otro cuadrado, y otro… Estaba pensando algo tan intensamente que se había olvidado por completo de Blanca, así que ella, sin sentirse extraña, vio que era su oportunidad para inspeccionar la oficina donde estaban.

Era pequeña, francamente pequeña. Como el salón de una casa. Posiblemente el alquiler en esta zona tuviese precios astronómicos, así que era comprensible su modesto tamaño. No había paredes que dividieran el despacho de Einar del de sus otros dos empleados, así que nada más entrar allí, podías verlo sentado. Eso parecía indicar que era un jefe accesible, aunque al principio su imagen engañase.

Su mesa, de todas formas, era la más grande de todas. Y su asiento el más cómodo. ¡En algo debía estar la diferencia! Seguramente era de los que pasaban más horas al día aquí que en su casa. Pero tampoco tenía cara de eso, quiero decir, de currante. Sino más bien de todo lo contrario. Y esa manera de ensimismarse en su propio mundo, hacía evidente su carácter estratega. Todos los pasos que daba Einar eran evaluados con antelación, y en eso mismo estaba ocupado mientras dibujaba.

No había muchos más objetos decorativos en los que poder fijar la vista, apenas una maceta bien cuidada o un par de asientos frente a las mesas. Todo ello no demasiado moderno, pero sí aparentemente confortable y lujoso. Calidad y estilo, seguramente él mismo había decorado este local, poniendo en práctica la máxima de la simplicidad. La hermana de Blanca debía entrar en esta oficina, y aprender un poco a elegir los muebles para vestir su consulta, al menos aquí la silla no se te clavaba en la rabadilla, algo que, al fin y al cabo, debía ser lo más importante.

“No, si al final, van a tener razón los suecos en cuestión de decorar… ”, se dijo Blanca tras aquel largo vistazo a la oficina de Einar.

El señor Lönnberg seguía callado dibujando en su agenda. Ahora era su turno, pero como no levantaba la vista del papel, Blanca podía mirarlo indiscreta. Llevaba un reloj con gruesa correa de cuero de color negro, al igual que la esfera. Le sentaba muy bien, como el traje. No llevaba anillos, no es que estuviese interesada en él o algo parecido, simplemente que gracias a esa observación dedujo que no estaba casado. ¿Y la pluma con la que seguía dibujando? Era cromada, ¡muy bonita! Aquel tipo tenía buen gusto además de dinero. En realidad, tenía de todo menos pelo.

De repente sonó por detrás de ellos un reloj de cuco. ¡Aquello sí que no se lo esperaba! Blanca se puso de pie de un salto y gritó:

–¡Pero si tienes un reloj de cuco! –Se olvidó por completo de la entrevista, dando por hecho que ya no había nada que hacer para arreglar lo sucedido. Así que, subestimándose demasiado, como siempre, se fue a ver al pajarito entrando y saliendo por la puerta roja que había en el centro del reloj. Eran las siete de la tarde, así que hasta le dio tiempo a Einar para levantarse también y preguntarle después del último cucú:

–¿No habías visto ninguno antes? –Blanca negó con la cabeza y le sonrió infantil, realmente el cuco ya no saldría más hasta dentro de una hora: ¡ese

mecanismo era estupendo!–. ¿Pero cuántos años tienes? –Y de repente aquella pregunta no sonó muy profesional.

–¿Cuántos crees que tengo? –dijo Blanca. Aunque después lamentó haberlo hecho, ya que no quería darle demasiada confianza a aquel tipo.

–Veintiséis –aseveró Einar mirándola como si estuviera afinando su puntería para el tiro al plato.

–Vaaaaaya… –dijo Blanca después de hacer un sonoro silbido–. ¡Menudo ojo que tienes, chaval! ¿Y se puede saber por qué puñetas hablas tan bien español?

Einar sonrió antes de contestar, metiéndose las manos en los bolsillos en actitud chulesca:

–Es por culpa de mi madre. Era una apasionada de España y solo me hablaba en vuestro idioma. Además, también lo estudié en el instituto, ¡aquí cada vez es más popular hablar español! –Y Blanca no pudo evitar pensar en su madre como una de esas particulares actrices extranjeras de las películas de José Luis López Vázquez–. Pero… sobre todo es porque he vivido allí un tiempo, mi exmujer era española –Einar dijo esto último con un hilo de voz muy suave, casi imperceptible.

–Ah, bueno… ¡eso lo explica todo! –Y Blanca apartó la vista hacia sus pies. ¡Qué dolor! Esos tacones la estaban matando. No sabía muy bien qué más decir, la palabra ex le daba todavía acidez. Entonces se acordó de las ganas que tenía de tomarse un trago, así que decidió coger su bolso y despedirse lo más amablemente posible. Una buena anécdota para contar a su hermana, aunque no hubiese pasado la entrevista.

–¡Espera un momento! No te vayas así, Blanca Blanes. Dime, por favor, ¿puedo invitarte a cenar? –dijo Einar repentinamente, al ver su intento de fuga. Aquel no era, desde luego, un sueco normal y corriente. La conversación burlona que habían mantenido no era ni por asomo el modelo de entrevista de trabajo en Suecia. ¡No, por favor! Os llevaríais una idea equivocada de este país si pensarais así. Un Lönnberg de toda la vida, jamás le habría ofrecido tan rápidamente a una jovencita desconocida compartir mesa juntos, pero con Einar habían roto el molde. Él era sencillamente diferente. No había límites si algo le interesaba de verdad, y ahora mismo Blanca era su objetivo a la vista.

–¡Claro que no! Ni siquiera he conseguido el puesto, ¿por qué habría de querer cenar contigo? ¿Para celebrarlo? –exclamó Blanca mirándolo

directamente a los ojos. Él siempre parecía conservar esa mirada serena en todo momento, siendo difícil imaginar qué pasaba por su cabeza.

–Estás en un error si piensas que ha terminado la entrevista, aún hay muchas cosas que no sé de ti. Pero a estas horas aquí ya no se trabaja. ¡Deberías empezar a acostumbrarte al horario sueco! Seguiremos la entrevista mientras comemos algo, ¿te parece…? –Mientras hablaba cogió su chaqueta del respaldo de la silla y acompañó con sutileza a Blanca hacia la salida poniendo delicadamente una mano en su espalda.

Blanca dudó un segundo, quizás menos. Su hermana le había dicho que conseguir trabajo en Suecia sin tener dominio en otras lenguas iba a ser realmente difícil, de modo que aquello resultaba surrealista. ¿Realmente iba a continuar la entrevista mientras cenaban o era una manera muy sueca de pedirle una cita? De cualquier manera, su problema de salir por la ciudad a tomar algo con alguien que supiera pedir las copas en su nombre ya estaba resuelto. Tendría que aprovechar aquella oportunidad, fuera por el motivo que fuese.

Einar estaba aguantando la puerta para que saliera ella primero, gesto que extrañó un poco al lado más feminista de Blanca.

–¡Está bien, pero tú invitas! –dijo mientras avanzaba delante de él.

–¡Por supuesto! –y diciendo esto, Einar se puso la chaqueta mientras la observaba caminar por detrás.

OceanofPDF.com

Capítulo 3

Tack för ikväll
(gracias por esta noche)

Ironías de la vida, mi móvil me despertó con la canción de Maluma: *Borro cassette*, en su versión más salsera. Debería haberle cambiado la sintonía hace mucho tiempo, pero llevaba una larguísima temporada sin ponerme el despertador. ¡Y en seguida me acordé de por qué lo odiaba tanto!

La copas no habían hecho estragos en mi cabeza, directamente habían estado jugando al fútbol con ella toda la noche. ¡Tanto dolor no era posible, qué jaqueca! Había olvidado lo malo que era beber. Aunque sinceramente, no fue solo el alcohol lo que me emborrachó anoche.

Oh, mami, mami, me decía esa canción con la que me había despertado. Y aquello sonaba a sorna, hoy todos los planetas se habían alineado en mi contra. Mejor habría sido quedarse durmiendo de nuevo en la cama. Pero sinceramente, yo ya no quería seguir sin hacer nada, y lo que me había propuesto Einar era, cuanto menos, divertido. Además, algo en mi interior me decía que debía seguir hacia delante a pesar del cansancio y el fuerte dolor de cabeza, así que me puse en pie en un gran acto de valentía.

Mientras me metía en la ducha sin esperar a que saliera el agua caliente, quizás con el firme propósito de despertar mi mala leche, continuaba escuchando aquella canción tan pegadiza:

Ella con cualquiera no se besa. Aquel estribillo se convirtió en toda una revelación, de repente dejé de enjabonarme, y me quedé paralizada durante más de un segundo. Un escalofrío me recorrió el cuerpo, seguido de un hormigueo en la nuca. ¡No, no podía ser posible lo que acababa de recordar como el tráiler de una película! Entonces me rocé los labios con la yema de los dedos, y comprobé que estaban hinchados. ¡Oh, oh, oh! ¡Que el mundo se pare un momento! Blanca Blanes, dime que no la has cagado…

Estaba empezando a hacerme una idea de todo lo sucedido la noche anterior, y no daba crédito. Me entró la risa floja, y no sabía el motivo,

porque aquello no tenía gracia. Podría estar recordando partes de un sueño, me dije. Puede que no tuviese que preocuparme tanto, la imaginación a veces nos juega malas pasadas. Pero, maldita sea, sabía que esta vez la única que había estado jugando con fuego era yo.

Levanté la ceja, incrédula, en mis sueños nunca hubiese aparecido alguien como Einar hablando español y diciéndome disimuladamente al oído que mi sonrisa era aún más preciosa que esta ciudad. Eso mismo pasó anoche, lo tenía claro. Y ahora lo estaba reviviendo en mi mente como un anuncio que se emite a la vez en todas las cadenas de televisión y del que es imposible escapar. ¡Era horrible, y me había pasado a mí! Lo recordaba diciéndome aquello mientras pedía otra copa al camarero, haciéndose el disimulado, mientras yo me reía como una tonta fingiendo no haber entendido nada.

Apuré el champú al máximo, demasiado nerviosa como para prestar atención a lo que hacía, dándome cuenta después por la textura de que había cogido el acondicionador. ¡Mierda! Ahora parecería una gata de angora.

–Oh, venga, Blanca… ¡despierta de una vez! No puedes llegar tarde el primer día de trabajo. ¡No la fastidies antes de empezar! –me dije enfadándome conmigo misma. Si quería mantener este empleo tendría que estar allí puntual, fresca y lozana. Como si lo de anoche no hubiese sido ningún exceso. O, mejor dicho, como si no hubiese sucedido.

Aunque una parte de mí estuviese loca por volver a repetirlo, prefería ignorar ese lado ridículo de mi ser que nunca piensa en las consecuencias de sus actos. A partir de ahora no podía olvidar que Einar Lönnberg se había convertido oficialmente en mi jefe. Exactamente, a las cinco menos cuarto de la madrugada. Hora en la que me había dejado en el portal de la casa de mi hermana, y me había dicho:

–*Grattis!*

–¿Gratis? ¿Qué es gratis? –pregunté sin entenderle mientras me desabrochaba el cinturón de seguridad.

–Felicidades, Blanca, ya tienes tu primer empleo en esta ciudad –añadió por fin en mi idioma.

–¡Vaya! ¿Sí? –No pude responder otra cosa, tenía que asimilar la noticia, y creo que para hacerlo me tapé la cara con las manos. No sé qué sentí en aquel momento, si vergüenza o alegría.

Habéis oído bien. No flipéis tanto como lo hizo mi hermana. Ella pasó del enfado supino por llevar toda la noche despierta preocupada por mí a la incredulidad más absoluta. Mientras su marido llamaba a la policía para avisar de que ya me habían encontrado, ella seguía sin entender cómo alguien me habría querido contratar aquí sin saber sueco, inglés, alemán o francés. Sin tener experiencia laboral previa en ese sector, ni licenciatura, ¿en qué clase de sitio me había metido?

–Tampoco es para tanto, Violeta. Voy a estar de prueba una semana, no es de forma indefinida ni nada parecido. ¡Y haz el favor de no pensar tan mal de mí, que no soy garganta profunda! –le dije mientras me quitaba los tacones nada más pisar la entrada de su casa, tirándolos por los aires como si fueran veneno.

–No es eso, Blanca. ¡Es que huele que apesta! Y no lo digo por los zapatos. Me gustaría hablar con ese tal Einar, ¿sigue ahí? –dijo apartando las cortinillas del salón de estar, pero ya se había ido… –. No me parece muy normal salir la primera noche a cenar con tu empleada. Ni en Suecia, ni en ningún lado. Además, ¿qué habéis hecho hasta esta hora? –preguntó sin pensar demasiado, y después se dio cuenta de que tampoco quería conocer la respuesta–. ¡Bueno, déjalo! Prefiero no saberlo. Pero que te quede claro que me da muy mala espina, ¡no me gusta nada! No es nada propio de ti, y espero que no te haya drogado para poder flirtear contigo.

–¡Por Dios, Violeta! No seas tan peliculera. Durante la entrevista le conté lo de Eloy y lo del Spanish Cooking, y creo que simplemente le he dado pena, seguramente se debe haber compadecido de mí. También es verdad que está un poco loco, ¿pero sabes qué te digo? ¡Que me da igual! Voy a aprovecharme de este golpe de suerte antes de que cambie y la cosa se vuelva a torcer. Ya estoy un poco harta de sentirme tan mal por dentro, ¿me entiendes? Seguro que él sigue allí frotándose con esa furcia, viviendo de maravilla gracias a mi restaurante, y no tengo por qué seguir aquí llorándole de brazos cruzados. ¡Déjame vivir un poco!

Violeta no se quedó muy tranquila con aquella explicación, y pretendía seguir preguntándome más cosas sobre mi nuevo empleo, pero gracias a la ayuda de Rufus (quiero decir, Casper), se fue por fin a descansar y me dejó tranquila.

–¡Enhorabuena, Blanca! –me sorprendió mi cuñado diciendo aquello antes de irse, haciendo gala del poquito español que sabía.

–¡Gracias, guapo! –le contesté a la vez que veía como forcejeaba con mi hermana mientras la enviaba de vuelta al dormitorio.

En realidad, todo era muy sencillo. Según Einar me explicó en la cena, mientras apuraba las últimas gotas de un *dolcetto* que le habían recomendado en mi copa, no solo necesitaba urgentemente a alguien que dominase el español, sino además tenía que ser inteligente, con don de gentes, proactivo y que aprendiese muy rápido. No le hacía falta ningún título universitario, solo ganas de trabajar de verdad. Oyendo aquello, ya solo el hecho de que me considerase una posible candidata, era un cumplido por su parte.

Todo comenzó cuando recibió el soplo de que una empresa iberoamericana de derivados plásticos llamada Trebelent había recibido una suculenta subvención para establecer su sede europea en Suecia. Gracias a sus contactos, había conseguido hablar con el responsable de expansión y saber cuántos de sus trabajadores se trasladarían a suelo nórdico. Así que nada más saber la cantidad, a Einar le brilló la calva más de lo normal, y no pudo evitar echarse el farol ofreciendo sus servicios. ¡Menudo fantasma, pensé! No tenía ni el personal adecuado, ni el equipo técnico, ni casas suficientes para dar acogida a todas aquellas personas. Pero esto último, siendo lo más importante, era lo que menos le preocupaba, al parecer.

Sorprendentemente, y después de superar algunas trabas logísticas, llegaron a un acuerdo tácito. Si conseguía un grado de satisfacción del cien por cien por sus servicios en el alojamiento y avituallamiento de la primera fase de trabajadores que se trasladarían a su país, podría firmar un contrato en firme para la segunda y tercera fase. Eso suponía triplicar sus operaciones en el mercado, y para Einar aquello era como oír música celestial. Vamos, que le ponía verse como el Tío Gilito nadando en una habitación llena de billetes verdes. Lo malo era que el tiempo había pasado muy rápido hasta llegar a un acuerdo, y ahora se veía que en tan solo dos días llegarían las primeras familias, y él solo no podía alojarlos a todos en tan poco tiempo. Tenía que estar instalando a unos, mientras debía seguir buscando casas para el resto. ¡Una locura! Le daban de media una quincena para encontrar el alojamiento deseado, que era el tiempo máximo que el resto de los trabajadores estaría en un hotel antes de la mudanza definitiva a sus hogares. Así que en menos de veinticuatro horas debía encontrar a alguien lo suficientemente competente como para llevar a cabo su plan: ahí

es cuando entro yo en escena, ¡y nunca mejor dicho! Según él, el problema no era el idioma, ya que el español era una lengua opcional cada vez más escogida por los estudiantes suecos, sino más bien por el carácter. Sabía muy bien que sus vendedores no llegarían a conectar nunca con los futuros inquilinos de aquellas casas, para ellos sería muchísimo más difícil ser cálidos de entrada, porque no era su manera de comportarse. Correcta siempre, pero jamás familiar. Por lo tanto, sería misión imposible venderlas. Los hispanos no confiarían del todo en sus palabras, y los suecos serían incapaces de mostrarse tan acogedores desde un principio. Porque serían muchas cosas, pero no destacaban por ser la alegría de la huerta precisamente, y mucho menos nada más presentarse.

Así que, cuando ya empezaba a agobiarle un poco la idea por no encontrar a nadie adecuado para el puesto, alzó la vista de su mesa y me vio ahí tirada en el suelo (justo después de empotrarme contra su poste de folletos). ¿Sinceramente? Le vine como caída del cielo. No tendría todos los requisitos, pero era precisamente lo que estaba buscando.

Einar fue el que más habló durante la cena, se le veía realmente entusiasmado con su proyecto. Sonaba bien, me gustaba lo que decía y cómo lo decía. Estaba empezando a acostumbrarme a su particular acento, en un castellano puro y más correcto que el mío, tan peculiar que iba a ser capaz de imitarle como no me frenase por intentar beber a su mismo ritmo. Y es que, como si me hubiese leído la mente, ya había empezado la velada con buen pie. Cuando el camarero le preguntó qué querríamos de beber, él dijo dirigiéndose hacia mí:

–Un tinto, ¿verdad? –Y aquello hizo girar la llave de mi felicidad: ¡click! El agua esta noche era solo para los necios.

Aparte de ser un buen conversador, mi nuevo jefe guardaba pausas para hacer hincapié en otros detalles. Como llenar mi copa cada vez que se quedaba vacía, o preguntarme si el plato que acababa de probar era de mi agrado. Me tenía muy en cuenta para todo, y aquello me abrumaba un poco. Creo que era una forma sibilina de animarme a expresar mi opinión, de hacerme más partícipe en aquella conversación. Porque, y yo también me daba cuenta, a ratos parecía que la lengua me la había comido el gato. Pero es que me prestaba tanta atención cuando hablaba que tenía miedo de decir alguna barbaridad a causa del alcohol… ¡y aquella situación no hacía más que agravarse conforme pasaba la noche!

En definitiva, Einar se portó muy bien conmigo. Demasiado, diría yo. Eso hacía que me mantuviese en alerta. Por ejemplo, y aunque solo fuera para impresionarme, la cena iba a salirle por un pico. No es porque hubiese visto el precio de los platos, porque de hecho ni miré la carta, ya que estaba en sueco, sino por el hecho de ver a todos los camareros vestidos con frac.

–Y en el baño de señoras… –comentó Einar al ver que estaba visiblemente sorprendida por el lugar donde nos encontrábamos–, ¡creo que hay una mujer que os cuida las uñas! –Puede que le faltase un poquito más de vocabulario, pero por lo demás, podía pasar por un perfecto español.

–¡Venga ya! –solté, quizás alzando demasiado la voz para un sitio como ese–. Y sin quitarle ojo de encima, me levanté de la mesa y fui rápidamente al aseo para comprobarlo. Y sí, por el momento, todo lo que decía aquel hombre era totalmente cierto.

Creo que, y llegado a este punto, debería puntualizar algo para que no se me malinterprete. Debo ser totalmente franca: no es que tenga algo en contra de ellos, forman parte de este planeta y lo pueblan cada vez más por desgracia, pero este tipo de hombres no son mi tipo. No, señor ¡Nunca lo han sido, y nunca lo serán! A mí los calvos, que quede claro, no me van.

¿Entendido? Pues bien, ¡sigamos con la historia!

Mientras salía de la bañera y me enrollaba una toalla en la cabeza, las imágenes más reveladoras de lo sucedido anoche iban escandalizándome cada vez más. ¿Pero qué demonios se supone que bebí yo? Aquello no fue nada normal.

Después de cenar, dimos un paseo hacia el mirador de Monteliusvägen. Idea que sugirió Einar a modo de digestivo. Y aunque lo habría matado por no darse cuenta de que mis zapatos no eran precisamente los más adecuados para hacer senderismo, acepté la tortura con agrado. Supongo que es el típico sitio que todo chico sueco lleva a su novia de fuera a visitar, porque a nosotros nos sirvió para romper el hielo definitivamente. A pesar de que ya era tarde, la luz del sol en esta estación del año aún permanecía con nosotros, dando un reflejo cobrizo a todo el contorno de los edificios y casitas que encontrábamos por el camino.

–Esta ciudad es preciosa… –dije improvisadamente, quizás un poco encandilada por aquellas vistas. Einar sonrió, creo que quiso añadir algo más a mis palabras, pero entonces no lo consideró oportuno. Ahora entendía

por qué. Me hacían falta un par de copas más para oír lo que después pudo decirme al oído en un descuido.

Los árboles que dejábamos atrás parecían acompañar nuestro paso gracias a una suave brisa que se había levantado a última hora de la tarde. También el agua del canal se mecía suavemente, llegando a nosotros su rítmico balanceo. Todo eso, sumado a nuestra cada vez más animada conversación, me hizo olvidar por completo que aquello se trataba de una entrevista de trabajo muy especial.

Para terminar de confundirme, como si una no fuese ya lo bastante débil en esos momentos, al llegar a la cumbre del mirador Einar me ofreció su chaqueta. La temperatura había bajado unos diez grados en pocas horas, y aunque yo no había dicho nada, él se había dado cuenta de que estaba helada. Seguramente toda la sangre se había ido hacia el estómago, porque cuando me la puse, ya no sentía las manos.

–Muchas gracias… –le dije mientras la intentaba ajustar a un cuerpo por lo menos cinco tallas más pequeño que el suyo.

–¡Creo que le he hecho un favor, te sienta mejor que a mí! –bromeó nuevamente.

Después de aquella agradable visita, fuimos a un bar muy conocido de la ciudad. Iniciando así una peculiar ruta por el Estocolmo de noche que Einar tan bien conocía. Allí hablamos de las cosas que le fascinaban de España cuando vivía allí. Algunas tan absurdas como el sabor de los tomates, que me hicieron reír a carcajadas. Pero él me dijo que cuando probase un tomate sueco lo entendería todo.

Aprovechó mi buen humor para preguntarme de nuevo por el Spanish Cooking, esta vez de manera más inquisitiva: quería saberlo todo sobre la facturación, menús, número de personas contratadas, horarios. Parecía estar recopilando información en su base de datos, y yo respondía muy inocente a todas sus dudas mientras vaciaba una copa detrás de otra. Finalmente me confesó que le atraía bastante la idea de ser propietario de un sitio así, pero hasta el momento no había encontrado a nadie que le diera la confianza suficiente como para querer asociarse con él.

–¡Pues asóciate conmigo! –le dije ya demasiado feliz para esas horas de la noche, creyendo que cuando Einar hablaba simplemente eran eso, palabras.

El problema es que no salía de encantador. Como mucho bajaba a estupendo, pero más tarde volvía a hacer algo tan inusual hoy en día como adelantarse hacia el coche para abrirme la puerta y que pudiera tomar asiento, lo que le convertía en un caballero de brillante armadura. Y no, no es que me gustase que me tratara como a una dama del siglo pasado, ¡me pirraba! Desgraciadamente porque nadie hasta el momento me había tratado así de bien. Además, que fuera por ahí abriendo puertas me facilitaba mucho el trabajo de disimular lo que consideraba una cogorza de cuidado. Mientras él siguiera hablando, y yo no bebiese más, aquello podía seguir hasta el alba.

Yo no creo que se hubiese propuesto seducirme, aunque aún no lo conozco lo suficiente como para poder adelantarme a sus pensamientos. Bajo mi punto de vista, lo que pasó anoche es que se nos fue la mano a los dos. La idea inicial de Einar era, quizás, pasar un buen rato juntos mientras valoraba si era capaz de dar la talla para el puesto de trabajo que él ofertaba. Sin embargo, algo tuvo que fallar en algún momento, supongo que por culpa del alcohol…

Nota: no beber nunca más cuando me estén haciendo una entrevista, y mucho menos si el que la hace no para de llevarme de un sitio a otro. Porque no recuerdo los nombres de todos los bares, pubs y discotecas a los que fui anoche, pero sí las formas ridículas de algunos vasos, ¡y las canciones!: me encantó volver a oír *World, Hold On* de Bob Sinclair, para mí todo un clásico de mis noches adolescentes. (Aunque no debí decirle a Einar que la primera vez que oí esa canción fue en mi baile de graduación. Creo que por eso volvió a hacer sus cuentas mentales para tener bien claro que no era menor de edad). También recuerdo los mojitos, los chupitos de tequila, y no sé cuántos *snaps*. Algo típico de aquí que yo me empeñé en probar, a pesar de que todos los demás bebieran ron o vodka. (Haciendo la guiri un rato, sí. ¿Qué pasa?). Y por supuesto, no llegué a pagar ninguna de esas rondas, haciendo cada vez más elevada la suma de todo lo gastado en esta cita-entrevista. Yo al principio me sentía mal por ello, después me di cuenta de que Einar tampoco pagaba sus copas. Me extrañó, simplemente. La verdad es que estaba demasiado borracha para hacer algo más que menear la cabeza al ritmo de la música. Einar era un chico de barra, se notaba, seguramente era amigo de todos los camareros y le fiaban. Me parecía genial. Lo único que me faltó aquella noche fue salir a bailar, pero

dada la magnitud del pedal que llevaba, me bastaba con disfrutar sentada viendo la fauna sueca que se movía por ahí ¡Ayyy, mis ganas morenas de divertirme de verdad! En esos momentos pensaba que Dios realmente existe y escucha tus plegarias, por muy mundanas que estas sean. Porque Einar me había entendido por completo y me había dado lo que yo pedía: "Fiesta". Y diré que, a pesar de mis prejuicios, Einar fue un estupendo compañero en esa velada, haciendo todo lo posible para que disfrutase, y no supe cuánto hasta el final…

Debo agradecer que alargase la cita con una excusa detrás de otra, agotando todas sus posibilidades para convertir aquella noche en inolvidable. Ayudándome a eliminar algunos malos recuerdos vivos aún en mi mente, desinhibiéndome, haciéndome reír, sugiriendo siempre algún sitio más que visitar para no despedirnos. Haciendo que por unas horas volviera una Blanca de la que ya ni me acordaba, sintiéndome muy feliz e incluso atractiva. Porque Einar tenía el don de mirarme como si no hubiese nada más importante a su lado, haciéndome creer que yo sola estaba convirtiendo aquella noche en algo especial.

Creo que entendió en seguida lo mucho que necesitaba salir un poco, no sé cómo, pero lo supo. Quizás solo hacía falta prestarme un poquito de atención, observarme como él lo hacía. Y por eso no tuvo ningún problema en cumplir mis deseos esa noche, tal y como yo había soñado, aunque no recordaba haber soñado nunca con alguien como él.

Vuelven a mi mente como ráfagas sus disparates sobre lo que las mujeres somos capaces de soportar, señalando mis zapatos de tacón de nueve centímetros que reposaban junto a nuestras copas en la barra del cuarto o quinto local donde nos metimos. Yo a esas alturas, ya había bajado la guardia totalmente, y cada vez me importaba menos cómo terminase la noche.

Einar, ligeramente inclinado hacia mí, parecía muy acostumbrado a estar siempre de pie. Yo, en cambio, lo primero que hacía al llegar a un sitio era buscar un taburete. Él se entretenía analizando cada una de mis reacciones mientras hablábamos (o intentábamos entablar conversación por encima de la música): se le iban los ojos cuando jugaba con algún mechón de mi pelo. Cuando movía distraídamente los dedos de mis pies al ritmo de la música. Y sonreía victorioso cuando me reía de sus comentarios, a veces aún más ridículos que los míos. ¡Imposible, estaba convirtiéndose en mi pareja ideal!

Todo aquello le indicaba que estaba cada vez más cómoda con él. Y cuando ya se creía ganador en esa batalla, mi mirada se perdía hacia otros chicos que se acercaban a la barra a pedir algo, convirtiéndose de nuevo en un reto que volviese mis ojos hacia él. Esto, en lugar de molestarle, le animaba a seguir luchando por lograr mi atención. Adiviné entonces que le gustaba competir, porque así la victoria era más dulce todavía para él. Aún no me tenía del todo en su bolsillo, y eso creo que acabó gustándole morbosamente.

Pero Blanca Blanes seguiría en sus trece, no cambiaría de opinión tan fácilmente. Aunque ebria, Einar seguía sin gustarme. ¡O eso pensaba yo antes de conocer a Fox!

Pequeños flashes en mi memoria me daban detalles que de otra manera no habría podido imaginar: volvimos a cruzar la ciudad en su coche para ir a Vasastan, a uno de los pocos antros que seguían abiertos pasadas las dos de la madrugada en esta ciudad. Einar me contó que había sido camarero, barman, encargado. Además de muchas otras cosas…

Por eso, deduje, nos invitaban a todas las copas. Por eso se movía como pez en el agua cada vez que entrábamos a un local. Siempre sabía adónde ir, y con quién hablar, para que nos atendiesen debidamente: dándonos una mesa o una silla si yo quería sentarme, o que nos sirvieran algo sin tener que esperar a tener sed. Acumulando un detalle detrás de otro, ejerciendo a la perfección como anfitrión en su propio país.

–¡Ey, Fox! –conseguí entender en uno de estos bares. Así lo llamaron los chicos que había detrás de la barra. Nada más entrar, no tardaron en reconocerlo, y acto seguido lanzaron su mirada de escáner hacia mí. No quise indagar mucho en el asunto del mote, pero no me hacía gracia que me confundieran con su novia. Porque entendí de inmediato que era así como me acababan de identificar.

En esta ocasión, y prometiéndome una vez más que este sería el último sitio que visitábamos antes de llevarme de vuelta a casa, la discoteca era bastante elitista. Su diseño, me dijo, había ganado no sé qué premio. Perdonad mi falta de exactitud, pero como podréis imaginar, yo ya iba con unas cuantas copas de más, y él, sin embargo, seguía hablando por los codos.

Se fue adelantando a mi paso para mostrarme las instalaciones, como si me estuviera enseñando una casa. Señalándome con interés el alumbrado

indirecto del techo o el wengué de las paredes, cosas que, sinceramente, a mí me traían sin cuidado.

Me preguntó si quería otra copa, y yo le contesté que mejor me decía dónde estaba el baño. Sus seguras pisadas me llevaron por un estrecho pasillo plagado de luces led. Verlo caminar por ahí me hizo sonreír, por un momento aquello me recordó a la cabecera de una película de James Bond. (Tened piedad de mí, por favor, hacía horas que debía haberme ido a la cama). Entré sin mucha ceremonia, entendiendo con un gesto suyo que me esperaría fuera. Asombrosamente el baño estaba muy limpio: no había charcos de agua en el suelo, ni papel higiénico pegado en las paredes, ni siquiera olía mal allí dentro. ¡Cada vez me gustaban más estos suecos!

Cuando salí, antes de lo que jamás hubiera imaginado porque apenas tuve que hacer cola, Einar tenía una mirada muy seria. Seguí la trayectoria de sus ojos y llegué hasta una puerta corredera que había al final de ese espectacular pasillo. Entonces lanzó un resoplido de contrariedad, y exclamó realmente enfadado:

–¡Les dije que lo quitaran! –Para saber a qué se refería, me adelanté hasta el fondo y terminé de abrir aquella puerta del todo. Una luz se encendió de repente debido a mi presencia. Descubriéndome, después de tanto misterio, que tan solo se trataba de una especie de reservado con sillones.

–¿El qué tendrían que haber quitado? ¿Este sillón? –pregunté sentándome bastante extrañada, ya que, bajo mi humilde opinión, el espacio había sido decorado de manera exquisita.

Entonces supe que Einar Lönnberg, Fox para sus colegas, no era conocido en la ciudad por llevar un negocio tan aburrido como una inmobiliaria. En realidad, aquel trabajo había surgido por puro azar, y como un medio de mantener su cuenta a flote tras un duro revés en una maldita partida de cartas. Lo que le convertía en un verdadero personaje, y hacía que le tratasen tan bien donde quiera que fuese, era por su dilata experiencia en la restauración. O más bien, su olfato. De ahí seguramente su mote. Porque realmente lo que él tenía era un don para saber lo que iba a ser un éxito o no, y esto era extensible tanto a los locales como a las personas. Si querías tener alguna garantía de que tu negocio iba a ir bien, tenías que hablar con él. Y si encima, te ayudaba económicamente, aquello era lo más parecido a ser bendecido por el papa de Roma. Él, según me explicó después, sabía muy bien que en esas habitaciones se hacía de todo menos

beber. Y si se consumía algo, desde luego no era alcohol. Por lo tanto, y esa era su férrea opinión, no merecía la pena ni siquiera tenerlas en cuenta a la hora de diseñar un sitio como aquel. Mejor alargar la barra, o hacer más grande el baño de señoras, que siempre resultaba ser demasiado pequeño para nosotras. Haría de todo menos crear un sitio especial para hacer todo aquello que no era lícito mostrar en público. Así de claro se lo había dicho al dueño, que lo había llevado hasta allí cuando solo era un bajo lleno de cables y cemento. Pero al parecer le había importado bien poco su opinión, cosa que no toleraba. A Einar le gustaba que la gente se tomase en serio sus consejos, porque, para empezar, era de lo poco que aún daba desinteresadamente.

–¡Oh, vamos! –me enfrenté así a su cara de pocos amigos, levantándome del sillón para alejar la modorra que me estaba viniendo encima–, odio que todo en esta vida se mida por el dinero que cuesta o lo que gana uno. ¿Y qué si esta sala no es rentable? A lo mejor no se hizo para ganar dinero, sino buenos recuerdos. Eres una especie de calculadora andante: en el bar de antes me has hecho una media de lo que se podía hacer por caja en una noche después de contar las copas que había en las mesas, y ahora esto: ¿por qué no crear una sala para enamorados? A lo mejor el propietario lo ha querido así y ha pasado de tu opinión. Puede que solo por una habitación como esta, el pub tenga más sentido para algunos, y por eso vengan aquí antes que a ningún otro sitio. ¿O me vas a decir que eres tan frío que nunca has sufrido un arrebato de pasión? ¡Venga ya! ¿Es que eso por aquí no pasa? –iba a continuar diciéndole que su opinión era muy nórdica, que desde luego no era nada latino, cuando me di cuenta de que todo lo que le estaba diciendo le hacía mucha gracia–. ¿Y ahora qué? ¿Qué he dicho que te ha hecho sonreír de oreja a oreja? –Einar no respondió, se limitó a tirar suavemente de mi brazo, como en una especie de pase de baile improvisado, para frenarme deliciosamente en sus labios. Y mientras lo hacía, con la misma soltura de un carterista, no tardó ni un segundo en rodearme la cintura con su brazo. ¡Oh, cielos! Desde luego, era la prueba más evidente para demostrar que me equivocaba por completo: un sueco no tiene nada que envidiar a un *latin lover* o, por lo menos, el que tenía a mi lado besándome por sorpresa. ¿Pero de verdad Einar era de aquí? Cada vez lo ponía más en duda. Se notaba que era muy ducho en estos menesteres. ¡Qué manera de besar! Seguía sin poder reaccionar, aunque tampoco mi

cuerpo se estaba dando mucha prisa en hacerlo. (Y la borrachera no tenía nada que ver aquí, más bien que el chico lo estaba haciendo bien, pero que muy bien). Entonces me di cuenta de lo listo y paciente que había sido durante toda la noche: a pesar de mis prejuicios iniciales, había conseguido que cayera en su red. No solo había respondido con agrado a aquel beso, sino que incluso dejé escapar un pequeño suspirito de placer cuando separó sus labios de los míos muy lentamente…

¡Qué humillante fue! Para nada quería que supiese lo necesitada que estaba de algo así, ni que ahora era tan sumamente vulnerable a cualquier encanto. Me ruboricé de inmediato, aquello era casi como haberme metido un gol en mi propia portería.

–Tomaré eso como una disculpa –dijo al fin, muy diplomático. Quedaba claro quién había ganado esta partida.

–¡No lo vuelvas a hacer! –le dije mirándole a los ojos. En aquel salón del amor, como así lo bauticé después, el iris de sus ojos tenía un azul brillante casi hipnótico.

–No, no lo haré, porque nos están grabando… –Y dijo aquello susurrándolo a mi oído, rozando intencionadamente mi piel, haciendo que toda esa escena al completo fuera imposible de controlar para mis sentidos.

–¿Qué? ¿Quién? ¿Dónde? ¿Cómo? –pregunté como una estúpida haciendo desaparecer de un plumazo mi dulce borrachera, apartándome alterada un poquito más de él. Einar, sin embargo, seguía tan tranquilo aún con la sonrisa en sus labios. Entonces dirigió su mirada hacia una esquina, haciendo que yo también llevase mis ojos hasta allí. Pero yo no vi nada en aquel rincón, si había alguna cámara en esa habitación, estaba bien oculta. Entonces me percaté de que él había vuelto su cabeza hacia mí, y me observaba con la misma intensidad que antes, pero extremadamente cerca:

–Es mentira –le dije volviendo mis ojos hacia los suyos.

–Yo nunca miento. Todo cuanto he dicho esta noche es cierto, incluido lo de tu sonrisa… –Sonreí por acto reflejo al oír ese piropo, estábamos demasiado cerca el uno del otro y yo todavía andaba algo mareada para mantener la compostura–. ¿No ves? –continuó diciendo–. Por culpa de esa sonrisa ahora estamos escondidos en este agujero.

No supe qué responder, sonreí nuevamente. ¿Pero qué demonios me estaba pasando? Un familiar hormigueo me invadió desde la cabeza hasta la punta de los pies, haciéndome consciente de que esto no era lo que me

había prometido a mí misma. Aquel tipo calvo me estaba acelerando el corazón, cuando hacía cosa de unas horas no lo habría querido tener a mi lado ni en pintura. Sus esfuerzos por hacerme sentir cómoda habían dado sus frutos en aquella sala con sillones y mesitas de café. De modo que ahora mismo yo tenía esa sensación pletórica de estar con alguien especial, pero en mi mente la realidad se me atragantaba un poco ¡error, error! Mi sistema de defensa femenino debía estar seriamente dañado. Ese tío no podía gustarme, porque principalmente, ¡no era para nada mi tipo! Algo importante debía haberse escacharrado en mi cabeza al llegar a Suecia. Esos malditos *snaps* eran más peligrosos de lo que yo pensaba.

Snaps, ¡caca! ¡Argg!

Noté su mano acariciando un mechón de mi pelo, el mismo con el que había estado jugando al principio de la noche. Delicadamente lo dejó detrás de mí oreja. ¡Eso sí que no, por favor! No quería que se fijara en los lóbulos de mis orejas, eran demasiado grandes. Los odiaba. Sin embargo, él alargó esa caricia del cabello al lóbulo, pasando después hacia la nuca. Sus dedos pasaban suaves, erizándome el vello de todo mi cuerpo. Se movían como si estuviera dibujando con sus yemas sobre mi piel. ¡Ya sabía yo que esas manos tan largas eran peligrosas! Pero no se detuvo ahí. En cuanto supo que no había rechazo alguno por mi parte, empezó a bajar lentamente por la espalda, haciendo su recorrido eterno y placentero. ¡Oh, Dios! Además de dibujar, Einar hacía otras cosas muy bien. Segundos después, no sé cómo, mis manos ya reptaban por su camisa, en respuesta a las suyas, que empezaban a aprenderse de memoria todo mi cuerpo. Noté cómo se tensaba la musculatura de su pecho: ¿Inspiraba cogiendo fuerzas para lo que vendría después? ¿O él también se sentía sin aliento? Dejé de pensar en la cámara, en que posiblemente estuviesen grabando todos los detalles de este encuentro. De repente percibí el suave olor de su perfume. Seguía oliendo de maravilla, ¡y yo ahora iba a oler a él el resto de la noche!

–Nos van a llamar la atención… –le dije, no muy convencida de mis propias palabras mientras volvía a inclinarse hacia mí.

–Chist, tranquila. ¡Confía en mí! –murmuró. Y eso hice. Llevaba toda la noche tratando de evitar que pasara algo así, pero ahora comprendía que era una tontería no dejarse llevar por aquel impulso. ¿Y qué importaba si era el hermano mayor de Pitbull? ¡Besaba de maravilla! Así que no puse ningún impedimento cuando noté de nuevo su lengua, más bien, la esperaba, al

igual que su efecto: deshaciéndome por dentro, animándome a pedirle mucho más. Yo ya no recordaba lo que era empezar con alguien, que tocar al otro fuera algo nuevo. Si alguna vez había deseado vengarme de Eloy, pagándole con la misma moneda, en esta ocasión me estaba saliendo a pedir de boca. Así que con el suave tacto de sus caricias fui cediendo, como un lazo que termina soltándose por completo. Con esto definitivamente había cumplido mi sueño de hacer de esta una gran noche. Así que, entre beso y beso, mi sonrisa y sus ojos, intuí que el sentimiento era recíproco. ¡Realmente Einar estaba disfrutando al tenerme en sus brazos! Y es que después de ver la fauna femenina en aquellos sitios, seguía resultándome muy chocante que prefiriese estar conmigo. Cualquier chica sueca en esa misma discoteca estaba físicamente mucho mejor yo. Y ya sé que esto no suena muy bien si lo dice una misma, pero esa era mi realidad aquí, rodeada de rubias de más de dos metros que parecen las hermanas gemelas de Kate Moss. En cambio, él no pareció verlas en ningún momento de la noche. Así que algo extraño nos debió pasar a los dos. Creo que conectamos demasiado rápido, incluso para nosotros mismos. Einar me demostró entonces que no solo su madre era una apasionada de España, él también sentía cierta debilidad por las españolas.

Ahora era el turno para los instintos, y una vez iniciados en la tarea, no podíamos parar. Nuestra respiración se entrecortaba cada vez más, era evidente que ambos habíamos esperado silenciosamente a que surgiera una oportunidad como aquella, y no habríamos tenido suerte de no ser por la existencia de este estrecho reservado que él tanto odiaba. Ahora ya descubierto, íbamos a encargarnos nosotros de darle todo el sentido a aquella estúpida habitación.

En un momento tan delicado como aquel, en el que volvía a la carga con todas mis armas (rodeando su cuello para que no se le ocurriera despegarse de mí), di sin querer un nuevo traspié con uno de mis famosos tacones, que en realidad se los había cogido prestados a mi hermana. ¡Desde luego, gracias a ellos me estaba cubriendo de gloria ese día! Así que, para no volver a tocar el suelo otra vez, me cogí del cuello de Einar, provocando que del fuerte tirón bajara su cabeza aún más hacia mí.

–Wwwooouu… –gritó de dolor. Él en seguida me miró contrariado y decidió subirme a pulso.

–¡Perdona! ¿Te he hecho daño? Han sido los zapatos, ¡lo siento! –quise explicarme, realmente preocupada de haber podido lastimarle por ser tan sumamente torpe.

–No te preocupes. Es que hace poco tuve un accidente con un coche, y aún me duele… –dijo, sin querer darle ninguna importancia, bajando los párpados lentamente para recobrarse un poco después de aquel duro golpe.

–¿Tuviste un accidente con tu coche? –pregunté sorprendida, mientras me dejaba al instante reposar sobre una especie de repisa decorativa. "¿Hasta aquí mi paseo en sus brazos? ¡Pobre Einar!", pensé. "Seguramente se habrá sorprendido al ver lo que pesaba en realidad y me ha dejado en el primer sitio que ha visto libre. Soy lo peor que hay en este mundo, ¡lo sé, y ahora Einar también!".

–Oh, nada grave, no te preocupes… –dijo queriendo zanjar el tema, apoyando ahora sus manos en mis muslos y queriendo abrirse paso entre ellos de nuevo con sus caricias. Einar Lönnberg, el chico que además de español, también sabía latín.

–No se romperá, ¿verdad? –le dije, refiriéndome a la moldura de madera donde me había dejado, apartando sus manos con suavidad.

–¡Si no pesas nada! –contestó él sonriente. Aquella frase me hizo reír de verdad. Si seguía con Einar un rato más, conseguiría terminar con todos mis complejos, estaba más que segura. Ahora me miraba como si yo fuese lo más bonito del universo, y yo no estaba para nada acostumbrada a sentirme así.

–¿De qué te ríes? –me preguntó él, ladeando mi barbilla para que mis ojos terminasen encontrándose con los suyos otra vez. ¡Agg! Volvía a hacerlo, tocaba mis puntos más débiles. No quería que se fijara en mi mentón, ni mucho menos que sus ojos fueran a parar a mi pecho inexistente. Se reiría de mí, y después volvería a preguntarme cuántos años tenía. Odiaba estar tan cerca de él, que me observara tan detenidamente, y, sin embargo no me alejaba ni un milímetro de su contacto, de ese perfume que ya empezaba a reconocer.

–De que tienes razón, ¡no se hace nada bueno en estos sitios! –dije, sorprendiéndome con mis propios pensamientos nada puros sobre él.

–¿Ahora te das cuenta? –me preguntó contagiándose de mi sonrisa. Fue entonces cuando comprendí lo que había hecho al colocarme allí, ese movimiento no había sido por casualidad. Como nada de lo que hacía Einar.

Ahora él estaba estratégicamente de espaldas a la esquina que antes me había señalado, ocultándome con su cuerpo. Si realmente había una cámara allí, no podrían ver nada de lo que hacíamos.

–¡Dios mío, Einar! Es verdad, ¡están grabándonos!… –grité dando un salto. Me pareció horrible, como si me hubieran pillado desnuda en el baño. Peor que haberme caído delante de él. Número uno en la lista de las cosas más vergonzosas que me han pasado en esta vida con un hombre: ¡estábamos siendo el espectáculo de feria del segurata de turno!

Todo mi concepto sobre él cambió al instante, me sentía muy engañada, a pesar de que me hubiese avisado previamente de la existencia de una cámara. Luego me hizo pensar que era mentira, o quizás yo quise pensar que era mentira para no interrumpir nuestro momento de intimidad. Pero eso no importa, ¡él tenía la culpa de todo! Sí, él y esos ojos azules. Él me había llevado hasta allí, me había emborrachado y solo a él se le había ocurrido eso de que mi sonrisa era preciosa ¿Quién se había creído que era? Menudo manipulador. Salí de ese salón, coja de un zapato, maldiciéndole y pidiéndole a la vez que me llevase a casa lo antes posible…

Ya de vuelta a la vida real, yo solo quería extirpar mis sienes estúpidas por no saber decir basta cuando me invitaban a beber. No tenía tiempo para lamentaciones, tenía que vestirme y salir pitando hacia el trabajo. Y lo peor es que allí no habría otra opción: iba a tener que volver a ver a Einar. ¡Qué situación más embarazosa! Precisamente lo que habría evitado hacer de cualquier forma en otras circunstancias.

No había tiempo para grandes sesiones de maquillaje o peluquería, ni siquiera pude buscar entre los zapatos de mi hermana unos que mereciesen la pena como el otro día. La puerta de su dormitorio seguía cerrada, el matrimonio Olsson seguía durmiendo, ¿se habrían olvidado de poner el despertador?

Decidí no molestarles, ambos se merecían compartir algo más de tiempo juntos, no solo el que permanecían en la cama durmiendo. Total, tampoco me apetecía volver a tropezar con la alfombra de la entrada; así que salí a la calle con mis merceditas granates, a juego con un vestido de flores muy primaveral. Ese era mi conjunto favorito, ¿y por qué lo llevaba esta mañana? Porque iba a necesitarlo. El móvil lo guardé en un *clutch* oscuro, y el pelo lo llevaría suelto, ¡ya se me secaría por el camino!

Bajo los techos azules y blancos de la T-centralen, decidí que lo mejor sería tener amnesia selectiva. Y él, ¿la tendría? La aglomeración de personas en aquella estación a primera hora de la mañana no fue nada comparable con el agobio que se me vino encima. Quizás mi hermana tuviese razón y no iba a ser muy buena idea continuar hacia mi destino. Tuve un mal presentimiento: la sensación de que de nuevo mi corazón no iba a salir muy bien parado en esta aventura.

Entonces, recordé sus palabras antes de irse:

–*Tack för Ikväll…* –Solo después supe su significado: "gracias por esta noche". Puede que fuese un mero formalismo, pero a mí me pareció que había sido mucho más sincero de lo que él pretendía.

El metro, vestido con la bandera sueca, ya había llegado. Me esperaría un segundo más con las puertas abiertas, y después se iría. Solo había que dar un paso para entrar en él. Solo uno. Inspiré, no estaba segura de haber curado todas mis heridas. Quizás no fuera tan buena idea seguir con esto, no había empezado de la manera más adecuada… entonces, volvió a mi mente de nuevo aquel beso, y todas las veces que me había hecho reír Einar en una única noche. Eloy, ni siquiera al principio, se molestó tanto en que lo pasara bien. A él nunca se le habría ocurrido dar un paseo en la primera cita, y mucho menos ir a un mirador.

De pronto me vi dentro del vagón: ¿en qué momento había entrado? Ni idea. Y al verme rodeada de niños con vestidos tradicionales supe que, desde luego, algo no estaba del todo bien… ¡y no solo en mi cabeza!

OceanofPDF.com

Capítulo 4

Vete-Katten

Einar se quitó sus gafas metálicas con un rápido movimiento. Fue una señal más de coquetería masculina al oír cómo se abría la puerta de la inmobiliaria. Sabía con seguridad que sería Blanca Blanes, su nueva chica.

Al entrar se dio cuenta de que había algo diferente en ella, y no se refería a ese vestido de seda estampado con demasiado color para su gusto. Observó cómo ella miraba el suelo: ya no estaban los folletos que ayer mismo habían dejado tirados tras su aparatosa caída, pero tampoco estaba el resto de los trabajadores ocupando sus mesas.

–Buenos días –dijo Blanca acercándose muy decidida al que a partir de ahora era su jefe. Pero tras ponerse frente a él, no quiso tomar asiento. Tampoco este parecía interesado en que lo hiciera, y mirándola de arriba a abajo mientras mordisqueaba una de las patillas de sus finas gafas, terminó diciendo:

–¿ …Rizado? –Y con aquella pregunta Blanca supo exactamente a qué se refería. Sin media hora de secado a conciencia, y tras una sobredosis de acondicionador, su pelo había tomado un volumen… ¿cómo describirlo? ¿Inesperado? No, más bien habría que escribir con todas las letras lo que parecía en ese momento nuestra protagonista: el león de la Metro. Somnolienta y en ayunas, pero leona, al fin y al cabo. Así que, un poco molesta por la observación del caballero, no tardó en reaccionar y hacerse una coleta mientras exclamaba pidiendo explicaciones:

–¿Se puede saber qué día es hoy?

–Martes, 6 de junio… –Einar guardó una pausa. Estaba observando con deleite cómo se arreglaba el cabello Blanca, y solo cuando terminó de recogérselo dijo más claramente–¡el día nacional de Suecia! –Y no pudo evitar una sonrisa de niño malo como punto y final.

–¿Me estás diciendo que es festivo? –exclamó la joven, ahora mucho más a gusto consigo misma con toda esa melena recogida. Einar asintió con la cabeza; sin embargo, quiso borrar esa sonrisa de su rostro para no agravar

más el primer enfrentamiento serio que presentía se iba a disputar entre ellos dos. –¿Y mis compañeros? –Blanca siguió acercándose un poquito más a la mesa de su jefe. –¿Ellos también trabajarán hoy? ¿O solo soy yo la tonta que ha venido hasta aquí sin desayunar para que no se me hiciera tarde? –Parecía muy enfadada, y lo estaba. El dolor de cabeza que se había levantado con ella había vuelto en fuertes oleadas, igual que su disgusto por la tremenda jugarreta de su amigo el calvo.

–Ellos no tienen que aprender rápido, ¡tú sí! Si quieres el puesto tendrás que trabajar hoy, aunque sea festivo. Sin embargo, si lo que prefieres es descansar, ahí tienes la puerta… –Como amante de los juegos de cartas, Einar siempre jugaba con un comodín en la manga. Por eso se mostraba tan relajado frente a la actitud de su nueva empleada, ya que su reacción no le había sorprendido nada. De hecho, la esperaba desde que le dijo que viniese hoy a la oficina. Ahora empezaba el trabajo en serio, y con ella ahora tenía la suficiente confianza como para pedirle un esfuerzo como aquel. De otro modo, no podría hacerlo. En parte, ese era su *joker*, y pensaba guardárselo hasta el final. Sabía que, hasta cierto punto, gracias a lo que sucedió la noche anterior entre los dos podía pedirle lo que quisiera.

–¿Y qué vamos a hacer hoy? ¿Vestirnos con trajes regionales y entregarles flores a los monarcas? –preguntó la graciosa de la familia Blanes. Pero Einar no quiso reír esta vez. Se levantó de su mesa, dejando atrás el portátil encendido y una pila de carpetas a punto de derrumbarse, y cogió su chaqueta dirigiéndose hacia la puerta.

–Primero, vamos a por un café. Creo que los dos lo agradeceremos… ¿No crees? –Y él la miró a los ojos mientras Blanca bufaba disimuladamente al pasar por su lado. Preferiría que no hiciese ninguna referencia a lo sucedido la noche pasada. Einar abrió la puerta y la dejó salir, permitiéndose una vez más observar el contoneo de sus caderas mientras lo hacía. Ambos necesitaban dormir, pero esta carrera contra reloj que acababa de empezar al señor Lönnberg le pesaba sobre los hombros como si fuera una gruesa cadena de hierro. Para él había sido imposible conciliar el sueño esta madrugada después de dejar a Blanca. Así que se había puesto a trabajar desde su casa, enviándose correos con direcciones interesantes y buscando propiedades en alquiler sin agencia. Tuvo muchas cosas en las que pensar mientras pasaron las horas hasta el amanecer. Aunque él fuera de los que nunca se arrepienten de haber tomado una

decisión, surgieron las dudas: ¿Habría sido correcta su decisión de contratar a Blanca? Ni siquiera tenía tiempo para darse una respuesta. Tendría que tragar con lo que había, y trabajar con ella en el sentido más estricto de la palabra. Si quería que realmente su plan funcionase, no podía perderlo todo por un par de curvas.

En un intento de enseñarle poco a poco todos los sitios que merecían la pena de esta ciudad, Einar llevó a Blanca a Vete-Katten, una de las mejores cafeterías que había en Estocolmo. Se tomó la libertad de pedirle un *caffe latte* y unos *muffins* de canela, que resultaron ser deliciosos. En realidad, cualquier dulce que hubiese elegido de los que estaban allí, le habría encantado. Así que, después del segundo bollo, Blanca decidió hacer las paces con él:

–¡Gracias! –dijo todavía con la boca llena–, están muy buenos, ¿de verdad que no quieres probar uno? –Einar negó con la cabeza mientras la miraba. Y, después de un rato así, cogió una servilleta y, alargando el brazo, quiso limpiarle la nariz de azúcar glasé. Pero Blanca prefirió apartar su rostro para hacerlo ella misma. Mejor evitar cualquier tipo de contacto.

Einar giró entonces su muñeca para ver la esfera de su reloj. Acto seguido pidió la cuenta al camarero. Tenían prisa. Él solo había desayunado un café. El segundo, en realidad, de esta mañana. No le entraba nada sólido en el cuerpo. Y llevaba así varios días, aunque nadie lo hubiera notado. Ni siquiera Blanca. Mañana mismo vendrían esas familias, y quedaba mucho por hacer. Sobre todo, con aquella chica que tenía enfrente. La apuesta más fuerte que jamás había hecho hasta el momento. Blanca debería ser su caballo ganador, y ni ella sabía lo que Einar se jugaba por haberla elegido.

Cerca de allí estaba el primer piso que Einar quería enseñarle. Con especial interés él le había enviado las fotos de la vivienda al responsable de recursos humanos de la empresa de plásticos, y este había quedado encantado con las imágenes. Ahora solo hacía falta que le gustase tanto como para vivir allí una temporada. Si empezaba con buen pie, el resto sería pan comido.

Entraron por la puerta principal: allí les esperaba un majestuoso vestíbulo de mármol blanco y gris, con escalera de caracol a ambos lados, barandilla de forja en negro y una lámpara de cristales de roca coronando la estancia en el centro. Con solo entrar en esta habitación, te dabas cuenta de que

aquella casa era lo más parecido a un palacio, dejando la boca abierta a la propia Blanca.

–¡Guuuauuu! –exclamó sintiéndose demasiado infantil–. ¡Entonces estas casas realmente existen, no solo están en las revistas! –añadió, queriendo enmendar su error.

Einar siguió avanzando hacia el primer salón sin decir nada, las suelas de sus zapatos resonaban por toda la casa, su pisada era fuerte y lenta. En realidad, era una de las mejores casas que había tenido ocasión de ofrecer, y estaba disfrutando un poco de ver aquella asombrosa vivienda a través de los ojos de Blanca. Llegaron a lo que parecía una sala de juegos: con barra americana, biblioteca y mesa de billar incluida. El sitio ideal para reuniones entre amigos o familiares. Blanca prefirió guardar silencio esta vez y seguir a Einar, que no hacía otra cosa que abrir puertas y ventanas, dejando que entrase la luz por fin en esa casa.

El aire viciado del interior se suavizaba cada vez más gracias a la suave brisa que empezaba a llegar de fuera. Era una mañana fresca de junio… ¡Así era el verano en Estocolmo!

Pasaron por los cuatro dormitorios, tres baños, y al llegar a la cocina, Blanca se echó las manos a la cabeza. Aquello era tan grande como el salón principal, y tenía de todo. Cocina de gas, vitrocerámica, horno de leña, plancha incrustada en la encimera, triturador de basuras, exprimidor de naranjas industrial…

Blanca apretó un botón y el mecanismo del exprimidor se puso en marcha, la verdad es que iba a odiar un poco al tipo que se fuese a vivir aquí.

–¿Cuántos metros cuadrados tiene esta casa? –Aquella pregunta le pilló de improviso a la señorita Blanes. Einar estaba enfrente de ella, como le gustaba estar. Mirándola fijamente mientras esperaba su respuesta con las manos en los bolsillos del pantalón, jugando en su interior con las llaves de esa casa y de otras tres más. Vestía con otro impecable traje de chaqueta (esta vez azul oscuro), camisa blanca sin corbata, zapatos marrones de puntera alargada y su apreciado reloj como guinda de aquel maravilloso pastel. Puede que no solo en aquella cafetería estuviesen las cosas para comérselas, pensó Blanca.

–¡No sé…! –contestó por fin la joven inexperta–. ¿Veinte? ¿Treinta? –Einar no pudo evitar el gesto de desesperación, pasándose su mano

lentamente desde la frente hasta la nuca.

Estaba empezando a sudar de verdad.

–¡Está bien! ¡Está bien! –respondió Blanca en seguida, dándose cuenta de su ignorancia–. Reconozco que no soy muy buena en esto, pero no te preocupes ¡Aprenderé rápido! –Y tirando de la manga de su chaqueta le pidió un poco más de paciencia–. Me aprenderé de memoria todos esos datos, no tendrás ningún problema conmigo. De verdad, hice teatro, soy buena actuando. Ya verás, Einar, ¡esto será como interpretar un papel!

–Pero Blanca, no quiero que actúes. ¡Quiero que simplemente creas más en ti misma! –dijo Einar muy en serio, cogiéndola por ambas muñecas y zarandeándola un poco.

–Sí, por supuesto. ¡No lo dudes! –dijo ella con énfasis, queriendo darle a entender que realmente estaba interesada por el puesto y sabía a qué se refería.

–¡Pues claro que no voy a dudar de ti! ¿Pero sabes por qué? –preguntó una vez más Einar, dejando la respuesta en el aire. Blanca, muy desconcertada, lo miraba a los ojos buscando la respuesta que él esperaba. Pero no hubo suerte, solo veía dos océanos en calma. Einar tenía los ojos azules más bonitos que jamás había visto, también porque no había visto muchos así de claros y serenos. Eran la tranquilidad personificada, tan seguros que hasta resultaban extraños–. ¡Porque tengo la corazonada de que vas a ser mejor que yo en muchos aspectos! Y estoy deseando descubrirlos… –Terminó por contestar él sin apartarle la mirada–. Yo no soy fácil de conquistar, te lo aseguro, ¡pero conmigo lo estás haciendo! Y eso solo puede significar una cosa: que hay un futuro para ti aquí en Estocolmo. Quiero que te muestres como ayer hiciste conmigo: auténtica, encantadora, divertida. ¡Como tú eres! El resto del trabajo será pan comido, te lo aseguro.

Blanca se quedó mirándolo sin saber qué decir. La facultad de la barra de un bar le había dado a Lönnberg *cum laude* en psicología, por eso sabía perfectamente lo que aquella pobre chica necesitaba oír.

–Espero que no te equivoques… –masculló ella al fin.

–Solo depende de ti. –Einar no quería presionarla, pero era urgente que supiera la magnitud de aquello a lo que se enfrentaba.

Se sentaron a trabajar en la mesa del comedor, empezando así con la árida teoría. Einar traía consigo un ordenador portátil que hizo las veces de

cuaderno y pizarra. La suya fue una oratoria intensa que duró toda la mañana: diseño, interiorismo, arquitectura y técnicas de venta. Al finalizar, había tantos datos en la cabeza de Blanca sobre materiales, calidades y estilos; que se sentía realmente empachada. No le quería oír más, le aborrecía. Su extraño acento se había apoderado de su conciencia, y ahora en su interior no dejaba de repetirle que tuviera más confianza en sí misma. Einar era capaz de hacer algo así con una mujer como ella. Convencerla de lo capaz que era de hacer algo, sin ni siquiera haberlo intentado. Blanca era su pequeño Dumbo, que se veía demasiado feo y pesado para echar a volar. Pero él iba a ser esa pluma con la que poder despegar los pies del suelo.

Fueron de nuevo entrado por las habitaciones, para dar comienzo así a las clases prácticas. Le aconsejó no llevar zapatos que pudieran rayar los suelos, y mejor oscuros para hacer contraste. Al igual que su vestido, demasiado *made in Spain*. Así lo describió después de echarle una mirada de arriba abajo. Debería dedicarse tiempo para ella misma: si no podía lucir bonita, ese sería su último día trabajando juntos.

–¡Fíjate si es importante! –le confesó–: Si ayer hubieses entrado en la inmobiliaria así vestida, ahora no estaríamos hablando. –Blanca tragó saliva. Seguro que Einar no mentía diciéndole algo así; con la elección del restaurante ayer noche ya le quedó bien claro que era todo un sibarita. Al verse en un espejo de la casa su pelo recogido y la cara lavada, se dio cuenta de a qué se refería. ¡Estaba hecha un adefesio! Aunque en realidad él no la viese así, para Einar seguía pareciéndole muy guapa, pero tenía que dejarle bien claro desde el principio qué era lo que quería de ella.

–¡Las llaves! –continuó diciendo–. ¡Jamás puedes perderlas! –Y siguió hablando desde la experiencia, dándole un consejo tras otro a Blanca, aunque a ella ya todo le pareciese un sermón inaguantable. Así que decidió desconectar.

Posiblemente con aquel trabajo fuese a aprender más cosas de las que ella pensaba: el ejemplo lo tenía con esa misma mañana. Nunca se había echado un pulso a sí misma, y en esta ocasión iba a tener la oportunidad de hacerlo. Comprobar el poder de sus propias palabras. Para Einar no solo era importante lo que dijera, sino también cómo lo dijera.

–No esquives la mirada, Blanca. Sueles hacerlo, y eso no da confianza, quiero que cuando hables mires a los ojos. Ya sé que no es tu estilo, pero tienes que romper con esa timidez, ¡ya no eres una niña! Cuando te dirijas a

alguien te pones frente a él, prestándole atención con tus cinco sentidos. Quiero que se sientan cautivados como lo hiciste conmigo, ¡después podrás venderles cualquier casa! –Blanca sonrió. En realidad, ¿quién cautivó a quién?

Einar estaba evaluándola según lo vivido con ella en apenas dieciséis horas. En resumidas cuentas, su cita de ayer no había sido más que una larguísima entrevista de trabajo, en versión L de Lönnberg. Ahora él ya tenía toda la información, y ni siquiera le había hecho falta leer su currículum.

Pero debían de seguir practicando…

Salieron de allí y fueron a por el coche para visitar otra casa. Esta vez una más modesta, en un ambiente rural: lo que entrañaba otro tipo de necesidades. Tenía huerto, un pozo y hasta un pequeño parque con columpios para los niños. Un espacio diferente, otro tipo de cliente, otra manera de enseñar lo que tendría que presentar como su hogar.

Nada más salir del edificio la sorprendió el ruido en la calle. A estas alturas la ciudad era una macrofiesta, y hasta se podía oír de fondo la música que estaba sonando en directo desde algún parque cercano. Blanca lamentó no poder disfrutar del carácter lúdico con el que parecía celebrarse este día en la ciudad. Estaba a merced de Ebenezer Scrooge, y si ensalzar su patriotismo no le iba a reportar ningún beneficio, no estaría en su agenda el divertirse hoy.

Mientras abría ella misma la puerta del coche, presintió que esta iba a ser su rutina durante días: viajar por el país descubriendo casas para que otros disfrutasen en ellas. Con sus familias, sus hijos… algo todavía muy lejano para ella.

Ahora viajarían hacia Västeras. Pero nada más entrar en el coche el estómago de Blanca tomó un protagonismo inesperado: hacía horas que había hecho la digestión de esos pastelillos de canela, así que Einar se vio obligado a prometerle que comerían antes de salir de la ciudad un plato de comida tradicional sueca. A Blanca, encantada por la noticia, ya le estaba llegando mentalmente el olor de unas albóndigas con salsa de arándanos y puré de patata como guarnición, cuando se dio cuenta que en realidad estaba entrando a un McAuto.

“¡Menuda pardilla!”, se dijo Blanca a sí misma. Cómo se notaba que hoy no pretendía seducirla con sus encantos…

Se percató entonces, mientras se ponían a esperar en la larguísima cola del McAuto, la clase de coche en el que estaba montada. Solo viendo el reflejo del vehículo en el escaparate, con los faros encendidos y ese elegante color gris metalizado, daba impresión. La noche anterior, quizá por lo borracha que estaba, todos esos detalles habían pasado desapercibidos. Por dentro, ahora que se detenía a observarlo mejor, tampoco decepcionaba. El tridente en el volante le hizo gracia, aquel era el complemento perfecto que faltaba en su equipo de muñequito Ken. De modo que estaba claro que a Einar solo le gustaba rodearse de lo mejor, costase lo que costase. ¿Pero tanto dinero ganaba?

Blanca se rascó la cabeza, no quería desconfiar de su jefe nada más empezar a trabajar con él, pero nunca se creería que aquella humilde inmobiliaria fuese una fuente inagotable de ingresos. ¿Y cómo conseguía entonces ser socio capitalista de la mitad de los locales de Estocolmo?

El zorro Fox escondía algo…

–Después de comer puedes dormir un poco, si quieres –le aconsejó Einar, sabiendo que además de hambre tendría sueño, y que la jornada iba a ser muy larga de cualquier manera.

–No estoy cansada, gracias. Prefiero hablar contigo. ¿Estás seguro de que quieres que comamos aquí? Me voy a morir de pena si se me cae una gota de kétchup en la tapicería

–Más pena me da a mí tener que comerme una hamburguesa, pero no tenemos tiempo –dijo Einar repiqueteando con sus alargados dedos en el volante. Odiaba tener que esperar para comer algo tan insípido y artificial como una hamburguesa, pero es lo que había.

–Por cierto, a todo esto… ¿cuál es mi jornada laboral? ¿De ocho de la mañana a doce de la noche, con descansos como este para comer algo por el camino? –Blanca empezaba a preguntarse si realmente Einar no era un tirano, ya que, de ser por él, estarían de nuevo en marcha.

–Que yo recuerde, aún no has firmado ningún contrato, así que legalmente todavía no estás trabajando para mí.

–¡Explotador! ¡No lo dirás en serio…! –exclamó Blanca girando en redondo su cabeza en dirección a la de Einar.

–¡Absolutamente! Solo soy un sueco muy amable que está enseñando la ciudad a una joven española. Por cierto, si no me entregas tique, no te abonaré las dietas.

–Pero espera, espera. ¿Eso quiere decir que iré yo sola? Dios mío, ¡no! Seguro que me pierdo por estas carreteras.

–Ya verás como no, ¡para eso existen los navegadores! Pero no te preocupes, durante las primeras semanas viajarás conmigo. Aunque si todo va bien, antes de terminar el mes tendrás tu *personnummer*, tu contrato de trabajo, podrás conducir un coche de empresa y llevarás un móvil y ordenador propios… –Einar se distrajo hablando al ver avanzar muy lentamente un nuevo modelo de BMW.

–¡Geniaaal! De verdad, gracias. Pero, ¿podrías añadir a eso una casa? –dijo Blanca pensando que, puestos a pedir, si él era capaz de agilizar el trámite burocrático, ¿por qué no también el de su propio alojamiento? Parecía ser la persona más indicada para pedirle un favor así.

–¿Humm? –musitó Einar sorprendido, girando de nuevo hacia ella.

–¿No te acuerdas? Yo vivo en casa de mi hermana, si esto va para largo, me gustaría mudarme. Están recién casados, ¿sabes? Y creo que, sinceramente, les estorbo bastante. Sé que los precios de los alquileres aquí son una locura, así que me he hecho a la idea de que voy a tener que compartir piso. Ya que, bueno, supongo, mi sueldo no me dará para arreglármelas yo sola. Aunque claro, aún no me has dicho cuánto me vas a pagar. ¡A lo mejor me llevo una sorpresa! –Y al terminar su larguísima explicación le lanzó una mirada melosa, solo por interés.

–¿Cuánto crees que valen tus servicios? –preguntó Einar apoyando su espalda en la puerta del piloto para verla mejor y cruzándose de brazos. Aunque a Blanca no le gustó mucho el tono de aquella pregunta, decidió contestar rápidamente.

–¡Mil seiscientos! No, mejor: mil ochocientos… –dijo sin pensarlo demasiado.

–¡Mil ochocientas coronas, trato hecho! –dijo sonriente Einar, y alargó la mano para que se la estrechara y cerrar el trato. Según él, trabajaría al mes por menos de 190 euros.

–¡Hablaba en euros! –protestó Blanca.

–¡De acuerdo! Mil ochocientos euros al mes, ese será tu sueldo… –Einar siguió bromeando descaradamente con ella. Era como jugar al baloncesto con un niño pequeño que nunca podrá tocar la canasta. Mantuvo la mano tendida un rato más, moviendo sus dedos a modo de llamada. Había gato encerrado, pero Blanca no parecía verlo, así que finalmente estrechó su

mano con la de Einar. El sueldo medio en Suecia rondaba los tres mil quinientos euros, así que Blanca iba a trabajar para él por un poquito más de la mitad.

Si realmente continuaba con él mucho más tiempo, se dijo su jefe a sí mismo, le bonificaría el resto del salario con unas buenas clases de inglés y sueco. Era lo menos que podía hacer por ella, y algo de lo que ambos saldrían beneficiados. Así que tras decidir aquello, encendió por fin la radio, dejando que Ella Fitzgerald y su *Cheek to Cheek* llenaran aquel silencio.

–¿Puedo hacerte yo ahora una pregunta? –dijo Einar apoyando la muñeca del brazo izquierdo sobre el volante–. ¿Por qué entraste ayer en mi inmobiliaria? ¿Fue para buscar ese piso que me has pedido? ¡Porque ya sé que no fue para hacer una entrevista de trabajo!

–¡Puff…! –Blanca bufó de repente, tapándose la cara y deslizándose hacia abajo en el asiento. Volvía de nuevo esa actitud infantil que tanto le gustaba a Einar, a veces tenía frente a él tan solo a una niña–. Mejor no te lo digo, podrías pensar que estoy loca.

–¿No lo sabes todavía? ¡Eres mi loca favorita! –dijo Einar mirándola con una sonrisa, arrancando de nuevo el coche y avanzando por fin al mostrador de pedidos.

–Mejor otro día. Prometido… –Y Blanca pensó entonces que jamás habría un momento apropiado entre ellos para hablar acerca de su Michael Bolton particular.

OceanofPDF.com

Capítulo 5

Sambo, mambo, särbo…

Violeta se despertó cuando su hermana cerró la puerta de casa… ¿qué hora era? Se giró en la cama para ver el reloj que había en la mesita de noche, haciendo crujir un poco el somier, y provocando que el cuerpo de Casper se venciera hacia ella:

6 de junio, 7:30 a.m.

¡Ni siquiera eran las ocho de la mañana y Blanca ya se había ido a dar una vuelta! ¿Pero qué demonios le había picado a esta chica? Volvió enérgicamente a su postura inicial, pero ahora Casper se había pegado a su espalda, y, bocarriba como estaba, había empezado a roncar…. ¡Genial! Lo que le faltaba. Sabía que su marido no se despertaría por mucho que intentara chistarle, susurrarle, o comprarle una de esas almohadas de la teletienda. Lo tenía comprobado: en días festivos como este, enchufaba en su cuerpo el modo *off* de relajación absoluta, y hasta pasado el mediodía no despegaba el ojo. ¡Y si es que lo hacía! Era único para eso. Las Navidades pasadas llegó a dormir hasta las cuatro de la tarde, y después de comer fue capaz de decir que aún tenía sueño… cómo la había engañado, ¡se había casado con una marmota!

Violeta, sin embargo, volvía a sentirse inquieta. En realidad, desde que su hermana había llegado aquí, no había dejado de preocuparse por lo que hacía o dejaba de hacer. Pero hoy era distinto. Hoy tenía motivos reales para no volver a dormir. No podía dejar de pensar que su hermana se estaba metiendo en un buen lío, y todo por culpa suya. Tendría que haber sido más comprensiva; de ese modo no habrían discutido ayer, y ella no habría salido sola a beber por la ciudad. Porque eso es lo que imaginaba que había hecho Blanca… ¡ella era capaz de hacer cosas así o peores!

Lo cierto es que desde que la vio entrar en su consulta, supo claramente sus intenciones. Estaba emperrada en salir de fiesta, y cuando su hermana se proponía algo, nadie era capaz de hacerle cambiar de idea. Así que el primer hombre que pudo cruzar con ella dos palabras en español es el que

se había llevado el gato al agua. Estaba en la fase de despecho, así que posiblemente ni siquiera le gustase, simplemente lo habría utilizado para vengarse. Y como Blanca siempre se tomaba las cosas a la tremenda, el encuentro habría sido tan sonado, que el muchacho le había dicho eso de que la contrataba para seguir teniéndola junto a él durante unos cuantos días más. Y lo peor de todo esto es que la *Pretty Woman* de la familia estaba tan feliz creyéndose afortunada que no se paraba a pensar en lo peligroso de aquella situación. En la cabeza de Violeta solo había espacio para todo lo malo de este mundo. Por eso estaba tan encendida por dentro que no podía permanecer más tiempo en la cama. Tan solo de pensar que ahora mismo ese cretino estafador le estuviese poniendo las zarpas encima a su hermana le daban ganas de gritar. Porque no tenía manera de ponerse en contacto con ella, así que no le quedaba otra que esperar a que volviese. Eso, o a que llamasen pidiendo un rescate.

–¡Arggg! –le dijo al espejo. Odiaba dar tantas vueltas a las cosas. Aquello le estaba amargando el día, como había pasado antes en su viaje de novios. Pero es que de siempre ella se había sentido muy responsable de su hermana Blanca. Cuidar de ella era su manía. En su subconsciente siempre se oía la voz de su madre gritándole: “¡vigila a tu hermana!”. Porque cuando nació Blanca, su hermana Rosa ya era una díscola adolescente de la que no se fiaban ni para dejar una sartén en el fuego. Todo eso ya formaba parte del pasado, pero ella aún lo tenía muy presente. Por eso en cuanto volviese a casa, iba a hablar con su hermana. ¡Ya no era una niña! ¿Qué quería? ¿Quedarse ahora embarazada de un caradura sueco? Porque seguro que era eso el tal Einar Lönnberg. ¡La estaba engañando, por favor! ¿Cómo es que no lo veía? Era imposible que nadie en su sano juicio hubiese querido contratarla ayer, ¡y mucho menos tal como iba vestida! Si su vestido de anoche pedía algo, no era precisamente trabajo, o al menos, no del que se firma con un contrato. ¿A quién pretendía engañar? ¡Pero si hasta le había hecho polvo los zapatos, por Dios! ¿Pero por dónde se había ido a andar anoche?

Ya en la cocina, mientras pensaba en todo esto, se disgustaba por haber tenido que nacer siendo la única razonable de toda la familia. Empezando por su madre, que cuando la llamabas te decía: “Espera, hija, ¿me puedes llamar más tarde? Es que me pillas viendo el programa de la Campos”. Seguida por su hermana mayor, que recién finalizada la carrera de Medicina

les dijo a todos que se hacía de médicos sin fronteras y allí seguía, viva de milagro en Burundi. Bangladesh. O Botsuana. Seguro que en alguno de esos tres sitios era, porque se acordaba de que empezaba por B. O quizás ya no estaba allí, ¿quién sabe? Hablar con Rosa era algo tan anecdótico, que cuando conseguía localizarla por fin donde estaba, la mandaban a otro sitio…

El único que la había entendido siempre había sido su padre. El pobre hombre, rodeado siempre de cuatro mujeres, comprendió rápidamente que no tenía nada que decir en esa casa, donde al final les venía la regla a todas a la vez y tenía que ser él el que saliese corriendo de madrugada a comprar tampones a la gasolinera.

Violeta seguía en silencio haciéndose el desayuno, cuando de repente vio en el umbral de la puerta a su marido, vestido solamente con el pantalón de pijama:

–Buenos días… –dijo en español; y arrastrando sus pies descalzos, llegó hasta donde estaba ella y la besó. Él solía hacer cosas así. Se notaba que Casper aún seguía dormido, con sus mechones de pelo rubio cruzándole por la cara, cada uno en una dirección. Los ojos, rojos e hinchados, pedían a gritos cerrarse de nuevo un par de horas más. Y, sin embargo, ahí estaba: llenando la cafetera de agua, ayudando a su mujer a hacer el desayuno.

–¿Tienes que trabajar hoy? –le preguntó por curiosidad Violeta, pensando que solo por ese motivo se habría despertado tan temprano.

–Yo no, ¿y tú? –le respondió de espaldas a ella, dejándola muy sorprendida. Violeta se quedó mirando a su marido. Le gustaba verlo así, somnoliento como un niño. Frotándose los ojos o rascándose la nariz. La musculatura de sus brazos y abdomen se dibujaba muy levemente. Casper nunca había brillado como deportista, pero aun así tenía un cuerpo muy bien definido. O al menos eso pensaba su mujer, que le seguía con la mirada.

–¿Entonces? ¿Qué haces levantado? –quiso preguntar Violeta, pero su sueco le fallaba algunas veces, y aunque su marido llegó a entenderle, no dijo eso exactamente. Al principio Casper estaba continuamente corrigiéndola, pero ahora prefería que cometiera algunos errores, que se permitiera el privilegio de no ser perfecta en todo.

–Desayunar contigo…

Violeta se sintió mal de repente, a veces se sorprendía a sí misma con esa acritud. Y más aún cuando la tenía con su propio marido, que era el que realmente la soportaba todos los días.

–Gracias, cariño… –le dijo en un hilo de voz.

–¿Y tu hermana? ¿Dónde para? –preguntó Casper, pero tras ver cómo Violeta perdía toda la dulzura de su rostro en una fracción de segundo, supuso que no había acertado al elegir el tema de conversación con su mujer.

–No quiero ni pensarlo… –Y cogiendo el cuchillo de la mantequilla amenazó al aire diciendo–: ¡Pero la tarambana de mi hermana se va a enterar! Como vuelva otra vez a las tres de la madrugada, se va a encontrar la puerta de esta casa cerrada. ¡Ya está bien con esa niñata!

–¿Tambarana? –A veces para Casper era muy difícil seguir a su mujer cuando se ponía a hablar en español, y aún más cuando hablaba así de rápido.

–¡Tarambana! Significa que está un poco loca, lo que concuerda con su descripción. Porque si ya Blanca era así desde niña, al romper con Eloy, ha perdido el norte totalmente… –En casa de los Olsson se estaban preparando para deleitarse el paladar. En esta cocina se olía a café, tostadas y gofres con sirope de caramelo. Casper era un experto en dorarlos en su punto, y Violeta le odiaba siempre por hacerlos. Al final, todo eso no eran más que grasas saturadas que se pegaban como cemento, ¡pero estaban para chuparse los dedos!

Y mientras intentaba no pensar en los beneficios de la dieta mediterránea, se acordó de su primer desayuno juntos, muchísimos años atrás: café de máquina y un pastelito para compartir, ¡menuda diferencia! Sin embargo, aquellos momentos también estaban llenos de encanto.

Se conocieron cuando ella estaba estudiando en la universidad de Gotemburgo gracias a una beca Erasmus. Su tutor había dicho en una junta a los profesores que debían hacer cómoda la estancia a los becarios europeos como Violeta, así que todos los maestros decidieron que Casper, alumno aventajado y que sabía algo de español, la acompañase en sus primeros días como anfitrión y consejero. Pero pasaron esos primeros días, las primeras semanas, incluso los primeros meses, y al parecer la chica debía estar muy perdida, porque su guía no se alejaba de ella más de dos palmos. Un día, al salir de clase, dijo fingiendo normalidad:

–Sabía que hablar español iba a ser bueno para mí, pero no sabía que lo fuese a ser tanto… –Después de seis meses a su lado, trabajando y estudiando más de doce horas juntos, esa fue su manera sutil de insinuarse. Y es que Casper, por desgracia para Violeta, sí que era un sueco de los de toda la vida. No como Lönnberg. Pero ahora que Casper se había tirado al vacío y sin paracaídas (hablando en español y utilizando correctamente todas las formas verbales), lo menos que podía hacer era disfrutar de aquel salto. Así que, ese mismo día, y viendo que el curso se le terminaba y no sacaba nada en claro con aquella chica que siempre olía a coco, la invitó a una cerveza. Ella, sorprendida por el gesto de su compañero, que desde el primer día que había llegado allí se había convertido casi en un guardaespaldas, quiso responder con la misma amabilidad y le invitó a otra. Surgió después la idea de cenar juntos, y cuando salieron de tomar un par de trozos de pizza, un amigo de Casper les encontró por la calle y les invitó a su concierto que se iba a celebrar en veinte minutos. Después, ya no podrían recordar por qué, fueron a otro bar y, en fin, digamos que ellos fueron los primeros que inventaron para qué sirven los reservados en Suecia.

Después de un noviazgo fugaz, vino lo peor: separarse. Ella tenía que volver a España y empezar a buscar trabajo; él, sin embargo, ya había conseguido uno en Estocolmo. Así que, incapaces de romper el uno con el otro, evitando la confrontación como buenos suecos, decidieron no cortar por lo sano y ver hasta dónde podían alargar esa locura que se llamaba amor. Mientras, como es habitual, usarían todos los medios posibles de comunicación, que ya por aquellas fechas no eran pocos (aunque les faltó la telequinesis y la teletransportación). Y así fueron pasando con hastío los meses hasta que, al salir una tarde de su trabajo, Casper miró el móvil y comprobó con verdadero horror que no tenía mensaje alguno de Violeta. Le entró un ataque de pánico, empezó a sudar repentinamente por todas partes, y entonces se dio cuenta de que no podía seguir viviendo lejos de aquella chica española que le había robado el corazón. Así que hizo lo que creía que debía hacer: compró un anillo, un billete de ida para España, y en menos de cuatro horas estaba llamando a la puerta de la casa de su novia para hablar con el señor Blanes.

–Que, ¿qué? ¡Violeta, ven aquí y dime qué me quiere decir este Melendi! –Esa fue la magnánima respuesta del señor Paco, después de cruzar las

primeras palabras con su futuro yerno.

Había tenido mucha suerte con la primera, pensó de inmediato el padre de esas tres hijas: al parecer, con lo de la ayuda humanitaria, no tenía tiempo para jalearse con nadie. Con la segunda, aunque guiri, al chico en el fondo se le veían buenas intenciones. Esa cara no engañaba a nadie, estaba enamorado de su hija hasta las trancas, y prueba de ello es que había venido hasta España solo para hablar con él. ¡Cualquiera hoy en día hacía eso! Pero con la pequeña, con Blanca… ¡Ay, madre mía! Que el Señor le cogiese confesado, porque seguro le tocaba ser testigo de más de un disparate.

Pero volvamos con Violeta. A ella no le gustó nada aquel numerito de su novio, ni mucho menos le pareció romántico. Porque aquella no era una decisión que hubieran tomado entre los dos, en ningún momento ellos habían hablado de matrimonio, ¿por qué entonces hacía esto? De hecho, aun viéndolo en su casa, le costaba creer que Casper hubiese sido capaz de hacer algo así. ¿Qué demonios se había tomado? ¿Alguna seta alucinógena del país vecino? ¡Esto no era para nada lo que haría un sueco!

No, en absoluto, aquello solo era un efecto secundario de una enfermedad muy común que suelen llamar “estar enamorado”. Algo transitorio, desde luego, pero a lo que Violeta parecía ser inmune hasta el momento. Al parecer, Casper estaba tan convencido de sus sentimientos, que había asumido que ella pensaba igual que él. Pero, por desgracia para el joven Olsson, no era el caso.

Así que, decidiendo acortar al máximo aquella escenita que se había montado en su casa, Violeta decidió no aceptar la primera propuesta de matrimonio del que ahora era su marido. Eso sí, con extrema educación, (como había aprendido en su estancia en el extranjero), siempre intentando no decir una palabra más alta que otra, pero mandándolo a paseo literalmente. Solo se iría a vivir con él, le explicó bien claro camino del aeropuerto, cuando ella encontrase un trabajo estable y de lo suyo. Así de rotunda fue. Por muchas veces que dijera que le echaba mucho de menos, con eso no iban a ningún sitio:

–Si me quieres, ¡tendrás que esperar! –y Casper entendió aquellas palabras como si se las hubieran dicho en su lengua materna.

Violeta estaba tan enfadada con él, que fue capaz de llevárselo de inmediato para que cogiera el primer avión de vuelta a Estocolmo. Con esa suerte de novia, Casper tuvo que regresar a su país solo, con un anillo de

compromiso en el bolsillo trasero del pantalón y un beso de despedida que le supo a cartón. ¿Pero no se suponía que a las chicas les gustaba que los hombres hicieran ese tipo de cosas por ellas? Al parecer, según a qué chicas. A la suya, estaba claro que no.

Con esa idea en mente, ya frente al ordenador de su casa, no se conformó con esperar a que cayese la breva. Casper se armó nuevamente de valor, y se dispuso a terminar con su solitaria vida en la capital sueca de un plumazo. Estaba seguro de que Violeta le quería, simplemente era que, en su caso, el orden de los factores sí que alteraba el producto. Él no era de los que tenían miedo al compromiso, menos ahora que estaba seguro de que Violeta era la mujer de su vida, pero podía esperar si era eso lo que ella quería. Aunque merecía la pena seguir luchando por hacer realidad su sueño de una vida en común con ella en esta ciudad. Ya que, como pensó desde un principio, España sería un buen sitio para pasar las vacaciones, pero no para trabajar.

Así que Casper no solo surfeó. Más bien navegó como un verdadero pirata por Internet, a través de los siete mares de las redes de empleo. Se compró diariamente todos los periódicos y revistas con anuncios interesantes sobre empleo para extranjeros, y llamó a más de veinte amigos para preguntarles si ellos sabían algo que le pudiera servir. Nunca en su vida había buscado algo con tanto apremio, y mientras lo hacía, analizaba él mismo su extraño comportamiento ¿Acaso tenía miedo de que la distancia pudiera enfriar su relación? Posiblemente, aunque ambos hacían todo lo posible para mantener el contacto diariamente, faltaba lo mejor de una relación. Y Casper no pensaba en ese momento en el sexo, a pesar de que todas sus noches terminasen con la imagen de su novia desnuda, sino más bien en algo tan sencillo como poder verla con sus propios ojos y dejar de imaginársela. A veces cuando hablaban por teléfono sabía perfectamente cuándo estaba arrugando la nariz porque no estaba de acuerdo con algo, o ponía los ojos en blanco cuando le contaba la última trastada que había hecho su hermana pequeña, pero no estaba frente a ella para comprobarlo. Y eso le mataba. Tampoco podía olerla, ese olor a coco que le había vuelto loco desde el primer día. Ni besarla en el hombro cuando estuviese sentada a su lado, ni cogerle de la mano o caminar juntos por la calle… todo, en fin, lo que otras parejas hacían a su lado, y por lo que últimamente le enfermaba verlas tan felices delante de él.

Cada mañana, nada más abrir los ojos, se acordaba de que él estaba a cientos de kilómetros de distancia de la que consideraba la mujer más guapa e inteligente que había conocido. De ahí, quizás, su temor. Violeta podía quererle mucho, pero el resto de la humanidad también tenía ojos en la cara, y ella aún no era nada suyo. Sabía que podía confiar en ella, pero no en el resto de hombres que tuvieran la suerte de verla cada día. Y es que además los españoles, por lo que decían, no eran nada feos. ¿Quién podía competir con un Antonio Banderas de carne y hueso?

Y también, estaba el otro tema….

Violeta había decidido ser muy sincera con Casper desde el principio, algo que él agradeció bastante, hasta que una madrugada le confesó que había sido capaz de experimentar con dos hombres a la vez.

–Vaaale… –se dijo el pobre muchacho, intentando no escandalizarse delante de su novia. A lo mejor no le hacía falta que fuese tan sincera.

Aquella idea le martilleaba la cabeza. Porque le daba alguna pista de hasta dónde podía llegar Violeta, y le decía que no iba a valerle durante mucho tiempo eso del sexo telefónico. ¿Y qué iba a hacer él? ¿Gastarse todos sus ahorros en billetes de ida y vuelta para que su chica no mirase hacia otro lado cuando él no estuviese presente?

Podía confiar en ella, pero prefería tenerla cerca. Por lo que pudiera pasar…

Finalmente encontró varios sitios donde Violeta tenía que acudir para hacer una primera entrevista, y después ya verían. Entraría en el país en condición de *sambo* (pareja que vive junta, pero sin estar casada). Así podría empezar él a solicitar papeles para ella, y con un poco de suerte, a finales de año llegaría a ser una persona reconocida en Suecia (el apreciadísimo *personnummer*). Con esa excusa la tendría de nuevo entre sus brazos, sería legalmente responsable de ella, y un poquito más suya. Una tontería legal, pero que para Casper significaba mucho.

Si fuera por Violeta, pensaba, habrían mantenido el estado de *särbo* (pareja que no vive junta ya que cada uno tiene su vivienda) dos o tres años más. Y si fuera por su madre, siguió pensando después, podría haber seguido siendo *mambo* (hijo joven que aún vive con sus padres), durante toda su vida. Y es que su madre era lo más parecido a una verdadera *mamma* italiana en Suecia.

Ya sentados uno frente al otro en la mesa de la cocina, Casper se dedicó unos segundos a contemplar con tranquilidad a su esposa:

–¿Qué miras? ¿Qué pasa? ¿Qué tengo? –preguntó Violeta mirándose la camiseta y tocándose el moño que se había hecho mientras su marido se reía.

–¿Qué voy a mirar? ¡A mi mujer! –le dijo en sueco. Casper había estado esperando una mañana como esa desde hacía meses. Su mujer no descansaba ni siquiera en domingo. Cuando no se iba a correr, se iba a la biblioteca, o volvía a la consulta porque se había dejado algo. Durante un tiempo empezó a preocuparse seriamente, pero después se dio cuenta de que lo único que se interponía entre él y su mujer era el trabajo. ¡A ese trío sí que le tenía que temer de verdad!

Violeta se dio cuenta de que Casper había hecho café para él y té *earl grey* para ella. Seguramente su hermana llevaba razón, y las infusiones le daban asco. ¿Cómo podía ser que hasta ahora no se hubiese dado cuenta? Porque él siempre prefería guardar silencio a evidenciar que algo iba mal entre ellos dos, como el hecho que después de casi dos años juntos aún no supiera sus gustos. En realidad, para ser francos, a Violeta no le había dado la gana de quitarse la venda de los ojos y saber qué estaba pasando en su casa desde hacía tiempo. Porque eso significaba distraerse, y dejar de hacer otras cosas que para ella eran mucho más importantes. Conseguir éxito en su trabajo, ser reconocida profesionalmente, hacerse un nombre a pesar de ser extranjera. ¡Eso sí que merecía la pena! Y por ello sacrificaba cada hora de ocio en su vida. Al llegar a Estocolmo había establecido como prioridad obtener un empleo, y una vez ya con su contrato indefinido, hacerlo lo mejor posible. Y así seguía. Como consecuencia, Casper siempre había sido considerado un segundo plato para ella. Solo cuando no había absolutamente nada que hacer, giraba su cabeza y entonces se daba cuenta de que lo tenía ahí: mirándola embobado. Porque desde el momento cero en el que se conocieron, él siempre había estado a su lado.

Bajo su punto de vista, Casper estaba enamorado de ella, y por extensión comprendía su dedicación plena. Él era un hombre de mentalidad avanzada, así que la apoyaba totalmente. Creía haber llegado a un consenso con él, firmado a través de unos silencios cada vez más largos, en los que finalmente nunca había nada importante que decirse. Todo eso había pasado

en el transcurso de algo más de veinticuatro meses, y ahora parecía que simplemente eran dos compañeros de piso.

Violeta miró a Casper y se sintió muy culpable. Seguramente él la llevaba echando de menos una eternidad…

–¿Me dejas probar? –le preguntó a Casper, quitándole al mismo tiempo la taza de café de las manos. Quería conocer el tipo de café que le gustaba a su marido, aunque realmente ella no fuera una gran catadora del jugo del cafeto. Pretendía con aquel gesto empezar desde el principio con él.

–Pero, ¿qué? –preguntó su marido, sin importarle mucho perder de vista su taza.

–¡Es muy fuerte!, ¿no? –Era café de Célebes, de Indonesia. Uno de los cafés más conocidos por su fuerte sabor y elevada acidez. Desde luego, no el mejor para empezar a probar si te gusta esto del café–. Si después de tomarte esa taza me dices que tienes sueño, ¡voy a empezar a pensar que tengo un marido narcoléptico! –le dijo, dejando el café otra vez en la mesa.

Casper sonrió, y alargó su mano hasta la de su mujer; ¿por qué no pasaban toda la mañana allí desayunando? Ahora mismo él era el hombre más feliz del mundo. Violeta, que volvió a sentirse observada, quiso buscar el motivo del brillo de sus ojos. No era por casualidad que recordasen su época de estudiantes, hacía muchísimo tiempo que no se miraban así. Al final, Violeta tuvo que preguntarle:

–¿Te acuerdas cuando…?

–¡Sí! –dijo él sin dejar que terminase.

–¡Pero si no sabes lo que te iba a decir! –exclamó Violeta muy sorprendida, y sin embargo sabía que tenía razón.

Casper solo contestó con otra sonrisa. De nuevo el silencio era mejor que cualquier palabra entre ellos. Ambos se habían acordado de la misma mañana, después de pasar la primera noche juntos. Fue en un fin de semana de ensueño, tras comprobar que compartían el mismo interés por conocer la ciudad de Tallin, habían decidido coger el ferri que conecta Estocolmo con Estonia. Aquel camarote ocuparía siempre un puesto de honor entre sus recuerdos, siendo solo el inicio de su relación, augurio de una larga vida juntos.

–¿Y un café tan fuerte no tendrá otros efectos? –preguntó Violeta muy coqueta.

–¿Efectos? ¿Qué efectos? –Casper había empezado a notar el pie descalzo de su mujer subiendo por su ingle, lo que le hizo quedarse sin argumentos.

–¿No dicen que el café es un estimulante? –Violeta seguía avanzando hacia tierras (no tan) extrañas con su pie explorador.

–¡Ese efecto solo lo provocas tú! –Y cogiendo finalmente el imprudente pie de Violeta, se lo puso más cerca aún de la entrepierna, para que comprobase de primera mano cuál era el grado de estimulación que le provocaban sus acertados movimientos.

–¡Casper! –le dijo mirándolo con los ojos como platos y apartando el pie en seguida–. ¿Y si mi hermana entra ahora mismo en la cocina?

Casper rio entre dientes mientras se levantaba. Él sabía, al igual que Violeta, que su hermana no iba a parecer por casa en todo el día. Y aunque los festejos del 6 de junio eran muy dignos de ver, los que tenían preparados para hoy en casa de los Olsson también merecían bastante la pena. Al menos, para los propios residentes de esta república independiente. Así que, seguramente, ellos hoy no saliesen de su cuarto en todo el día. El programa de actividades ya había comenzado, y no tenían hora prevista para su clausura.

“¡Al fin!”, pensaría Casper mientras su mujer se reía al besarla en el cuello, solo por esto merecía la pena levantarse temprano un día festivo.

OceanofPDF.com

Capítulo 6

Jag är vacker

Siete de junio. El siete es un número mágico. Según la cábala representa: "La ley divina que rige el Universo", y eso solo puede significar algo bueno. A esas cosas dedicaba su pensamiento Blanca mientras se moldeaba el pelo con esmero, intentando dibujar una onda suave justo a la altura de la frente. Seguro iba a ser un gran día, se repetía… ¡tenía que serlo!

La pequeña de los Blanes se había levantado una hora antes para tener tiempo de sobra de acicalarse como es debido. Einar le había repetido hasta la saciedad que hoy no podía decepcionarle, así que estaba dispuesta a dejarle boquiabierto. Esas eran sus intenciones. Tenía que demostrarle que había hecho lo correcto al confiar plenamente en ella, que sus palabras no estaban cayendo en saco roto. Y es que después del día de ayer, tras su clase magistral de doce horas intensivas, ya tenía muy claro qué tenía que hacer en su nuevo puesto de trabajo. Ahora solo quedaba ponerlo en práctica.

Había cuidado a la perfección su maquillaje de inspiración años cincuenta: una base mate por toda la cara para dar aspecto de porcelana a la piel. Después se arriesgó con una gruesa, pero perfecta, línea de *eyeliner* negra, haciendo contraste con unos labios rojo fuego. Luciendo ya una cara de estrella de cine, continuó con el vestido: traje de chaqueta negro con falda de tubo recta, blusa sin mangas de seda rosa y zapatos oscuros de medio tacón con dos tiras cruzadas que se ataban por detrás. Las medias, toda una monada, fueron un regalo de hace años de su hermana Rosa que, milagros de la vida, aún no había tenido la ocasión de estrenar y se había llevado consigo por casualidad. Eran también negras, sencillas por delante, pero con una línea que recorría la pierna por la parte de atrás. Le encantaba cómo le quedaban. Estilizaban las que pensaba eran unas curvas más que generosas… curvas mediterráneas que sabía gustaban muy mucho a Einar.

Cualquiera pensaría al verla que se estaba arreglando para una cita. Hasta podría decirse que ese hormigueo en el estómago no era muy usual para alguien que se dispone a empezar su jornada laboral, y mucho menos

sabiendo que de nuevo pasaría todo el día con su jefe. Pero Blanca no era consciente de ese pequeño matiz. Su confusión se camuflaba con los nervios por empezar en algo totalmente nuevo para ella, y si por casualidad la duda asomaba, ella seguiría firmando en cualquier papel que tenía muy claro cuál era su tipo de hombre. Que para nada tendría que ver con ese Kojak de traje de chaqueta impecable, marcando estilo con cada una de sus fuertes pisadas. Con su extraño acento, sus manos finas, sus caricias lentas, su espalda ancha, o ese reloj de esfera negra… ¡Y menos mal que no era su tipo!

Su hermana Violeta, que la conocía mejor que ella misma, lo tuvo muy claro nada más entrar y ver a aquella modelo de pasarela arreglándose en su cuarto de baño. Estaba perfilándose los labios, buscando alguna arruga en su chaqueta, repasando cada detalle de su imagen.

–¿Ahora vas así a tu nuevo trabajo? –preguntó cruzándose de brazos, bloqueando con su cuerpo la puerta.

–¿Qué pasa? ¿No te gusta? ¡Pues no mires! –Blanca decidió que ya era hora de irse. Y metiendo parte de los útiles de maquillaje utilizados en su bolso, se fue airada hacia la puerta, pensando que su hermana se apartaría de su camino en cuanto estuviese a su lado. Pero en lugar de eso, Violeta la cogió por la muñeca y la obligó a pararse–. ¡Ah, me estás haciendo daño! –exclamó Blanca, pero su pepito grillo no quiso soltarla.

–¡Escúchame bien, más daño te van a hacer a ti si no espabilas de una vez! Te fuiste de España por culpa de un hombre y has venido aquí para caer en brazos de otro peor. ¿Pero es que no te das cuenta? ¿De qué te has vestido? Cada vez me gusta menos ese tipo, y solo espero que tengas cabeza, porque nunca te he visto tan colgada. –Blanca se quedó pálida. Su hermana había dicho todo aquello apretándole cada vez más el brazo, hasta soltarla por fin. Jamás había visto a Violeta así de enfadada, y lo peor de aquella situación era que no podía comprender qué había hecho realmente para que estuviese así. ¡Jamás dejaría de tratarla como si fuera una niña! Si lo único que iba a hacer era salir a trabajar, ¡por Dios! ¿Tan difícil era entender para ella que hubiese conseguido trabajo?

Blanca estuvo a punto de responderle, pero decidió callar porque aún vivía con ellos, y esta era su casa. Cerró los ojos unos segundos, dejando ver sus larguísimas y espesas pestañas maquilladas. Contó hasta tres y

respiró profundamente. No estaba vestida para soportar aquel enfado, lo mejor era dejarlo estar. Darle la razón y marcharse.

Cuando salió de casa ya estaba Einar con su coche esperando en la puerta, y fue un alivio volver a sentarse en aquel asiento tan cómodo y oler su interior. Una mezcla a cuero y el perfume de Einar. Lönnberg, por su parte, había estado observándola alucinado todo el trayecto. ¿Aquella era Blanca? ¿En serio? Tuvo que morderse los labios para que no se le notara una sonrisa de satisfacción al verla: ahora sí que estaba seguro, aquella era su chica.

–¡Buenos días, Blanca! –dijo su particular Telly Savalas, feliz por tener sentada a su lado a una valquiria de oficina.

–Buenos días… –respondió Blanca sin querer mirarlo–. Einar, por favor, tienes que buscarme una casa. Aquí la situación es cada vez más difícil. Ya sé que no es tu prioridad en este momento, pero me tengo que alejar de mi hermana lo antes posible. –Blanca levantó las pestañas y alzó por fin la mirada hacia él, unos ojos azules y una sonrisa la saludaron cálidamente.

–No te preocupes, ya tengo un apartamento para ti. Compartido, como me pediste. –Einar arrancó y se incorporó a la carretera sin más preámbulos. En el interior de aquel coche se escuchaban las primeras notas de *Sinnerman* de Nina Simone.

–¿Pero con una mujer? –preguntó Blanca alarmada, bajo la sospecha de que además de soportar el hecho de tener que trabajar juntos, tuviera que vivir también con él.

–Con dos. Son más o menos de tu edad, ¡y no, no son pareja! El precio viviendo con ellas será más que asequible para tu sueldo, y lo único que te pediría es que insistieras en que pagasen su parte todos los meses. Es algo que olvidan continuamente. –Einar miraba el retrovisor con frecuencia, la misma con la que adelantaba al resto de coches. En seguida estaban tomando la salida hacia la autopista, la primera casa en su ruta de visitas sería en Skanen.

–¿Me vas a meter con unas morosas para tener la seguridad de que te paguen? Einar, ¿me estás pidiendo que sea tu espía? –preguntó Blanca dejando en Estocolmo su mal humor.

–No hay nada que espiar. Una de ellas es una artista callejera. Es de aquí, pero habla español, ¡te caerá bien! La otra es una actriz mexicana. Así que no tendrás problemas con el idioma… En realidad, ninguna de ellas dos

tendría que estar en ese piso, pero en el fondo son buenas chicas y no tendrás problemas de convivencia, ¡créeme! –Y el pensamiento de Einar se trasladó a otro sitio después de decir aquello.

–¿Por qué no tendrían que estar en ese piso? –quiso saber Blanca. Mientras hablaba con Einar prefería no mirar el salpicadero del coche y conocer la velocidad a la que iban, así que se giró hacia él para prestarle más atención.

–Porque está claro que ninguna de las dos tiene dinero para pagar el alquiler de un piso en el centro de Estocolmo, pero ese no es mi problema. ¡Que trabajen! –Y al decir eso se notó que habían sido muchas las horas detrás de la barra de un bar para Einar, aguantando la conversación absurda de los borrachos de turno, cerrando a las tantas de la madrugada para después tener que limpiar y hacer el recuento de la caja. Einar sabía lo que costaba cada uno de sus carísimos complementos, porque a él nadie le había regalado nada. Por eso, en parte, no tenía ninguna compasión con los vagos de profesión. La vida bohemia no daba dinero, por lo tanto, tampoco tenía ningún atractivo para él.

–¿Y por qué no contrataste a esa chica hispana para mi puesto? Supongo que, si es actriz, tendrá más tablas que yo. Y seguro que será más guapa. –El arriesgado conductor que llevaba a Blanca a una velocidad de vértigo por la autovía creyó necesario apartar un segundo la mirada de la carretera para dirigirla hacia ella a modo de respuesta. No hizo falta decir más, al parecer, para trabajar junto a Einar hacía falta algo más que belleza. Blanca le había demostrado en la entrevista que era capaz de dar respuestas rápidas con tal de conseguir su objetivo y, en definitiva, ser una pequeña mentirosa la hacía perfecta para el puesto. Por eso estaba sentada hoy en su coche. Su atracción hacia ella no era física, aunque con el modelazo con el que le había sorprendido esta mañana era difícil de defender ese argumento.

Einar resopló por tener que luchar contra sus impulsos más primarios, en esta mano se estaba poniendo en juego mucho dinero sobre la mesa, y no podía distraerse ni un segundo de sus cartas.

–Cuando terminemos con todo esto, te llevaré a tu nuevo piso, así podrás conocerlas. Espero que tengan tu habitación vacía, ¡y limpia! Les he escrito un mensaje, pero no me han contestado. No sé sus horarios, no sé si será demasiado temprano o tarde para ellas, pero a lo largo del día estoy seguro de que lo leerán. –Mientras hablaba y conducía, Blanca le observaba.

Apenas cogía el volante, más bien dejaba caer su mano izquierda sobre él. Y la otra mano permanecía sobre el cambio de marchas, pero sin apenas tocarlo. Debía ser un coche automático.

–¿Estás nervioso, Einar? –Y aquella pregunta hizo que él volviese a apartar la vista de la carretera para mirarla. A veces no entendía para nada el razonamiento femenino, ¿a qué venía ahora esa pregunta?

–¿Por qué tendría que estarlo? –dijo fijándose en cada uno de los detalles del maquillaje de Blanca: le gustaba ese rojo tan intenso en los labios. Le parecía muy sexy.

–Hoy empieza todo. Después de tanto trabajo, los correos, las fotos, buscar tantísimas casas para esa gente, ¡y sin posibilidad de error! Todo el mundo tiene que quedar satisfecho, ¿no es demasiado ambicioso tu proyecto?

–Hay que arriesgar en esta vida si quieres ganar, Blanca –sentenció Einar volviendo su mirada al frente.

–¿Y por qué estás tan seguro de que todo va a ser un éxito? ¿Nunca tienes dudas?

–Las tendría si fueses a hablar tú, pero por el momento guardarás silencio y serás una mera observadora. Quedamos en eso. ¿Recuerdas?

–Por supuesto. Me he vestido para encajar a la perfección con mi papel de mujer florero, ¿no te has dado cuenta?

–Sí, ya he visto que vas muy guapa… –dijo en un susurro, concentrado en pleno doble adelantamiento, avistando un coche por el sentido contrario a menos de cien metros.

–Tú también estás muy guapo, Einar. ¡Tiene que ser la corbata! –Y, ajena a la pericia del conductor, dirigió su mirada hacia el otro lado; en la ventanilla del copiloto el paisaje apenas era perceptible por culpa de la velocidad.

–*Jag är vacker!* –exclamó Einar en su propio idioma. Había vuelto a su carril sin problemas, una vez más.

–¿Qué? –le preguntó Blanca con interés. Aunque se hubiese mimetizado con él en su forma de vestir tan rompedora, aún no entendía ni papa de sueco.

–¡Que yo soy guapo! –tradujo finalmente. Einar no solo conducía con chulería, pensó Blanca: Lönnberg era chulo por naturaleza.

Ya en la casa, tan solo tuvieron que esperar unos minutos a que llegara el jefe de comunicaciones de Trebelent. Con razón Einar prefería hablar él, al parecer estos días estaban dedicados solo para los jefazos de la empresa.

Pero las cosas no salieron como él esperaba: su primer error fue saludar a la pareja dando por hecho que era el hombre el responsable de aquel departamento. Aquello no fue más que un malentendido sin importancia para ellos, pero un fallo imperdonable para Einar. El segundo, no contar con que en esa visita pudieran estar sus hijos: tres pequeños adorables de ocho, cinco y tres años. Llamados C.J., J.J. y J.T. respectivamente. ¡Encantadores! Además de revolotear incansables alrededor de sus padres, y más concretamente por encima y por debajo de su madre, no hacían más que robarles su atención. Cosa que no perdonaba Einar, puesto que hacía su trabajo mucho más difícil.

Blanca comprobó en seguida que aquellas pequeñas criaturas no eran del agrado de su jefe, que por más que quisiera aparentar tranquilidad, saltaba a la vista que no gozaba de ella en absoluto. ¡Menuda decepción! Esperaba ver al señor Lönnberg en una clase magistral de superventas, pero hasta el momento lo único que había hecho era balbucear frases inconexas y mirar alarmado a los hijos de aquel matrimonio como si tuvieran la lepra. En resumidas cuentas, que a Einar no le gustaban nada los niños, y toda aquella escena se estaba convirtiendo en un *remake* de la película *Poli de guardería*. Finalmente, decidió echarle un cable a Superman y dejar de exponerlo a tanta kryptonita. Para ello tuvo que romper su promesa y lanzar una pregunta al aire:

–¡Ey, chicos! ¿Qué os parece si subimos arriba a elegir vuestras habitaciones? –A los niños les encantó la idea, al igual que a sus padres, sintiéndose todos muy complacidos con aquel ofrecimiento. Blanca dejó correr hacia la escalera a los dos mayores, mientras cogía en brazos con bastante soltura a la pequeña.

–¡Por Dios, qué monada! –dijo al ver que la niña no le quitaba ojo de encima. Para la pequeña aquella señora era Blancanieves, y había venido para enseñarle su nueva casa. Afortunadamente, con este juego de palabras que encantó a todos (hasta a Einar), no solo había conseguido que no se pusiera a llorar nada más separarla de su madre, sino que además la niña tuviera la suficiente confianza en ella para alejarse de allí. Pero antes de

abandonar el salón donde estaban reunidos, su compañero le guiñó el ojo a modo de agradecimiento.

Acababa de salvarle la vida…

Después del numerito de Mary Poppins, la visita salió rodada. Estaban encantados con la casa, con todas las explicaciones que les había facilitado Einar para establecerse finalmente ahí, y con el pueblo que ya les habían recomendado previamente por su tranquilidad. Para terminar, subieron al piso de arriba. Blanca ya tenía a cada niño en su habitación. No solo habían decidido por sí mismos aquel tema tan importante, sino que además ahora estaban buscando dónde poner una puerta mágica, pero para ello debían guardar silencio y escuchar lo que decían las paredes…

–¡Ya decía yo que estaban muy callados! –dijo su madre divertida, mientras Einar solo podía mirarla con admiración. Blanca, bastante más segura después de todo aquello, quiso añadir también las visitas obligadas que debían hacer en familia. Una de ellas, al museo Junibacken: ¡la casa de Pippi Calzaslargas!

–¿Pero vendrá usted también con nosotros, señorita Blanca? –dijo el mayor de todos, C.J. Después del buen rato que habían pasado con ella, hasta los mayores se creían que fuera un personaje de cuento que había venido a hacerles más llevadero su traslado.

–¡Lo siento, C.J.! No puedo, yo debo quedarme con Einar para ayudarle a instalar a un montón de niños más como tú… ¿entiendes? –El niño pareció comprender la situación, y asintió con la cabeza sin reprimir su tristeza.

–¡Creo que se ha enamorado de usted, señorita! –dijo su padre entre risas.

–Pues chico, ponte a la cola. ¡Que yo la vi antes! –respondió Einar encarándose con el niño, asustándole un poco y provocando una sonora carcajada en sus padres.

Solo cuando ya salieron todos de allí y Einar volvía a conducir a toda velocidad por la autovía, decidió establecer un nuevo protocolo para las visitas.

–¡Está bien, está bien! Si tienen niños, tú les enseñarás la casa, señorita Blancanieves… –La sonrisa de satisfacción de Blanca no reflejaba con exactitud toda su alegría. Después de todo, iba a ser mejor de lo que ella misma pensaba para ese papel.

–Pero Einar, posiblemente todos tengan niños. ¡Es algo que suelen hacer las parejas después de casarse, incluso sin haberse casado!

–¿Qué quieres decirme con eso? –preguntó Einar con desconfianza.

–Pues que, si quieres garantizarte el éxito, necesitarás de mis servicios especiales. Lo que acaba de suceder esta mañana revaloriza mi puesto de trabajo, ¿no crees? Viendo las horas que voy a hacer al día, y si quieres que sea igual de ingeniosa con todos, tendrías forzosamente que subirme el sueldo.

–¿Ni siquiera has firmado tu contrato y ya quieres que te suba el sueldo? –contestó, gratamente sorprendido por las palabras de su nueva pupila. Acababa de sacar un diez en negociación.

–¿No es eso lo que querías? ¡Que aprendiese rápido! –respondía Blanca bastante animada. Había comprobado que Einar tenía razón en lo que le había dicho ayer: iba a ser muy fácil para ella ser una buena vendedora.

–Demuéstrame que puede ser así de fácil con todos, y entonces hablaremos de subirte el sueldo. ¿Te parece?

–¡Vale! –Y ahora ya solo quedaba un último tema por resolver para Blanca–. ¡Ah, por cierto!

–¿Humm? –Einar volvía a adelantar haciendo de las suyas.

–Quiero que te quede claro que nuestra relación será estrictamente profesional. Yo solo trabajaré en esas condiciones. –Y ahora era Blanca la que parecía mostrar su carácter.

–¡Por supuesto! –dijo su jefe mirándola una vez más. Definitivamente, esta sí que era su chica.

OceanofPDF.com

Capítulo 7

Una noche loca

El resto del día solo sirvió para que Blanca tomase conciencia de las dificultades que existían en su nuevo puesto de trabajo. Einar tenía razón, no era fácil convencer a la gente de que estaban viendo el que iba a convertirse en su nuevo hogar. Era como presentar a la gente dándole a conocer de antemano su futura relación:

–"Hola, te presento a tu nuevo compañero de trabajo. Ahora ni siquiera te atrae ni un poquito, pero ya te digo yo que en breve lo verás con buenos ojos. ¿No ves ese porte que tiene? ¿Lo simpático que es contigo? Es ideal para ti. Dale una oportunidad, mujer, ¡créeme! Te lo digo yo que entiendo mucho de esto…" –O algo así le parecía a Blanca este trabajo. La mayoría no hacía más que buscarle pegas, y poner peros, convirtiendo el discurso de Einar en un verdadero infierno. Blanca a veces los quería estrangular. Pero él era mucho más paciente, y conseguía salir victorioso de todas las situaciones comprometidas, llevándose finalmente el personal a su terreno. Todo un maestro, sí señor. Tras una breve presentación que siempre ocurría en el vestíbulo, él ya se hacía una idea de cuál sería la mejor técnica que poner en práctica para esa ocasión, y se echaba encima de ellos como perro de pelea. Era un virtuoso de las palabras, ¡y eso que no estaba hablando en su lengua materna! Jugaba con ellas de tal manera que hacía difícil ver otro punto de vista que no fuera el suyo. Un embaucador profesional, eso es lo que él era, pensaba Blanca mientras lo miraba desde una esquina. No se habría planteado un futuro cercano en la política, pero poseía todas las cualidades para tenerlo. Incluso cuando había alguna pregunta trampa por parte del nuevo inquilino, él conseguía salirse por la tangente, mirando a Blanca para darle a entender que estuviera pendiente de todos aquellos pequeños trucos. Eso era principalmente lo que él quería que aprendiese, porque de eso dependía ese cien por cien de satisfacción que ansiaba obtener.

¡Menudo caradura estaba hecho! Ahora que lo estaba viendo desde otra perspectiva se daba cuenta de cómo había jugado con ella. Einar era de esas personas que hacían del engaño un arte. Cuando te engatusaba, lo hacía de tal manera que no solo no te dabas cuenta, sino que te hacía sacar más de una sonrisa de los labios. ¿Por qué no le podían gustar los chicos buenos y sinceros como Casper? Con ellos no había ningún problema, no había por qué desconfiar de nada, la vida resultaba mucho más sencilla. Tan relajada estaba su hermana Violeta con su marido que casi le estaba empujando a buscarse a otra por haberse olvidado completamente de él. Eso es lo que Blanca se temía, porque hasta la fecha solo conocía a tipos como Eloy o el señor Lönnberg.

Einar nunca dejó de tener la voz protagonista durante esa jornada, pero cada vez más se dejaba ayudar por Blanca. Sus inocentes comentarios, almibarados con su vocecilla dulce, le daban tiempo a seguir pensando en cómo cazar su siguiente objetivo (no en vano le llamaban sus amigos Fox). Eran una combinación estupenda: ella conseguía la confianza y familiaridad que buscaban desde un principio, y él representaba la seguridad y certeza de estar haciendo una muy buena elección. En resumidas cuentas, toda aquella puesta en escena, estuvieran en la casa que estuvieran, hacía que el resultado de su presentación conjunta fuera un tremendo éxito. Al final, hasta ellos mismos se dieron cuenta del buen equipo que hacían: se abrían las puertas el uno al otro, con unas miradas de soslayo que no dejaba indiferente a nadie. Terminaban el discurso del otro con alguna frase ingeniosa para hacer reír a todos, en especial, a su propio compañero. O jugaban con las ocurrencias dichas por el otro en otras casas, con otra gente, simplemente para dar aún más énfasis a su complicidad. Era como estar haciendo manitas bajo la mesa de un gran banquete, gozando del roce sutil del compañero, mientras interpretaban a la perfección el papel del correcto y amable anfitrión.

–Porque usted y su esposa… –dijo el futuro responsable de la logística dirigiéndose a ellos dos. Aquel chico, mucho más joven que el resto de sus compañeros de Trebelent, era ya el último cliente programado para ese día. Quizás, por eso, con él se habían desbordado en atenciones y ocurrencias, quedando completamente satisfecho con la casa y el servicio. Tanto, que les había invitado a tomar algo para celebrarlo. Y solo porque a ambos les

había caído muy bien desde el principio, decidieron aceptar su insistente ofrecimiento. En parte, como él decía, ¿había otra forma de terminar el día?

–¡Oh no, Manuel! No te confundas, no estamos casados. ¡Si nos llevamos así de bien es porque él paga todas las rondas! –saltó en seguida Blanca dejando el vaso de cerveza vacío en la rústica mesa de madera. Einar los había llevado a Akkurat, al sur del Gamla Stan. Posiblemente la mejor cervecería de la ciudad. No es que a él le gustase especialmente este sitio, pero sabía que a Blanca le encantaría su colección de cervezas de todo el mundo.

–Tiene razón, Manuel. Nos llevamos demasiado bien para estar casados… –quiso añadir Einar, hablando desde su propia experiencia.

–¡Disculpen, chicos, supongo que me confundí! –trató de disculparse Manuel, que en realidad no sabía muy bien a qué jugaban estos dos. Pues para él que entre ellos había algo más que enseñar casas.

Eran pasadas las seis de la tarde, y se notaba que había terminado la jornada laboral para la mayoría de los que trabajaban en las oficinas de por allí. Las calles comenzaban a llenarse con gente que se ponía en camino de vuelta a sus casas, normalmente a las afueras, mientras unos pocos rezagados y turistas se quedaban como ellos en aquel bar.

Mientras Blanca hablaba con Manuel de las chocantes diferencias entre los países de habla hispana, Einar tuvo tiempo de recapacitar un poco en los resultados de aquella primera jornada. La mayoría querían ver más casas al día siguiente para estar seguros de su elección, pero también los había de los que no querían calentarse mucho la cabeza. Sobre todo, los solteros como el que tenían delante. Ellos tenían muy claro que no iban a estar allí toda la vida: con que tuviese una cama cómoda, hubiese nevera y una tele, estaban más que servidos. Y si encima, Einar dejaba que Blanca se paseara delante de ellos, la venta estaba más que asegurada. ¡Sin duda, había motivos para brindar! Pero debía zanjar también otros asuntos en el día de hoy. Por eso no debía relajarse del todo.

–Deberíamos marcharnos pronto de aquí si quieres ver tu nuevo piso y a tus compañeras –dijo Einar acercándose con confianza al asiento de Blanca, aprovechando que su nuevo compañero de copas se había ido a por otras tres.

–¡Ahí va! Ya no me acordaba… –Llevaba tantas horas con Einar que Blanca se había olvidado por completo de su hermana, del piso nuevo y su

deseo de irse pronto de allí–. ¿Y qué hacemos ahora con este? –le dijo ladeando la cabeza señalando a Manuel, que estaba pidiendo en la barra y mirando sin disimulo a un par de chicas que había junto a él. Por eso no se percató de lo cerca que estaban de nuevo sus compañeros de copas, de cómo se miraban el uno al otro.

–Si no le hubieras dicho la verdad, ahora podríamos decirle que teníamos que volver a casa con los pequeños… –dijo Einar susurrándole. Blanca se mordió la lengua. ¡Maldito seas, Lönnberg! (pensó para sus adentros). ¿Por qué siempre tenía que llevar razón?

–¿Y se puede saber cuántos de esos "pequeños" tenemos? ¡Lo digo para estar de acuerdo la próxima vez! –le preguntó Blanca divertida. El hecho de estar allí juntos, en un ambiente distendido, les hacía perder un poco la formalidad de su puesto de trabajo. ¿Serían capaces de alargar otra noche más hasta la madrugada? No, esta vez Blanca tenía en mente otras ideas: quitarse los zapatos, la ropa y darse un baño de espuma. Y entonces… ¿por qué venían a ella esas imágenes mientras se fijaba en las manos de Einar? ¡Seguro que serían estupendas para dar masajes! Igual que para acariciar–. "Maldito seas, Lönnberg!", pensó Blanca una vez más.

–¡Ey, muchachos! Basta ya de su parloteo, a mí no me engañan. Esas miradas que se echan ustedes no son de compañeros de trabajo, ¡yo no miro así a mi jefe! –Blanca se dio por aludida y, bastante sonrojada, se ocultó bajo otra buena pinta de cerveza negra. Einar, en cambio, supo cambiar en seguida de tema para no hacer más violenta aquella situación. Y como si hubiese estado esperándolo para seguir hablando sobre el tema, quiso retomar una pregunta que Manuel le había hecho anteriormente: "¿Había vida nocturna en Estocolmo?" Aquello era como preguntarle a Edwin Hubble sobre la teoría del Bing Bang. Si había alguien en la ciudad que podía responder con fundamento a aquella gran duda existencial, ese era Einar Lönnberg.

Blanca se convirtió en una mera oyente de la fantástica narración de su compañero. Muchos de los sitios de los que hablaba no estaban en ninguna guía de viajes y, tal y como los describía, daban ganas de ir allí en seguida. Aparte de ser un cuentista, era un magnífico cuentacuentos. De repente, la conversación se tornó un pelín machista, clasificando los bares de copas y discotecas por el tipo de chicas que solía haber en ellos.

–¡Pero bueno! ¿Os estáis oyendo? ¿Qué manera de hablar es esa delante de una señorita?

Ambos cerraron sus bocas, sintiéndose un poco culpables por haberla ignorado, pero estaban seguros de que ellas no eran mucho mejores a la hora de generalizar sobre ellos en su intimidad.

–¡Oh, vamos, Blanca, no se enoje! Estoy seguro de que aquí su novio solo le lleva a sitios con clase, de chicas lindas como usted, ¿verdad? ¡No tiene nada que reprocharle! –Einar fue a mirar a su supuesta novia, y entonces se dio cuenta de que Blanca ya había terminado con su tercera pinta. Tenía que llevársela inmediatamente de allí. Ya empezaba a conocerla demasiado bien. Ella y la bebida no eran muy buena combinación, al menos para seguir trabajando sin remordimientos de conciencia. Así que, poniendo una mano sobre el hombro de Manuel, comenzó a explicarle anteponiendo su voz a la de la muchedumbre del local, que ya empezaba a llenarse hasta los topes.

–¡Manuel, tenemos que marcharnos! Estamos muy agradecidos por tu cordialidad. Pero estoy seguro de que no tardarás mucho en tener mejor compañía aquí que la que nosotros te podemos dar. Lo siento, es tarde y debemos despedirnos. Quizás otro día podamos seguir con esa conversación sin la dama, o, mejor aún, ir juntos a alguno de esos sitios. –Einar siempre hablaba así de bien; aunque te estuviera dando plantón, lo hacía a las mil maravillas.

–¡Claro, me encantaría! Y por favor, déjenme solo ya, par de tortolitos… –Y con esa efusiva despedida, y un par de achuchones más, tomaron la puerta por donde habían entrado.

Ya en el coche de Einar, fue Blanca la que quiso encender la radio, llenando en seguida el interior con el suave ritmo *bossa nova* de la canción *The Girl from Ipanema.* Blanca sonrió: ¿pero qué clase de emisoras solía escuchar Einar? ¿Qué hacía en este coche cuando ella no estaba?

Einar, ajeno a sus pensamientos, y quizás animado por las notas de aquella canción, había desacelerado su ritmo habitual de conducción. Había dejado la velocidad de crucero para otro día y ahora se desplazaban a paso de tortuga. Blanca no se daba cuenta, pero estaban dando un largo rodeo por la ciudad antes de ir a su nueva casa. En parte para evitar los estrictos controles de alcoholemia, pero en realidad, lo que pretendía Einar con tanta vuelta de canal en canal era gozar un ratito más de su compañía. Cuando

ella saliera de su coche, solo lo acompañaría el recuerdo de otra jornada maravillosa con aquella chica española, su particular “chica de Ipanema”. Y volverían a él otro tipo de recuerdos, no tan placenteros.

Una vez llegados al bloque de edificios, Einar no quiso subir con Blanca. No quería que los pudieran relacionar de alguna manera, y viendo que la armonía que había entre ellos era tan evidente para el resto según Manuel les había confesado, prefería no estar presente en aquel primer encuentro.

Así que el señor Lönnberg vio cómo Blanca Blanes marchaba hacia el portal de la que iba a convertirse muy pronto en su nueva casa, contoneando sus caderas con aquella falda tan estrecha, poniendo en serio peligro la salud mental de su propio jefe. Aún no estaba muy seguro de ser lo suficientemente fuerte para seguir siendo igual de bueno todos los días. En fin, tendría que intentarlo. Le esperaban muchas horas de sacrificio…

Blanca había decidido que después volvería a casa de su hermana en metro, y ya mañana se verían de nuevo en la oficina. De esta manera podría presentarle finalmente a sus compañeros, algo que al parecer a Blanca le hacía mucha ilusión, aunque las presentaciones con traductor siempre solían ser algo frías. (Él lo sabía mejor que nadie).

Cuando la pequeña de los Blanes subió al piso que le había indicado Einar, la puerta de casi todas las casas estaba entreabierta. ¿Aquello era algún tipo de broma pesada? No, era Suecia, donde el mayor riesgo que puedes correr en tu casa dejando la puerta abierta de par en par es que el hijo del vecino se vaya a comer contigo si le gusta lo que estás preparando. De modo que, esperando no ser muy imprudente, entró por el pasillo que hacía las veces de recibidor hacia el interior.

–¡Hoooola! ¿Hay alguien en casa? –preguntaba Blanca al aire, mientras se adentraba en la estancia. Ya casi llegando al salón, pudo escuchar una conversación telefónica:

–¡Está pelona y yo también! Echando la hueva todo el día, claro. ¡No, no! Necesitamos otra para llenar el cantón, sí… –Blanca, aunque a duras penas podía entender algo, suponía que aquella chica que hablaba sería su compañera de piso mexicana–. Claro que no, ¡pichiperro! No voy a hacer los panchos como la otra vez, ya verás. Espera, espera, una metiche me está mirujeando. No sé qué quiere. ¡Te dejo, huevón!

No es que Blanca fuera una experta en náhuatl, pero dedujo que la chica que hablaba por teléfono ya se había dado cuenta de su presencia. Entonces

dibujó una estupenda sonrisa de las suyas a modo de bienvenida, marca registrada por el señor Lönnberg. Aquella espectacular sonrisa fue respondida en seguida por otra aún más grande y bonita. Aquella muchacha de estupenda melena rizada la miraba algo inquieta con sus enormes ojos marrones de larguísimas pestañas. Ahora sí que no entendía nada, ¿por qué Einar no la había querido llamar para que trabajara con él? A la vista estaba que era mejor reclamo que ella, en todos los sentidos.

Se fijó en la mesa que había junto a ella, estaba cenando una Coca-Cola y una bolsa de patatas fritas mientras veía en la tele una serie americana de narcotraficantes colombianos. Ni sombra de cigarrillos o ceniceros a la vista. ¡Estupendo! Como exfumadora que era, ya no soportaba el olor a tabaco en casa:

–Hola, eres la amiga de Einar, ¿verdad? –preguntó la chica mexicana.

–Sí, bueno, no. Yo solo trabajo para él.

–¡Ay, qué madre! –gritó la chica levantándose de un salto, haciendo caer la lata vacía en la mesilla donde estaba apoyada–. ¿Eres española? ¡Fox no me dijo nada de eso!

–Sí, claro. Me llamo Blanca Blanes y soy española. ¿Qué tal? –Y le mostró su mano esperando a que ella la estrechara, pero para Marisela no hicieron falta más formalismos. De nuevo haberle puesto una velita a nuestra señora de Guadalupe para que la ayudase en este último aprieto había dado resultado, así que ya lo estaba celebrando con su nueva compañera: abrazándola y saltando en círculos. Ambas terminaron riéndose, un poco exhaustas después de aquel improvisado baile de la alegría. Así que mientras cogían aliento, Marisela respondió:

–Me llamo Marisela Hernández, soy de Guanajuato, ¡y gracias a ti se rompió mi mala suerte!

A pesar de esforzarse un poco más en hablar un castellano que Blanca pudiese entender, la pobre española se quedó paralizada. No le había entendido nada de lo que había dicho, ya que no había guardado ninguna pausa entre cada palabra. Podría haber empezado diciendo: “Hola. Me llamo Íñigo Montoya. Tú mataste a mi padre. Prepárate a morir”, que habría conseguido el mismo resultado.

Después de aquella efusiva presentación, Marisela disculpó a su otra compañera de piso por no estar en casa para recibirla. Ella era la única inquilina real que aparecía en el contrato de alquiler de esta casa. En

Estocolmo, para lograr uno de esos contratos, el tiempo de espera medio era de unos dieciocho años. Y es que aquí vivir en el centro era todo un lujo, aunque se tratara de un cuarto piso sin ascensor. Annika, "la veterana", como así la llamaba Marisela, pasaba ya la treintena pero no parecía dispuesta a cambiar su estilo de vida. Había aprendido a vivir compartiendo su piso, y sabía amoldarse para poder convivir cordialmente con personas muy diferentes a ella. Por supuesto, era sueca. No podía ser de otra manera. Ya empezaba a conocerlos un poco…

En la oficina de empleo de la ciudad, Annika Berg aparecía catalogada como "artista". Y con aquella simple palabra condensaba todos los estilos y variedades de arte. Lo mismo un día la veías pinchando discos como otro cantando a *capella* en el metro, o al siguiente pintando caricaturas junto al gran canal. A ella le gustaba vivir así, sin horarios ni ataduras. Haciendo lo que más le gustaba: ganaba lo necesario para vivir, y si le sobraba algo, compraba comida que entregaba a familias necesitadas. No deseaba vivir de otra manera. Su meta no era tener un brillante futuro laboral, ni pretendía ser una gran artista, ni se veía capaz de ser madre o una esposa fiel y devota. Ella no era de nadie, como nada de lo que ella tenía era suyo. Por eso pensaba que, si había nacido con una voz para el góspel, regalaría ese don a la gente.

Annika era así de heavy…

De todas las personas con las que había convivido había aprendido mucho: no solo por las curiosidades y costumbres de otras partes del mundo, sino por las diferentes perspectivas de la vida. Y sabía por experiencia que la gente buena al final obtenía mejores oportunidades para triunfar, y ella se alegraba de recibir cientos de cartas y postales de toda esa gente con la que había compartido habitación durante su estancia en esta ciudad, y que ahora perdían unos segundos de su tiempo para contarle los éxitos obtenidos en su carrera o proyectos personales.

"Recibes lo que das", esa era su máxima. Y era lo que había escrito en una placa que colgaba de la puerta de su habitación, ahora cerrada.

Annika había visto de todo: había gente que se había instalado allí de paso, normalmente estudiantes, o jóvenes con trabajos esporádicos en el país. Muy majos, por lo general. Rostros veinteañeros, con miradas llenas de ilusión y muchos sueños por cumplir. Después estaban las personas complicadas, con serias dificultades económicas o familiares, y que habían

tenido que recurrir a compartir piso en contra de su voluntad. Con este tipo de gente había que tener mucho cuidado, porque era muy frecuente que desapareciera primero la comida, después el dinero, y más tarde hasta ellos mismos. Casi siempre en el mismo orden. Era triste, pero casi nunca se equivocaba. Una no se podía fiar nunca de ellos. Nunca. ¡Lo tenía más que comprobado!

Para finalizar, estaban los "políticamente incorrectos", y en ese grupo se englobaba ella. Gente que se reía de los estereotipos, de las pautas o normas a seguir. Personas como su mejor amigo, un travesti llamado Paolo, profesor de escuela en realidad y que le había enseñado mejor que nadie a sacar lo mejor de sí misma a través de las canciones que interpretaba. Con ellas no esperaba la fama, ni obtener una fortuna, sino hacer pensar en la gente sobre su propia vida. Evocar en ellos algo de la esencia que había en las notas que repetía con su propio estilo, con toda su alma. Pues era eso lo que dejaba en cada una de ellas.

Ese era el tipo de cosas que pensaba Annika en la soledad de su habitación, único espacio que consideraba realmente su casa. Allí solo entraban, y muy de vez en cuando, además de su perro (un *bulldog* francés llamado Luna que permanecía oculto durante las visitas del casero), su pareja eventual, esta última tan variable como la temperatura en aquella ciudad.

–Fox me comentó que tienes muchas ganas de encontrar un verdadero hogar. Se echa de menos el propio cuando se está lejos de casa, ¿verdad?… –dijo Marisela, confundiendo un poco más a Blanca al volver a utilizar un trato tan familiar para referirse a su jefe. La chica, sin embargo, ignorante de las cavilaciones de su nueva compañera, lo único que pretendía era ser completamente sincera con ella para entablar en seguida amistad.

Sin pensárselo dos minutos, la anfitriona se puso a enseñarle la casa a Blanca: era muy humilde, prácticamente vivían con lo básico, pero estaba limpia y eso era lo importante. Blanca en seguida se dio cuenta de las manos de su interlocutora, parecían bastante estropeadas. Seguramente de manejar productos químicos agresivos, tal vez de limpieza, se dijo mientras se fijaba una vez más en ellas mientras hablaban. Más tarde le confirmó su suposición. Esta chica de Guanajuato sí que trabajaba, al contrario de lo que pensaba Einar, pero enviaba prácticamente todo el dinero a su familia. Así ellos permanecían ignorantes de los reveses en su vida.

Al principio lo tuvo difícil, porque en Suecia no estaba bien visto eso de tener una chica para los quehaceres de la casa, pero al final pudo conseguir un trabajo de limpiadora en unos grandes almacenes. Y es que el idioma aún no lo controlaba, y eso sí que era un problema para obtener un empleo.

–¡Pero, realmente, yo no me dedico a eso! –Quiso en seguida explicarse Marisela mientras abría la puerta del baño que tendrían en común. Blanca empezó a hacer cálculos poniendo en práctica sus nuevas habilidades; tirando por lo alto toda la casa apenas tenía ochenta metros cuadrados y pedían por ella un total de mil seiscientos euros al mes. ¡Menudo atraco a mano armada! Einar estaría riéndose de ella ahora mismo mientras conducía su maravilloso coche.

–¡Lönnberg, eres odioso! –masculló entre dientes. Y encima, le había dado las gracias por haberle dado tantas facilidades para encontrar una casa. ¡Increíble su manera de engañar a la gente!

Dejando lo evidente a un lado, sigamos con su compañera mexicana: Marisela podía ser perfectamente una canción de *blues* en una tarde de lluvia. Había aterrizado en Estocolmo hacía seis meses con un contrato para una serie en la televisión sueca en horario de *prime time*. Al parecer, la industria cinematográfica aquí estaba en auge, y no es que llegase a ser tan importante como en la India o Hollywood, pero merecía la pena abandonarlo todo para buscar en Europa una oportunidad.

Ella había tenido la gran suerte de ser escogida entre cientos de chicas hispanas para interpretar el papel de una policía en la capital que se enamoraba de un criminal, para finalmente morir en el último capítulo de la primera temporada durante un tiroteo en el que su pareja escapaba. Al parecer, los guionistas no habían sido muy benevolentes con ella, porque la habían matado, pero bien muerta. Sin posibilidad de sobrevivir en la segunda temporada, o aparecer siquiera como fantasma. No la querían ni en pintura. En pocas palabras, el productor mandó ejecutarla en cuanto vio que su personaje no obtenía la cuota de pantalla que esperaban. Para ellos, su actuación fue todo un fracaso. Aunque eso Marisela nunca llegó a saberlo, y continuaba aferrándose a la idea de que en seguida volverían a llamarla, porque no podían haberse olvidado tan rápidamente de su personaje.

Durante ese corto período de tiempo de éxito virtual en la pequeña pantalla, Marisela había vivido en otra casa muy distinta a esta, rodeada de lujos, con miles de presuntos y nuevos amigos a su alrededor. Había creado

un blog hablando sobre lo fácil que es conseguir tu sueño cuando realmente crees en él y en ti misma, y su cuenta de Twitter y Facebook se habían inflado gracias a miles de chicas que leían y seguían sus palabras como si fuera una nueva religión. Chicas, que al igual que ella, deseaban desde bien niñas ser actrices reconocidas dentro y fuera del país. Habían sido unos seis meses fantásticos. Le habían hecho entrevistas, reportajes fotográficos, había participado como invitada de honor en algún evento de la ciudad. Se había convertido en la novedad del momento. Durante aquella temporada Marisela no se planteó, ni por un instante, que aquello pudiera terminar de repente. De modo que, pensando en echar raíces en este país que tan bien la había acogido, empezó la casa por el tejado y lo primero que hizo fue alquilar el palacete más lustroso que le mostró un pícaro vendedor. El único que había encontrado en la ciudad que sabía hablar español. Ya que el poco sueco que había aprendido era gracias a las líneas de sus guiones, y en él solo se hablaba de pistolas y matones. Un vocabulario nada práctico para la vida real.

Y sí, efectivamente. Aquel vendedor fue Einar Lönnberg. Él y solo él, había sido el culpable de ofrecer a una nueva rica una vivienda a cuyos pagos estaba seguro que no podría hacer frente en unos cuantos meses. Pero se la alquiló porque necesitaba el dinero de la comisión, porque fue tan fácil como robarle un beso, y porque ya empezaban a molestarle por aquel entonces algunas de sus tan famosas deudas de juego. Aunque Marisela prefirió callar esos temas, porque para ella era mejor olvidarse de los errores del pasado. Fue precisamente en una mesa del casino de Estocolmo donde se volvieron a encontrar meses más tarde, ambos con la misma intención, aunque esta no fuera al principio la de terminar la noche en la misma cama.

Ahora esas cosas ya no le pasaban a Fox, principalmente porque tenía prohibida la entrada en el casino por haber declarado dos veces en bancarrota a la casa. Einar no era trigo limpio, pero ¿y quién lo era a estas alturas? El poder económico que manejaba actualmente no se debía al incremento de la inmigración en el norte de Europa. El “vente a Alemania, compadre” funcionaba muy bien desde el principio de la crisis, pero tampoco era para tanto.

Gracias a la detallada narración de Marisela, y poniendo en duda la extremada generosidad de Einar, supo que más tarde se le ablandó el

corazón al saber de su infortunio y la mandó a aquel piso. (Como si aquello fuera algo bueno). Siempre bajo la condición de que le pagaría en cuanto pudiera. ¡Típico de él! No perdonaría una. Estaba segura de que llevaría en su agenda apuntada la cuenta de los meses que llevaban sin pagarle, junto a dos o tres dibujitos a pluma de los ojos de Marisela. Porque ahora que los volvía a ver, recordaba dónde los había visto antes…

Blanca se dio cuenta en seguida del sentimiento de repulsa que le sobrevino. ¿Estaría haciendo el señor Lönnberg en aquel pisito su propio harén? Un momento, ¿qué estaba pensando? ¿Es que acaso estaba sintiendo celos de Marisela? No, bueno, tal vez sí. Quizás en su sucia cabeza había llegado a imaginárselos juntos, porque la chiquilla era de todo menos fea, y él le había dado a entender todo lo contrario. Esa estupidez hacía que se sintiera terriblemente inferior (una vez más), pero aquello no eran más que bobadas. Como todo lo que pasaba por su mente.

Blanca ya estaba dispuesta a despedirse hasta el próximo día, en el que esperaba tener más tiempo para hacer la mudanza, cuando Marisela la frenó en seco en el mismo momento en el que iba a abrir la boca para decir adiós:

–¡Ay, no! Tú no te me escapas… –Al parecer Blanca no la había comprendido del todo. Annika Berg, “la veterana”, era la que realmente decidía si ella era válida para vivir en su piso o no, Einar tan solo era un intermediario. Proponía a chicas, pero él no iba a vivir con ellas, así que no tenía voz ni voto en esa casa. Lo cual a Blanca le pareció perfecto. Por otro lado, eso sonaba a demasiadas malas experiencias anteriores. Annika se sabía cuidar bien las espaldas, y es que en algo tenía que verse esa veteranía que la hacía tan famosa. Con lo cual, y esto se lo fue explicando Marisela mientras se desnudaba delante de ella, debían ir a la discoteca donde trabajaba esa noche Annika. Solo después de verla, sabrían si finalmente podría vivir en esa casa. Aquello le hizo sonreír a Blanca:

–¿Me estás diciendo que ahora me tengo que ir a una discoteca?

Volvió a sentir una punzada de dolor en la planta de los pies, aquellos zapatos de medio tacón fueron cómodos las primeras horas del día, ahora se habían convertido en una tortura, como el resto. Desde luego, se dijo resignada, estaba claro que en menos de una semana se iba a conocer de maravilla los lugares de marcha de esta ciudad.

Marisela le prestó una torerilla de piel sintética porque sabía que la iba a necesitar, incluso en verano la madrugada en Estocolmo era heladora para

chicas tan cálidas como ellas. Y ya en la calle, cogiéndola del brazo como si fueran amigas de toda la vida, se pusieron a andar con cuidado de no perder sus tacones por los adoquines del Gamla Stan. Aunque tuvieron que separarse para atravesar la Marten Trotzigs Gränd, una de las calles más estrechas de todo el mundo.

Llegaron en seguida al local, o eso le pareció a Blanca, porque la conversación con Marisela se le hizo muy amena. Hablaron del personal de la inmobiliaria que regentaba Einar, y más concretamente, de Simon.

–Ay, sí, ¡está padrísimo! –dijo Marisela refiriéndose al chico que había enamorado a Blanca desde un principio–. Una pena que sea gay, ¿verdad?

Blanca, al oír eso, se acercó a la barra con decisión y cogió la primera copa que vio sin dueño, dándole un buen trago. Ciertas noticias había que digerirlas a base de mucho alcohol.

–Ey, amigo, ¡ponte unos tequilas! –le dijo Marisela al camarero que había detrás de la barra en ese momento, que casualmente la conocía y la entendió perfectamente. ¡Vaya, al parecer iba a ser otra noche de copas gratis!

Annika tardó en hacer acto de presencia. Mientras tanto, Marisela y Blanca no tardaron en darse a conocer. Un par de chicos las invitaron gustosos a otro par de rondas de tequilas, que cayeron como un tiro junto a las cervezas en el estómago vacío de Blanca. La noche no iba a acabar como se imaginaba en un principio, pero bien está lo que bien acaba, aquello tampoco tenía tan mala pinta. Sus pies podrían soportarlo, aunque hubiese agradecido comer algo antes. Marisela hablaba en inglés tan estupendamente que solo dejaba para Blanca el difícil trabajo de sonreír y beber. De repente, una voz de chica se presentó a la audiencia que bailaba en ese momento.

–¡Esa es Annika! –le gritó Marisela al oído, señalando la cabina del *DJ*. Allí estaba una chica rubísima iluminada de manera fantasmal por una luz ultravioleta. Sonreía y saludaba a la gente, sin perder de vista sus cascos, adivinándose su cuerpo bailando al son de la música que ella misma estaba poniendo.

No podía ser, pensó Blanca. Era la misma chica que la había hecho llorar en la puerta del mercado. ¡El mundo era un pañuelo! De repente, como si tuviese la capacidad de oír sus pensamientos, levantó la vista hacia ella. Y durante un largo segundo estuvieron mirándose a metros de distancia, separadas por una gran masa de gente moviéndose y bailando

frenéticamente. En seguida Marisela se dio cuenta de aquel flechazo, y eufórica, comenzó a gritar:

–¡Le has gustado! ¡Le has gustado! Te quedas con nosotras, ¡te quedas!

–Pero… ¿y cómo lo sabes? –quiso saber Blanca–. ¡Si no ha dicho nada! – Estaba algo perdida, además de un poco borracha.

–¿Qué? ¿Que no ha dicho nada? ¡Escucha la canción!: comenzaba a sonar la guitarra española que iniciaba la canción de "Bailando", de Enrique Iglesias, uno de los éxitos más conocidos del cantante en ese país en aquel momento. Oír la voz del español inundando la sala de baile fue para Blanca como oír a su propio hermano cantar. Nunca pensó que se alegraría tanto de bailar una canción de Enrique. Y quizás llevada por la euforia de su nueva compañera no se opuso cuando Marisela la animó a subirse a la barra para lucirse como una gogó profesional junto a ella. Así que allí estaban las dos, rozando sus caderas, haciendo todo tipo de posturas y poses lésbicas, sin levantar apenas la vista hacia su cada vez más numeroso público.

Si hubieran mirado a su alrededor, se habrían dado cuenta que aquel numerito estaba siendo un verdadero reclamo para los jóvenes, y no tan jóvenes, que se encontraban allí esa noche. Y entre todos ellos, un rostro familiar, Einar Lönnberg. Él, al igual que el dueño del local que estaba a su lado, se habían puesto en guardia al ver bailar a las dos chicas borrachas encima de la barra. Los chicos de seguridad acudieron en seguida, pero Einar, reconociendo a Blanca a pesar de la distancia, les dijo a los musculitos de cuál de las dos chicas se encargaría él personalmente de bajar de la barra.

De repente, empezó la movida.

Uno de los frenéticos fans que miraban a las chicas bailar quiso propasarse. Marisela, muy enfadada, le dio un bolsazo, pero resbaló y cayó. Blanca fue en su ayuda, pero ya en el suelo firme, se dio cuenta del círculo de admiradores que les rodeaban. Al parecer su baile había sido más provocativo de lo que ellas hubiesen querido, y ahora estaban metidas en un buen lío. De la nada salió el mismo chico que las había invitado a un par de tequilas antes, cogiéndola del brazo y arrimándose a Blanca sin mucha educación. Entonces, sin saber muy bien cómo ni por qué, alguien le dio al pobre muchacho un derechazo de película, dejándolo inmediatamente KO en el suelo. Blanca tuvo que pestañear un par de veces para comprobar que aquello que había visto había sucedido de verdad. Marisela ya estaba en

brazos de uno de los chicos de seguridad que la llevaba en volandas hacia la salida, y no pudo ver bien lo que pasó. Pero Blanca sí, porque había ocurrido justo a su lado. Entonces se dio cuenta de que tenía enfrente de ella a Einar Lönnberg, mirándola algo enfadado, con el puño todavía arriba.

–¡Vámonos! –le dijo a Blanca a continuación cogiéndola de la mano.

–¡Le has matado, Einar! ¡Le has matado! –gritaba, todavía impresionada por lo que acababa de ver. Mientras se alejaban de allí, seguía esperando que aquel chico se levantara por fin del suelo, pero seguía sin responder–. ¿Se puede saber cómo le has pegado así de fuerte?

–No le he pegado fuerte. Tan solo le he dado con todas mis ganas, pero no te preocupes, que no soy letal. ¡Se levantará! –De nuevo hablaba por experiencia propia.

Ya una vez fuera, Einar llevó en su coche a las dos chicas. Marisela no abrió la boca en el corto recorrido hacia su casa; solo al bajarse de allí quiso agradecerle a Einar su intervención con un pequeño hilo de voz no muy propio de ella. De modo que, allí estaban de nuevo solos los dos, rumbo hacia la casa de la hermana de Blanca. Al parecer, a ninguno le apetecía perderse media vida durmiendo:

–Ya sé que no me incumbe, es simple curiosidad… ¿hubo algo entre Marisela y tú? –Einar no apartó la mirada de la carretera, y tampoco respondió. Como ella bien había dicho antes, no era de su incumbencia. Sin embargo, su silencio ya era en sí una respuesta. Así que Blanca continuó–: Ciertamente, tienes debilidad por las hispanas, Fox. Deberías hablar con mi hermana, eso debe ser algún trauma de tu infancia. Seguramente una anciana y decrépita española te robó la virginidad, y ese recuerdo permanece todavía oculto en tu subconsciente–. Y aquel comentario sí que le hizo gracia a Lönnberg, haciendo que la mirase una vez más.

–Cuando me aburría leía los libros de Violeta, eran perfectos para irse a la cama. Pero la verdad es que encajas a la perfección en mi versión sueca de *El graduado.*…

Blanca hablaba sin parar por culpa de la bebida, seguía sin saber muy bien si debía darle las gracias a Einar o estar enfadada con él. ¿Qué hacía Einar en esa discoteca? ¿Es que la seguía?

–Por favor, no vuelvas a beber tequila… –Esa fue la única respuesta de su acompañante.

–¿Cómo sabes que he bebido tequila? ¿Es que me has estado espiando? ¿Por eso estabas en esa discoteca?

–¡Blanca, hueles a tequila! –Y al comprobarlo, su propio aliento volvió a emborracharla.

–Pero, ¿se puede saber qué hacías tú también allí?

–Bailar seguro que no, eso se lo dejo a las profesionales.

Nada más terminar esa frase, Blanca se dio cuenta de que ya estaban frente a la casa de su hermana. De nuevo, había luz en el salón, y estarían muy preocupados esperándola.

–Einar, no me dejes aquí, llévame a tu casa. ¡Dormiré en el sofá y prometo no hacer ningún ruido! –Blanca estaba demasiado cansada como para enfrentarse otra vez a la histérica de su hermana.

–Que tengas felices sueños, Blanca. *God natt!* –le deseó Einar, invitándola amablemente a salir de su coche abriéndole la puerta una vez más.

OceanofPDF.com

Capítulo 8

¡Acelera!

A la mañana siguiente, Einar encontró a Blanca esperándolo en la puerta de la inmobiliaria con una maleta a punto de reventar a su lado. Antes de llegar junto a ella, levantó el brazo para mirar sin disimulo su reloj. Apenas eran las siete de la mañana y por su semblante, aquella pobre niña llevaba allí clavada más de una hora larga. Pantalón negro de pata ancha y cintura alta, camisa blanca semitransparente con pequeños volantes en el pecho y una chaquetilla de lana fría negra sobre los hombros. Así vestía su chiquitita. Esa fantástica melena (rizada o lisa) hoy estaba recogida en un moño bajo muy tirante bastante favorecedor, porque dejaba al descubierto su cuello largo y esos graciosos lóbulos de sus orejas que tanto deseaba morder. En la cara, apenas un suave maquillaje sonrosado en los labios y las mejillas. Un conjunto sencillo pero elegante, estaba realmente deliciosa parada allí esperándolo. De nuevo un acierto de elección en opinión de su propio jefe.

–*God morgon!* –le dijo Einar mientras abría la puerta del pequeño establecimiento.

–Buenos días… –le contestó Blanca una vez dentro sin mucho entusiasmo, pero agradecida de la calidez de una estancia cerrada y de poder tomar al fin asiento. La espera allí fuera se le había hecho demasiado larga, pero después de lo de anoche, no había tenido otra opción que la de irse de casa de su hermana cuanto antes. Lo había pensado mucho mientras veía el amanecer arrastrando su maleta por toda la ciudad hasta la boca del metro, y aunque pareciese que siempre prefería huir a enfrentarse a los problemas, si hubiese seguido viviendo con ella habrían terminado mucho peor. Y no quería llegar a ese extremo con Violeta, porque después de todo le debía mucho.

Sin embargo, ahora mismo la situación era insostenible. En la cabeza de su hermana la película era la siguiente: estaban entrenándola para convertirla en una prostituta de alto *standing* o algo por el estilo, y Einar era

su chulo. Tal cual. Y si solo fuera eso, hasta habría tenido su gracia. Pero lo que había provocado aquella drástica decisión fueron las palabras de su hermana. La noche pasada habían vuelto a discutir sobre su nuevo trabajo y la relación con su jefe:

–¿Eso es lo que quieres? ¿Vivir a la sombra de un hombre toda tu vida? ¿Pero tú te has dado cuenta de que no has sido capaz de estar sola ni dos días? Fuiste el pelele de Eloy, y ahora lo vas a ser también de este impresentable… ¡Blanca, por Dios! ¿Es que no te das cuenta de lo poquito que te quieres? –Aquella frase fue directa al corazón, clavándose en lo más hondo. Porque Violeta era la que mejor conocía todo su pasado y sabía de lo que hablaba. Por eso dolía.

Quererse a sí misma seguía siendo su asignatura pendiente. A ella no le parecían cercanas palabras como “autodidacta”, “resuelta” o “proactiva”, aunque fueran las que ahora tenía en mente Einar cuando la veía. Todavía tenía que esforzarse para mirarse a un espejo y alegrarse por lo que veía. No conseguía cambiar la distorsionada perspectiva de su imagen y no decirse en serio que era un amasijo de horribles defectos. Ni sus lóbulos eran tan grandes, ni sus caderas tan amplias. Todo estaba en su mente. Einar tenía toda la razón del mundo cuando le dijo en aquel reservado que no pesaba nada (como él mismo le dijo, nunca mentía), pero quizás después de la ruptura con Eloy, había vuelto a ella esa sensación tan fuerte de inseguridad en sí misma. Desamparo. En una palabra, le costaba aceptarse tal y como era: una joven guapísima, con una sonrisa estupenda, capaz de enamorar a un hombre de vuelta de todo como Einar. Esa era la realidad que muchas veces a Blanca le costaba creer, y que, gracias al duro trabajo y esfuerzo de Violeta, había asimilado poco a poco desde que era una adolescente, convirtiéndose realmente en la primera y más importante paciente para su hermana.

Aunque no se podía tratar a personas del entorno familiar, la doctora Blanes nunca se había alegrado tanto de sanar a alguien. Pero siempre podía sufrir un revés y recaer. Quizás ese temor subconsciente la había llevado a traerla a Estocolmo. Aquí estaría cerca suya, y así podría seguir actuando de vigía de su propia hermana una vez más, porque hasta a ella misma le costaba perder ese papel en su vida después de tanto tiempo.

Sin embargo, para Blanca aquel había sido un golpe muy bajo. Nunca podría verse liberada de su pasado, aunque hubiesen pasado ya diez años de

ese episodio de dudas y temores adolescentes. Así que antes incluso de que fueran las cinco de la mañana ya estaba recogiendo por completo la ropa de su armario sin hacer ruido, poniendo rumbo hacia otra nueva vida. Quizás más solitaria de lo que se había imaginado en un principio, pero también más tranquila.

Blanca agradeció que Einar no hiciese preguntas al respecto. Su silencio demostraba cuánto la comprendía. Quizás, solo con mirarla, ya le había dicho todo lo que quería saber. Así de fácil era ser su amiga. Porque ahora era solo eso lo que necesitaba de él. Y por comportarse así en ese momento tan difícil, ella lo apreció aún más.

Einar la invitó a sentarse delante de él para ponerla al día. Él hizo lo propio recogiéndose la corbata a la altura del estómago para tomar asiento en su sillón de cuero. A Blanca le gustaban esos gestos masculinos que parecían tan naturales en él, como cuando había cogido sin preguntarle la maleta al entrar. Dando por hecho que era su deber, ¿quién le habría enseñado a ser así de amable? Era divertido imaginarse a un jovencísimo Lönnberg (con pelo y pantalones hasta las rodillas) entregando flores a las niñas en el cole y ganando siempre a las canicas en el recreo.

–Hoy mucho me temo que tendrás que conducir tú –le dijo señalándole la mano que había utilizado para golpear a aquel chico anoche, hasta entonces oculta por la manga de su traje de chaqueta, pero que ahora aparecía delante de ella envuelta por un grueso vendaje.

–¡Madre mía! ¿Qué te ha pasado? –preguntó Blanca muy inocente, acordándose en seguida del puñetazo de la noche anterior.

–Conocer a una chica española que le gusta beber demasiado, ¡eso me ha pasado! –le dijo sarcástico. Ella jamás habría podido imaginar que aquellas vendas se las había puesto él mismo hacía escasos minutos en su casa, y todo para poner en práctica un pequeño truco que se le había pasado por la cabeza mientras se afeitaba.

De repente se oyó la puerta de la inmobiliaria abrirse de nuevo, haciendo que Blanca tuviera que tragase la réplica para aquella atípica respuesta de Einar. No era justo que pensase así de ella, ¡no era ninguna borracha! Simplemente tenía veintiséis años. Si no se subía a la barra de un bar ahora, ¿cuándo lo iba a hacer?

En ese momento entraron juntos Simon y Hanna. Ambos utilizaban el mismo cercanías para venir al trabajo; ellos no tenían la suerte de vivir tan

cerca del centro como Einar, y ahora también Blanca. En realidad, muy poca gente la tenía.

–*God morgon!* –dijo Blanca levantándose rápidamente para saludar a sus compañeros. Einar sonrío. Sí que aprendía rápido esta chica, sí…

Ella misma se presentó, demostrándole una vez más a su jefe que podía hacerse entender perfectamente sin saber una palabra de sueco. La introducción sin necesidad de intermediarios fue bastante simpática, provocando risas en dos personas que no se reían muy a menudo. ¡De algo tenía que servir haberse pegado el ranazo del siglo delante de ellos! Ni siquiera había salido el cuco esta mañana para anunciar las ocho en punto, y Einar ya tenía a su plantilla al completo trabajando en la oficina, ¿qué más podía pedir en esta vida?

–Esto es para ti –dijo Einar cuando Blanca regresó a su asiento. Le había dejado sobre la mesa unos seis folios escritos en sueco, grapados por la esquina izquierda. A continuación, le acercó su pluma. Esa que le parecía tan bonita. Y sin saber por qué, a Blanca le gustó cogerla. Jugar con ella entre sus dedos como hizo él el primer día que se conocieron. Pesaba más de lo que parecía al verla, y su nombre estaba grabado en el exterior de la capucha, confundiéndose con el decorado del relieve que la revestía. Entonces comprendió que aquella pluma era el regalo de una mujer, seguramente de su ex…

–Es mi contrato, ¿verdad? –le dijo la pequeña Blanes intentando descifrar algo de lo que había impreso.

–Así es. Para que veas que todo esto va en serio. Espero que no me hagas traducírtelo, porque no tenemos tiempo. Creo que hasta ahora no he faltado a mi palabra, así que espero que sigas confiando en mí. –Mientras hablaba, Blanca firmaba muy sonriente donde Einar le indicaba con mucha calma.

–De modo que esto va en serio, ¿no? –bromeó un poco Blanca con su jefe. Estaba por ir ahora mismo a casa de su hermana y restregarle el contrato en la cara, pero ya tendría su oportunidad en otro momento. Cuando terminó de firmarlo, sacó algo más del primer cajón de su mesa–. Y aquí tienes algo que te hará ser un poquito más independiente. –Y le entregó una tarjeta de identidad, su *personnummer*.

Blanca se quedó helada cuando entendió lo que le estaba entregando. Aquello era imposible, tenía que ser una identificación falsa. Había oído decir que obtener aquel documento era bastante tedioso, podía tardar varios

meses. Hacía falta mucho papeleo, permisos. Pero para Einar no había imposibles en esta ciudad, así que allí estaba su carné, con foto incluida.

–¿Y se puede saber cómo…? –le quiso preguntar Blanca, pero no pudo acabar la frase. Einar lucía una amplia sonrisa en los labios, la cara de su chica ahora mismo era un poema.

–No preguntes cuando realmente no lo quieras saber. ¡Blanca Blanes, estás en Internet, como todo el mundo!

Había que resignarse, pensó ella. Einar tenía reservada su plaza en el infierno, e incluso allí, habría alguien que lo llamaría Fox con confianza, y le daría una copa mientras le preparaban su habitación con pase VIP.

Ya una vez en la calle, Blanca parecía reticente a la idea de conducir el coche de su jefe. Nunca había llevado un automóvil con caja de cambios automática, y que su propietario estuviera al lado de ella todo el tiempo no era muy tranquilizador.

Así que Einar la veía dudar una vez más, no saliendo nunca de su propio mar de incertidumbre. Entonces decidió darle un voto más de confianza, y cogiéndola por los hombros, le dijo susurrándole al oído:

–Vamos, Blanca, la vida está llena de pequeños retos como este. Tú eres capaz de cualquier cosa que te propongas, ¡adelante! –Einar era un encantador de serpientes y ella lo sabía. Pero todavía había ciertas cosas que para Blanca eran irresistibles, como su extraño acento o el roce de su piel.

–¿Sabes que tu coche huele a ti…? –le confesó Blanca ya subidos los dos en el coche, mientras se ponía el cinturón de seguridad y ajustaba los espejos retrovisores–, al principio pensaba que solo olía a nuevo y a cuero. Pero ahora acabo de darme cuenta de que hay algo más, y eres tú –continúo diciendo sin mirarle.

–Todavía no sé si eso es bueno o es malo –quiso saber Einar, bastante perplejo por aquella confidencia inesperada.

–¡Me gusta como hueles, simplemente! ¿Nadie te ha dicho antes nada parecido? –Y Blanca se atrevió a terminar aquella pregunta mirando a esos ojos azules que siempre parecían tranquilizarla.

–Supongo que me acordaría… –le respondió, mirándola con la misma intensidad.

Ahora mismo no pretendía seducirlo, pero de alguna extraña manera él conseguía que al final fuera ella la seducida con sus propias palabras. De nuevo, demasiado cerca el uno del otro, pensó Blanca. Tanto que era

imposible no recordar lo que había sucedido entre ellos dos un par de noches atrás.

–¡Qué bien mientes! –le dijo Blanca perdiendo en aquel duelo de miradas. Y puso al fin sus manos en el volante.

–¿Qué hacemos aquí todavía? ¡Vamos, arranca! –Einar era un experto en cambiar de tema, enfocando ahora la atención de ambos en el coche que iba a conducir ella. Blanca solo tenía que girar la llave, pero aquel gesto le suponía un enorme esfuerzo. Era como volver a ser responsable de algo, teniéndolo entre sus manos. No soportaba la idea de cometer una equivocación mientras lo conducía: un simple roce sería imperdonable para ella. Se veía incapaz de seguir adelante con esta idea. En resumidas cuentas, que no podía.

–No puedo, Einar ¡Tengo miedo! –le confesó Blanca con un hilillo de voz.

–¿De qué tienes miedo? ¿De que te guste demasiado? –Blanca le sonrío. A su lado todo parecía más fácil y divertido. Entonces, él puso su mano encima, y juntos giraron la llave. Blanca cerró un segundo los ojos, dando paso al extraordinario ruido de ese motor poniéndose en marcha. Para Einar, un regalo de los dioses–. Ah, y como me rayes el coche, ¡te mato! –le dijo inmediatamente.

–¡Puff…! No me agobies. –Blanca resopló. Se lo estaba poniendo cada vez más difícil. Tras quince maniobras más de las que habría hecho Einar, consiguieron salir de allí y despedirse por fin de la ciudad, siguiendo siempre sus indicaciones. Aunque Blanca recordaba el camino hacia la autopista perfectamente, prefería que él la guiase. El viaje hacia Uppsala se prometía largo y aburrido. Generalmente en Suecia no hay mucho tráfico por esa ruta, y mucho menos a esas horas. Además, todas las señales son claras, y apenas hay curvas. Así que, para amenizar el viaje, Blanca decidió poner la radio. Pero esta vez una emisora que a ella le gustase, que para eso era la que conducía. Buscando por los diales encontró *Cheerleader*, la canción de OMI. Así que decidió subir el volumen y disfrutar. Pero en seguida Einar giró en sentido contrario el botón de la radio para bajar el volumen, y le dijo:

–¿Tú sabes que cuando alguien se compra este coche no es para escuchar música? –Ver conducir a Blanca era bastante hilarante para él. Pegada al volante, agarrada a él por miedo a que pudiera escurrírsele de entre los

dedos. Con todos sus músculos en tensión y la mirada fija al frente. Un verdadero espectáculo.

–¿Qué quieres decir? –preguntó ella sin mirarle ni por asomo.

Einar pensaba que, si no se relajaba un poco, le iba a dar un calambre en la pierna. Había pensado que este sería un buen intento para darle un empujoncito a su autoestima. Por eso se le había ocurrido la idea de fingir esa incapacidad para que ella condujese ese día. Controlar un coche como el suyo era bastante espectacular, y le vendría bien ese subidón de adrenalina.

Había poco tiempo para pulir el diamante en bruto que tenía enfrente. Así que, tenía que asegurarse de alguna manera de que, cuando llegase el momento, podría dejarla sola.

–¡Acelera! ¿No oyes lo que te está diciendo el motor? –decía Einar alzando un poco más la voz, algo nada habitual en él. ¿En qué momento había pensado que esto iba a ser buena idea? De aquí iba a tener que ir directo al taller para cambiar la caja de cambios.

–Yo no oigo el motor. ¡Yo no oigo nada! Solo sé que estoy conduciendo tu coche, intentando tranquilizarme como sea, pero ahora me pides que corra y pierda el poco control que tengo sobre este cacharro. ¡No quiero, aparco, lo dejo!

–Blanca, escúchame bien. Primero no lo llames cacharro, y segundo… ¡acelera un poco más! Cariño, estás conduciendo un Maserati. Aprieta el pedal y disfruta. Verás como te sorprende lo fácil que es conducirlo.

–¡No, no quiero!

–¡Acelera! –gritó Einar asustando a la conductora. Blanca apretó los labios, y a la misma vez que el pie empujaba hacia abajo el pedal del acelerador, se oyó al tubo de escape escupir gasolina y desahogarse. ¡Ahora sí que estaba conduciendo! Realmente aquella máquina estaba deseando correr un poquito más. Toda una revelación conducir ese coche…

–Mucho mejor, ¿verdad? –preguntó Einar sabiendo qué se sentía al imprimir velocidad a su coche.

–Sí, tenías razón –contestó Blanca conduciendo con la mirada fija en la autovía–. Estoy pensando que esto es casi como meterle mano a tu novia o algo así, ¿no? –Einar se quedó pensando un poco en aquella extraña sinestesia, pero en seguida supo qué contestarle.

–Si piensas que conducir un coche es como estar en la cama con una mujer, es que nunca has estado con ninguna… –Entonces Blanca tuvo que

poner los ojos en blanco. Pero ¿de dónde había salido este hombre, por favor?

–Pues mira, tienes razón en eso de que no he estado con otra mujer. La de las relaciones exóticas es mi hermana, para mí ya es bastante complejo que un hombre llegue a quererte realmente como para buscarse otras posibles combinaciones… ¡aunque ya me han dicho que tendría mucho éxito como lesbiana! Tendría que empezar a replanteármelo –respondió Blanca con ironía.

–No ¡Eso no! Por favor… –exclamó Einar lamentando el comentario.

–Oye, por cierto, ¿tú sabías que Simon es gay? –preguntó, acordándose de la conversación con Marisela la noche pasada después de oír a su jefe bromeando sobre ese tema.

–Sí, claro que lo sé. Yo fui testigo en su boda. ¿Algún problema con eso?

–¡No, claro que no! Solo que es una verdadera pena. –Y el tono en que lo dijo dio pie a Einar para seguir hablando sobre ese tema.

–Ya me he dado cuenta esta mañana…

–¿De qué te has dado cuenta esta mañana? –Para Blanca a veces era imposible no mirar a Einar mientras hablaban. Él se estaba aprovechando de su nueva situación, sentado como copiloto no le quitaba ojo de encima a la muchacha. Observando detenidamente todos sus gestos, comprobando que, en el transcurso de su conversación, sus músculos se iban relajando. Dentro de muy poco iba a comenzar a disfrutar llevando ese coche tanto como él.

–De que él fue el motivo de que entraras en la inmobiliaria el otro día. Supongo que lo verías pasar y te fijaste en su físico, siguiéndolo como una loca hasta que… en fin, ya sabes, ¡te caíste de morros delante de todos nosotros!

–Por favor, no me lo recuerdes. –Blanca flipaba, ¿cómo había llegado a esa conclusión?

–No has podido dejar de sonreír en cuanto lo has visto, y te has puesto un pelín más nerviosa cuando se acercaba a tu lado. Te gusta, te gusta mucho, y aunque ya sabes que es gay no puedes evitarlo. –Para Einar el ritual del cortejo ya no tenía secretos.

–¿Pero y tú qué sabes? ¡Además, yo no me he puesto nerviosa! –Blanca protestaba sin poder mirarlo, sintiéndose un poco estúpida por resultar tan

transparente. Él decidió no responder, tan solo sonreía mientras seguía mirándola. Estaba disfrutando de veras de aquellas vistas.

No habían pasado ni cinco minutos cuando volvió a preguntar algo. No soportaba estar en silencio al lado de Einar, ¡él sí que la ponía nerviosa!

–¿Queda mucho?

–Unos veinte minutos, ¿qué pasa? ¿Tienes pipí?

–¡No, no tengo pipí! No soy una niña de cuatro años. Simplemente preguntaba. A veces tengo la impresión de que he pasado ya por esa arboleda, o esa casa. Me resulta un poco desconcertante no saber por dónde voy ni hacia dónde. Tú, en cambio, lo conoces todo y a todos, para ti esta es tu casa. Si te pierdes, puedes preguntar en una gasolinera… ¿y qué haré yo si me pierdo cuando vaya sola?

–Hoy me has demostrado que tienes suficientes recursos para hacerte entender –le contestó Einar fijando la vista en sus piernas.

–¡Jajaja! ¡Ya! Pero no es lo mismo… es como cuando venían extranjeros al Spanish Cooking, ellos querían comer y yo tenía comida. Al final, haces por entenderte. Sepas o no inglés. –Ahora Blanca ya hablaba soltando de vez en cuando el volante, reclinando la espalda en el respaldo. Una gozada verla disfrutar gracias a una idea tan estúpida.

–¿Te gustaría saber inglés? ¿Entender un poquito más el sueco? –Para Einar su plan iba encajando a la perfección.

–¡Menuda tontería de pregunta! Pues claro que sí. ¿Es que me vas a dar tú clases, o qué?

–Yo no. Pero puedo obligarte a que vayas a ellas…

–A ver, ¿y cómo vas a obligarme? –A Blanca le hacía gracia ver a Einar como si fuera su padre, repitiéndole lo importante que era tener estudios para ser alguien en esta vida.

–Escribiéndolo en el contrato que acabas de firmar, por ejemplo. –Y Einar soltó aquello con la tranquilidad que le caracterizaba. Esperando siempre algún comentario despectivo por parte de Blanca, pero sin importarle lo más mínimo. Él sabía bien lo que tenía que hacer, y en eso estaba.

–¡Serás…! ¿Y se puede saber qué más decía ese contrato? –Blanca gritaba, un poco molesta, pero no tanto como parecía.

–Que al final del verano dormirás conmigo todas las noches y yo tendré que hacerte el desayuno. ¡Cuidado! Ahí tenemos nuestra salida…

Blanca iba a decirle que aquel comentario no tenía ninguna gracia, pero el hecho de tener que volver a estar atenta a la carretera la hizo olvidarse de todo.

Pasaron toda la mañana trabajando, volvieron a Estocolmo a las cuatro de la tarde, y a las seis habían terminado otra dura jornada. Esta vez, aunque habían vuelto a comer juntos, el alcohol había brillado por su ausencia. Era lo mejor, dadas las circunstancias.

–¡Aquí tienes! –Einar le entregó una tarjeta de visita a Blanca.

–¿Y esto qué es? –le dijo tras comprobar que había algo escrito por detrás con su letra.

–La dirección de tu profesora particular. Lunes, miércoles y viernes: sueco. Martes y jueves: inglés.

–¿Pero es que hablabas en serio? –preguntó Blanca asombrada. Los chicos ya se habían ido de la oficina, así que podían hablar con toda libertad.

–¿Cuántas veces te voy a tener que decir que yo nunca miento?

Blanca volvió a leer la tarjeta, sintiéndose de nuevo una ignorante.

–No entiendo lo que pone, ¡está en sueco! ¿Cómo voy a poder ir hasta allí si ni siquiera sé lo que pone esta estúpida tarjeta de visita?

–¡Vamos! Te acompaño por ser hoy tu primer día… –Y juntos cruzaron las adoquinadas calles del Gamla Stan, dejando a su paso las coloreadas casitas del centro. Un paseo estupendo en pareja, aunque aquello no fuera ninguna visita turística.

Al llegar al portal en concreto, y antes de que se fuera Einar, Blanca le cogió del brazo un segundo:

–¡Muchas gracias! –Blanca quiso agradecerle todo lo que estaba haciendo por ella. Le había conseguido un trabajo, una casa, y ahora las clases de inglés y sueco. Bajo su punto de vista, no merecía tanto. Y bajo el de su hermana Violeta, todo era cada vez más sospechoso.

–¡De nada! Aprovecha las clases y aprende. Sé que lo harás y muy rápido… –dijo, soltándose él mismo.

–¡En nada te estoy quitando el puesto! –le dijo alzando un poquito más la voz porque ya se iba. Al parecer, hoy Einar tenía prisa por llegar a su casa.

–Estoy seguro de ello… –respondió dándole la espalda.

OceanofPDF.com

Capítulo 9

Vasa Museet

Domingo en mi nueva casa. Eran más de las nueve y no tenía ni la menor idea de lo que iba a hacer en todo el día. ¿El perro? Sí, eso parecía. En realidad, al principio de la semana me había señalado este día en la agenda para ir al museo Vasa y ver el histórico barco que se hundió nada más zarpar en el puerto a la vista de todos. Una anécdota muy interesante, pero llegado el día de hoy pensé que ya tenía bastante con mis propios fracasos, así que no me apetecía ir a ningún sitio, y mucho menos sola.

–¡Por Dios, qué triste! –me lamentaba de que, después del trabajo, nada más me sacase de la cama. Nada ni nadie. Y cerré los ojos de nuevo, inundada por esa apatía propia del síndrome premenstrual. Quizás si conseguía no pensar en nada, volvería a dormirme un par de horas más. Así, entre sueño y sueño, se me haría más corto este descanso dominical. Nota: para el día de los enamorados tenía que buscarme pareja como fuera, si no, iba a pasarlo realmente mal.

Pasaron los minutos y conseguí llegar a ese estado de semiinconsciencia en el que era capaz de oír mi propia respiración, pero incapaz de despertar. Entonces, volví a escuchar la voz de Einar en mi cabeza.

–¡No, por favor! ¡Déjame en paz, al menos un día! –le dije, aunque él solo estuviera en mi cabeza. Incluso ayer, siendo sábado, habíamos trabajado. Todavía no sabía exactamente cuál era mi horario, y seguían siendo un misterio las cláusulas del contrato que había firmado, pero por el momento nuestra relación seguía siendo estrictamente profesional. Así que, dadas las circunstancias, no me podía quejar.

Dejando las bromas para otro momento, creo sinceramente que Einar estaba un poco agobiado con todo esto. La búsqueda de un piso en Suecia es casi misión imposible. Aunque sea en nombre de una gran empresa, se recurre al alquiler de segunda mano: es decir, el casero (que resulta ser el primer inquilino porque su contrato se firmó casi el mismo día de su nacimiento) es el que decide el precio del segundo o tercer inquilino. Y aquí

no hay parte contratante de la primera parte, como diría Groucho Marx. Sino un negociazo para los propios residentes, ya que, al precio estipulado, se le suele añadir una suma en negro, variable dependiendo de su honradez. En este juego de la demanda, pero realmente escasa oferta, nosotros hacemos de intermediarios. Por ese motivo Einar siempre tiene verdaderas discusiones en su idioma con sus compatriotas, porque al parecer, el sistema sueco no es que sea xenófobo, pero levanta verdaderas barreras para cualquier extranjero. Así que, cuando le veo enzarzado en una conversación sin final por el móvil, me molesta un poco permanecer a su lado sin poder serle de más ayuda. Definitivamente, no sirvo para ser mujer florero.

Sigo sin cuadrar en su objetivo empresarial, no entiendo por qué me contrató. Le he acarreado demasiadas molestias: las clases para aprender el idioma, gestionar mi documentación, buscarme un alquiler. Pensándolo bien, le he costado mucho dinero y le he quitado demasiado tiempo. ¿Qué ventajas ha podido ver en eso? Él necesitaría que fuera independiente. Que pudiera coger el teléfono y responder en sueco si fuese necesario, o ir rellenando papeles sin tener que preguntar qué es cada casilla. Pero aún estoy aprendiendo los colores y los números, a años luz de lo que realmente quiere que haga. Y por más interés que yo le ponga, no sé si en algún momento llegaré a serle realmente útil.

Mi querido Einar, ¿qué tendrás realmente preparado para mí? Mi mente me devuelve entonces la imagen de él garabateando un cuadrado dentro de otro cuadrado, sus dedos largos sobre esa pluma que liberaba en dibujos lo que su mente maquinaba, siendo yo nada más que un puntito en el centro de aquel laberinto que estaba creando en su libreta. Supongo que, en breve, esté o no preparada, me dará un coche con el que me perderé sin remedio por alguno de estos pueblos tan pintorescos. Y no es que la gente no quiera vivir en el centro, es que no encontramos aquí casas para alquilar. Así que ya me veo dando vueltas y vueltas por alguna plaza de Gustav Adolfs tratando de salir sin éxito. De siempre mi sentido de la orientación ha sido pésimo, y en otro país no es que la cosa vaya a mejorar. ¡Va a ser horrible, lo sé! Pero para eso me contrató, se supone. El otro día, sin ir más lejos, siendo consciente de lo apretado de su situación con respecto al tiempo, quiso saber qué tipo de coche me gustaría conducir. Einar jamás pregunta algo por preguntar, para él todo tiene un objetivo, aunque sea a muy largo plazo. Por eso, viendo ya sus intenciones, respondí inmediatamente:

–¡Un mini!

Como siempre cuando tenía algo muy claro, quiso saber el porqué, ya que, según me decía, era la persona más dubitativa que había conocido. Así que tuve que confesarle que ese siempre había sido mi coche preferido desde que vi la película *Italian Job*. Charlize Theron estaba fantástica conduciendo uno (en parte porque lo es). Él dijo estar de acuerdo en todo, sobre todo en lo de Charlize Theron. Y después cambió de tema como siempre hace. Pero lo conozco. Sé que ya lo estará buscando, como me prometió en su momento: documentación, móvil, ordenador y coche propio. En fin, que solo es cuestión de tiempo. Nota: Avisar al mundo cuando me ponga de nuevo al volante.

Las once de la mañana. Han pasado casi dos horas desde que abrí los ojos. No parece difícil pasar el día sin hacer nada, no. Aunque debería, ahora que tengo tiempo, reconciliarme con Violeta. Mandarle un correo informándole de que estoy bien, por si está preocupada.

Hola hermanita, ¿qué tal? Soy yo, Blanca. La que se vino a vivir contigo porque tú así lo pediste, pero que luego ha preferido establecerse por su cuenta, ¿recuerdas? Sigo aquí, aún no me he muerto. Lo digo para que, si un día me ves por la calle, no pienses que soy un fantasma. Me puedes saludar y todo, prometo no morderte en público. Siento mucho haber permanecido en silencio tanto tiempo, pero espero que me creas si te digo que no he parado ni un segundo. Te escribo desde un ordenador que me han dado en el trabajo, porque sí, sigo en la inmobiliaria. Y siento decepcionarte, sigue siendo una inmobiliaria, y no es en realidad ninguna tapadera para la trata de blancas. ¡Qué mala suerte!, ¿verdad? No me vas a perder de vista todavía…

Vivo con dos chicas más en el centro. Sí, ya ves. ¡Soy toda una privilegiada! Lo que no me gasto en el metro, me lo gastaré en el alquiler. Pero por lo demás, estoy bien. ¡De verdad, mamá! Hasta te puedo contar del uno al diez en sueco: ett, tre, fyra… *¡Vaya, creo que me he saltado alguno! Bueno, cuando puedas hablamos en persona y te lo explico todo mucho mejor. Te quiero mucho, aunque sé que a veces te hago rabiar. Un beso, y otro para Rufus. ¿O era Casper?*

Volví a leer el mensaje antes de enviarlo. Estaba bien, ¿no? Era gracioso, sincero y le pedía disculpas. ¿Qué más quería? La verdad es que he de reconocer que soy un poco tremendista, pero ella también hace por sacar lo peor que hay en mí. ¡Hermanas! Te vuelven loca si vives con ellas, pero en cuanto te alejas un poco, ya las empiezas a echar de menos…

Cerré los ojos, feliz por haber hecho la buena acción del día, y entonces volví a ver a Einar conduciendo. ¡Vaaale ya! Abrí los ojos de nuevo. Quizás esté algo obsesionada con él, y ahora mi mente se divierte haciendo un copia y pega de todos los recuerdos vividos en estas semanas. Pero esto no quiere decir nada, simplemente que pasamos demasiado tiempo juntos. ¡Eso es! Aunque, sinceramente, creo que le voy a echar de menos cuando me diga que nos debemos separar. Ojalá no hubiese tanto volumen de trabajo. Ya me he acostumbrado a ir con él a todos lados, a nuestras conversaciones en el coche, a que me abra las puertas y me trate como a una reina (es demasiado fácil acostumbrarse a eso). Pero no miento si digo que hacemos muy buen equipo, y creo que conmigo no se le hace tan cuesta arriba afrontar todo esto. La verdad es que ha tenido mucha suerte. Bueno, seré justa y diré que los dos hemos tenido suerte al conocernos. Gracias a Einar tengo un trabajo, una casa, estoy aprendiendo idiomas y dándome cuenta de que tampoco fue el fin del mundo romper con Eloy y alejarme del Spanish Cooking. Aunque siga echando mucho de menos trabajar en el restaurante, eso sí es verdad…

Para mí aquel sitio era como haber dado a luz a un niño. Lo había visto nacer, crecer a pasos agigantados en cuestión de meses. Se bebía mi tiempo, y fue sin lugar a dudas uno de los motivos de mi ruptura con Eloy, y sin embargo, lo quería más que a nada en este mundo. Aún no me explico cómo fui capaz de no luchar un poquito más por él, por lo que era mío en realidad.

Me giré en la cama, rabiosa por culpa de mis propios pensamientos; ahora podía ver las horribles vistas de mi habitación. Estaba todo hecho un desastre, ni siquiera había desempaquetado por completo la maleta. Debería abandonar la deprimente idea de ir al museo sola y utilizar el resto del día para limpiar a fondo mi habitación. Terminar de instalarme, ordenar un poco todo esto, pero no tenía fuerzas ni para ponerme en pie. Así que decidí seguir divagando sobre mi vida tumbada en la cama, levantándome solo

para ir al baño o la cocina. Seguir así hasta tener cuarenta años y telarañas en el corazón…

–¿Qué hay? ¿Se puede? –dijo una melosa voz de mujer, con un acento muy familiar. En seguida pude ver la carita de Marisela asomándose por la puerta de mi habitación.

–¡Claro, pasa! –le dije sin cambiar de postura. ¿Estaba vaga? ¡No, lo siguiente!

–Ay, no escuchaba nada. No sabía si dormía o estaba acompañada… ¡no quise manchar! –A veces me costaba entenderla más a ella que a Einar, aunque pude llegar a la conclusión de que me decía a su manera que no me quería molestar.

–¡Sí, acompañada del hombre invisible! ¿Quieres entrar ya de una vez? –Me incorporé sin muchas ganas, poniendo la almohada en mi espalda.

–Blanquita, hoy tengo ganas de colgar los tenis, no me apetece hacer nada. Encima el sol aquí parece que cueste dinero, no luce igual de bonito, ¿verdad? –Marisela fue avanzando poco a poco, husmeando con cierto interés todas mis cosas. Cogiendo y dejando lo que veía sobre la mesa del escritorio, observando las pocas fotos que había pegadas en el corcho que tenía enfrente de la cama. Todo eso hizo hasta ponerse delante de mí, haciendo en cosa de segundos un repaso completo a mi vida.

–¡Pues únete al club! –Y con un gesto la invité a que se sentara a mi lado en la cama.

–¿Dormías? –me preguntó ya a mi vera. Marisela tenía una de esas caras de niña traviesa, con pequeñas pecas casi imperceptibles por todo el rostro y nariz de botón. De esas chicas a las que el maquillaje les estropea el eterno rostro infantil. Una verdadera preciosidad, bajo mi punto de vista.

–Pensaba… –dije mirándome mi camiseta de Sailor Moon, convertida con los años en mi camisón favorito. Pero en realidad, lo que estaba haciendo inconscientemente era comparar mi delantera con la suya. ¡Esas tetas tenían que ser operadas!

–¿En su hermana? ¡Deberían ustedes hacer las paces! Si tuviera a mi hermana aquí no me separaría de ella por nada del mundo.

Marisela metió sus piernas bajo mis sábanas, y adoptó una postura muy similar a la mía. Apenas hacía días que nos conocíamos, pero en seguida habíamos cogido confianza, supongo que porque ambas necesitábamos de veras tener una amiga aquí. Al fin y al cabo, nos encontrábamos en la

misma situación: extrañas en una ciudad que no nos resultaba inhóspita, pero tampoco era nuestra casa.

–¿Tú también tienes una hermana? –Con el trabajo, apenas había tenido tiempo para hacer las típicas preguntas de cordialidad entre compañeras. Cuando yo llegaba a casa para cenar, entonces ellas se iban. Una a pinchar discos, o cantar en el metro. La otra a sus clases de teatro, a una exposición, o a la inauguración de una nueva sala de conciertos. En fin, sí. Que me daban un poquito de envidia. Sobre todo ella, Marisela. A pesar de no salir ya en la tele, seguía teniendo una vida social muy intensa gracias a su incondicional club de fans.

–Sí, tres hermanos y dos hermanas. La más pequeña el año que viene irá a la universidad. Es muy lista, ¿sabes? Seguro que la aceptan en cualquiera de ellas. Yo envío todo el dinero que puedo para su matrícula. –A Marisela se le iluminaba el rostro cuando hablaba de su familia. Para ella había sido muy duro salir de Guanajuato, dejar una casa siempre llena de gente. Ella estaba aquí luchando por hacer realidad su sueño, pero los días seguirían siendo más largos de lo normal hasta que no alcanzase lo que había venido a buscar. Y por ahora no lo tenía.

Mirándola así de cerca costaba ver alguna pega en ella, ¿y por qué Einar no quiso contratarla? ¡Pero si era perfecta de pies a cabeza!

–Pero dejarás algo para el alquiler, ¡supongo!… –dije mirándola de soslayo. Entonces, la fastidié. Porque íbamos muy bien, pero con aquella frase Marisela entendió en qué bando estaba. Creo que no valgo mucho como agente doble, porque en seguida ella arrugó el rostro y me respondió con demasiada brusquedad, levantándose de la cama:

–¡Oh, chale! Dile a tu amiguito que no se preocupe, que tendrá su plata la semana que viene. Culero asqueroso…. –continuó maldiciéndolo en su dialecto todavía incomprensible para mí.

–¡Einar no es mi amigo, es mi jefe! –quise puntualizar, ya que todo parecía indicar que había habido algo entre ellos. Breve o no, pero sí intenso. Tanto como para que Einar siguiera dibujando sus ojos en aquella libreta.

–Ey, güey. ¡Tú ten cuidado! –dijo Marisela dejándome aún más intrigada.

–¿De qué tengo que tener cuidado? –le pregunté clavando mi mirada en ella.

Había una parte en la historia de Einar que me seguía escamando. Su aparente estatus social, esos influyentes contactos que habían conseguido que tuviese una identificación sueca en tiempo récord, y el lujo que siempre parecía acompañarle… todo aquello seguía sin encajar en mi rompecabezas. Vale que fuera socio de la mitad de los locales de la ciudad, ¿pero de dónde porras sacaba el dinero? ¿Invertía en bolsa? ¿Hacía apuestas por Internet? Desde luego que no iba a morder la mano que me estaba dando de comer, pero ignorar ciertos aspectos de su vida personal me provocaba un sarpullido mental bastante serio.

–No es que yo ande de filosofón por la vida, pero sé lo que pasa, niña. Quizás todavía estés a tiempo si te lo digo ahora. Estará cabrón, pero lo es más… ¡Ten cuidado, te repito!

Aquella advertencia me pareció demasiado grave, mucho más de lo que yo me esperaba. Por sus palabras entendí que lo suyo no hacía mucho que había terminado, y Marisela, al parecer, aún tenía una herida muy fea abierta de par en par. En definitiva, no la creí. No quise tomarla en serio. Einar no era así, ni mucho menos. Es como si a mí me hubiesen preguntado por Eloy, ¿qué iba a decir yo? Me sentía despechada, no iba a dejarlo en buen lugar, aunque pudiera. Hubiera dicho: "¡Huye! No lo escuches, no lo mires y aléjate de él todo lo posible".

–Bueno, es un hombre, ¿qué esperabas? –le dije para intentar quitarle hierro al asunto, y que, de paso, me diera más información sobre su relación. Sin embargo, no creía para nada en esa afirmación que yo misma había realizado. Einar me había demostrado con creces que no era como los hombres que había conocido.

–A mí ya me hace lo que el viento a Juárez, ahorita cuídese usted. Solo hay una cosa que le importe en esta vida más que el dinero, ¡y son esas estúpidas partidas de póker! –Marisela se giró de manera teatral, acentuando su enfado echando hacia atrás una larguísima mata de pelo, convirtiendo aquella escena en algo cómico. Y mientras se marchaba de mi habitación, se quitó la camiseta dejando esa ondulada y espesa melena rozando su espalda desnuda. Iba a darse una ducha y salir, cómo no. De nuevo todas en esta casa tenían plan menos yo.

Me quedé mirando cómo se iba. No era difícil imaginárselos juntos; ella tenía uno de esos cuerpos de modelo difícil de olvidar. Él nada más verla le habría dicho que era un verdadero placer conocerla, y la habría llevado a

todos esos sitios que conocía tan bien para terminar navegando entre sus piernas. Porque sí, mi historia y la suya no debían ser muy diferentes, solo que a ella no le habría importado mucho que la estuviesen grabando…

–¡Pero bueno, Blanca Blanes! ¿En quién se supone que estás pensando de nuevo? –¡Debo limpiar mi mente de Einar Lönnberg de una vez por todas!

No se me ocurrió mejor actividad para distraer la mente que coger el ordenador portátil y buscar en You Tube la serie que había hecho famosa a Marisela, al menos durante un corto período de tiempo. Me costó dar con una escena donde saliese ella, pero al fin la encontré: ¡Era una verdadera máquina hablando en sueco! Ella me había confesado que en muchas ocasiones no sabía lo que decía exactamente, pero que se guiaba siguiendo el contexto de la trama. Al final, me dijo echando por tierra todas mis ideas sobre el Siglo de Oro y la generación del 27, que todas las historias hablan de lo mismo:

–¡Sentimientos, no más! Y eso se me da de pelos, con ellos puedo hablar en todas las lenguas del mundo. ¿O necesitas saber lo que está diciendo una mujer que acaba de perder su hijo para comprender por qué se desgarra de dolor?

No entendí la magnitud de esas palabras hasta que vi aquellas imágenes. Marisela era buena, muy buena en esto. Yo que solo había sido una actriz amateur, veía su actuación a años luz de la que podría haber hecho yo. Desde luego que no era justo que la hubiesen echado así de la serie, y hacía bien en continuar aquí esperando otra oportunidad. Pero esa puerta parecía no querer abrirse. Mientras, esperaba sola en un país extraño, que primero la recibía con los brazos abiertos y después parecía que la quisiera echar a patadas. No era agradable, aunque ella nunca dejase de sonreír. Y para colmo, según me había contado, Einar se ofreció en su momento a pagarle el billete de vuelta a su país. Aquello, por supuesto, le sentó fatal. Y en parte todo su enfado hacia él empezó aquel día, confundiendo sus buenas intenciones en un acto de tremenda grosería.

Llegado el mediodía decidí hacer definitivamente algo de provecho. Lo del museo seguía dándome pereza estando sola, pero no el ir de compras. Para eso siempre estaba una dispuesta. Así que después de comer un sándwich ligero puse rumbo a los almacenes Ahléns, en Östermalmstorg. Allí seguramente me entró el síndrome de la compradora compulsiva, porque en menos de una hora, y sin apenas ser consciente de lo que estaba

haciendo, me vi rodeada de bolsas enormes que debía cargar sin más remedio de vuelta a casa.

–Pero Blanca, por Dios, ¿qué has hecho? –me decía mientras caminaba como un *sherpa* en el Tíbet. Como me viese mi hermana ahora mismo, seguro que aprovechaba la situación para recordarme el poco cerebro útil que tenía. Eché mano al bolso para buscar en el mapa la boca del metro más cercana, pero me topé antes con el móvil que Einar me había dado para el trabajo. ¿Quedaría muy mal si le llamaba para que me viniese a buscar? Sería extraño llamarle en domingo solo para eso, ¿verdad? Podía enfadarse conmigo, y también me daba vergüenza que se diera cuenta de lo manirrota que era. Entonces, teniendo el móvil entre mis manos sin saber muy bien qué hacer con él, si llamarle o guardarlo, vi como la pantalla se iluminaba. Era un número de teléfono larguísimo, pero no era el de Einar. A él lo había grabado como Fox, y hasta la fecha no me había llamado ni una sola vez… ¿Quién podría ser?

–¿Necesita un taxi, señorita? –dijo una voz que reconocí al instante. Salía de un elegante coche gris metálico, que había estado siguiéndome por toda la acera, marchando a mi paso durante algo más de un minuto, provocando un pequeño atasco detrás de él. Y todo esto había sucedido sin que me diese cuenta. ¡Malditos móviles que te aíslan del mundo exterior!

–¿Einar? –pregunté, asomándome a la ventana del copiloto, abierta con la sola intención de verme caminar distraída.

–¡Sube, por favor! Van a empezar a pitarme… –Y eso era cierto, el civismo de los suecos en carretera era ejemplar.

Me abrió la puerta desde su asiento y me ayudó a dejar todas las bolsas detrás de nosotros. Einar vestía con un polo claro y unos chinos ajustados. Al conjunto se le sumaban unas gafas de sol que no le había visto nunca, aunque seguía siendo fiel a su reloj. ¡Menos mal, me encantaba cómo le sentaba en su muñeca! El conjunto entero era de catálogo de revista, y él un perfecto modelo. Si no le conociese tan bien, empezaría a pensar que también era gay…

–¡Di la verdad, me has puesto un localizador y te dedicas a seguirme! –dije con el móvil todavía en mis manos, mientras él daba un acelerón para salir de allí.

–¡No, la verdad es que tengo mejores cosas que hacer! Pero dime, ¿cómo pensabas ir hasta tu casa así?

–Iba a coger el metro.

Aquello le hizo gracia a Einar.

–¡El metro está en el otro sentido, Blanca! –contestó señalando detrás de nosotros con el pulgar, pendiente de la carretera.

–En realidad, yo iba a ir al museo Vasa… –Entonces Einar tuvo que carcajearse. Aquella ocurrencia sí que no se la esperaba.

–¡Y por lo que veo, no lo has encontrado! –respondió mirándome por fin, haciéndome reír a mí también. La verdad es que la cosa tenía gracia vista desde fuera.

–No te rías de mí así, ¡qué malo eres! Soy mala con las direcciones, pero no tanto… –Esto es lo que iba a echar de menos. Montarme en su coche, empezar a hablar mientras me abrochaba el cinturón, y, casi automáticamente, encender la radio para escuchar canciones que solo me gustasen a mí. A veces terminaba siendo el mejor momento del día. Todo formaba parte de nuestra rutina, a la que me había acostumbrado con absoluta facilidad. Y lo extraño era que aún no sabía por qué me gustaba tanto.

–De cualquier manera, es cosa del destino haberte encontrado. ¿Crees en las señales? Porque yo diría que esto es una, y muy buena. ¿Te apetece acompañarme a un sitio? ¡Estoy seguro de que te va a gustar!

La última vez que, así por casualidad, le acompañé a un sitio, terminé en sus brazos besándolo. Así que no tenía muchas ganas de repetir aquella escena. Ya estaba a punto de decirle que parase en la primera entrada de metro que encontrase, cuando de repente volvió a sonar mi móvil, de nuevo me estaban llamando. Otra vez era ese número tan largo.

–Einar, alguien me está llamando, y ya es la segunda vez…. –Y le puse el móvil delante de los ojos, obligándolo a que apartase la vista de la carretera.

–¿Y por qué no lo coges? –dijo, después de ver el número en la pantalla. Había utilizado una extraña entonación que me hizo sospechar, así que le pregunté directamente.

–¿Quién es, Einar?

–¿Por qué no lo coges y lo averiguamos? Repito…

El móvil dejó de sonar, pero yo continué mirándolo. No iba a parar hasta que me lo dijese.

–Einar, has sonreído al ver el número, ¿quién es el tipo que me está llamando?

–Está bien, está bien. Seguramente ahora te mandará un mensaje invitándote a algo, así que en seguida lo vas a saber. Es Manuel, ¿te acuerdas de él? Ayer noche me lo encontré por casualidad y estuvimos hablando un buen rato. Me preguntó varias veces por ti, al parecer le dejaste un poco… ¿majareta? –me preguntó, como si yo tuviese en ese momento mucha cara de querer ayudarle en su inmejorable español–. ¡Sí, creo que es así! Quería saber si tenías novio. Si salías con alguien en este momento… así que, viendo su interés, al final le di tu número. ¡Espero que no te importe!

–¡Eres increíble! Se supone que esto es solo para el trabajo, ¿o no?

–Bueno, claro. Tienes razón. ¡Pero así he comprobado que el móvil funciona! –dijo Einar rodeando la plaza mayor.

–¿Qué quieres decir con eso? ¿Que mi vida es patética?

–Tu vida no es patética, Blanca. No hay nada de malo en estar solo, si es lo que uno quiere: ¡Fíjate en mí! Pero tú eres muy diferente, te conozco demasiado, sé que echas de menos compartir tu vida con alguien. Vamos, es un buen chico. ¡Te lo digo como si fuera tu hermano mayor! Dale una oportunidad, solo una. Además, Manuel tiene un gran sentido del humor, creo que haríais buena pareja…

–Adam Sandler también es muy gracioso, ¿le vas a dar a él mi número para que me llame? –Einar respondió riendo entre dientes. De nuevo superaba, como de costumbre, el límite de velocidad permitido. Creo que desde que aprendió a conducir con un SAAB a los trece años, eso de respetar las señales nunca había sido lo suyo.

–Perdona, tienes razón. No debí darle tu número, primero debería haberte pedido permiso. Simplemente pensé que podríais divertiros juntos. –Y entendí perfectamente a qué clase de diversión se refería–. Si quieres le digo que no te moleste más, que no quieres salir con él.

–¡No! –respondí histérica de repente, asustándome hasta a mí misma. ¿Pero en realidad tan desesperada estaba por encontrar pareja?–. Déjalo. Ya lo solucionaré a mi manera, ¿vale?

–¡Vale! –dijo Einar sonriendo de nuevo. Le gustaba cuando utilizaba esa expresión tan infantil para él, y la repetía de nuevo, imitándome.

Empezaron a asomarse unas nubes muy feas por el horizonte. Einar se quitó las gafas de sol y las dejó en la guantera.

–No te había visto todavía esas gafas… –le dije mientras las guardaba–. En realidad, si me lo permites, te diré que nunca te habría imaginado tan *casual*. ¿Este es tu uniforme de los domingos? Pensaba que en tu armario solo había trajes y corbatas. ¡Además, vas sin afeitar! ¡Oh, por favor! –exclamé burlándome aún más de él, poniendo mis manos primero en la boca con gesto de asombro y después en los ojos. Estaba un poco dolida por lo de Manuel, y quería hacérselo pagar a cualquier precio–: ¡Qué desparrame, chicas! No te preguntaré qué hiciste ayer, ya veo que perder los papeles.

Einar sonreía a todos mis comentarios, pero solo al rato decidió contestar.

–Las gafas son graduadas, no las suelo llevar, solo en momentos como ahora. Me duele un poco la cabeza… –dijo mientras se pellizcaba con los dedos el puente de la nariz. No era extraño que le doliese la cabeza, Einar vivía al extremo la noche y el día de esta hermosa ciudad.

–¡Eso es el tequila, amigo! –le dije apoyando mi mano en su hombro, acordándome de inmediato de su extraordinario cuerpo de nadador. ¡Humm!

–Yo no bebo tequila, *amiga*… –dijo con sorna, mirándose el hombro para que apartase mi mano de allí, cosa que hice al segundo.

–¡Ja! –dije fingiendo una risotada fuerte y seca–. Y el cuello, ¿te sigue doliendo? –le pregunté, quizás con demasiada confianza, acordándome de "aquella" noche. Seguramente alguien había apretado el botón de conversación absurda en Blanca Blanes, porque hasta yo misma me asombraba de mis propias preguntas. Pero todo era por su culpa: verlo conducir con los brazos descubiertos, mi reloj favorito en su muñeca, esa sonrisa de medio lado. En fin, cómo explicarlo, que le sentaba demasiado bien todo lo que llevaba. ¡Vaya! Y solo por eso se merecía que le hiciese daño de alguna manera, ¿quién se creía que era él para buscarme los ligues? ¿Quién le había dado permiso para darme consejos sobre mi futura pareja?

–Solo muy de vez en cuando. –Einar seguía conduciendo, pero sabía cuándo me miraba por el rabillo del ojo, como ahora. Supuse que "muy de vez en cuando" quería decir: "solo cuando una loca con tacones de infarto me pega un tirón del cuello".

–¿Fue con este coche el accidente que tuviste? –pregunté, recordando aún más cosas de nuestra primera conversación. Einar negó con la cabeza.

–No, en una carrera. Conduciendo un Lamborghini.

Yo no sabía a qué coche se refería, perdonad mi ignorancia, pero supuse que uno muy muy caro. Lo comprobé después y me faltó la respiración al ver las fotos. ¿Por qué no le había conocido antes? ¡Cuando el Lambo aún seguía vivo!

–¿Hubo más heridos? –continué con mi interrogatorio, ya que estaba en modo niña impertinente y quería tirarle un poquito más de la lengua. Pero a diferencia de aquello a lo que me tenía acostumbrada, hoy Einar estaba poco hablador. Quizás porque aquello superaba sus límites de la cordialidad. Seguramente debía estar con el sueco más abierto que podía encontrar en todo el país, pero hasta él era muy celoso de su intimidad.

–Un coche de más de dos millones y medio de coronas, ¿te parece poco?

Aquello no me pareció muy cortés, algo nada habitual en Einar. Quizás todavía le dolía haber empotrado contra un muro su propio coche, así que lo mejor iba a ser dejar para otro día el ponerse borde con él, porque seguramente hasta en eso podía ganarme si quería.

Miré por la ventanilla para intentar situarme un poco. Para mí que habíamos pasado de nuevo por la misma gasolinera, la recordaba perfectamente porque estaba al lado de ese cartel anunciando el queso Arla.

–Einar… –Él seguía muy atento a la carretera, más de lo habitual, así que me chocó bastante que encima no me contestase–. Einar, sé sincero: ¿nos hemos perdido?

Aquello me parecía de lo más extraño que nos podía suceder, pero no imposible. *Fox*, como buen zorro, se guiaba siempre por su olfato. Que yo supiese, nunca había hecho uso del navegador. Se había criado en estas tierras, y conocía cada pueblo al dedillo. Pero al parecer, a todo cerdo le llega su San Martín. Y hoy Einar Lönnberg se había pasado de listo, desorientándose por completo apenas a veinte metros del centro.

–Yo sí. Nada más verte… –contestó él, volviendo a ser el mismo galán de siempre. Pero yo quise ir más allá, viendo en esto una gran oportunidad para humillarle como se merecía. Estallé entonces en la carcajada más satisfactoria de mi vida. Definitivamente, hoy habría sido mejor no encontrarse por la calle, haber descansado un poco el uno del otro.

–¡Me encanta! ¡Me encanta! –No podía decir más de la risa que me había entrado. Ahora estaba haciendo un cambio de sentido, de nuevo pasaríamos por aquella gasolinera. Einar había caído él solito de su propio pedestal.

–Te diré lo que sucede: entras en mi coche sin parar de hablar, me miras, me sonríes, me distraes. ¡Es muy difícil no perderse contigo! –Lönnberg pretendía salirse por la tangente.

–No me eches la culpa a mí de que te hayas perdido, *vacker!* –Einar no respondió, simplemente siguió adelante. Había empezado a caer una fina lluvia estival. Los canales se veían preciosos con el agua salpicada de miles de gotitas, pronto se vería el arcoíris en lo alto de los tejados del Gamla Stan.

De repente me di cuenta de que estábamos aparcando, realmente solo había confundido una calle por otra, y había tenido que dar toda la vuelta para no ir en sentido contrario. Eso que en España se habría convertido en una discusión entre nosotros de tomo y lomo, motivo más que suficiente para sacar a flote todas nuestras bajezas, para Einar no era más que una tontería sin importancia. No merecía la pena discutir por esas trivialidades. En resumen, pura y dura mentalidad sueca.

–Es por aquí –dijo, después de ayudarme a salir del coche, poniendo una mano delicadamente en mi espalda, avanzando así juntos en la dirección correcta. Aquel gesto de protección tan suyo me hizo sentir fatal. ¿Por qué me había reído tanto de él con lo bueno que era conmigo? Giramos una esquina, y después otra, entrando finalmente a una calle peatonal nada concurrida. Paredes desconchadas y un extraño olor a desagüe me hicieron recordar mi época de okupa. Se oía a un bebé llorando de hambre a través de una de las ventanas que permanecían abiertas de par en par en los pisos de arriba, y una radio demasiado alta unos metros más allá.

–Sí, desde luego. Si buscabas el sitio perfecto para que te atraquen en esta ciudad, debe ser por aquí –quise bromear de nuevo con Einar mientras lo veía agachándose frente a una persiana metálica algo oxidada. Solo al rato comprendí que él llevaba la llave de esa persiana en su bolsillo, y que si nos habíamos parado justamente ahí era porque se disponía a levantarla delante de mí–. ¡Ah! Pero… –Eso fue lo único que pude decir después de escuchar el estruendo metálico del que se hizo eco toda la calle al levantar de un fuerte tirón la persiana. Al abrir aquel bajo delante de mí comprendí por qué Einar quería que viera aquel sitio: era un antiguo restaurante. Tardé en avanzar hacia su interior; que él me abriese la puerta ya no era nada grato para mí.

El restaurante aún conservaba en buen estado las mesas y las sillas, la barra de comandas, incluso al fondo se veía brillar el acero inoxidable de la cocina. Lo habían cerrado casi nuevo, ¿cómo estaría ahora el mío?

Einar empezó a buscar el cuadro de luces, pero no me hacía falta ver mejor todo aquello para comprender lo que era. Mi pasado, en definitiva. Algo que creía haber dejado atrás desde hacía algunos meses, y que volvía a mí de repente sacudiéndome por completo. No me lo esperaba, de verdad que no me lo esperaba. Ahora mismo no podía decir nada, simplemente lo miraba todo aturdida. Como si acabase de ser víctima de un *tsunami* llamado Einar.

–Tienes razón cuando has dicho antes que ayer perdí los papeles. Volví a jugar, Blanca. ¡Y hacía meses que no lo hacía! Me había prometido a mí mismo que no jugaría más a las cartas, pero tuve delante una oferta tan buena que no pude resistirme… Me dieron el soplo de que el dueño de este sitio lo ofrecía como aval para entrar en la partida, y yo ya le había echado el ojo hace tiempo. Sé que no es el mejor sitio de la ciudad, pero haremos de eso otro punto más a tu favor. Créeme, sé cómo hacerlo. Solo te pido que sueñes un poquito más otra vez, que confíes de nuevo en mí. Podemos construir aquí el nuevo Spanish Cooking. –Einar hablaba con las manos en los bolsillos, mirando puntos indeterminados del techo. Ahora todo aquel restaurante estaba iluminado por una hermosa luz cálida. Quizás la decoración dejaba mucho que desear para él, pero el sitio era realmente acogedor. Ni muy grande, ni muy pequeño: justamente lo que estaba buscando para mí…–. ¿Qué me dices?

Sin embargo, él no había contado con mis emociones. De repente noté un nudo en la garganta, y las lágrimas acudieron en seguida a mis ojos. No podía ser verdad lo que me estaba pasando. Me sentí muy mal, apenas podía respirar, mi cuerpo no estaba preparado para tanto dolor. Yo me sentía ahogada por la situación. El sitio olía a comida, a kétchup, a grasa, a madera pintada. Todo resultaba demasiado familiar para mí. Einar no paraba de hablar: de las tuberías, del falso techo, del horno de la cocina… y yo, mientras, seguía asimilando el hecho de estar allí con él sin decir palabra. Esforzándome para que mi barbilla no se arrugase más, manteniendo la mirada fija en un punto porque ya no quería ver más allá del comedor. Me había clavado una puñalada en la espalda sin darse cuenta, y yo estaba tendida en el suelo desangrándome. El dolor que sentía me estaba

nublando hasta la vista, solo así podría describir una milésima parte de lo que sentía realmente en aquel bajo lleno de polvo y malos recuerdos.

–Einar, espera, ¡por favor! –pude decir al fin, ¡hasta me faltaba la voz! Solo entonces se dio cuenta de mi estado, seriamente emocionada, sin poder girarme hacia él. No apartaba la vista del suelo. No quería que me viese llorar así, porque sabía que no había sido esa su intención, y se iba a sentir muy culpable.

–¡Ey, ey, ey! ¿Qué pasa? –murmuró sin reservas mientras se acercaba hacia mí con la misma velocidad de aquel primer día para levantarme del suelo. Cogiendo con prisa mi cara entre sus manos, secando mis lágrimas con sus dedos, acariciando mis mejillas mientras hablaba. En ese momento me hizo sentir la mujer más querida del mundo e, irónicamente, era él el culpable de mi repentino llanto. Pero aquello no era del todo cierto. Él no tenía nada que ver con Eloy. Absolutamente nada–. Te prometo que lo último que quiero en esta vida es hacerte llorar. Debería haber esperado un poco más para decírtelo, pero te he visto paseando por la calle tan tranquila que he pensado que era una señal y que debías acompañarme. Llevo pensando en esto desde la primera noche que te conocí. Dándole vueltas a lo de tu restaurante. Sé que solo en un sitio como este has podido ser realmente feliz, ¡tú misma me lo has dicho! Así que solo quiero devolverte eso. De verdad que no ha sido mi intención molestarte.

–Lo siento, pero es que no entiendo nada… –Me distancié de él, lo suficiente como para que no me dolieran más sus caricias–. ¿No se suponía que tenía que esforzarme para vender casas? Que debía ser auténtica, encantadora, divertida… ¿Y cuántas cosas más me dijiste aquel día? ¿Por qué ahora vas y me ofreces esto? ¿Tan mal lo estoy haciendo? Pensé que estabas contento conmigo, ¡que hacíamos buen equipo! –En definitiva, me sentía un poco traicionada.

–¡Y lo hacemos! Pero no quiero que seas mi empleada, quiero que seas mi socia. Siempre te lo digo, Blanca, acabarás siendo mejor que yo. Y tu futuro en Estocolmo no va a ser enseñando casas, ¡eso desde luego!

Me cogió la mano, acariciando mis dedos con los suyos.

–Siento mucho haberte hecho creer otra cosa hasta este momento, pero debía encontrar el sitio antes de decirte nada. ¡Y ya lo tenemos!

–No, lo tienes tú gracias al juego ¿Quieres llevar este restaurante conmigo? Muy bien, y ahora dime, ¿cuánto vas a tardar en perderlo otra

vez? ¿Eh, Fox? –Einar se quedó mirándome muy serio, creo que era la primera vez que le hacían daño mis palabras. Pero no me sentía culpable por haberle dicho aquello: era la pura verdad. Marisela había hecho muy bien en decírmelo, porque quizás de otro modo habría dicho que sí sin apenas esfuerzo.

–No me juzgues tan rápido, Blanca. Tienes razón, he perdido mucho más de lo que he podido ganar jugando al póker. Pero créeme que he aprendido la lección. He dejado atrás a una mujer y una hija a la que no puedo ver por culpa del juego. Y creo que con eso he tenido más que suficiente, te juro que es el peor de los castigos… –Sus palabras me dejaron sin habla. Sabía que había estado casado, pero no que también fuera padre. Comprendí entonces por qué era para él un tema tabú lo de su divorcio. Por qué, cuando le expliqué lo de Eloy, me preguntó en seguida por mi abogado, y empatizó tan fácilmente conmigo desde ese momento.

–Lo siento, lo siento mucho, Einar. No lo sabía, de verdad. –Le dije acercándome a él, rogándole disculpas, sintiéndome muy culpable por haberle hecho daño sin querer.

–Tranquila, Blanca. Eso pasó hace mucho tiempo, son solo fantasmas… –me dijo en un murmullo. Sabía que no era cierto, pero no quise seguir con aquel tema.

–Einar, te agradezco que hayas pensado en mí para dar vida de nuevo a este sitio. Eres un sol si desde que te conté lo del Spanish Cooking has tenido en mente la idea de devolvérmelo de alguna manera. Pero no puedo aceptar tu oferta, de verdad. Ahora no tengo las fuerzas suficientes como para hacer algo así, me importa demasiado, es demasiada responsabilidad, ¡tú no lo entiendes! No podría volver a perderlo, para mí es como un hijo… –Me escondí entre sus brazos, porque sabía que iba a volver a llorar. Él no respondió, solo me abrazó muy fuerte. Protegiéndome de mis propios miedos. Besando mi pelo, mi frente. Dándome todo el cariño que se había esforzado tanto en esconder. Pero ahora me sentía tan frágil, tan niña, que hasta me odiaba a mí misma por estar diciéndole que no. Negándome una oportunidad de volver a empezar otra vez, por temor a escribir otro fracaso más en mi vida.

–No estarás sola. Yo estaré a tu lado en todo momento. Para mí esto es mi vida. ¿No lo entiendes? Solo contigo sería capaz de compartir este sueño. Porque sé que tú tienes el coraje suficiente para convertir este restaurante en

un sitio excelente, del que me sienta orgulloso algún día de haberte ayudado a abrir. Pero solo lo haría contigo. Tú y yo, nadie más… –Y aquellas palabras me hicieron sangrar de dolor. No quería oírle decir aquello si no iba a ser cierto; si, como decía Marisela, yo no le importaba más que su dinero. Porque él hablaba de negocios, pero yo lo confundía con amor. Y sabía que no hablábamos exactamente el mismo idioma. Entonces me di cuenta de lo que había hecho conmigo, en muy poco tiempo había dado un giro a mi vida de 180º, y aún pensaba ayudarme a girar otros 180º más. Había puesto más confianza en mí que yo misma, y me veía capaz de cosas que yo jamás habría imaginado. Como dije, era un visionario, y no solo con los locales que iban a estar de moda en la ciudad, sino también con las personas. Con aquellas capaces de hacer hazañas… ¿pero yo realmente era esa chica capaz de hacer todo aquello que él decía? Me sobrestimaba, quizá demasiado, hasta el punto de empujarme a aquella gran aventura: un salto sin red.

Dejé de hipar gracias a la ternura de sus caricias, era un momento agridulce entre nosotros, pero sabía que no lo podría olvidar jamás. Nadie, en toda mi vida, había demostrado de aquella manera su interés por mí, por lo que me hacía realmente feliz. Deseando realmente que volviera a serlo. Einar tenía el poder suficiente de hacer cosas importantes en su vida, y las hacía apoyando a gente que, como yo, se cruzaba en su camino. Gracias a un pálpito suyo ahora yo estaba aquí. A las puertas de mi gran oportunidad.

–Te he manchado, lo siento… –le dije mirándolo desde aquella extraña perspectiva, sin soltarme todavía de su abrazo. Había una fea marca de rímel en su polo, quise limpiársela con la mano, pero solo conseguí emborronarla todavía más.

–No importa, Blanca. ¡Dime que sí…! –Einar me miraba desde arriba, no parecía disgustado por mi negativa. Me miraba con un extraño brillo en los ojos, estaba muy esperanzado con este proyecto. Realmente parecía ilusionarse por verme crecer como persona en este sitio, algo demasiado bonito para ser verdad. No es que desconfiara de él, sino de mí.

–Ahora mismo no puedo. De verdad, Einar. No insistas… –Volví a apoyar mi cabeza en su pecho. Que el mundo se detuviera un segundo más, yo no quería moverme de allí.

–¡Al menos, dime que te lo pensarás! –dijo Einar tras una pausa en la que le escuché respirar. Era insistente, pero porque sabía que conseguiría

convencerme. Tan solo necesitaba un poquito más de tiempo. Sus caricias en mi espalda eran una verdadera gloria. Me había muerto y estaba en el cielo.

–Bueno, vale… –dije al fin–. Lo pensaré.

–¡Vale! –repitió Einar dibujando una leve sonrisa en sus labios.

Dejó que pasara un minuto más así, sujeta a él como una niña que no se suelta de las piernas de su padre. Sentía su calor. Olía su perfume. Y me acordaba de todas nuestras conversaciones en su coche. Venía en seguida a mi mente su risa, esos ojos de un azul infinito que tanto me tranquilizaban. No pensaba moverme de allí. Pero por la cabeza de Einar tenían que estar pasando ideas muy diferentes a las mías, porque viendo que no tenía intención de soltarme, me aconsejó con bastante buen humor:

–Como no te separes un poquito más de mí, ahí abajo hay alguien que va a querer saludarte…

–¡Qué guarro eres! –le dije soltándome bruscamente, dándole un pequeño empujón.

Salimos de aquel viejo restaurante entre risas, nadie habría dicho al vernos que acababa de suceder un momento tan emotivo entre nosotros. Pero así era. Esta persiana se volvía a cerrar de un golpe seco, pero solo por un tiempo.

El suficiente para hacerme a la idea de la mujer en la que me iba a convertir.

OceanofPDF.com

Capítulo 10

Next to me

Sentado en el extremo de una amplia mesa familiar, junto a su portátil y su agenda, Einar veía a Blanca hablando con una pareja en el jardín. El sol del atardecer entraba por ese gran ventanal que tenía a su derecha, dejando un destello anaranjado sobre los muebles de aquella cocina de estilo rústico, muy propia de estas casitas de campo a los alrededores de Strängnäs.

Aunque no oyese más que el murmullo de esa conversación, sabía que Blanca se los estaba metiendo en el bolsillo. Mientras pillaba frases sueltas, y algunas risas de aprobación, dibujaba una mujer de espaldas, desnuda, con el pelo recogido en un moño rápido. Tenía la agenda llena de bocetos de ese estilo, la mayoría mujeres que no eran más que una técnica de relajación. Una válvula de escape que le ayudaba a que fluyesen las ideas. Miró el dibujo que acababa de hacer: esos rizos cercanos a la nuca ya eran inconfundibles para él. De pronto oyó un: “De acuerdo” gritado al unísono. ¡Lo había vuelto hacer…! Einar sonrió desde el interior de la casa, no obstante, en seguida recuperó el gesto serio con el que observaba a su vendedora. Era el momento, se dijo, ya podía dejarla a solas con las visitas. Ahora él se centraría en su mayor problema: la falta de casas, el carecer de recursos suficientes para llevar a cabo esta operación.

Einar inspiró hasta dolerle el pecho mientras seguía pensando en su próximo paso. No le gustaba tener que pedir ayuda a nadie, pero era evidente que ellos dos solos no podían hacer frente a la gran demanda que Trebelent requería. Iba a hacer un mes que habían comenzado con todo esto, y solo habían instalado a unas veinte familias más o menos. A ese ritmo, tardarían años en cumplir con lo pactado, y él no se podía permitir perder esta partida. Se jugaba demasiado. Sin embargo, había que ser realista. Ya no podía quitarse más horas de sueño. A veces las jaquecas le impedían conducir y estaba descuidando sus otros negocios, que ahora, en pleno verano, era cuando más le necesitaban. Además, no podía pedirle más a Blanca. Aquella chica desde el principio se había involucrado en su

proyecto, luchando por conseguir que cada día fuera un éxito tras otro. Era estupenda, un verdadero regalo del cielo. Inteligente, tenaz y muy trabajadora. A su lado conseguía que toda esta aventura en la que se habían embarcado fuese aún más divertida, pero no debía olvidar para qué la había contratado en realidad.

Por muy guapa y muy simpática que fuera, no había conseguido el puesto por ser miss universo. Tampoco el hecho de resultarle tan manejable desde la primera noche en que se conocieron le habría dado tantas posibilidades como las que tuvo en realidad. Toda su suerte se debía a un nombre: Spanish Cooking. Desde el momento en el que le habló del restaurante, Einar lo tuvo muy claro. La quería. Quería sus habilidades para llevar un sitio como aquel del que estaba hablando, y si para ello debía engañarla con cualquier excusa, lo haría. Así que nada más conocerla siguió con su estilo de ataque, no perdiendo ninguna oportunidad para agasajarla en todo cuanto necesitaba. Reforzando su débil autoestima. Llegando a tocar ese inocente corazón suyo, tan dulce a veces que daba lástima. Pero Einar estaba acostumbrado a manipular a las personas, a conseguir de ellas todo cuanto quería, y en seguida se dio cuenta de que la chica no podría afrontar de nuevo aquel reto si no era con algo de ayuda. Por eso le pareció buena idea contratarla en un principio como su ayudante, para cerciorarse de que era oro todo lo que relucía, y darle tablas para hacerle capaz de abrir de nuevo su restaurante. Ella había convertido en realidad uno de los sueños de Einar, y si el destino la había llevado hasta él, era para que juntos lo volviesen a hacer posible aquí en Estocolmo. Ese era el mayor atractivo de Blanca en realidad, y su mayor tentación ahora era abrir ese restaurante con ella.

Tras aquel frío pensamiento, suspiró al fin, no muy satisfecho de su propia decisión. En alguna parte de su ser algo le decía que no debía jugar de aquella manera con los sentimientos de una chiquilla, que no era el método más ortodoxo que tenía al alcance de su mano, aunque sí el más rápido. Y él tenía prisa por terminar de saldar todas sus deudas. Así que continuaría con su plan.

Durante el trayecto de vuelta a casa, terminada ya otra dura jornada y ajena a todos aquellos pensamientos de su jefe, Blanca le pidió a Einar que hablase un poco en sueco con ella. Su profesora decía que estaba desaprovechando una oportunidad maravillosa de aprender el idioma conversando con él siempre en español, así que, tras insistirle varias veces,

él accedió a hacer horas extras como profesor nativo. Pero después de cinco minutos de diálogo estúpido, y después de verle llorar de la risa al oír cómo inventaba palabras sobre la marcha ante su terrible falta de vocabulario, Blanca decidió dejar lo de las clases particulares para otro día.

–¡Oh, venga! Continuemos. Realmente necesitas practicar… –dijo Einar, esforzándose por recuperar la compostura, secándose con las palmas de las manos las lágrimas mientras conducía. La verdad es que hacía años que no se reía tanto.

–¿Qué dices? Pero si te estás partiendo la caja…

–¿Partiendo la qué? –Einar, sin embargo, había refrescado bastante su español desde que estaba con Blanca. Ahora podía decir más palabrotas que antes (nunca parecían ser suficientes para él, aunque jamás dijera ningún insulto), y su dominio de la jerga callejera era cada vez mayor. Solo le faltaba un detalle para poder darle matrícula de honor: que tuviera gracia cuando contaba un chiste. ¡Era pésimo!

De repente se escuchó el móvil de Blanca. Normalmente a esa hora Manuel sabía que estaba a punto de terminar, y le mandaba algún mensaje para saber qué iba a hacer esa tarde. Ella no siempre contestaba, o no siempre aceptaba salir con él, pero le gustaba que estuviese esperando a que llegasen las seis de la tarde para decirle algo. Aunque fuese una tontería.

Sin embargo, se equivocaba. Esta vez no era Manuel, sino Marisela la que se había acordado de su amiga. Blanca abrió el mensaje: era un enlace que le dirigía a la confirmación de un evento en la ciudad. Una actuación musical. ¡Perfecto! Ya tenía ganas de escuchar un poco de música en directo, así que le pidió a Einar que la llevase donde indicaba el anuncio, ya que estaba a punto de comenzar.

–¿Tienes una cita? –preguntó leyendo la dirección del *flyer* virtual que Marisela había enviado.

–Puede… –No se le daba bien hacerse la misteriosa con Einar, pero no por eso iba a perder la deliciosa oportunidad de ponerlo un poquitín celoso.

–¿Otra vez Manuel? –Y pronunció su nombre fingiendo estar algo molesto, como si estuviese saliendo con aquel chico todas las noches desde que le había dado su número de teléfono, o quizás eso era lo que él imaginaba.

–Puede… –Volvió a contestar Blanca, observando con atención los gestos de su compañero, descubriendo claros signos de desaprobación por su

parte–. Si mal no recuerdo, tú mismo me dijiste que era buen chico, que podríamos divertirnos juntos, ¿no fue así?

–¿Y desde cuándo crees algo de lo que te digo? –exclamó, girándose totalmente hacia ella mientras conducía, apoyando su mano derecha en su muslo, mientras acariciaba el volante con la otra mano. Einar era un experto conductor; quizás entre esos otros trabajos que prefería no nombrar estaba el de chófer. Y después de aquel alusivo comentario, que dejó perpleja a Blanca, se desabrochó airado el primer botón de la camisa y empezó a tirar con cuidado de la corbata para quitársela, pero estaba atascada alrededor de su cuello y no salía.

–¿Te ayudo? –Se ofreció Blanca sin pensar, y justo en el momento en el que sus manos estaban rozando el cuello de la camisa de Einar, él hizo el ademán de morderle como un perro–. ¿A qué ha venido eso? –preguntó molesta Blanca, pues consideraba que aquella broma no había tenido ninguna gracia, además de haberla asustado de verdad.

–Es para que te prepares, ¡Manuel no tardará en hacer algo parecido…!

–Idiota… –murmuró algo dolida.

Aunque le costase mucho darle la razón, en este caso la tenía. Ya la última vez que salió con Manuel, él le ofreció pasar por su casa a tomar algo para terminar la velada, y ella, haciéndose la tonta, le dijo que al día siguiente debía madrugar, que seguramente sería a la próxima. Lo peor de todo esto no era la incapacidad de Blanca para intimar con alguien después de su ruptura con Eloy, sino que Einar la conociese tanto que supiera que para ella aquello era un trauma. Solo con una tremenda borrachera sería capaz de acostarse con él, y no le apetecía hacer algo así. Ella no era ninguna mojigata, se decía. Viviendo en pareja había llegado a disfrutar realmente del sexo, aunque en el último año hubiese terminado siendo cada vez más esporádico. Pero sí, sabía lo que era despertar a los vecinos con sus propios gemidos, y que Eloy tapase su boca con un beso apresurado para poder terminar en un suspiro de relajación. Gracias a él había llegado a mirarse en un espejo sintiéndose deseada, mientras él le susurraba por detrás que era lo mejor que le había pasado en su vida. Ahora sabía que aquello no eran más que mentiras, que si estuvo con ella tanto tiempo fue porque le había tocado la lotería, y que con ese dinero había sido capaz de realizar su sueño de montar un restaurante.

Pero Blanca descubrió allí su vocación, y empezó a tener sus propias ideas. Realmente quería ser la dueña de su negocio, incluso formar una familia, cosas que distorsionaban por completo el futuro de Eloy. Quizás por eso decidió no esconderse, que ella misma descubriera la verdad para acelerar su ruptura, creyéndose capaz de arrebatarle después su propio restaurante. Como así sucedió en realidad.

Blanca sintió un escalofrío en ese momento. Dios mío, ¿qué iba a hacer a partir de ahora? Su cuerpo rechazaba la idea de confiar en alguien del mismo modo que había ocurrido con Eloy, no quería que su hermana tuviese que recoger de nuevo sus pedazos para recomponerla. Si no hubiese encontrado por casualidad este trabajo aún estaría subiéndose por las paredes, llorando por las esquinas, haciendo de su vida un infierno por culpa de alguien que no la merecía.

–¿Estás bien? –preguntó Einar acariciando su antebrazo con dulzura, la había estado observando mientras conducía, y conocía muy bien esa mirada ausente. Estaba acordándose de su pasado, y cuando hacía eso, volvían a ella otra vez la debilidad y las dudas. ¡Debía borrar para siempre esos estigmas!

–¡Sí, claro! –Blanca despertó de sus pensamientos y le sonrió; estaban frente al parque donde iba a comenzar el concierto–. Gracias por traerme, Einar. ¡Todavía estás a tiempo, si quieres venir…! –le dijo intentando ser igual de amable que él. Siempre tan detallista.

–¡No, gracias! No creo que se me dieran bien los tríos. No soy muy generoso, ya lo sabes… –Blanca sonrió, podría haberle dicho que en realidad había quedado con Marisela, pero prefería que siguiera en su error.

–Adjö!

–I morgon!

Einar se despidió guiñándole el ojo. Era el mejor dejando caer esos pequeños gestos de confianza. Sabía cómo reconfortarla, incluso en las despedidas.

Nada más poner un pie en la plaza el sonido amplificado de un piano animó en seguida a Blanca, y a continuación, esa voz de cantante góspel que ya le resultaba familiar no pudo darle mayor alegría. ¡Era Annika la que estaba dando un improvisado concierto! Entregando como siempre su alma en ello. Ella y su fantástico pelo rubio ceniza, subida a una tarima, restos de un verdadero escenario de alguna actuación que había tenido lugar en aquel

mismo sitio esa misma semana. Empezaba a concentrarse frente a ella una audiencia cada vez más aceptable, animada, al igual que Blanca, por aquella rítmica melodía. Acababa de empezar tocando las primeras notas en ese piano electrónico, y ya muchísima gente se puso a aplaudir, reconociendo al instante la canción que iba a interpretar: *Next to me* de Emeli Sandé. Esa melodía era magnífica para una voz como la suya. Y muchos, además de acompañarla con los aplausos, se animaron a cantar con ella algo más que el estribillo. Al parecer, aquel encuentro no era la primera vez que sucedía en la ciudad, esa era su manera particular de conseguir la recaudación para el alquiler. Y esta vez, tanto Marisela como Annika, llevaban un retraso de varios meses seguidos.

Blanca ya estaba cantando con la gente cuando vio a Marisela, con una pandereta de cascabeles y un sombrero de ala en la cabeza, animando al público a tocar palmas y seguir cantando. Decidió entonces ponerse en primera fila para que pudiera verla, y al hacerlo Marisela se fue hacia ella para decirle al oído:

–¡Cuando venga la policía, tú te encargas del amplificador! ¿Ok? –Y después de decir aquello, se alejó, haciendo sonar los cascabeles con ligeros golpes en su trasero. Moviéndose a saltitos, de un lado para otro, consiguiendo concentrar cada vez más gente en aquel espacio abierto.

Después de una larga sesión de canciones versionadas por Annika, a las que conseguía aplicarles siempre un extraño barniz intimista, brindándoles un homenaje más sincero y sentido a todas aquellas cantantes; Marisela se quitó el sombrero y fue pasándolo por todo el público, siempre transmitiendo ese maravilloso espíritu de amor, paz y felicidad. Agradeciendo en mil idiomas diferentes el amable gesto de aquellas personas. Jugando con los niños y coqueteando con los padres. Si ya era sorprendente su poder de convocatoria, la manera de sonsacarle el dinero a la gente era todo un arte: ninguno de los presentes se fue de allí sin pasar por su lado para darle algo. Incluso una anciana medio sorda le dio todo lo que tenía en el monedero.

–¿No te da vergüenza? –le preguntó Blanca después de ver cómo aceptaba sin ningún escrúpulo su dinero.

–¡La vieja seguro que está forrada! Si las conoceré yo… –le contestó golpeándole con la pandereta en el estómago.

Por extraño que parezca, ninguna autoridad policial se acercó por ahí para llamarles la atención, aunque Blanca estaba segura de que aquella actuación callejera estaría más que prohibida sin una autorización correspondiente.

–Y dime, Blanca, ¿mi hermano se porta bien contigo? –le preguntó Annika a Blanca mientras recogía muy cuidadosamente los cables que unían el piano electrónico con el amplificador.

–¿Perdona? –Pocas veces había podido coincidir con ella, y aunque sabía que hablaba bien español, pensaba que debía tratarse de un error–. ¿Has dicho hermano? ¡Tu hermano! ¿Einar es tu hermano?

Annika Berg asintió con la cabeza, y viendo su cara de sorpresa, le explicó con detalle el parentesco. Su verdadero nombre era Anna Lönnberg, pero desde hacía mucho no le gustaba que la relacionasen de alguna manera con Einar. No eran lo que se dice uña y carne. Aunque habían sido criados en la misma casa, siendo fruto del mismo padre y la misma madre, no podían haber nacido más diferentes.

–¿Y tu hermano te obliga a que le pagues el alquiler? –preguntó Blanca sorprendida a una Annika que metía, sin ninguna prisa, todos los micrófonos y otros trastos en su furgoneta, una Volkswagen de los años sesenta. Einar era el titular del *första-hands-kontrakt* o contrato de primera mano de aquel piso donde ahora vivían ellas. Ya que, según pensó Blanca después, posiblemente ese fuera su piso de casado. Por lo tanto, Annika era la que firmaba el contrato de segunda mano. Y era este último el que le daba el poder de decisión sobre sus acompañantes en la vivienda.

–¿De qué te extrañas? Tú trabajas con él, ya deberías de conocerlo… –Blanca miraba el rostro de Annika con más interés que nunca. Su acento era aún más marcado que el de Einar, no había duda de que él había tenido mejores oportunidades para aprender el castellano. Ahora que se fijaba, podía ver evidentes similitudes en la nariz y esos ojos increíblemente azules. Quizás fuera aquel maravilloso pelo de hada el que la había despistado.

–¿Por qué todas pensáis tan mal de él? –preguntaba Blanca contrariada, acordándose de los consejos de Marisela. Por mucho que insistieran, no veía en Einar a ningún ogro. Incluso después de saber lo de su hija, le parecía aún más humano, y tenía cierto interés en conocer más cosas sobre aquella historia. Así que ya en la furgoneta, mientras Annika conducía con

la misma pose suelta que Einar (seguramente había sido él quien la había enseñado a conducir), le preguntó por su hija.

–¿Mi hermano te ha hablado de ella? –Annika apartó la vista de la carretera solo un momento, mirándola extrañada, creando aún más expectación en Blanca. Anna conocía muy bien a su hermano, del cual no estaba nada orgullosa. Sabía que cada uno de los movimientos que Einar hacía al cabo del día tenían un objetivo concreto. Él no era amigo de las confidencias, no tenía amigos de verdad; ni siquiera su matrimonio tuvo ninguna base sólida: un amor verdadero. Así que no creía en absoluto que Blanca fuese ahora una excepción. No, desde luego que no. Aquella pobre niña que estaba sentada a su lado era lo más parecido a una caperucita roja que debía trabajar todos los días al lado del siniestro lobo feroz. Si él le había contado que era padre de una niña de cinco años, sería porque le interesaba que ella conociese ese dato para algo… Pero aún no conseguía pensar tan rápido como él, no podía llegar a adivinar para qué.

–Hazme un favor… –Annika quiso aconsejar a Blanca.

–¿Sí? –respondió presta su compañera de piso.

–No te enamores de mi hermano. ¿Me has entendido? –dijo tajante.

–¡Pero qué cosas dices! –Se ruborizó en seguida Blanca.

–Para él todo vale… –Annika lamentaba no poder hablar en sueco para explicarse mejor.

–Me parece increíble que pienses así de tu propio hermano. Si me ha contado lo de su hija es porque tiene confianza conmigo, fue en un momento de debilidad… ¡no podrías entenderlo!

–Tú hazme caso, ¿quieres? –Y después de aquella sentencia Blanca dejó de hablar. ¿Por qué todo el mundo cometía el error de etiquetarlo tan rápido? Einar no había sido ningún santo en su pasado, ya lo sabía. La ludopatía era una enfermedad mental, como también lo era su trastorno dismórfico, pero gracias a las terapias y los tratamientos uno podía volver a ser una persona perfectamente normal. ¡Que se lo dijeran a ella! Además, el hecho de que Einar hubiese vuelto a jugar y no hubiese recaído era toda una señal de que estaba curado realmente. Blanca comprendía que ante un problema así, el juez hubiese sido implacable y le hubiera otorgado la custodia y patria potestad de la niña a su madre. Pero Einar ya no era el mismo, al menos, no lo parecía. En aquel bajo se había sincerado con ella, y aunque no hubiese querido ser muy explícito, le había dicho que para él

aquello se había convertido en el mayor de los castigos. Y ella lo creía totalmente. No iba a escuchar más a Annika, aunque fuera su hermana. Einar Lönnberg también se merecía otra oportunidad.

Einar le había dado un trabajo, un hogar, la estaba ayudando en todo lo que podía. Y no solo en las cosas materiales, sino en las personales. Como un hermano mayor, así lo había descrito él perfectamente, la estaba ayudando a valerse por sí misma. Valorando todas sus hazañas, por pequeñas que fueran. Por eso seguía considerando en su cabeza la posibilidad de asociarse con Einar para volver a poner en marcha un digno sucesor de su Spanish Cooking. Y necesitaba creer ciegamente en él para hacer algo así juntos.

De modo que, aunque una vez más la habían avisado, ella siguió confiando ciegamente en él.

OceanofPDF.com

Capítulo 11

Midsommar

El *Midsommar*, o solsticio de verano, es una de las celebraciones más importante del calendario sueco, llegando a competir incluso con la Navidad. Hablando frívolamente diremos que el éxito de semejante día consiste en llenar el buche de todos los presentes con deliciosos platos tradicionales, como arenques con patatas, cebolletas y crema ácida. Adornarse el cabello con flores (para aquellos que aún lo conservan, no como Einar), y tomar dulces típicos con vino especiado. Para Violeta, sin embargo, iba a ser la excusa perfecta para reunir a toda la familia y, de manera extraoficial, hacer las paces con su hermana. Así que ella misma, tan preocupada como siempre por integrarse en la sociedad sueca y no parecer una extranjera más ante sus vecinos, se decidió a organizar por este motivo una gran cena en su casa.

Afortunadamente para los invitados, una muy recomendada empresa de catering pondría en la mesa los deliciosos manjares que Violeta había elegido durante no más de cinco minutos desde su móvil (el tiempo que había tardado en llegar el tranvía a la estación). Algo similar había sucedido con la decoración de la casa. Gracias a la amabilidad de una de sus pacientes, había conseguido por un módico precio una ambientación de revista. ¡Casi tuvo que comprobar dos veces el número de la puerta de su casa cuando entró en ella…!

Le había dado tanta importancia a esta cena que hasta había animado a sus padres para que viniesen y así pasar unos días de descanso en su casa. Para ello no tuvo otro remedio que atrasar la cita un par de semanas más, metiéndose de lleno en pleno mes de julio. Pero al final, a pesar de todos sus esfuerzos por coincidir, no pudieron asistir a la invitación de su hija. El señor Paco sufrió una arritmia un día antes de la salida del vuelo, y los médicos le aconsejaron reposo.

–Tómese las cosas con calma, que en seguida va a tener la casa llena de nietos. Y esos sí que le van a dar guerra, ¡no sus hijas…! –le dijo el

practicante que siempre le atendía mientras le sacaba sangre.

La doctora Blanes quería que todo saliese a la perfección. Siempre eran ellos los que iban a la casa de sus suegros, así que esta era su ocasión para demostrarles lo agradecida que estaba de que la hubiesen acogido como a una más. Pero sabía que por mucho que se preparase, entre sus invitados había dos componentes que juntos eran pura dinamita: Rosa (su hermana mayor) y Blanca (“la Peque”).

Y ante eso no había sistema de prevención posible…

Quería a ambas más que a nada en este mundo, eran su familia después de todo y sabía que desgraciadamente ya no las podía cambiar por otras, pero conocía de sobra sus comentarios salidos de tono y sus bromas pesadas. Ninguna de las dos sabía cómo comportarse en público, y disfrutaban haciéndose rabiar la una a la otra delante de cualquiera. Se querían y se mataban a partes iguales. En resumen, eran demasiado parecidas, aunque nunca lo llegasen a reconocer. Quizás los catorce años entre la una y la otra marcaban la diferencia entre ellas.

Al menos, pensaba Violeta, la familia de Casper no entendía el español. Solo tendría que sonreír y disimular un poco cuando empezasen a lanzarse los trastos.

–Va a ser terrible… –se repetía cuando se acordaba de coger aire, solo muy de vez en cuando. Pero es que no había forma de evitar la catástrofe: Rosa había llegado a su casa el día anterior y se marcharía esa misma madrugada. ¿Quién era ella para negarle una cena en familia? Viéndola tan delgada tan solo podía adivinar muy vagamente las condiciones en las que debía sentarse a la mesa diariamente, si es que en algún momento lo hacía.

–¿Cuándo viene “la Peque”? –le preguntó Rosa a su hermana pasando por la cocina envuelta en una toalla, cogiendo un canapé recién hecho.

–Como vuelvas a coger otro más, ¡te sacudo! –gritó Violeta, acordándose en seguida de quién decía realmente esa frase cuando eran pequeñas.

Cada vez era más difícil reunirse, y solo cuando lo hacían se daban cuenta de lo mucho que se extrañaban. La última foto juntas era de su propia boda, pensaba Violeta. Después de todo merecería la pena pasarlo mal una noche, echarse unas risas, hablar de sus padres y sentir cómo el tiempo pasa tan rápido que asusta.

–Tranquila, ¡todo va a salir bien! –dijo Casper al llegar a casa y ver la insólita imagen de su mujer en la cocina, con un delantal impecable,

alineando de nuevo los canapés que había en una de las bandejas. La besó en la nuca, e impregnándose de todo el aroma de ese perfume a coco, le puso instintivamente una mano en el vientre. Iba a preguntarle algo más cuando el teléfono de casa sonó, asustándoles.

–*Halla?* –preguntó Violeta.

–¿Vio…ta? ¡Soy…, Blanc…!

–¿Blanca? –terminó de decir su hermana. Al parecer "la Peque" estaba en carretera y apenas tenía cobertura.

–¿Me oyes? Llevo un rato llaman… a tu móvil… no lo coges, ¿qué… haciendo? ¡No me digas que vas a cocinar tú!

–Blanca, apenas puedo oírte. ¿Has llamado para decir que no venís? ¡Recuerda que me lo prometiste! –Violeta no solo tenía gran interés en volver a ver a su hermana después de tanto tiempo, sino también a su jefe. Al parecer, Blanca había tenido la suerte de encontrar al único tonto de la ciudad que realmente le había dado un trabajo sin hablar apenas sueco. La había convencido para que viniera, ya que necesitaba de su bilingüismo para que sus suegros no se sintieran excluidos si alguien como Rosa o Blanca se ponía a hablar español por los codos. También para averiguar hasta qué punto su hermana y él tenían una relación estrictamente profesional, ya que por más que Blanca le contase el mismo cuento por teléfono, ella seguía sin verle un final de colorín colorado.

–No te preocupes, ¡Einar no suelta el pie del acelerador! A este paso estaremos en tu casa en menos de media hora. –Ahora Violeta podía escuchar a su hermana perfectamente, tanto que llegó hasta sus oídos la voz de Einar corrigiéndola–. ¡Buuuueeeno, pues cuarenta y cinco! ¿Violeta? ¿Me has oído?

–Sí, sí. ¡Por supuesto! –La curiosidad por ver a aquel hombre iba en aumento, aquella voz grave le pareció muy atractiva.

A última hora Violeta se dio cuenta de que no tenía servilletas suficientes para todos los invitados, así que mandó a su hermana Rosa a comprar en el supermercado de al lado, principalmente para que no siguieran desapareciendo por momentos las partes más suculentas de su menú. La mayor de las chicas Blanes aceptó con gusto, ya que en la casa solo estaban los suegros de su hermana, y todos se habían puesto a hablar en sueco sin darse cuenta.

A su regreso a casa, y mientras repasaba mentalmente la cuenta (porque para ella que llevaba más dinero en el bolsillo que antes), vio de lejos a Blanca. Acababa de llegar. Caminaba hacia la puerta sin parar de hablar con un hombre, un par de palmos más alto que ella, que se estaba poniendo la chaqueta de su traje al vuelo mientras la escuchaba. Blanca en aquel momento estaba mencionándola, le aconsejaba a Einar que no le preguntase por su trabajo, ya que siempre prefería decir lo menos posible para no amargar la cena a nadie.

–¡Hummm! –Rosa se mordió el labio mientras pensaba que la noche prometía ser bastante más interesante de lo que había imaginado en un principio–. Así que ese era el Einar del que tanto hablaba su hermana… ¡menudo palmito tenía! –Y no era solo lo que llevaba, sino cómo lo llevaba. De fábula. ¿Dónde había que firmar para pasar una noche con él? Seguramente Blanca ya se había reservado unas cuantas solo para ella, aunque conociéndola mejor, con ella era difícil llegar a intimar tanto ¡Aunque con ese cuerpazo, madre mía! Si fuera Blanca ya se le habrían curado hace rato todas las tonterías.

Entonces los ojos de Rosa se detuvieron en el coche que habían dejado aparcado, y nada más verlo, se le cayó la bolsa del supermercado al suelo de la impresión:

–Pero qué cosa más bonita…

Acto seguido, primero Blanca y después Einar, se dieron la vuelta. Hasta ellos había llegado ese espontáneo grito de admiración.

–¿Rosa? –preguntó Blanca con alegría al reconocer a su hermana a pesar de la distancia.

–¡La misma que viste y calza! –respondió Rosa mientras cruzaba la carretera que les separaba hasta llegar a su lado–. Me refería al coche, ¡que conste! –añadió, ya justo enfrente de ellos, achuchando en seguida a su queridísima hermana.

–Einar, esta es mi hermana mayor: Rosa Blanes. Rosa, mi jefe: Einar Lönnberg…

–¡Un placer! –Para Einar Lönnberg siempre lo era conocer mujeres guapas, pero en este caso aquella frase resultaba ser totalmente cierta. Rosa era como un viaje al futuro, un salto en el tiempo. De repente se presentaba ante él una Blanca mucho más madura, segura de sí misma y bastante sexy que lo miraba a los ojos directamente sin ningún pudor. Más bien, todo lo

contrario… y ese descaro le encantaba en una mujer. Después de saludarse, Einar no pudo evitar desviar su mirada a ese hombro desnudo gracias a una camiseta desbocada, y después dirigirla hacia su pelo. Rosa lo había dejado secar al viento después de la ducha y ahora lo lucía completamente rizado, salvaje y muy natural. Todo lo opuesto a la melena que solía llevar Blanca. Y así sucedía con todo. La mayor de los Blanes apenas se maquillaba, no vestía de marca, en contadas ocasiones se había puesto tacones a lo largo de su vida, y le gustaba hacer topless en la playa cuando no estaba prohibido. Rosa se aceptaba tal y como era, se veía guapa desde que tenía uso de razón, y gracias a eso el físico nunca había sido un problema para ella. Problemas tenían, y muchos más serios, las personas que ella veía casi cada día en su trabajo. Lo de su hermana eran pamplinas, y por eso no le daba tregua. Así que nada más verlo, lo tuvo muy claro. En Einar había visto una nueva forma de sacar a Blanca de sus casillas. Por eso Rosa se le adelantó en seguida y le dio dos besos, algo nada típico en Suecia, consiguiendo que aquel par de segundos fuera mucho más intensos de lo que correspondía para dos personas que no se conocen de nada. Einar, con aquel gesto se percató desde el principio de lo diferente que eran aquellas dos hermanas. Ahora tenía mucho más interés que antes por conocer a Violeta. ¿Qué personalidad tendría siendo la mediana, habiendo crecido entre dos polos tan opuestos?

El que les abrió la casa fue Casper, que saludó a las hermanas con toda la efusividad que un nórdico puede expresar, y con mucha más formalidad a Einar. Pasaron en seguida al salón, donde estaban los padres de Casper sentados frente a Violeta con una bandeja de canapés intacta sobre la mesa que les separaba. Los tres se levantaron al instante al verlos entrar, y empezaron las presentaciones en ambos idiomas. Rosa se separó un poquito de aquel grupo para servirse con rapidez una copa de vino blanco que dejó en su mano derecha, y coger un par de pinchos con la izquierda. Servida como iba, se acomodó en el brazo del sofá que estaba más apartado. Ella prefería ser una atenta espectadora de este numerito familiar que no había hecho más que empezar.

Mientras tanto, y con toda la maldad del mundo, Blanca presentó a su hermana Violeta en español:

–Einar, esta es mi hermana Violeta. Como sabes, es una conocida psicóloga, pero fue más famosa cuando estaba en la universidad por sus

tríos…

–¡Blanca! –respondió Violeta muerta de vergüenza, y rabiando con ganas por no poder darle una colleja en aquel mismo instante.

–No te preocupes. Yo no suelo escuchar a tu hermana cuando mete así la pata. –Einar se adelantó a una Violeta todavía pálida, que respondió casi mecánicamente estrechándole la mano–. ¡Encantado de conocerte! –Aquel comentario hizo gracia a Rosa, sentada al fondo del salón.

Einar decidió alabar en sueco la decoración de la casa, hablando sobre el ambiente tan agradable y el olor a canela con el que había envuelto la estancia. Se fijó antes que nadie en los detalles de profesional, comentando algunos aciertos sobre los muebles escogidos para aquella habitación que hicieron ruborizarse a Violeta delante de sus propios suegros.

Antes del segundo plato Einar ya tenía a Violeta en el bolsillo. No solo era capaz de entablar una conversación en ambos idiomas a la perfección, sino que era un fantástico apoyo para acallar cualquier ocurrencia de sus hermanas. Además, lo había visto apartando la botella de vino de la vista de su hermana pequeña, y aquel gesto le dio a entender lo bien que la conocía.

Blanca se había sentado a la derecha de su acompañante, y Rosa había cambiado estratégicamente los nombres escritos con rotulador dorado de aquellas tarjetitas que le resultaron tan esnob, para sentarse a su lado izquierdo. Einar, al verlas flanqueándolo, supo que la noche iba a ser de todo menos aburrida.

Blanca pillaba todas las indirectas de su hermana mayor. Estaba coqueteando abiertamente con su jefe solo para hacerla enfadar, y ya estaba muy harta de que siempre estuviera jugando al mismo juego.

De repente, Einar dio un respingo en la mesa:

–¡Uy, perdona, perdona! Menuda torpeza la mía. Como estoy tan cerca de la pata, pues apenas tengo espacio, y claro… ¡Lo siento, de verdad, no ha sido mi intención! –respondió Rosa sin poder esconder una sonrisa perversa.

–¡Pues, querida, siéntate al otro lado que hay más sitio! –saltó Blanca mirándola por detrás de la espalda de Einar.

–¡Tranquilidad, chicas! –dijo Einar echándose hacia atrás y marcando una T con sus manos por debajo de la mesa–. Tampoco ha sido para tanto, simplemente no me lo esperaba… –Y con aquellos ojos azules pretendió amansar las fieras que tenía junto a él, pudiendo sofocar el desastre. Todo

volvió a la normalidad en un santiamén. Por fortuna para Violeta, no hubo testigos de lo sucedido debajo de aquella mesa, así que nadie pudo saber lo que había pasado en realidad entre Rosa y Einar.

Llegaron a los postres, y Violeta pidió a sus hermanas que la ayudasen un momento en la cocina. Los padres de Casper quisieron recoger también los platos como el resto de la familia, pero los anfitriones se lo impidieron sacando para ellos un vino dulce español, que Einar aseguró merecía la pena probar.

Así que por fin las tres chicas Blanes se reunieron a solas en la cocina mientras se oían algunas palabras en sueco llegar desde el salón.

–Bueno, chicas, me parece que ya os habéis divertido bastante, ¿no os parece? –dijo Violeta cambiando su sonrisa de presentadora de televisión por una mirada asesina. Rosa respondió tirando los platos al fregadero y se echándose a reír–. ¡Sobre todo tú, Rosa! Me parece mentira que seas la mayor. Menuda vergüenza me hacéis pasar delante de mis suegros. No sabéis dejar vuestras bromas en público, y os ponéis en evidencia. ¿Pero me estáis escuchando?

–¿Y por qué me incluyes a mí? ¡Es ella todo el tiempo! Está para que la encierren, ¡pero si hasta le ha metido mano a mi jefe! ¿O es que no lo has visto? Él no tiene la culpa de que no te comas una rosca desde hace meses… –Y Blanca se vio obligada a callar, al ver la mano de Rosa venir directa hacia ella.

–¡Mira quién habla! –respondió su hermana mayor al ver cómo se le escapaba su presa.

–¡Ya está bien! Einar es mi invitado, y como alguna de las dos le toque un pelo, ¡se las verá conmigo! –En lugar de amenazante, a sus hermanas aquella frase les pareció muy divertida–. Bueno, ya me entendéis. La verdad es que lamento mucho haber juzgado mal a tu jefe, Blanca. Me está ayudando bastante a que mis suegros no piensen que en mi familia somos unos energúmenos. Yo creo que me ha visto tan agobiada con la situación que me está echando un capote. ¡Se nota a la legua que sabe cómo manejar a la gente! No puedo hacer más que pedir mil perdones, Blanca. Me parece encantador.

–¡Sí, y además está muy bueno! –añadió Rosa sin ningún pudor mientras comía cacahuetes de un bol–. A mí también me gusta más Einar que Eloy. Y, por cierto, ¿cómo se llamará el próximo? ¿Eduardo?

–Einar es mi jefe, no es mi novio. ¿Vale? –sentenció Blanca por enésima vez.

–Pues ya me gustaría a mí tener un jefe así… –comentó Rosa mientras su hermana le quitaba el bol con cacahuetes para que no siguiera comiendo.

–¡Rosa…! –dijo Violeta pidiendo seriedad una vez más–. Solo pido una cosa: que os comportéis, ¿entendido? No me parece tan difícil. Se supone que sois adultas… –Violeta iba dándole el toque final a las bandejas con dulces que iba a entregar a sus hermanas para que fuesen dejándolas en la mesa donde estaba el resto de comensales.

–Violeta, creo que te has pasado, en serio. ¡Aquí hay comida para un mes! –dijo Blanca sentándose en la mesa de la cocina, y sintiendo cómo le apretaba el botón del pantalón.

–Si os viera mamá así de secas, me daría las gracias por alimentaros como ella haría. ¡Rosa, esta noche todo lo que sobre te lo llevas en un *tupper*! Vete a saber cuándo vuelves a comer tú así de bien.

–Claro, mujer. Y me detienen por contrabando… –Rosa se sentó al lado de Blanca, y mientras ambas veían absortas cómo Violeta echaba azúcar glas a unos bollitos con crema, las tres se acordaron de sus padres.

–Deberíamos llamarles, ¿no creéis? –sugirió Blanca. Era tan raro ver a las tres hermanas Blanes juntas y sin gritos de por medio, que a su madre le hubiese encantado ver aquella estampa.

–Les llamé yo hace un rato, quería decirles una cosa… –dijo Violeta muy misteriosa–. Papá está bien, solo fue un susto. Menos mal.

–¿Y qué cosa tenías que decirles? –preguntó Rosa, inquisitiva. Desde que había llegado a casa de su hermana había notado un extraño comportamiento en ella y su marido. Además, todo ese exagerado esfuerzo que se había tomado para reunirlos a todos le parecía muy extraño.

–Nada… –Violeta miró hacia la puerta de la cocina. Desde el salón comedor se oían algunas risas. Seguramente Einar se había lanzado a contar un chiste en sueco, quizás fuera el idioma lo que fallaba…

–Y el que nada no se ahoga. ¡Venga ya, Violeta! ¿Qué demonios tienes que decirnos? –volvió a insistir Rosa, entonces Blanca se dio cuenta de que su hermana realmente ocultaba algo, porque se estaba empezando a poner nerviosa. Volvió a mirar hacia la puerta, para evitar sus miradas.

–Violeta, no te preocupes, no va a entrar nadie. Si fueran todos hombres te diría que están hablando de fútbol, y se pueden pasar así horas… –

comentó Rosa sin perder su buen humor.

–A Einar no le gusta el fútbol –dijo Blanca de repente.

–¿A Zidane no le gusta el fútbol? ¡Mira tú qué bien, eso sí que tiene gracia! –respondió Rosa girándose hacia su hermana pequeña con cara de incredulidad.

–Chicas, chicas, ¡no empecéis otra vez! –Y las dos hermanas volvieron su rostro a la tercera, que reclamaba su atención–. Casper prefiere esperar un poco más para decir la noticia, ya que es muy pronto, pero empiezo a notar molestias y…

–¿Estás embarazada? –Se adelantó a decir Blanca, sin ocultar con aquella simple pregunta su disgusto.

–Síííí… –dijo Violeta muy ilusionada. Rosa en seguida pegó un gritito de satisfacción, y haciendo un pequeño baile para sortear la mesa que había ente ellas, consiguió llegar hasta su hermana para llenarla de besos y abrazos.

–¡Pero si tú no querías tener hijos! Decías que no tendrías tiempo de cuidarlos, que preferías esperar. ¿Cuándo has cambiado de idea? –Blanca, en cambio, seguía sentada. Malhumorada como una niña pequeña. No podía creer que su hermana hubiese decidido ser madre de la noche a la mañana.

–¡Bueno, bueno, bueno! ¿Y de cuánto estás? –preguntó Rosa sin hacer caso a Blanca, poniendo una mano sobre la barriga de su hermana, a la que todavía estrechaba entre sus brazos.

–De ocho semanas. Todavía es muy pronto para decirlo, lo sé. Pero es que desde que lo supimos estamos como en una nube. ¡No sabía que ser madre iba a hacerme tan feliz! Ya sé que yo nunca he estado a favor de tener niños, pero aquí es diferente. Dan muchísimas más facilidades que en España para la adaptación al trabajo, ¿sabéis? En definitiva, chicas, que hace poco me di cuenta de que realmente era algo que quería experimentar, aunque dijera siempre que no, y con mi edad ningún médico me dejaba esperar más. Así que nos pusimos a probar, ¡y a la primera! Ahora, sinceramente, estamos como locos por verle la cara… Es como si aún no nos lo pudiéramos creer.

–¡Pues no os queda nada! –respondió Rosa, mientras Blanca seguía mirándolas como a través de una ventana. Si las cosas hubieran salido de otra manera, ahora seguramente sería ella la que estaría dando aquella noticia. Seguiría viviendo en España con su pareja, con una casa propia, un

perro y un restaurante. Entonces Blanca respiró hondo, acababa de recibir el empujoncito que necesitaba para tomar una decisión que tenía pendiente. Y con la sonrisa de nuevo en los labios, se acercó a sus hermanas diciendo:

–¡Enhorabuena, gorda!

Las hermanas Blanes siguieron hablando en la cocina un buen rato, haciendo miles de preguntas a su hermana Violeta, agasajándola con sus comentarios sobre lo guapa que estaba.

–Y yo que pensaba que me había venido la regla porque tú también la tenías… –comentó Rosa abrazada todavía a sus chicas.

–¿Tienes la regla? –dijo Blanca apartándose de ella rápidamente–. Pues me voy de aquí, que luego me cambias el ciclo y es un incordio… –masculló enfurruñada, cogiendo una bandeja de dulces y saliendo directa hacia el salón comedor.

–¿Y por qué no quieres tener esta noche la regla? ¿Eh? ¡Guarrilla! A ver, di… –protestó su hermana todavía desde la cocina, haciendo reír a Violeta.

–¡Guarra tú! –Y aquello habría podido seguir así toda la noche. Menos mal que Casper se decidió a poner orden entre ellas después de haberlas oído gritarse por el pasillo.

Después de los postres, los padres de Casper se retiraron con mucha educación, felicitando a Violeta por el menú y la estupenda acogida en su casa. Después de todo, había sido un éxito rotundo aquella primera cena en familia, animándola a planear otra en un futuro no muy lejano.

Rosa, por su parte, rogó al resto de invitados que no se marchasen todavía. Su vuelo no salía hasta la madrugada, y para ella sería un sueño hecho realidad ir al aeropuerto montada en el bólido de allí fuera. Einar fue incapaz de darle un no por respuesta, y como Blanca había ido con él en su coche, se tuvo que conformar con aquella decisión.

–¡Dejamos a Blanca en su casa, y después me llevas al aeropuerto! –Rosa quiso dejar bien claro el orden a seguir; Einar asintió con la cabeza. De modo que Blanca no tuvo opción de réplica. Una vez más, su hermana mayor se había salido con la suya.

Así que una Rosa muy contenta apareció de repente en el salón con una baraja de cartas.

–¿Qué os parece si echamos una partidita al póker? Así la espera no se nos hará tan larga –preguntó Rosa inocentemente.

–¡Nooo! –gritó Blanca asustada al ver las cartas encima de la mesa, a la vista de Einar–. ¿Por qué no jugamos a otra cosa? ¡A las películas! ¿Qué os parece?

–A mí me parece que, si no quieres jugar, es perfecto. Así que, Einar, guapo, ¡haz los honores! –dijo Rosa guiñándole un ojo y ofreciéndole la baraja para que la repartiera.

Einar puso la mano sobre la muñeca de Blanca para que se tranquilizara, y con un gesto le dio a entender que no debía preocuparse. Mientras el resto de los chicos tomaba asiento, Einar se acercó un poquito más a la mesa, se subió las mangas de la camisa, y poniendo a la vista su reloj, empezó a mezclar. Pronto todos los allí presentes no tardaron en quedarse con la boca abierta mientras Einar estiraba su cuello y deslizaba las cartas sobre la mesa, después de haberlas hecho bailar como los ángeles entre sus alargadas manos.

–Y, hablando de películas… ¿no era esta una escena de *El golpe*? –dijo Rosa sin poder apartar la vista de las manos de Einar.

–Einar es un experto jugador, ¡no podréis ganarle! Lo más justo es que yo jugara y él saliera fuera –resolvió Blanca para poder salvar a su compañero.

–Puede que tenga razón. –Quiso intervenir Violeta, después de haber visto aquella escena que no hubiese mejorado ni el mismísimo Paul Newman. Su marido secundó la moción con una sonrisa.

–¡Está bien, está bien! Pero ponte detrás de mí, que seguro me darás suerte… –Einar, aliviado, se sentó en un sillón que había justo detrás de Rosa. Y Blanca tomó su asiento enfrente de ellos.

–Entonces, ¿vamos por equipos? Casper y yo contra vosotras dos… –Quiso aclarar Violeta.

–¡Me niego! –protestó inmediatamente Rosa después de coger sus cartas. Pero Einar, viéndolas al momento, las tapó con su mano y le obligó a cambiar de opinión con un simple comentario que le hizo al oído:

–¡Descártate ya! Tus hermanas tienen mejores cartas. –Rosa no supo cómo Einar podía saber aquello, pero después de ver su mirada, entendió que lo que decía era cierto.

Y empezó la partida.

Einar estaba mucho más atento a las cartas que cualquiera de los jugadores, y esa intensa concentración se traducía en preocupación para Blanca. Aquello no debía ser bueno para él, nada bueno. Pero no sabía

cómo sacarle de ahí sin decir la verdad: que había sido un ludópata empedernido, que por su enfermedad había acelerado su divorcio y hasta había perdido la custodia de su hija, y no debía ni oler las mesas de juego…

Dígame usted,

Si ha hecho algo travieso alguna vez?

Una aventura es más divertida

Si huele a peligroooo.

De repente su hermana mayor se puso a canturrear mientras se descartaba, contoneando su cuerpo sin levantarse de la silla, mostrándose excesivamente sexy para cualquiera, y consiguiendo con éxito lo que pretendía:

Si te invito a una copa

Y me acerco a tu boca.

Si te robo un besito…

Hasta Einar se quedó mirándola asombrado con una sonrisa de idiota, no sabía de qué canción se trataba, pero estaba claro que iba dedicada a él:

¿Qué dirías si esta noche

Te seduzco en mi coche?

Que se empañen los vidrios

Y la regla es que goces…

–¡Bueno, basta ya! Yo así no juego, esta no para de hacer el idiota… –dijo Blanca levantándose con fingida indignación mientras señalaba a su hermana mayor. En realidad, para ella era perfecto que estuviese coqueteando tan descaradamente con Einar. Le estaba despistando, y sería la excusa perfecta para dejar de jugar.

–Tiene razón Blanca. Por favor, Rosa, ¡contrólate! –añadió Violeta entre dientes porque intuía para quién iba dirigido aquel espectáculo de seducción–. En lugar de cantar, podríamos hablar mientras jugamos, como se hace normalmente.

–En el póker no se habla ni se canta, ¿verdad, Einar? –le preguntó Blanca.

–Apenas se respira… –respondió él con una sonrisa, sabiendo lo que pretendía.

–Y dime, Einar, ¿tú no contarás las cartas por casualidad? –le preguntó Rosa mirándolo desde el lado que mostraba su hombro desnudo.

–Para hacer eso hay que ser un genio matemático, y yo ni siquiera he ido a la universidad –contestó el interrogado siendo completamente sincero.

–Ya, claro… entonces, ¿cómo podrías tú ganarles con estas cartas? –Rosa iba a enseñárselas, pero Einar le dijo con la mano que no hacía falta.

–Supongo que poniéndome a cantar para despistarlos mientras cojo unas nuevas… –respondió el astuto Lönnberg, haciendo reír nuevamente a todos.

Siguió la partida, pero ahora mucho más didáctica. Todos los jugadores enseñaron sus cartas, y Einar les explicaba las posibles opciones que habrían tenido para ganar. Mientras hablaba emocionado, las tres hermanas y hasta Casper quedaron completamente fascinados por su enorme talento. Una lástima que hubiese dejado de ser algo divertido para él.

–¡Vuelve a repartir las cartas, empecemos de nuevo a ver si hemos aprendido algo de todo lo que nos has dicho! –le ordenó Violeta ahora más interesada que antes en este juego.

–¿De verdad que no os apetece jugar a las películas? –Volvió a insistir Blanca.

–Mira, si tantas ganas tienes de ir al cine, hoy había un especial de Woody Allen. Puede que todavía llegues a tiempo, ¡corre, corre! –La animó Rosa a dejarles nuevamente.

–¡Ay, es verdad! –exclamó Violeta mientras cogía sus cartas–. Jo, qué pena, Casper. Yo tenía ganas de volver a ver *Misterioso asesinato en Manhattan*, me parece una de sus mejores películas… ¿A ti qué película te gusta más de Woody Allen, Einar?

Einar inspiró y miró sin comprender a Violeta. No había estado atento a la conversación que habían mantenido las hermanas, sino a las cartas que se repartían. Era superior a sus fuerzas, aunque fuera una partida casera y no hubiese dinero en juego. El simple tacto del cartón satinado le hacía salivar.

–¡No me digas que tampoco te gusta el cine, Einar! Entonces ¿adónde me vas a llevar en nuestra primera cita? –bromeó Rosa mientras le enseñaba sus cartas para que le dijera de las que se debía descartar.

–Lo siento, ¿cuál era la pregunta? –preguntó Einar, y con el índice y el pulgar fue quitándole de la vista a Rosa las no deseables.

–¿Cuál es tu película preferida de Woody Allen? –repitió Violeta, en realidad aquello no era más que una pregunta trampa.

Einar no contestó inmediatamente, decidió meditar una poco más su respuesta mientras observaba a Blanca mirándolos con los ojos inyectados

en sangre. Era evidente que no podía soportar el jugueteo que mantenían ellos dos tan fuera de tono. Antes de contestar, incluso le dio tiempo a chistar a Rosa al oído para que no cogiera una carta más. A Rosa aquello le hizo sonreír. A Blanca le dieron unas ganas tremendas de vomitar.

–*Hannah y sus hermanas.*… –contestó por fin.

–¡Esa sí que es buena! –respondió Casper mientras el resto se reía abiertamente de su ocurrencia.

–Ahora soy yo el que tengo una pregunta para ti, Violeta –continuó diciendo Einar, acallando las risas en aquella sala.

–Oh, dime… –se apresuró a decir Violeta, incorporándose en su asiento de repente.

–Puede que me equivoque, pero me da que vuestros nombres no han sido escogidos de manera azarosa. Creo que Rosa, Violeta y Blanca tiene que tener algún significado más que simples colores… –Al hacer aquella afirmación, mostró sin darse cuenta su afinado conocimiento del pensamiento femenino. No fue Violeta, sino Rosa en este caso la que se atrevió a responder a tal pregunta.

–Tienes razón, Einar. Nosotras también lo pensamos así durante muchos años, y durante muchos años mi madre no quiso respondernos. Así que, cumplida la treintena, una Nochevieja mi hermana Violeta y yo nos apostamos que ese año sería el último en que desconoceríamos la verdad sobre nuestros nombres. Emborrachamos a mis padres, y por fin mi madre limpiando cacerolas en la cocina nos lo confesó: nuestros nombres vienen del color de las pruebas de embarazo que se hacía mi madre para conocer su estado de buena esperanza. Así que, una vez más, comprobamos que el nacimiento de mi hermana Blanca fue un error. ¡Un lapsus, un fallo, una equivocación! Ya que ninguna pareja en su sano juicio decide tener otro hijo después de ocho años de haber tenido el último. Blanca es el resultado de un tremendo calentón, ¿entiendes lo que significa esa palabra?

–Sí, creo que sí –respondió Einar bastante convencido.

–¡Bah! No las escuches, eso no son más que cuentos chinos, Einar. Es lo mismo que me decían a mí cuando era pequeña… –Y ambas hermanas se rieron de forma malvada, mirándola de nuevo como si tuviera cinco años.

Pero después de aquella agradable conversación, resultó que no todo el mundo estaba tan distraído como se imaginaban, y el juego de cartas terminó dando como ganadora a Suecia en su propia casa. Einar había

ayudado a su compatriota, sin que ninguna de las chicas se diera cuenta. Solo cuando ellos celebraron su pequeña victoria chocándose y abrazándose con sonoros golpes en la espalda, dando muestras de un poco de testosterona, ellas lo comprendieron todo.

–¡Eso es trampa! –protestó Rosa–. Pero… ¿cómo lo has podido ayudar si estaba en el otro extremo de la mesa? –Ellos tan solo rieron. No pensaban revelar sus trucos. Entre tantas mujeres, era merecido que Casper tuviera su momento de gloria.

–Bueno, chicos, ¡ya va siendo hora de despedirse! –dijo Violeta mirando el reloj y sintiéndose muy cansada. Desde que estaba embarazada, no hacía otra cosa que bostezar.

–Sí, venga… ¡Vámonos! –secundó Blanca cogiendo su bolso, alegrándose de tener motivos para alejarse de las cartas.

Como en toda cena familiar que se precie, el proceso de cierre y despedida fue bastante lento. Violeta tardó un rato largo en distribuir las sobras y, a pesar de las rencillas, Blanca quiso una fotografía de las tres juntas para enseñar a Marisela tal como le había prometido. Después de todo, había estado bien ese breve encuentro. Rosa, para no ser menos, retrasó su retirada dándole una infinidad de consejos a Violeta para poder sobrellevar los primeros meses de embarazo, y no se cansó de repetirle que ante cualquier duda la llamase.

Ya fuera de casa, Einar se ofreció en seguida como voluntario para llevar la maleta de Rosa. Con ella tan solo iba una pequeña mochila, y nada más cogerla, comprobó que no pesaba nada. Einar sonrió al confirmar nuevamente que no había dos mujeres más distintas en este planeta que esas dos hermanas.

–¿Estás seguro de que quieres quedarte a solas con ella? –le preguntó Blanca mientras Einar cerraba la puerta del maletero.

–Creo que podré defenderme, tranquila –respondió mientras le abría la puerta del asiento de atrás. Ya que Rosa se había adelantado, y estaba en el asiento de copiloto esperando a Einar, mientras tocaba todos los botones del salpicadero dejando escapar *ohes* y *ahes* con cada nuevo descubrimiento.

A la mayor de las Blanes le gustaba la velocidad tanto o más que al señor Lönnberg, así que tenía en mente varias canciones para su vuelta al mundo real. Después de un rato buscando el dial perfecto, encontró por casualidad un clásico del grupo Kiss que le venía a la perfección: *I was made for lovin*

´you. Así que antes incluso de que se acomodara Einar en su asiento, solo le pidió una cosa al conductor de ese coche: "¡Demuéstrame qué sabes hacer con esta preciosidad!", provocando con aquella frase una salida más que exagerada de la casa de su hermana.

Hasta la fecha Einar no había encontrado una mujer que entendiese tanto de automóviles, que acertase a la primera con el modelo y cilindrada del coche que conducía y supiera cosas como que el año que viene la marca iba a lanzar un nuevo diseño mejorado:

–¡Perdona, pero creo que deberías de estar conduciéndolo tú! –exclamó Einar, realmente sorprendido, quitando las manos del volante durante unos segundos.

–No, ¡qué va! Me gusta verte conducirlo. Debe ser que soy un poco *voyeur*… –Y Rosa dijo aquella frase malintencionada sacudiéndose con la mano los rizos, girando así la cabeza y descubriendo a su hermana con la mirada perdida en la carretera sin querer prestarles atención, pero escuchando todo lo que decían–. Y dime, Einar, has demostrado ser más sabio de lo que esperaba: ¿en qué año naciste? ¿En el ochenta y…?

–En el ochenta y dos –respondió Einar con una sonrisa en los labios. Él tenía muy claro desde el principio de qué iba este juego, y también estaba interesado en conocer la reacción de Blanca, por eso mientras hablaba movió el retrovisor disimuladamente.

–¡El año del mundial! Eres un naranjito, como Violeta, por eso habéis hecho tan buenas migas. Sois de la misma hornada… –En ese momento Rosa se agarró al reposacabezas del asiento de Einar para continuar hablando aún más cerca de él, haciendo que Blanca desease llegar a su casa de una vez–. Eres más joven de lo que aparentas. Ya te lo han dicho, ¿verdad?

Einar no contestó, tan solo levantó una ceja y volvió a sonreír pícaramente. Rosa le estaba haciendo difícil concentrarse en la conducción (debía ser algo inevitable en las hermanas Blanes). Aquel gesto con la ceja tan reconocible para Blanca terminó por enervarla, haciéndola girarse en redondo y lanzar una nueva pregunta para Einar:

–¿Y a qué no adivinas cuántos años tiene ella? –saltó impertinente la pequeña Blanes metiendo su cabecita entre los dos asientos.

–¡Mira que eres cojonera! –exclamó Rosa apartando su brazo del reposacabezas de Einar.

–Yo también te quiero, hermana. –Y Blanca la besó triunfal, aunque aquella frase no fuera del todo una mentira.

Einar hubiese preferido no contestar a aquella pregunta, pero Rosa insistió después, así que humedeciéndose los labios intentó salir de aquel jardín lo mejor posible.

–Bueno…

–Bueno –repitió Blanca, sonriéndole a dos milímetros de su rostro mientras seguía conduciendo.

–A primera vista no solo me he dado cuenta de que eres tan guapa como tu hermana, sino que, además, hay cierto magnetismo en tu mirada. Hay seguridad en tus ojos, y eso me ha gustado mucho, porque demuestra que eres sincera…

–Venga ya, ¡mójate, Einar! –interrumpió Blanca.

–¡Chsss! –chistó Rosa, mientras le indicaba a Einar que por favor continuase.

–Después me he dado cuenta de que eres capaz de sonreír abiertamente, incluso más que tu propia hermana, siendo ella mucho más joven. Así que, supongo, eres aún más sabia que yo. Porque sabes mejor que nadie que la mejor forma de enfrentarse a la adversidad es con una buena dosis de optimismo.

–¡Y tienes mucha razón! –respondió Rosa cruzándose de brazos frente a él. La verdad es que aquel tipo tenía una labia increíble.

–¡Pero sigue sin decir cuántos años tienes! –Volvió a interrumpir Blanca en un tono aún más infantil.

–La edad perfecta para una mujer, porque ha madurado tanto en el terreno personal como en el profesional. Siendo solo por eso aún más atractiva. Rosa, disculpa si me equivoco, pero para mí que tienes cuarenta años. –Y de esta forma calló así a Blanca, haciéndola volver a su asiento.

–Dentro de un mes, en realidad… –respondió Rosa mirándolo con un nuevo brillo en los ojos–; pero por esta vez, te perdono, Einar Lönnberg.

Blanca no tuvo que soportar por mucho más tiempo aquella extraña conversación, estuvo a punto de decirles que se marcharan a un hotel antes de cerrar la puerta del coche, pero prefirió no darles ideas. Sin embargo, Rosa prefería utilizar el tiempo que le quedaba con Einar en algo más útil, y Lönnberg lo sabía. Así que apagando ella misma la radio, e incorporándose en su asiento, le dijo nada más ver a su hermana pequeña salir del coche:

–Y ahora me toca hablar como hermana mayor, si no te importa…

–Lo estaba esperando –dijo Einar, y volvió a conducir como alma que lleva el diablo camino del aeropuerto. Esta vez la conversación sería mucho menos divertida.

OceanofPDF.com

Capítulo 12

Födelsedagshälsningar

Nada más entrar Blanca en el coche, Einar supo que algo no iba bien. Pero como siempre que preguntaba a una mujer, nunca pasaba nada. Y después le preguntaban que por qué estaba solo, ¿de verdad era necesario contestar a aquella pregunta? Como siempre en estos casos, le tocaría adivinar. Pero después de haber conocido a Rosa, hoy era fácil saber por dónde iban los tiros.

–Aún pertenezco al mundo de los vivos –dijo Einar mientras le enseñaba el cuello. Era la manera más simpática que se le ocurría de tocar el tema.

–Por mí como si te ha convertido en un zombi. No deberías hacerte ilusiones con ella, se me olvidó decirte que es lesbiana y ayer solo estuvo jugando contigo para hacerme rabiar a mí. Peleas entre hermanas, ¡no lo entenderías…! –respondió Blanca sin mirarle. Últimamente el paisaje exterior era siempre más atractivo que lo que había dentro del coche.

–No deberías pensar tan mal de tu hermana. En realidad, te quiere mucho más de lo que demuestra… –comentó Einar el pacificador incorporándose a la autovía, camino de Södertälje.

–Sí, claro. Por eso se pasó toda la noche jugueteando contigo, como una gatita en celo, avergonzándome delante de ti. ¡Se comportó peor que una adolescente! ¿Y sabes por qué? Porque disfruta provocándome desde que era pequeña. Esa historia de nuestros nombres se la inventó ella, como un sinfín de cosas más. Yo siempre he sido como un juguete más con el que jugar.

–Sin embargo, lo que no consiente es que nadie más juegue contigo –interrumpió Einar, queriéndole dar a entender a Blanca que su hermana anoche solo estaba interpretando un papel, y él también era consciente de ello.

La pequeña Blanes se giró hacia Einar mientras pensaba en lo que acababa de decir, y durante un segundo se quedó mirando su apreciado reloj. Hoy había salido de casa sin abrocharse los botones de las mangas de

la camisa, ¿se le habrían pegado las sábanas? La verdad es que no se imaginaba a Einar corriendo por su casa, tirándose de los pelos porque se le hacía tarde (sobre todo tirándose de los pelos), pero ¿quién sabe? El caso es que era la primera vez que no vestía de diez sobre diez. Einar por su parte, como si pudiera escuchar sus pensamientos, se puso a abrocharse los botones.

–Trae, ¡déjame a mí! Tú vigila que no nos matemos… –Blanca volvió a deleitarse observando los alargados dedos de Einar, esos que supieron acariciar su piel como si fuera un lienzo. Inevitable no recordar de nuevo aquella primera noche. Al girarle la muñeca encontró pequeñísimas manchas de tinta en la palma de su mano… seguramente ayer Einar quiso quebrar el sueño pintando.

–¿Tienes planes para esta noche? –El señor Lönnberg sabía cómo sorprender a una chica. A Blanca aquella pregunta la pilló totalmente desprevenida, inclinada hacia él como ayer mismo había estado su hermana, con sus manos intentando no tocarle demasiado, abrochándole el botón de la manga izquierda mientras él conducía.

–¿Cómo? Perdona, ¿qué? –Blanca volvió a su asiento después de haber cumplido con aquella difícil misión.

–Deberías llamar a Manuel si habéis quedado esta noche. Seguramente hoy regreses a casa algo más tarde… –Entonces Blanca entendió el porqué de su pregunta. Trabajo. De nuevo había más trabajo para ellos. Ya estaba harta de que Einar no fuera nada sueco para el horario laboral, o al menos en lo referente a ella, porque sus demás empleados sí que cerraban su quiosco a las seis todas las tardes. Fuera el día que fuese.

–¡No! Me niego ¡No puedes hacerme esto otra vez! ¿Cuántas horas extra me pagaste el mes pasado? ¿Cuántos sábados he trabajado desde que te conozco? Soy puntual. Me he gastado un dineral en ropa y maquillaje para ir todos los días de punta en blanco, como tú me pediste. Por no hablar de las horas de sueño que he perdido alisándome el pelo, pero esas no te las contabilizo porque son cosa mía… Soy simpática, ¡y muy eficiente! Le vendo hasta hielo a los esquimales, no me lo puedes negar, Einar. Hablo en sueco con mis vecinas, y me veo las series en versión original para entender mejor el acento inglés. He hecho todo lo que tú me pediste, ¿me equivoco? –Einar no tuvo nada que objetar a su discurso, era la mejor empleada que jamás había tenido, decir lo contrario sería mentir–. Entonces te pido que,

por favor, me dejes libre esta noche. Porque da igual si me quedo hasta las ocho de la tarde o hasta las diez. ¡Siempre habrá más trabajo por hacer! Esto no se arregla haciendo más horas extra, Einar, sino contratando a más gente. Sé que tú también te has dado cuenta, esto te viene demasiado grande… –Y Blanca se sintió mal por ser tan franca con su jefe, pero si no se lo decía pronto, iba a explotar–. Creo que tu farol te va a costar más caro de lo que imaginaste en un principio.

Mientras, Einar, miraba por el retrovisor. Como siempre, pretendía adelantar a todo el mundo. Verle conducir era como estar delante de un videojuego, pero la verdad era que Blanca ya se había acostumbrado. Einar, después de escuchar aquel breve discurso sindicalista, seguía guardando silencio. Estaba dando así algunos segundos más a Blanca para que se explicase. Quería saber si tendría la confianza suficiente para decirle por qué esta noche era tan importante para ella, tanto que era incapaz de quedarse un par de horas más con él, pero al parecer, no pensaba decírselo.

–Lástima… –pensó Einar, sintiéndose un poco herido. Gracias a Rosa, ahora conocía muchas más cosas sobre Blanca. Inevitablemente, el hueco en su corazón cada vez se estaba haciendo más grande, era una jovencita mucho más admirable de lo que jamás hubiese creído. Y después de conocer todo su pasado, en su mente solo se barajaba una opción: darle un soberano homenaje. Porque si antes intuía que llegaría a ser una gran mujer, ahora estaba seguro de ello–. De acuerdo, voy a hacer una cosa. Te voy a dar el privilegio divino del libre albedrio, pero para eso tienes que conocer a fondo los pros y los contras de tus dos opciones. Así que, déjame explicarte para qué te necesito esta noche. Es para trabajar, sí. Pero no el tipo de trabajo al que estás acostumbrada… –Einar hablaba pausado y en calma, como un narrador de la época medieval. Su voz era miel para los oídos de Blanca cuando se ponía tan zalamero. No había más remedio que callarse y escuchar–. Si aceptases mi oferta, iríamos a una fiesta de gala que se celebra en el salón azul del ayuntamiento. Lugar donde normalmente se realiza el banquete de honor para los premiados con el Nobel cada año. Tú que siempre te quejas por no tener tiempo para hacer visitas turísticas, me parece que esta sería una oportunidad excepcional para ti. –Blanca permanecía en silencio. Todavía no estaba muy segura de lo que estaba oyendo–. Pero mi interés por asistir a esa fiesta no es para que tú veas esos magníficos salones, o para que salgas por casualidad en alguna revista de

moda, sino para que captes la atención de un hombre. Uno de los hombres más ricos de Europa, en realidad, o eso dice la revista *Forbes*. Es crucial que te tropieces con él, tan encantadoramente como lo sueles hacer con tus tacones de nueve centímetros, y te presentes diciéndole dónde trabajas. Blanca, él es el dueño de una de las inmobiliarias más importantes del país, y si aceptase colaborar con nosotros, el cheque de Trebelent llegaría antes de que terminase el verano. ¡Sería estupendo! –Einar la miraba mientras conducía, pero Blanca seguía sin soltar palabra. Ella no era él, no tenía el mismo dominio con el idioma, y no se veía capaz de hacerse la encontradiza con una persona tan sumamente importante y hablarle de aquel proyecto como si nada. Además, eso de la fiesta de gala le asustaba. Al parecer, según él mismo había comentado, hasta la prensa estaría presente. Ella podía actuar delante de un modesto auditorio, con más o menos veinte personas (la mitad amigos), pero de ahí a salir por la tele, era otro cantar. Además, no tenía vestido. Ni cuerpo ni piernas para ir con prendas así. Tampoco sabría manejarse en una mesa de doce cubiertos. Y si se ponía nerviosa seguro que le daba por beber, y aquello podía acabar en catástrofe.

El coche se detuvo: ya habían llegado a su destino.

–Pero es que… –Blanca ya se había hecho a la idea de celebrar su cumpleaños en familia. Su hermana hasta había amenazado con hacer ella misma una tarta.

–¡Vaaamos! Manuel lo comprenderá –dijo Einar en un susurro. Blanca rio para sus adentros con ese comentario. Manuel hacía semanas que había dejado de llamarla, seguramente habría terminado cansándose de ella. ¡Normal, a ella también le ocurría a veces! Pero prefería omitir aquel dato a Einar para que no la llamase estrecha, o le repitiese, condescendiente, que ya se lo había dicho.

Entonces simplemente levantó la mirada y allí estaba él, con su terrible sonrisa de medio lado.

–De acuerdo, iré contigo… –Blanca oyó su propia voz, y despertó de repente. Perdón, ¿alguien podría rebobinar un segundo? ¿Qué acababa de decir? Einar había utilizado su viejo truco de mirarla fijamente a los ojos, lanzándole su persistente mensaje de “no te preocupes, yo estaré contigo”.

¡Maldito Lönnberg! Alguien debería prohibir unos ojos tan azules, provocaban serios accidentes en las chicas como Blanca.

–¡Perfecto! Te recogeré a las seis, habla con Marisela. Ella te ayudará con el vestido… ¡dile que te quiero estupenda!

Terminada aquella frase tan suya, Einar salió del coche, victorioso. En la puerta ya esperaba la pareja que pretendía vivir en aquella casa. De nuevo, ante los ojos de Blanca, se veía en acción a un Lönnberg arrasador. Caminando con su porte elegante, saludando con extremada educación, siendo siempre muy amable a la vez que simpático. Era un papel que clavaba a la perfección, ni Leonardo DiCaprio lo podía hacer mejor. Y mientras Blanca lo acompañaba una vez más, empezó a notar un sabor amargo en la garganta. Se sentía arrastrada. Einar tenía un imbatible poder de convicción, sabía con precisión lo quería que hacer, y manejaba como un malabarista a sus soldaditos en el campo de batalla. Así se sentía mientras enseñaba la fantástica chimenea eléctrica de aquel maravilloso salón. Einar le hizo un guiño desde el otro extremo, y enseñándole el móvil en la mano como excusa, se fue a seguir buscando más casas.

Blanca perdió un poco la concentración durante aquella venta, pero aun así no tuvo muchos problemas. Era una casa enorme lista para habitar, y desde que entraron en ella ambos supieron que era pan comido…

Tenía que decírselo ya, se repetía en su cabeza. Era preciso alejarse un poquito más de él. Einar no era tóxico, pero sí adictivo. Su magnetismo era tal que hacía imposible negarle cualquier cosa, y si fuera por ella esperaría hasta entregar la última casa para darse una nueva oportunidad. Pero ya no hacía falta, pronto ya no sería tan sumamente necesaria para él. Lo conocía, de nuevo todos sus planes le saldrían bien, y en breve tendría una legión de expertos vendedores haciendo en pocos días lo que ellos llevaban haciendo durante semanas. Quizás no con el mismo carisma, pero sí con la misma eficacia.

Así que hoy, el día de su cumpleaños, le diría a Einar que ya estaba dispuesta para abrir su restaurante: el nuevo Spanish Cooking.

Cuando Blanca llegó a casa, Marisela estaba viendo la tele tan ensimismada que ni siquiera se dio cuenta de que se sentaba a su lado. En la pantalla había una escena de la película *Lo que queda del día*: En ella Emma Thompson acorralaba a Anthony Hopkins para que le dijese de una vez el tipo de libro que estaba leyendo, imaginando que sería uno erótico, y al final resultaba ser una simple historia de amor.

–*Bravissimi!* –exclamó de repente Marisela, asustando a Blanca. Pensaba que no se había percatado de su presencia–. ¿Usted sabe que ambos estuvieron nominados a los Oscar, pero ninguno de los dos ganó? No es justo, ¿verdad?… Me parece un trabajo maravilloso el que hacen en este *film*. Cuando trabajas con alguien grande, solo puedes crecer a su lado, ¿no lo crees así? –Y Blanca asintió, con una leve sonrisa en los labios mientras pensaba en su jefe. Lo creía a pies juntillas.

Por extraño que parezca, cuando Blanca le contó por qué había llegado a casa tan temprano, Marisela se sintió adulada al saber que Einar había pensado en ella para vestirla para esa fiesta. Y lo primero que hizo nada más saber la importancia de tal evento fue llamar con urgencia a Charlie. Amigo íntimo y ayudante de maquillaje en la serie en la que trabajó, además de figurante de muchísimas películas.

–¿Que te recogerá a las seis? ¡Tan pronto! Pero este hombre está loco, ¡ni que fuera yo el hada madrina! Apenas tenemos tiempo… –Marisela mascullaba mientras Blanca miraba el reloj sin entender. Hoy Einar se había portado muy bien con ella, habían terminado a las dos de la tarde. Ella pensaba comer tranquilamente, echarse una siesta y después vestirse. ¿Qué problema había? Pues muchos, al parecer. Según su nueva asesora de imagen, ya podía olvidarse de dar esa cabezadita.

–*Oh my god!* –exclamó Charlie nada más verla. Y a Blanca no le costó nada volver a sentirse muy pero que muy pequeña. Puntos negros, un pelo castigado de tanta plancha, uñas con escamas… –¿Pero de dónde has sacado a esta *little* Lola?

Resulta que Charlie era de Guadalajara, México. Por eso la conexión con Marisela fue inmediata, y de eso hacía ya un par de añitos.

He de decir, como humilde narradora, que este proceso a cuatro manos de chapa y pintura fue mucho mejor que el que se dio la propia Blanca al principio de la novela. Se notaban, y con diferencia, las manos de un experto. Y sin que me oiga nuestra asesora de imagen particular, diré que, entre el tinte y los reflejos, Charlie sí que la dejó reposar un poco. Pero ¿y el vestido? Marisela bufó ante aquella pregunta, y abriendo su armario con desprecio, sacó uno de los cientos de vestidos que se amontonaban en la percha: no habría sido mucho su tiempo como estrella de la pequeña pantalla, pero había sacado buen provecho de esa temporada en la que todo te lo regalaban.

Y llegaron las seis.

Lo último en elegir fueron los zapatos, unos *peeptoes* que alzaran su figuran pero que también le dieran estabilidad. No quería ser de nuevo parte del espectáculo de esta noche.

–*Delicious!* –exclamó Charlie de la manera más masculina que pudo, mientras echaba un poco más de laca en la larga melena ondulada de Blanca. De común acuerdo, por mucho que Blanca insistiera en alisarse el cabello, esta vez sus rizos iban a cobrar protagonismo.

También Marisela estaba orgullosa de su trabajo. Se apartó un poquito más para verla de lejos: aquel vestido de cóctel en tul de seda con estampado de lentejuelas, cuello redondo y falda evasé hasta la rodilla le sentaba como un guante. La mexicana sabía lo que era salir con Einar Lönnberg, había que subir un par de palmos el nivel de exigencia, y no todo el mundo era capaz de vestir con la elegancia de una reina. Pero Blanca la tenía, aunque siempre parecía estar ciega delante del espejo, algo que incluso su amiga lamentaba.

En ese momento Annika abrió la puerta de casa, y viendo a Blanca en la entrada como una novia antes de la ceremonia, frenó sus pasos en seco y exclamó:

–Mi hermano está abajo, esperándote. Él va guapo, ¡pero tú vas espectacular!

Blanca agradeció con una amplia sonrisa aquel piropo, necesitaba sentirse cómoda. Después de probarse cincuenta vestidos, este era el que mejor disimulaba la pequeña-gran diferencia entre el cuerpo de Blanca y el de Marisela… (Y es que si después de gastarse casi ochocientos dólares en una operación de aumento de pecho, aquello no se notaba, era para cerrar la puerta y tirar la llave).

–Gracias… –respondió finalmente Blanca. Cogió su chal de seda, a juego con el vestido, y su pequeño bolso. Ya iba a cerrar la vieja puerta de madera de roble que flanqueaba su piso cuando se dio cuenta de que Annika la seguía mirando.

–Ten cuidado –le dijo, al ver sus ojos encontrándose–, ¡ya sabes por qué te lo digo!

–¡Bah, ya déjala marchar! ¿No ves que llega tarde? –Se interpuso Marisela entre ellas–. No le hagas caso, mi vida. ¡Disfruta de esta noche! Y si te rompe el corazón, ¿qué más da? Ya te nacerá otro, como al resto…

Blanca se despidió de sus amigas con un beso al aire.

–¡Qué tontas! No voy a enamorarme de Einar, está claro… –se repetía como un mantra mientras bajaba la escalera. Al llegar a los últimos peldaños, se dio cuenta de que estaba hiperventilando. ¿Por qué estaba tan nerviosa? Aquello era simplemente más trabajo. ¡Nada más! De repente, alguien la saludó por la derecha:

–¡Einar Lönnberg!, encantado. –Y cogiéndola sutilmente por los dedos, la ayudó a terminar de bajar la escalera, besándole al final en el dorso de su mano como el caballero que era–. Hoy no me hago responsable de lo que pueda pasar, Blanca. ¡Estás impresionante!

La pequeña Blanes sonrió emocionada, pensando que aquella era una gracia más de las suyas.

–Tú también estás muy bien –respondió por cortesía. Ella siempre lo veía igual de elegante, en realidad.

A continuación, Einar la desconcertó por completo. No había soltado aún su mano y, haciéndola girar lentamente, dejó un par de llaves en su palma.

–¡Lo prometido es deuda!

Einar se apartó un poco, lo justo para que pudiese ver un flamante mini blanco, posiblemente encerado mil veces para que brillase hasta en la oscuridad.

–¿Es para mí? –preguntó Blanca, levantando hasta el cielo sus larguísimas pestañas. Era el mismo coche que ella le había nombrado aquella vez, sabía que lo estaría buscando hasta encontrarlo.

–Es para ti, pero no es tuyo. Recuerda que, como el móvil que llevas, su uso es estrictamente laboral. –¿Lo decía en serio? Pues si veía el registro de llamadas, las conferencias a España estaban en el top de las más frecuentes. Upps, nota urgente: borrar ese listado.

Blanca empezó a andar hacia el coche, permitiendo a su compañero admirarla como se merecía. Estaba más hermosa que nunca, desde luego que hoy iba a ser difícil no perder el control. De pronto Blanca se volvió hacia él, sus tacones no eran los más adecuados para conducir. Sin embargo, ya no había tiempo de volver a por sus merceditas granates. Una vez más, Einar debería conducir.

–¡A la vuelta, quizás, ya no me importe conducir descalza! –Y frente al mini cruzaron sus pasos, para sentarse cada uno en el asiento que le correspondía. Einar arrancó el coche, acostumbrado a la amplitud de su

Maserati, allí se sentía enlatado. Pero vamos, podía aguantarlo. Viendo la cara de felicidad de Blanca, sabía que había merecido la pena esperar a que llegase una nueva remesa en el color deseado.

–¡Llevas pajarita! –exclamó divertida Blanca, ya que después de admirar el interior de su coche nuevo, había reparado en aquel detalle con el que vestía esta noche su jefe–. ¿Y es de verdad?

–¿Cómo que si es de verdad? –repitió desconcertado Einar.

Blanca, en lugar de explicarse, quiso tocarla. Comprobar de primera mano si tenía un elástico por detrás o era un lazo entero de raso. Pero Einar no la dejó manosear su pajarita, y apartando sus intenciones de un manotazo bromista, le dejó bien claro que se había tomado su tiempo para hacerla.

–¡A la vuelta, quizás, hasta te doy permiso para que me la quites! –respondió Einar utilizando el mismo juego de palabras.

Durante aquel corto trayecto que les llevaría al ayuntamiento, Blanca estaba visiblemente nerviosa. En el parón de un semáforo, Einar se tomó la licencia de poner por un corto segundo su mano derecha sobre las manos temblorosas de aquella pobre muchacha que apenas reconocía, diciéndole al mismo tiempo con sinceridad:

–¡Blanca, tranquila, estás preciosa! Vas a enamorar al señor Christopher, estoy seguro. –Pero Blanca ni siquiera se acordaba de por qué estaba vestida así realmente, ahora solo quería hablar con Einar, y no sabía cómo empezar.

–Einar, yo… –empezó a murmurar Blanca, pero el semáforo en el que esperaban se puso en verde, y ella perdió el hilo de lo que iba a decir.

–¿Sí? –quiso saber Lönnberg.

–No, nada. Que hoy es mi cumpleaños, solo eso… –dijo Blanca apenas sin voz.

–¿Hablas en serio? –Einar fingió sorpresa–. ¡Deberías habérmelo dicho!

–¿Me habrías dado el día libre, acaso? –preguntó Blanca con ironía.

–En absoluto, pero te habría comprado algo, o habría intentado hacer algo especial. Uno no cumple todos los días, ¿veintiocho años? –Einar sonrió, la noche estaba llena de sorpresas para Blanca.

–Veintisiete… –respondió Blanca mostrando desilusión–, pero da igual. Al menos voy a una fiesta, aunque no sea la mía. Bueno, alégrame el día, dime, ¿qué hiciste tú cuando cumpliste veintisiete años?

–¡Trabajar! –respondió Einar de inmediato–. Igual que a los veinticuatro, a los treinta y dos, y a los trece… siempre he estado trabajando el día de mi cumpleaños, no he dejado de hacer otra cosa.

–¿Y en qué trabajabas cuando tenías trece años? –le preguntó Blanca con mucha curiosidad.

–En el barco de mi abuelo –respondió Einar con añoranza.

–¿Tu abuelo tenía un barco? –Blanca no salía de su asombro.

–Mi abuelo era pescador –aclaró Einar con solemnidad.

–¿Y qué pescaba? ¿Salmones? –Blanca no pretendía reírse del abuelo de Einar. Simplemente le parecía chocante aquel episodio de su pasado, no podía imaginárselo en un pesquero. Sin embargo, él nunca había escondido sus orígenes. Puede que ahora lo invitasen a fiestas de gala y vistiese de traje de chaqueta casi a diario, pero pertenecía a la clase obrera. Y a Einar eso nunca se le olvidaba. En sus manos no había callos, pero sí rencor en su mente. Muchos eran los que habían pasado por delante de él conduciendo un deportivo sin saber lo que costaba.

–Está bien, perdona. Creo que te debo una disculpa… –Trató de retractarse Blanca.

–Estás perdonada, pero que sepas que acabas de perder un bonito paseo en barco por el canal –la reprendió Einar.

Bromeando, llegaron por fin al ayuntamiento. Una multitud de flashes en la entrada del edificio le hicieron replantearse a Blanca su presencia en aquel sarao. Nada más salir del coche, sintió un escalofrío. El corazón le empezó a bombear, ¿qué pintaba ella allí? ¡No iba a entender a nadie, y todo eran caras extrañas! Encima, a pesar de ser verano, tenía frío. No había sitio donde refugiarse, solamente tenía a Einar, ¡mejor sería que no se le escapara! Así que fue rápidamente en busca de su mano, y al cogerla, notó las llaves de su coche.

–¡Blanca, eran para él! –Y Einar señaló a un jovencito imberbe que esperaba firme muy cerca de ellos. Vestía un traje chaqueta blanco, que le quedaba dos tallas grande, y una corbata negra que Einar enderezó con un ademán de complicidad. El aparcacoches sonrió conforme al recibir las llaves.

–Pero como le pase algo a mi coche, él viene y te mata, ¿entendido? –Blanca no pudo evitar decirle en su mejor sueco.

Empezaron a andar sobre la alfombra roja, porque no faltaba detalle en aquella gala de verano, como así se llamaba realmente aquel evento. Blanca tragó saliva al pasar por el *photocall.* Este favor que le estaba haciendo a Einar era aún mayor de lo que imaginaba, ya era difícil sentirse a gusto con aquel disfraz como para que miles de personas la mirasen. Se sentía terriblemente observada, y odiaba esa sensación. Einar apretó su mano y, acelerando el paso, supo hacerse camino rápidamente entre los asistentes más famosos. Marisela aquí habría estado en su salsa… podía reconocer a actores y cantantes, y si hubiese estado ella también allí entre ellos, habría disfrutado de toda aquella escena.

Y en medio de esa confusión, Blanca notó algo entre las piernas.

–¡Oh no, no puede ser! –exclamó de repente histérica apretando la mano de su compañero hasta frenarle. Lönnberg la miraba sin entender. Ya habían pasado por lo más difícil, estaban a tan solo unos metros del salón azul, y allí no habría prensa ni curiosos entrometidos. ¿Qué demonios pasaba ahora?–. ¡Las medias…! No me lo puedo creer, Einar. ¡Se me están cayendo las medias! Dios mío, se me han bajado tanto que no puedo ni subírmelas sin hacer el mayor de los ridículos. Einar, ¡ayúdame! Haz algo… –. El problema estaba en que aquella noche, excepto las bragas, todo lo que se había puesto Blanca era de Marisela. Y seguramente ella tuviese una talla más de cintura, porque las medias que le había prestado le iban demasiado grandes. Tan nerviosa como estaba, no había reparado en ello al ponérselas, pero después de caminar un rato se hizo algo evidente. ¿Y qué podía hacer ahora? Parados en medio de aquel larguísimo pasillo como estaban, algún periodista iba a darse cuenta en seguida de que algo iba mal. Como no se le ocurriese algo a Einar pronto, mañana iba a aparecer en todas las revistas del corazón como la desconocida que perdió las medias en aquella fiesta. La imagen de sus medias en el suelo se haría viral en segundos, su madre la llamaría al día siguiente pidiéndole explicaciones. ¡Vergonzoso!

De pronto Einar la llevó, diligente, a una esquina, entre una columna y la pared. Un escondrijo asombrosamente diseñado como refugio milagroso para aquella pequeña catástrofe.

–No hables, no grites, pero sobre todo no te muevas, ¿me has entendido? –le ordenó Einar en un susurro al oído, mientras apoyaba la espalda de Blanca en aquella columna. ¿Qué se le habría ocurrido para sacarla de aquel aprieto? Ella hizo todo cuanto le había dicho, y con expectación notó a los

pocos segundos cómo las manos del bueno de Lönnberg reptaban disimuladamente por debajo de su vestido. Se acercó un poquito más a ella, haciendo evidente que aquella situación no era normal–. ¡No te muevas, Blanca! –repitió Einar entre dientes. Ya que, a pesar de haberla avisado, al notar su contacto en los muslos, no pudo evitar sobresaltarse. Ahí estaban él y su perfume, deslizándose a ciegas con asombrosa rapidez y soltura por su piel, alcanzando con éxito aquellas medias tan traviesas sin ser descubierto. Estaba tan cerca que podía notar su cuerpo caliente, los músculos de su pecho elevándose por la respiración, hasta el botón de su pantalón (o al menos, eso quería creer ella).

Por su parte, Einar estaba demasiado concentrado para darse cuenta, pero ahora tenía una perspectiva única del escote de Blanca. Ella, muy consciente de aquel hecho, no podía dejar de pensar en las tetas de Marisela. La comparación en este caso era inevitable, pero no se podía competir con sus medidas.

–Por favor, Einar. No las mires más. Sí, son así de pequeñas… –le susurró mientras él seguía haciendo malabarismos con el nailon.

–¿Qué? –contestó Einar a los pocos segundos. Entonces levantó la vista desde aquella incómoda postura, y se fijó en lo que tenía realmente enfrente–. ¡Ay, Blanca! –respondió lamentándose tiernamente al comprender el porqué de su comentario. La pequeña Blanes y sus inseguridades le hicieron sonreír de nuevo a Lönnberg: había que hacer algo con esta chica, ¡y pronto! Alguien tendría que presentarse voluntario para demostrarle lo realmente hermosa que ella era, tal y como él la veía ahora mismo.

De repente, Einar se agachó al suelo como si estuviera abrochándose los cordones, y Blanca deslizó sus pies fuera de los zapatos en dos rápidos movimientos. Fue así como consiguió liberarse definitivamente de aquellas malditas medias.

–¡Einar Lönnberg, eres un genio! –dijo Blanca cuando se incorporó frente a ella con las medias en la mano.

–¡Sí, lo soy! ¿Pero dónde está mi beso de agradecimiento? –le preguntó Einar sonriente. Ella le devolvió una sonrisa, ruborizada, pero decidió seguir a los demás comensales, dejando pendiente aquel asunto del beso.

Gracias a aquel numerito de Gran Houdini no hubo ningún escándalo en aquella fiesta. Blanca en seguida escondió las medias en su diminuto bolso

y dio las gracias a Charlie por su consejo fuera de serie de ir perfectamente depilada a cualquier evento, ¡por lo que pudiera pasar!

La cena de gala se desarrolló como estaba previsto. Einar fue una vez más un estupendo acompañante. La presentó a todos los que fueron parándole para saludarle hasta llegar a su mesa, y, una vez que tomaron asiento, la ayudó a memorizar el nombre y parentesco de todos los comensales. Fue una prueba de fuego para Blanca y su bajo nivel de sueco, ya que Lönnberg disfrutaba haciéndola partícipe en todas las conversaciones. Y ella, que hubiese preferido mil veces tener una pareja no tan popular y dicharachera, pretendía hacerse invisible a cada plato que le servían a la mesa.

Después de la llegada del postre, un camarero le preguntó si quería más vino. Ella agradeció con alivio aquel ofrecimiento que había conseguido entender a la perfección, y solo le sonrió como respuesta. De pronto, Einar tapó con la mano su vaso, y le dijo algo en sueco al chico que ella no pudo comprender, haciendo que se fuera rápidamente.

–¿Se puede saber qué le has dicho? –A Blanca lo que más le fastidiaba en este mundo era que la siguieran tratando como a una niña.

–Que estabas embarazada, y que trajeran una botella de agua a esta mesa –Einar respondió dejando con cierto hastío los cubiertos en el plato. El pescado lo habían servido frío, la carne estaba muy hecha y la tarta no era de chocolate. Siempre pasaba lo mismo en ese tipo de cenas.

–¿Por qué le has dicho eso al camarero? –preguntó Blanca acercándose un poquito más a Einar, tratando de disimular lo que parecía iba a convertirse en una fuerte discusión.

–¿Sabes cuántas copas de vino has bebido desde que te sentaste a la mesa? –le preguntó Einar mirándola a los ojos, recorriendo con los suyos todo el óvalo de su cara y sintiéndose muy afortunado por verla tan radiante esa noche en concreto. Blanca no respondió, dolida por aquella pregunta, tan solo se quedó mirando seria a una señora que se reía a carcajadas en la mesa de enfrente. Llevaba unos pendientes demasiado largos y pesados para los lóbulos de sus orejas. Sería muy rica, pero no tenía ninguna clase. –Blanca, tú no eres ni mejor ni peor que esa gente. Nadie te está mirando, nadie piensa que tú no pintas nada aquí o que eres horrible. Al contrario, ellos al verte te envidian, no podrías imaginar lo que están dispuestos a pagar a diario para tener lo que tú tienes ahora… ¡juventud! –Nuevamente

Einar tenía razón en todo lo que decía. En que siempre solía mezclar sus dudas sobre sí misma con el alcohol, en que debía de superar sus miedos de una vez y enfrentarse al mundo que la rodeaba, porque tampoco estaba tan mal.

–Sí, eso parece. Bajo un par de años la media de edad en este salón –le contestó Blanca resignada a aprender todo cuanto Einar le estaba enseñando con muchísima paciencia. El camarero trajo en ese momento el agua, y ambos le dieron las gracias al unísono–. ¿Has visto ya al señor Christopher? ¿Crees que te serviré como anzuelo? –preguntó Blanca, no confiando mucho en su *sex-appeal.*

–Ahora ya estás aquí, no puedes echarte atrás –le dijo Lönnberg el embaucador, marcándole el camino una vez más.

En ese momento se pidió la atención de los asistentes a la cena desde el escenario. Iban a presentar a la estrella invitada este año para dar comienzo el baile. Sin ni siquiera decir su nombre, algunas mujeres ya empezaron a dar voces y gritos. Blanca sonrió por la emoción del momento. ¿Quién sería? Viendo la agitación del colectivo más longevo, seguramente se tratase de Tom Jones. ¡Genial! Con un par de copas más hasta estaría dispuesta a bailar el *It's not unusual* encima de la mesa.

De repente dijeron su nombre, acto seguido salió él con un micrófono. Miles de aplausos por parte del público dejaron sorda a Blanca, ¡no podía creer lo que veían sus ojos!

–¡No puede ser él!, ¿verdad? Debe ser un doble… –le preguntó a Einar todavía atónita. En cuanto pudo hablar, el cantante quiso disculpar su retraso y el hecho de no poder decir algo coherente en sueco. De modo que pasó en seguida al inglés, y en ese idioma agradeció a la organización el haberle invitado–. Einar, dime, ¿es de verdad Michael Bublé? –Se apresuró a sonsacarle algo histérica, arrugándole la chaqueta, presa de los nervios.

–Parece que sí. Al menos, eso es lo que él dice… –le contestó Einar restándole importancia al asunto, intentando liberar de sus manos las solapas de un traje de más de tres mil euros.

–¡Ay, madre mía! –Y Blanca se levantó de su asiento como un resorte para poder verle mejor. Era tan guapo como se lo imaginaba después de haberlo visto más de mil veces en los videos musicales. Y esa voz… era como un susurro en el oído, era especial, era suya. ¡Era Michael Bublé! Y

escucharlo en directo le había disparado el corazón a todas las mujeres (y a algunos hombres) de aquel salón azul.

Einar seguía sentado en su asiento, sonriendo de oreja a oreja, mientras veía a Blanca acercarse al escenario como si fuera una fan de los Beatles. No contaba con aquel golpe de efecto, pero le venía de maravilla para lo que iba a pasar después.

En medio de aquella escena, no tardó en visualizar a Christopher Hansson, el director de la inmobiliaria con la que pretendía asociarse para sacar adelante su empresa. Hoy esperaba tener el tiempo suficiente para ofrecerle un trato que no pudiera rechazar. De esta forma, debería repartir los beneficios de su acuerdo con Trebelent, pero aquel era un mal menor. Ya lo había sopesado. Lo prefería antes de perder la oportunidad de firmar con una multinacional y, en cualquier caso, era una excusa para entablar amistad con alguien tan conocido y poderoso como él. Si la cosa salía bien, podrían llegar a asociarse a largo plazo. Así que, de cualquier modo, saldría ganando.

Los pensamientos de Einar se disiparon al sonar las primeras notas de la canción con la que pensaba arrancar el concierto su amigo Michael Bublé: *Come dance with me*, y animada por el ritmo de chachachá que marcaba la orquesta, las parejas fueron levantándose de sus asientos.

–¡Vamos! A escena, señorita Blanes… –dijo Einar cogiéndola de la mano al pasar por su lado. Él ya había visto al señor Hansson encaminándose hacia la pista de baile con su señora, y pensó de inmediato que no había tiempo que perder.

Blanca se vio en un abrir y cerrar de ojos cogida a las manos de Einar, que alzaba sus brazos en una pose de verdadero bailarín. Estaban en medio de aquella sala, rodeados por los primeros atrevidos de la fiesta, y parecía que pretendía bailar con ella la canción que estaba sonando en ese momento: ¡un chachachá!

–¿Estás loco? ¡Yo no sé bailar! –Y aunque Blanca abrió los ojos de par en par al decir eso, dejando más que claro a su compañero que aquella era una muy mala idea, Einar no pareció entenderla. Se limitó a tirar suavemente de ella, con un gesto que le resultó extrañamente familiar, y haciendo que pusiera el brazo por encima de su hombro, se puso a bailar como si fuera lo más natural en este mundo–. ¿Qué haces? –le preguntó Blanca, sin acertar hacia dónde moverse.

–Bailar contigo… –respondió Einar. Y a continuación puso su mano en el omoplato de Blanca, acercándola un poquito más a él, marcándole así los pasos que debía dar.

–¿Y desde cuándo sabes bailar tan bien? –le preguntó después de unos cuantos pisotones. Después de todo, los pasos que le estaba indicando Einar eran bastante más simples de lo que parecían vistos desde fuera.

–Cuando era un crío, mi mejor amigo se enamoró de una chica cuya madre tenía una escuela de baile. Así que me convenció para que fuéramos juntos a sus clases, para poder verla más a menudo y tener más oportunidades de hablar con ella… –Einar se estaba aproximando al señor Christopher, mientras Blanca lo escuchaba mirándolo atentamente. Para ella no era usual oírlo hablar de su pasado.

–¡No me lo digas más! Y terminaste tú saliendo con ella, ¿me equivoco? –Se adelantó a decir Blanca.

–En realidad, terminé casándome con ella… ¡pero eso es otra historia! –Y justo en ese momento, Einar decidió hacer girar a Blanca, con tan mala fortuna que tropezó y pisó al caballero que tenía justo detrás.

–Oh, señor, discúlpeme. Lo lamento… –Y así fue como Blanca Blanes empezó su pequeña representación. Al instante entendió que aquel pequeño accidente estaba más que pensado por la calculadora mental de Einar Lönnberg, así que ahora era ella la que tenía que poner en práctica su ingenio, sacándose de la chistera la mejor de sus sonrisas y haciendo un papel de eterna nominada.

Lo bordó, una vez más. Tanto que, si llega a saber que el resto de la velada se la iba a pasar al lado de la señora Hansson, sentada en su mesa, ocupando el asiento de su marido mientras este hablaba en la barra con Einar, quizás no se hubiese lucido tanto… (siempre caía en la misma trampa). Ahora que le estaba empezando a gustar esto del baile, perdía a su pareja. ¡Maldito Lönnberg! Después de un tiempo prudencial, Blanca se despidió amablemente de la señora, para volver a su mesa. Al menos allí nadie le preguntaría si tenía hijos o pensaba tenerlos…

Cuatro canciones más tarde, Blanca ya estaba harta de ver al resto de la gente bailar y divertirse. Ni siquiera podía beber, porque se lo había prometido a sí misma. No le daría más motivos a Lönnberg para que creyese que era una borracha. Porque ella no lo era. No lo era, y punto. Levantó el cuello para comprobar que seguían sin cansarse de estar allí

hablando de sus asuntos, apoyados en la barra del fondo, con un whisky en las manos. Einar mantenía su postura aprendida, de pie ligeramente inclinado hacia el señor Hansson, conversando coloquialmente con él mientras observaba lo que sucedía a su alrededor. Deformación profesional, supuso Blanca.

De pronto, Michael Bublé decidió descansar en plena actuación. Se aflojó la corbata, pidió un poco de agua y rogó algo más de atención al resto del público que hablaba por encima de su música. Los músicos rieron junto al resto del personal, que atónito, se fue quedando en silencio, como el artista había solicitado. Alguien le dio por detrás un taburete para sentarse, y una vez subido encima de él de manera bastante informal, se puso a hablar como si estuviera con unos amigos en un bar.

–Bueno, en fin… ¡Eh, gracias chaval! –le dijo al joven camarero, que alzaba un botellín de agua por encima del escenario–. Esto es realmente cansado, créanme… –Y mientras bebía, algunas mujeres se animaron a soltar más de un piropo improvisado. Gestos que él agradeció con una sonrisa, pero siguió con su monólogo particular: –Pero también tiene sus recompensas, ¿saben? Sobre todo, cuando puedes ayudar a tus amigos … –. Blanca, por supuesto, no estaba entendiendo mucho de lo que decía. Pero verlo hablar de aquella manera tan familiar le hizo prestar aún más atención a sus palabras, probando hasta dónde podía llegar su nivel de inglés–. El otro día me llamó un amigo que hoy está entre ustedes, supongo que estará liado haciendo negocios, como siempre, por eso sé que no me estará escuchando y puedo hablarles con total libertad. Mi amigo me decía que se había vuelto a enamorar… –hubo un onomatopéyico “ooohhh” general entre la multitud, que hizo sonreír a más de uno–. ¡Oh, sí, sí! Pueden reírse. Pero él no es de los que se enamora fácilmente, amigos. Así que entendí que en este caso la chica debía ser especial. Me decía que hacía poco la había conocido, que había entrado en su vida como un verdadero huracán, que era una chica encantadora, simpática, guapa, inteligente… ¿qué me iba a decir él? ¡Se le notaba en la voz que estaba realmente enamorado! Pero lo mejor de su descripción fue, sin duda, cuando me dijo que lo que le había enamorado definitivamente era su sonrisa. Una sonrisa más bonita que esta preciosa ciudad… –En ese momento Blanca dio un pequeño saltito en su asiento. Aquella frase ya la había oído en otra parte, ¿verdad?–. Por eso, señores y señoras, me pidió que hiciera un pequeño regalo a su chica el día

de su cumpleaños, para que se diera cuenta de una vez de lo especial que era para él; por eso: ¡Felicidades Blanca Blanes, esta canción es para ti! –Michael dijo aquella última frase en español. Así que no había dudas, le estaba dedicando *When you're smiling*, solo porque Einar así se lo había pedido.

Blanca se puso de pie en seguida buscando a Einar, pero ya no había nadie en la barra a quien pudiera reconocer. Hizo un barrido por el salón, pero no lo encontraba. Fue en ese momento cuando se dio cuenta de que las sorpresas para ella aún no habían terminado. Mientras sonaba su canción, un cañón de luz seguía a una camarera que llevaba un pequeño pastel en un plato, con una bengala encendida como única vela. Cuando por fin llegó enfrente de ella, después de haber atravesado todo el salón, la chica, visiblemente emocionada, le dijo *Födelsedagshälsningar.*

–Gracias –respondió Blanca en español. Se había quedado en blanco, y ya no atinaba con los idiomas. Pero… ¿dónde se habría metido Einar?

OceanofPDF.com

Capítulo 13

Tormenta de ideas

Cuando Einar volvió a sentarse por fin a mi lado, lo había visto llegar desde el otro extremo del salón, caminando hacia mí con su acostumbrado paso lento y seguro. Mantuvo durante todo el trayecto las manos en los bolsillos de su pantalón, y una sonrisa cómplice, que hacía juego con su mirada. Aquella entrada a escena en solitario llegaba tarde. Y yo no podía responder, aunque quisiera, de la misma manera que lo habría hecho justo después de aquella canción dedicada. De haber estado sentado en su sitio junto a mí en aquel preciso instante, se lo habría agradecido explícitamente. O no tanto, ¡no lo sé! Estaba hecha un lío con respecto a él y los sentimientos que me hacía sentir. Lo único que tenía claro era que lo había perdido de vista demasiado tiempo, el suficiente como para sospechar que se hubiese puesto a jugar con Hansson el futuro de su empresa.

Einar analizaba mi mirada para saber qué se había perdido durante su ausencia, cuando me dejó estaba a punto de soplar una tarta. Seguramente, después del numerito con su amigo Michael Bublé, esperaba a otra Blanca mucho más afable. Pero esa chica había desaparecido hacía horas, esa inocente lo habría besado hasta en la calva de haberlo tenido cerca en ese momento, emocionada por haber tenido con ella aquel detalle tan especial e irrepetible. Pero no fue así, porque para él existían otras prioridades, y por eso el recibimiento que tuvo fue otro muy distinto. Me había dejado sola prácticamente durante toda la fiesta, y ahora ya tenía claro que me había invitado porque era: 1) mujer, 2) joven, 3) guapa. Y aunque nadie hasta entonces me había hecho algo tan bonito el día de mi cumpleaños, mis remordimientos por haberme comido yo sola todo aquel delicioso pastelito tipo *brownie* hacían que la balanza se pusiera de nuevo en su contra.

–Parece que la cosa ha ido bien… –le dije sin ocultar mi malestar. Él disimuladamente olió mi copa, y agradeció comprobar que le había hecho caso por una vez en la vida. Desde que me dejó, muy a mi pesar, solo había estado bebiendo agua.

–Muy bien, gracias a ti. ¡Por supuesto! –Einar se sentó en la silla como si viniese de labrar la tierra. Acto seguido, y con cierta chulería adolescente, levantó su brazo izquierdo para dejarlo caer en seguida sobre mi respaldo. Sin decirme nada más, se puso a mirar hacia el salón, como yo estaba haciendo antes de que llegara.

Se veía a los músicos de la orquesta en el fondo recoger sus instrumentos, a los camareros haciendo tintinear copas y platos mientras limpiaban las mesas. Se oían las risas gamberras de unos chicos en la barra, y el agradable silencio que había dejado la mayoría de los invitados después de haberse marchado nos estaba dejando sordos. Entonces, Einar reparó en lo tarde que se había hecho, en el tiempo que debía haber estado allí, esperándolo. Giró su muñeca en un ademán rápido para poder ver la esfera de su reloj, y lo noté realmente afectado al ver la hora.

–¡Lo siento, Blanca, me temo que te he dejado sola demasiado tiempo…! –Y en un segundo se esfumó con su preocupación todo mi mal humor. ¿Cómo lo conseguía?

–Sí, es una lástima. Te has perdido unas cuantas cosas que me han pasado. Habría sido más divertido compartirlas contigo, pero no importa. Tú no viniste aquí para divertirte, sino para hacer negocios. Y por lo que parece, ya los has hecho. ¡Así que enhorabuena! –dije sin mirarlo, mientras movía nerviosa la cucharilla sobre el plato donde antes había estado mi pequeña tarta de cumpleaños.

–Estás enfadada… –concluyó Einar mientras tiraba del lazo de su pajarita, pero antes de deshacerlo por completo, se acordó de su promesa:

–No, no lo estoy. Si lo estuviera no te habría esperado aquí sentada todo el rato.-Después de oír mi respuesta, sonrió; para él seguía siendo adorable, a pesar de mi cara de pocos amigos. Entonces, se inclinó ligeramente hacia mí, esperando un buen rato, hasta que me di cuenta de lo que quería que hiciera esta vez: ¡que terminase de deshacer el nudo de su pajarita! Por supuesto, tiré con gusto de aquel lazo de raso negro, y él a continuación se desabrochó el primer botón de la camisa. Siempre hacía lo mismo cuando terminaba una dura jornada de trabajo.

–Al menos dime cómo estaba… –murmuró, pasando el dedo por el plato manchado de chocolate.

–Reservé un trozo para ti. Pero después de la primera hora esperándote, me enfadé, y me lo comí… –Einar no podía borrar la sonrisa de su rostro, y

aunque me estaba escuchando, su mente estaba en otro sitio–. Pensaba que realmente te habrías olvidado de mi cumpleaños.

–Recuerda que yo hice tu *personnummer*, y allí figura tu fecha de nacimiento. ¿Cómo me iba a olvidar de una cosa así? –La comparación con Eloy era inevitable. Él siempre olvidaba nuestros aniversarios. De pronto Einar cogió un mechón de mi pelo, ahora ondulado, y me lo puso detrás de la oreja, donde siempre solía estar–. ¿Te he dicho ya que hoy estás muy guapa? –preguntó, haciéndome retroceder un poco en mi asiento.

–¿Cuántos whiskies llevas, Einar?

–Demasiados. Esta noche va a haber muchos controles, lo mejor será que tú lleves el coche de vuelta. –Y todo aquello sonaba a mentira piadosa, porque, aunque había hecho el esfuerzo de borrar por fin la sonrisa de sus labios, no podía dejar de mirarme como si le hubiesen contado un chiste sobre mí. Y yo no me veía la gracia por ningún lado.

–¿Ya nos podemos ir? –pregunté, inocente.

–Si quieres, puedes quedarte, siempre viene bien un par de manos más para recoger todo esto. –Definitivamente, esta noche Einar estaba de muy buen humor. Los planes le habían salido tal y como él esperaba, tan solo le faltaba que alguien le acercase un puro y fumárselo como hacía George Peppard en el equipo A. Su optimismo me hacía sentir náuseas; me veía como su amuleto de la buena suerte, y lo cierto es que le había funcionado a la perfección. Ahora tocaba celebrarlo, y por eso estaba especialmente cariñoso conmigo. Yo ya me había dado cuenta de ello desde que se sentó a mi lado, pero ahora no podía distraerme. Debía hablar con él, y este me parecía un buen momento. Al menos estaba de lo más receptivo.

–Einar, antes de marcharnos, tengo algo que decirte… –Y después de decir aquello inspiré profundamente, haciendo que él ladease su cabeza, mirándome desde otra perspectiva. Noté cómo la pupila de sus ojos se dilataba, estaba preparándose para recibir una noticia que llevaba esperando demasiado tiempo.

–¡Te escucho! –Se adelantó a decir, incorporándose en su asiento, animándome así a continuar.

–Sí, bueno, yo… –Pero esta vez Einar me dejó sola frente a él, con un verdadero lío de palabras en mi cabeza: sueco, inglés, español. Ningún idioma me parecía el adecuado para decir que quería volver a intentarlo de

nuevo que, gracias a él, me veía con fuerzas para abrir un restaurante otra vez–. Creo que ya estoy preparada.

–Siempre lo has estado, en realidad –añadió en seguida, pero después me dejó continuar. Realmente estaba disfrutando de este momento.

–Quiero que sepas que no habría tomado esta decisión tan rápidamente si me siguieses necesitando, pero creo que, a partir de ahora, tendrás a gente mucho más cualificada que yo ayudándote. En realidad, no sé si te has dado cuenta, pero en tu pequeña inmobiliaria no va a haber sitio para todos esos vendedores que van a venir a hacer nuestro trabajo.

–Tienes razón, no lo había pensado. Pero que no te sepa mal, porque a mí no me va a dar ninguna pena despedirte… ¡aunque estoy convencido de que jamás encontraré a una chica con tu mismo encanto, mi pequeña Blancanieves! –Einar, el adulador, siempre conseguía sonrojarme. Sabía que estaba entrenado para decir cosas así, y que no podía remediarlo, pero mi debilidad por él me hacía creer que había algo de verdad en sus palabras.

–¡Gracias! Pero sé que no es verdad. Sé que, como decía mi hermana, cometiste una verdadera locura contratándome. No tenía experiencia previa, ni idiomas, ni siquiera yo misma me veía como una gran vendedora. En cambio, tú supiste ver en mí algo diferente, y no sé si realmente estaba allí, o tú lo hiciste crecer poco a poco cada día. Así que, aunque te lo habría dicho de otra manera hace unas horas, quiero que sepas que te estoy muy agradecida. Me has ayudado mucho, y sé que lo habrás hecho pensando precisamente en este momento, pero bueno… ¿qué importa por qué lo hicieras? Me contrataste, y creo que no te has arrepentido de haberlo hecho ni un solo día. Has tenido mucha paciencia conmigo, lo sé. Y al final ese voto de confianza me ha dado las fuerzas necesarias para estar ahora diciendo esto… Porque nunca pensé que volvería a decirlo, o no tan pronto, pero estoy dispuesta a volver a abrir un restaurante como el Spanish Cooking

Einar dio un golpe seco en la mesa, mientras se le escapaba un sí triunfador que asustó a un par de camareros que estaban muy cerca. Cogió mi cabeza con sus manos, dispuesto a besarme como muestra de júbilo; entonces levanté mi mano para frenar sus intenciones.

–Pero tengo una sola condición… –Entonces, él reculó, poniendo de nuevo sus manos encima de la mesa.

–¿Qué condición? –Los ojos de Einar brillaban de alegría, estaba pletórico, esta noche estaba siendo una carambola de éxitos. Y no podía esperar más para salir de allí y celebrarlo como ya estaba imaginándose.

–Quiero ser yo la que contrate a mi propio personal, de hecho, quiero traerme de España a la jefa de cocina. Es madre soltera, tiene un hijo de ocho años, pero creo que podré convencerla para que venga aquí sin problemas. Me prometió que, si algún día abría otro restaurante, fuera donde fuese, la llamase. Y eso es lo que voy a hacer…

–¿Tanto confías en ella? –Einar giró su torso hacia mí con el gesto muy serio. Él era el primero que estaba encantado por poder empezar a hablar del nuevo Spanish Cooking, pero al hacerlo su corazón se volvía otra vez de latón. No es que no quisiera que la chef de nuestro restaurante fuera española como yo, es que no iba a permitir perder el control de aquel negocio ni un solo instante. Le conocía muy bien, le estaba tocando los huevos solo un poquito, pero me alegraba de estar haciéndolo sin palidecer. Einar callaba mientras esperaba mi respuesta. La sangre se aceleraba en sus venas, ya estaba calentando motores, todo su cuerpo estaba en ebullición, pero debía refrenarse para poder continuar hablando conmigo.

–Ella fue la primera en aconsejarme que tuviera los ojos bien abiertos con Eloy… –No era plato de buen gusto hablar de mi ex, y mucho menos ahora, pero debía conocer la verdad. Por qué la quería como a una hermana. Hasta qué punto me sentía unida a ella.

–Y tú no le hiciste caso… –Einar levantó la ceja al decirlo, mientras seguía escudriñando en mi mirada los sentimientos que iban saliendo a la superficie sin mucho esfuerzo. Aún había algo de dolor en mis palabras cuando hablaba de él. Si era un delito ser una persona confiada, entonces yo era toda una criminal, y seguía sintiéndome muy tonta por ello.

–Einar, créeme: ¡Esa chica es una máquina! Dale una semana de prueba si quieres, pero estoy segura de que te gustará, después tendremos que darle alojamiento a ella y a su hijo. Me lo tienes que prometer. Tendrá que ir a clases particulares para aprender el idioma, como yo, pero te prometo que no te arrepentirás. Te lo devolverá con creces, ya lo verás. Es una curranta nata. ¡Y no quiero a otra persona como mi mano derecha! –Se me hacía raro hablarle así, sintiendo por fin que ya no era mi jefe; pero era algo que siempre había tenido muy claro y no me costaba defender. Si iba a abrir un nuevo restaurante, Carmen estaría en esa cocina: sí o sí.

–¡Pensaba que yo era tu mano derecha! –exclamó Einar sonriendo. A él en cambio le gustaba ver a esta nueva Blanca, tan segura de sí misma y de su gente.

–Tú serás mi socio, mi compañero, ¡como quieras llamarlo! Eres el culpable de que vuelva a levantar la persiana de un restaurante, y cuento contigo para que me ayudes a hacerlo de nuevo posible. Pero tú no vas a estar ahí todos los días, ella sí. ¿Entiendes? Abriremos un nuevo Spanish Cooking mejorado en todos los sentidos, ¡tengo grandes ideas para él! Pero sobre todo quiero tomar mis propias decisiones. Tal vez en alguna pueda equivocarme, pero será solo fallo mío. Por supuesto, intentaré no hacerte perder mucho dinero, pero piensa que en parte también es mi bolsillo. Voy a invertir aquí todo lo que tengo porque sé que contigo esto va a ir bien, que estoy en buenas manos. Sé que vas a enseñarme muchísimas más cosas, que sabrás prevenirme, que lucharás a mi lado si no va bien desde un principio, pero déjame llevarlo a mi manera. ¿Podrás? –Einar me escuchaba muy atento, y noté en la rigidez de su cuello que no estaba muy de acuerdo en todo lo que decía. Pero no iba a intimidarme, iba a luchar porque las cosas se hicieran a mi manera esta vez. Así que aguanté su mirada heladora, y hasta yo me di cuenta de que mi tono de voz había cambiado. Había rubor en mis mejillas, me estaba acalorando con mi propio discurso: los dos estábamos igual de ilusionados con este proyecto, ahora solo había que ponerse de acuerdo en los detalles para llevarlo a cabo.

–¿Y por qué no iba a ir bien desde un principio? ¡Blanca, va a ser un éxito! –Einar quiso iniciar su réplica con un punto neutral para los dos, en el que ambos estuviéramos de acuerdo. Él había soñado tantas veces con ese restaurante que ya casi podía oler la carne en la parrilla, así que tampoco iba a ceder tan fácilmente a todas mis peticiones.

–Einar, ¡no me has contestado! –insistí. Esto era importante para mí, y quería dejarlo bien claro.

–Es mucho lo que me pides –contestó enderezándose en su asiento. No le gustaba empezar negándome algo, pero había que establecer bien claros los límites de nuestra sociedad limitada–. Puedo dejar que llames a esa chica y la contrates como jefa de cocina, si tan buena es; al igual que a todo el personal, si así estás más cómoda. Como tú dices, yo no voy a estar ahí todos los días… Pero quiero conocer esas grandes ideas de las que me hablas. Si pretendes que me implique, debo ser partícipe de las decisiones

que se toman en mi restaurante. ¿No crees? Puede que nunca me oponga a tus deseos, pero me parece injusto que tú hagas o deshagas y yo solo sea el que ponga el dinero. Y según me has dicho, tú quieres hacer las cosas bien esta vez. ¿No es así, señorita Blanes?

–Tienes razón. Me comprometo a informarte de todo, pero no vuelvas a decir eso de que es tu restaurante. ¡Es nuestro! –No me había gustado para nada esa equivocación, deliberada o no. Sabía que estaba en su terreno, que era un hueso duro de roer a la hora de negociar este tipo de asuntos, pero yo no le tenía miedo. Junto a Einar ya no había ni sombra de aquella chica que no quería ni mirarse a un espejo, que dudaba hasta de su nombre.

–En realidad, sí que es mío, al menos legalmente. Para empezar, ya tengo el local y el nombre registrado. Además de todos los papeles para abrirlo…

–Pero Einar, ¡ese no era el trato! –Una limpiadora que estaba barriendo cerca de nuestra mesa nos miró sin comprender. Éramos los últimos en el comedor y seguíamos enzarzados en una acalorada discusión nada propia de este país, mientras ellos seguían trabajando. Era como si no les estuviéramos viendo, aunque el mensaje fuera evidente: "¿Es que no pensábamos marcharnos nunca?", pensaban todos los que pasaban por nuestra mesa, aún sin recoger, porque seguíamos allí sentados.

–Solo he dado los primeros pasos, los más lentos en realidad. Es papeleo, Blanca, ¡nada más! Las cuestiones legales son las más aburridas, pero ahora que has dicho que sí, no pienso tardar ni un solo día en abrirlo. –Einar golpeó la mesa con el puño. Seguía tenso, lo notaba. En realidad, no me sorprendía lo que había hecho, simplemente estaba tan impaciente como yo por empezar y por eso había ido al registro sin mi consentimiento.

–Pues entonces, yo también quiero saber las decisiones que tomas. ¿Entendido? Esto es de los dos, al cincuenta por ciento. ¡Como un hijo! –Einar sonrío al oír aquel comentario.

–Y tú vas a ser una madre estupenda. ¡Vámonos de aquí, Blanca! Tenemos que trabajar en esas ideas que tienes… –Y se levantó de un salto diciendo aquello. Pensé que bromeaba, como siempre hacía cuando estaba contento. ¿Trabajar ahora? Eran ya casi las dos de la mañana. El vivir en esta ciudad a media luz le había hecho volverse tarumba. Nunca parecía tener sueño si tenía por delante un nuevo proyecto, y este le estaba haciendo bombear el corazón desde hacía meses. Con las mismas me ayudó a

levantarme de la silla, casi tirando de mi brazo para salir fuera–. Iremos a mi casa, tengo un par de cosas que quiero enseñarte…

A la salida no tardamos en encontrarnos con el mismo aparcacoches al que antes había amenazado sin querer. El pobre, desesperado, llevaba horas con las llaves de mi mini en la mano.

–¡Despídete de tu amigo! –me dijo Einar señalándole.

–¿Todo bien? –le pregunté en sueco al acercarse a nosotros: "por fin", estaría pensando. Al muchacho se le escapó una risita floja al reconocer mi acento extranjero, seguramente porque no había dicho eso exactamente. Entonces, Einar puso una mano sobre mi hombro, y le dijo algo más que no entendí, lo que hizo al chico soltar una carcajada antes de marcharse corriendo.

–¿Qué le has dicho? –le pregunté, harta de que siempre me hiciera lo mismo.

–Que se pusiera a salvo porque ibas a conducir tú –contestó Einar observándome mientras me descalzaba para conducir.

–Tú te crees muy gracioso, ¿verdad? –Iba a demostrarle que podía conducir aquel coche con el mismo estilo que Charlize Theron, pero nada más salir del recinto me di cuenta que no sabía adónde tenía que ir.

–No te preocupes, tú sigue recto. Pronto encontrarás agua y tendrás que girar. –Y sin esperar más indicaciones, aceleré. Ahora me tocaba a mí. En realidad, esto solo era el principio. Puede que me perdiera por el camino, pero sabía que al final iba a llegar a buen puerto, porque Einar estaría a mi lado.

Después de la primera rotonda me sorprendió verle encender la radio y buscar, como yo siempre hacía en su coche, una emisora de radio que le agradase.

–¿Qué haces? ¿Me estás imitando? –Einar sonrió. En realidad, no lo hacía, pero podría… Esta noche tenía el humor perfecto para ello.

–Ya me he dado cuenta de que para ti es muy importante la música que suena a cada momento, por eso estoy buscando la mía…

–¿La tuya? ¿Tu canción? ¿Tu canción para qué? –Y en ese momento pasó el dial por una emisora de clásicos musicales, esta noche había un especial de Frank Sinatra. Sonaba *Fly me to the moon*, y Einar se dijo que no podía haber encontrado mejor canción.

–Ahora gira a la derecha –me indicó parcamente. Prefería mantener el misterio y ver cómo reaccionaba ante él. Por lo poco que había aprendido a situarme en esta ciudad, supe que nos dirigíamos a la isla de Södermalm o Söder, situada en la parte sur de la ciudad. Al estar un poco más elevada que el resto, servía de perfecto mirador.

–¿Qué demonios escondes ahí dentro? –Me iba a morir de tanto suspense. Sin embargo, Einar disfrutaba como siempre haciéndome sufrir. Así que en lugar de enseñarme lo que había dentro de una caja que había cogido de la guantera, se puso a cantarme a capela como un verdadero profesional. Algo que no me esperaba en absoluto, y me hizo reír a carcajadas–. Deberías hacer un dueto con tu amigo Michael, tenéis el mismo registro… –le dije cuando ya me había recuperado un poco de la impresión. Él seguía cantando a pesar de mis bromas, era fantástico verlo así de contento.

–En realidad, ya hicimos ese dueto una noche. ¡Por eso él ahora es famoso y yo sigo poniendo copas, ya me entiendes! –Fue una agradable sorpresa comprobar que Einar cantaba muy bien, mejor de lo que nunca hubiese imaginado. Lo que me llevaba a la conclusión de que podría haber sido igual de bohemio que su hermana, viviendo de su propio arte, solo que a él le gustaba muchísimo más hacer negocios. O simplemente, ganar dinero, muuuucho dinero… –¡La segunda a la derecha! –añadió, sacándome a la fuerza de mis pensamientos. Hice caso a sus últimas indicaciones, y entramos a una zona ajardinada especialmente bonita; nunca antes había pasado por esta zona de la ciudad. Debíamos estar en uno de los barrios más caros de Estocolmo. En seguida vi su coche, así que debíamos estar cerca de su casa. Sin que él me dijera nada, me puse a aparcar, instante que él aprovechó para abrir por fin el estuche de terciopelo negro que había dentro de la caja. Cogiéndola entre sus dedos sacó de allí una pulsera. Una pulsera de oro blanco con pequeños brillantes engastados, que me hizo perder el control del volante durante unos segundos. Algo que Einar solucionó en seguida enderezándolo. Era una esclava muy sencilla, pero a la vez sumamente elegante. Y mientras me la ponía con una destreza inusual en un hombre, terminé la maniobra… ¡todo un reto para mí dadas las circunstancias! (A Einar siempre le gustaba ponerme las cosas difíciles). Me imaginé, conociéndolo como lo conocía, que aquellas piedras no serían de fantasía. Por lo tanto, tenía claro que no podía aceptar un regalo tan

caro–. ¡Feliz cumpleaños, Blanca! –dijo al terminar de canturrear su canción; poco a poco había ido perdiendo el hilo de la letra hasta quedar un silencio entre él y yo, eso me hizo notar un nudo en mi garganta.

–Einar, yo no… –La pulsera ya bailaba en mi muñeca, pero yo quería quitármela y entregársela. No merecía algo tan valioso, aquel no sería nunca mi estilo. Entonces, él se dio cuenta de mis intenciones, y poniendo su mano en mi antebrazo, impidió que yo llegara a tocarla.

–Escúchame bien, Blanca. Vas a tener que ir aceptando poco a poco que mereces que te traten algo mejor de lo que lo han hecho esos estúpidos con los que has estado. Despídete de Eloy, de Manuel y de todo el que te haya hecho pasarlo mal. Porque han pisado la luna sin conocerla, y se han creído unos héroes por ello. ¡Ya está bien! Como me dijo tu hermana, es como si tuvieses un imán para los cretinos. Ellos han conseguido hacerte creer que eres tú la que tiene un problema como mujer, y eso no está bien. No te quiero ver más sufrir, ni llorar, ni decir que no te crees capaz de hacer algo. Eres una mujer fuerte y muy valiente, y a mí me lo has demostrado. Así que ya va siendo hora de que tú también lo reconozcas… –me quedé muda, y durante unos segundos estuve a punto de romper a llorar y echarme en sus brazos. Pero tenía que ser tan fuerte como él decía que era.

–No habría conseguido recuperarme si no hubieses estado a mi lado, Einar –le dije sin mirarlo, sintiéndome aún más abrumada que cuando me había puesto la pulsera.

–¡Pero si yo no he hecho nada, Blanca! Tan solo conducir… Yo no he conseguido alquilar más de veinte casas en menos de un mes sin saber nada de este trabajo, no habría podido hablar en un idioma totalmente diferente al mío en tan poquísimo tiempo. En serio, creí que jamás lo conseguirías…. –Paró un segundo su discurso cuando vio que me giraba hacia él y lo miraba con una sonrisa en los labios. Era así como le gustaba verme–. Blanca, ni siquiera he podido, con todos los años que llevo trabajando con ellos, sacarles una sonrisa a Simon y Hanna. ¡Eres auténtica! Y ojalá que el tiempo no consiga cambiarte… Así que, para empezar, y como ejercicio, no te quitarás esa pulsera. Es un regalo que me agradaría llevaras puesto, para que te recuerde todos los días lo que te he dicho en este momento. ¿Me has entendido? Si no, me sentiré muy ofendido. No puedes rechazarme así… –Einar terminó aquella frase con un gesto de fingido malestar.

–¡Yo no te estoy rechazando! –le dije levantando el tono de voz sin querer. Ahora empezaba a lamentar estar tan sobria. ¿Einar estaba declarándose, o simplemente hablaba de mí como persona? Estaba totalmente confundida.

–Esta noche no debería haberte dejado sola, lo sé –me dijo mirándome con intensidad–; cuando estoy lejos de ti, vuelvo a las andadas. No deberías permitirme que me apartase de tu lado… –El reflejo de las luces de la farola que estaba a nuestro lado se colaba por la ventanilla que estaba junto a Einar, aquel detalle hacía que su imagen fuera mucho más conmovedora. Me estaba confesando que había vuelto a jugar tal y como había sospechado. Solo por eso merecía mi respeto y atención–. Cuando esta noche en la cena he vuelto a la mesa y allí estabas tú, esperándome, he recordado muchas cosas de mi pasado… –volvió a hacer una pausa, bajando el rostro para mirar sus manos un momento. A Einar le estaba costando encontrar las palabras por primera vez en su vida–. Aunque estuvieras enfadada conmigo, y tenías motivos suficientes para estarlo, no te ha importado la espera. Y no sabes lo que te lo agradezco, sabiendo como sabías que estaba jugando otra vez. Que estaba rompiendo de nuevo mi promesa… Supongo que es más difícil de lo que pensaba, Blanca.

–Al menos lo reconoces, ¡eso ya es un gran paso! –le dije para reconfortarlo.

–Esta noche me he sentido muy afortunado. Has dicho cosas muy importantes para mí en aquel salón, y no sé si llegas a entender lo feliz que me has hecho cuando has dicho que ya estabas preparada, pero pienso demostrártelo cada día. Alguien allí arriba cometió un grave error el día que nos conocimos, porque yo jamás he sido tan bueno como para merecer a alguien como tú.

–¡No digas eso, por favor! No sigas… –Fue lo único que logré vocalizar correctamente; después solo murmuré palabras sin sentido. Menos mal que ya habíamos llegado a su casa, porque utilicé las dos manos para taparme la cara. Aquello me superaba. Eran muchas las emociones de esta noche, y me sentí incapaz de poder sobrellevarlas todas juntas: iba con un vestido precioso, había conducido el coche de mis sueños en el día de mi cumpleaños, me habían llevado a una fiesta de las que salen en las revistas de moda (donde Michael Bublé me había dedicado una canción), y después

de ponerme una pulsera de diamantes en la muñeca, Einar acababa de decirme que no me merecía.

–¡Oh, vamos, vamos! No te he dicho eso para que ahora te pongas a llorar. Hoy es un gran día, y no voy a permitir que derrames ni una sola lágrima más delante de mí. ¡Subamos de una vez, estoy impaciente porque veas algo! –Einar zanjó así el momento de tensión entre nosotros. Tenía la impresión de haber dicho que sí a muchas más cosas que a abrir un restaurante, y la cuestión era que no me molestaba aquella idea. ¿Me habría enamorado realmente de Einar sin darme cuenta? Nota: revisar mis sentimientos de estas últimas semanas (me he tenido que perder algo…).

Salimos del coche. Einar me achuchaba fraternalmente mientras caminábamos hacia su portal. Le había dicho que estaba helada al ir sin medias en plena madrugada, y él se mofaba de mis comentarios, como siempre, diciéndome entre risas que cuando llegase el invierno moriría de frío si seguía en Estocolmo.

–¡Ya me las apañaré! ¿Acaso dudas de mi capacidad de supervivencia? –le dije altiva. Einar respondió pasando su brazo por encima de mis hombros, atrayéndome juguetón un poquito más hacia él, y diciéndome al oído que por supuesto que no. Fingí desaire, pero me agradó sentirme arropada por su calor, caminando juntos por el sendero de aquel jardín comunitario.

Cruzamos el portón de entrada al edificio donde vivía Einar, que no solo impresionaba por su altura (más de tres metros), sino porque podría ser perfectamente una réplica exacta de las puertas del Duomo de Florencia. Estaba bien para empezar, así me iba haciendo una idea de lo que podía encontrar dentro…

Cuando llegamos al ascensor, me miré en el espejo y agradecí de nuevo los consejos de la experta Marisela. A partir de ahora siempre llevaría maquillaje *waterproof* en las ocasiones especiales. ¡Por lo que pudiera pasar! Tenía los ojos algo rojos por el cansancio y las lágrimas, pero aún seguía viendo un bonito rostro. Quise guardar para siempre esa imagen, como un retrato antiguo: Blanca Blanes en primer plano con Einar Lönnberg detrás, acariciando su hombro (me gustaban demasiado esas caricias que había tardado demasiado en volverme a regalar). Einar, como siempre tan observador, se dio cuenta de otra cosa: no estaba tratando de esquivar mi propio reflejo. ¡Y eso era algo estupendo! Le sonreí al saber lo

que pensaba, sonriéndome a mí misma a la vez. Einar quiso aprovechar aquel extraño plano para guiñarme un ojo, y decirme después acercándose un poco más a mí:

–Levanta la cabeza, princesa, si no la corona se cae… –Y me besó después en el cuello, justo detrás de la oreja. Cerrando los ojos pensé en seguida en lo grandes y horribles que eran mis lóbulos, y que los tendría que haber esquivado para poder besarme. E inmediatamente después me llamé tonta por pensar de esa manera. Esas ideas eran estúpidas, y no me hacían ningún bien. Sin embargo, él me veía más hermosa que nunca, y sabía que ese era el mejor regalo que yo misma me podía hacer: verme así de bien. Algo tan simple como mirarme al espejo y estar a gusto con lo que tenía enfrente. Sin ponerle pegas, ni peros. ¡Quererme tal cual!

Sentí su abrazo por detrás (debía de vivir en el ático porque estábamos tardando mucho en llegar a su piso). Iba a poner mis manos sobre las suyas cuando me di cuenta de que aún llevaba las llaves del coche.

–¿Y el coche? Si ya no trabajo más contigo, deberías quedártelo… –Y diciendo esto me giré por fin para devolvérselas.

–¡Bah! Te lo puedes quedar hasta que expire el alquiler, lo he pagado por adelantado. Aunque a partir de ahora no creo que tengas muchas oportunidades de conducir, Blanca. Recuerda, vas a abrir un restaurante… –Y tenía toda la razón. En cuanto me metiera de lleno en este nuevo proyecto, sabía que me absorbería completamente.

Segundos más tarde, mientras Einar abría la puerta de su casa, me di cuenta de que estaba diciendo adiós a una pequeña etapa de mi vida en la que había sido sorprendentemente muy feliz sin ningún hombre en ella, como mucho, Einar (pero no en la manera que ahora lo estaba considerando). Debía prepararme para dar la bienvenida a otra etapa muy distinta; al parecer, ya me había nacido otro nuevo corazón, como decía Marisela.

–¡Cuidado! –exclamó Einar señalando mis pies, haciendo que me parase en seco sobre la alfombra de la entrada.

–¿Qué pasa ahora? –pregunté, mirándome las puntas de los zapatos sin ver nada especial, simplemente que no llevaba medias. En ese momento apareció, justo detrás de mí, un gato siamés. Ronroneando y rozándose intencionadamente con mis tobillos.

–Te presento a Morgana, la dueña de esta casa. Y mira, parece que le has caído bien… –lo dijo elevándola a la altura de mis ojos. Los suyos eran aún más cristalinos que los de Einar.

–¡Vaya! Te gustan los gatos, odias a los niños… ¿quién eres en realidad? ¿Gargamel?

Pero Einar ya no me escuchaba, iba camino de la cocina para dar de comer a su gata. Entonces me quedé sola en la entrada, cayendo en la cuenta de repente de dónde estaba en realidad. En la casa de Einar. ¡La casa de Einar Lönnberg! ¿En qué momento había aceptado subir a su casa? Mi corazón se disparó, y me sentí un poco mareada al reparar en el significado real de aquella frase. ¿Qué hacía yo allí? O mejor aún, ¿por qué no me habría bebido todo el champán de la fiesta cuando tuve la oportunidad? Ahora estaba totalmente sobria y sería consciente de todo lo que me iba a pasar. ¡Mierda!

–Tranquilidad, Blanca. Que no se te olvide respirar –me dije intentando tranquilizarme. Habría que asumirlo con todas las consecuencias, ahora no podía coger la puerta e irme.

Inspiré y espiré, Einar seguía sin aparecer. Así que volví a inspirar otra vez…

–Mucho mejor, ¿verdad, Blanca? –me pregunté–. Pues no, chata. ¿No ves que me siguen temblando las piernas? –En ese punto ya lo dejé, porque me estaba poniendo muy borde conmigo misma. Iba a ser mejor dejarme estar.

Seguí sin moverme de la alfombra de la entrada. Sin embargo, desde aquella perspectiva se adivinaba cómo sería su casa: un ático despejado, de suelo de pizarra, posiblemente radiante. Combinaba la madera de haya de los muebles con el acero de columnas y vigas de acero oxidado en el tejado. Tenía pinta de haber sido una antigua fábrica o almacén, que Einar había reformado de arriba a abajo, conservando en algunos tramos el ladrillo rojo original. Tenía su toque de elegancia retro. La iluminación en la entrada era cálida e indirecta, procedente de molduras en el techo, muy apropiada para dar una sensación acogedora nada más entrar. No había ni una sola lámpara a la vista, seguramente era lo mejor para que Morgana se paseara a sus anchas… (debía ser una gata muy solitaria).

–¡Maldito Lönnberg! –pensé al rato. Ahora, cuando veía una casa calculaba mentalmente los metros cuadrados (me había convertido en su pequeño monstruo). Y todo era por culpa suya.

En definitiva, se notaba que no había escatimado en diseño y la calidad. Pero era lógico, si Einar conducía un Maserati, no iba a vivir en una chabola ni mucho menos. Pude entrever un par de cuadros enormes en el pasillo, que hacían contraste con las paredes. Y algún detalle de color en la alfombra del suelo del salón, o en un sillón que se veía al fondo. Todo estaba pensado: colores, materias, texturas. Seguramente no habría sido él quien se habría puesto en busca de esas combinaciones que terminaban dando una imagen muy compacta y moderna a todo el conjunto, pero sí que le habría dado el visto bueno.

–Es la casa de Einar Lönnberg, pequeña… –me dije a mí misma mientras jugueteaba con mis propias manos aún sin moverme de la entrada–, *made in Sweden* cien por cien. Sonreí al pensar este tipo de cosas sobre él. Después me rogué algo más de seriedad, y cuando me estaba diciendo inocentemente eso de "esta sería una buena oportunidad para conocerlo mejor", apareció delante de mí, desnudo de cintura para arriba. Paseándose tranquilo con el torso descubierto, mientras se quitaba los zapatos ayudándose con los pies.

–¿Te apetece un baño? –preguntó Einar por cortesía, ya que él estaba dispuesto a dárselo de todas formas. Siguió avanzando hacia el interior, y con un gesto con la mano me indicaba que le siguiera. Supongo que tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para no reírse de mi cara de asombro, pero es que aquella escena lo merecía.

–¿Se puede saber qué haces? –pregunté todavía incrédula, pero Einar no contestaba, tan solo me guiaba por su enorme salón. Precioso, cómo no. Tenía en una esquina una barra americana abarrotada de botellas con dosificadores, dispuestas en escalera, que parecían una exposición de arte o una mesa de laboratorio. Vestigios de su pasado como barman, supongo. Pero poco más pude ver; ahora ya no me podía fijar en los detalles de la decoración, tan solo en aquel *striptease* gratuito en el que él era el único protagonista. Einar se estaba desabrochando el cinturón del pantalón, mientras abría empujando con su espalda las puertas correderas de la hermosa balconada que comunicaba con la terraza exterior–. No lo hagas, por favor, Einar. ¿Es necesario que te des un baño ahora? –le pregunté tragando saliva, mientras me miraba con una sonrisa de diablillo.

–Es lo mejor para despejarse. ¡Vamos! –Se notaba que él estaba muy cómodo con su cuerpo, eso nunca lo habría puesto en duda. Sin embargo, no tenía ninguna compasión de mí, ya que era evidente que estaba pasando

por serias dificultades para respirar viendo cómo se desnudaba sin ningún pudor delante de mí. Y lo peor era que, como había imaginado, tenía un físico imponente, propio de un nadador. Con una espalda ancha y musculada, haciendo juego con su abdomen. De repente noté algo suave rozándome los tobillos; era Morgana, que había terminado de cenar y se ponía a ronronear a mis pies.

–¿Y tú tienes que ver esto todos los días? –le pregunté a la minina mientras pasábamos juntas a la terraza. La gata abrió la boca, y enseñando los colmillos, bostezó como respuesta. Seguramente la habíamos despertado…

A continuación, Einar dejó sobre una hamaca el pantalón, y se quedó vestido solo con un bóxer oscuro. No quise comprobar si era un bañador, porque trataba de hacerme la despistada mirando a otro lado, aunque estaba claro que él quería que lo viera en paños menores. Por eso no dejé de seguirlo en la distancia mientras se alejaba hacia la ducha. Entonces me di cuenta de que había una piscina allí fuera. ¡Madre mía, ni a un ciego se le habría pasado por alto! Seguramente estaba demasiado concentrada en lo que no debía. En seguida me di cuenta de que aquella piscina no era una piscina cualquiera. Estaba incrustada en el borde mismo del precipicio sobre el que se levantaba su piso, y ese lateral había sido hecho de cristal o metacrilato. Algún material lo suficientemente fuerte para que soportarse el peso del agua, pero que permitiese ver a través de él. El efecto óptico de nadar allí dentro tenía que ser una gozada… ¡Menudo genio estaba hecho!

–¡Vamos, Blanca! –me dijo tirándose a la piscina sin salpicar nada de agua, y, con las mismas, llegando al otro extremo buceando como un delfín hasta donde yo estaba. Cuando salió a la superficie, seguía sonriendo. –Venga, anímate. Esto sería mucho más divertido si estuvieras aquí dentro…

–No necesito despejarme, gracias. Además, ¡el agua debe de estar helada!

–¡Qué va, pruébala! –Y, chapoteando en la piscina, quiso que comprobase en mis propias carnes que era climatizada. Aunque aquello le diese un valor añadido a su invitación, decidí alejarme de allí. No me veía nada segura en tierra firme con él al lado, mucho menos en medio del agua–. Está bien, está bien. No hace falta que huyas de mí, no insistiré. Pero permíteme darte un consejo ahora que has cumplido un año más, Blanca… –hablaba con medio cuerpo fuera del agua, mientras el otro medio estaba iluminado por las luces que había en el interior de su piscina–: no esperes

mucho, el momento perfecto no existe, las cosas más emocionantes de tu vida te van a suceder de repente, cuando no estés preparada para ellas. ¡Y por eso serán irrepetibles! ¿Entiendes? La vida es un sesenta por ciento rutina, un veinte por ciento de desengaños y malos recuerdos y… –había sacado las manos del agua y marcaba con énfasis sus palabras, levantando uno a uno todos los dedos, solo le quedaban dos por descubrir– si no vives el veinte por ciento de diversión y éxito que te pertenece, alguien lo hará por ti, y tú a cambio solo obtendrás más rutina y malos recuerdos… ¡Así que tú decides!

–Decido quedarme aquí, pero gracias por el consejo. Lo tendré en cuenta…

No es que me agradase darle calabazas en su propia casa, pero no quería desviar su atención. Yo había venido aquí por algo, y no creo que fuese para nadar precisamente. Además, acabábamos de firmar un acuerdo verbal, ahora éramos socios, y mientras mi cuerpo aguantase tendría la cabeza fría en este nuevo negocio. No quería añadir otro veinte por ciento más de desengaño a mi vida, ahora me tocaba disfrutar del éxito, según la teoría de Einar.

Seguí inspeccionando la terraza mientras él se puso a hacer largos. Estaba estupendamente decorada, como todo lo demás. Todo tenía su toque personal: muy difícil de describir, pero extraordinariamente fácil de reconocer. Seguramente aquella casa tendría también un gimnasio y una sauna en alguna de aquellas habitaciones acristaladas que se veían desde fuera. Aquel era un ático enorme, que debía costarle una fortuna todos los meses, lo que daba aún más pena al saber que casi siempre estaría vacío.

Anduve un buen rato por la tarima de madera que cubría toda aquella terraza, haciendo sonar mis tacones con cada pisada, acercándome al abismo sobre el que nos elevábamos. Lo mejor de aquella casa no era la piscina, sino esas estupendas vistas de la ciudad. Me acordé entonces del mirador de Monteliusvägen. No habría sido necesario ir allí para ver el esplendor de las luces de esta ciudad salpicando los canales y lagos… desde aquí también se veían, y el paisaje era aún más impresionante.

–Menuda maravilla tienes aquí, Einar –murmuré sin darme cuenta.

–¡Y que lo digas! –respondió él por detrás. Me giré en seguida. Einar había dejado de nadar y había salido de la piscina sin que me diese cuenta.

Estaba a mi lado, enrollando una toalla en su cintura y observándome en silencio–. Esa sonrisa sigue siendo aún más bonita que esta ciudad…

No pude evitar fijarme en un par de gotas de agua que resbalaron por su pecho. Einar tenía todo el cuerpo depilado; al parecer lo de la natación se lo tomaba en serio, como todo lo demás. Aunque para mí fuera extraño, él disfrutaba de nuestro silencio, y creo que consiguió descubrir mis pensamientos al cruzarse con mi mirada:

–¿No vas a vestirte, Michael Phelps? Si tenemos que seguir hablando, debería ser en las mismas condiciones –le supliqué.

–También podrías desnudarte, ¡prometo no asustarme de lo que haya bajo ese vestido! –respondió él. Pero decidió hacerme caso y entrar de nuevo en su casa para vestirse.

Regresé sobre mis pasos y entré de nuevo al salón, donde, además de la impresionante barra de bar que hacía las veces de mesa de comedor, había también un sillón esquinero enorme y un moderno equipo de sonido. Me hizo gracia que no hubiera tele en aquella habitación, o, al menos, no a simple vista.

Nerviosa como estaba, decidí probar mi suerte tocando alguno de los pocos botones que sobresalían de aquel aparato de reproducción ultramoderno. De repente la parte frontal del equipo se iluminó con letras doradas, y pude leer el título de la canción que iba a empezar a sonar: *Marvin Gaye-Sexual healing-remix*… Todo aquel texto pasó rápido delante de mis ojos y, en cuestión de segundos, aquel salón se llenó de música. No, y no estoy exagerando.

Todo empezó con un repiqueteo muy suave que procedía de detrás del sillón, después un “uhhh” que rebotó en el techo haciéndome mirar hacia allí, y más tarde el resto de instrumentos que acompañaban a la voz de Marvin salieron para juntarse en pleno salón, estallando por fin el principio de la canción. Flipé en colores. Y alguien tocando los timbales quiso confirmarme que lo podía flipar aún más, en cinemascope. ¡Esto sí que era sonido envolvente! Subí el volumen. Einar tenía el mejor equipo de música que jamás había escuchado. ¿Y por qué no había empezado la visita por aquí? Aquello era mi sueño hecho realidad. Y en aquel momento de euforia plena, alguien bajó el volumen de la canción y me quedé helada al descubrirme bailando en pleno salón de su casa.

–¡Upss! –Fue lo único que pude decir en mi defensa.

–Sabía que no ibas a tardar en poner algo música, pero no me esperaba que también fueras a bailar… –Einar estaba terminando de ponerse una vieja camiseta azul claro, que le sentaba de maravilla con aquellos pantalones vaqueros muy gastados.

–Sí, bueno. Esta es mi manera de despejarme… –Y con aquella respuesta quise aparentar normalidad, así que me senté en uno de los tres taburetes que había junto a la barra y cogí al azar una botella (cualquiera de ellas me venía bien en este momento). Ya me disponía a llenar el vaso que tenía enfrente cuando Einar la cogió al vuelo.

–Yo te sirvo… –Y se puso frente a mí, volviendo a su antiguo puesto detrás de la barra.

–¿Qué me vas a poner? –Einar tardó en contestar, estaba concentrado buscando las botellas adecuadas.

–Voy a hacer un cóctel especial para ti, se llamará *Spanish Cooking on the rocks* –aquel disparate me hizo reír, pero Einar no bromeaba.

–¡Me gusta! Suena bien, y tiene pinta de llevar mucho alcohol. –Mi barman particular asintió con una sonrisa de medio lado y me metió, sin avisar, una aceituna en la boca.

–¡Humm! ¿Por qué has hecho eso? –Mastiqué la aceituna; llevaba queso por dentro, una mezcla extraña que me terminó gustando–. ¡Oye, está muy buena!

–Ahora ya sabes por qué lo he hecho. Es como tú: española y diferente… –Einar seguía mezclando bebidas mientras yo le miraba. Muchas de ellas no me sonaban para nada, y aunque intentase leer la etiqueta, a veces estaba tan gastada por el uso que no se podía saber de qué se trataba. Tenía un verdadero arsenal de elixires de dudosa procedencia, que no me resultaban nada tranquilizadores. Seguramente, después del fracaso obtenido con aquel numerito de la piscina, había pasado al plan B: achisparme para que bajara definitivamente la guardia. Y yo estaba aquí por algo estrictamente profesional, ¿no?

–Einar… –Y mi tono me resultó demasiado infantil hasta para mí misma.

–¿Sip? –Lönnberg seguía trabajando con afán en su combinado, pero de momento aún me escuchaba.

–¿En realidad tenía que ver algo aquí o solo me has traído para seducirme?

Decidí soltarlo así, medio en broma medio en serio. Einar levantó por fin la cabeza y me miró de tal manera que me hizo reír. A veces cuando quería era un verdadero payaso.

–Por ahora solo he conseguido que te pongas a bailar en mi salón, y sin quitarte nada de ropa. Así que tienes razón, será mejor que nos pongamos manos a la obra: ya puedes empezar a echar una ojeada a esta carpeta.

Einar se desplazó descalzo por el salón, sin perder para nada su pisada lenta y segura. Cogió una gruesa carpeta que se encontraba sobre una mesilla cerca de la balconada, al lado del mullido sillón haciendo esquina. Me entregó la carpeta como si de un trofeo se tratase y volvió a colocarse por detrás de la barra para terminar de elaborar su cóctel molotov, dejándome a mí el honor de abrir aquella caja de Pandora.

En su interior había cientos de dibujos a plumilla de Einar, bocetos que revelaban cómo sería el restaurante de sus sueños. Fue alucinante ver todos aquellos trabajos hechos a mano. Su trazado era tan real, repetido cientos de veces sobre el papel, que aquella imagen de todos juntos me dejó boquiabierta. Por eso solía llevar pequeñas manchas de tinta en los dedos, dibujar era su forma de sobrellevar la soledad de su piso. Entonces encontré, entre todas aquellas pequeñas obras de arte, un retrato mío. Era casi una foto en blanco y negro, había conseguido captarme fielmente. Nunca antes me habían dibujado tan bien. En realidad, jamás me habían hecho un retrato a mano alzada, así que era fácil impresionarme… (y eso era precisamente lo que Einar estaba haciendo durante toda la noche). ¡Pero si hasta había dibujado brillo en mis pupilas! Era extremadamente real.

–Einar, eres un artista –sentencié. Y a la vez él dejó delante de mí un vaso cuadrado de boca ancha con tres cubitos muy extraños, cada uno de un color diferente: rosa, violeta y blanco. Mirándolo detenidamente me percaté de que los cubitos no eran agua congelada, sino trozos de piedra, que Einar me explicó después se extraían en su país y acumulaban tanto el frío como el calor–. ¡Vaya, al final sí que vas a ser todo un patriota!

Pero, en realidad, aquel detalle de los cubitos no era tan importante como su efecto visual, y viéndolos moverse en el vaso supe que para Einar significaban otra cosa: éramos mis hermanas y yo, bailando en círculos las tres juntas alrededor de aquel vaso como si fuéramos peces de colores en una pecera. Aquella idea me hizo sonreír, como a Einar al ver que me gustaba su idea.

–¡Marchando un *Spanish Cooking on the rocks* para la chica de la sonrisa encantadora! Pruébalo, a ver qué te parece…

El colorante de las piedras se disolvió lentamente siguiendo su recorrido por el vaso, dejando un débil surco difuminado que se veía a través del cristal. La bebida transparente se había tornado rosácea, y, después de olerla, deduje que posiblemente fuera ginebra. Humedecí mis labios y saboreé. Había una especie de azúcar en el borde del vaso, casi imperceptible, pero que dejaba al final del trago un sabor dulzón que combinaba perfectamente con aquella bebida tan amarga. Aparte de la quinina que llevaba la tónica, se camuflaba el sabor de alguna especia: ¿Cardamomo? ¿Jengibre? Desgraciadamente no era tan buena catadora como Einar lo era preparando combinados. Así que me di por vencida, fuera lo que fuese lo que estaba bebiendo, era otra obra de arte.

–¡Delicioso, ponte un diez! –Y le di a beber de mi vaso, desde el otro lado de la barra. Y con un pequeño sorbo tuvo más que suficiente para sentenciarme.

–Ya puedes estar preparándote para bailar la danza del vientre delante de mí, cariño, porque te estoy ganando por goleada… –bromeó Einar mientras se ponía a limpiar la barra. No había duda, llevaba aquel oficio en las venas.

–Lleva alcohol, ¿verdad? –quise saber, ya que el sabor que terminaba reposando en la boca era demasiado edulcorado para mi gusto… (Entendedlo, para mí era un tema urgente el embriagarse. Y por supuesto no lo iba a conseguir con un *shirley temple*).

–El suficiente para que empieces a hablar en sueco –Y, mientras me oía reír, se sentó ágilmente en el taburete que tenía a mi lado. Su trabajo había terminado por fin, ahora le tocaba a él disfrutar un poco.

–Son muy cómodos estos asientos… –quise alabar su buena elección mientras dejaba sobre la barra la carpeta con sus dibujos, y cogía el vaso para seguir bebiendo mirando hacia él, en lugar de hacia la barra.

–Más de cinco mil euros cada uno –respondió Einar.

Odiaba que hiciera eso, etiquetarlo todo por su precio en el mercado. Me parecía de mala educación, además de que me hacía sentir fatal por estar sentada en algo tan valioso.

–¿Y por qué compraste tres? Con dos te habría bastado para amueblar este picadero. –No quise perder la ocasión para meter mi puntilla, ya que el disco de Marvin Gaye había sido la guinda para este pastel de pisito. Sin

embargo, una vez más, Einar no se sintió ofendido. Simplemente me ignoró mientras su gata Morgana se subió al tercer taburete y maulló, quizás algo molesta porque me hubiese olvidado de ella.

–¡Lo siento, guapa! ¿Quieres? –Y le acerqué el vaso con mi gintonic especial. Morgana quiso beber en seguida de él, y hasta me levantó la patita como protesta cuando lo alejé de ella–. Tranquila, chica, ¡este lo ha hecho solo para mí!

Mientras, Einar desplegaba todos los dibujos por la barra con sus alargadas manos. Estaba en su salsa, iba a empezar de nuevo con su cuento de la lechera:

–Esta es la entrada, ¿no ves? Los primeros días aquí estarás tú, quiero que te vean nada más entrar. Aquí estará tu atril en columna, y se tendrán que esperar para saber si tienen su mesa preparada. Tendrás lista de espera, pero no te agobies por ello: ¡A la gente le encanta tener que esperar!

Mis ojos iban de Einar al papel, y del papel a Einar. Creo que en su mente el restaurante llevaba abierto hacía meses.

–Esta es la cocina, donde trabajará "tu mano derecha" –repitió mis palabras con cierto retintín–. Los mejores muebles en restauración, el mejor horno y la más moderna cámara frigorífica. ¡Esa chica va a querer dormir aquí, ya lo verás! –Einar engordaba por momentos de plena satisfacción–. La sala, con dos ambientes. Serán más de treinta servicios a la vez, ¿podrás aguantar la presión? –Solo con aquella perorata ya me estaba poniendo nerviosa, por eso centré mi vista en sus ojos, para tranquilizarme–. No quiero que falten camareros. ¡Quiero que la gente se sienta totalmente atendida! El trato debe ser exquisito, ¿entiendes?

No podía evitarlo, se le notaba en la voz, se estaba emocionando. Supongo que este era un gran momento para él: por fin podía enseñarme los dibujos que le habían mantenido despierto hasta la madrugada durante semanas, y podía hablar de nuestro restaurante como una realidad. ¡De nuestro pequeño!

–¡Quiero que haya tronas! –salté de repente, haciéndole callar–. Incluso, si tuviésemos espacio, estaría bien crear una pequeña zona de juegos para los niños. Eso les encanta a los padres, así pueden comer más tranquilos… –añadí al recordar otro requisito más que quería ver implantado en mi nuevo restaurante.

–¿De qué hablas? -Einar se había puesto sus finísimas gafas metálicas, pero, al oír mis comentarios, se las quitó rápidamente, como si le estuvieran quemando. –¿Acaso quieres convertir el Spanish en un restaurante familiar? –Al parecer, mis aportaciones no parecían gustarle.

–¿Te parece mala idea? ¿Qué pasa si quiero que los niños también vengan a comer al Spanish Cooking? Einar, no temas, no va a convertirse en una guardería. ¡Está bien! Borra lo que he dicho de la zona de juegos, pero al menos quiero que haya un menú infantil. Algo sencillo. ¡Incluso podríamos regalarles un mantel de papel para colorear! –A pesar del cansancio aquella madrugada estaba siendo una verdadera tormenta de ideas; para Einar, todo un vendaval que había entrado sin avisar.

–¿Y por qué no ponemos un payaso en la entrada que reparta globos a los niños? –preguntó Einar irónicamente, aunque tampoco me parecía una idea tan descabellada, al menos en el día de la inauguración–. Recuerda que no es solo tu restaurante, es nuestro, como muy bien acabas de señalarme. Y yo no tengo tan claro lo de tener un servicio *child-friendly.*

–Tú no me hagas caso, pero recuerda que un restaurante no es un bar de copas para ligar. Y quizás, si no estás preparado para recibir algún niño entre tus clientes, después recibas quejas, ¡o incluso hasta una reclamación! Piensa que estas nuevas madres son muy poderosas por las redes. ¿Te gustaría recibir una mala crítica por algo tan simple como no haber puesto un cambiador en el baño? –Einar inspiró, tenía algo de razón, pero aquello de ceder era nuevo para él.

–Déjame que me lo piense, ¿quieres?

Asentí, intentando ocultar mi sonrisa. Entonces Einar se volvió a poner sus gafas y seguimos hablando sobre los dibujos. Estaba segura de que mañana mismo tendría los planos reales, y, posiblemente, pasado ya estuviera una cuadrilla de hombres en el bajo, haciéndolos realidad. Ahora estábamos uno al lado del otro, codo con codo, construyendo juntos un castillo en el aire con nuestros propios sueños. Modificando cosas. Añadiendo otras. Haciéndonos una idea de cómo quedaría al final “nuestro” restaurante.

–¡No! Eso sí que no, ¡me niego!

Einar pretendía que las camareras vistiesen de flamencas. Con el pelo engominado hacia atrás, pendientes de aro y labios bien rojos, como una versión española del videoclip de Robert Palmer, *Simply Irresistible*.

Ambos nos reímos bastante con aquel símil, ¡menuda ocurrencia la mía! Creo que es por culpa de mi hermana Rosa, tengo un abanico demasiado amplio en mi cabeza de lo que se oyó en la década de los ochenta, y la bebida siempre lo sacaba a relucir cuando menos lo esperaba.

–¡Oh, venga! Tómate esto en serio, por favor –dijo Einar quitándose otra vez las gafas para secarse las lágrimas de los ojos de tanto reír. No es que yo fuera muy divertida, es que ya eran las cuatro de la madrugada y seguíamos despiertos.

–¿Yo? ¡Si no hay nada que me importe más en esta vida! –le dije, teniéndolo muy cerca de mí, oliendo aún ese perfume suyo que me perseguía desde el primer día que nos conocimos.

–Sí que lo hay, tu familia –añadió Einar, sorprendiéndome un poco con aquella frase. ¿Me debía sentir acaso culpable por querer a mis hermanas o a mis padres? Entonces él se dio cuenta de que no había terminado de entenderle, y quiso explicarse mejor–. Eres afortunada por tener ese apoyo, ellos siempre van a estar ahí, pase lo que pase. No en todas las casas se puede decir lo mismo.

Estábamos apretados el uno contra el otro, apoyados los dos sobre la barra, cuando en realidad teníamos todo el espacio del mundo en aquella casa (Morgana había decidido irse a dormir en un rincón del sillón). Así que, aprovechando aquella corta distancia y con mucha naturalidad, volvió a poner un mechón de mi pelo detrás de la oreja. ¡Era siempre el mismo, el muy traidor! Aquel gesto tan simple me heló la sangre de nuevo.

–Tú también tienes familia, Einar. Están tu hermana, tu hija… –dije retirándome un poco, estirando la espalda. No fue ningún descuido nombrar a su pequeña, pensé que no había mejor momento para que me hablase de ella–. ¿Cuántos años llevas sin verla?

–Tres… –Einar me respondió con la mirada perdida en las botellas–. Ni siquiera puedo llamarme padre, ¿no crees? A estas alturas no creo que pudiera reconocerla si la viese algún día. Yo la conocí cuando solo era un bebé, ahora ya será toda una niña… –Y tras decirme aquello, creo que se sintió aún más desnudo que antes, en la piscina.

–¿No la has vuelto a ver desde entonces? –Mi olfato me decía que el divorcio no había sido mucho más tarde de tener a su hija.

–¿Quieres que te cuente toda la historia de mi vida, Blanca? Pues bien, lo haré, te la contaré. Para que veas que no puedo esconderte nada, que voy en

serio con todo esto. He sido un jugador empedernido, y no me levanto ni un solo día de la cama sin reprochármelo. Por culpa del juego dejé sola a mi hija de apenas un año, y me fui a jugar a un casino. Porque solo podía pensar en las cartas, en el dinero que no estaba ganando mientras cuidaba de ella. ¡Era superior a mis fuerzas, no lo controlaba! ¿Te das cuenta de lo enfermo que estaba? –Einar arrugaba una pequeña servilleta entre sus dedos mientras hablaba, sumergido en sus recuerdos. Haciéndolos añicos como aquel trozo de papel–. Ese ha sido el error más grave de mi vida, Blanca. Y no tengo forma de volver a atrás. Mi mujer descubrió a mi hija sola, en la cuna, deshidratada de tanto llorar. Se había hecho arañazos en la cara y moratones por haber intentado salir de allí sin ayuda. Así que cuando volví a casa ya no estaban ellas, y, después de ese día, la he visto en muy contadas ocasiones. Siempre bajo vigilancia… -Había escuchado su voz temblar, no podía estar fingiendo aquella aflicción. Einar me estaba contando su veinte por ciento de malos recuerdos, su peor pesadilla.

–Creo que ya te has castigado bastante por ello, ¿no crees, Einar? –Quise darle consuelo de alguna manera. Por un lado, yo también pensaba que era abominable lo que había hecho; por otro, sabía que aquel fue su tope, lo que le ayudó a sanar de verdad.

–Pensaba que sí, pero me he dado cuenta de que aún sigo siendo muy débil. La prueba está en que he vuelto a jugar, y no tendría que haberlo hecho. Ni siquiera la primera vez para conseguir el local. Es como si aquello que sucedió no hubiese sido realmente importante en mi vida, y no es así. Merezco tanto lo que tengo como lo que no tengo, está claro. ¡Pero no estoy dispuesto a volver a perder nada más por culpa del juego! –Einar apretaba la mandíbula cuando estaba muy enfadado, como ahora consigo mismo. No podía soportar reconocer aquel fallo en su vida, y por eso apenas me había hablado de su hija en todo este tiempo. Sin embargo, aquello me hizo pensar en su pavor por los pequeñajos. En realidad, sí que le gustaban, solo que no podía evitar recordar a su hija al verlos. Y ante mí se abría una nueva esperanza: siempre había pensado en Einar como un soltero de oro, que disfrutaba de su soledad y tenía bloqueada de fábrica la opción de formar una familia. Pero en el fondo no era así, y eso me alegró el corazón sin darme cuenta.

–¡Vamos a continuar! ¿Te parece? –le dije zanjando este asunto. Había aprendido de él a cambiar de tema para no violentar más esta situación. No

pretendía hacerle sentir mal delante de mí, no era mi intención seguir hablando de aquel episodio terrible de su vida si él no quería. Conseguí despertarlo de sus pensamientos tocándole el brazo muy levemente, haciendo que saltaran chispas con aquel roce–. Por ahora me parece estupendo todo lo que dices. Aunque…

–¿Aunque? ¡No serás capaz de pedirme otra cosa! –dijo él volviendo a su acostumbrado tono de voz, mucho más animado.

Einar era muy rápido, y había entendido perfectamente el mensaje.

–Solo una cosa más… –le contesté mientras le veía cruzarse de brazos, fingiendo su enfado y haciendo más visible su musculatura.

–Quiero que en el Spanish Cooking solo se oiga música española. ¡Pop español! Y que se abra siempre con una canción. –Einar puso los ojos en blanco, y a continuación se pasó la mano por toda la cabeza. Aquel gesto solo lo hacía cuando estaba nervioso. Y ahora, gracias a mí, lo estaba.

–¿Y qué canción es esa? –quiso saber, obviando el tema de que no le gustaba nada escuchar música con letra en un restaurante. Además, aborrecía el pop español. Él habría preferido una sesión de *jazz* o *ultra lounge* interminable como hilo musical, pero quería terminar de una vez por todas con todas estas tonterías. ¡Mis tonterías!

–*Como un burro amarrado en la puerta del baile*, una canción de El Último de la Fila. Es un grupo… –Pero Einar no me dejó seguir hablando.

–No sé de quién es esa canción ni me importa, ¿pero por qué quieres que sea esa precisamente? –Einar no estaba nada de acuerdo con aquel nuevo punto. Así que iba a hacer todo lo posible para quitarme la idea de la cabeza si no había motivos suficientes para defenderla. Pero tal vez sí que los tenía.

–Por nada, me gusta simplemente…

–¡Blanca! Si no eres sincera conmigo, no vas a conseguir nada. Y creo que yo ya he sido suficientemente sincero contigo, ahora te toca a ti… –Y tenía toda la razón. Así que decidí ser valiente por una vez más en mi vida y ponerme frente al toro. Bajé muy digna del taburete y me fui hacia él, con muchas ganas de saber cómo terminaría este combate. Él, comprendiendo que aquello iba en serio, hizo girar su taburete hacia mí. Entonces fui directa a sus ojos, y casi hipnotizándolo con mi sonrisa, me acerqué un poquito más. Como le gustaba que estuviera cuando tenía que enseñar una casa a alguien.

–¡Porque esa canción habla de ti, Einar! –Y di un paso más, apoyando mis manos en sus rodillas–. Dice algo así como:

Mi primo, que tiene un bar, desde siempre me ha dicho,

y me consta que todo lo dice de muy buena fe:

tanto tienes, tanto vales, no se puede remediar.

Si eres de los que no tienen, a galeras a remar…

–De una cosa estoy seguro, ¡jamás podrás dedicarte al mundo de la canción! –respondió, burlándose de mí una vez más.

–Muy gracioso, pero aún no me has respondido… –Y le golpeé en la pierna, moviéndose su pulsera en mi muñeca al hacerlo.

–Esa canción significa algo más para ti, si no, no estarías intentando vendérmela. ¡Te recuerdo que yo he sido el que te ha enseñado todos esos trucos! –A veces me sorprendía lo que Einar me llegaba a conocer. Entonces, él abrió ligeramente sus piernas, y yo avancé un paso más. Nos miramos, y su sonrisa pícara me hizo sonreír a mí también. Para él era toda una sorpresa que estuviese tomando la iniciativa en esto de seducirnos el uno al otro, pero no pretendía hacerme cambiar de opinión. Había puesto sus manos sobre las mías, llevándolas un poco más hacia delante, haciendo que se encontraran con sus muslos. Para así tenerme aún más cerca. Y dejándolas allí por el momento, empecé a notar una suave caricia familiar. Ahora sus manos también tomaban protagonismo en esta escena, y volvían a hacer un recorrido que ya tenían aprendido. ¿Quién era el culpable aquí? ¿Yo, porque lo estaba acorralando, o él, porque me animaba a seguir? Einar estaba disfrutando jugando al ratón y al gato conmigo, aunque aún no supiéramos muy bien quién era quién en realidad.

–Tienes razón, es por algo que me sucedió en el pasado. Pero solo te lo contaré si después me prometes aceptar mi propuesta… –Nuestros labios volvían a estar peligrosamente cerca, apenas podía respirar.

–No te prometo nada, ¡tú cuéntame! –Las manos de Einar empezaron a juguetear con la tela de mi vestido. “Uy, uy, uy. Peligro, peligro…”, me decían todos los poros de mi piel. Sin embargo, a pesar de la tensión, seguí mi relato. Era consciente del peligro que corría en las fauces de aquel lobo, mi corazón a punto de explotar me lo recordaba a cada segundo, pero debía pasar definitivamente aquella prueba de fuego.

–Yo no era más que una niña de cinco o seis años cuando el grupo hizo pública la noticia de que se iban a separar. Por aquel entonces, mi hermana

Rosa ya era una adolescente rebelde muy fan de sus canciones, y ella quería ir como fuera a un concierto suyo. Por supuesto, mis padres no la dejaban irse sola por ahí. No recuerdo qué fue lo que había hecho, pero estaba castigada ese fin de semana. Y el castigo era cuidarnos a nosotras mientras ellos se iban de viaje a Portugal. Ella acababa de sacarse el carné de conducir, así que, ni corta ni perezosa, cogió el coche de mi madre y nos llevó al sureste de España, a uno de sus últimos conciertos en las inmediaciones del puerto de Cartagena.

–¡Bien por tu hermana! –Einar estaba deleitándose mirando todas las expresiones de mi cara mientras le narraba aquel relato, y yo de notar sus manos bajando hasta mi glúteo, empujándome así un poquito más hacia él. Haciendo que levantase los brazos y los pusiera en sus hombros, cogiendo mis manos por detrás de su espalda. Los dos estábamos muy cómodos, teniendo delante de nuestros ojos solo al otro. Mirándonos mientras hablábamos, y sintiendo que aún teníamos mucha noche por delante.

–Al final no llegamos al concierto, nos quedamos sin gasolina antes. Recuerdo que era ya de noche, y estábamos las tres un poco asustadas. Al final terminamos en una playa cerca de allí, casi paradisiaca. Bañándonos a la luz de la luna y cantando hasta quedarnos sin voz aquella canción. ¡Fue la mejor noche de mi vida! O una de las mejores… ¡esta tampoco está tan mal! –le dije fingiendo un gesto de conformidad.

–¡Hombre, gracias! Ya veo que tu listón está muy alto… –respondió Einar, divertido.

–Siempre recordaré ese viaje con mi hermana conduciendo y cambiando de emisora cuando no le gustaba la canción que sonaba. Nunca se me olvidará la letra de esa canción… Nunca hemos vuelto a estar tan unidas… –Einar apartó de mi frente algunos mechones de pelo; creo que le encantaba tocarlo, y seguir con los ojos las ondulaciones que había marcado Charlie con tanto esmero. Pero cuando supo que había terminado mi relato, me miró intensamente con sus ojos endiabladamente azules y, tras una de sus sonrisas de ganador, me besó, sorprendiéndome una vez más.

Primero fue un beso rápido y juguetón, que consiguió hacerme sonreír de nuevo. Lo hizo para que olvidara ese sentimiento nostálgico que me embargó durante un instante después de mi narración. Como diciéndome: “Eh, no te pongas triste, que ahora estás conmigo y yo solo estoy aquí para hacerte feliz”.

Después otro algo más largo, que me sirvió para recordar lo bien que besaba. Animándome a olvidar todos mis temores. A devorarle, aunque fuera un poquito. Y cuando ya estaba lanzada, y él lo supo en seguida, me dejó con la miel en los labios, porque volvió a separarse de mí.

–¡Ehh! –exclamé disgustada. Entonces fui yo la que provocó el tercero y definitivo, cogiéndolo por el cuello de su camiseta y arrugándosela, atrayéndolo hacia mis labios. Fue un beso mucho más intenso esta vez, que consiguió convencerme definitivamente de que ya no había nada que hacer. Estaba en sus brazos, y tenía que ser sincera conmigo misma, no deseaba moverme de allí. Quería pasar el resto de la noche (o el día) con él. Volví en seguida a saborear el tacto de su lengua en mi boca, jugando con la mía. Y estuvimos así un buen rato, besándonos al compás de nuestras aceleradas respiraciones. Apenas sabía qué hacer con mis brazos, en cambio, él tenía muy controlada aquella situación. Sus caricias pasaron rápidas esta vez a mi espalda, atrayéndome aún más hacia sí, algo que me parecía ya imposible. Apreté mi abrazo alrededor de su cuello, mientras él agarraba mis nalgas, elevando todo mi cuerpo un poco más.

–¡Me voy a caer, Einar! –le dije perdiendo el apoyo en el reposapiés de su taburete.

–Tú sujétate… –me dijo, convencido de poder terminar lo que estaba haciendo. Entonces me di cuenta de que estaba bajándome de nuevo, dejándome a horcajadas sobre sus muslos.

–No es la primera vez que haces esto, ¿verdad? –le pregunté apoyando de nuevo mis brazos en sus hombros. No sabía por qué le preguntaba eso. Conocía bien la respuesta, muy a mi pesar.

–Lo he hecho por tu bien, para que no te tropieces… –me dijo sonriendo–. Ahora ya puedes quitarte los tacones si quieres, yo ya voy descalzo.

Se oyeron mis zapatos al caer desde una pequeña altura.

–¿Algo más? –le pregunté, asumiendo que su objetivo desde el principio había sido desnudarme.

–No, el resto puedo hacerlo yo solito… –Y mientras decía aquello noté sus manos bajándome la cremallera del vestido, deslizando después por mi hombro desnudo un tirante, y luego el otro. Aquellas manos siempre me habían parecido muy peligrosas, y era el momento de saber cuánto.

–Einar, creo que…

No sé qué pretendía decirle. Supongo que pasó por mi mente la idea de que iba a volver a cometer el mismo error que con Eloy, y me había prometido a mí misma ser un poquito más inteligente. Pero, por otro lado… ¡besaba tan bien! Que me hacía olvidar pronto todo lo que había pensado antes.

Einar sabía reconfortarme, lo había hecho desde el primer momento. Por eso él siguió muy tranquilo cuando tanto el vestido como el sujetador se deslizaron por mi cintura sin pensárselo mucho, dejando mi torso desnudo frente a él. Y mi cuerpo, que no era ni mejor ni peor que el de antes, sino el mismo visto con sus ojos sanadores, se encaramó impetuoso al suyo.

En ese momento se oyó un crack debajo de nosotros. ¡Dios mío, no podía ser! ¡El taburete de más de cinco mil euros!

–¡Einar, lo he roto! –grité asustada abrazándome a él.

–Sí, así es… –Y mientras Einar se enderezaba en el asiento que volvía a su anterior posición con absoluta normalidad, me di cuenta de lo inocente que había sido. Por eso costaba cinco mil euros, porque podía soportar nuestro peso sin problemas. Diseño sueco, lo llaman… –. ¡Eres mi Juanita Calamidad! –susurró a mi oído haciéndome reír, pero no le dejé decir mucho más. Supongo que habíamos estado esperando mucho tiempo para este nuevo encuentro, y eran demasiados los besos que nos debíamos. Sus manos, sus brazos, sus caricias, no habían perdido ni un ápice de aquella sensibilidad que recordaba. Einar sabía cómo tocarme, haciéndome estremecer. Sentí su lengua bajando por mi piel con cada beso, y cerré los ojos ante aquel inmenso placer. Ahora mis pequeños pechos estaban a la misma altura que su boca, y no desperdició ni un segundo para acariciarlos, besarlos y morderlos jugando con ellos. Verle disfrutar y decir que le gustaban mis pezones me hizo reír y quererle aún más. Así que de repente me sorprendí quitándole la camiseta, ahora yo también era de la opinión de que llevábamos demasiada ropa encima.

–¡Si tenías tanta prisa, no haberme dicho que me vistiera! –bromeó, refrenando mis ganas de seguir besándolo, obligándome a hacer una pausa. ¿Tenía razón y estaba siendo demasiado pasional?

–Perdona… –tardé en decir, despegándome un poco de él, pero es que necesitaba de ese contacto para darme cuenta de que lo que estaba pasando era real–. No pretendía ir tan rápido.

–Aunque tú pienses lo contrario, esto no es algo que hago tan a menudo. Así que, cuando sucede, me gusta disfrutarlo… –dijo acercándose a mí, susurrándolo en mi oído, besando después mi cuello. Él sabía que mis nervios me estaban haciendo perder el control, por eso intentaba tranquilizarme. Yo, sin embargo, solo tenía hambre de más besos y caricias, y quería que se callase de una vez para concedérmelos. Así que mordí su labio inferior para que tuviera la misma prisa que yo por ir al grano, pero no surtió el efecto que yo esperaba: él se apartó de mí al instante, tocándose el labio herido con los dedos.

–¿Me has mordido? –me preguntó, y la pregunta me hizo dudar, porque estaba mirándome muy serio.

–Sí… ¡lo siento! –Y ya era la segunda vez que me disculpaba desde que habíamos empezado a besarnos. Algo no iba bien, desde luego.

–Ahora sí que lo vas a sentir… –Einar me asustó con aquella frase, y mientras me cogía en volandas, vi que volvíamos a la terraza.

–¡No, a la piscina no! –Me apreté a él todo lo que pude durante la carrera. Clavándole las uñas incluso. Haciendo lo posible para que no pudiera desprenderse de mí y arrojarme al agua.

–¡Olvídate de esa estúpida canción y prometo no tirarte al agua! –me dijo con los pies en el borde de la piscina.

–Ni hablar, ¡quiero que se abra todos los días “nuestro” restaurante con esa canción! –Y aquello fue mi sentencia de muerte. A continuación, me dio un beso de despedida y me dijo *good bye* tan ricamente (como decía Manolo García).

OceanofPDF.com

Capítulo 14

El día después

Blanca se despertó con un fuerte dolor en el bajo vientre. Aquella sensación desgraciadamente familiar le indicaba que iba a empezar con la regla en breve, si no lo había hecho ya.

–¡Rosa, te odio! –murmuró en voz baja, con el pelo todavía húmedo tapándole la cara. Aunque lo peor de aquel mal despertar no fue eso. Al abrir los ojos, Blanca se dio cuenta de que aún seguía en la casa de Einar. Concretamente en su dormitorio, metida en su cama, tapada con sus sábanas que aún olían a su perfume y guardaban parte de su calor al otro lado del colchón. Y allí estaba ella, dormitando a pierna suelta, tan tranquila y a punto de mancharle todo de sangre si no lo había hecho ya…

–¡Joder, joder, joder! –exclamó Blanca muy asustada.

Nada más cruzar esa horrible idea por su cabeza dio un salto de acróbata para salir de allí lo más rápido posible. Y con las mismas, empezó a revolver las sábanas en busca de algún accidente. Su hermana era sin duda la culpable de que se le hubiera adelantado el ciclo y estuviera ahora en semejante aprieto. Pero en nada volvería a tomar la píldora y sería inmune a todos sus influjos. «¡Bwahaha!» –esa era una Blanca algo descontrolada en sus pensamientos, gozando con su risa de villana–. (Sin comentarios. Todos somos culpables de haber visto en algún momento de nuestra vida demasiados dibujos animados).

Después de un par de vueltas más, en las que aprovechó para hacer la cama y todo, quedó más que confirmado que gracias a Dios no había mancha alguna. Todo seguía impolutamente blanco, ¡menos mal! Además, y eso era lo mejor de todo en estos casos, Einar parecía haber salido de casa. Así que, nadie la había visto hacer aquella ridícula pirueta estilo circo del sol para salir de la cama:

–¡Bien! –exclamó. Su integridad quedaba salvada.

Entonces se giró en redondo en la habitación y, como siempre le sucedía, supo que había abierto la boca demasiado pronto. Nada más levantar la

vista de la cama descubrió el gran ventanal que tenía enfrente. Corrijamos entonces: tal vez, y solo tal vez, la mitad de la población de Estocolmo no hubiese sido testigo de su torpe despertar. Una de las paredes del dormitorio de Einar era una enorme cristalera que daba a la terraza, donde además de ver la hermosa piscina que tan bien recordaba (con su vestido de gala flotando todavía en el agua), también se veían los pintorescos tejados de los edificios de esta ciudad. Aquel era un paisaje precioso, se dijo Blanca una vez más. Pero anoche habían sido ellos, sin duda, el mejor espectáculo con las luces encendidas en esta habitación. ¿Cómo no se dio cuenta Einar de ese detalle? ¡Quizás fuese un exhibicionista y le gustase airear sus intimidades! Ojalá que todos los que vivieran cerca de su casa fueran gente de bien y se fueran a dormir muy temprano. Si no, Einar iba a tener serios problemas en su próxima reunión de la comunidad… ¡seguro que más de una vecina ya lo tenía por degenerado!

Pero Blanca seguía distrayéndose, y no había tiempo que perder. Debía recoger todo aquello y marcharse en seguida. Había quedado con su hermana para comer y celebrar sus cumpleaños con un día de retraso. Y aún tenía que rescatar el vestido del agua, buscar los zapatos, el chal y su bolso por toda la casa. Además, y si no era mucho pedir, debía salir de allí vestida de alguna manera en la que pudiera entrar en el metro sin que le parase la policía por escándalo público.

“Espera, ¡Blanquita, nooo!”, se acordó al instante. “Anoche viniste hasta aquí conduciendo un coquetísimo mini blanco, ¿no te acuerdas?”.

Entonces, con poco que se pusiese por encima, se conformaba. Todavía no tenía a la prensa amarilla esperando en la puerta de Einar. Aunque quién sabe, con la suerte que estaba teniendo, todo era posible…

Al otro extremo de la habitación había un espejo enorme, que doblaba virtualmente aquel paisaje tan característico de la ciudad. (A Einar le gustaba mucho vivir aquí, desde luego). Pero, si no le fallaba la vista, detrás de él habría un soberano armario, así que solo había que poner en práctica los numerosos artículos que había leído a lo largo de su vida en las revistas de moda: “Cómo vestir sexy con la ropa de tu chico. Pasos 1, 2 y 3”.

¡Pues manos a la obra!

Enrollada como estaba en una sábana, se desplazó hasta lo que suponía era el filo de la puerta del armario, y sin pensarlo mucho, la abrió empujándola con la fuerza acostumbrada. De repente, aquella hoja

corredera se desplazó como la seda hasta el final de la pared, dejando ante sus ojos todo un almacén repleto de complementos de hombre. De invierno y de verano. A distintas alturas, en cajones, perchas o estanterías. Incluso podía ver unas botas de esquí en lo alto, o un sombrero panamá encima de una caja de ordenación… ¡todo fabulosamente organizado! Blanca no pudo evitarlo y tuvo que silbar al descubrir aquel pedazo de armario.

–¡Menuda barbaridad! Pero si Einar tiene más ropa que yo –exclamó abrumada.

–Miauuu… –Oyó de repente a sus pies. Aquello la asustó como nunca lo habría hecho antes un simple maullido.

Era Morgana, que al igual que ella se acababa de despertar y tenía hambre. Aunque cada una por un motivo diferente.

–¡Está bien! –respondió Blanca acariciando a la minina sin encontrar resistencia, pensando que no pasaría nada por retrasarse unos segundos en su cometido. Y dejando aquel escaparate de ropa masculina abierto de par en par, se fue camino a la cocina para dar de comer a la gata.

En el recorrido volvió a ver aquella casa con ojos nuevos. La luz entraba por todas partes, dándole un aspecto diáfano y muy limpio. Era mucho más grande de lo que se había imaginado en un principio, y tenía numerosos detalles en los que fijarse.

Jarrones con flores exóticas que creyó eran plástico (pero no lo eran), figuras con formas extrañas sacadas de un cuadro de Picasso, libros en idiomas que ni sabía que Einar hablaba, como el famoso *A sombra do Vento* de Carlos Ruiz Zafón, o unas fotos que supuso eran de su madre en la Alhambra en los años sesenta, a juzgar por la vestimenta, junto a una cámara Leica con su funda. ¡Toda una reliquia en estos días! Demasiado *vintage*, hasta para Einar.

Blanca cogió las fotos para verlas de cerca. Aquella mujer tenía su misma sonrisa burlona, y miraba a la cámara desafiante como Einar. Era su madre, no había dudas. Seguro que en su juventud habría sido un verdadero peligro en España. Solo de imaginársela con ese cuerpo y esa fuerza en la mirada, ¡en más de un pueblo la habrían llamado la Ava Gardner rubia!

“¡Está claro, de tal palo tal astilla…!”, pensó Blanca acordándose de Einar y su peligrosa sonrisa.

Al pasar por el pasillo, su intención era ir directa a la cocina, pero algo le hizo regresar sobre sus pasos. Se colocó frente a uno de los cuadros que

había visto la noche anterior, pero en los que no se había detenido hasta ahora: era un dibujo de una niña de apenas un año, con el pelo aún muy corto alrededor de su redonda cabecita. Una monada de muñeca que sonreía simpática a Blanca. Estaba hecho a plumilla, al igual que su retrato, el que había descubierto la noche anterior entre los bocetos del restaurante. Tenía los mismos trazos, el mismo estilo, ese juego de sombras con la tinta que conseguía un efecto casi de fotografía… ¡Era tan real!

Blanca pasó un dedo por el cristal del cuadro casi sin darse cuenta. Aquella era la hija de Einar… ¡qué guapa! Tenía sus ojos, que podía imaginar tan azules como los suyos. Y queriendo acariciar a esa niña, que aún era muy querida en aquella casa, pensó en lo triste que debió ser para él perderla de vista para siempre. Todo por un error imperdonable.

–Miauuu… –Volvió a oír en la cocina. Y el maullido sonó esta vez mucho más furioso, despertándola de sus pensamientos, haciendo que se despidiera de aquel dibujo con un beso.

Al entrar, cuál no sería su sorpresa al descubrir un café para llevar todavía humeante y una bolsita de la misma confitería donde habían ido una vez a desayunar.

Einar no estaría allí, pero había dejado su huella.

–Lönnberg, cásate conmigo, ¡ya! –dijo en voz alta mientras abría con ansias la bolsa y se echaba a la boca un bollito.

–Miiiauuuuu…. –Maulló Morgana realmente enfadada. Al parecer, había sido ella la primera en descubrir aquel tesoro, y aunque su amo le había advertido de que no lo abriera, reclamaba al menos una parte del botín ya en manos de su verdadera dueña.

Ambas no tardaron en vaciar la bolsa de manera bastante amistosa, ya que para Morgana era la bolsa en sí lo más goloso de aquel paquete. Un surtido delicioso que había hecho que Blanca recargase las pilas y se pusiera a pensar en lo sucedido ayer noche mientras veía jugar a la gata con su premio.

El olor a cloro en su pelo le recordaba la escena a remojo que prefería obviar, ya que, de ser una película, hasta ella misma habría censurado algunas posturas. Sus mejillas de sonrojaron de inmediato. Al parecer Einar era así… ¡un poco *carpe diem* bajo el agua!

Después de algunos chapuzones de más, se compadeció de ella, y haciendo alguna que otra parada por el camino, terminaron en su dormitorio

¡por fin! Einar, al ver cómo Blanca se metía rápidamente en la cama y se tapaba con las sábanas, aún no muy acostumbrada a su propia desnudez, la tachó de aburrida. Y aunque realmente los dos tenían sueño, y era bien visible desde su habitación que estaba amaneciendo, ella hizo un nuevo "esfuerzo" para quitarse esa etiqueta.

Llegada a este punto, la cinta en su cabeza que reproducía aquellas imágenes se atascó. El rebobinado debió fallar en algún sentido, porque Blanca se atragantó con el último pedazo de pastel que había en su boca, no queriendo evocar más ese pasado tan reciente.

–¡No puede ser! –De nuevo los recuerdos la traicionaban, y no quería creer que había sido capaz de hacer lo que ya sabía que había hecho–. ¡Qué vergüenza! Madre mía, qué vergüenza… –No pudo decir otra cosa, dejándonos a todos en ascuas.

¿Y qué pasaba ahora, Blanca? ¿Qué se suponía que era eso tan terrible que habías hecho?

Blanca hubiese preferido mil veces haber recibido un golpe en la cabeza para no tener que recordar que se había quedado dormida sobre el pecho de Einar, siendo la mayor egoísta en la cama que había existido en la historia entre Suecia y España. Había hecho lo que nunca se puede hacer, y que jamás habría pensado que haría alguna vez en su vida. Y menos con Einar, ¡con lo bien que siempre la trataba! Era inútil seguir haciendo memoria, porque solo venían a ella repeticiones de la misma jugada, y un terrible hormigueo procedente de aquel balanceo tan sensual previo a la siesta encima de él. ¡Oh no, por favor! ¿Cómo pudo hacerlo? ¿Y por qué no la despertó después?

De nuevo, él siempre ganaba, aunque pareciese el perdedor en esta partida. Ahora volvía a deberle una, ¿o dos? Fueran las que fueran, se había asegurado una buena revancha que seguro se tomaría. De eso podía estar segura Blanca…

Las culpables de todo fueron sus caricias, esos besos interminables por todo su cuerpo, y esa risotada triunfal al saber que ella había alcanzado el orgasmo en un tiempo récord (evidente, después del aquel baño sin burbujas):

–No me vas a poder engañar nunca, Blanca. ¡Se te pone la carne de gallina…! –Y eso fue lo último que escuchó decir a Einar la noche de autos. Se lo había dicho en un largo susurro, mientras rozaba su piel con la yema

de sus dedos, dibujando su nombre en la espalda. ¿Quién no se queda traspuesto después de algo así?

El pobre se había quedado sin postre una vez más. Lo del pastelito de su cumpleaños en la cena de ayer noche tenía pase, porque en parte se lo merecía, pero esto…

"¡Seguramente Einar ha debido irse muy lejos de aquí para descargar toda la testosterona que tenía!", dedujo malintencionada Blanca. Entonces… "¿qué demonios hacía ahora en su cocina, desayunando dulces, si no había hecho nada para merecer ese detalle?", se preguntó, viéndose con horror sentada comiendo en aquella cocina como si fuera la suya.

Con aquella pregunta, el sentimiento de culpabilidad de Blanca la hizo hundirse en la miseria. Y se sentenció a mirar de nuevo al suelo, como era su costumbre.

Los minutos, mientras hablaba consigo misma como una loca, pasaban. Pronto se alcanzaría el mediodía, y Blanca seguía en la cocina pensando en las musarañas. Debía espabilar un poco, coger sus cosas lo más rápido posible y salir de ahí por patas. Ya se arreglaría ese asunto otro día, pero de momento estaba claro que no podría ser. Si se cruzaba con Einar, ¡a ver de qué manera se lo explicaba!

"¡Perdona guapo, la próxima vez, ponme un café bien cargado en lugar de un cóctel!". Podría estar bien como respuesta, y seguro que Einar sabría verle la gracia, como dentro de unas semanas Blanca también lo haría… pero ahora lo estaba pasando francamente mal.

Finalmente se dio por aludida, y corrió envuelta en sábanas de nuevo al dormitorio. Tenía que vestirse lo más rápido posible para salir pitando de esa casa sin ser vista y no volver allí hasta que Miley Cyrus se hubiese convertido en una madre de familia adulta y responsable…

Había conseguido encontrar sus cosas cerca de la barra. Con algo de ingenio se había hecho una especie de falda corta (o cinturón ancho) con el chal, y mientras se colocaba los tacones, había arrancado de una percha una camisa blanca de Einar. Todo eso en menos de dos minutos. Mientras se abotonaba la camisa frente al espejo de la habitación, se dio cuenta de que encima de la mesilla de noche de Einar estaba su reloj de pulsera.

–¡Oooh! –exclamó onomatopéyica, olvidándose un segundo de la prisa que tenía.

Lo cogió con cuidado y se lo colocó en la muñeca. Era elegante, lujoso y tenía mucha personalidad, como su dueño. Se acercó entonces la correa a la nariz para oler el cuero negro. Así olía su piel. Así era él, Einar Lönnberg…

Por supuesto, aquel reloj le venía grande, pero esa esfera oscura había compartido con ella muchos momentos, y le tenía cierto cariño. Además, la historia no se había acabado aún, más bien todo lo contrario; no había hecho más que empezar. Todavía le quedaban bastantes situaciones por vivir como testigo mudo a ese reloj de precio elevadísimo, al igual que su pulsera… "¡Juntos hacían tan buena pareja!", se dijo sonriente Blanca. Y no es que estuviese fantaseando con una vida en común con Einar. Aunque con una casa así, cualquiera lo haría. Sino porque sabía que a partir de ahora las cosas serían muy diferentes en su relación con él, y no lo decía por haberse acostado juntos.

Hasta la fecha solo había tenido como única obligación la de vender casas, y al parecer, eso era algo que se le había dado bien desde un principio. Su único dilema en el día era qué ponerse para ir guapa, o, al menos, como Einar quería. Todo lo demás, corría a cargo de él, que para eso era el jefe…

Pero ahora llevar un restaurante iba a resultar muchísimo más complicado. Para empezar, la jefa sería ella. Había que coordinar al personal, llevar las cuentas del día, cuidar la calidad de la materia prima que se servía, mimar a la clientela… En fin, que conocía bien el jardín en el que se metía, y sabía que le costaría muchos disgustos, duro trabajo e insatisfacciones. ¿Por qué, entonces, estaba tan impaciente por empezar? ¿Por qué había dejado tan rápidamente el chollazo de puesto que tenía en la inmobiliaria, si en él apenas tenía que calentarse la cabeza? Porque si salía bien, el éxito sería solo suyo (y de Einar). Y era algo que se debía. Quería que su padre estuviese finalmente orgulloso de ella, que dejase por siempre de ser un problema para ellos su futuro.

Para que eso se cumpliera a rajatabla confiaba plenamente en el respaldo de Lönnberg. Él le había garantizado que juntos harían leyenda, y si en España le salió bien gracias a los guiris, aquí sería mucho mejor.

¡Estaba deseando ponerse de nuevo al mando! Como Einar le recordó, solo en un sitio como ese había podido ser realmente feliz. Y aunque a partir de ahora no fuese a disfrutar de su compañía todos los días, tendría a su lado a Carmen.

–¡Madre mía, Carmen! –exclamó de repente. En cuanto saliese de allí, tenía que llamarla. Se iba a quedar helada cuando le hiciese la propuesta de trabajo, pero no aceptaría una negativa por respuesta. Se tendría que despedir de inmediato de donde estuviese. ¡No iba a darle ni quince días! Contando con el apoyo de Einar, sería capaz hasta de doblarle la cantidad que le estuviesen pagando ahora mismo solo para tenerla en su restaurante. Así de claro lo tenía. Era ella, o ninguna.

De pronto, oyó abrirse la puerta de la entrada, y reconoció en seguida los pasos que avanzaban por el pasillo.

–¡Nooo! –quiso gritar, pero no lo hizo. Quedando perfecta su actuación de mimo. Después pensó en meterse debajo de la cama, sin embargo, al segundo cambió de opinión. Afortunadamente, algo en su cabeza funcionó como es debido en ese momento, llegando a la conclusión de que esa iba a ser otra mala idea. Así que finalmente huyó desesperada hacia la terraza por la ventana de la habitación, intentando salvar su vestido, que aún seguía en la piscina, esperándola, y más tarde saltar de alguna manera al piso de abajo. (Pura ciencia ficción, demasiadas partidas a videojuegos habían hecho estragos en ella. Einar vivía en un ático rodeado de viejos edificios con tejados en uve invertida, y las distancias entre ellos eran insalvables).

Cuando Einar vio a su gata lamiéndose las patitas con una bolsa de Vete-Katten destrozada al lado, supo que algo no iba del todo bien. Él había dibujado en su mente otra imagen muy distinta: en ella Blanca, envuelta en una sábana, le esperaba retozona en la cocina. Quizá hasta la había imaginado chupándose los dedos, con su capuchino caliente al lado. Tal vez su mente le había jugado una mala pasada, aunque él lo había preparado todo de tal manera para que así ocurriese, la realidad siempre era más cruel.

Cruzó lentamente su apartamento, buscándola por algún lado, aunque todo era silencio a su alrededor. Aparentemente, la casa estaba vacía, y descartadas sus intenciones de prolongar aquella cita hasta el día siguiente.

Einar decidió entonces llegar hasta su dormitorio para dejar la chaqueta y quizás tumbarse un rato; estaba realmente cansado. Apenas había dormido un par de horas en toda la noche. No solo por el hecho de tener el cuerpo de Blanca oprimiéndole el pecho e impidiéndole respirar a gusto, sino porque una vez más, la idea de abrir su propio restaurante le tenía realmente obsesionado. Pero nada más entrar en su habitación, se dio cuenta de que la cama estaba hecha, algo que le sorprendió gratamente. Sin embargo, el

armario estaba abierto de par en par con señales claras del paso de un huracán con nombre de mujer. Einar apretó los labios. En parte ya se lo temía. Blanca era de naturaleza muy curiosa y no pudo evitarlo. Había abierto cajones y cajas, dejando huecos entre las camisas que había revisado una por una, dejando algunas perchas vacías tiradas en el suelo. Fue al recogerlas de allí cuando se dio cuenta de dónde estaba y qué hacía la chica con la que tenía pensado hacerse de oro.

A través del ventanal de su habitación podía ver a la pequeña Blanca estirándose todo cuanto podía para poder alcanzar su vestido, que iba a la deriva en aquella espectacular piscina.

Y todo por no meterse dentro del agua. "¡Pero qué manía le tenía!", pensó Einar; y, al verla en aquella postura, se cruzó de brazos y decidió seguir observándola desde allí, sin hacer ni decir nada: ella sola podía sustituir perfectamente a un aburrido programa de la tele.

Después de la sobresaliente maniobra de rescate, y sin el equipo de salvamento adecuado, Blanca escurrió la tela de tul como pudo mientras se acercaba al extremo de la terraza, quizás con la estúpida idea de tirarse al abismo.

–Oh, vamos, nena… –murmuró Einar en sueco mientras fruncía el ceño. Verla mirar al vacío con tanta intensidad, y evidentes ganas de saltar a pesar de haber calculado con exactitud los metros que había hasta llegar al suelo, le hicieron dudar de si finalmente aquella niña estaba realmente mal de la cabeza. Como no le gustaba nada ese tipo de locura en una mujer, ya iba a salir para hablar con ella cuando la vio girarse muy a disgusto consigo misma. Una vez más, Blanca lamentaba en el alma no ser Catwoman, y esta vez no era por el hecho de llevar un traje ceñidísimo y parecer una morcilla.

–¡Mierda! –Pudo leer en sus labios Einar, y entonces lo entendió todo. Blanca pretendía salir de su casa sin ser vista.

"¿Ah sí?", se dijo él. "Pues lo lleva claro…".

Blanca se descalzó de nuevo, y arrugando el morro, decidió atravesar como una bala el salón para llegar hacia la salida más coherente. Aquello es lo que tendría que haber hecho desde un principio, pero de ilusión también se vive en este mundo. Con suerte, se decía a sí misma mientras caminaba de puntillas hasta la puerta, podría salir de allí sin cruzarse con Einar.

–*God Morgon!* –exclamó él asustándola, tal y como pretendía. Blanca apretó por instinto contra su pecho los tacones que llevaba en las manos,

junto al vestido mojado, que chorreaba un poco humedeciendo sus pies y el suelo de pizarra. Einar había tomado un atajo que ella aún no conocía para llegar antes a la entrada de la casa; así consiguió estar allí justo a tiempo para abrirle la puerta a la señorita Blanes. Si lo que deseaba era salir huyendo, él estaba dispuesto a facilitarle el trabajo a cambio de una buena explicación. Como siempre, todo un caballero, hasta cuando aleccionaba a su pupila.

–*Hej!* Hola… ¿qué tal? –le respondió Blanca con una sonrisa muy falsa.

Einar mantuvo la mirada en ella unos segundos sin contestar. Seguramente no hubiese reparado en su estilismo, pero hoy lucía su *look* más rebelde. Aquel pelo rizado que le llegaba hasta los hombros le volvía loco, y en todo este tiempo que llevaban juntos apenas había tenido oportunidades para admirarlo como ahora. ¿Por qué no le gustarían sus rizos? Además de aquel lujo de melena, hoy estaba de fábula vestida con aquella camisa de hombre, dejando entrever un generoso escote como si hubiese aceptado por fin el tamaño de sus pechos.

"¡Sí señor!", se dijo a sí mismo Einar después de echarle un buen vistazo de pies a cabeza. El único error que veía en aquel modelo era la minifalda, o lo que fuera eso que había utilizado para taparse el trasero, ¿por qué era necesario tapar algo cuando era perfecto?

–Yo estoy muy bien, gracias. Pero creo que tú no tanto… ¡estás muy pálida! –le insinuó Lönnberg sin pretender hacer gracia alguna, diciendo únicamente lo que veía.

–Estoy bien, gracias… –respondió Blanca un poco acongojada, sin querer levantar la vista para no perderse en sus ojos inmensamente azules. Entonces se fijó en que Einar llevaba en sus manos un portaplanos de plástico negro, lo último que le faltaba para parecer todo un arquitecto–. ¿Son los planos del Spanish Cooking? –preguntó, mirándolo al fin, y tras iluminar su rostro apesadumbrado con una sonrisa, añadió confidente–: No lo puedes evitar, ¿eh? Te gusta hacer trabajar a los demás, aunque sea en su día de descanso. –Y así consiguió romper en pedazos aquel pequeño muro que había levantado entre los dos.

–No soy tan malo como tú piensas. Al menos, no siempre. Los tenía en la inmobiliaria desde hace tiempo, tan solo estaba esperando el mejor momento para enseñártelos. Ayer no quería asustarte con ellos, pensé que los dibujos te ayudarían más a hacerte una idea de lo que quiero.

–Sí, claro. Ya veo… –respondió Blanca no muy convencida. En realidad, enseñarle aquella carpeta había sido una treta más de Einar para pavonearse delante de ella. Lönnberg, en el fondo, seguía teniendo mucho peligro.

–Había pensado que podíamos ver los planos mientras hacía algo de pasta para comer, así seguíamos poniendo nuestras ideas en común… ¡pero ya veo que tienes prisa por irte! –Einar volvió a mirar a Blanca. ¿Era cosa suya o esta mañana estaba diferente? Como si irradiase luz por el mero hecho de ser joven, guapa y haber dormido en cama ajena, ¿aquello era posible?

–Sí, es verdad, ¡llego tarde…! –Blanca no sabía dónde meterse mientras hablaba con él. Tenía las mejillas sonrosadas, para ella era muy embarazosa toda aquella situación. Por algún motivo, hubiese preferido no encontrarse con él a la mañana siguiente de haberse acostado juntos. Einar no lo podía entender, ya que, bajo su punto de vista, que se hubiese quedado dormida no era lo más importante porque se podía solucionar rápidamente. Él había disfrutado mucho la noche anterior, aún más de lo que habría esperado de aquella niña, y por eso le estaba ofreciendo la posibilidad de seguir compartiendo las horas del día siguiente, ¡hasta le había dicho que iba a cocinar para ella! Y eso Blanca no lo sabía, pero casi nunca ocurría después de sus aventuras nocturnas.

En realidad, una pequeña parte del frío corazón de Einar se estaba encariñando tímidamente de la torpe e inocente Blanca. Sin embargo, todavía podía anestesiar esos sentimientos que se rebelaban a sus principios. Nada ni nadie se iba a interponer en su plan, ¡ni siquiera él mismo! Pero no podía negarlo, era de las pocas mujeres con las que había estado que le hacían reír de verdad. Y eso siempre actuaría a su favor, a pesar de sus perversas intenciones. Engañarla con lo del papeleo había resultado ser tremendamente fácil, tanto que le hacía gracia su estupidez. Pero Blanca no era estúpida, sino confiada. Y a él le tocaba enseñarle una lección de vida: “no te fíes ni de tu sombra, pequeña”. Mientras tanto, iba a disfrutar. De su risa, de su cuerpo, de su candidez… A veces seguía pensando que era un error tener a alguien tan bueno a su lado. Hasta en la cama sentía cómo se desmadejaba en sus brazos, estaba totalmente entregada a él. Y eso, a la larga, podía fundir cualquier tipo de acero.

–¿Has quedado con alguien? –le preguntó Einar, a sabiendas de que ya no había ningún hombre más en su vida.

–He quedado con mi hermana para comer en su casa. Recuerda que ya le di plantón ayer, hoy no me lo perdonaría. Ella misma hizo la tarta y todo, así que debo ir allí para probarla. Seguro que está deliciosa, y dedica su baja maternal a convertirse en una experta en postres caseros. Mi hermana Violeta es así, no puede ser simplemente buena en algo, ¡tiene que ser la mejor! –Blanca se sentía terriblemente observada mientras hablaba, y empezaba a ponerle algo nerviosa que Einar siguiera insistiendo en que se quedara. Principalmente, porque si fuera por ella, ya habría dicho que sí. Y es que Einar estaba de vicio con ropa informal, más aún que con su sempiterno traje de chaqueta. Intentaba apartar la vista de sus brazos quitándose de la cara un mechón de su pelo cuando se dio cuenta de que aún llevaba su reloj en la muñeca–. ¡Oh, vaya! Lo siento, creo que esto es tuyo… –Y dándoselo en la mano que aún le quedaba libre, intentó restarle importancia al hecho de ser lo más parecido a una ladrona ante sus ojos diciendo–: Quería saber lo que se siente al ser Einar Lönnberg por un día. Menuda idiotez, ¿verdad? –Y dejó congelada en su cara aquella sonrisa que sabía tanto le gustaba a Einar.

–¡Si quieres parecerte a mí, empieza rapándote la cabeza! –le dijo cogiéndola de la cintura para apartarla con delicadeza de la puerta. Acababan de salir unos vecinos al rellano, y quería continuar hablando con ella en la intimidad de su casa, así que cerró la puerta después de saludarlos–. Dime una cosa, Blanca ¿preferías saltar desde un noveno piso a salir por la puerta para irte de mi casa? ¿Tan mal lo has pasado conmigo que ni siquiera pensabas decirme adiós?

A Blanca una pregunta tan directa la dejó sin voz de repente. Einar no quería avasallarla, pero era su modo de dejarle bien claro que aquí iba a estar como en su casa. ¡O mejor aún!

De hecho, esa pequeña parte humana en el corazón de Einar, que se hacía a cada segundo más fuerte junto a Blanca, daba palmas de alegría al pensar que a partir de ahora sus noches dejarían de ser tan solitarias. El Lönnberg más profundo y tierno, el que acariciaba con las yemas de sus dedos, no disfrutaba con las citas esporádicas. Era diversión a manos llenas. Echaba en falta algo más de sentimiento, porque a la larga no solo de pasión vive el hombre. Por eso se había quedado despierto la noche anterior mirando a Blanca, mientras acariciaba su pelo, aunque él dijese que lo que le provocaba el insomnio fuese pensar en el restaurante.

–¡Para nada! –Y Blanca dijo aquello abriendo de par en par sus ojos marrones, haciendo que sus pupilas se dilatasen aún más. Al parecer la había pillado infraganti queriendo saltar, y ahora se sentía terriblemente culpable por ello. No era su intención hacerle sentir mal, cuando en realidad pretendía todo lo contrario–. Si he estado a punto del suicidio no ha sido por tu culpa, ¡en absoluto! Cuando te lo cuente vas a pensar que soy idiota, ¡pero es que al final van a tener razón mis hermanas! Soy una imbécil, Einar. Y estoy segura de que ya te has dado cuenta. Me daba vergüenza volver a verte, no quería hablar contigo después de lo de anoche, pretendía salir de aquí lo más rápidamente posible y esperaba volver cuando ya no te acordaras de mi torpeza. Lo siento, de verdad. No pretendía quedarme dormida, no sé qué fue lo que me pasó… lo peor es que estoy tan segura de que ninguna de las mujeres que ha estado contigo en este apartamento se ha quedado dormida después de hacerlo, que seguro que ahora me ves como un bicho raro. O una desagradecida. Además de una chica aburridísima en la cama. ¡Demasiado! Qué mal, me siento fatal. Pero no te quepa duda de que me gustó, Einar. ¡Me gustó mucho! En serio. Solo que…

–Tenías sueño –añadió Einar para que atajara.

–¡Sí! –exclamó Blanca levantando los zapatos que aún llevaba en las manos, como si le hubiesen dado la respuesta que le faltaba en el examen final. Y por primera vez en la historia una mujer aplaudía la simpleza en la forma de pensar de un hombre.

–Bueno, siempre hay una primera vez para todo, ¿no crees? Y nadie ha dicho que no vayas a tener otra oportunidad para compensarme. ¿Te recojo después de la comida? –Einar era persistente. Obviamente, no le había gustado quedarse sin postre.

–Preferiría tener tiempo para organizarme un poco. Mañana me gustaría ir a la inmobiliaria para despedirme de Simon y Hanna, y si me dejas, hacer mi último servicio. Búscame una pareja difícil de verdad, a ser posible, con hijos. ¡Ya verás como caen rendidos a mis pies! Quiero salir por la puerta grande en mi último día de trabajo…

–Está bien, lo que tú digas, pero no quieras salir tan rápidamente. Ahora empieza tu verdadero trabajo. ¿Cómo vas a abrir un restaurante si aún no has conseguido ni siquiera un certificado en mi idioma? ¿Tienes aprobados los papeles de extranjería? ¿Sabes manejar un programa de contabilidad en sueco? ¿Has utilizado alguna vez una PDA para hacer comandas? –Einar

estaba dispuesto a aguantar el *punching* mientras ella estuviese entrenando, pero en ningún momento había dicho que el entrenamiento fuese a ser fácil–. Mañana por la mañana recibirás el finiquito por mi parte, pero por la tarde quiero verte con Andrea.

–¿Andrea? –le preguntó Blanca notando de repente muy seca su garganta.

–Andrea lleva el restaurante italiano al que fuimos a cenar la primera noche. No sé si lo recuerdas, pero aparte de ser un excelente gerente, te explicará todo lo que necesites saber para llevar tu negocio.

–¿Andrea es un chico? –preguntó ignorante Blanca.

–Sí, Andrea es un chico italiano, pero lleva aquí más de diez años. Y si no estuviera felizmente casado y esperando su segundo hijo, ni te lo presentaría. Aun así, estoy seguro de que intentará seducirte para provocarme, ¡estás avisada! –exclamó inclinándose hacia ella, apoyando una mano en la pared donde ahora descansaba la espalda de Blanca.

–¡Oído cocina! –dijo ella antes de que Einar la besara dulcemente en los labios, haciendo un recordatorio rápido de lo que fue la noche anterior. Y solo después de unos segundos así, cuando empezó a notar unas manos traviesas colándose por el interior de su camisa y que pretendían invadir de nuevo Polonia, se acordó de por qué no se quedaba realmente en su casa–. *Vi ses imorgon…* –Y para Blanca costó aún más separarse de sus labios que decir aquella frase en sueco.

–¡Hasta mañana, Blanca! Espero volver a verte en mi cama muy pronto… –le dijo Einar mientras cerraba la puerta de su casa, haciendo que odiase una vez más a su hermana mayor.

Ya por fin en su nuevo coche, camino de casa, Blanca puso el móvil con manos libres.

–Chochete, ¿qué pasa? –Llevaban meses sin hablar, pero para Carmen daba igual el tiempo en silencio que hubiese entre ellas, rápidamente podían ponerse al día.

–¿Qué te pasa a ti? ¿Dónde paras? –Solo volver a oírla le hacía sonreír. Ya no se acordaba de ese deje tan castizo que tanto la había acompañado en el pasado.

–Pues ahora camino al metro, a llevar al enano con mi madre, que llego tarde al trabajo, ¡así que dispara! ¿Estás bien? ¿Sigues en Suecia con tu

hermana? –Se le oía acelerada, era fácil imaginarla caminando por la calle tirando como siempre del brazo de su hijo.

–Sí, sí, sí. ¡Bueno, no! Ahora vivo en un piso compartido. Vivir con mi hermana se convirtió en un infierno, ya me entiendes…

–Ja, ja, ja –interrumpió Carmen con su risa–. ¡Seguro que fue ella la que te lo buscó! Pero no me sorprende nada, tía ¡Es que eres muy cansina!

–¡Vale, gracias! No diré lo que tú eres, porque no quiero que me cuelgues…

–Vale. Dime –respondió Carmen divertida.

–¿Cuánto tardarías en venir aquí si te pido que abras conmigo un nuevo Spanish Cooking? –Y Blanca decidió seguir en el coche escuchándola, a pesar de haber llegado ya a su casa.

–¿Qué dices, tía? –Y era evidente que había parado en seco al oír aquello. Hasta su hijo le gritó: “mamá”, por haberle pisado sin querer con aquel frenazo.

–Lo que oyes, Carmen. Un día me dijiste que te llamara si volvía a abrir un restaurante, y eso estoy haciendo. ¡Lo tengo todo pensado! El alojamiento no va a ser problema alguno, tengo un amigo aquí que seguro te encuentra algo en seguida, el mismo que te arreglará todos los papeles para estar legalmente. Además, no puedes decirme que no, porque pienso hacerme cargo de todos los gastos de tu traslado. Solo tienes que decirme cuándo te vienes, y te busco el vuelo en seguida. ¡Pero tiene que ser pronto! Tú tienes que hacerte un poco con el idioma antes de abrir… aunque me gustaría que todo el personal hablase español, ¿qué te parece?

–¿Tú flipas o qué? ¿De qué estás hablando? ¿Qué dices? ¿Cómo voy a coger a mi hijo y llevármelo allí? ¿Y mi madre? ¿Y su padre? ¿Tú te crees que yo me puedo ir así del país con el crío? Me suelta un pedazo de denuncia que me levanta en peso. Nena, no. Muchas gracias, pero no. No puedo…

–Bueno, tienes razón. No había pensado en eso, pero seguro que existe una solución. Dime, ¿sigue en paro? ¿Y si le encuentro un trabajo también a tu ex?

–¡Y una mierda! Que se lo busque él. Veremos lo que me dice el abogado cuando le cuente esto… –Carmen había vuelto a caminar, pero ya no lo hacía con tanta prisa. De repente, ya no importaba llegar tarde al trabajo.

–Por favor, ¡piénsatelo! Consúltalo con la almohada. Pregúntaselo a David, estoy segura de que quiere montarse en un avión. ¿A que sí, mi vida? –preguntó en voz alta, porque el niño ya sabía que su madre hablaba con su amiga Blanca–. Puedes traerte a tu madre si quieres, pero vente conmigo. ¡Por favor! Va ser toda una experiencia, Carmen. Olvídate de seguir trabajando en una cocina estrecha y mediocre, ya verás. Conseguiré que te vuelva a gustar tu trabajo, aquí vas a tener completa libertad para crear tus propios platos. Prometido. Quiero que te impliques en este proyecto tanto como yo. Te voy a cuidar, te voy a mimar. ¡Si quieres, hasta te busco un novio…!

–¡Nooo, gracias! Te recuerdo que tú no eres muy buena en eso… Pero a ver, Blanca. Sinceramente, ¿cómo piensas abrir allí un restaurante? ¿Tú sola? ¿Es que te ha tocado la lotería otra vez?

–Tengo un socio, él me está ayudando desde el principio. Tiene mucha experiencia en esto de la hostelería, sabe lo que se hace… –Y Blanca se mordió la lengua, no era necesario decir más. Si Carmen se enteraba de que también se acostaba con él, daría un paso atrás y se negaría en redondo a viajar hasta allí.

–¿Un socio? –Y su forma de preguntar aquello dejaba bien claro lo que pensaba de él.

–Sí, un medio amigo de mi hermana. Calvo y con una hija. ¡Nada que ver con Eloy! No temas… –dijo, sin llegar a mentirle del todo a su amiga.

–Blanca, ¿pero me estás hablando en serio? Mira que donde trabajo ahora es una puñetera mierda, pero sigo porque me pagan todos los meses. Ya sabes que yo mataría por volver a estar contigo. Pero irme fuera, no sé… ¿Tú sabes el frío que hace allí en invierno? El crío va a estar siempre enfermo, y yo no tendría con quién dejarlo; ¡sería una locura!

–¿Tú sabes lo que vas a ganar aquí en invierno y en verano? –le dijo con chulería aprendida a su amiga–. Tendrás para pagarte de sobra una niñera, y unas buenas vacaciones en Disneyland el año que viene si David las aprueba todas.

–¿Cuánto ganaría? –quiso saber de inmediato.

–¡Vente aquí y te lo digo! Seguro que Einar te hace una oferta que no podrás rechazar. –Y acabó aquella frase con una risa socarrona.

–¿Ese es el nombre de tu “nuevo socio”? –preguntó desconfiada con toda la mala intención del mundo.

–Sí, y mientras nosotras hablamos hay aviones que vuelan hacia Estocolmo. Ven, aunque sea a hacerme una visita el próximo fin de semana. La ciudad está preciosa en esta época del año, ¡te encantará!

–No puedo, el sábado que viene es la final, ¿no te acuerdas de que mi hijo va a ser el nuevo Diego Forlán? –Y entonces Blanca se acordó de lo arraigada que tenía su amiga la afición colchonera, tanto que era capaz de llevar con fiebre a su hijo al entrenamiento para que no lo perdiera.

–Bueno, pues el que viene, o al otro…. ¡pero ya te digo que no puedes tardar mucho en decidirte a venir! Tengo que buscar a alguien para que lleve esta cocina, y no quiero tener que buscarme a otra –mintió Blanca.

–¡Joder, déjame que me lo piense! Esto no se decide en cinco minutos, ¿sabes? Yo no puedo hacer como tú, coger las maletas e irme. ¡Mi vida es más complicada! –gritaba, asustando a los transeúntes que caminaban a su lado.

–¡Está bien, no te pongas así! Chica de vida complicada –respondió firme Blanca–. Pero avísame cuando lo tengas claro, recuerda que vamos contrarreloj…

Blanca entró en su casa con una sonrisa de oreja a oreja después de cerrar aquella conversación muy al estilo de Carmen:

–¡Vete a la mierda! A mí no me metas prisa, que te cuelgo antes de que me digas adiós… –Eso era lo más parecido en su idioma a decir: “Te echo muchísimo de menos, te prometo que me lo pensaré. Yo también estoy deseando volver a trabajar juntas”.

Blanca pretendía ir directa hacia su dormitorio para pegarse una buena ducha y arreglarse de la manera más adecuada para ir a la casa de su hermana, pero al pasar por el salón alguien le preguntó:

–¡Eh, güey! Bonita piscina, ¿no le parece? –Marisela estaba vestida con un corsé de pieles y cuero. En los pies llevaba unas sandalias con cordones que se ataban hasta la rodilla, y unas pulseras doradas oprimiendo sus antebrazos. Blanca iba a contestarle, pero al verla así vestida, se le olvidó lo que le iba a decir. Estaba maquillada con restos de sangre en la cara y en el cuello que parecían muy reales, como si hubiese acabado de liquidar a todo un ejército con la fuerza de sus manos. Puesta en jarras, como estaba ahora, parecía toda una gladiadora a la espera de la decisión del César.

–¿De qué tipo de fiesta vienes? –le preguntó Blanca, ya muy interesada por saber la respuesta. Marisela en cambio no preguntó por la procedencia

de la indumentaria de su amiga, sabía perfectamente de dónde salía, y qué habría pasado con su anterior vestido.

–Voy a filmar un vídeo, ¡necesito cambiar de *manager*! Estoy harta de que me chinguen el dinero, no soy ninguna pendeja, ¿sabes? –Marisela seguía teniendo mucha fe en ella misma. Pensaba para sus adentros que era muy extraño la manera en la que se había truncado tan rápidamente su carrera y, aunque nunca llegaría a confesárselo a Blanca, pensaba que en el fondo de todo aquel asunto había una mano negra, posiblemente la de Einar.

Blanca vio cómo dejaba reposar sobre sus hombros desnudos una larga trenza morena, y después de acomodar bien sus senos sobre los casquetes de su atuendo, apretó sin más preámbulos el play de la cámara que tenía enfrente suya y empezó a hablar en inglés como si fuera su lengua natal. Daba gusto verla actuar. Estaba interpretando a una especie de guerrera, y hablaba algo sobre la tierra en la que había nacido. Guardando pausas en su monólogo, como si estuviera frente al auditórium de un teatro lleno hasta la montera. La verdad es que el papel le venía que ni pintado. El monólogo seguramente estaría sacado de alguna famosa película, pero sabía sacar lo mejor de ella. ¡Parecía tan fuerte frente a esa cámara! Era envidiable ese poder de convicción, ese coraje, la seguridad que tenía en sí misma. Esto es lo que le gustaba hacer, y lo hacía bien, e iba a luchar hasta el final para dedicarse a ello… ¡costase lo que le costase! Sus ojos empezaron a brillar, y de repente su gesto cambió. A los pocos segundos estaba llorando en el suelo, pidiendo clemencia. ¡Era fantástica! ¡Menuda actuación! ¿Por qué no estaba ya en Hollywood codeándose con las grandes actrices? Se hubiese puesto a aplaudir de inmediato después de ver aquello, pero Marisela seguía grabando.

De pronto Blanca sintió un nuevo retortijón. Tendría que tomarse una pastilla antes de salir si quería seguir siendo persona, porque su hermana no le permitiría una excusa tan tonta como aquella para faltar a su cita. Además, la pequeña Blanes tampoco quería perderse esa nueva visita, esta vez ir a su casa tenía un nuevo aliciente. Ya le había avisado su hermana de que, después de comer, y si tenía la tarde libre, quería ver ideas para decorar la habitación infantil. ¡Qué prisas le habían entrado de repente! ¿Quién diría hace un par de meses que su hermana Violeta le haría una petición semejante? Pero desde luego no iba a quejarse, estaba encantada de que contase con ella para hacer ese tipo de cosas. Prometía ser una tarde

estupenda para estar juntas. ¡Por fin! Y seguro que encontraría un momento para hablar del restaurante, de Einar y de lo que había pasado en su vida estos últimos días…

OceanofPDF.com

Capítulo 15

El otro Einar Lönnberg

El día de ayer fue extraño de principio a fin para la pequeña Blanca.

Entrar en la inmobiliaria haciendo sonar aquel colgante musical que siempre se oía al abrir la puerta sabiendo que ese sería su último día allí… fue raro. Y mucho más ver a Lönnberg hablando por teléfono con el que supo después era el señor Hansson. Estaba de pie junto a su mesa, con una mano en la cadera. Sin chaqueta, pero con una bonita corbata de seda que él mismo habría elegido y diciéndole con la otra mano, nada más verla entrar, que tomase asiento frente a él.

Y así estuvo Blanca un buen rato. Esperando a que terminara de hablar en un sueco muy cerrado y demasiado rápido para que ella le entendiese algo, pero intuyendo que su conversación con aquel hombre era de todo menos amistosa. A nadie le gustaba perder, pero Christopher Hansson lo había hecho contra el invencible Fox. Seguramente el magnate conocía su fama con las cartas y había querido retarse con él voluntariamente. Una bravuconada de la que se estaría lamentando durante años. Ahora debían estar tratando los detalles de su acuerdo, y conociendo a Einar, le estaría apretando las tuercas hasta el final.

Finalmente, Lönnberg decidió sentarse y adelantar el proceso de finiquitar a la mejor vendedora que jamás había tenido, a la vez que seguía discutiendo. Aunque siempre sin elevar demasiado la voz, muy al estilo sueco que Blanca tanto admiraba.

Einar aprovechó un instante en el que hablaba su interlocutor, rebatiendo algo de sus argumentos, para mirar a Blanca fijamente a los ojos y llegar a pararle el corazón durante una fracción de segundo. Era esa su manera tan personal de darle los buenos días, que como siempre, la hacía sentir en las nubes. De modo que, acto seguido, supo que era el momento de poner delante de ella los papeles que debía firmar. Y cediendo su pluma, consiguió que la chica firmase sin el mayor interés en leer de qué se trataba. Para ella ahora solo importaba él, en quien confiaba plenamente…

Blanca se veía una vez más repitiendo la misma escena de aquel primer día juntos, haciendo increíble imaginar lo que habían pasado desde entonces. Costaba decir adiós a todo aquello, pero había que dar este paso. Como Einar le dijo, su futuro aquí no estaba enseñando casas. Le esperaba algo mucho mejor, y ella también lo creía así.

Después de firmar aquellos documentos, que supuso serían su baja voluntaria, en cada una de las hojas, Blanca aprovechó aquella interminable conversación telefónica para volver a mirar su alrededor. Queriendo memorizarlo todo, despidiéndose de aquel bajo más bien pequeño y con pocos muebles, pero insólitamente acogedor. Y durante esa rueda de reconocimiento, volvió a sonar el reloj de cuco: entonces eran las ocho de la mañana, un día más en Estocolmo… ¡algún día tendría que preguntarle el motivo de aquel trasto en su oficina!

De repente, Einar chasqueó los dedos para que Blanca volviera a dirigir su mirada al frente, y mientras él seguía hablando como un papagayo, le entregó el cheque con el finiquito.

–¡Einar! –exclamó escandalizada, a pesar de que sabía de sobra que él seguiría hablando y no podría atenderla. La cifra que había escrita en ese papel que le había entregado, con su letra demasiado grande y ligeramente inclinada hacia la derecha, era desorbitada. Al menos para ella. Así que lo dejó de inmediato encima de su mesa, como si fuera el anillo único.

Lönnberg sonrió al ver su reacción, y despidiéndose por fin del que ahora era su nuevo socio, le dijo a Blanca nada más colgar el teléfono:

–Si no sabes qué hacer con tanto dinero, yo te lo pongo fácil. Invita a tu amigo a unas buenas vacaciones, ¡las necesita! –Ella lo miró escéptica; ¿entonces aquello era una especie de autorregalo?–. En serio, querida, cuando empieces en el restaurante olvídate de descansar los fines de semana y festivos. No vas a tener vida… –susurró aquel consejo mientras deslizaba de nuevo el cheque al otro extremo de la mesa, donde Blanca seguía mirándolo, atónita.

¡Tampoco es que trabajando con él hubiese tenido mucho tiempo libre! Todavía no se había olvidado de todos los fines de semana y festivos que había transformado en laborales a última hora, o las jornadas intensivas que para nada se parecían al horario en este país, por no hablar de las comidas rápidas que habían servido como única dieta para poder llegar a tiempo a otro destino. Ahora, viendo su última nómina, le parecía como si Einar se

hubiese apuntado en algún sitio cada uno de esos sacrificios que había hecho y los hubiese traducido uno por uno en dinero.

“¡Qué tonto!”, pensó Blanca. No hacía falta extender un cheque por todo aquello. Al final poder estar con Einar casi a diario había llegado a convertirse en algo adictivo. Sus modales educados, sus bromas, su manera de pensar tan analítica, su pasado, hasta su acento habían dejado de ser molestos. Seguramente tanto cloro debía haberle afectado al cerebro. Solo con ver esa cifra, era para ponerse a gritar como si le hubiese tocado a uno la lotería. ¡Y ella sabía de eso un rato! De modo que, sí esta era su parte, ¿cuánto dinero habría ganado él jugando al póker? Sin embargo, Blanca no quería conocer realmente la respuesta a aquella pregunta, prefería pensar que si ahora estaba realmente con ella jamás lo volvería a intentar. Nunca más saldría a jugar, porque ya no lo necesitaba.

Nada más entrar en la inmobiliaria, Simon y Hanna se enteraron de que aquella chica española tan alocada que había empezado a trabajar con ellos hacía tan solo un par de meses se iba para montar su propio restaurante. ¡Vaya por Dios! Blanca no sabía lo que la iban a echar de menos. Ambos suponían desde hacía tiempo que era gracias a ella que el jefe estaba de tan buen humor estas últimas semanas, y desde que ella había entrado, apenas les había metido caña con su ranking de ventas. ¡Había sido una verdadera bendición para ellos, y ahora decía que se iba sin más! Por eso se pusieron tan tristes cuando les dijo en su idioma que había sido un placer haberlos conocido, pero se debía despedir, ya que le iba a ser imposible compatibilizar los dos trabajos. Y ahora que Einar tendría a una legión de vendedores, lo mejor era dejar el puesto a los verdaderos profesionales como eran ellos. Simon hasta le dio un verdadero abrazo a la hora de despedirse de ella, y cuando lo hizo, Blanca casi se echa a llorar al oler su perfume mientras le tenía entre sus brazos:

¡Si él supiese lo que había cambiado su vida desde que se cruzó en su camino! En realidad, todo esto que le estaba sucediendo era gracias a él.

Para terminar, y antes de marcharse de allí, la joven Blanes le pidió al que pronto sería también su socio hacer un último servicio voluntariamente. Se debía ese pulso a sí misma, ya que al final Einar no había querido separarse de ella ni un segundo. Por primera vez, iría ella sola a una casa, que para eso ya tenía su propio coche. Dicho y hecho, Lönnberg le dio una difícil de alquilar para una familia difícil de complacer. ¡Todo un reto!

–Utiliza el navegador, que para eso está, y si te pierdes… ¡no me llames! ¿Entendido? –decía Einar mientras caminaban juntos calle abajo, cada uno hacia su coche–. Si vas, es porque tú quieres. Podrías irte de compras con todo ese dinero, o a un *spa* para celebrarlo. Sin embargo, prefieres homenajear tu último día ¡trabajando sola! Eres muy rara…

–Bueno, es que todo lo malo se pega, ¿sabes, Einar? –Y esta vez fue Blanca la que le guiñó el ojo antes de marcharse.

Lönnberg se quedó mirándola sin despegar esa sonrisa estúpida de su cara cuando salió de allí quemando ruedas, diciéndole adiós con la mano. Era su manera de imitarlo, aunque claro, aquel motor no sonaba como el suyo. ¡Ahora Blanca empezaba a comprender la diferencia!

Durante el trayecto la música fue su única compañera y protagonista indiscutible de este momento de extremada felicidad. Esta vez algo le decía que todo iba a ser diferente: que ese nuevo Spanish Cooking sería un éxito y que Einar Lönnberg se convertiría en breve en su pareja.

–¿La señora Lönnberg? –se decía en voz alta la propia Blanca mirándose en el espejo retrovisor de su nuevo coche, haciendo como si alguien se lo estuviese preguntando. Posiblemente el cloro de aquella piscina le había afectado a su cerebro más de lo que ella pensaba, porque después su comportamiento no mejoró, se pasó el resto del camino cantando *Sweet baby* a voz en grito como si ella fuera la mismísima Macy Gray.

Estaba tan claro que había vuelto a enamorarse, que ayer su hermana Violeta lo supo nada más abrirle la puerta de su casa. Y aunque se mordió la lengua hasta sangrar para no dar su opinión sobre aquel asunto del restaurante, no pudo evitar sentir el terrible presentimiento de que su hermana iba a cometer el mismo error. Con otro hombre totalmente diferente, pero terminando más o menos igual.

Al final la culpa volvería a ser suya de nuevo si su futuro se truncaba por un exceso de confianza en alguien que no era ella. Otra vez, el mismo problema de siempre.

Al llegar a su destino (¡sí, un milagro más de Google Maps!) Blanca entendió por qué aquella casita de campo aislada de toda civilización era tan difícil de vender o alquilar: necesitaba una buena reforma, o, mejor aún, tirarla y edificar otra nueva en su lugar. Ya solo por fuera daba aspecto de dejadez. Como si ella misma rememorase en sus paredes de madera hinchada y podrida tiempos mejores donde había sido habitada por una gran

familia, llenándola de una felicidad que ahora ansiaba volver a encontrar por sus habitaciones.

Era difícil sentirse atraída por una casa así, a punto de derrumbarse. Pero nada más verla, Blanca se vio un poco identificada con aquella imagen ruinosa. Ella también estaba hecha pedazos cuando llegó a este país, y tuvo la suerte de encontrar a alguien que hiciera de ella una mujer totalmente diferente. ¡Así que ahora era su oportunidad para devolverle aquel inmenso favor! Y pensando en esto se fue hacia allí con nuevos ánimos. Iba a sacarle el mejor partido a esa casa antes de que vinieran sus futuros inquilinos, y conseguiría así sentirse doblemente orgullosa por ello.

Pero, después de poner el primer pie en esa casa, supo que algo no iba bien. No había necesitado la llave para abrir la puerta, pero aquello era Suecia, y podía ser que la última visita se hubiese olvidado de cerrar la casa como es debido. Lo dejó pasar sin darle la mayor importancia. Sin embargo, en la cocina descubrió con sorpresa platos fregados en la escurridera, con agua debajo. Basura reciente en un cubo. ¡Y una olla de comida haciéndose a fuego lento en el hornillo! Blanca buscó su móvil en el bolso. (Jamás lo encontraba a la primera cuando realmente lo necesitaba). Nunca había pensado que esto podría ocurrirle a ella, ¡la casa estaba ocupada! Hasta en Suecia había gente que vivía como lo había hecho ella hace muchísimo tiempo. Y sus ocupantes debían estar muy cerca de allí, porque el estofado estaba en su punto.

–¡Te dije que no me llamases si te perdías! –contestó Einar divertido, al tercer tono. Blanca se imaginó que había disfrutado al descubrir que era ella la que le estaba llamando, y lo había dejado sonar dos tonos más, solo para ponerla un poquito nerviosa.

–No es eso, no me he perdido. Ya estoy en la casa, pero tú me dijiste que no estaba habitada desde hace tiempo, ¿verdad? –A Einar se le demudó el rostro nada más oírla–. Pues hay una olla en el fuego y huele estupendamente, ¿sabes?

–¡Sal de ahí, Blanca! –le gritó furioso, cortándola.

–¿Y perder mi apuesta? ¡No, perdona! No te preocupes, Einar. Yo también he sido okupa, sé cómo tratarlos. Incluso puede que me sirvan de ayuda, si les ofrezco una generosa cantidad de dinero puede que me limpien todo esto antes de que vengan tus clientes… –Blanca decía todo aquello muy tranquila, repasando con el dedo los muebles llenos de polvo. No veía

para nada el peligro que imaginaba su compañero, por eso no entendía que de nuevo le pidiese que saliera de aquella casa inmediatamente–. ¡No me va a pasar nada, Einar! Seguro que son unos críos. ¡Ahhh! –Un grito de dolor interrumpió su conversación–. ¿Qué? –Y eso fue lo último que escuchó Lönnberg a través del manos libres de su Maserati. Y cuando volvió a llamar a Blanca, una voz mecanizada le indicaba que su móvil estaba apagado o fuera de cobertura.

–¡Joder! –exclamó Einar en español. Ya estaba tan acostumbrado a expresarse en ese idioma, que hasta soñaba en la lengua de Cervantes. Miró instintivamente a su izquierda, como si tuviese a su lado a Blanca, pero no lo estaba… y aquella realidad le provocó un desconocido sentimiento de culpabilidad. ¿Qué le habría pasado? ¿Por qué no cogía el teléfono? ¿A qué venía ese grito? La imaginación es muy peligrosa en estos casos, y la de Einar ya viajaba a la misma velocidad que su coche. Apenas tardó dos segundos en ver claro qué debía hacer ante aquella situación: agarró con fuerza el volante y dio un giro de ciento ochenta grados en plena carretera, levantando a la vez el freno de mano para que las ruedas traseras no se bloqueasen mientras hacía aquel brusco cambio de sentido.

Todos los coches que circulaban a su alrededor frenaron al instante, y aunque por suerte no hubo ningún accidente serio, respondieron a aquella imprudencia con una buena pitada. ¿Pero a qué venía ese numerito hollywoodiense? Los suecos eran tolerantes al volante, pero hasta cierto punto. Sin embargo, a Einar ya poco le importaban las consecuencias de su comportamiento, había salido de allí hecho una bala. Se había puesto en dirección a la autopista como un verdadero diablo sobre ruedas.

Durante aquel volantazo, se conectó la radio automáticamente, y mientras el locutor presentaba el clásico de los Red Hot Chili Peppers *Can´t stop*, Einar seguía pisando el acelerador. No era el momento de plantearse por qué le preocupaba tanto esa niña, pero quizás debería ir asumiendo que Blanca había logrado ser más importante en su vida de lo que a él le habría gustado.

En una de las curvas, el coche zigzagueó inesperadamente sobre el asfalto, haciendo muy útil su experiencia en las carreras de coches. Entonces Einar se dio cuenta de que debía tener más cuidado: con aquella velocidad, si no le paraba antes la policía, iba a tener un accidente, ¡y esta

vez sí que iba a ser mortal! Con el Lamborghini ya había perdido su séptima vida, así que lo mejor sería aminorar.

Pero no podía, no dejaba de pensar en Blanca. Vino a él la imagen de aquella primera noche juntos en el mirador de Monteliusvägen, o la hora larga que se había pasado mirándola y acariciándola mientras dormía en su pecho. No podía creer que ahora estuviera en un aprieto por haberla dejado cometer la imprudencia de ir sola a aquella casa. Y por eso se reprendía inútilmente, no podía consentir haber cometido ese fallo.

¡Pobre Einar Lönnberg! Lo que realmente le enfadaba era ser consciente de que se estaba enamorando de su pequeña Blanca. Tan simple como eso. Tanto lo había fingido estos últimos días, tanto tiempo había invertido en ganarse su total confianza, que ahora no le era indiferente en absoluto. Un plan tan bien urdido desde el principio y cuando estaba a punto de alcanzar su objetivo, su restaurante, él mismo lo iba a estropear.

–¡Mierda! –gritó con rabia golpeando el volante al llegar a esa conclusión. Estaba muy furioso consigo mismo, con Blanca, con toda esta puñetera vida en general.

No dejaba de moverse en el asiento, nervioso. Solo ella era capaz de hacerle sentir así. Tendría que haberse negado a que fuese a esa casa. Era un caserón olvidado de la mano de Dios a más de una hora de la ciudad, en pleno bosque, sin nadie más alrededor. El lugar perfecto para que alguien se escondiera de la policía…

Cuanto más apretaba el acelerador, más se desesperaba Einar. El calor que sentía le estaba agobiando, y escuchar música solo le recordaba aún más a Blanca. Ya había llamado a la comisaría más cercana, y le habían dicho que se pasaría una patrulla para inspeccionar. Pero sabía que él llegaría antes. En cuanto pusiese un pie en esa casa iba a darle un buen puñetazo a quien fuera el que estuviera ocupándola, y no solo por eso, sino por exponerlo de aquella manera a sus propios sentimientos. Hacía mucho tiempo que no se veía tan humano. Y todo por culpa de Blanca.

Cuando llegó por fin a la casa vio aparcado en los alrededores del jardín el coche de Blanca y la ranchera de los clientes con los que se había citado, pero nada anormal a la vista. Entró aún con cierto recelo por la puerta de la cocina, y desde allí pudo oír claramente la voz de su compañera en plena demostración de sus facultades, algo que le hizo sentir un alivio inmediato:

–Quiero ser sincera con ustedes, no tiene aire acondicionado, ni calefacción, ¡y deberíamos sumar a eso la reforma integral de la que hemos hablado antes! Puede que las tuberías sean de cobre, y ya saben lo que eso significa: habría que levantar todo el suelo, y, claro, eso subiría el precio de las obras. Por eso ya les dije antes que era una ganga, pero con letra pequeña… –Einar no podía seguir escuchándola más, ¿a qué jugaba esta chica? Salió rápidamente de la cocina, asustando un poco a la pareja que estaba con Blanca, e incluso a ella misma–. Ah, les presento a Einar Lönnberg, estuvieron hablando con él por teléfono… –Y se acercó al sueco en un par de zancadas para poder decirle en un susurro–: ¡Déjame terminar, luego te explico!

¿Qué? ¿Se había vuelto loca? ¿Y tirar a la basura deliberadamente su porcentaje del cien por cien de satisfacción que estaban manteniendo? Pero como si supiera lo que estaba pensando, Blanca le miró entonces suplicante, y cogiendo disimuladamente su mano la apretó, pidiéndole un poco de calma. Haciendo que con aquel gesto, muy a su pesar, se ablandase un poco su endurecido corazón. Así fue como Blanca consiguió que Einar esperase paciente, viendo cómo se iban sus clientes bastante malhumorados por haberles hecho perder el tiempo con una casa tan horrible.

–¿Y bien? –preguntó Einar nada más oír el motor de la ranchera, mientras seguía cruzado de brazos.

–Espera, espera, ¡que te lo enseño! –dijo divertida, y, casi a saltitos, llegó al centro del salón. Una vez allí, apartó con el pie una alfombra que en su día debió ser roja y blanca, para descubrir ante los incrédulos ojos de Einar una especie de trampilla–. ¿No es genial que sigan existiendo cosas así en las casas? –preguntó muy animada. Y, como si estuviera representando un número de magia delante de él, levantó la tabla de madera que hacía las veces de falso suelo y puerta, para que saliera de allí lo que Lönnberg nunca habría imaginado: primero fue una niña de unos tres años, después un niño de ocho que retuvo entre sus brazos a su hermana, después una chica adolescente con su bebé, una mujer mayor… así hasta doce miembros de una misma familia.

–¿Me puedes explicar qué significa esto? –Blanca aún no conocía a Einar Lönnberg cabreado.

–¿No lo ves? ¡Son refugiados! La verdad es que apenas me he podido entender con ellos, pero no es difícil adivinar de dónde vienen. ¿A que

resulta increíble que hayan llegado hasta aquí? Creo que llevan solo unas horas en esta casa. ¡Mira! –le dijo cogiéndole de la mano para que se acercase a ellos, para que los viese de verdad, como ella había hecho, y no solo como un obstáculo para conseguir alquilar una casa más–. El bebé está aún muy débil… –Después de decirle aquello, la madre lo dejó de nuevo en los brazos de Blanca, donde había estado antes de que se escondieran–. Y los niños están hambrientos y sucios… –añadió acariciando el flequillo de la pequeña, acercándola a Einar para que lo mirase con esos grandes ojos azules que tenía, muy parecidos a los de su hija–. He pensado que esta casa jamás vamos a poder alquilarla en el estado en el que se encuentra, así que seguro no te importará si se quedan un tiempo. ¿Qué me dices? –Y mientras Blanca hablaba, el bebé que acunaba le cogía la barbilla para seguir jugando con ella, como había estado haciendo hacía un rato.

–No, Blanca, ¡no! Esto es absurdo, ¿sabes que he estado a punto de matarme en el coche porque pensaba que te había pasado algo? ¡Eres increíble! ¿Por qué no me has cogido el teléfono? –Ladró un enojadísimo Lönnberg. Con esta última hazaña la pequeña Blanes había rebasado la paciencia de Einar. Él no podía creer que le hubiese dado portazo a esa pareja para esconder a unos exiliados. No podía tomarse esas licencias, ella ya no era nadie para decidir eso.

Blanca lo notó muy alterado, y entendió que había hecho mal en no volver a ponerse en contacto con él. Pero pensó que después de explicárselo todo, lo comprendería mejor. Así que estaba sacando el móvil de su bolsillo para decirle que se había quedado sin batería una vez más, pero cuando Einar lo vio, se lo arrebató de las manos y lo estrelló contra la pared. Saltando por los aires carcasa y batería, todo un espectáculo. Además de dejar helada a la pobre Blanca, toda la familia retrocedió: ¿qué había pasado con aquel hombre que apenas alzaba la voz cuando discutía?

Aquel golpe brusco puso en guardia a todos los expatriados que les observaban. No entendían el idioma en el que hablaba aquella extraña pareja, pero estaban muy familiarizados con esa agresividad de Einar. Para ellos estaba claro que aquel hombre no les iba a dejar vivir en aquella casa, ni siquiera los acogería unas horas.

A Blanca aún le temblaban las piernas cuando dejó al bebé con su madre, que inmediatamente después de aquello, y como es natural, se puso a llorar sin consuelo. Después de besar a la criatura en la cabeza a modo de

despedida, acariciando su pelo con extrema dulzura, se fue directa hacia la puerta de la entrada de aquella vieja casa para salir de allí, y, sin decir ni adiós, dio un portazo que resonó por todas las habitaciones.

¿Qué demonios le había pasado al calmado y correctísimo Einar? Desde un principio estaba segura de que no le haría ninguna gracia lo que le iba a proponer, pero jamás habría esperado de él una reacción así. Desde luego hoy descubría a un nuevo Lönnberg que pensaba era imposible que existiera en la vida real.

Einar se vio entonces rodeado por aquella gente que ahora le observaba en silencio. En los ojos de aquella niña que tenía enfrente había tanto miedo que dolía en el alma mirarla. De modo que, no soportando más aquella situación, siguió los pasos de Blanca. Pero cuando al salir la vio apoyada en la pared de la fachada con los ojos inundados de lágrimas, supo que acababa de perder los papeles y que tendría que disculparse por aquella escena que le había montado. Sin embargo, aún le hervía la sangre en las venas. A Einar no se le pasaba tan rápidamente el enfado, y aquello fue simplemente algo que pensó, pero que era incapaz de hacer en ese momento.

–¿Se puede saber qué te pasa? –le preguntó finalmente Blanca, girándose después de secarse las lágrimas con las palmas de sus propias manos–. Ya me has dejado claro que lo tuyo no son las acciones humanitarias, pero Einar, son niños. ¡Niños! Y no tienen ninguna culpa de que el mundo de los mayores esté loco. ¿Cómo puedes ser tan cruel? –Desde luego que Blanca había acertado de pleno, Lönnberg jamás podría tener su propia lista como el bueno de Schindler, pero para eso estaba ella a su lado. Para sacar lo mejor de él. Aunque claro, ese nuevo trabajo que le habían asignado no iba a resultar tan fácil como vender casas.

–No empieces, Blanca. Tu trabajo como vendedora terminó esta mañana, y no tendrías que haber venido nunca a esta casa, ¡así que ya basta de sermones! Entra y diles que se vayan ahora mismo, la policía debe estar al llegar. Les llamé pensando que te estarían atacando unos delincuentes, pero tú eres aún peor que ellos. Eres imposible. ¡Ah!, y que sea la última vez que tomas una decisión sin consultarme, ¡la pareja que has echado no querrá volver a ver ninguna casa más después de cómo le has tratado! –Cuando Einar se ponía tan cerca de Blanca, resaltaba aún más la obvia diferencia de altura que había entre ellos. Ambos respiraban agitadamente, y se

mantenían la mirada retándose con los ojos, como si estuvieran a punto de llegar a las manos. Pero solo Einar se atrevía a levantar el dedo acusador delante de ella sin llegar nunca a rozarla.

–¿Es por eso que estás tan enfadado? ¿Porque he echado por tierra tu tanto por ciento de satisfacción? Lo siento si por mi culpa vas a ser hoy un poco menos rico. Que sepas que pensaba enseñarles mañana mismo otra casa, pero como tú bien has dicho, mi trabajo como vendedora ha terminado. ¡Toma! –Y le puso en la mano el cheque que antes le había entregado–. Esto paga seis meses de alquiler en esta casa, hasta entonces, espero que no los molestes. ¿Entendido? Y si te molesta que tenga ideas propias, vete olvidándome… –Y con aquella frase lo echó a un lado para poder pasar.

–¡Blanca, por favor! –Einar pretendía devolverle el cheque, pero Blanca ya le estaba dando la espalda. Abrió de nuevo la puerta de aquella casa y entró, echando la llave detrás de ella. Dejando a Einar solo en el jardín de la entrada, pensando en las posibles consecuencias de aquella terrible discusión que nunca debería haber tenido lugar.

La familia volvió a esconderse bajo la trampilla por si venía la policía, siguiendo las indicaciones de aquella buena chica que parecía querer ayudarlos a pesar de todo. Ella les dijo en inglés que iría al pueblo más cercano a comprar leche para el bebé, comida y algo de ropa. Sobre todo, zapatos. ¡Los suyos estaban destrozados! A su vuelta, les siguió explicando, podrían salir de allí y quedarse tranquilamente en esa casa durante un par de meses. Es lo que menos podía hacer, pensaba, pero ya era todo un mundo para ellos.

Era ya tarde cuando decidió volver a Estocolmo. Había estado ayudando a las mujeres a darles de comer a los niños, y se le habían pasado las horas volando jugando con ellos hasta verles dormidos todos juntos en el salón de aquella casa. La verdad era que después de haber tenido aquel enfrentamiento con Einar, tampoco le apetecía demasiado quedarse sola en casa sin hacer nada, así que se regaló un memorable día en familia.

Después de despedirse, condujo muy seria y triste durante el camino de regreso a casa. Tan afectada estaba, que ni siquiera se había acordado de encender la radio. Fue así, escuchando el ruido del motor y las ruedas sobre el asfalto, cuando Blanca se acordó de que esa misma tarde tendría que

haber ido a su primera clase de cómo regentar un restaurante al estilo Lönnberg con el amigo de Einar: Andrea.

–¡Ostras! –exclamó al darse cuenta de su descuido. No lo había hecho a propósito, pero la verdad es que no le apetecía verlo. Ahora mismo no quería conocer a nadie que tuviera que ver con Einar, que pudiera hablarle de él. Tampoco le parecía en este momento tan apetecible la idea de montar un restaurante asociándose con él. ¡No, si la iba a tratar así cuando las cosas no le fueran bien!

Así que, solo después de haber llegado a su casa y ponerse el pijama, cogió su móvil resucitado para llamar al restaurante y disculparse con cualquier excusa. Pero al tenerlo en sus manos, vio un par de mensajes de un número que no tenía grabado.

Ciao Bianca, sono Andrea. Stai bene?

Ese era el primero, a las siete y media de la tarde. Media hora más tarde de la hora a la que habían quedado en su restaurante.

… Se conosci già mio amico Einar Lönnberg, ti aspetto con un chianti e un piatto de pasta, per si vuole parlare un poquito conmigo. *Ricordi: Il vecchio Lume.*

Este era el segundo, lo había mandado hacía un momento, a las diez y media pasadas. Andrea no escribía en español mejor que Blanca en sueco, pero había entendido su invitación.

Pero ¿quería hablar con él? La verdad es que tenía hambre, y el menú que ofrecía Andrea tenía buena pinta: vino, pasta y una conversación interesante. Aunque estaba segura de que no tardaría en disculpar los modales inexcusables de Einar, sentía curiosidad por saber cómo era y qué pensaba de él. Así que, después de revisar mentalmente las múltiples posibilidades de su armario, se duchó y se vistió lo más arrebatadora y rápidamente que pudo. Sabía que hoy no volvería a encontrarse con Einar, pero por si acaso.

Volver de nuevo al restaurante donde todos los camareros vestían de frac fue cuando menos… chocante. ¡Por decirlo de algún modo! Todo estaba igual que el día que vino a cenar con Einar, hasta le pareció reconocer a la misma pareja que tuvieron enfrente aquel día. Es decir, Andrea había conseguido una clientela fija y habitual, casi un imposible.

Una chica, con un muy ajustado vestido de terciopelo negro, le preguntó algo contrariada si tenía mesa reservada, porque prácticamente iban a cerrar

y en su libreta ya estaban todos los nombres tachados. Blanca, después de observar su *look* y darse cuenta de que Andrea también era un fanático de los vídeos de Robert Palmer, le respondió en su idioma con una sonrisa más amplia de lo habitual:

–¡Busco a Andrea, soy Blanca! –La chica al oír su terrible acento se fue haciendo un desaire hasta la cocina, de donde salió ágil un delgadísimo joven, más alto que Einar, de tez morena, nariz aguileña y ojos pequeños–. ¡Oh, vaya! –dejó escapar de sus labios con cierta decepción. No era para nada lo que ella había esperado, sino un tipo de lo más normal, tirando a feo. Su imaginación alimentada desde la adolescencia a base de novelas románticas había puesto en aquel italiano todas sus esperanzas para encontrar en él al supuesto galán heterosexual que le faltaba a esta historia. Pero, seguramente, Andrea era una prueba más de que su mundo no era una ficción.

–*Un piacere*… –Dos larguísimos y finísimos brazos se abrieron mientras caminaba hacia ella para recibirla como la gran invitada que era. Conforme se acercaba, casi deslizando la suela de sus zapatos por el suelo, no pudo evitar recordar la imagen de Jack Skellington, el protagonista de *Pesadilla antes de Navidad*. Allí estaba, en carne y hueso, y venía directo hacia ella con esa sempiterna sonrisa en los labios.

¡Seguro que en su infancia se hartaron de llamarle espagueti! Pensó Blanca mientras dudaba sobre lo que tendría que hacer para saludarle: ¿Estrecharle la mano? ¿Darle dos besos? ¿O un simple abrazo como hacían en este país?

Después de las presentaciones en varios idiomas, todas ellas bien recibidas por Andrea, su anfitrión supo agradecerle el esfuerzo de haber venido esa noche a cenar a su restaurante, invitándole a un suculento menú de dos platos y postre. Quería que desde el primer momento se sintiera como en su casa, con su gente, así que entraron en la cocina y se sentaron en una pequeña mesa adicional que tenían acondicionada para emplatar. Pero ya, a la hora que era, solo quedaba por servir algún que otro postre.

Andrea le sirvió el entrante él mismo, haciendo gala de su profesionalidad, mientras le confesaba que ya se había hecho a la idea de que esta noche no vendría. Einar le había contado un poco abochornado todo lo sucedido esta mañana, y, como él mismo había sido testigo de su mal humor, comprendía la actitud de Blanca. Pero le aseguró que había

hecho lo mejor al cambiar de opinión en el último momento, pues tenían muchas cosas de que hablar ellos dos.

Al parecer, según le contó el propio Andrea en tono confidencial, él mismo fue testigo en la distancia de su entrada con Einar en su restaurante aquel lejano cinco de junio. Y nada más verla, aunque todavía no se conocían, supo que llegaría el momento de esta conversación.

–¿En serio? ¿Y por qué pensaste eso? –A Blanca le costó no devorar el plato que tenía delante nada más verlo, así que decidió prestar más atención a la conversación.

–Creo que por suerte o por desgracia he conocido a todas las chicas que han estado con Einar y, nada más verte, supe que tú eras diferente. ¡Tenías algo más! –Andrea había aprendido todo el español que sabía de oído, por eso apenas sabía escribirlo, pero lo hablaba perfectamente.

–¿Inteligencia? –le preguntó con los ojos entreabiertos cargados de suspicacia; aquello resultaba bastante ridículo. Si Einar pretendía hacer las paces a través de los halagos de su amigo, tendría que currárselo más. Era obvio que aquellas palabras no habían salido de su boca, hasta guardaban la misma cadencia que mantenía Lönnberg al hablar en su idioma.

–*Braaava!* –celebró Andrea satisfecho por estar frente a una mujer guapa, interesante y con un agudo sentido del humor. Aunque fuera la novia de su amigo Fox (terreno acotado), merecía la pena arriesgarse diciéndole la verdad–. No es eso, *Bianca*. Para empezar, si estás ahora aquí, es porque eres mucho más comprensiva que el resto de los mortales. Yo también he soportado su furia, y tardamos meses en volver a hablarnos. ¡Y eso porque teníamos negocios en común! Viniendo hasta aquí me has demostrado que tienes las mismas ganas que él de abrir ese restaurante y que, a pesar de este contratiempo, no quieres tirar la toalla. Y haces bien, porque no merece la pena. Vas a llevar un restaurante que va a ser un rotundo éxito, Einar lleva con esta idea en la cabeza desde que te conoció, y todo lo que toca lo convierte en oro. ¡Te lo aseguro! Así que hay que perdonarlo cuando muy de vez en cuando salta su mal genio. No lo justifico, ¿eh? Pero lo conozco, y sé que ahora tiene que estar muy arrepentido. Lo último que querría hacer es pelearse contigo. Sobre todo, cuando estáis a punto de hacer realidad un sueño en común… –Blanca sonrió mientras mordía una deliciosa *bruschetta* recién salida del horno: de nuevo estaba escuchando un disco de canciones versionadas por otro autor.

–Si he venido aquí para que me digas lo que Einar quiere que oiga, voy a empezar a lamentar mucho haberte hecho caso, *amico!* –le respondió tras agradecerle que llenase de nuevo la copa con aquel estupendo vino.

–Te equivocas si piensas que yo hablo así porque soy su amigo, tienes que saber una cosa de él: ¡Einar no tiene amigos! –respondió Andrea algo más serio, y mientras hablaba con ella echaba una ojeada a su gente. Los camareros entraban y salían de la cocina descargando montañas de platos y cubiertos que se apilaban en orden en la mesa, mientras los pinches y cocineros ya habían comenzado con las tareas de limpieza.

–¡Ya, claro! Entonces si tú no eres su amigo, ¿qué hago yo aquí hablando contigo? –A Blanca le resultó curioso observar la paridad que guardaba Andrea en su equipo, y, después de escucharlos reírse relajadamente tras la ocurrencia de uno de lo ellos, también era agradable comprobar el buen ambiente que se respiraba. Sin duda, Einar sabía lo que se hacía cuando le dijo que viniera aquí para aprender de aquel escuálido muchacho. Además de regentar uno de los restaurantes más prestigiosos de la ciudad, era todo un modelo a seguir liderando a su equipo.

–Yo solo soy un chico listo que sabe lo que le conviene, y Einar es de esas personas a las que es mejor tener cerca. ¿Me explico? –Andrea esperó a que Blanca le mirase para continuar hablando, ya que estaba siendo peligrosamente honesto al decir aquello–. La verdad es que en muy pocas ocasiones he visto a nuestro amigo perder los papeles, y creo que eso, aunque te parezca extraño, debe significar algo bueno. Es difícil mantener el control de tus sentimientos cuando han llegado hasta tu corazón, ¿no crees? Él normalmente lo piensa mucho todo antes de hablar, de actuar. ¡No es como nosotros! Pero creo que contigo algo ha fallado en su sistema de defensa, a tu lado ha dejado de ser una máquina de hacer dinero, creo que has descubierto su lado más sensible. ¡Enhorabuena, Amundsen! Créeme si te digo que es todo un placer conocerte… –Blanca prefirió seguir masticando a responder de inmediato. Sin duda, era un buen discurso, pero todavía le resultaba poco convincente. De repente, se dio cuenta de algo que había dicho Andrea:

–¿Einar te ha estado hablando del Spanish Cooking? –preguntó Blanca algo molesta mientras enrollaba los tallarines en salsa amatriciana. Se suponía que era un proyecto entre los dos, ¿por qué se lo contaba todo a este tipo?

–Y de ti, por supuesto… –añadió Andrea mirando cómo se servía otra copa de vino. Einar tenía razón, ese había sido el mejor reclamo.

–¿Y qué te decía de mí? –La curiosidad mató al gato. Blanca prefirió saber qué pensaba Einar sobre ella en lugar de qué demonios hacía contándole sus planes a otro tipo que, como él, también era un empresario en el mundo de la hostelería.

–En realidad, nada. Pero llegaba aquí, se sentaba en la barra y me sonreía nada más verme. ¿Quién si no tú era la culpable de su buen humor? Al final, yo tenía razón, y había algo en ti que te hacía muy diferente a las demás… –Andrea quiso mantener el suspense, así que guardó silencio durante unos segundos.

–¡Sí, claro! –exclamó Blanca restándose importancia. Aquella frase estaba muy manida, pero surtió efecto.

Andrea sonrió con malicia al ver la cara de Blanca: ¿se había sonrojado o esos colores eran efecto del vino? Aquella chica era tal y como la había descrito Einar, una niña encerrada en un cuerpo de mujer.

–¡Eres demasiado buena persona para un tipo como él! –dijo Andrea dando una palmada en la mesa–. Basta con solo mirarte y hablar un poco contigo para saberlo, y aunque Einar diga que fue esa sonrisa lo que le enamoró, yo creo que en realidad fueron tus ojos. Lo dicen todo, y nunca ha estado al lado de nadie tan transparente como tú. Permíteme que te lo diga, pero creo que contigo debe estar muy tranquilo. ¡Y eso, en este mundo, es todo un lujo!

Blanca tenía delante el estupendo postre que Andrea había elegido para ella: un *coulant* relleno de chocolate caliente, con una bola de helado de vainilla casero al lado que se derretía tanto como ella. En realidad, el dulce preferido del goloso de Einar.

–Pues si tanto me aprecia, debería disculparse en persona… ¡No necesita mensajeros que le hagan el trabajo sucio! –respondió antes de tomar la primera cucharada de ese estupendo dulce. A Blanca ya no le importaba tanto que fuera Einar el que le hubiese dicho a Andrea lo que tenía que decirle: si aquellas palabras eran ciertas, él había sabido valorarla por una cualidad que no era física. Algo que, aunque pretendía seguir haciéndose la dura frente a su amigo, llegaba a emocionarla un poco.

–Estoy seguro de que lo hará, se disculpará como es debido, él es todo un caballero. No me lo ha dicho, pero creo que él tampoco está muy cómodo

con esta situación, *Bianca*. Se ha quedado muy callado cuando le he dicho que no habías aparecido…

–¿En serio? –preguntó Blanca; y en ese momento el lavaplatos abría la puerta del lavavajillas industrial, llenando todo el ambiente que les rodeaba de humedad y olor a detergente.

–Y cuando le diga que has aceptado mi invitación al final, seguro que me llama todos los días para saber si has venido. ¡Tú ya lo conoces! Tiene mucha fe en ti. Te ha confiado ese capricho que tiene desde hace años, llevar un restaurante de cocina española; ¡y va a asegurarse de que estarás preparada para hacerlo! –dijo Andrea amenazante–. Creo que ni siquiera había planeado enamorarse de ti. Y eso debe ser lo que le está volviendo un poco loco. ¡Es genial! –festejó Andrea pensando en voz alta.

–¡Oh, sí! Loco ya lo está, de eso no hay duda. Pero si te llama preguntando por mí, ¿me harás un favor? Dile que soy pésima. Que no valgo en absoluto para este trabajo. ¡A ver qué cara te pone! –Ambos celebraron con una sonora carcajada aquella fantástica idea.

Al terminar aquella maravillosa y maquiavélica velada, Andrea le enseñó las instalaciones de su restaurante para que no estuviese tan perdida cuando entrase a trabajar al día siguiente. Y, antes de despedirse, le entregó un uniforme:

–¿Perdona? –Blanca tardó en comprender. Al parecer, Einar, ya le había pasado a Andrea un *planning* de cómo quería que fuera su aprendizaje con él. Una formación metódicamente estudiada para que pudiera conocer, de primerísima mano, cada uno de los problemas que tendrían después sus trabajadores durante una jornada laboral.

–No todo el mundo estaría dispuesto a empezar de cero de nuevo, entrando como lavaplatos en un sitio como este. ¡Desde luego, eres una gran mujer! –Blanca prefirió morderse la lengua y coger el uniforme con una falsa sonrisa. Si Einar quería ver de qué madera estaba hecha, se iba a dar de bruces con su acero. Sería una buena persona, pero no era tonta. Y aquello era una lección más que pensaba pasar con sobresaliente.

Ya de camino a su casa, Andrea recibió una llamada que estaba esperando:

–*Pronto?* –Einar quería saber cómo había ido todo. Sería difícil, pero no imposible, encauzar de nuevo su plan.

Andrea le dio en seguida el informe esperado. La chica prometía bastante, pero claro, aún no la había visto trabajar. Y como quería Einar que trabajase, sudando la gota gorda. Pero, después de haberla visto y hablado con ella, ya pensaba que podría llegar a convertirse en una estupenda rival.

– …*E più bella che tu, brutto!* –Einar sonrió al recordarla con aquel vestido de gala para la cena del ayuntamiento.

Esa noche estuvo espectacular.

Antes de colgar, Andrea se acordó de decirle lo que Blanca le había dicho que le dijera. Algo que hizo carcajearse también a Einar: ¿Conque esas teníamos? ¡Pues muy bien! Blanca iba a saber lo que era jugar con él a contar mentiras.

–*Fai mi un favore, non ronivi questa relazione…* –Andrea casi se hubiese atrevido a asegurar que esta noche acababa de conocer a la futura señora Lönnberg. Pero, por desgracia, conocía muy bien a su amigo, y sabía que no había sitio para el amor en un corazón tan pequeño.

OceanofPDF.com

Capítulo 16

El nuevo Spanish Cooking

Habían pasado más de tres semanas desde que Blanca entró a trabajar en Il vecchio Lume y ya le parecía casi un año lo que llevaba allí dentro. En tan poco tiempo había pasado por las labores de lavaplatos, pinche, camarera, *hostess*, y ahora le tocaba ser barman, ¡pajarita al cuello incluida!

Un uniforme de lo más incómodo para preparar aquellos exóticos combinados que habían hecho famosa la barra de ese icónico restaurante. En un país donde el alcohol estaba a precios insufribles, allí todo el mundo se pagaba más de una ronda. Andrea había roto con aquella mala fama, y a golpe de Aperol, había conseguido una clientela selecta que era capaz de pagar un justo precio por una copa de arte con sabor amargo. Así que no había nada que hacer; en Il vecchio Lume se cuidaba hasta el más mínimo detalle, y, si los camareros llevaban frac, ella no iba a ser menos: ¡así que a ponerse la pajarita todas las noches! Ya se lo había dejado bien claro su dueño, no iba a hacer ninguna excepción por ser amiga de quien era. Aquí Einar no mandaba, aunque Blanca no pensase lo mismo después de haber visto detenidamente la disposición de las botellas en aquella barra de la entrada. (Estaban igual que en su casa…).

–La etiqueta en mi restaurante es obligada para todos, y cuando digo todos, ¡es todos! –voceaba Andrea a puerta cerrada, mientras Blanca preparaba todos los utensilios que eran necesarios para sus combinados: limas, aceitunas, guindas, azúcar, trozos de piña, bolas de pimienta y un sinfín de tonterías. Cuando estaba ella delante, a Andrea le encantaba oírse hablando en español, terminando las palabras en una ese que alargaba hasta el infinito.

–¡Está bien, está bien! –respondía Blanca asumiendo que había venido allí solo a aprender y no para discutir. Y así terminaban siempre las conversaciones con su nuevo jefe, los dos resultaban demasiado mediterráneos para el resto de la plantilla: cada vez se gritaban más, pero se llevaban mejor.

Andrea Nicoletti amaba su trabajo, pero ese amor por las cosas que hacía le iba a causar una úlcera. Ya se sabe, hay amores que matan. Blanca había llegado a la conclusión de que, si estaba tan delgado, no era porque no comiese, sino porque lo quemaba todo yendo y viniendo de un sitio a otro de su restaurante. Es decir, no es que estuviese pendiente de ella por ser nueva, es que lo estaba de todo su equipo por el simple hecho de que era suyo, y en el trabajo de esa gente residía su reputación. Que, hasta la fecha, era envidiada por el resto de sus compañeros en el sector.

–¿Cómo lo conseguiría? –se preguntaban cada año después de que recibiera premios al mejor cocktail, al mejor servicio o el mejor restaurante de comida extranjera.

–Con amor, mucho amor y respeto hacia mi trabajo –respondía Andrea. Pero a pesar de ser conocido por su rigurosidad, siempre terminaban sospechando que algo tendría que ver su conocida amistad con el peligroso *joker* de la restauración: Einar Lönnberg. Ya sabéis lo que decían: "si quieres que tu local triunfe, habla con él". Y algo de razón tenían…

Sin embargo, por muy controlador que fuera, no era esa la imagen que Andrea quería dar a su equipo. Así que siempre llegaba sonriente por las mañanas dando el *buon giorno* a todos sin excepción. Teniendo tiempo más que suficiente para hacer una parada, si era preciso, y hablar con el que tuviese algo que decirle. Llamaba a todos por su nombre, aunque algunos fueran impronunciables para él, y sabía también el de sus familias como si fueran la suya propia.

–¿Tienes hijos, *Bianca*? –Fue una de las primeras cosas que quiso saber Andrea al empezar a trabajar con ella, antes incluso que su edad.

–No, pero he sabido hace poco que seré tía. Así que supongo serán unas buenas prácticas, ¿no crees? –Andrea sonrió ante semejante ocurrencia, y la miró de la cabeza a los pies. Aquella chica no dejaba de sorprenderle: ¿de verdad aquella era la nueva novia de Einar? Por el físico y el acento diría que sí, pero había algo en aquellos ojos que no le encajaba. Demasiado sinceros, ¡no ocultaban nada! Desde luego que el nombre le parecía el más idóneo para esa jovencita: Blanca. ¿Sería por eso que el bueno de Lönnberg se había fijado en ella para este negocio? Algo le decía que conocerla en primera persona iba a ser más divertido de lo que había imaginado en un principio…

Otros días, en el restaurante, Andrea se veía saturado por los contratiempos de última hora. O era testigo de alguna mala contestación, o de algún gesto de desinterés por parte de los que componían su *staff*, a los que cuidaba como si fueran sus hijos. Y en ese momento sabía que era preciso hacer algo para liberar ese estrés que se soporta en este tipo de trabajos. Así que se ponía en el centro de su cocina, mientras los demás trabajaban, y se lanzaba a contar la última gracia que había hecho su hija. O se cantaba una *tarantella*, o decía en voz alta alguna frase célebre que había leído en su móvil camino al trabajo. Todo ello con el único pretexto de divertir y distraer un poco de la rutina al personal mientras hacían sus tareas, olvidándose hasta de confirmar el menú para ese día. Entonces su chef se enfadaba con él, y ambos se convertían en un corto de el gordo y el flaco en versión remasterizada.

–¡Para qué quiero una suegra, si te tengo a ti! –le decía en su sueco tan característico. Esa era la clase de piropos disparatados que llenaban la jornada en Il vecchio Lume, y, aunque Andrea no fuera el rey de la comedia, conseguía poner de nuevo el barco en marcha.

Andrea tenía ese carisma inagotable de la gente apasionada por su trabajo que absorbe todas sus vivencias y las transforman en un delicioso plato de pasta. O una pizza única. O un postre que jamás podrías olvidar. Era capaz de tener la paciencia necesaria para que todos supieran exactamente lo que tenían que hacer en su trabajo, aunque a veces eso retrasase el suyo propio. Pero no lo lamentaba, porque era con ellos con los que trabajaba cada día, y no con los papeles de la oficina.

Por esa manera de pensar, no dándole la debida importancia a los números cuando sí la tenían, puso en serio peligro el futuro de su negocio. Sin embargo, aquel negro episodio en su vida nunca había trascendido para Andrea, ya que ni siquiera le dio tiempo a echarse las manos a la cabeza cuando Einar se presentó en su restaurante con un trato. ¿Cómo lo supo entonces? Jamás se lo había dicho, ¡haciendo cosas como esa se había ganado a pulso esa fama de zorro! Siempre paciente, esperando a que cayera su última presa. Y así fue… en ese momento supuso para él su salvación, pues ya creía que iba a tener que cerrarlo todo, cuando él puso un montón de dinero por delante y una firma por detrás.

Al principio de hacerse socio de ese tal Fox que todos parecían conocer en esta ciudad, Andrea no las tenía todas consigo. Le proponía cambios que

para él rompían con la idea que quería mantener en su restaurante: algo tradicional, familiar, de casa. De ahí esas interminables discusiones donde pudo ser testigo de su mal humor. Pero al final, fue su mujer la que le convenció.

–Hazle prometer que lo reformará todo de nuevo si la cosa no va como él espera, ¡dale un voto de confianza! Es Einar Lönnberg, ¡por Dios! Sabe de lo que habla. Ha saldado tus deudas, y ahora mismo tiene más interés que tú en salvar Il vecchio Lume. –Y a los pocos días se reaperturó por todo lo alto aquella vieja *trattoria*, convertida ahora en todo un señor *ristorante*, como el que ahora conocía y en el que trabajaba Blanca. Con una enorme barra de bar en la entrada, que iba a suponer su máquina de hacer billetes. Después de todo, ¡el alcohol siempre ha tenido más margen que la comida! Y ahora que Einar iba a estar al tanto de sus cuentas, no iba a permitirle quedarse ni un solo mes sin beneficios.

Ajena a esa historia, Blanca se sentía impresionada por la manera de trabajar de Andrea, y pensaba que el secreto de su éxito era todo suyo. De modo que aprovechaba cada segundo que estaba a su lado, aprendiendo de su buen hacer, sintiéndose de nuevo como una simple aprendiz.

–¡Hoy he visto a tu novio…! –le dijo Andrea una tarde, de manera distraída. Lo hizo de forma casual, mientras miraba con ella cómo situar las mesas para las reservas que tenían esa noche, y ella no pudo disimular su alegría–. Traía muy mala cara, ¿qué le estás haciendo?

–¿Yo? ¿A Einar? Pero si llevo semanas sin hablar con él. Además, ¡no es mi novio! Si lo fuera, habría intentado llamarme para disculparse. Y tampoco es mi jefe, ya firmé mi carta de renuncia. ¡Ah! Y tampoco es mi socio, porque todavía no sé nada de mi restaurante, ¡así que déjalo estar! –Andrea suspiró al oír aquella respuesta. A él no podían engañarle. Einar la estaba torturando sin mediar palabra, esperando el mejor momento para reaparecer en su vida como el zorro que era, y ella mientras se moría por volver a verle.

–¿Por eso has puesto esos ojitos cuando te he dicho que lo he visto? –En realidad a Andrea le gustaba mucho el papel que le había tocado interpretar en esta historia. Ver la cara de Blanca en ese momento le recordaba tiempos mejores, cuando no se hablaba de niños en su vida.

–¿Qué ojitos? ¿De qué hablas? –preguntaba Blanca un poco desconcertada por aquella pregunta, intentando concentrarse en el plano de

la sala, haciendo como si aquella conversación no tuviera interés para ella–. Vamos a trabajar, ¡por favor! –Y se puso ella sola a colocar las diecinueve sillas en una mesa alargada, consiguiendo sentarlos a todos en aquel reducido espacio.

Andrea cada vez estaba más contento con ella. No solo porque la veía muy capacitada para ese trabajo, sino porque además era la debilidad de su amigo, y un poco la suya propia.

–Ponla detrás de la barra. Sola, ¡ya! –le dijo Einar la última vez que habló con Andrea, al parecer las cosas en el Spanish Cooking ya estaban a punto, y debía apretar el ritmo, haciéndola sufrir un poco más.

–¿Por qué le has dado vacaciones a Jan? –preguntó histérica ese día Blanca, en cuanto se enteró de que iba a estar sola en la barra a partir de esa noche–. Aún no me sé ni la mitad de los nombres que hay en esta lista, ¿es que no voy a tener a nadie que me enseñe? ¡Yo solo servía refrescos y tés! Andrea, esto es muy diferente… –Blanca ondeaba al viento la carta plastificada de cócteles que había encontrado limpiando la barra el otro día: una pequeña chuleta que el mismísimo Einar había confeccionado para que cualquier novato pudiera saber qué era lo que le pedían sin poner cara de asombro.

–Tú no te preocupes, todo saldrá bien –le dijo Andrea sin mucha fe en sus palabras, haciendo un gracioso contraste con una exagerada cara de pánico.

–¡Esto es ridículo! ¿Qué pretendes dejándome sola? ¡Arruinarte la noche! –Blanca ya estaba quitándose el mandil como protesta cuando pensó en quién disfrutaba más haciéndola trabajar bajo esa presión: ¡Einar!–. Es idea suya, ¿verdad? Has vuelto a hablar con él. Te ha llamado y te ha dicho que nadie me ayude, para que aprenda a base de palos, ¿no es así?

–Puede… –respondió Andrea sintiéndose un poco culpable por no poder oponerse a los duros métodos de Lönnberg.

–Debe estar muy ocupado trabajando con su nuevo socio. O se habrá puesto como un loco con las reformas del Spanish Cooking. Estará trabajando tantísimo, que ni siquiera tiene tiempo de hablar conmigo, pero sí contigo. ¡Esto es increíble! –dijo desesperada Blanca; eran demasiados días sin verlo. Ya hasta se le había olvidado por qué estaba enfadada con él, aunque en seguida le surgían nuevos motivos.

–Tranquila, seguro que pronto viene a verte. ¡Recuerda que ahora trabaja al mismo ritmo de una multinacional! Christopher Hansson ha encontrado en él la gallina de los huevos de oro, y seguro que lo tiene explotado. Creo que con Einar ha encontrado la horma de su zapato, los dos hablan el mismo idioma: dinero, dinero, dinero.

–¡Ya, pues que abra con él un restaurante! Yo dimito… –Y, quitándose la pajarita del cuello, siguió lamentándose–. Esto es muy injusto, es como si tuviese que demostrarle todos los días que soy capaz de llevar un restaurante. Pensaba que confiaba en mí, pero no hace más que ponerme pruebas. ¡Es como si me estuviera entrenando para la guerra!

Andrea soltó una carcajada ante aquel comentario jocoso de Blanca. Sin duda, con Lönnberg había que prepararse para lo peor.

–¡Créeme que lo será! El día de tu inauguración será peor que en las rebajas. Einar sabe cómo hacerlo, tiene ese poder de convocatoria, no sé cómo lo hace… ¡pero siempre lo consigue! Y contigo estoy seguro de que va a venir toda la ciudad a verte ese día, vas a tener que respirar muy hondo si quieres sobrevivir a eso.

–Se hacen unos dos mil euros cada día en esa barra y ahora me dejas sola, ¿no te basta con eso? –Y por un segundo Blanca se dio cuenta de que acababa de hablar igual que lo hacía Einar.

–Lo hace por tu bien. Piensa que él ya no podrá estar siempre a tu lado, y nunca viene mal tener más experiencia trabajando bajo presión. Además, ahora que ha vendido aquel apestoso bajo que ganó jugando al póker, tiene todo el tiempo del mundo para buscar otro local más decente para vuestro restaurante… –Andrea disimuló muy bien una sonrisa de medio lado que casi le delata.

–Espera, ¿qué has dicho? –preguntó de inmediato Blanca, abriendo los ojos como platos. No podía creer lo que había oído.

–Lo que oyes. Le dije que me hiciera caso, que ese local no estaba bien situado, y lo puso en venta hace cosa de un par de días. Le costó admitirlo, pero me dijo que tenía razón, y que él estaba totalmente equivocado… –Blanca se quedó helada cuando oyó las palabras de Andrea. ¿Que había puesto en venta *su* restaurante? ¡Eso era imposible!

A la mañana siguiente, se despertó tan temprano para ir al trabajo que se cruzó con Annika en la puerta al salir de casa. Regresaba de una sesión de

DJ’s, y llevaba con ella su maletín rosa con los discos para hacer las mezclas.

–¿Estás bien? –le preguntó Annika al ver a Blanca más agitada de lo normal.

–Sí, claro –dijo automáticamente, poniendo un pie fuera del piso. Pero en ese momento se acordó de con quién estaba hablando, y reculó–. En realidad no, ¿podrías hacerme un favor? –Annika asintió con la cabeza, sabiendo positivamente que lo que le iba a pedir tendría que ver con su hermano.

El local que tenían previsto convertir en el nuevo Spanish Cooking estaba tan mal situado en la ciudad que no habría sabido llegar ni en cien años, solo gracias a una vaga descripción, Annika se pudo hacer una idea de en qué barrio se encontraba el sitio en cuestión.

–¡No, no, no! –gritó Blanca sacando medio cuerpo fuera de la ventanilla de la furgoneta de Annika–. No puede ser, ¡no! –siguió diciendo como un disco rayado. Habían invadido la acera y atravesado la vía peatonal para frenar en seco frente a la oxidada persiana que tan bien recordaba Blanca. Seguía completamente bajada como la habían dejado aquel día, pero con un cartel que ponía *Till salu* (se vende) de la inmobiliaria de Einar–. ¿Quién puede querer comprar un local en esta calle? ¡Si solo caminan por ella los perros muertos de hambre!

–Bueno, en realidad no está tan mal. Si lo piensas bien, está paralela a…. –añadió Annika mientras salía de su furgoneta.

–¡Ahh! –gritó de rabia Blanca haciéndola callar de inmediato. Annika entonces prefirió dejar para otro día su explicación de por qué aquel barrio no estaba tan perdido en el mapa como parecía. De hecho, la prueba evidente era que, si Einar le había echado el ojo, era porque había visto en esta zona de la ciudad posibilidades para convertirla en el nuevo SoFo de Estocolmo. Como ahora mismo lo era el barrio de Södermalm, zona que se había revalorizado muchísimo, y donde el movimiento *hipster* se había hecho fuerte en la ciudad. Solo Einar Lönnberg era capaz de hacer cosas así en su ciudad natal, y gracias al Spanish Cooking lo iba a conseguir.

Blanca tiró con furia del cartel, quedándose solo con un trozo muy pequeño de papel en su mano derecha. Quizás esa broma que le había querido gastar a Einar sobre que no valía para el trabajo se le había ido de las manos. Tampoco habría ayudado mucho devolver todos sus regalos la

semana pasada. Pero pensó que así llamaría su atención, se pondría de alguna forma en contacto con ella. Lo hizo esperando alguna reacción por su parte, y, bueno, allí tenía su respuesta: ¡Einar no se andaba con chiquitas a la hora de aleccionar a la gente! Le había arrebatado de un golpe lo que más quería en este momento, su esperanza de abrir de nuevo un restaurante.

–¿Y ahora qué? –se preguntaba mirándose el uniforme.

No le quedaba otra: debería llamarlo. Hablar con él seriamente. Aquello había dejado de ser un juego para ella. Se sentía mal por haber discutido y haber dejado las cosas así entre los dos. Por pasar de hablar todos los días con aquel divino calvo, a llevar semanas sin decirle ni hola. No saber nada de lo que estaba haciendo la estaba matando, porque en realidad le seguía queriendo, y, aunque tuviese su temperamento muy bien escondido, ella se veía con fuerzas para dominarlo.

–De modo que él piensa que yo voy a quedarme aquí todo el tiempo, esperándole a que se decida a hablar conmigo, o hasta que encuentre otro local… –se decía Blanca ya en el trabajo, mientras vaciaba por cuarta vez aquel lavavajillas de juguete que tenía en una esquina de la barra–. ¿Y cuándo será eso? ¿Dentro de un mes? ¿Un año? Y encima la pobre Carmen vendiendo su alma al diablo para venirse aquí; ¿y ahora qué se supone que le tengo que decir cuando me llame? –La pequeña Blanes seguía dándole vueltas a las palabras de Andrea mientras secaba las copas y vasos, perdida en sus pensamientos. Estaba harta de aquella situación, de aquel programa exprés del lavavajillas que no limpiaba nada. De las comandas que se le mojaban y no entendía, de los clientes pesados con peste a alcohol que la miraban libidinosos, o de las manchas de vino que no conseguía limpiar del todo en sus camisas.

Hasta ahora no había tenido ningún problema en los distintos puestos de trabajo donde le había mandado Andrea. Le habían resultado todos muy familiares. Hasta que había llegado aquí, y se había dado cuenta de que estar sola detrás de la barra de un bar no era tan fácil como ella se creía. Pensaba que era en la cocina o en la sala donde estaban realmente los problemas, ¡no en tres escasos metros cuadrados!

Y es que, en Il vecchio Lume, la barra era la estrella. ¿Por qué no hicieron entonces una parada aquí la primera vez que estuvieron? Posiblemente porque Einar no quería ser espiado por Andrea, aunque fuera algo inevitable nada más entrar en su restaurante. ¿Es que no había más

sitios para llevarla a cenar esa noche? No del gusto de Lönnberg, seguramente.

Encima, hoy, a Andrea se le había ocurrido la excelente idea de regalar su cocktail favorito, el *Gin Fizz Andrea's*, a todos los comensales. ¡Y Blanca seguía sin ayuda detrás de aquella barra! ¿Qué pretendía? ¿Matarla?

–¡Oh, venga ya! No lo dirás en serio, ese combinado es muy difícil. Yo no soy tan rápida como tú o como Jan, ¡no me va a salir, va a ser un desastre y tú me vas a odiar por arruinarte la noche de un sábado! –Pero Andrea se mostró severo con aquella decisión. Quizás esa era su manera de demostrarle a Blanca que realmente podía defenderse en aquel puesto, tan bien como había hecho en el resto.

Y fue precisamente esa misma noche, mientras preparaba en cadena cinco de esos cócteles tan especiales con nombre propio, cuando levantó la vista por casualidad y lo vio allí sentado. Justamente enfrente de ella, mirándola en silencio mientras vertía con cuidado la bebida en las copas.

–¡Upps, mierd…! –exclamó susurrante, porque tampoco se le permitía decir tacos. Había derramado en un instante el resto de la mezcla por el cristal negro de la barra, dejando dos copas vacías y una tercera rodando hacia el precipicio.

Einar puso remedio en seguida al desastre con unas cuantas servilletas.

–¡Gracias…! –se vio obligada a decir, al ser testigo de cómo rescataba del suicidio la tercera copa en discordia.

–De nada –respondió él bastante serio, a pesar de la anécdota–. La próxima vez, ¡júntalas más! –le aconsejó sin dejar de mirarla ni un solo momento.

–No es eso, es que me has despistado… –le respondió hipnotizada por el azul de sus ojos.

–Como tú a mí –dijo sin dejar de mirarla–. ¡Estás muy guapa con esa pajarita! –Y solo después de aquella frase se vislumbró un atisbo de sonrisa.

Blanca se tocó por instinto aquel lazo negro contrahecho que conseguía desquiciarla todas las noches.

–Pues me agobia un poco, la verdad. Apenas puedo respirar, además de que lo encuentro bastante ridículo –le confesó. Y Einar, al oír aquello, estiró sus brazos para llegar hasta el cuello de su camisa y ajustarle mejor la medida del elástico de la pajarita. Al principio ella se mostró reacia, pero

después de comprender qué era lo que pretendía hacer Einar, dejó que sus dedos rozasen su piel durante un instante.

–¿Ahora mejor? –preguntó al segundo. Y de nuevo Blanca tenía que agradecerle su amabilidad.

–Sí, gracias… –Y al escuchar su propia voz dulcificarse por aquel gesto, carraspeó un poco. Por un segundo se le había olvidado que aún seguía enfadada con él, aunque el solo hecho de verle de nuevo era muy buena señal: habría decidido romper su silencio–. ¿Qué le pongo, caballero? –le preguntó en seguida Blanca mirándole a los ojos descaradamente, como él estaba haciendo, sin ocultar esa sonrisa suya que él tanto estaba echando de menos.

–¿Que qué me pones? –repitió Einar rozándose los labios con la yema de sus dedos, convirtiendo aquella simple pregunta en una no demasiado decente.

–Algo fácil, por favor…. ¡aún no me sé todos los nombres! –Y puso delante de él su propia chuleta. Einar, al verla, tuvo que ahogar una carcajada.

–¡Ponme un *Commonwealth*! –Saltó de pronto con aquella respuesta. Einar parecía volver a disfrutar como un niño de la compañía de la pequeña Blanca.

–¿Un qué? ¿Puedes repetir? –Y a Blanca se le iban los ojos buscando en aquel pedazo de plástico ese nombre tan raro–. ¿*Common*… qué? –Y, después de volver a levantar la vista al frente para mirarlo y descubrir aquella sonrisa socarrona que tan bien conocía, entendió que, una vez más, Einar estaba bromeando con ella–. ¡Bah, seguro que ni existe!

–¡Sí que existe! Pero tardarías un día entero en hacerlo…. –le dijo satisfecho por haberla hecho un poquito más feliz en contra de su voluntad. Saltaron dos comandas más mientras hablaban. Y el sumiller les interrumpió en ese momento, metiéndose él también en la barra en busca de unas copas adecuadas para el caldo que le habían pedido–. ¿A qué hora sales? –le preguntó finalmente Einar, incorporándose en aquel taburete. Era consciente de que aquel no era el momento ni el lugar de hablar con ella.

–¡A las mil! –exclamó Blanca sin ningún entusiasmo, viendo aparecer a Andrea por detrás de Einar; al parecer iba en su busca.

–¿Te está molestando este tipo? –le preguntó Andrea a su nueva *barwoman*, colocándose justo al lado de su amigo, poniéndole la mano en el

hombro en señal de camaradería.

–Todo lo contrario…. –le contestó mirándolo con picardía

–… *Andiamo!* –exclamó Andrea sin más preámbulos, no quería entretener más a Blanca en su trabajo, por ahora se estaba defendiendo muy bien ella solita. Así que dándole unas sonoras palmadas en la espalda a Einar, los dos hombres se pusieron en camino hacia la puerta. Aunque antes de salir, pero sobre todo antes de que Blanca mirase hacia otro lado, Andrea se giró y la llamó como era su costumbre–: ¡*Bianca*! Pregúntale a tu novio adónde me lleva…

Blanca, sin entenderle muy bien, pero con unas ganas terribles de abandonar su puesto de trabajo y salir con ellos adonde fuera, le preguntó finalmente.

–¿Adónde te llevas a mi jefe, Einar?

–Al nuevo Spanish Cooking… –contestó él, y después de decir aquella maravillosa frase, salió de allí guiñándole un ojo.

–¿¡Entonces!? –dijo sin poder continuar: Blanca se había quedado boquiabierta. De repente, todo volvía a cobrar sentido, y, casi al mismo tiempo, se despertaba al mundo real y se sentía aún más rodeada que de costumbre por la gente que se agolpaba en torno a su barra, pidiéndole algo de beber–. ¡Todo ha sido otra broma pesada de Einar! Ha querido devolvérmela, el muy… –En el transcurso de la noche entendió que el astuto Lönnberg había vuelto a ganar aquella partida. La había engañado haciéndole creer que no quería ese local que le había salido tan barato, y que no había hecho ninguna reforma en él. Pero en realidad el Spanish Cooking no solo había empezado con su cambio de imagen, sino que ya estaba terminado, ¡y Andrea iba a tener el placer de verlo antes que ella!–. ¡Esta me la vas a pagar…! –masculló entre dientes mientras ponía por quinta vez el lavavajillas.

El resto de la noche pasó terriblemente lenta para la pobre Blanca, imaginándose cómo sería ahora su nuevo restaurante. Llegó a poner el lavavajillas más de veinte veces, y se rebanó un dedo cortando limas para un mojito que al final tuvo que tirar porque manchó de sangre el vaso. Algún día le cogería el gusto a esto de estar detrás de la barra de un bar, pero no iba a ser hoy, eso seguro. Lo único señalado de aquella jornada, aparte de la visita inesperada de Einar, fue un mensaje de voz que descubrió en el móvil al recoger su bolso. Era de una de las chicas refugiadas que

había acogido en aquella casa, la madre del bebé con el que había estado jugando toda la tarde. Le había dado el número de su nuevo teléfono en la última visita, para seguir ayudándolos en todo lo que pudiera, aunque ella sola poco más podría hacer.

La muchacha se mostraba muy agradecida de nuevo por su generosidad, y expresándose en un inglés muy básico, pero inteligible, le decía que ya tenían en su poder los papeles. Que mañana mismo se presentarían en la fábrica.

–¿Qué fábrica? ¿Qué papeles? –se preguntó Blanca después de escucharlo por segunda vez. El resto de chicas que trabajaban como ella en el restaurante se movían nerviosas a su alrededor en el vestuario, entre gritos y risas alocadas. Había decidido salir a celebrar el suplemento recibido al finalizar este mes. Con aquel ruido dudaba de nuevo de lo que había oído en aquel extraño mensaje, y quería escucharlo una tercera vez.

–¿No vienes con nosotras? –le preguntó una compañera colombiana al verla paralizada con el móvil en la mano. Blanca movió su coleta alta al girar la cabeza, y después de unos segundos mirándola en silencio, le respondió:

–Creo que, si no me equivoco, me están esperando fuera… –y después de decir aquello, lamentó no haber traído otra ropa para cambiarse.

Cuando salió todo el personal que había trabajado esa noche en Il vecchio Lume, incluida Blanca, descubrieron un Maserati Ghibli con las luces encendidas y el motor en marcha justo al lado de la puerta de servicio. Lloviznaba un poco, y la temperatura había bajado considerablemente, haciendo que en el ambiente se levantase una fina capa de niebla que los faros del Maserati de Einar atravesaban como rayos láser: el verano se estaba despidiendo, en menos de dos meses la ciudad entera se envolvería en un gran manto blanco y papá Noel vendría a visitar a todos los niños.

Blanca inspiró hondo al acercarse al coche, oyendo a su espalda algunos silbidos de los chicos del restaurante. Dijo adiós con la mano al resto de sus compañeros, que por supuesto, la miraron con envidia al meterse en aquel lujoso vehículo mientras ellos tenían que abrir sus paraguas y cerrarse las chaquetas. Y con un extraño sabor de boca, Blanca se sentó en aquel confortable asiento que aún no había podido olvidar.

En el interior le esperaba un Lönnberg meditabundo, que había perdido la noción del tiempo pensando detenidamente en las palabras que le había

dicho su socio hacía unas horas en el Spanish Cooking.

Aunque no le gustase reconocerlo, le importaba lo que Andrea pudiera decirle, aunque él fuera libre después de hacer lo que quisiera. Hubiese preferido mil veces discutir sobre las dimensiones de la cocina que sobre lo que estaba haciendo con Blanca, pero Andrea era quizás aún más inconsciente como persona que como gerente, y se sentía en la obligación de recordárselo.

Esa chica no sospechaba en absoluto, era tan inocente que se había enamorado ciegamente de él. ¡Realmente creía que el restaurante era de los dos! Pero Andrea conocía demasiado bien a ese tipo que tenía enfrente, y sabía que en algún momento habría hecho firmar algo a la chica que no debería haber firmado. Su viejo truco. Él mismo había caído en esa trampa. Por eso cada día que la veía trabajar tan ilusionada se le rompía el corazón, porque estaba seguro de que Einar iba a hacerle mucho daño cuando decidiera que ya no la necesitaba más. Que ya había conseguido todo lo que quería de ella.

Una verdad así, aunque uno no quiera escucharla, dolía. Por eso Einar permanecía aún con ese rictus tan serio, ensimismado en sus propios pensamientos, un semblante al que Blanca no estaba acostumbrada. Con una mano en el volante, y otra en la palanca de cambios donde asomaba su conocido reloj, parecía dispuesto a salir de allí como era su costumbre.

–*God natt!* –murmuró Blanca mientras se abrochaba el cinturón

–¡Buenas noches! –dijo él de repente, girándose hacia ella, sonriendo por fin después de despertar de nuevo en el planeta Tierra–. Es agradable volver a tenerte sentada en ese asiento, creo sinceramente que hasta este coche te echaba de menos…

Blanca agradeció con una sonrisa infantil oír, una vez más, sus típicos halagos. Estar sentada ahí con él era como volver a casa después de un largo viaje. En seguida se dio cuenta de que sonaba muy débilmente por la radio del coche la canción *Sorry* de Justin Bieber, una casualidad que le hizo bastante gracia, ya que, a estas alturas, no esperaba que Einar fuera de los que se disculpan con una canción.

–¿Él también es amigo tuyo? –le preguntó señalando la radio, refiriéndose al cantante. No hubo respuesta. La verdad es que tampoco la esperaba, simplemente era su modo de romper el hielo. Al parecer Einar

tenía muchas cosas en la cabeza: aunque él había elegido el momento de reconciliarse con Blanca, el momento no lo había elegido a él para hacerlo.

Lo tenía todo preparado, y su conversación con Andrea lo había desconcertado. Al principio pensó que aquella pelea con Blanca había sido un tremendo error en su plan, ya que su debilidad por esa chica le había hecho perder los papeles. Pero después se dio cuenta de que una pelea de enamorados le daría la cancha suficiente para hacerse con el control de las reformas que debía sufrir el local de su propiedad hasta convertirse en el nuevo Spanish Cooking, tal y como él lo deseaba ver. Así también, pensó después, enfriaría de nuevo su mente. Tanto tiempo al lado de ella le estaba haciendo aflorar sentimientos que creía haber enterrado hace tiempo.

–¿Cómo dices? –respondió Einar por fin, después de que Blanca subiese un poco más el volumen. Solo entonces Lönnberg se dio cuenta de que aquella chica que le traía de cabeza estaba observándolo con preocupación, y por eso quiso añadir–: ¡Perdona, creo que no te he escuchado! La radio está encendida porque pensé que, nada más llegar aquí, sería lo primero que harías. Lo hice para que te sintieras a gusto… –Einar de nuevo conducía con una sola mano, rozando apenas el volante, mientras los ojos de su chica seguían todos sus movimientos. Vestía el mismo traje con el que se conocieron; Blanca había podido memorizar su armario al completo durante los meses que había trabajado con él, y sin duda este era uno de los conjuntos que mejor le sentaban. Sonrió para sí. Estaba disfrutando de aquella visión como si fuera la imagen de un sueño que se repite: él conduciendo junto a ella, mirándola de soslayo de vez en cuando, y hablando con su extraño acento.

–¿Por qué no iba a estar a gusto contigo? –preguntó, inclinando levemente su cuerpo hacia él. Después de saber que había conseguido trabajo para aquellos refugiados, se esfumaron las ganas de discutir. (¡Blanca Blanes, eres muy blanda!).

–Ni siquiera yo lo he estado estas semanas… –Einar esperó llegar a un semáforo para girarse de nuevo hacia ella y seguir con aquella conversación, no sin antes apagar la radio por completo. Era importante que escuchase todo lo que quería decirle–. Ojalá supiera qué decir en tu idioma para que me perdonases, pero es que creo que tampoco sé decirlo en el mío, Blanca–. Y su voz le pareció más grave y profunda. Einar sabía que debía escoger muy bien sus palabras, de ellas dependía que fuera creíble esa

disculpa. Estaba tan acostumbrado a hacerlo que era capaz de mirarla a los ojos sin remordimientos.

–No importa, de verdad… –le cortó Blanca, queriendo olvidar los detalles.

–¡Sí que es importante, tú eres muy importante! Llevo más de tres semanas durmiendo solo, pensando en ti, volviéndome loco y lamentando haber actuado como lo hice. –Einar elevó la voz, haciendo más hincapié en cada pausa. Realmente no se sentía muy orgulloso de aquel arrebato de violencia que había sufrido delante de ella. Ese día una sobredosis de adrenalina le alteró los nervios, pensar que pudiera estar herida por su culpa le había hecho perder los estribos–. Blanca, te debo mil disculpas. Jamás tendría que haberte contestado así, gritándote, faltándote al respeto de esa manera. Actuaste con el corazón, y yo no supe razonar en ese momento. Fui un cretino, un estúpido. No sentía lo que te dije, y después he intentado retractarme, pero nada me parece suficiente para lo que te hice. Solo quiero que sepas que después de escuchar tu grito en aquella llamada, no dejé de imaginar que te habría pasado algo grave, ¡y eso jamás me lo habría perdonado! –El semáforo hacía un rato que se había puesto en verde, y el sonido del limpiaparabrisas rozando el cristal llenó aquel silencio espeso que se interpuso entre los dos. Entonces Blanca aprovechó para reposar su mano sobre la de Einar, precisamente la que estaba en la palanca de cambios, y sin levantar el rostro vio cómo él abría sus alargados dedos para acoger los de su chica.

–Es terrible sentirse tan humano, ¿verdad? –le dijo a continuación Blanca, mirándolo finalmente, sabiendo que todo aquello había puesto en duda su propia moralidad. Entonces a Einar se le iluminó el rostro, como si con aquella frase demostrase que ella también lo conocía demasiado bien. Mejor incluso de lo que él imaginaba.

–Contigo voy aprendiendo, ¡pero todavía no sé si me gusta! –Y, después de mucho tiempo, Einar volvió a mostrar una sonrisa triunfal. Solo con ella hacer aquel gesto apenas costaba trabajo.

En seguida llegaron a su destino, uno de los barrios más humildes de Estocolmo.

–¿Te suena? –le preguntó Lönnberg abriéndole la puerta como antaño.

–¡Claro que me suena, tonto! He estado esta misma mañana y me he creído por completo esa bola tuya de que estaba el bajo vendido… –Y

después de ver esa sonrisa de ganador que le parecía tan atractiva, Blanca se atrevió a preguntarle–: ¿Pero tú estás seguro de que este será un buen barrio? Sigue sin convencerme. ¡No hay nada más alrededor!

–¡Vas a estar tú! ¿Te parece poco? Para mí es más que suficiente… –respondió seguro de sí mismo mientras le cogía de la mano, y, apretándola muy fuerte, añadía en un tono brioso–: ¡Confía en mí, pequeña! –Y se puso a andar por la estrecha calle, llevándola a buen ritmo para no terminar empapados a causa de la lluvia. Giraron en una esquina, y después en otra, entrando finalmente a la calle peatonal que Annika había invadido con su furgoneta Volkswagen. Paredes desconchadas y un extraño olor a desagüe. Sí, definitivamente habían llegado a la puerta de su nuevo restaurante.

Einar le soltó de la mano, y mirándola con orgullo, le preguntó:

–¿Me vas a dejar hacer los honores? –Y señaló la persiana metálica. Esta había cambiado en el transcurso del día y ahora era mucho más moderna.

–¡Por supuesto! –respondió ella ilusionada. A Blanca se le iba a salir el corazón por la boca. Estaba deseando entrar por fin a su restaurante y poder verlo todo con sus propios ojos. Como una madre que está deseando ver a su pequeño por primera vez, sin embargo, quiso disimular sus nervios con un estúpido comentario mientras un Lönnberg igual de emocionado que ella pulsaba el botón que puso en marcha el mecanismo de la persiana automática.

–¿Te das cuenta de que siempre llueve cuando venimos aquí? –Y solo después de escuchar esas palabras, se dio cuenta de lo desafortunado de aquel comentario.

–Tiene que ser una buena señal, ¿no crees? –Einar hablaba sin dejar de mirarla, dando la espalda a la puerta de cristal que ya se veía claramente–. ¿Cómo es ese refrán que vosotros decís?

–¿La lluvia en Sevilla es una maravilla? –contestó Blanca rápidamente y sin pensar.

–¡No! Es algo así como… –Einar miró un momento al cielo y después continuó– novia mojada, novia afortunada. Y me parece muy apropiada esa frase, ya que me siento ahora mismo como si te estuviese llevando al altar, Blanca. ¡Bienvenida al nuevo Spanish Cooking! –Y diciendo aquello, Einar le abrió la puerta por fin.

Blanca iba a puntualizar que el que lleva la novia al altar es el padre, y no el novio. Pero no quiso estropear aquel momento con más comentarios

absurdos. A partir de ahora le daba igual el tiempo que hiciera: se podía poner a llover a cántaros, o sorprenderlos a todos con la primera tormenta de nieve del año, que de todas formas seguiría siendo sin duda el día más feliz de su vida.

–¡Einar, es precioso! –Y lo dijo sin haber terminado de poner el primer pie en la entrada, aún a oscuras, pero ya con los ojos llenos de lágrimas.

–¡Espera a verlo, mujer! –exclamó Einar bastante familiarizado con su carácter impaciente, mientras daba la luz a todo el restaurante.

Dos de las paredes que limitaban los laterales de la entrada estaban forradas por una imitación exacta de grandes rocas de piedra caliza, a semejanza de los pilares de la famosa arquería del acueducto de Segovia. Y si añadimos a esto unos focos que hacían incidir un halo de luz de abajo a arriba, se conseguía un aspecto muy solemne nada más entrar.

Blanca inspiró satisfecha, y continúo caminando, fijándose ahora en las ventanas del fondo de la estancia que daban al interior de lo que se podía adivinar era un patio ¿Un patio en su restaurante? No lo había pensado, pero podría resultar. Las ventanas eran bastante altas y perfectamente rectangulares, llegaban hasta el suelo, y tenían un enrejado en negro donde había colgadas algunas macetas, como geranios y enredaderas. Todo copiando a la perfección un tradicional patio andaluz.

–¡Un momento! –exclamó Einar mientras se desplazaba hacia la sala con su pisada inconfundible, pasando por delante de Blanca–. Quiero que sepas que soy consciente de que tú no has estado durante la reforma del Spanish, así que, si no te gusta algo, puedes decírmelo. Quizás mis dibujos no lo revelasen todo…

–No me vengas ahora con esas… –murmuró Blanca sin perder detalle de todo lo que había a su alrededor–. ¡Por eso has estado más de tres semanas sin hablarme, ¿verdad?! Para estar seguro de que se haría todo tal y como tú quieres. Por ahora estoy viendo aquí mucho de Einar Lönnberg y nada de Blanca Blanes –saltó Blanca, descubriendo a su compañero. Y después de una risotada que le delataba sin remedio, le pidió que lo acompañase al centro del restaurante, cogiendo de nuevo su mano. La quería ver entre las mesas, en medio de aquel salón de estilo rústico.

Lo primero que le sorprendió a Blanca fue el color con el que se había pintado el resto de paredes: un tono vino tinto, un rojo granate que no esperaba encontrar. Pensó en seguida que sería una muy mala elección,

porque no era un color relajante. Pero después se percató de las jambas de aquellos muros: eran más grandes de lo normal, de una madera de haya muy clara, y que hacían contraste con aquel color oscuro de las paredes. Combinando también con la piedra caliza de los otros dos muros de la entrada, y dando a todo el conjunto una sensación de calidez inesperada.

Einar era un artista creando ambientes, y este se lo había pensado muy mucho. No faltaba detalle alguno que no coordinase, hasta el grabado *El sueño de la razón produce monstruos* de Goya estaba allí, coronando una esquina, demostrándole cuánto amaba todo lo relacionado con su país.

Blanca seguía sin decir nada, observándolo todo. Se dio cuenta de que las luces eran también protagonistas en aquella ambientación de una España soñada, todas indirectas, algo que debía gustarle mucho a Einar, porque también era así en su casa. Los manteles estaban tejidos con un hilo en tonos siena, y las sillas eran de madera negra con aspecto de estar hechas a mano, jugando a la perfección con este local, como todo el mobiliario que llenaba la sala. El salón entero era una combinación de colores tierra que, sin saber muy bien cómo, encajaban a la perfección unos con otros. Como ellos dos, pensó inmediatamente Blanca.

De repente, le sorprendió ver a Einar en silencio, apoyado en una columna de madera justo detrás de ella. Estaba con los brazos cruzados, mirándola. Disfrutando de aquel momento que había querido que fuera solo para él.

–¿Te diviertes? –le preguntó Blanca, cruzándose de brazos para imitarle. En aquella postura hacía más evidente su pecho al vestir solo con una camisa blanca algo mojada, además de la molesta pajarita. Einar no pudo evitar detener su mirada en aquel detalle un segundo.

–¡No sabes cuánto! –respondió él levantando su ceja derecha–. ¿No vas a ponerle ninguna pega? –preguntó, algo inquieto por su respuesta.

–Pues pensé que habría una barra, la verdad… –le comentó para no parecer una estúpida a la que todo le parecía bien.

–¡Y la hay! Está allí fuera, en el patio. –Y Einar señaló hacia las ventanas–. Pero en ella solo se servirán vinos españoles. Nada de combinados difíciles, ¡prometido!

–¿Había un patio interior aquí antes? –preguntó Blanca intentando hacer memoria mientras avanzaba, seguida por los ojos de Einar.

–No, pero siempre quise tener uno. Lo único que me falta es el sol de vuestras terrazas. –Blanca se colocó en el interior de la barra y miró hacia el exterior. Esta era mucho más pequeña que la de Il vecchio Lume, pero le gustaba que fuera de madera de roble en lugar de cristal. Su tacto era diferente, más natural, más cálido. Al otro lado había doce taburetes y seis toneles para tomar algo de pie. Amortizando bien el espacio, ¡cómo no! Siendo Lönnberg el que estaba detrás de todo esto, eso estaba más que garantizado. Las paredes ahora eran blancas, con encalado muy rústico, y el suelo de cerámica rojizo. Salpicados los dos con algunas macetas y pequeñas luces de exterior; reviviendo en muy pocos metros cuadrados sus recuerdos de aquellos veranos en Granada.

–¡Tiene más encanto que el reservado de un pub! –dijo por fin Blanca.

–¡Ah, pero es que también nosotros tenemos uno! Lo hice solo pensando en ti. –Y Einar volvió a coger su mano, llevándola al otro extremo del restaurante en apenas un segundo. Y, abriendo una puerta oculta, que solo se descubría por una pequeña manilla que había en una de esas paredes pintadas de rojo oscuro, le dio paso a una sala no muy grande. Ahora cambiaba de nuevo el estilo, los protagonistas eran los colores crema y dorado, y en un par de aquellos muros empapelados reconoció los cuadros de Sorolla más famosos. Ese toque tan personal suyo le llegó al alma.

La mesa que habían colocado en el centro de la estancia era tan solo de ocho comensales, más que suficientes para una reunión de negocios. O una cena entre amigos, o una comida de solo chicas que se alargaba hasta la hora de la merienda. ¡Le encantaba aquella idea!

–¿Qué me dices? –quiso saber Einar, poniéndose delante de ella.

–Que es tal y como me habías enseñado en tus dibujos, pero mejor. Ya es una realidad, Einar ¡Es nuestro restaurante, por fin! –Y Blanca no pudo seguir hablando, había aguantado demasiado tiempo esas lágrimas que ahora resbalaban por sus mejillas sin control.

–Wow! Wow! –exclamó Einar rodeando con sus brazos a aquella pobre chica, que agradeció terriblemente su contacto–. Sabía que esto pasaría. ¡Tienes que aprender a no llorar en momentos así! No puedes ser tan sensible, Blanca. Como no te endurezcas un poquito más, te vas a pasar media vida llorando. Y no merece la pena estropear esa cara tan bonita, ¿me estás escuchando?

–Psíií… –respondió pegada a su pecho, con la cara desencajada y nariz llena de mocos. Einar le besó en la cabeza, que quedaba justo a la altura de su barbilla, y sin separarse un milímetro de ella comenzó a acariciar su larga cola castaña. De nuevo tenía el pelo completamente liso, ¡con lo que a él le gustaban sus rizos! –¿Y la música? –preguntó Blanca ya un poco más serena, levantando la vista hacia él, aún en sus brazos.

–Bueno, tuvimos un pequeño problema con eso debido a los derechos de autor. Tu petición salía demasiado cara, y me ha sido imposible llevarla a cabo. ¡Lo siento, cariño!

–¡Oh, qué pena!, pero no importa, al menos lo has intentado, ¡y aun así sigue siendo perfecto! –Para Blanca, estar allí, así, en sus brazos, sintiendo el calor de su cuerpo, oliendo su perfume y oyendo cómo le decía cariño de la forma más natural, era más que suficiente para convertirla en la mujer más feliz del mundo. Era uno de esos momentos tan mágicos que ni siquiera necesitan música, haciéndose inolvidables por sí solos.

–Por cierto, hablando de cosas caras, ¿y esa cocinera tan estupenda a la que debemos contratar como sea?

–¿Hablas de Carmen? ¡Pero si llevas semanas sin hablar conmigo! Hasta me has hecho creer que este bajo estaba vendido, ¿cómo quieres que esté aquí? ¿Haciendo qué? ¡El idiota en pajarita, como yo! Te dije que ella solo vendría a Estocolmo si tiene un trabajo seguro y un hogar donde vivir, ¡recuerda que tiene un niño pequeño! –terminó diciendo Blanca, separándose de Einar y encarándose de nuevo con él. Era lo bueno y lo malo de tener como pareja a una española, pasaban de cero a cien en un segundo.

–¡Está bien, pues llámala y dile que mañana tiene una entrevista conmigo! –resolvió Einar, reposando su bonito trasero en la mesa del reservado y cruzándose de nuevo de brazos, dando señales evidentes de absoluta calma frente a su enfado.

–¡Einar! ¿Mañana? –protestó poniendo las manos en su cadera–. ¡Tienes que darme algo más de margen! –Y sus ojos de un azul cielo infinito terminaron por callarla–. Por cierto, ¡aún no me has enseñado la cocina! –añadió Blanca acordándose de repente, y mirando hacia el otro extremo del restaurante. Ya de lejos se veían todos los muebles panelados en acero inoxidable.

–Ven… –dijo cogiéndola por la cintura con soltura, atrayéndola hacia él y haciéndole olvidar todo lo demás–. Haz lo que tengas que hacer, pero que venga. El lunes empiezas con Andrea a ver gente para hacer entrevistas, y como muy tarde el jueves tienes que tener a toda tu plantilla. ¡Si todo va como espero, dentro de dos semanas abrimos!

–¿Tan pronto? –preguntó Blanca asustada–. Es otra de tus bromas, ¿verdad?

Einar no respondió de inmediato, jugó unos segundos a ponerle bien la pajarita, y cuando ya se hartó de ser tan duro con ella, le preguntó simplemente:

–¿Cuántas veces te voy a tener que decir que yo nunca miento?

OceanofPDF.com

Capítulo 17

A contrarreloj

Cuando Blanca se despertó al día siguiente en la casa de Einar, lo primero que vieron sus ojos al abrirse fue su pajarita reposando sobre la lámpara de la mesilla de noche. Aquella simpática imagen le recordó al instante cómo había llegado hasta allí, quién la había desnudado con miles de besos y qué había pasado para que se sintiera ahora tan a gusto con su cuerpo.

–Mmm –masculló al llegar hasta la cama un aroma a tortitas recién hechas. ¿Podía haber muerto de puro placer y estar ahora mismo en el cielo? Einar no solo le estaba haciendo el desayuno, sino que estaba cantando en la cocina la canción de *So Lonely* como si no hubiese un mañana. Blanca dibujó una gran sonrisa en su rostro mientras le seguía escuchando imitar la voz del cantante, llegando a ser casi idéntica a la de Sting. ¡Menudo artista había en esta casa! Podría haber tenido mucho éxito si hubiese querido meterse al mundo del espectáculo, le sobraba carisma para ello. Pero de ser así, jamás se hubiesen conocido. Así que en parte le agradecía que hubiese dejado para otros el ponerse detrás de un micrófono.

–¡Buenos días, princesa! –le dijo Einar nada más aparecer por su cocina–. Me gusta tu pijama… –añadió al verla vestida con una camiseta suya.

–¡Y a mí el tuyo! –le contestó ella, acercándose para besarlo. Einar vestía solo con un bóxer oscuro de marca, luciendo sin problemas su cuerpo atlético.

Mientras Blanca dormía, a él le había dado tiempo a revisar sus correos, nadar más de una hora y hacerle el desayuno.

–Ya veo que te has despertado con hambre –insinuó al notar la mano de Blanca acariciándole el culo, mientras notaba aún su cuerpo pegado al suyo.

–Sí, mucha. ¡Y de todos los tipos! –Y, sin avergonzarse de sus propias palabras, cogió una tostada y se sentó en aquella pequeña mesa que había en la cocina, pegada a la pared y muy cerca del frigorífico. Un sitio nada cómodo para desayunar allí todos los días, pero es que se podían contar con

los dedos de una mano las veces que Einar había comido en su propia casa desde que estaba allí.

Al segundo, Morgana, que llevaba un buen rato mirando desde el suelo a su amo sin que le hiciera caso, se subió de un salto encima de la mesa donde se había sentado Blanca. Y poniéndose frente a ella, le quitó la tostada una vez untada de mermelada. Ella abrió entonces los ojos como platos, y quiso protestar, pero habló antes Einar:

–Pues va a tener usted que esperar para saciar sus apetitos, al menos los que no tienen nada que ver con la comida, porque mi hermana está de camino…

–¿Y eso? –preguntó Blanca muy sorprendida, dejando a Morgana irse con su desayuno. Sabía por ambos hermanos que su relación familiar no era muy buena. De modo que le extrañaba bastante que la hubiese invitado a comer junto este domingo, aunque, por otro lado, le parecía una idea estupenda.

De pronto, se oyó el timbre de la puerta.

–¡Ahí está! ¿Podrías hacerme el favor de abrirle mientras yo me pongo algo más? –le preguntó muy cortés, resultando hasta gracioso que le incomodase verse sin apenas ropa delante de su hermana.

–Claro… –dijo Blanca levantándose hacia la puerta, pensando de camino que tampoco a ella le tapaba mucho aquella camiseta–. ¡Espero que sea Annika! Si no, voy a alegrarle el día a alguien –se dijo mientras abría.

–Que conste que esto lo hago por ti, ¡no por él! –exclamó Annika al verse frente a una Blanca atónita–, y porque me ha prometido perdonarnos el alquiler hasta finales de año, ¡a las tres! –Aunque la pequeña Blanes no comprendía nada de lo que estaba sucediendo esta mañana, se vio obligada a llevar un caballete y un maletín de pinturas hasta el salón donde se instaló “la Veterana”, con todos sus bártulos de pintora callejera.

Al parecer su hermano la había llamado para hacerle una caricatura a Blanca. Una idea que se le había ocurrido ayer noche mientras estaba con ella en la cama, y que había madurado mientras dormía. ¡Y es que la mente de Einar nunca se relajaba, y feliz como estaba ahora, era mucho más activa!

Durante todo este tiempo él era muy consciente de que debía buscar algo atractivo que hiciese venir a la gente hasta aquel barrio venido a menos para comer en su restaurante. Conseguido esto, sabía bien que la zona en seguida

se convertiría en otra muy diferente. Ya conocía a un par de personas que tenían pensado abrir una cafetería y un bar próximos a su restaurante, solo por tener la seguridad de estar cerca de un local que él apadrinaba y que en breve se convertiría en un completo éxito.

Y lo sería. Einar estaba muy seguro de ello. Pero para conseguirlo necesitaba una vez más la ayuda de la pequeña Blanca. Ella iba a ser ese reclamo, iba a convertirla en algo tan deseable como un plato de jamón con un buen vino.

La idea era caricaturizar a una bailarina española con su cara, tratando siempre de ser muy fiel a sus rasgos, potenciándolos y dándoles tanta personalidad que a cualquiera que viese aquel dibujo le hiciese gracia y le llamase la curiosidad.

–¡Ni hablar! Me niego a ser la imagen del Spanish Cooking –respondió al conocer los planes de Einar–. No soy una mascota, ni tengo cara de chiste. ¿Por qué tienes que utilizar mi cara para hacer ese dibujo?

–Piénsalo bien, ¿quién mejor que tú para ayudarnos a encontrar un emblema para el restaurante? No quiero un dibujo realista, solo serán cuatro trazos, ¡ya lo verás, será divertido! –Y Einar hizo una señal a su hermana con la mano para que empezase a dibujar, mientras él seguía hablando con Blanca para tratar de convencerla. Como siempre, estaba tan seguro de su poder de convicción, que podía adelantarse a los acontecimientos. Annika, no queriendo ser más testigo de aquella escena, se puso en acción. Con un pequeño carboncillo empezó a dar vida, sobre aquel cuaderno de dibujo, a una adorable muñequita española. A primera vista resaltaban, sobre todo, esos grandes ojos bondadosos que miraban hacia arriba y a la derecha, en actitud soñadora. Tenía unas larguísimas pestañas y labios gruesos que terminaban en una enorme sonrisa. La sonrisa de Blanca, sin duda. Era una esencia de lo más característico en su rostro y personalidad, nadie podría negar que ella había sido la modelo y protagonista de aquella caricatura.

Annika alzó la vista y, después de observar el gesto a disgusto de Blanca frente al de Einar, continuó pintando. Ahora le tocaba el turno al pelo que, siguiendo las directrices de su hermano, estaría recogido en una peineta que más tarde colorearía en rojo. Pero lo mejor de todo el dibujo era aquel minúsculo detalle a un lado de la frente, donde se le veía un pequeño mechón de pelo rizado en forma de caracol. Era algo que se le había ocurrido de repente, y que quedaba de maravilla en aquella carita infantil.

Sonrió al ver de lejos cómo quedaba el primer boceto de Blanca, ¡era una verdadera monada!

Einar se acercó en seguida para comprobar el resultado. Una sonrisa de satisfacción le dio la respuesta, y después de besarla en la frente, le dijo a continuación:

–*Tack, syster!* –Momento en el que aprovechó para atrapar con sus largos dedos el carboncillo y dibujar dos trazos rápidos más sobre él.

–¡Siempre hace lo mismo! –le comentaba Annika a una Blanca muy atenta por aquella imagen insólita de los dos hermanos dibujando sobre el mismo cuaderno.

Los resultados de sus pequeñas variaciones dieron con la imagen definitiva del restaurante. La bailarina española, ahora con las manos en las caderas y pechos llamativos, miraba enfadada hacia arriba a ese mechón de pelo rizado que bailaba en su frente y acababa de escaparse de su moño.

–¡Pero entonces no sonríe! –dijo Annika en su idioma.

–Su sonrisa es solo para mí, ¡ahora es más auténtica! –le respondió a su hermana en un murmullo, para que Blanca no pudiera llegar a oírle, a pesar de estar hablando en sueco.

–¡Esos no son mis pechos! –exclamó Blanca enfadada, poniéndose en jarras, casi imitando su propia caricatura–. ¡Son los de Marisela!

Los hermanos Lönnberg volvieron a mirar el dibujo, y tras un segundo en silencio contemplándolo, ambos estallaron en una sonora carcajada. Provocando que, en contra de su voluntad, Blanca terminase acompañándolos.

–Juntos sois lo peor, ¿no os lo ha dicho nunca vuestra madre?

Una vez conseguido aquel primer golpe de efecto, había que difundirlo. Einar jamás había hecho una campaña publicitaria como la que tenía pensada, pero sabía a quién debía llamar para crear el efecto *blockbuster* que tenía pensado. Dentro de nada, cualquier ciudadano o turista que pasease por las calles de Estocolmo conocería el Spanish Cooking y dónde se encontraba. Iba a, literalmente, empapelar la ciudad con la imagen de Blanca. Por no hablar de la radio, televisión o Internet. Quería asegurarse una respuesta masiva, y no le importaba el dinero que pudieran pedirle para crearlo, aquel proyecto se estaba convirtiendo en algo muy importante en su vida.

Mientras, Blanca también tenía cosas que hacer. Había empezado la semana haciendo entrevistas para elegir al personal que formaría parte de su restaurante junto a Andrea, y con solo cuatro preguntas aleatorias, aquel hombre era capaz de decidir si valía o no la persona que tenían enfrente.

–¿Quieres parar? –le gritó Blanca a Andrea después de que él le diera las gracias por haber venido al decimocuarto aspirante a camarero–. No necesito a ningún Nobel en física para que me sirva los platos, ¿sabes? Y tampoco te creas que tengo tantos candidatos que sepan español. ¿No podrías ayudarme de verdad con esto? Se me están acabando las opciones, llevamos aquí casi toda la mañana, ¡y aún no tenemos a nadie!

–*Aspetta, aspetta!* –Desde la última vez que habló con Einar, Andrea parecía mucho más distante y duro con Blanca. No quería implicarse más en aquella historia, pero a tres capítulos del final, ya no podía dar la espalda a esa chica.

Su mujer no le dejaría…

El otro día había llegado muy enfadado a casa después de hablar con Einar. Así que después de relatarle toda la historia a su esposa, ella le había hecho contemplar la remota posibilidad de que la pequeña Blanca no fuese ni tan pequeña ni tan Blanca. Y que, como mujer lista que era, fuese capaz de derribar el muro de hielo que había blindado el corazón de Einar. Pero para eso debía contar con toda su ayuda.

Aquello estaba muy bien, y le serviría para no sentirse tan culpable, pero Andrea también temía por su restaurante. Había tenido el coraje o la estupidez de decirle un par de cosas a Einar que llevaba mucho tiempo queriendo decirle, como que era un manipulador y un egoísta. Sin embargo, ahora no se sentía tan valiente. Al calvo le podía dar por cerrar la llave de paso y dejarlo de nuevo a dos velas como represalia. Por eso no quería confesar a la chica todo lo que pensaba del socio que tenían en común. La ayudaría a enfrentarse a él, preparándola para cuando llegase ese momento…

Así que, ahora, quería estar totalmente seguro de que se rodeaba de personal cualificado. De ahí su interés y exigencia.

–Einar me dijo que, si yo no lo tenía claro, él no los quería tampoco. ¡Solo cumplo órdenes del jefe!

–A la mierda Einar. ¿Está aquí, acaso? ¡No! ¿Vais a trabajar él o tú con esta gente? ¡Nooo! Así que, a partir de ahora, cierra tu piquito de oro.

Capisci? Ya me encargo yo de hacer las preguntas. –Y después de aquella breve discusión dieron paso al siguiente aspirante.

En total, y después de tres días intensos de entrevistas con sus pruebas de selección correspondientes, se eligieron a diecinueve personas. Contando el personal de cocina, Carmen incluida. Y, siguiendo las órdenes de Einar, se dividieron en tres grupos para trabajar desde el jueves en otros restaurantes como Il vecchio Lume. Desde allí le pasarían otro informe más específico de cómo trabajaban esas personas, y ya el lunes se les llamaría para confirmar su contrato.

Así era Einar Lönnberg, no creía en absoluto en las entrevistas ni se fiaba de la gente que se presentaba a ellas. Podían venderse muy bien y después ser unos verdaderos patanes, o al revés. Por eso aún le quedaba un pequeño cabo por atar, y le resultaba bastante peliagudo. Su nombre era Carmen, y venía en avión desde España con un niño de ocho años llamado David. Por el momento se quedarían en casa de Blanca, ya que ella dormía casi todos los días (por no decir prácticamente todos) en la casa de Einar. Pero debía buscarle alojamiento, escolarizar a su hijo, y lo peor de todo, confiarle el mando de la cocina de su restaurante cuando aún no la conocía en absoluto. Era eso lo que no le gustaba, que se la habían impuesto. Blanca confiaba tanto en ella que la trataba como si de una hermana más se tratase, pero él no sentía tanta pasión por su familia, y menos cuando tenía que pagarle un sueldo que aún no sabía si merecía.

Por eso le había dicho a Blanca que fuera a recogerla al aeropuerto. Que se la llevase a dar una vuelta por la ciudad, cruzar el canal y hacer todas esas cosas que hacían los turistas cada día mientras él no hacía otra cosa que trabajar. Pero por la tarde, cuando hubiese terminado con sus asuntos en la inmobiliaria, quería tener una pequeña entrevista con ella en el Café Panorama, en el edificio Kulturhuset. De modo que solo después de esa cita sabría si esa chica tan querida por Blanca sería realmente una ayuda o un problema.

–Y dime, ¿quién es el pavo que te está engañando esta vez? –le preguntó Carmen sin más rodeos ya subidas al autobús de camino a la ciudad, maletas incluidas. Desde que Blanca había dejado de tener coche, volvía a recurrir al siempre eficiente transporte público. En esta ocasión, se trasladaban del aeropuerto de Arlanda a la terminal de autobuses que estaba

en el mismo centro. El trayecto duraría poco menos de una hora, tiempo más que suficiente para ponerse al día.

–¿Qué dices, loca? –respondió Blanca, tratando de disimular acariciando el flequillo a David. Una excusa como cualquier otra para no mirarla directamente a los ojos. El niño, mientras, se dejaba mimar. Había preferido ponerse junto a ella, porque en su lado estaba el asiento de la ventanilla libre, aunque en realidad fuese porque la echaba muchísimo de menos.

–Si me vas a decir ahora que esa cara de bien follada es la que se le pone a una cuando lleva unos meses en este país, ¡voy a empezar a tachar los días en mi agenda!

–¡Carmen, por favor! Que te pueden oír… –le dijo entre dientes mientras tapaba los oídos del pequeño y movía su cabeza a derecha e izquierda, comprobando que de nuevo su amiga no la hubiera dejado en evidencia delante de unos completos desconocidos.

–Pero si la mayoría de estos de aquí no nos entienden, y, si lo dices por él, sabe más que tú y yo juntas. ¡Lo que te digo! –afirmaba su madre mientras miraba a David de reojo con desconfianza. El chaval llevaba los auriculares puestos, y hacía como que no estaba escuchándola.

–Solo espero que para la entrevista de esta tarde no sueltes alguna de las tuyas. Mi socio sabe hablar perfectamente español y, por supuesto, conoce todas las palabrotas que existen en nuestro idioma. Así que, te lo repito, ¡sé prudente! No te preocupes si no tienes una dilatada experiencia en la cocina, ni has estudiado en el Cordon Bleu, él no busca eso. Recuerda que yo he dado la cara por ti, y tu puesto está más que asegurado, simplemente quiere conocerte. Así que, sobre todo, no le mientas en ninguna de las respuestas que le des. ¡En ninguna! Si lo haces, lo sabrá.

–Sí, bueno. Tú ya sabes cómo soy yo. Si no le gusta lo que ve, ¡pues adiós muy buenas! Yo de lo que quiero hablar esta tarde con tu amigo es de dinero, así que espero que él también sea sincero conmigo. Porque si yo me sacrifico y vengo aquí a pasar un frío de la leche, es solo por un buen montón de ceros, ¿entiendes? Que cada tres semanas el crío tiene que irse a España para pasar el fin de semana con su padre, y también se ha quedado con las vacaciones. ¿Has oído? ¡Las vacaciones! Y yo aún no sé lo que es pasar unas Navidades sin mi hijo… –Y Carmen se giró con brusquedad para mirar el asiento que tenía enfrente, estaba enfadada consigo misma por haber arriesgado tanto por una amistad. Una muy buena amistad, sí. Pero

ella tampoco podía darle la seguridad absoluta de que esto fuese a funcionar seguro. ¿Cuántos restaurantes se cerraban en Estocolmo al cabo del año? Pues la verdad, ¡ni idea! Pero se ponía nerviosa solo de pensarlo.

–No te preocupes por eso, ¡estaremos trabajando tanto que ni nos daremos cuenta de que es Navidad! –le susurró Blanca, ladeando su cuerpo para llegar hasta ella y besarle en la mejilla–. Ahora que tú estás aquí, sé que todo va a salir bien…

–¡Bueno, bueno! Que yo solo cocino, todavía no hago milagros. Me creeré que esto será un éxito cuando lo vea –sentenció Carmen, sin prestar mucha atención a los arrullos de su amiga.

A pesar de estar en el mes de septiembre, el frío polar todavía no había llegado a la ciudad, por eso Blanca les había invitado a dar un paseo por el canal. Aquello sabía que le encantaría a David, igual que visitar finalmente el Museo Vassa. ¡Ya era hora! Pero antes debían dejar las maletas que habían traído, y para ello pasaron por su casa.

Antes de llegar a la puerta, incluso desde el mismo portal del edificio, oyeron una música que Blanca en seguida reconoció. Era la canción *Do you love me*, que cantaban los The Contours y que formaba parte de la escena más *dirty* de la película *Dirty Dancing.* Subiendo las escaleras ya se disiparon las dudas de en dónde se celebraba la fiesta, así que persignándose, Blanca les acompañó por el pasillo hasta el salón.

–¡Hola! –Eso fue lo único que pudo decir Blanca al comprobar cómo se estaba recreando en el salón de su casa la escena de película que ella tan bien recordaba. Carmen, de inmediato, y casi por instinto, le tapó los ojos a su hijo. David, sin embargo, se zafó en seguida de las manos de su madre para poder seguir mirando con muchísima curiosidad a todos aquellos bailarines que estaban actuando enfrente de él. Y, alrededor de todos ellos, una Marisela excitadísima y muy sudada que aún no se había dado cuenta de quién más había entrado en su casa–. ¡Hoooola! –dijo Blanca por fin, recuperada del susto.

Al oír la voz de su compañera de piso, Marisela despertó del éxtasis en el que se encontraba, y después de despedirse de su compañero de baile, se fue hasta Blanca dando saltitos. Haciendo bailar desenfadadamente su trenza, al igual que su más que evidente delantera. Provocando que aquella imagen se quedase grabada por siempre en la mente del hijo de Carmen.

–¡Mamá, qué tetas! –dijo el niño. Llevándose al instante, y por descarado, una soberana colleja de su madre.

–¡Ay, rediós! Qué bien que vinieron ya, ¡qué gusto verles! Yo soy Marisela Hernández, y soy de Guanajuato. –Y ella misma se adelantó para besarlos a ambos, haciendo que a un entusiasmado David se le salieran los ojos de las cuencas al tener tan cerca los pechos de Marisela.

–¿Se puede saber qué está pasando aquí? ¿Qué se supone celebramos hoy? –quiso saber Blanca en seguida, ya que de repente estaba muy enfadada con su compañera por haber organizado una orgía el mismo día en que sabía que ella vendría con su amiga y su hijo pequeño.

–¡Ah, claro! Tú aún no lo sabes. ¡Es cierto! He sido elegida, Blanca. Voy a formar parte del nuevo musical de *Dirty Dancing*, ¡mañana mismo empezamos los ensayos! ¿Has visto, pequeña? Mereció la pena esperarse un poco… Ay, tienes que venir a verme, ¡todos tienen que venir a vernos! Les gustará. Es muy lindo, lo pasarán padrísimo. –El resto de bailarines les miraban sonrientes, mientras Blanca escuchaba anonadada.

–¡Pero eso es genial! Me alegro muchísimo por ti. –Y ambas chicas se abrazaron y se pusieron a dar saltos de alegría juntas–. ¡Lo sabía, sabía que lo conseguirías…! –Se oía decir a Blanca mientras seguían sin separarse.

–Gracias, gracias… –contestó Marisela emocionada–. ¡Pero hoy tienes invitados! Ya lo celebraremos en otro momento. Ahora corran, llévense a mi Blanquita para que les enseñe esta ciudad, que es preciosa –dijo Marisela guiñándole un ojo a David, que no dejaba de mirarla.

Le hicieron caso de inmediato, y salieron a dar una vuelta por el centro. En ese momento Andrea llamó a Blanca: les esperaba para comer. ¡Él también quería conocer a Carmen!

Después de las visitas turísticas de rigor, se llenaron el estómago con una deliciosa pasta, y Andrea aprovechó su visita para llevarse a Carmen a la cocina con el pretexto de necesitar una opinión más para decidir el menú de la próxima semana. Allí estuvieron un buen rato hablando, tanto que Blanca tuvo que ir a rescatarla con su hijo.

–Mamá, nos aburrimos… –le dijo ella imitando la cara triste de David.

–¡Voy, ya voy! –respondió mientras seguía discutiendo algo sobre el aceite de oliva con Andrea.

–¡Es imposible! –le dijo el niño a Blanca–. Cuando se mete en una cocina, después nunca quiere salir.

Blanca decidió dejar a Carmen en Il vecchio Lume, regalándose para ella sola la tarde con su hijo. El mismo Andrea la llevaría al café donde habían quedado con Einar, y más tarde se reunirían todos allí.

Cuando Carmen se encontró finalmente con Einar Lönnberg, su primera reacción al verlo fue la de llevarse la mano al pecho. ¡Casi le da un ataque al corazón! Por un momento se le cruzaron los cables, y habría jurado que estaba frente al actual entrenador del Real Madrid: Zinedine Zidane.

–¡Uff! Menudo susto… –Bufó con alivio al tenerlo más cerca.

Superada la primera impresión, Einar se dirigió a ella con muchísima educación. Tal y como nos tiene acostumbrados. Se sentaron juntos en una mesa, y el sueco se atrevió a aconsejarle un vino blanco para acompañar en la cita. Sin embargo, Carmen prefirió solo agua.

Un audaz Lönnberg, como no hay otro en este libro, supo desde aquel instante que las cosas iban a ir rápidas en aquella entrevista. Carmen no había venido a coquetear con él, ni siquiera a ser su amiga, sino a hacer negocios. O al menos, a hablar del que iban a abrir juntos. Así que, apartando las bebidas a un lado, Einar empezó con sus preguntas.

Cuando Blanca llegó al café con el pequeño David, la cara de ambos era todo un poema. Carmen parecía haber sido derrotada por un ejército de jugadores de sumo enfurecidos. Miraba por el gran ventanal hacia el horizonte, pensando en algo mientras Einar fruncía el ceño ensimismado en el dibujo que estaba haciendo en una servilleta. ¿Qué había pasado entre estos dos?, se preguntó Blanca preocupada mientras se acercaba. No esperaba que fueran a convertirse en íntimos, pero tampoco quería que no se hablasen en absoluto. Al final, él era su pareja y ella su mejor amiga. Los dos eran muy importantes en su vida, tanto que le dolería que no hiciesen el esfuerzo de llevarse bien, al menos delante de ella.

Pero eso Carmen no lo sabía.

Para ella solo era el socio capitalista que había movido los papeles y a la gente para que el Spanish Cooking se convirtiera en una realidad. El mismo que la había bombardeado a preguntas, algunas muy parecidas para corroborar su grado de sinceridad, y que le sirvieron para evaluar hasta qué punto se sentía implicada en aquel proyecto. Y lo estaba. Si no, nunca se habría ido de España. Había llegado a un punto en su vida que no solo buscaba tener un trabajo para pagar las facturas, lo que realmente quería era verse realizada a través de él, y eso solo lo había conseguido con Blanca. La

única mujer que la había escuchado y apoyado en sus ideas para innovar en el menú. Que la había motivado desde el principio, contando con su opinión a la hora de tomar decisiones… ¡y eso no se pagaba con dinero! Por mucho que se quejase de su salario, ella no había venido hasta Estocolmo por ganar "una pasta gansa", sino para volver a ser feliz creciendo como profesional.

Así de clara fue con Einar. ¿No había dicho Blanca que fuese sincera? Pues allí tenía toda la verdad de por qué se había lanzado a la aventura con un niño de ocho años que no se despegaba de sus piernas. Lönnberg escuchó atento y en silencio todo su discurso. Carmen buscaba su sitio, un nombre, reconocimiento. Y de eso él entendía bastante. Al final, no eran tan diferentes. Sonrió al darse cuenta de que aquella chica terminaría gustándole. ¡Menudo fichaje acababa de hacer!

Fue al final de la entrevista, ya estando más tranquilo con respecto a ella, cuando desvió deliberadamente su interés hacia otro punto. Desde hacía tiempo quería saber algo más del pasado de Blanca, y ahora Carmen le podía ayudar en ese sentido. Sus preguntas, al principio, no fueron muy directas. ¿Cómo fue trabajar con Blanca y su expareja? Cuando había un problema en el restaurante, ¿a quién acudía ella? ¿Y el resto de la gente? ¿Qué era lo que más y lo que menos le gustaba de Blanca como gerente? Carmen empezó a adivinar por dónde iban los tiros, y siguió respondiendo con sinceridad:

–Llevo desde los dieciséis años trabajando, y solo con Blanca he entrado en la cocina con verdaderas ganas de que la gente probase mi comida. Tiene un don con la gente, la engancha en seguida. ¡Y estoy segura de que sabes de lo que te estoy hablando, porque no te habrías asociado con ella si no la conocieras tanto! –Einar asintió con la cabeza–. Pero lo mejor es que la gente quiere trabajar con alguien así. Cuando se supo lo de Eloy, ¡todos se pusieron de su parte! Él era un pichabrava que venía al restaurante solo para hacer el papelito de "yo soy el jefe aquí y tú te callas". En cambio, Blanca era la que estaba ahí todos los días, y se curraba cada céntimo que entraba en la caja. Es raro encontrarse con alguien que te da motivos para levantarte, ¿entiendes? ¡Y cuando asume el mando, te puedo asegurar que se vuelve igual de protectora con nosotros que una madre con sus hijos! Sabe que, si quieres que las cosas se hagan bien, hay que trabajar duro. Y eso me gusta mucho. Dice que ya le tocó una vez la lotería, que ya no puede

confiar más en su suerte. Pero yo creo que no ha dejado de tenerla, ¡es una mujer con estrella!

–Quizá se la merece, ¿no crees? –respondió Einar pensando en su pequeña Blanca.

–Claro, claro… –repitió Carmen con sorpresa. Ningún hombre había valorado delante de ella, y de manera tan evidente, el trabajo de una mujer. Entonces lo volvió a mirar desde otro ángulo. ¿No habría algo más entre ellos? ¡No, aquello era imposible! Conocía muy bien los gustos de Blanca, y siempre le habían dado repelús los calvos.

Einar dio un trago a su copa, provocando que Carmen le imitase solo para no continuar aguantando su mirada. Aquellos ojos tan azules resultaban muy inquietantes, como si estuviesen rebuscando en su subconsciente algo que ella tratase de esconder sin remedio. Después de un silencio demasiado incómodo, continuaron las preguntas. Esta vez Einar quería conocer su versión de los hechos cuando estalló todo el tema de la infidelidad de Eloy en el antiguo Spanish Cooking. ¿Quién asumió el mando entonces? ¿Cómo fue trabajar esos días en el restaurante? ¿Eloy llegó a amenazarla delante de sus empleados? ¿Hubo algo más que gritos por su parte?

A Carmen no le sorprendieron del todo aquel tipo de preguntas, aunque nunca hubiese dicho que un tipo así llegaría a hacérselas. No sabía hasta qué punto Blanca confiaba en él, pero le había dicho que no debía mentir, y ahora entendía por qué. Aquel hombre estaba estudiándola desde que llegó a su mesa con el bolso cruzado. Y con cada una de las frases que le daba como respuesta, elaboraba un perfil exacto, donde el margen de error a cada segundo que pasaba se hacía más pequeño, llegando a ser casi invisible.

–¿Para qué te voy a mentir? Creo que hasta te lo puedes imaginar. Fue horrible. Una verdadera pesadilla para Blanca, y eso provocó que se fuera todo a pique. Ella era el alma de aquel sitio, y, sin ella, no había nada vivo que latiese allí dentro. Por supuesto, nadie asumió el control de aquella situación, ninguno de los dos. Yo intenté hablar con Blanca un par de veces, pero fue imposible. Ella estaba muy enamorada de él, ciega de amor. Por eso tuve que decirle aquel día que entrase en el almacén a por hielo. Sabía que iba a partir en dos su corazón, pero tenía que verlo con sus propios ojos. No me creería de ninguna otra forma. Supongo que fue muy duro para ella verle con aquella fresca pegándose el lote encima del congelador, pero

llevaban así meses delante de Blanca… ¡y yo ya estaba harta! –Einar apretó los labios, meditando la respuesta de Carmen. Conociendo a Blanca sabía hasta qué punto aquella escena había podido destrozarle, ¡toda una suerte que el corazón fuese un músculo tan elástico y flexible!

–Entonces –dijo Einar por fin –puede que un pequeño sentimiento de culpabilidad te haya ayudado con la difícil decisión de venir hasta aquí. Blanca era tu jefa además de tu amiga, y perdió su negocio después de ver aquello que le enseñaste indirectamente. Si yo fuera tú, y de repente me ofrecen la posibilidad de devolverle, de alguna manera, lo que le han arrebatado sin querer, pues, ¡claro está!: Volvería como un loco donde está ella, hasta Estocolmo si es preciso, solo para ayudarla a recuperar lo que le pertenece. –Einar pensaba en voz alta más que hablar con Carmen. Sin embargo, ella escuchaba en silencio, muy atenta a aquellas palabras. Había dado en el clavo. Pero era más duro oírselo decir a alguien que sentirlo en sus propias carnes.

Fue en ese instante cuando entró Blanca.

Carmen parecía haber sido derrotada por un ejército de jugadores de sumo enfurecidos. Miraba por el gran ventanal hacia el horizonte, pensando en algo mientras Einar fruncía el ceño ensimismado en el dibujo que estaba haciendo en una servilleta…

La mejor amiga de Blanca no quería volver a verla en aquella situación. Pero no podía protegerla de ser como era: una chica muy inocente y demasiado confiada. Por eso no le dijo mucho sobre la entrevista con Einar, y con la excusa de estar terriblemente cansada, se fue con su hijo a dormir algo más temprano que de costumbre.

–¡Tiene que ser esto del *jet lag*! –le dijo al despedirse.

–¿Qué dices, Carmen? ¡Si es la misma hora que en España! –respondió Blanca entre risas. Su amiga a veces decía barbaridades.

Carmen volvió aquella noche a casa montada en el metro. Su hijo se había quedado dormido, y lo abrazaba más fuerte que de costumbre. La vida daba muchas vueltas, tantas que a veces parece que estamos subidos en una peonza. Aquel hombre que no sabía nada de ella le había sacado las entrañas por la boca, y ahora tenía un sabor amargo en la garganta. Desde luego, parecía tener gran estima por su amiga, tanto que quería saber qué sería de ella si se encontrase de nuevo en una situación parecida.

–Blanca no es buena gestionando sus propios sentimientos, me temo que tiene demasiado corazón para estar al frente de su propio negocio. Si algo así volviese a pasar en su vida, ¡habría que llamar de nuevo a su hermana Violeta! –respondió Carmen a Einar al finalizar la entrevista, confesándole así que fue ella la que había puesto en aviso a la familia.

OceanofPDF.com

Capítulo 18

Ensayo general

Cada vez quedaba menos para abrir las puertas del Spanish Cooking al público, y ya se podía respirar la tensión en el ambiente.

Einar sorprendió a Blanca diciéndole que había organizado una pequeña fiesta de apertura. Una cena, a puerta cerrada, para que los personajes más importantes de la ciudad disfrutasen del privilegio de saborear el menú antes que nadie. Aquellas invitaciones tan especiales viajaron a los hogares más selectos de Estocolmo, incluyendo el alcalde, que como el resto no pudo rechazar aquel detalle tan exclusivo.

Lönnberg supo venderle su gran idea a la chica diciéndole que serviría como ensayo general para todos, incluido para ella misma. Pero de este modo tan eficaz, conseguiría tener una de las cosas que había ansiado desde hacía tiempo: el apoyo para establecerse en el círculo más selecto de la sociedad holmiense. Convirtiéndose, a partir de ese momento, en un personaje público y objetivo principal de la prensa.

Por su parte, a Carmen aún le costaba moverse en una cocina tan innovadora, donde todo era eléctrico, automático, tenía luces y daba pitidos.

Ella estaba acostumbrada a quejarse para que le cambiasen un horno que no calentaba lo suficiente, o por tener que usar sartenes de hacía medio siglo. No hacía tanto tiempo había estado trabajando en una cocina donde las goteras en la despensa hacían que tuviera que achicar agua cada vez que llovía. En cambio, aquí, todo era nuevo. ¡Y olía a nuevo!

El primer día que entró al Spanish Cooking y abrió su nueva cámara frigorífica, exclamó de repente:

–¡Madre de Dios! –Se había metido en un sueño de esos locos. Como cuando sueñas que vuelas o vas desnuda por la calle. ¡Aquello no podía ser verdad!–. ¿Pero es que vamos a alimentar a medio Estocolmo o qué? –preguntó con la cabeza todavía dentro de la cámara, comprobando cómo se oía el eco de su propia voz.

Einar no había querido escatimar ni en calidad, ni en espacio. Y su alarde de testosterona se notaba a la legua.

–Demasiado grande y moderno para mí, Blanca. ¿Para qué quiero yo todo esto? –se quejó la chef cuando vio por primera vez en su cocina un enfriador de nitrógeno–. Esto es una burrada, y no va a ser necesario. Tú lo sabes, yo lo sé… Aquí el único que no se ha enterado todavía de qué va esto es tu socio, que se piensa que vamos a hacer cocina molecular para un regimiento –le comentaba mientras no hacía más que abrir puertas y cajones, todos de acero inoxidable antihuellas–. ¡La virgen! Qué cuchillos… –dijo sacando un ejemplar enorme y afilado que brillaba como si tuviera un baño de diamante–. Excepto por esto, lo demás me parece una fanfarronada de este tío. Y aunque tú me digas que confíe en él, hay algo que no termina de gustarme. Todavía no sé lo que es, ¡pero lo averiguaré! –confesó Carmen, no escondiéndole nada a su amiga de lo que pensaba acerca de Einar.

–No seas así, Carmen. Por una vez en tu vida no seas tan desconfiada. Te repito que es legal, que él quiere tanto como nosotras abrir este restaurante… –respondió Blanca tranquilizando a su amiga.

Pero acostumbrarse a lo bueno fue muy fácil. Y en seguida Carmen no tuvo por qué pensar mal de Einar. Después de estar toda una semana encerrada en esa cocina para hacer pruebas y crear una carta con la que sentirse satisfecha, le cogió el tranquillo a eso de tener todo nuevo, hiperbrillante y sin ningún rasguño. Así que, después de todo, no estaba tan mal el gusto del sueco.

Por último, teníamos hecha un flan a nuestra querida Blanca. A medida que pasaban los días en su agenda, pasó por todos los estados de la materia: de sólido a líquido, y de líquido a gas. Como si de una novia se tratase preparando su propia ceremonia, perdió más de tres kilos en los diez últimos días. ¡Y eso que no paraba de comer a causa de la ansiedad! Pero es que no quería cometer ningún error, y la presión a la que se exponía ella misma era lo peor de aquella tensa espera.

Habló con sus nuevos proveedores, negociando los precios desde el principio, y revisando dos y tres veces los pedidos que iban llegando. Planificó además los horarios de la plantilla, reforzando con tres personas más cada servicio, ¡por si las moscas! Para todo ello le sirvió de gran ayuda el apoyo de Andrea, que siempre estaba ahí para prestarle cualquier

información que pudiera hacerle falta, no sintiéndose nunca sola en su nuevo puesto.

Este, además, la animó a seguir conociendo un poquito más a sus nuevos camareros y personal de cocina. Pues, como él le dijo, más tarde serían solo ellos los que sacarían todo el trabajo adelante.

Una mañana, estando en el restaurante, empezó a sonar el teléfono:

–Spanish Cooking, ¿dígame? –contestó Blanca entre risas, creyendo que sería Einar el que estuviese al otro lado del teléfono, pues nadie más conocía ese número.

Pero esta vez se equivocaba.

Era un hombre hablando en sueco, su primer cliente, ¡y quería hacer una reserva! Atendió muy sorprendida al caballero con exquisita amabilidad, y casi sin creérselo colgó el teléfono y se quedó mirándolo perpleja. ¿Y cómo sabía aquel buen hombre su número?

Ya iba a comentárselo a Carmen, pensando que sería la anécdota del día, cuando el teléfono volvió a sonar:

–¿Spanish Cooking*?* –dijo ya un poco intrigada. ¡Era otro cliente! Y volvió a coger el papel suelto donde había apuntado el primer nombre, para tomar nota del segundo.

¿Pero de dónde había sacado esta gente su teléfono?

El resto de la mañana se la pasó consultando las mesas que le quedaban disponibles a un mes vista, y, en definitiva, haciéndose cada vez más a la idea de que aquello dejaba de ser una broma de Einar. ¡Ni siquiera habían abierto y ya creía que la sala se les había quedado pequeña!

Aquel fenómeno de la cocina española se convirtió en *trending topic* cuando Einar lanzó a la calle ese mismo día su campaña publicitaria. A partir de ese momento, el teléfono del restaurante no dejó de sonar ni un instante. Todo el mundo quería ir a cenar a ese nuevo sitio de comida del que tanto se hablaba. El dibujo de Annika: una simpática flamenca con un rizo rebelde en su frente, había aterrizado en la ciudad para quedarse. Aparecía por donde quiera que pasaras: en las paradas de autobuses, en el metro, en las puertas de los taxis, en las vallas publicitarias de la autovía al entrar y salir de la ciudad. ¡Era una locura!

El anuncio se repetía por todos los medios, y, en cosa de pocas horas, hasta habían creado varios memes sobre él.

En una juguetería tradicional, a pocos metros de la inmobiliaria de Einar, viendo el revuelo que se había montado con aquel dibujo, tuvieron una gran idea: iban a reproducir, a marchas forzadas, muñecas de trapo muy similares a aquella bailarina de danza española que había inundado la ciudad. ¡Iba a convertirse en el regalo de moda estas Navidades!

Hasta una prestigiosa marca de bisutería se había puesto en contacto con Einar para tener los derechos de reproducción en su próxima línea infantil. Le habían ofrecido tantísimo dinero por aquello, que iba a saldar todas sus deudas de juego antes de abrir el restaurante.

¿En dos palabras? Un éxito.

Aquella idea de la flamenca había sido la mejor ola mediática para dar a conocer el Spanish Cooking. Ni en sus mejores sueños Einar habría imaginado una repercusión así, convirtiéndose en todo un fenómeno. Ahora ya todo el mundo sabía su teléfono de reservas y dónde estaba esa calle perdida en la ciudad de Estocolmo, porque allí estaba su restaurante. ¡El sitio más *cool* del momento!

Aquel acontecimiento parecía ser del agrado de todos, menos de Blanca. Una mañana se había despertado, se había vestido para ir a su nuevo trabajo y, de repente, ¡boom! Estaba por todos lados.

A la quinta llamada para hacer una reserva, tuvo que salir para comprobarlo.

–¿Adónde vas? –le dijo Carmen desde la cocina cuando vio que cogía su chaqueta para salir del restaurante.

–Vuelvo en seguida… –dijo mirando hacia la calle y divisando un cártel que reconocería a kilómetros de distancia.

Ahí estaba. Pegada en las paredes, en los periódicos y revistas que leía la gente, en los *flyers* que había por el suelo y que minutos antes habían repartido unas chicas disfrazadas de flamencas mientras paseaban por las calles más transitadas. ¿En algún momento Einar le había dicho que haría algo así? ¡No! Aquello era el colmo. La confianza daba asco, ¡y a veces incluso vértigo si se trataba de cabeza rapada Lönnberg! Así que decidió llamarlo para cantarles las cuarenta:

–¿Ya lo has visto? –le preguntó al primer tono. Había estado esperado su llamada desde primera hora. En ese momento estaba conduciendo, saliendo de la ciudad, y un autobús delante de él llevaba su imagen tapando todo el cristal trasero. Para Einar, ¡una visión maravillosa!

–¿Que si lo he visto? Lo raro sería no hacerlo, ¿no crees? ¡Estoy por todos lados, es como estar dentro de una pesadilla! Ese dibujo que hicisteis entre Annika y tú es igualito a mí. ¡Y ahora mismo estoy igual de enfadada! –Desde el manos libres del coche de Einar, la voz de Blanca se distorsionaba, pero reconocía ese tono. No mentía al decir que estaba molesta por ver su imagen por todas partes. Hace años, aquello habría sido toda una pesadilla para ella, alguien que no estaba nada a gusto con su cuerpo.

–¿Pero por qué? ¡A todo el mundo le gustas! Eres adorable, incluso cuando te enfadas… –respondió Einar con su media sonrisa de triunfador, provocándola aún más.

–¡Ya hablaremos tú y yo, Lönnberg! –Blanca colgó repentinamente. ¡Maldito, maldito y mil veces maldito! Sabía que ahora no había nada que hacer. Aquella imagen había sorprendido al mundo entero, y ya era algo viral. De repente, su móvil volvía a sonar. Ahora era Einar el que la llamaba.

–¿Pero sabes qué es lo mejor de todo esto? –le preguntó, sorprendiéndola; ¿podía haber algo bueno de convertirse en el nuevo chiste de la ciudad?

–Ni idea… –respondió ella dando pruebas evidentes de que aún no se le había pasado su mal humor, ni mucho menos.

–¡Que yo me acuesto todas las noches con esa flamenca! –Y terminó aquella frase con una carcajada que Blanca no quiso escuchar, colgándole de nuevo.

Cuando se ponía así de arrogante, no había quien lo soportase.

Ahora solo quedaba lo más difícil, estar a la altura de las circunstancias. Si después la comida, o el servicio, no respondían a las expectativas, el fracaso iba a ser sonado. Y a Blanca le temblaban las piernas solo de pensarlo, así que prefería distraer su mente con cualquier otra cosa.

Por eso le dijo a Carmen que la acompañaría al día siguiente para llevar a su hijo al colegio, el Spanska Skolan. La única escuela bilingüe que Einar había encontrado.

–Mamá, ¿de verdad tengo que ir? –preguntaba el niño cogido de la mano de su madre mientras se encaminaban al edificio.

–Sí, David. Ya sabes que tienes que ir –le respondía Carmen, algo cansada de sus preguntas.

–¿Y por qué no puedo quedarme contigo ayudándote? ¡Sé cocinar muy bien! –le decía David a su madre interrumpiéndola en su paso.

–Claro que sí, cariño. Pero tú aún eres muy pequeño, y tienes muchas cosas que aprender en la escuela –le dijo Carmen parándose frente a él.

A lo lejos ya se veía a Blanca caminar hacia ellos a grandes zancadas, taconeando calle arriba como si aquella cuesta fuera un ejercicio militar. Vestida con una gabardina color rosa palo que se bamboleaba al viento y un *foulard* de estampado primaveral al cuello, podría pasar perfectamente por una modelo de pasarela. Desde luego, esta ciudad se había convertido en su mejor tratamiento de belleza. Ni sombra de duda sobre ella misma, y eso era lo que más cautivaba de su imagen. "¿Cómo lo habría conseguido en tan poco tiempo?", se preguntaba Carmen. "Seguramente su hermana habría estado trabajando de nuevo con ella".

–¿Qué pasa aquí? –dijo Blanca al llegar junto a ellos, con las manos en las caderas, dejando ver un vestido negro muy elegante–. ¡Vamos, David, machote, que se te va a hacer tarde…! ¿Y sabes una cosa? Aquí no les gusta nada eso. Te van a mirar muy mal como llegues tarde el primer día.

–¡Yo no quiero ir al colegio! Quiero ayudaros en la cocina. Prefiero quedarme con vosotras… –le dijo David muy serio, agachando la cabeza, casi a punto de ponerse a llorar, haciendo que a la pobre chica se le partiera el corazón en pedacitos, pero siguió fingiendo igual que su madre.

–Pues bueno, David. Nada, ¡te quedas con nosotras! Pero me va a dar mucha pena por tus nuevos compañeros, ¿sabes por qué? Porque ayer mismo me dijeron que en el equipo de fútbol de tu escuela les hacía falta un delantero centro. ¡Y yo les dije que les traía de España el mejor que tenía! Claro, y ahora los pobres te están esperando. Pero tú no vas a ir… –Blanca acariciaba los rizos rubios del chaval que la miraba con sorpresa, como si ella hubiese venido vestida de rey mago para traerle el mejor de los regalos.

–¿Es verdad, mamá? –le preguntó el niño a su madre. Carmen miró a Blanca buscando una confirmación, y esta asintió con la cabeza. Einar se lo había dicho ayer noche, él mismo había pagado la nueva equipación, que le esperaba desde hoy mismo en la taquilla de su vestuario. (Así, ayer noche el astuto Lönnberg consiguió que se le pasara un poco el enfado a Blanca, y pudo disfrutar de otra noche romántica con la flamenca de su vida).

–¿Es que no me crees, granujilla?, ¿eh? –preguntaba Blanca al niño buscándole las cosquillas por el cuerpo–. ¡Menudo sinvergüenza estás

hecho! Vamos al cole, hombre–. Y entre arrumacos y zarandeos continuaron los tres juntos el camino que les quedaba para llegar al colegio.

Después Blanca ayudó a Carmen a encontrar la clase de David. Y tras hablar con la profesora, que sabía de la entrada de su nuevo alumno, decidieron que ya era hora de volver al trabajo.

–¡Mamá, mamá! –gritó David cuando se dio cuenta de que su madre y Blanca lo iban a dejar solo en aquella clase, llegando a cogerla del bolso para que no se fuera–. ¡No te vayas, mamá! Aquí no conozco a nadie, y no entiendo lo que dicen…

–Escucha, David, ya hemos hablado de esto miles de veces. ¿Tú crees que cuando Fernando Torres llegó al Liverpool llamó corriendo a su madre y le dijo: "Mamá, mamá. Aquí no conozco a nadie, y no entiendo lo que dicen"? No, ¿verdad? ¡Pues tú tampoco! –Y con un rápido ademán, se zafó de las manos del niño y salió de la clase dando un portazo. Blanca, casi igual de sorprendida que su hijo por aquella reacción, le dio un beso en la mejilla al chaval y salió de la clase en busca de su amiga.

Carmen estaba en el pasillo, junto al aula. Apenas se había alejado de allí porque las ganas de llorar le habían impedido seguir caminando. Se sentía fatal por lo que le estaba haciendo a su hijo, se veía como una madre egoísta que solo había pensado en ella y no en el bienestar del niño. Lo había apartado de su colegio, de sus amigos y familiares, todo para que siguiera a su lado. ¿Y si lo del Spanish Cooking salía mal?

–Oye, nena, ¿estás bien? –le preguntó Blanca acariciándola. Pero ahora mismo era lo que menos necesitaba. Su amiga la había empujado a esa situación, y aunque lo había decidido después de pensárselo mucho, era inevitable hacerla culpable de todo.

–Soy una madre horrible. ¿Qué he hecho, Blanca? El crío tiene razón, aquí no conoce a nadie, no entiende lo que le dicen… ¡Ni siquiera yo lo entiendo! –le respondió Carmen repitiendo las frases de su hijo, buscando en su abrazo algo de consuelo.

–Venga, Carmen. No te derrumbes ahora. Verás que solo serán unos días malos, estoy segura de que David aprende sueco más rápido que tú. ¡Y en cuanto lo descubra su entrenador, lo mete a la liga infantil! Tu hijo puede con esto y mucho más, ¿no ves que se parece a su madre? –Y haciendo reír a su amiga, se fueron de allí para abrir juntas la persiana del restaurante.

Después de confirmar los servicios, el menú de los invitados a la cena de ensayo y comprobar que contaban con las suficientes botellas de vino para maridar todos los platos, Blanca volvió a recibir otro pedido de comida.

–No, aquí debe de haber un error. Esto no lo he pedido yo… –le dijo en sueco al joven carnicero. El muchacho, de piel muy pálida y la cara roja, se había pasado toda la mañana preparando aquella ternera. Aunque había entendido a Blanca (su sueco había mejorado muchísimo desde que se había ido a vivir con Einar), él no estaba por la labor de hacerle caso. Miró a esa chica española sin pestañear. Alguien había pagado por esa carne, y le habían dado esta dirección, así que no pensaba llevársela de vuelta.

Blanca, muy dispuesta a no discutir ese día, le cogió al chico la factura que llevaba en la mano.

–Me lo imaginaba… –murmuró al reconocer el nombre del pagador: Einar Lönnberg–. Está bien, ¡pasa! –Y dejó que el carnicero se llevase las cajas repletas de carne al interior de la cocina.

Después entrarían el panadero, el pescadero. Incluso llegaron más cajas de botellas de vino junto con otras bebidas que ella no había pedido, pero sí que lo hizo Einar sin su consentimiento.

–No me lo puedo creer, ¡no confía nada en mí! Está llenando las cámaras hasta los topes. ¡Mira! –Andrea había llegado media hora antes de que empezase todo para calmar los nervios y echar una mano. Sin embargo, se había encontrado a una Blanca histérica que no paraba de gritar que, cuando viese a Einar, lo mataba.

–¡Calma, *Bianca*, calma! Ahora ya conoces cómo es Einar en los negocios, todo lo piensa a lo grande, así no hay margen de error para él… –Y viendo pasar a Carmen por delante, la abandonó con su humor de perros y se fue hacia la cocinera diciendo–: *Ciao, Carmela! Tutto a posto?*

–¡Pero va a sobrar mucha comida! Todo esto se va a caducar, y serán pérdidas innecesarias… –Y, sin darse cuenta de que Andrea se había ido de su lado, Blanca seguía con su discurso cerrado, dándole vueltas a lo mismo una y otra vez.

En seguida llegaron los primeros invitados.

De repente, el murmullo de gente que se agolpaba alrededor del patio interior mientras tomaban su vino y su tapa de bienvenida le hizo caer en la cuenta a Blanca de que ya daba igual dónde almacenase tanta comida, ahora lo que tocaba era vender aquel local con la mejor de sus sonrisas.

Esta noche la cosa sería sencilla para todos.

El menú era cerrado, y solo estaría ocupada un ala del comedor para toda la cuadrilla de camareros. Así que no podían fallar en el servicio. Debían estar atentos a las copas, a los tiempos, y a todos los posibles comentarios que pudieran hacerles sobre la comida. Carmen estaba en todo lo suyo, y de hecho Andrea la seguía como un pinche más, grabando en su disco duro su particular método de trabajo:

–Ey, joven, ¿y tu placa? Si no llevas la placa con tu nombre, yo no sé cómo te llamas. Y si no sé cómo te llamas, no puedes entrar en mi cocina. ¿Lo tienes claro, amigo? Así que ya puedes coger la puerta de servicio, la misma por la que has entrado para que nadie te viera, y te largas de aquí, pero para siempre… –Carmen se dirigía así de ruda a uno de sus ayudantes de cocina. Ella sabía de sobra que se llamaba Víctor, que era estudiante de informática y que había venido a Estocolmo con una beca Erasmus. Pero Víctor había cometido un grave error hoy, y era llegar tarde el día del ensayo general. No es que Carmen estuviese nerviosa por el menú. Ella tenía más que preparados los entremeses que se iban a servir al centro, ¡buena era ella para eso! Pero si aquel chico no podía ser puntual nada más empezar a trabajar, no podía estar en su equipo. Esa era su opinión y era ella la que mandaba en esa cocina, teniendo control absoluto sobre lo que pasaba allí, ¡que por algo había hecho kilómetros! Así que aquel fue el último día que Carmen vio a Víctor en su restaurante.

Cuando Einar cruzó el umbral de la puerta del Spanish Cooking, lo hizo acompañado por el viceconsejero de asuntos sociales del ayuntamiento. Al parecer, el hombre se sentía tan agradecido por la invitación que quería desearle suerte personalmente. Algo a lo que un Lönnberg, con la mirada perdida en el interior del restaurante, supo responder en seguida con la misma amabilidad. Y es que desde la entrada ya se veía a una Blanca espléndida, luciendo un precioso *little black dress* que le sentaba de maravilla. Hacía apenas doce horas que no se habían visto, pero ella supo llamar su atención, haciendo inevitable que esbozara una sonrisa al verla.

–¡Guapa! –le dijo Einar cuando pasó por su lado, sin que nadie más pudiera oírle. Blanca entonces saludó efusivamente al viceconsejero, que aún caminaba al lado de Einar.

Para darle evidentes pruebas de su enfado, quiso ignorarle sin mirarlo a los ojos. Einar se dio cuenta de que a Blanca algo le pasaba; sin embargo,

estuvo un segundo más observándola de cerca. Apreciando la larga curva de sus espesas pestañas, el tenue color del carmín de sus labios y hasta el familiar olor de su perfume. Todo el conjunto que ya conocía le parecía aún más atractivo que nunca, ¿pero por qué? Blanca era de las mujeres que se hacían grandes frente a los retos. Y en momentos como ese, realmente se sentía hechizado por ella, la admiraba por haberse convertido en un cisne delante de él. Francamente, si no hubiesen estado rodeados de personalidades, la habría besado. Porque estaba haciéndolo de nuevo, estaba allí como una perfecta anfitriona, dispuesta a vender su restaurante como si fuera una casa.

En pocas palabras, solo con verla, estaba seguro de que se los metería a todos en el bolsillo. Uno a uno irían cayendo a sus pies, ¡y sin necesitar que él abriese la boca!

No es que se hubiese enamorado al final, se repetía Einar mientras se sentaba a la mesa con los demás invitados. Es que esa chica que trabajaba hoy en su restaurante no tenía nada que ver con la que conoció en la inmobiliaria. Tenía un brillo especial, el que se reflejaba en sus ojos al sentirse tan orgulloso por ver en lo que Blanca había conseguido convirtiéndose a sí misma.

Y entre tanto, la cena cumplió de sobra con las expectativas. A todos les gustó el menú que les había preparado Carmen, y de hecho quisieron conocerla al final de la cena para agradecérselo en persona, algo que a la pobre muchacha llegó a emocionar un poco.

Los camareros, por su parte, salieron muy contentos de su primera toma de contacto. Según ellos todo había salido sobre ruedas, porque a nadie se le había caído ningún plato, y ninguno se había equivocado al servir.

También Einar estaba pletórico de alegría: ni en sus mejores sueños habría podido imaginar saborear semejante cena, ¡qué mano tenía Carmen! Iba a hacerla indefinida esa misma noche.

Todos parecían dispuestos a celebrarlo a lo grande. Todos, excepto Blanca, que desde el principio estaba deseando estar unos segundos a solas con Einar. Así que esperó pacientemente a que terminaran todos de cenar y hablar. Mucho más tarde, los invitados fueron pasando junto a ellos antes de salir del restaurante y despedirse. Ni siquiera entonces Blanca quiso mirarlo, a pesar de estar a su lado, y de oírlo piropearla en voz alta. Bordaba

igual que ella su papel, en aquel momento todos salieron de allí pensando que eran la pareja perfecta.

Dicho el último *tack sa mycket* (gracias por todo) a la pareja de invitados más pesada del país, y mientras los camareros empezaban a retirar los primeros platos, Blanca decidió que ya era el momento de hablar cara a cara con Einar. Así que, con suma discreción, y cogiéndolo de la manga de su chaqueta, lo sacó del restaurante por la puerta del servicio. Esquivaron en su trayecto a varios de sus muchachos para no chocarse de frente con ellos, y, atravesando la alargada cocina, llegaron a la callejuela de atrás. No mucho más ancha que la Marten Trotzigs Gränd.

–¿Qué pasa ahora, Blanca? –preguntó Einar muy tranquilo. Ella era ahora tan manejable como un filamento de estaño entre sus dedos.

–¿Por qué no crees en mí? Después de todo, aún no confías en que pueda llevar sola este restaurante. ¡Nunca lo has creído!, ¿verdad? En realidad, si estoy aquí es porque soy buena vendedora y quedo de maravilla a tu lado. No soy más que otra estrategia comercial tuya. Una fantasía sexual hecha realidad, con la que te acuestas todas las noches… ¿no es eso lo que me dijiste esta mañana? –murmuró, mirándolo a la cara, enfrentándose a sus ojos azules y lamentando haber dicho aquello en el mismo momento en que las palabras salían de su boca.

Einar frunció el ceño, no le gustaba que hablara así de ella misma. A veces se olvidaba de lo complicadas que éramos las mujeres, y sentía que Blanca hubiese malinterpretado la broma que le había hecho. Sin decir nada todavía, sintió cómo el frío le llegaba a los huesos. La temperatura había bajado estrepitosamente mientras cenaban, y Blanca iba en tirantes.

–¡Pues claro que creo en ti! Te recuerdo que solo cuando apareciste en mi vida empecé a pensar en abrir un restaurante así. Y si lo he conseguido al final, es solo gracias a ti y tu ayuda… –Einar se quitó la chaqueta rápidamente mientras hablaba, y todavía con el calor de su propio cuerpo, le tapó los hombros a Blanca, haciéndola enmudecer. Estaba en todo, y en cualquier momento hacía algo como aquello, para demostrarle a la pequeña Blanes lo que pensaba en ella. Más de lo que podía imaginar–. Hoy has estado increíble, cariño. ¡Pero sé que mañana vas a estar mucho mejor!

–Entonces –le dijo apartándose un poco más de él–, ¿por qué has llenado las cámaras hasta los topes? ¿Por qué no me has consultado antes de doblar

todos mis pedidos? –Quiso saber Blanca todavía muy molesta por aquel gesto tan feo.

–¡Pero Blanca, si habías pedido lo mismo que Il Vecchio Lume en un fin de semana! Era de risa, en serio. Con eso mañana se habrían quedado las cámaras vacías en seguida, y después habría sido un desastre. Piensa un segundo en lo que vamos a hacer: vamos a abrir esto al público y será un bombazo: ¡Lo más grande que has hecho en tu vida! –Einar la tenía cogida por los hombros y, mientras le hablaba, clavaba sus pupilas en ella, provocándole aún más desconcierto. Volvieron a él esas terribles ganas de besarla, de transmitirle de esa manera todas las sensaciones que le evocaba, y que ni él mismo podía controlar del todo.

En aquel momento salió Carmen para encenderse un cigarrillo. De repente, estaba en la calle de atrás con el mechero en la mano, cuando los vio mirándose a los ojos sin decirse nada. Uno frente al otro, tan cerca que casi podían… ¡besarse!

Ni siquiera intentó prender el cigarro después de aquella terrible visión. Se dio media vuelta y cerró la puerta de servicio de un portazo que hizo retumbar la pared entera. Blanca, al oír aquel estruendo, supo que su amiga acababa de verlos.

–Tengo que irme, Einar –le dijo Blanca separándose de sus labios y de su abrazo–. ¡Es Carmen! Creo que acaba de enterarse de lo nuestro…

–Te dije que era una mala idea ocultárselo –respondió él mientras veía a Blanca desprendiéndose de su chaqueta y entregándosela con un beso de despedida.

Acto seguido, Einar la vio correr hacia el restaurante muerta de frío otra vez, pero no opuso ninguna resistencia. Lo mejor era dejarla marchar. La dos amigas debían seguir trabajando juntas durante un tiempo, así que era necesario que hicieran las paces lo más pronto posible.

–¡Lo siento, Carmen! –gritó Blanca nada más abrir la puerta de servicio del restaurante y ver a Carmen desabrochándose la chaqueta de chef–. Lo siento, de veras. Sabía que en cuanto lo supieras te enfadarías conmigo, y si no te lo conté antes, es porque no quería que te echases atrás. Te necesito aquí, sin ti yo no podría hacer esto. Te prometo que esta vez es diferente, no es una repetición de lo que pasó con Eloy. ¡Créeme! Einar me quiere de verdad… –Blanca se calló de repente porque su amiga acababa de lanzarle una mirada asesina al decir aquella última frase.

–¡Y una miiiieeeerda! –Aquel insólito alarido de Carmen asustó a todo el personal que estaba al otro lado de la cocina. Un par de camareros que traían los platos sucios de la mesa tuvieron que hacer malabarismos para no hacer astillas lo que llevaban en las manos, y después de mantenerse en equilibrio, siguieron escuchando–. A ti te las van a dar todas por el mismo lado, ¡porque eres tonta del culo, Blanca!

–¡Pero escúchame! –respondió la afectada, intentando controlar la rabia de su amiga.

–¡No! Escúchame tú. Me dijiste que no le mintiera, que no se me ocurriera mentirle a Einar porque me pillaría. Pues ahora sé tú sincera conmigo una vez, por lo menos. Estás viviendo con ese tío, ¿verdad? Todos estos días me has hecho creer que venías de casa de tu hermana, pero era de la suya en realidad. ¿Me equivoco? –Carmen estaba tan dolida por el engaño de Blanca que no se daba cuenta de que no estaban solas en aquella discusión. La plantilla al completo, nada acostumbrada a aquellas acaloradas discusiones, dudaba entre irse de allí o seguir parados escuchando. Optaron por hacerse pasar por estatuas de sal y rezar para que nada de aquello les salpicara.

–No, no te equivocas. Pero me fui a vivir a su casa antes de que tú vinieras, no fue algo premeditado. ¡Déjame que te lo explique…! –A Carmen las palabras de Blanca la estaban alterando cada vez más, no aguantaba que su amiga le hubiese mentido a la cara todo este tiempo. No se lo esperaba. Por eso no podía soportar estar en la misma habitación que ella, y, con esa idea en la cabeza, se marchó corriendo de la cocina después de quitarse definitivamente su chaqueta y tirarla al suelo delante de todo su equipo.

Blanca quiso salir detrás de ella, pero no podía hacerlo. Tenía una responsabilidad, y debía quedarse para cerrar el restaurante. Por eso recogió la chaqueta del suelo y mandó a todo el mundo a seguir trabajando. Había que preparar de nuevo la sala y dejarla lista para el día siguiente. Su verdadero gran día.

OceanofPDF.com

Capítulo 19

La inauguración

A la mañana siguiente, a tan solo unas horas para abrir al público el Spanish Cooking, su chef no se fue al mercado bien temprano como era su costumbre. Ni tampoco estaba trasteando en la cocina del restaurante. Allí solo permanecía colgada su chaqueta blanca, esperándola.

Marisela, tras haber sido informada la noche anterior de lo sucedido, decidió ayudar a su excompañera de piso. Así fue como se le ocurrió invitar a desayunar a Carmen y a su hijo, sabiendo que el pequeño no se negaría ante la promesa de un gran tazón de chocolate caliente.

Fueron a una panadería francesa muy conocida en Estocolmo, a la que solo iba Marisela cuando tenía que meditar sobre qué hacer con su vida. El sitio en cuestión se llamaba la Sophies Canele, y merecía la pena coger el metro para disfrutar de cualquiera de sus dulces.

Ya solo con entrar, un olor a pan recién hecho te daba la bienvenida. Y entonces comprendías que sitios así existen en el mundo para poder sobrevivir a los mal de amores…

A Marisela le gustaba quedarse ahí leyendo un buen rato después del desayuno. Viendo entrar y salir a la gente. Le gustaba contar los azulejos amarillos que había en el suelo. Pero solo los amarillos. Los blancos no, porque eran demasiado feos. De vez en cuando le llamaba la atención algún par de zapatos, y solo entonces levantaba la vista del suelo, perdiendo en seguida la cuenta. Se fijaba también en la gente que había a su alrededor: en las atenciones de una madre para que su hijo comiera un poco, o en esa pareja de mujeres que parecía disfrutar de su intimidad. Marisela sonreía sin apartar la vista de ellas; en su pueblo eso no estaría muy bien visto… y entonces se daba cuenta de todo lo que había dejado atrás. De que era una extranjera en este país, pero que en su país hacía tiempo que la llamaban la Sueca, porque hablaba de forma diferente. Según ellos, había perdido el acento, y aquí era precisamente eso lo que delataba su origen.

Por eso le gustaba tanto esta cafetería. Aquel contraste que había entre las viejas sillas de madera pintadas de verde esmeralda y las anodinas paredes grises de la cafetería, siempre hacían juego con su estado de ánimo cuando venía aquí.

En cambio, hoy no necesitaba aquel precioso escenario para pensar en sus cosas, sino para reconciliar a dos amigas. Blanca le había pedido ese favor, y era algo a lo que ella no se habría podido negar nunca.

David estaba saboreando un bizcocho delicioso mientras su madre y aquella mujer tan guapa hablaban de cosas que no entendía pero que, al parecer, no querían que oyese. Sus pies se columpiaban en la silla donde estaba sentado, balanceándose al ritmo de sus papilas gustativas. Aquel era el mejor desayuno que había tenido en su corta vida, y pensaba que nada ni nadie lo podría interrumpir, cuando su madre dio un golpe en la mesa y dijo:

–¡Nos vamos! –Acababa de ver a Blanca entrar y buscarlos con la mirada por el local. Carmen seguía sin querer cruzar palabra con aquella traidora que se hacía pasar por su amiga. La misma que le había mentido para traerla a este país, del que aún no conocía la rudeza de su invierno–. Venga, David, ¡ponte la chaqueta!

–¿Ahora? Jolines, mamá… –exclamó David enfurruñado por los repentinos cambios de opinión de su madre. Aquel sitio molaba, le recordaba a *Charlie y la fábrica de chocolate*, donde todo era comestible y estaba buenísimo.

–¡Hola, David! Buenos días, chicas… –dijo Blanca sentándose a la mesa donde estaban ellos. Venía un poco helada y sin resuello. Se había pegado una buena carrera para llegar allí a tiempo.

–Hola, guapa –dijo Marisela, rompiendo con ese silencio absurdo que se había interpuesto entre las dos amigas–. ¿Quieres algo para desayunar?

–No, gracias, ya he desayunado… –respondió Blanca sin voz. Le dolía que Carmen no quisiera ni mirarla.

–¡No me digas! Seguro que él te ha llevado el desayuno a la cama –comentó Carmen mientras masticaba su tostada.

–No, Carmen. Hoy no ha podido. Pero cuando quieras te invito a que pruebes sus tortitas. ¡Son deliciosas! –le respondió a su amiga cargando sus palabras con ironía, sin apartarle la mirada. Carmen hoy se había puesto su vieja cazadora vaquera, con la chapa de *Imagine* de John Lennon que le

regaló hacía un par de años en su cumpleaños. El pelo lacio y rubio le caía por los hombros, desordenado, pero con mucha personalidad, tal y como era ella. Para Blanca, toda una belleza urbana. Siempre se lo había parecido.

Marisela se dio cuenta de que ella y el niño se encontraban en plena línea de fuego, y si no se apartaban de allí pronto, correrían serio peligro. ¡Alguna de esas miradas asesinas que lanzaba Carmen podían alcanzarles, y eran de las que te dejaban KO! Así que, con su inherente dulzura mexicana, le preguntó al niño si quería acompañarla porque tenía una sorpresa para él. Marisela pensó que sería fácil convencer al dependiente para que los colasen en el obrador del pan y ver cómo hacían aquellos exquisitos dulces caseros que vendían.

–¿Tú sabías que Marisela estuvo con Einar antes que tú? –le preguntó Carmen acercándose a ella cuando su hijo estuvo lo bastante lejos como para no oírla.

–¡Pues claro que lo sé! ¿Eso es lo que has estado haciendo hasta ahora? ¿Cotilleando sobre Einar?

–¿Y cómo no hacerlo cuando tu novio sale en las portadas de todas las revistas del corazón? –exclamó Carmen poniendo sobre la mesa una revista donde se podía leer en la cabecera “El soltero de oro” escrito en sueco. Y abajo, una foto hecha a lo lejos, de Einar caminando.

Blanca giró la revista para ver más de cerca aquella imagen. Reconoció en seguida el traje que llevaba, era ese que tanto le gustaba. La verdad era que Einar salía muy guapo en la foto, todo había que decirlo. El fotógrafo había sabido elegir la imagen más apropiada al encabezado de aquel artículo. En ella aparecía poniéndose la chaqueta mientras hablaba por teléfono, un gesto que resultó ser de lo más favorecedor, porque gracias a él se adivinaba la musculatura de sus brazos y su esbelta figura. Un verdadero bombón que iba a hacer que la revista vendiera más de mil copias el primer día de publicar ese artículo. Algo que hizo levantar la cabeza de sus papeles a la editora. Estaba muy claro lo que había que hacer a partir de ahora: ¡seguir la pista a ese chico! Mañana y tarde.

–¡No puede ser verdad! –exclamó la pequeña Blanes con la boca abierta de par en par. Y sin poder creérselo aún, fue hasta las páginas centrales del magazine, donde pudo leer todo el reportaje sobre Einar Lönnberg como antes había hecho Marisela para Carmen.

Allí hablaban un poco sobre su vida: un exitoso hombre de negocios, conocido en su círculo de amistades con el apodo de Fox por su pericia en las cartas, divorciado, con una hija… todo eso era muy normal, y hasta aburrido. Pero Carmen le pidió que siguiera leyendo. Y al pasar página, lo vio. Antes de ponerse a leer nada, destacaban sobre todo las imágenes de aquella segunda parte del reportaje. Eran más de una veintena de mujeres, en distintos momentos de su vida, que paseaban junto a Einar. La lista infinita de mujeres con las que había estado era espectacular, y la revista había conseguido (tirando de su archivo local) encontrar algunas fotos muy interesantes:

–¿Julia Roberts? ¡Einar ha estado con Julia Roberts! –gritó histérica Blanca. Esto sí que no se lo esperaba, aquello era demasiado. "¡Pufff…!", pensó en seguida, viniéndose abajo: "¿Era muy temprano para pedirse un vodka?"

–No, en realidad es una chica que se le parece mucho. ¡Pero para que veas que no eres la única que lo ha encandilado con su sonrisa! –terminó de rematarla su amiga con aquella puntilla de frase.

–¿Qué me quieres decir con eso? –le preguntó Blanca un poco herida por lo acababa de ver. Sabía de sobra lo de Marisela, y había aprendido a sobrellevarlo haciéndose a la idea de que solo fueron un par de noches locas pero, ¿y el resto? Las chicas que habían salido con él eran todas modelos de catálogos, actrices locales o cantantes de música disco. Mujeres de cuerpos diez. Y ella ni siquiera aparecía en ese histórico de don Juan. Nadie tenía ni una sola foto con él porque ella no era tan famosa, ni atractiva, ni nada de nada si se ponía a comparar…

–¿Tú qué crees? Así que, cariño, no me vengas ahora diciendo que "Einar me quiere de verdad", porque seguramente fue lo mismo que dijeron todas esas chicas que salen a su lado en las fotos de esta revista… –A Carmen le había tocado un papel muy diferente al de Andrea en esta historia. Ella era la encargada de tirar el jarrón de agua helada sobre la cabeza de su amiga y hacerla despertar a la vida real. Los príncipes azules, mi querida Blanca Blanes, a veces destiñen.

–Pero yo ya llevo viviendo con él casi tres semanas, eso quiere decir algo…. –comentó nuestra protagonista sin saber muy bien por qué lo decía, poniéndose a la defensiva ante los comentarios de su amiga.

–Uyyy, sí, ¡qué guay! Pronto será vuestro primer aniversario –le contestó Carmen con una sonrisa muy mezquina.

Blanca vio en su mente una pala excavadora derribando su castillo de naipes. Ella había venido hasta allí para hacer las paces, pero acababa de llevarse un chasco tremendo. Tanto, que no supo qué más decirle a su amiga.

De pronto Carmen se dio cuenta de que se había pasado. La pequeña Blanca volvía a hacerse muy pequeña delante de ella, hasta casi desaparecer, sentada en aquella silla verde. Había dejado de mirarla, de responder con malicia a sus comentarios hirientes. Solo tenía ojos para aquella estúpida revista. Ella no pretendía hacerle daño, simplemente quería quitarle de nuevo esa venda que estaba obstinaba en colocarse cada vez que conocía a un hombre. Y si lo hacía era porque la quería. Aunque fuera a veces eso tan difícil de explicar.

–¿Me puedo quedar con la revista? –le preguntó Blanca con la cara todavía muy pálida.

–¡Sí, claro! Yo no entiendo lo que pone. Solo la he comprado porque he reconocido a Einar en seguida. Pero escucha, Blanca. Esto, ehm… –Carmen se mordió el labio, conocía demasiado bien a esa chica que tenía enfrente. Sabía a qué nivel había bajado su autoestima de repente, ahora posiblemente se estuviera arrastrando cual lombriz de tierra en un charco de lodo inmundo–, no es necesario que te martirices leyendo ese artículo otra vez –le dijo intentando quitarle la revista de las manos sin ningún éxito–. Tú ahora estás con ese tío, ¿vale? Que no sé cómo, ha puesto todo el dinero para hacer realidad tu sueño y el mío. Tenemos el restaurante que queríamos, y tiene toda la pinta de que va a ser un gran éxito, nada que ver con lo que tuvimos en España. Pues entonces, aprovéchate de esta situación. Vive este momento, ¡disfruta, coño, te ha vuelto a tocar la lotería! Solo te pido que tengas cuidado y no te enamores de nuevo, porque tienes todas las de perder, amiga. Aprende de tus errores, sé algo más lista, ¿quieres? –Carmen vio lágrimas en los ojos de Blanca, pero esta vez no llegaron a resbalar por sus mejillas, a pesar de su rápido parpadeo. Había orgullo en su mirada, ¡y rabia! La vida parecía no querer regalarle nunca el final feliz de colorín colorado que siempre había soñado. De sobra sabía que Einar distaba mucho de ser el hombre con el que había imaginado cumplir años, principalmente porque tenían pocas cosas en común, y no

siempre se ponían de acuerdo. Pero, por otro lado, pensaba que ahí estaba el encanto en su relación: por ser tan diferentes, existía esa atracción entre ellos. Porque cuando estaban los dos juntos, a solas, nadie más parecía existir en el universo. Él siempre conseguía encontrar un momento en el día para acercarse a ella y hablarle al oído con ese acento tan especial, buscando el roce en su cama, en el baño, bajo el agua. Haciendo inevitable lo que su tacto desencadenaba después. ¿Cómo se podía fingir tan bien estar enamorado?

De pronto le vino a la mente todo lo ocurrido con Eloy, lo mal que estuvo, lo que había pasado porque no quiso escuchar las sabias palabras de su amiga. Así que, ¿de nuevo iba a tapar sus oídos? Seguramente tenía razón, Carmen rara vez se equivocaba. Si seguía creyendo ciegamente en él, posiblemente saliera perdiendo en este juego del amor. Y ella ya estaba harta de ser una *loser*. Por eso le haría caso esta vez, y, aunque se le rompiera el corazón en mil pedazos, no se abandonaría por completo. No sería ella la que dijera ese "te quiero" que aún tenían pendiente, no perdería el norte por un hombre esta vez, no estaba dispuesta a perderlo todo de nuevo. En pocas palabras, no iba a perderse más en Estocolmo cuando lo que acababa de hacer era encontrarse a sí misma.

–Creo que ya lo he entendido, Carmen. Muchas gracias por la advertencia –dijo Blanca doblando la revista y guardándosela en el bolso–. ¿Nos vamos? –Y levantándose de la silla, dejó ahí sentada otra capa más de inocencia que se había caído dejando aún la silueta de la pequeña, o ya no tanto, Blanca Blanes.

David quería coger el metro. Así que su madre obligó al resto a bajar a la estación de Solna Centrum y hacer el trayecto encadenando las líneas roja, azul y verde, para poder llegar a su destino. Era una manera más de visitar esa ciudad, que aún veían con ojos de turistas inexpertos.

Caminaban las tres chicas al mismo ritmo, haciendo repiquetear en el suelo sus pisadas por el eco de los túneles del metro, y acompañando su conversación animada con alguna que otra risa desenfadada. Ya habían dejado atrás la escalera mecánica, y se disponían a seguir andando para coger el metro, al que le faltaban unos pocos segundos para llegar a esa vía, cuando la estrofa de una canción muy conocida les sorprendió al doblar la esquina.

–*She's just a girl, and she's on fire…* –No había duda, era la voz de Annika. Se había arrancado a cantar a capela la canción de Alicia Keys, sorprendiendo a todos los que estaban en aquel momento en esa estación. Annika bajaba la escalera, como hacía un momento habían hecho ellas, y sin embargo, ese hecho, sumado a su poder en escena, estaba dejando boquiabierto al personal. Un chico, hijo de un productor de música en América que estaba de ruta por Europa antes de entrar en la universidad, se quedó francamente impactado por aquella chica que cantaba como los ángeles y, sin pensarlo sacó su móvil para grabarla: "Papá, tienes que escucharla…", decía en el mensaje que envió después.

Aquella canción, como en su día lo hizo su versión del *Stay* de Rihanna, llegó directa al corazón de Blanca. Y esta vez el flechazo le vino por la espalda, así que no le dio tiempo a protegerse de ningún modo. ¿Cómo esa chica podía entenderla tan bien? ¡Pero si apenas la conocía! Annika no dejó de cantar en ningún momento, y a pesar de que ya eran varios los que, paralizados, habían sacado sus dispositivos móviles para grabarla en aquella maravillosa y espontánea actuación callejera, no se sintió intimidada. Al contrario, quería que la fuerza de su voz llegase al alma de esa chica, y por eso se fue acercando a Blanca cada vez más. Hoy era su gran día ¡La inauguración del Spanish Cooking! Y se merecía todo lo mejor.

Finalmente, las dos chicas se abrazaron. Emocionadas. Entre risas y llantos. Porque sí, Blanca no pudo evitarlo esta vez, y dejó escapar algunas lágrimas mientras Annika le decía en sueco que no tuviera miedo a lo que tuviera que pasarle en esta vida. Aquellas palabras fueron un bálsamo para sus nervios. Eran demasiadas emociones, ¡y ni siquiera era mediodía!

El metro, como la vida, siguió su ruta y salió al fin de allí.

Annika se despidió de ellas, iba a quedarse un rato más por esos túneles que tan bien conocía. La acústica de esa estación era fantástica, y quería seguir aprovechándola hasta el mediodía.

Marisela y David se quedaron sentados a un lado del vagón, discutiendo sobre qué hay que tener para ser calificado como superhéroe. Al parecer, tenían puntos de vista muy diferentes. De esa conversación Marisela descubrió que David nunca había oído hablar de Johnny Blaze, el motorista fantasma, personaje de la Marvel del que ella era fanática. Así que el camino hacia el colegio se convirtió en todo un desarrollo de *Ghost Rider*

que sirvió para amenizar el viaje de todos los pasajeros que habían coincidido con ellos.

–¿En qué piensas? –preguntó Blanca a su amiga. Estaban sentadas justamente detrás de la extraña pareja, y Carmen se había perdido en sus pensamientos mientras observaba a su hijo permanecer asombrosamente atento a la explicación de la mexicana. Aquella pregunta le hizo gracia, y mirándola de soslayo le respondió con otra pregunta:

–¿De verdad quieres que te lo diga?

–De ti ya me lo espero todo, ¡así que dispara! –confesó Blanca con una sonrisa en sus labios.

–Estaba pensando que mi hijo se va a quedar bizco como siga mirando así las tetas de Marisela. –Y al terminar aquella frase las dos estallaron en una carcajada contagiosa. Aunque ninguna de las dos lo confesó, tenían los nervios en el estómago, y reírse les vino muy bien para liberar la tensión acumulada.

Ya en el restaurante, cada una fue rápidamente a su puesto, donde las estaban esperando. Había mucho que hacer: en pocas horas esa persiana se iba a levantar de verdad, y tenían que tenerlo todo preparado. La expectación que había conseguido Einar era un arma de doble filo. Hoy iban a ser noticia en todas partes, y no podían cometer ningún error.

Las personas que estaban trabajando en aquel local, finalmente más de veinticinco, sabían perfectamente lo que tenían que hacer. Algunos con más, otros con menos experiencia, pero todos con muchísimas ganas de poner en práctica lo que habían aprendido. Aunque el ensayo general hubiese sido un éxito, aquello no se podía comparar a lo que se les venía encima. La realidad de esta velada podía superar todas las expectativas, y Blanca se sintió en la obligación de darles un último consejo a todos. Así que, perfectamente uniformados y muy inquietos, la rodearon para escucharla.

Allí estaban todos, incluida Carmen luciendo una gran sonrisa. Este tipo de cosas era las que habían hecho que cogiera un avión para volver a trabajar junto a ella.

–Bueno, chicos, ¡llegó por fin este momento! Sé que todos estamos mirando el reloj, y más de uno ha pensado que debe de haberse roto precisamente hoy, porque parece que el tiempo no avanza. Pero sí que lo hace, ¡os lo prometo! –A la plantilla pareció hacerle gracia aquel sincero

comentario, ya que, unos por otros, todos habían sido culpables de más de una miradita al reloj que había en la entrada del restaurante. De pronto, alguien movió una silla detrás de Blanca, haciendo que parase su discurso para girarse hacia ese punto. Era Andrea, que acababa de entrar por la puerta trasera, y con cara de circunstancias le pedía perdón en italiano. Ella le regaló una de sus famosas sonrisas, e, invitándolo a unirse al resto, siguió hablando–: ojalá tuviera una bola mágica que me pudiera enseñar el futuro para poder deciros: "¡Tranquilos, chicos, estoy segura de que esta jornada va a ser estupenda!". Pero no puedo, no la tengo. En realidad, no creo ni que exista –alguien se rió de su ocurrencia, pero Blanca siguió hablando–: y aunque existiera, no me la creería. Solo puedo confiar en vosotros, y en lo que vais a ser capaces de hacer. Os diré la verdad: ¡estoy muerta de miedo! La única que sabe que no miento es Carmen, y por eso ayer estuvo a punto de despedirse… ¿verdad, Carmela? –La gente miró a las dos amigas sin saber muy bien si aquel comentario era cierto, pero prefirieron seguir escuchando sus palabras. Puede que ese discurso no fuese a ganar ningún premio, tampoco era eso lo que pretendía Blanca. Nadie mejor que ella sabía lo necesario que era a veces escuchar a alguien que te dijera que contases con su apoyo, que adelante con tus sueños, y que no se te ocurriese mirar atrás. Gracias a ese tipo de frases volvía a estar allí, a punto de abrir otro restaurante, y aceptando de buen grado la responsabilidad que cargaría sobre sus espaldas a partir de ahora–. No hagáis caso de mis bromas pesadas, ¡ya me iréis conociendo! Lo que quiero que os quede claro es que, para llegar aquí, he tenido que trabajar muy duro. Supongo que, más o menos, como todos vosotros. También he sido víctima de unas cuantas decepciones. Pero y quién no, ¿verdad, Andrea? –Blanca dirigió una mirada a su amigo, al que pilló observándola con profunda admiración–. Sin embargo, pensándolo fríamente, creo que todo lo bueno y lo malo que me ha sucedido en esta vida ha sido necesario para estar convencida de que lo que me gusta es esto, y que tengo que luchar por ello. Por eso quiero agradeceros que me acompañéis en este instante tan importante de mi vida, porque también es vuestro. Es el final de un estrecho camino, y el principio de algo mucho más grande, que solo con vuestra ayuda seré capaz de definir. ¡Muchas gracias equipo, por estar hoy aquí, sé que los vais a dejar con la boca abierta! ¡Abrimos el Spanish Cooking!

–¡Venga chicos, vamos a darle caña a esta ciudad! –dijo exaltada Carmen, haciendo que todos aplaudieran entre risas.

Aunque se abrieran las puertas, aún tardarían unos segundos en llegar las primeras comandas. Toda su gente estaba impaciente para oír al primer camarero decir algo, así que Carmen los vio tan dispuestos, que decidió hacer una última escapada al callejón de atrás para encenderse un cigarrillo, ¡Dios sabe cuántas horas iban a pasar hasta encontrar otro respiro como aquel! Ya estaba con el sabor del papel de fumar en la boca cuando levantó la vista y divisó el final de la calle.

–No puede ser… –y sin darse cuenta, sus zapatillas All Star la estaban llevando hacia el otro extremo de la calle. Quería comprobar con sus propios ojos lo que estaba ocurriendo al otro lado de las puertas del restaurante.

Por mucho que se lo hubiera imaginado, ni en sus mejores sueños hubiese dado crédito a lo que estaba viendo. Era una cola, una cola repleta de gente que empezaba en aquel pequeño portal recién pintado que ahora todos reconocían como la fachada del Spanish Cooking y que, dando una vuelta a la manzana, pasaba por aquel callejón de largo y cruzaba la calle, siguiendo más allá de lo que podía divisar desde donde ella estaba. Carmen, no contenta con aquella imagen, se subió al alféizar de una ventana, y encaramándose al enladrillado del edificio como si estuviera en su pueblo cuando sueltan a las vaquillas, ni siquiera así pudo ver el final de la cola.

Uno de los chicos que estaba allí, muy cerca de Carmen, dudando de si seguir esperando o volver otro día, al verla vestida con el uniforme de cocina y subida a lo alto de un ventanal (divisando el horizonte con el pelo al viento), no dudó ni un segundo en hacerle una foto. Al minuto, ya era conocida por todos como la #beautiful#chef#spanishcooking.

–¡Me cago en la puta! –exclamó bajándose de un salto, ajena a que su imagen pronto volaría por las redes.

Con cierto agobio salió corriendo hacia el interior del restaurante.

–¡Blanca, Blanca, escúchame, tienes que ver esto! –le dijo a su amiga sin aliento; acababa de hacer los cien metros lisos, siendo testigo ella también de la entrada del primer cliente.

–Ahora no puedo, Carmen. ¡Compréndelo! –A Blanca acababan de decirle que el hilo musical no funcionaba y tenía que buscar una solución para su primer problema.

–¡Está bien! –le dijo Carmen alejándose de ella, camino de la cocina–. Pero recuérdame que le pida el doble de lo que me prometió a Einar. ¡Vamos a morir aquí dentro, que lo sepas! –Y solo después de aquella sentencia tan amenazante, a Blanca se le ocurrió levantar la vista y ver lo que había detrás de esa puerta abierta.

Mientras, Andrea, había ido directo al equipo de música. Sin que nadie lo advirtiera, se puso a trastear en él. Primero se escuchó una pequeña distorsión en los altavoces, después un desacople, haciendo que Blanca lo mirase con extrañeza. ¿Qué hacía él intentando arreglar eso? Ya empezaba a bajarle un sudor frío por la espalda a la pequeña Blanes cuando de repente Andrea dio con la tecla adecuada, y, sin más, empezó la música de una guitarra española que le resultó familiar:

Me dices good bye en tu nota tan ricamente, y no me hago a la idea de no volver a verte…

La canción siguió, y muchos de los jóvenes camareros no tardaron en reconocerla. Sin embargo, Blanca se quedó paralizada al escuchar la voz de Manolo García. ¿Había sido cosa de Einar? Andrea, que ahora estaba en la otra punta del restaurante, la miró sonriendo al ver su cara de sorpresa. No había dudas, Lönnberg estaba detrás de todo esto. Y con las manos en los bolsillos, feliz de haber cumplido con su misión en este día, Andrea Nicoletti se fue hacia la cocina haciendo un gesto con los hombros.

–¡Gracias Andrea! –le dijo en voz alta Blanca, pero la sala ya estaba empezando a llenarse del murmullo de la gente que tomaba feliz su asiento en el restaurante, haciendo imposible que él la oyera desde aquella distancia.

¿Por qué Einar hacía esas cosas? Se preguntaba Blanca en silencio, mientras buscaba el apellido de una nueva reserva. Si realmente no estaba enamorado, si era un hombre frívolo al que no le interesaba formalizar su relación y simplemente estaba con ella por el interés, por pasar el rato, por no dormir solo, ¿por qué se empeñaba en ser tan encantador? ¿En agasajarla de aquella manera? Hasta ese momento estaba dispuesta a odiarle profundamente por ser un mujeriego, por haberla hecho sentirse especial y creerse que lo suyo era diferente. Pero después de aquello, ya empezaba a dudar de nuevo, ¿y si Carmen se equivocaba? ¿Y si al final ella hubiese sido capaz de llegar a su corazón? ¿Por qué los demás siempre veían a un

hombre muy diferente del que ella conocía? ¿No sería porque solo cuando estaba a solas con ella se mostraba tal y como era?

Blanca se dio cuenta de que no podía seguir pensando en él, había estado a punto de equivocarse al decir el número de mesa en sueco a aquella pareja. Ahora mismo, su restaurante era mucho más importante que él o ella misma. Además, Einar ni siquiera la había llamado en toda la mañana para desearle suerte. ¡Menudo novio tenía! Y con una sonrisa muy trabajada se fue a ver qué quería aquella chica que le hacía señas con una mano:

–A highchair? Yes, of course –dijo con un esforzado acento británico, y en seguida le trajo una trona. Pero la amabilidad de Blanca no acabó ahí. Después de conocer a la pequeña señorita, y entreteniéndola con una divertida presentación para que la madre pudiera sentarla con mayor facilidad, les ofreció un menú especial para niños.

No había conseguido un parque infantil en el local, ni la posibilidad de contratar a payasos para que dieran globos en la puerta, pero Einar finalmente había cedido en aquellos pequeños detalles que hacían tan feliz a Blanca. En parte, la chica tenía razón, no podía obviar el hecho inevitable de que la gente tuviese niños pequeños en sus casas, y a veces hasta cometieran el error de llevárselos a comer a un restaurante. Si no abría su mente en ese sentido, estaba cerrando su posible cartera de clientes asiduos, y con ello su capacidad de negocio. Y Einar Lönnberg nunca le decía que no al dinero.

Los comentarios sobre el restaurante no tardaron en circular por Internet incluyendo fotos, vídeos y hasta entrevistas con los primeros afortunados que salieron muy complacidos del Spanish Cooking. Poco a poco se fueron conociendo los platos que más gustaban a los clientes, de la excelente carta que Carmen había preparado, la misma cocinera que al día siguiente descubriría más de mil doscientas solicitudes de amistad en su perfil de Facebook.

Por el momento, ningún plato había vuelto a la cocina. El servicio llegaba a tiempo, y la idea de amenizar el local con música española había hecho bailar a más de uno en la sala. Incluso en la cocina la gente se movía a un ritmo diferente, sonaron las voces de Alejandro Sanz, Luz Casal, Joaquín Sabina, Miguel Bosé, Ana Torroja y un larguísimo etcétera, que crearon un ambiente distendido. También porque Carmen daba pie a ello,

bailando al ritmo de la canción que fuera, sobre todo cuando le regalaban perlas como el *Fuerte, Feo y Formal* de Loquillo.

–¡Que alguien le diga a esa loca que se calle! –le susurró Blanca agarrando el brazo de un camarero que pasaba, al oír con asombro a su amiga desgañitarse totalmente emocionada.

Y es que no era para menos, pasaban de las cinco de la tarde y aún seguían sirviendo platos en las mesas. Menos mal que Einar había llenado hasta los topes todas las cámaras, si no, habrían tenido que cerrar esa noche. Pero… ¿y qué hacer con la gente? Toda la plantilla estaba pasándose de su horario, ya que Blanca había contemplado un descanso de al menos dos horas por la tarde, el cual no iba a ser posible. La cola infinita allí afuera esperaba paciente su turno, y pensaban entrar fuera la hora que fuera. Por eso se fue en busca de Andrea, que estaba con Carmen haciendo el pedido para el día siguiente, para evitar su primer desastre con letras mayúsculas.

–¡Diles que se les pagará el doble las horas extras que hagan, no creo que tengas problemas! –contestó Andrea, sabiendo con seguridad que esa sería la respuesta de Einar.

–Pero Andrea, tengo miedo de que esta noche sea peor. En las cenas siempre viene más gente, ¡y yo no tengo más plantilla!

–Pues llama a Einar, seguro que él puede mandarte camareros. Entre todos los bares que tiene, ¡a alguien tendrá disponible! Además, hoy todo el mundo está aquí, el resto de Estocolmo está muerto. Te lo digo porque acabo de llamar a Il vecchio Lume: ¡está vacío gracias a vosotras!

Pero Blanca dudó en seguir los consejos de Andrea, precisamente eso es lo que no quería hacer hoy, llamar a Einar. Él ni siquiera había tenido la decencia de preguntar por ella, o pasarse por ahí para ver cómo iban las cosas. Algo que, sabiendo lo desconfiado que era, le escamaba bastante. Pero si no había creído preciso molestarla en el día de su inauguración con su presencia, no quería interrumpirle ella en su ajetreada agenda.

–Prefiero no hacerlo… –respondió Blanca.

–Hazlo, le gustará oírte. Hoy ha debido ser para él también un duro día de trabajo… –respondió Andrea, abandonando a Carmen en la difícil tarea de qué pedir para el día siguiente.

–¿Por qué? –Quiso saber Blanca, ya que desde que había abandonado la inmobiliaria, apenas se había molestado en saber cómo iba las negociaciones con Trebelent.

–¿No lo sabes? ¡No me lo puedo creer! ¿Y tampoco te lo ha dicho Einar? Sois increíbles; ¿de qué habláis cuando estáis a solas? Bueno, olvida lo que te he dicho, prefiero no saberlo… Simplemente me parece raro que no sepas aún que tu novio se ha comido con patatas a Christopher Hansson. Se ha asociado con otras dos inmobiliarias finlandesas y le ha arrebatado el puesto. *Bianca*, nuestro Lönnberg se ha colado en la lista de los cien hombres más ricos de Europa. *Caprone!* ¡Es por eso que ha aparecido en todas las revistas como el soltero de oro! ¿No lo has visto? Es toda una gran noticia: David ha vencido al gigante Goliat. Tiene gracia pensar que nuestro amigo empezó poniendo copas en un bar, ¿no crees?

La explicación de Andrea encajaba con ese inesperado interés de la prensa por publicar a los cuatro vientos toda la información que tuvieran de Einar. Antes, apenas nadie sabía de su adicción al juego, ahora todos lo criticaban por ludópata y mujeriego. Sin embargo, era la envidia lo que les hacía hablar mal de él.

¿Por qué Einar no había querido que Blanca se enterase de su suerte en los negocios? En realidad, cuando coincidían juntos en su casa, era siempre ella la que hablaba. Y últimamente, el Spanish Cooking era su único tema de conversación. Seguramente por eso no había querido quitarle el protagonismo en sus veladas. En ellas él siempre terminaba sorprendiéndole con algún detalle insignificante para hacerla sonreír, incluso en los días más difíciles.

Así que, pensándolo mejor, decidió coger el teléfono y llamarlo. Después de todo, el local también era suyo, y había que agotar todas las posibilidades para dar el mejor servicio.

–¡Estoy ahí en quince minutos! –dijo Einar nada más descolgar el teléfono, oyéndose de fondo el particular sonido del motor de su coche a toda velocidad.

–¡Está bien, pero no hace falta que corras! –le aconsejó Blanca en un tono muy maternal. Sin embargo, le hacía ilusión saber que quería llegar pronto para verla y compartir con ella ese momento.

Einar escuchó entonces la voz emocionada de Blanca informándole de todo lo sucedido hasta entonces:

–¡Lo sabía! –interrumpió con ese espontáneo grito de júbilo, golpeando el volante del Maserati que iba a casi doscientos por hora por la autopista. Sabía que la gente respondería a su llamada, que sería un tremendo éxito, y

que Blanca podía asumir el reto de dar de comer a casi toda una ciudad–. ¡Estoy muy orgulloso de ti, pequeña! –añadió a continuación. Hablaba su corazón, no podía ser de otra manera. Él, más que nadie, sabía cómo había cambiado esa niña que se estrelló contra un tótem de folletos el primer día que se conocieron.

Blanca sintió cómo le temblaban las piernas. Hoy se había dicho que no lloraría, pero, Einar iba a hacer que rompiera de nuevo su promesa. Él la conocía como si fuera un libro abierto, y sabía que sus palabras para ella no caían en balde.

–Gracias. Pero no vayas tan rápido, porque a lo mejor te equivocas. No soy tan buena como tú quieres hacerme creer.

–¿Por qué dices eso? –Einar seguía pensando que el principal problema de Blanca era su concepto de sí misma.

–Tenías razón en todo. Vamos sobrepasados, voy a necesitar refuerzos. ¡Y ya no tengo a nadie más a quien llamar!

–Me tienes a mí. ¿Cuántas personas necesitas? –preguntó Einar muy sonriente, todo iba según lo previsto.

–No sé. Cuatro, ¿cinco? ¿Doce? La gente lleva trabajando desde las once, son más de seis horas seguidas. Tengo que ir dándoles un descanso y…

–¡Tranquila! Allí estarán.

Veinte minutos más tarde, Einar llamó a la puerta trasera del Spanish Cooking, dejando pasar primero a siete chicos uniformados que fueron directos a hablar con Blanca. Después de darles las debidas instrucciones y sentirse un poco más aliviada, se acercó a un Lönnberg concentrado en la pantalla del ordenador que había en la entrada.

–Di una cifra… –le pidió Einar todavía sin fijarse en ella, tecleando en el programa de contabilidad que tenían abierto.

–¿Qué? –preguntó Blanca sin saber muy bien de qué hablaba.

–¿Cuánto crees que vamos a hacer de caja hoy? –El brillo de la pantalla sobre la cara de Einar le daba un aspecto malvado. Estaba hipnotizado por aquellos números que le daban la bienvenida.

–No lo sé; mucho, supongo… –y mientras le respondía, se quedó mirándolo fijamente. Sus alargados dedos se deslizaban rápidos sobre el teclado, estrujando todos los datos que podía obtener de aquel sencillo programa. En momentos como esos Einar Lönnberg daba mucho miedo, por eso Blanca tardó unos segundos más de la cuenta en preguntarle finalmente

lo que quería saber–. Mmm, dime una cosa: ¿los habías contratado tú? Me refiero a los chicos que has traído, los que acaban de entrar contigo–. Blanca no reconocía a ninguno, no le sonaban sus caras de haberlos visto en los bares de Einar.

–Sí, bueno. Lo hice por si hacían falta. ¡Siempre hay que guardarse un comodín en la manga!

–Ya, claro. Me había olvidado de con quién estaba hablando… –dijo Blanca, de nuevo asqueada por la actitud de Einar.

Si como jefe era un tirano, como socio era demoledor, no dejaba opción alguna a réplica. Por eso su comportamiento había vuelto a enojarla: nunca confiaba en ella plenamente. No creía en su capacidad de llevar ese sitio, ni de manejar aquella situación. Como si ya tuviese la idea preconcebida de que todo eso le iba demasiado grande desde un principio, o al menos esa era su impresión. Si no era él, era Andrea, pero siempre había alguien detrás para asesorarle. Al principio se sintió agradecida por ello, pero ahora le molestaba seguir siendo tan pequeña ante sus ojos.

Además, había entrado ahí como un rayo, y ni tan siquiera le había dado la enhorabuena. Ni la había saludado, ni le había dado un beso, ni una mirada. ¡Nada! Toda su atención se la había robado la recaudación del día. Si bien es cierto que, con aquellos números, era para estar dando saltos de alegría. Pero ella era feliz por otras muchas cosas…

–*Money makes the world go round, the world go round, the world go round…* –comenzó a cantar Blanca para que la oyese, dejándolo a solas con sus cuentas, siendo por un breve instante el hombre más dichoso del mundo sin nadie más a su lado.

Para sentirse un poquito mejor después de aquel bocado de realidad, fue a atender a una mujer que parecía necesitarla. Al parecer su hijo quería comer una hamburguesa, y en el Spanish Cooking no tenían nada parecido en la carta. Blanca iba a disculparse un segundo para hablar con Carmen y ver qué podían hacer, pero pensándolo mejor, preguntó al pequeño si quería ver con ella la cocina. El niño dijo inmediatamente que sí, y la acompañó muy expectante mientras su madre les seguía con la mirada después de haberle dado permiso a Blanca para marchar con él.

A la jovencísima gerente del Spanish Cooking se le hizo un pequeño nudo en la garganta al coger a ese niño de su manita: a pesar de su deseo de ser madre, el destino no parecía querer brindarle todavía una oportunidad

para serlo. Ya en el interior de la cocina, Carmen se acordó en seguida de su hijo al ver a aquel niño, y abandonó un segundo sus quehaceres para escuchar lo que le pedía con una tierna vocecita que apenas le salía del cuerpo. Blanca hizo de traductora simultánea, y mensajera de buenas noticias.

–Mi amiga dice que, aunque no tenemos hamburguesas, te va a hacer una especial para ti… –le explicó al niño en sueco, mientras juntos veían cómo Carmen sacaba de la cámara frigorífica un bol con carne picada. Era la masa de las albóndigas para mañana, pero le servía estupendamente para hacer una improvisada hamburguesa con forma de Mickey Mouse.

Cuando la madre de aquel niño lo vio salir de la cocina, lucía una sonrisa de oreja a oreja, y la llamaba feliz para que lo viera cómo llevaba él mismo su plato. No le faltaron cámaras y móviles para hacerle una foto. ¡Estaba monísimo vestido de camarero! Hasta le habían puesto una pajarita, que "alguien" había encontrado en su bolso. El niño no tardó en lanzarse a explicarle a sus padres y hermanos que había visto hacer, casi por arte de magia, aquella hamburguesa superespecial. Y todo gracias a una señora rubia que se escondía entre los fogones de aquel sitio, que, como Cenicienta, era muy guapa y muy buena. ¡Y es que nadie podía competir con estas heroínas de cuento!

Después de aquel emotivo paréntesis, Blanca volvió a su puesto, pero al pasar por el patio interior vio de refilón a Einar detrás de la barra. Se había quitado la chaqueta, y con las mangas de la camisa remangadas, le estaba indicando a uno de los camareros a qué mesa debía llevar la bebida.

–¿Qué estás haciendo? –le dijo cuando estuvo a su lado, echando por casualidad un vistazo al interior de aquella barra–. ¡Dios mío! ¿Qué ha pasado aquí? –exclamó de repente. Aquel sitio estaba hecho un desastre. Había miles de copas sin lavar, y platos con restos de comida. Ella misma sabía muy bien que nada de eso se podía consentir, por mucha gente que hubiesen tenido esa mañana.

–Me he tomado la libertad de despedir al chico que tenías aquí… ¡menudo figura estaba hecho! –le dijo mientras estaba enjuagando los vasos a gran velocidad y metiéndolos él mismo en el lavavajillas–. En seguida viene alguien de confianza, mientras me quedo cubriendo el puesto. Aprovecha y descansa un rato.

–¡Pero no hace falta! Me pongo yo. Tú también has tenido un día duro –le respondió Blanca intentando sacar a Einar de allí sin ningún éxito. ¡Menudo fallo! No se sentía muy cómoda sabiendo que había tenido que venir él allí para darse cuenta de todo aquello.

–¿Ya te lo han dicho? –le preguntó él con esa conocida sonrisa de triunfador, todavía no había perdido ni un segundo de su tiempo para mirarla. Había llenado el lavavajillas y ahora pasaba una bayeta por toda la barra, dejando de nuevo brillando el barniz de esa madera.

–Sí, desde luego. ¡Eres el sueco de moda! –Einar seguía moviéndose con mucha rapidez detrás de aquella barra mientras Blanca lo miraba. En nada ya estaría todo limpio y ordenado, ¡qué máquina!

–Y aquí me tienes, trabajando… –le contestó mientras intentaba poner en orden las comandas atrasadas, puesto que hacía más de diez minutos que tenían que estar esas bebidas en las mesas. Por eso, mientras las preparaba, decidió no cobrarlas.

–Einar… –le llamó Blanca absorta en esa destreza conseguida con los años.

–¿Sí? –Levantó la vista por fin. Unos preciosos ojos azules, casi grises, la miraron.

–Gracias –tuvo que decir– por todo…

–Gracias a ti siempre, Blanca –contestó Einar, y le dedicó la mejor de sus sonrisas.

Por la noche todo fue rodado: aunque más cansados, eran ya todos unos expertos frente a las adversidades. Blanca ya sabía cómo había que distribuir el trabajo, quién era mejor haciendo qué y desenvolviéndose mejor cuando pasaba alguna incidencia.

Satisfecho del resultado, Einar ya se había puesto la chaqueta de nuevo y pensaba despedirse de Blanca cuando esta lo miró suplicante:

–¿Qué pasa ahora? –le preguntó de buen humor.

–Me acaban de decir que, en el aseo de señoras, una de las puertas se ha atascado y hay una mujer dentro pidiendo ayuda, ¿podrías ir tú? Es que no tengo a nadie más libre, y no veo a Andrea por ninguna parte.

–¡Andrea se fue hace media hora…! –le dijo con hastío, quitándose la chaqueta delante de ella mientras le clavaba su mirada heladora. Einar quería dejarle bien claro que hacía aquello a disgusto, y le arrojó la

chaqueta tapándole intencionadamente el libro de reservas y demás papeles que tenía encima del mostrador.

Blanca lo vio caminar hacia el baño con paso lento pero decidido, luciendo con ese porte tan lönnbergiano su escultural figura a través de su camisa blanca y sus pantalones de pinzas. No era el momento más adecuado, pero quizás el cansancio le hizo fijarse en su bonito trasero mientras se alejaba. ¡Desde luego, no tenía desperdicio!

Ya en el baño, y rodeado de mujeres que en seguida lo reconocieron, Einar tuvo sus minutos de gloria al conseguir abrir esa puerta a base de golpes. Después, con el hombro aún dolorido, tuvo que aguantar el peso de la oronda señora que se había quedado encerrada, pues esta casi se desmaya al conocer la identidad de su rescatador.

–Einar Lönnberg, ¡el soltero de oro! –Nuestro chico sonrió a sus fans, se hizo fotos con ellas y hasta firmó autógrafos. Pero no tardó en buscarse una excusa para salir de allí despavorido. Lo suyo no era la fama.

–¡Me voy! –le dijo a Blanca, entregándole en la mano un trozo de papel doblado.

–¿Qué es esto? –Quiso saber Blanca abriendo con cuidado el papel meticulosamente plegado.

–¡No lo abras todavía! Es mi predicción para esta noche… creo que voy a tener que poner una caja fuerte en este local. Ya hay demasiado dinero al alcance de cualquiera en este restaurante. –Y cuando Einar dijo aquello sintió un escalofrío que consiguió erizar el vello de su cuerpo. Era la noche perfecta para salir de allí con ese buen fajo de coronas en el bolsillo y echarse una mano a las cartas. Pero ahora que había saldado todas sus deudas, no iba a volver a cometer el mismo error, aunque la tentación le estuviera haciendo pasar un mal trago–. No tardes mucho, Blanca, ¡te esperaré despierto…! –murmuró a su oído cuando se iba, acariciándole la mejilla con ternura.

Realmente la necesitaba cada vez más a su lado para no recaer. Con ella era más fácil hacerse fuerte frente al juego.

Después de aquello, Blanca se quedó con ganas de irse detrás de él y besarlo, porque de repente parecía muy abatido por el cansancio. Aunque a veces le sacase de quicio, estaba muy agradecida por todo lo que había hecho por ella. No se merecía que le odiase, ni tan siquiera un poquito. ¡Y mira que lo había intentado! Pero era superior a sus fuerzas, estaba

completamente enamorada de él. Por mucho que le advirtiera su amiga Carmen, no había nada que hacer.

Sus ojos lo siguieron hasta la puerta, donde pudo verlo saludar a una chica despampanante que acababa de entrar. Un momento, ¿esa cara? Le resultaba familiar, la había visto en alguna parte. ¡Sí, claro! En la revista de esta mañana. Era una de las modelos que habían salido con él hacía años…

–¿Habría alguna posibilidad de que nos hicieras un hueco o tenemos que darnos media vuelta? –La voz de su hermana hizo que Blanca perdiese de vista a Einar y su nueva compañía.

–¡Violeta, qué alegría! –Estas últimas semanas había estado tan liada con lo del restaurante que ni siquiera la había llamado para preguntar cómo se encontraba. Ya se le veía la carita algo más redonda, y había perdido la cintura hacía tiempo. Tenía el pelo brillante, con un rizo precioso, que adornaba con elegancia esa tranquilidad que transmitía su rostro. Blanca siempre había pensado que Violeta era la hermana más guapa, pero ahora estaba insuperable. A su lado, y poniendo una mano encima de su hombro, sonreía Casper. La viva imagen de un marido afortunado. Después de todo, había tardado en conseguirlo, pero ya tenía la familia que deseaba–. ¡Pues claro que os puedo buscar una mesa! ¿Cómo no? Un segundo que me organice, y en seguida estoy con vosotros. Mientras, asomaos al patio, le diré al chico que os ponga un Ribera del Duero que tenemos buenísimo… –respondió Blanca, y se adelantó para hablar con su maître.

–Si es mucha molestia, olvídalo, Blanca –respondió Violeta mientras seguía a su hermana, admirando la maravillosa ambientación del local. Habían tenido muchísimo gusto al elegir la combinación de los muebles, ¿quién habría sido su decorador? Ella necesitaba algo así para su consulta–. Ya volveremos otro día con una reserva. Pero es que, sinceramente, no creía que fuera a ser necesaria. Menudo éxito, ¿no? Habéis conseguido que media ciudad se pase por aquí, al menos para veros. ¡Enhorabuena, hermanita! –le dijo apretando la mano de Blanca, como queriendo despertarla de un sueño que se había hecho realidad ante los ojos de todos.

La mesa de la hermana de Blanca fue de las últimas en recogerse aquel día. También porque ella quiso hacer de excelente anfitriona, agasajando a Violeta y a su marido con un surtido de lo mejor que había en la carta, obligándoles después a elegir entre sus dulces preferidos. Ya le habían puesto el sobresaliente cuando apareció con una botellita de vino dulce de

Málaga para él, y una muñequita flamenca para ella, réplica exacta de la que había en la fachada del restaurante. Con estos pequeños detalles quería asegurarse de que el informe que les llegase a sus padres fuera el que merecía después de tanto esfuerzo. Su padre debía saber que, esta vez, el Spanish Cooking no era ningún chiringuito a pie de playa.

–Que descanses, Violeta. ¡Y cuídame mucho a ese pequeñín! –le dijo Blanca acariciando la barriga de su hermana cuando estaban ya en la puerta, a punto de salir de allí.

–Buenas noches, Blanca. Ha sido una cena estupenda, de verdad. No lo digo por quedar bien. Me ha gustado todo: el servicio, la comida, el sitio. ¡Hasta el precio! Dale también la enhorabuena a Einar de nuestra parte, la verdad es que os hemos visto por Internet y hacéis una pareja estupenda–. Y después de ver la cara de extrañeza de su hermana, Violeta añadió–: ¿No lo has visto? ¡Pero si estáis por todos lados!

Blanca vio cómo su hermana sacaba el móvil del bolso y, después de dos enlaces aprendidos, llegó a la foto deseada. Violeta puso el móvil en horizontal antes de enseñársela, porque quería que la viera bien. Hasta ella misma reconocía que aquella imagen robada se parecía muy fugazmente a *El beso* de Robert Doisneau.

–¡Dios santo, pero si somos nosotros! –exclamó Blanca quitándole el móvil de las manos a su hermana para verse mejor. Nunca le gustaban las fotos que le hacían, el dibujo de la flamenca lo odiaba precisamente por eso mismo, porque se parecía demasiado a ella y no se consideraba fotogénica. Sin embargo, aquel beso que protagonizaba junto a Einar era para enmarcar y ponerlo en la cabecera de su dormitorio. ¡Qué imagen más bonita de ellos dos besándose!

Recordaba muy bien aquel momento: Einar la había vestido con su chaqueta y, sujetándola por los hombros, la besaba en el callejón detrás del restaurante. ¡Eso había sucedido la noche anterior! El avispado fotógrafo que había captado aquella instantánea se debía de haber tirado al suelo para obtener aquella preciosa perspectiva, de otra forma no habría podido captar desde el suelo empedrado que tenían a sus pies, hasta el arco que había sobre sus cabezas. En esa foto, además, se veían muchas más cosas para su hermana Violeta. En ella había una chica totalmente entregada a la protección de aquel hombre, y que aquello fuera tan evidente, le daba

mucho miedo. Pero de nuevo, como al principio de esta historia, prefirió callar.

–Ha sido una decepción para todas las suecas saber que el soltero de oro ya no está tan libre como se decía en un principio. ¡Ahora, ten cuidado, hermanita! Pueden empezar a salir lagartas por las alcantarillas… –Y solo después de aquel comentario malintencionado, Blanca se acordó de la amiguita que Einar se había encontrado en la puerta del restaurante. Después no la había visto más. ¿Se habría ido con él?

Blanca terminó el día agotada, al igual que el resto, pero muy feliz. Fueron veintiocho mil quinientos treinta y cinco euros al cambio, y cuando desplegó la hoja que le había entregado Einar, hasta le dolió haber hecho esa cifra. Él había escrito, con su letra tan característica, alargada y ligeramente inclinada hacia la derecha: “veintiocho mil quinientos treinta euros, ¡no coronas, Blanca!”.

–¡Eres odioso, Einar Lönnberg! –gritó mentalmente, pero en realidad se moría por estar en su casa, durmiendo junto a él en esa cama con vistas a los tejados de Estocolmo.

OceanofPDF.com

Capítulo 20

Un regalo inesperado

Uno, dos, tres, catorce
Turn it up loud, captain…

A la mañana siguiente, la voz de Bono despertó a Blanca de un brinco. ¿Dónde estaba? ¿Qué había pasado? Se sentía tan aturdida por aquella música a todo volumen que, cuando atinó a incorporarse un poco, se cayó de culo del taburete donde se había quedado dormida.

–¡Oh, no, qué dolor! –La intensidad de la canción iba en aumento, y ella lo escuchaba tan cerca de su oído que era como si U2 estuvieran haciendo un concierto en el mismísimo salón de la casa de Einar. Debería de tener fuerzas para levantarse del suelo y correr hacia el equipo de música para desenchufarlo por completo, pero estaba tan arrepentida del estado en el que se encontraba que se quedó sollozando acurrucada sobre sí misma mientras Morgana le lamía la cara.

Hello, hello –¡Hola!–
We're at a place called Vertigo –¿Dónde está?

Le decía la canción a Blanca. Ella permanecía en el suelo escuchando la letra seminconsciente, traduciendo cada vez mejor el significado de esa letra en su propia experiencia vital. El vértigo estaba allí, en el salón de esa casa. El mismo que había sido testigo de su primera noche de amor en Estocolmo. También estaba en el Spanish Cooking, en su relación con Einar, en ella misma sin ir más lejos. Vértigo por no poder controlar todo lo que le estaba pasando en ese momento, por sentirse como llevada por la corriente desde que conoció a Einar. Por no saber gestionar su propio éxito, por no ser feliz con lo que tenía…

Se quería morir, en una palabra.

Pero no era precisamente por la resaca. Aquello lo lamentaba de veras, pero podía sobrellevarlo. Lo que no podía soportar era recordar esa mirada desaprobatoria de Einar después de abrir la puerta de su casa de madrugada y verla ebria farfullando cosas sin sentido.

–Mmm… –La cabeza le iba a estallar. Reconocía tan bien esas migrañas que en seguida se acordó de todo lo que había pasado la noche anterior, y de por qué se había quedado dormida encima de la barra abrazada a una botella de vodka.

De repente, unas terribles ganas de vomitar hicieron que se levantase como un resorte y atravesara la casa hecha un rastrojo humano para acabar de bruces en el baño. Agarrada a la taza del váter (su mejor amigo esa mañana), estaba echando por la boca todo lo que había comido el día anterior, menos el sentimiento de culpa por haber dudado de Einar. El sabor de la bilis en su garganta no era mucho mejor que el de sus remordimientos al revivir todo lo sucedido.

Anoche llegó a casa totalmente emocionada. Einar le había dicho que la esperaba despierto, de manera que, aunque fuera ya muy tarde, seguro que habría un buen recibimiento por su parte. Por fin todo encajaba en su vida, volvía a recuperarse de aquella racha malísima en la que no sabía qué hacer y solo daba vueltas sin rumbo por la ciudad. No podía ser más afortunada… y ella no hablaba de beneficios económicos, sino sentimentales. Con Einar a su lado se sentía capaz de hacer frente a todo.

–¿A que no sabes cuánto hemos hecho al final? –preguntó Blanca nada más llegar, elevando su voz, pensando que al llegar a casa tendría a un Einar con ganas de fiesta esperándole frente a la puerta. O un sendero de velitas que la llevarían al dormitorio, o a la piscina, donde poder terminar aquella larguísima jornada como se merecía.

Le dolía el cuerpo entero de estar todo el día de pie, y necesitaba un masaje en la espalda para quitarse esa tensión acumulada. Esos serían los deberes para esta noche de su sueco preferido. No escuchó nada, ni tampoco veía a nadie salir de ningún sitio, pero entonces imaginó que posiblemente Einar estuviera ya en la cama haciéndose el dormido. ¡Había leído tanto sobre ello, que podía cambiar el final del día de mil y una formas con tal hacerlo extremadamente romántico!

Se quitó los zapatos, dejándolos olvidados en el pasillo. Y, tras haber oído su familiar taconeo, Morgana acudió en seguida a recibirla, con los

maullidos típicos de una gata hambrienta.

–¿Einar? –preguntó en voz alta, sin obtener más respuesta que unos ojos felinos que la miraban con desesperación. Si su gata estaba así, es porque no había pasado por casa en todo el día.

Abrió una de las tarrinas de comida húmeda que más le gustaban a Morgana y a la vez que acariciaba su suave pelaje mientras comía ávidamente se fue quitando las pinzas que sujetaban ese moño que había llevado todo el día. Al final, Einar lo había conseguido. Había decidido regalarle a su novio ese *look* a lo Robert Palmer que tanto le apetecía ver. Blanca empezó a pasar sus dedos por los mechones de su cabello mientras pensaba. Entonces, la revista que llevaba en el bolso se cayó al suelo por su propio peso. Abriéndose precisamente por la página donde aparecía aquella chica que se había hecho la encontradiza en la puerta del restaurante cuando Einar salía. ¡Oh, mira tú, bendita casualidad!

Blanca cerró los párpados, ¡no podía ser! Otra vez no.

Se fue de la cocina muy agobiada, iba a romper a llorar solo por lo que su imaginación le estaba proyectando cuando se encontró de frente con la barra de Einar. Repleta de bebidas que parecían llamarla. Y, sin más, se puso a beber. Una copa detrás de otra. Hasta que cogió finalmente la botella de vodka, para borrar de una vez esa imagen en aquel espejo. Odiaba a esa chica, ¡era tan inocente, tan estúpida!

Tres horas más tarde, llegó Einar a su casa.

Había saltado una alarma contra incendios en uno de sus locales, y, aunque se había evacuado el recinto por completo sin apenas heridos, solo algún rasguño sin importancia, quería saber lo que había pasado exactamente. Por eso cambió su destino una vez montado en el coche; porque él no creía en aquel tipo de falsas alarmas.

Acompañado por una pareja de expertos bomberos, se pusieron a investigar a esas horas de la madrugada qué habría provocado el accidente, ya que lo único que olía a quemado allí era la cabeza de Einar. Él sabía que tenía enemigos, cada vez más. Gente a la que no le gustaba que tuviera tanta suerte en los negocios. Personas que tenían muchos locales como él y que habían dejado de facturar tanto desde que se había creído el mecenas de la restauración.

Así que cuando Lönnberg llegó a su casa lo último que esperaba encontrar allí era a una chica completamente borracha, que ni se ponía tener

en pie en una silla y le pedía explicaciones de dónde había estado y con quién.

Aquella noche Einar se dio cuenta de su error, de lo mucho que se le había ido su plan de las manos. Blanca no era una ficha más en el ajedrez de su vida. Era una mujer emotiva, enamorada, que se había encontrado de nuevo a sí misma gracias a él, pero que podía volver a perderse muy fácilmente. El problema estaba en la base, en los cimientos sobre los que esa chica quería levantarse una y otra vez. Y él no podía arreglar ese problema que tenía de fondo, y del que su hermana Rosa quiso advertirle aquella vez de camino al aeropuerto.

–¿Y es que tú no te ves guapa, Blanca? –le preguntó después de conocer el porqué de su extraño comportamiento–. Mírate a ese espejo, cariño. Blanca, tú eres la única persona aquí que se corta las alas. Ya te lo dije en su día, tú no eres ni mejor ni peor que esas chicas, ¡eres Blanca Blanes! Y solo cuando estás a gusto contigo misma resultas deslumbrante…

Blanca lo miró. Estaba muy serio y enfadado, tenía el cuello de la camisa abierto y agarraba con rabia la chaqueta de su traje, enseñando cada vez más los nudillos de su mano derecha.

–Tienes razón, Einar. Soy una borracha… –murmuró muy triste y decepcionada consigo misma, con la vista fija en el suelo, incapaz de seguir mirándolo.

–Y yo un jugador empedernido que abandonó a su hija pequeña, no te martirices, Blanca. Nadie es perfecto… ¡ni siquiera Dios! –le dijo quitándose por fin la corbata. Había sido el mejor y peor día de sus vidas en pareja hasta ahora.

–Tú ya no juegas después de aquello, pero yo sigo bebiendo. Y acabo de darme cuenta… –confesó Blanca, viéndose convertida en un monstruo ante los ojos de Einar.

–Yo ya no juego porque tú duermes conmigo. Pero ahora es cosa tuya decidir dónde quieres dormir a partir de mañana. –Y después de decir aquella frase tan dura, se fue a la cama. Haciendo que sus pisadas resonasen por toda la casa.

Él quería que Blanca reaccionase al fin y creyera en sí misma y sus posibilidades. Que le acompañase, en una palabra, como había hecho hasta el momento. Pero Blanca no pudo seguirle. Ella se veía demasiado torpe por haberse equivocado con él de aquella manera. Por haber desconfiado,

por haber caído otra vez en la bebida como solución a todos sus problemas. Y aunque no quiso beber más, se quedó allí, apoyando su cara en la fría barra. Prometiéndose a sí misma que no lo volvería a hacer, porque aquello nunca le había llevado a ningún sitio, tan solo sus pies.

Por eso a la mañana siguiente, y después de recordar lo sucedido la noche anterior, Blanca entendió el verdadero significado de las palabras de Einar: solo de ella dependía dar un giro a su vida. Debía cambiar el chip o lo perdería todo. Él no iba a ayudarla más. Se jugaba perder de nuevo el restaurante, una pareja estable, y la felicidad que tanto había ansiado tener.

Morgana dio un salto hacia atrás sobre sus patas cuando Blanca se levantó de repente. ¡Basta de darse lástima de sí misma! Llorando tirada en el suelo del baño no iba a sentirse mejor, ni es lo que pretendía Einar que hiciera al ponerle esa canción para despertarla. El mensaje era claro:

–"¡Vamos, arriba! Tienes un restaurante que abrir y quiero que lo hagas tan bien como ayer, incluso mejor. Yo sé que tú puedes, ahora créetelo tú de una vez, Blanca…" –Eso era exactamente lo que había pensado Einar antes de irse de allí.

Cuando apareció por fin en el Spanish Cooking organizando las mesas para las reservas de esa mañana y dando claras órdenes a todos los camareros, parecía una mujer completamente diferente a la de ayer. Tanto fue así que Carmen salió de la cocina para hablar un segundo con su compañera:

–A ver, déjame que te vea bien… –Carmen se la llevó a una ventana del restaurante, donde llegaban unos tímidos rayos de sol, toda una alegría para los suecos.

Su amiga lucía hoy un conjunto de dos piezas con *blazer* gris marengo de líneas diplomáticas muy elegante. Ese era ahora su estilo, el mismo que había aprendido al trabajar junto a Lönnberg. La blusa de debajo era de cuello *halter* que le sentaba de maravilla con esa coleta alta y su flequillo siempre liso sobre los ojos. Por supuesto que iba muy guapa, pero no era eso lo que Carmen quería ver en la cara de la señorita Blanes, la gerente del Spanish Cooking.

–Mi vida, ¿has llorado esta mañana?

Y Blanca tuvo que coger aire antes de responder:

–Venga, déjame… –Y Carmen se dio cuenta de cómo bajó en seguida la mirada su amiga, zafándose de sus brazos. Se había maquillado deprisa, y

era fácil adivinar unos ojos rojos todavía hinchados–. ¡Tenemos mucho que hacer hoy! Carmen, por favor, quiero que estés muy atenta. Tus chicos se equivocaron ayer un par de veces en las salsas. No te dije nada, porque los clientes no lo advirtieron, pero debemos evitar ese tipo de fallos.

–¡Sí, mi sargento! ¡¡A la orden, sargento Hartman!! –respondió Carmen cuadrándose delante de ella. No le sentaba nada bien que se estuviera metiendo con su equipo, aunque posiblemente fuera verdad que hubiesen metido la gamba. Fueron muchas horas de trabajo, y algunos de ellos eran bastante pardillos a la hora de desenvolverse en una cocina. Pero lo que no podía pasar por alto era el estado en el que se encontraba su amiga. Se la veía muy afectada, más nerviosa de lo normal, preocupada. Volvió a su cocina con ganas de preguntarle qué coño le pasaba ahora, pero conocía a Blanca. Si no quería hablar, no hablaría. Ella sola se lo diría todo cuando ya no pudiese más. Y, mirándola de nuevo a lo lejos, hablando ahora muy seriamente con el nuevo chico que estaba detrás de la barra, chasqueó la lengua. Si ya se lo decía su madre: "¡Donde tengas la olla…!". En fin. Ella lo había aprendido después de tener a David, solo esperaba que su amiga fuese más lista.

El segundo día en el Spanish Cooking fue aún más sorprendente. Mucha de la gente que no se había animado el día anterior a visitarlos, al conocer los comentarios y ver las fotografías que se habían colgado por multitud de usuarios en Internet, se decidieron finalmente a probar esa comida española que decían era tan sabrosa. Aunque para algunos lugareños, donde estuviese un buen plato de *surströmming*, el mundo culinario latino podía esperar.

Hubo también más incidentes que pusieron a prueba la paciencia de Blanca. Se bloquearon un par de veces los datáfonos y las PDA de los camareros de repente se quedaron sin señal.

–Blanca, ¿qué hacemos? ¡No llega ninguna comanda! –le dijo una camarera que había hablado antes con Carmen porque no tenía nada hecho para su mesa.

–¡Vale, tranquila! –le dijo a la chica (y a sí misma también)–. Vamos a volver al papel hasta que consiga arreglar esto, díselo a tus compañeros, ¡y a Carmen! Que a partir de ahora le canten todo lo que tienen que hacer en la cocina, como a la antigua, ¡eso le va a encantar! –Y fue repartiendo libretas y bolis a sus camareros, que estaban repartidos por toda la sala.

Después de llamar al servicio técnico, que le dijo que vendría con urgencia, ya creía que había vuelto a dominar la situación cuando vio entrar a Einar por la puerta del restaurante junto a seis hombres más.

–Tenemos una mesa reservada –le dijo en sueco después de mirarla de arriba abajo y sonreír satisfecho por su refrescante nueva imagen, como también lo estaba de una sala llena hasta los topes (otra vez).

Blanca se quedó un poco pillada. ¿Una reserva? Si hubiese una reserva a su nombre ella lo sabría. Sin embargo, a esa hora solo estaba cogido el reservado del interior a nombre de un tal Zacarías… ¡Berg!

–Einar Zacarías Lönnberg. ¡Un placer! –le dijo extendiendo su mano y dejando ver su conocido reloj abrochado en la muñeca derecha.

–¿Te llamas Zacarías? ¡Vaya! Nunca me dejas de sorprender, ¿eh? –le dijo estrechando su mano con una amplia sonrisa, momento que aprovechó él para besársela con suma delicadeza.

–Me alegra verte así de guapa y sonriente en tu puesto de trabajo, Blanca. Debes de haber tenido un bonito despertar esta mañana… –Y guiñándole un ojo se fue hacia los caballeros, que ya le estaban esperando para comer.

Blanca volvió a mirar su libreta para ver de nuevo ese nombre apuntado: Zacarías Berg. La letra era la suya, así que ella misma había hablado con él, pero no lo había reconocido. ¿Por qué habría hecho eso? Entonces recordó que aquel hombre, Zacarías, le había parecido un anciano muy pesado por teléfono. Le había costado entender su sueco cerradísimo, pero finalmente había comprendido que lo que él quería era comer con sus amigos del ejército en el reservado para estar más tranquilos y contar sus batallitas. ¡Qué tonto era! Seguramente se habría reído un buen rato después de hacer aquella llamada. Esa había sido una prueba más de Einar para comprobar si realmente dominaba el idioma como decía.

Siempre tan desconfiado…

Estuvieron allí reunidos más de tres horas. Aquello debía ser algo más que una simple comida de negocios, seguramente aquellas paredes estaban siendo testigo de un nuevo proyecto de la factoría Lönnberg. ¿Qué iba a abrir ahora el sueco? ¿Un centro comercial? ¿Un *resort*? ¿Un concesionario de coches de lujo?

Ya casi se le había olvidado a Blanca que Einar estaba allí cuando se lo encontró en el pasillo al salir del baño exclusivo para el personal.

–¿Te encuentras bien? –le preguntó mostrándose sumamente educado, hasta el timbre de su voz le pareció afectado. Realmente estaba preocupado por ella.

–Sí, bueno… me duele un poco la cabeza, pero me lo tengo merecido. Voy a hablar con mi hermana, para que me dé el teléfono de un amigo suyo. Creo que es necesario que trate con alguien este tema, tú ya has hecho bastante no echándome ayer de tu casa.

–¿Y por qué habría de hacerlo? ¡Blanca, cada día estoy más impresionado contigo! –Y sacó del bolsillo de su chaqueta un papel doblado que quiso que leyera en ese momento. Aquel folio impreso era una copia de lo que había escrito una chica en su blog, al parecer, una periodista muy influyente. Narraba con gran locuacidad lo bien que habían tratado a su hijo en un nuevo restaurante de comida española que se llama Spanish Cooking. Como siempre sucedía en estos casos, y de no ser por aquellas simpáticas y amables chicas, él no habría probado bocado de aquella exquisita comida. *Una experiencia muy recomendable*, se titulaba el artículo, y lo terminaba con un: *Viva España, ¡olé!*

A Blanca se le llenaron los ojos de lágrimas cuando levantó la vista para devolverle el papel a Einar.

–¡Ey, mi vida, vamos! No te he dejado leer eso para que ahora te pongas a llorar. –Y cogiéndola de la barbilla, siguió diciéndole–: Quiero que sigas enamorando a toda Suecia con esa sonrisa, ¿me has oído? Yo no sabría hacerlo tan bien como tú. ¡Por algo eres mi chica! –Aquella última frase hizo reír a Blanca. Estar unos segundos más con Einar en aquel pasillo era mejor que cualquier terapia.

–Gracias… –dijo sorbiéndose los mocos torpemente y entregándole su folio en la mano.

–¡Quédatelo! Habla de ti, no de mí. Cuélgatelo en algún sitio por aquí donde puedas verlo todos los días, no quiero que se te olvide. Esto es solo reconocimiento a tu trabajo, no al mío. –Blanca asintió, cabizbaja. No quería que Einar la viese más con la cara emborronada de rímel.

De pronto, alguien le llamó al otro lado del pasillo.

–Tengo que irme… –le dijo Blanca casi sin voz.

–Nos vemos. –Escuchó por detrás, mientras se disponía a atender otra nueva incidencia en aquella estupenda mañana.

Ya sin lágrimas en los ojos, y sintiéndose mucho mejor, pudo hacer frente sin problemas a un segundo día en el restaurante. Pasó también el tercero, y un cuarto. Al cabo de una semana, en el corcho que había comprado para colocar la nota de Einar, se podían ver otros tres artículos más que hablaban sobre ellos. Y aunque algunos no fueran tan benevolentes, siempre salían bien parados: "excelente calidad", "un trato exquisito", "muy atentos y amables".

Blanca había decido subrayar en fluorescente todas las frases importantes, esas que algunos días era necesario leer dos y tres veces antes de abrir la persiana.

Al terminar el mes, se le acabaron las chinchetas, y tampoco quedaba parte de corcho libre para colgar algo en él. Todos habían querido opinar, y muy bien, sobre el Spanish Cooking. Hasta venían españoles a verlos, para poder hablar con propiedad de aquel sitio tan comentado. Y aunque la fiebre por comer comida española parecía haberse enfriado, no teniendo una cola esperando en la puerta cada día, seguían llenando sin problemas la sala.

–Tendríamos que darles un incentivo por haberlo hecho tan bien este mes. ¿No te parece? –le comentaba Blanca a Einar una tarde cuando vino a repasar las cuentas del restaurante. Estaban los dos sentados en una mesa al fondo de la sala, camuflándose entre su propia clientela. Él no había comido todavía, sin embargo, solo había pedido un plato de jamón y una copa de vino. Más que suficiente para él, así aguantaría el resto del día, ya era muy tarde para una comida y un poco temprano para la cena. De todas formas, aún no había probado bocado. La copa y el plato seguían intactos junto a su ordenador portátil, al igual que Blanca, que lo observaba divertida. De nuevo el reflejo de la pantalla sobre sus gafas metálicas le daba un aspecto fantasmagórico, como si delante de aquel aparato siempre se convirtiese en un míster Hyde. Estaba tan ensimismado en las entradas y salidas de dinero, que ni siquiera la había escuchado. O eso parecía–. ¡Digo que, si te parece bien, podríamos…! –repitió Blanca un poquito más fuerte.

–¡Darles un incentivo! Ya te he oído, Blanca. –Terminó la frase Einar sin apartar la vista de los números. Al parecer, él no se sentía tan generoso–. Y si empiezas así, ¿qué harás cuando sea Navidad? Las cosas hay que ganárselas, y no todo el mundo se merece aquí un incentivo. –Y levantó la mirada en dirección a uno de los camareros que la semana pasada había

tirado una pila de cajas de botellas de vino de importación–. Yo también quiero unas vacaciones y nunca me las dan, ¡no se puede tener todo en esta vida!

Blanca entendió que no merecía la pena discutir. Había aprendido a dejarle ganar ciertas batallas para asegurarse la victoria cuando realmente fuese necesaria.

Él siguió allí, sin decir mucho más. Inmerso en su mundo de progresiones, impuestos, márgenes, saldos y devengos. Mientras Blanca lo miraba en silencio. Desde que habían abierto el restaurante, apenas coincidían en casa, y ella le echaba mucho de menos. Por eso ella seguía sentada en la mesa junto a él, observándolo mientras pensaba en sus cosas. Algunos días recordaba sus interminables conversaciones en el coche cuando vendían casas; ¿dónde estaba ese buen humor que la había enamorado? La culpa era sin duda del trabajo. Él mismo se obligaba a seguir controlándolo todo como hacía antes, pero cada vez tenía más asuntos que atender, y aunque él jamás fuese capaz de decir tal cosa, era visible su situación de estrés. Blanca podía reconocer todos los síntomas. De nuevo le ardía la boca del estómago, apenas comía, y nunca descansaba realmente.

Sin darse cuenta ninguno de los dos, una niña de apenas tres años se fue andando hacia la mesa donde estaban con una cuchara en la mano. Sus despistados padres, que seguían hablando de cómo distribuir las habitaciones cuando naciera su segundo hijo, tampoco evitaron que su primogénita se alejara tanto. Al llegar junto a Einar, la pequeña, sorprendentemente, le sonrió tendiéndole la cuchara que llevaba en la mano. A ella ese hombre le recordaba a su tío, y no le daba ningún miedo. Einar, un poco impresionado por aquel gesto, dejó un momento sus quehaceres y cogió la cuchara de buen grado diciéndole en su idioma:

–*¡Tack, prinsessa!* –Blanca no podía creer lo que veían sus ojos. ¡Einar intentaba ser amable con una niña!

Después de aquella primera recomendación escrita en un blog femenino, el restaurante había tenido que pedir más tronas, porque la gran mayoría de sus clientes venían acompañados por todos los componentes de su familia: niños, abuelos y hasta un perro lazarillo. (Que había puesto en un serio aprieto a Blanca.)

Así que, muy a su pesar, Einar no había podido evitar que su restaurante se calificase en todos los sitios como *Child Friendly Very Recommended Restaurant*, asumiendo que el Spanish Cooking tenía la imagen que él había elegido, pero el alma proyectada de su actual pareja.

Fue quizás en ese momento, mientras Einar hablaba tranquilizando a unos padres algo culpables por las molestias que hubiese podido causar su hija, cuando una idea estúpida cruzó la mente de Blanca.

"¡Olvídalo!", se dijo un instante después.

Él nunca se dejaría convencer de una cosa así, por mucho que ella quisiera ser madre desde que jugaba con los muñecos Nenuco de su hermana Violeta. Su pequeño bebé era este maravilloso restaurante, que tantas alegrías les estaba dando, así que era mejor no tentar su suerte. Además, Einar era tremendamente desconfiado, y hasta podría malinterpretar que ella ahora le pidiese tener un hijo juntos. Como él le había dicho hacía un momento, no se podía tener todo en esta vida…

Antes de irse, Einar le pidió un último favor.

Después de haber reubicado a Carmen y a su hijo en el barrio de Södermalm, quería volver a realquilar su habitación en el centro, en el piso que había compartido con su hermana Annika y Marisela. Así que antes de poner un anuncio, Blanca debía vaciarla de todas sus cosas. Al parecer, aún quedaban vestidos y trajes en los armarios. (Formaban parte de todo su vestuario de vendedora en la inmobiliaria).

–Madre mía, Einar. ¡No pierdes oportunidad de ganar dinero! –exclamó ella siendo completamente sincera con el sueco.

–¿Hay algo de malo en ello? –le contestó, dándole la espalda. Definitivamente, Einar Lönnberg no tenía remedio.

Al día siguiente Blanca se levantó casi tan temprano como Einar para volver a pasear por su antiguo barrio, y esperando que alguna de las chicas estuviera en casa, desayunar con ellas antes de volver a encerrarse un día más en el restaurante.

Marisela estaba a punto de estrenar el musical, así que solo llegó a tiempo para verla salir por la puerta de casa. Ella, tan efusiva y cariñosa como siempre, le explicó que, aunque le hubiese encantado acompañarla para desayunar y hablar un ratito, marchaba ya hacia el teatro. Los ensayos eran todo el día, con apenas media hora de descanso para las comidas. Este

trabajo era muy diferente al de actuar en la tele, pero cien mil veces más gratificante, según ella.

–¡Me alegro muchísimo por ti, Marisela! Estoy segura de que lo vas a hacer genial. Muy pronto vas a volver a ser toda una estrella, ¡ya lo verás! –Marisela besó a su amiga mientras la abrazaba con todas sus fuerzas. Como le pasaba a Blanca, a veces también ella necesitaba oír esas palabras de ánimo que ayudaban a seguir adelante.

–Te quiero, ¿lo sabías? –Y ante la espontánea confesión de Marisela, la pequeña Blanes sonrió sintiendo como aquellas palabras le llegaban al corazón. Algo que era tan fácil de expresar entre ellas como amigas, costaba un mundo de decir con Einar.

Finalmente, Blanca subió a su piso, y abriendo la puerta preguntó un par de veces por Annika, pero nadie respondió. Solo salió a su encuentro un *bulldog* francés, al que, a pesar de su fatigada respiración, se le notaba muy alegre por su presencia:

–¡Luna! –exclamó la española también muy contenta por verla, agachándose en seguida para acariciarle el lomo y detrás de las orejas. Ya no se acordaba de aquella perra que roncaba como si fuera un hombre enfermo en la habitación de al lado.

–Buenos días –dijo Annika en voz baja, saliendo de su dormitorio por fin para recibirla. Vestía tan solo una camiseta de Ramones que no era suya, lo cual hizo comprender a Blanca que estaba acompañada.

–¡Lo siento! Puedo venir otro día, si quieres –le dijo Blanca a su amiga.

–¡Tranquila! –respondió Annika levantando la mano, rozando un mechón de su larguísimo pelo albino–. Duerme como un lirón hasta el mediodía, es músico.

Blanca sonrió sin más. De alguna manera se sentía feliz sabiendo que sus excompañeras de piso también lo eran.

–¿Tú crees que cabrá toda esa ropa en su piso? –preguntó Annika después de que Blanca abriera las puertas de los armarios y comprobase toda la ropa que había dejado olvidada–. Sé que mi hermano también es coleccionista de trajes, aunque siempre parezca que lleva los mismos…

–La verdad es que, aunque no te lo creas, Einar es extraordinariamente generoso con el espacio. Creo que yo he ido invadiendo poco a poco todos sus cajones, y aún no me ha hecho ningún comentario –respondió Blanca mientras se ponía a revisar, uno por uno, todos aquellos conjuntos. Muchos

de ellos pensaba venderlos de segunda mano, algo que aquí estaba a la orden del día.

Annika soltó una carcajada, aquella confesión de Blanca sobre la intimidad de su hermano no se la esperaba:

–¡Como tú dices, no me lo creo! ¿Einar Zacarias Lönnberg generoso en algo? –preguntaba retóricamente mientras se probaba una chaqueta de cuero de Blanca.

–Sí, así es mi Zacarias. ¡Toda una caja de sorpresas! –Y mientras tiraba espantada un vestido horrible que no recordaba haberse comprado nunca, se contagiaba de la risa fácil de Annika. No era muy usual verla reírse así, tan abiertamente, y era agradable escucharla disfrutar de aquellas confidencias de pareja.

–¿Puedo decirte una cosa? –le preguntó Annika a Blanca una hora después, casi a punto de despedirse, cuando ya habían decidido las dos que jamás volverían a comprar ropa a solas en las rebajas.

El tono que había utilizado su casi cuñada parecía de confesionario, así que Blanca, abriendo sus grandes ojos marrones, la instó a continuar:

–¡Pues claro, dime!

–¿Te acuerdas el primer día que nos vimos? En el mercado…

–¡Sí, por supuesto! –le cortó en seguida Blanca. Todavía tenía muy vivo aquel recuerdo.

–Pues bien, si alguien me hubiese dicho entonces que esa chica que lloraba como una magdalena iba a ser la pareja más estable que mi hermano ha tenido desde que se casó, jamás le hubiese creído. Lo siento, Blanca. Pero es así. Tú eres todo corazón, y él es todo cerebro. No hay un término medio entre los dos, no sé cómo podéis llevaros tan bien. ¡Porque sé que es así, yo también leo las revistas!

–Sí, bueno. Yo tampoco me lo explico. Al principio, él ni siquiera me gustaba –confesó Blanca, viéndose de nuevo frente a él, en aquella primera entrevista en la inmobiliaria.

–¿Y qué se supone que vas a regalarle hoy en su cumpleaños? ¿Qué se le regala a un hombre que lo tiene todo en esta vida? –Quiso saber la hermana de Einar inocentemente, pensando que Blanca sabría la fecha exacta en la que nació su novio.

–¿Qué? –saltó ella muy asustada. No se esperaba para nada aquella última pregunta. Aunque claro, tenía su lógica. Si pasaban los días, y hasta

los meses del año junto a Einar, en alguno de ellos caería su cumpleaños. Pero no era algo en lo que hubiese pensado hasta ese momento, ni tampoco parecía ser de mucha importancia para él, ya que nunca lo había mencionado.

Menuda catástrofe. ¡Aquello era horrible! Einar había conseguido que Michael Bublé le dedicase una canción el día de su cumpleaños, ¿cómo iba ella a mejorar eso? ¿A quién debía llamar para que viniera a cantarle a Einar? ¿A Madonna?

Blanca volvió al restaurante con una nueva preocupación. No bastaba con comprarse un picardías y servirle una cena a base de fresas y champán. Tenía que ser algo que le sorprendiera, a lo que no pudiera negarse, ¡que estuviera deseando hacer desde hace tiempo! Y entonces su mente enamoradiza dio con el regalo perfecto para Einar:

–¡Carmen, me voy! –gritó desde el otro extremo del restaurante. Eran algo más de las once, iban a abrir en seguida.

–¿Qué pasa? ¿Quién se ha muerto? –Salió corriendo Carmen de la cocina, secándose las manos en su impoluta chaqueta blanca.

–Tengo que comprar una cosa muy importante, ¡serán solo quince minutos! –le dijo Blanca mientras volvía a ponerse su abrigo. Era 6 de octubre, y en ese momento, tenían ocho grados de temperatura.

–¡Pues anda, cómprame tabaco! Y te prometo que no se lo diré al jefe –le dijo, sacándose del bolsillo un montón de coronas.

–Deberías dejarlo… –le dijo Blanca poniéndose muy seria mientras contaba el dinero que le había dado.

–¡Le dijo la sartén al cazo! –respondió Carmen desde la cocina, riéndose de su amiga.

Le hubiese gustado encontrar un destino algo más glamuroso que la Riviera Maya, pero con tan poquito tiempo, no había mucho donde elegir. Además, su condición de que fuera todo de lujo también limitó bastante a la chica de la agencia, que quiso ayudarla desde el principio después de conocer un poco su historia. Otro inconveniente más fueron sus requisitos: un lugar con estupendas vistas a una playa privada, donde poder nadar y bucear sin tiburones alrededor, y que no hubiese apenas forma de comunicarse con el mundo exterior.

–¿Y por qué no Paris? ¡Es una ciudad tan romántica! –sugirió la chica antes de confirmar el vuelo, haciendo piruetas con el programa para que los

dos fueran en asientos contiguos.

–Precisamente por eso… –respondió Blanca. Quería que Einar se alegrase al recibir su regalo, no que quisiera salir corriendo. Finalmente iba a conseguir disfrutar de esas vacaciones que tanto reclamaba. Solo cinco días, contando con el fin de semana, algo permisible hasta para él y su apretada agenda. Un detalle que a ella le hacía muchísima ilusión regalarle: tiempo para estar juntos y descansar.

–¡Espero que disfruten! –Y con aquella bendición Blanca volvió al restaurante hora y media más tarde y sin el tabaco de Carmen.

Cuando Einar descubrió esa noche a Blanca dormida en el sofá de su casa, vestida con un camisón de raso color perla y abrazada a una botella, lo primero que se le pasó por la cabeza fue que había vuelto a las andadas…

–¡Maldita sea! –Se sorprendió diciendo en voz alta, yendo hacia donde estaba con evidente preocupación.

Después de tantos años detrás de una barra, conocía tan bien el problema de la bebida que había hecho todo lo posible para que no recayera.

Él mismo había vaciado una por una todas las botellas que decoraban esa larguísima barra americana, desprendiéndose del costoso surtido de coleccionista que había conseguido para su uso y disfrute. Que al final, ni había disfrutado ni usado mucho. Sin embargo, sabía que aquel gesto de apoyo no serviría de nada. No sería ningún impedimento si en otro momento de flaqueza y dudas Blanca decidiera volver a beber. Ya que su verdadero problema no era ese realmente, sino ella misma.

Fue al acercarse un poco más cuando descubrió que la botella estaba intacta. De hecho, ni siquiera era de alcohol. Y mientras sonreía aliviado utilizando su abrigo para taparla, resbaló un sobre de las heladas manos de Blanca.

Ni siquiera lo hubiese recogido del suelo de no ser porque vio su nombre escrito en él junto al sello de una importante agencia de viajes. Einar respiró hondo y tomó asiento junto a los pies de su chica, girándose un segundo hacia ella para mirar cómo dormía. Hacía años que nadie le regalaba nada por su cumpleaños. Él ni siquiera se habría acordado, de no ser por un mensaje automático de unos grandes almacenes:

Queremos que celebres con nosotros el día de tu cumpleaños. Por eso tienes un cinco por ciento de descuento en tus marcas favoritas

¡Felicidades Mr Lönnberg!

En ese momento pensó que eso sería lo más señalado en aquel día, pero se equivocaba. No había contado con Blanca y su don para sacarle siempre una sonrisa.

–Tulum… –leyó en voz alta.

–Mmm…. –Blanca se estaba despertando. Einar había puesto el brazo sobre su muslo, y sin darse cuenta, había empezado a acariciarlo con el pulgar. Rápidamente, dejó de hacerlo al oírla, lamentando un poco su torpeza. Segundos después, ella continuó con esa respiración pausada que tan bien conocía. Volvía a dormir profundamente, como aquella primera noche juntos sobre su pecho.

"¿Y ahora qué, Einar? ¿Te vas a ir con ella de vacaciones?", se preguntó a sí mismo, echándose hacia atrás en el asiento.

Mientras sus ojos miraban al techo en busca de una respuesta, se daba toquecitos con el reposacabezas del sillón. No podía negárselo más, la señorita Blanca Blanes había dejado de ser una marioneta en sus manos. Ahora el vínculo con ella empezaba a ser tan fuerte que hasta le daba pánico pensar en el día que se descubriera todo. Porque sabía que en algún momento este plan dejaría de salirle bien, pero tampoco sabía cómo pararlo.

Al principio Einar vio en ella a alguien muy fácil de manejar, tanto que hasta pudo seducirla casi sin esfuerzo. ¡Aquel día había lanzado los dados sin mirar y habían salido dos seises, menuda suerte había tenido!

Después, empezó a descubrir todo el potencial de Blanca, que le dejaba cada vez más y más asombrado. Era la perfecta compañera que nunca había pensado tener, y cada vez se le hacía más difícil desprenderse de ella.

Fue mucho más tarde, y ya casi sin remedio, cuando se dio cuenta de que aquello ya no era un juego donde él ponía las reglas. Sino que, en algún momento de la partida, se había caído dentro del tablero y ahora no era más que una simple ficha que se movía por azar, como las otras. Y eso no le gustaba nada. ¿Qué le estaba pasando? Había perdido el control de la situación a causa de algo tan estúpido como el amor.

Si se iba con ella de vacaciones, después jamás se lo perdonaría. Ni siquiera él veía ya manera de razonar ese comportamiento, haciendo que las palabras de Andrea tuviesen cada vez más sentido: era un manipulador y un egoísta. Había engañado a Blanca para embarcarse en una empresa en la que al final ella no figuraba como propietaria, ni socia, ¡nada! Es más, había

conseguido que firmase una declaración en la que decía no haber tenido nada que ver con esa idea del Spanish Cooking. Documento que le serviría a Einar si algún día iban a juicio. Porque sabía que irían.

Todo entre ellos se torcería en algún momento, porque él no quería que ella tuviese algo que ver con su restaurante. Ese era su pequeño gran éxito, ¡solo suyo! Aunque cada día que pasaba dudaba más de aquella decisión: puede que ese lugar le gustase tanto porque se había convertido en un reflejo del alma apasionada de Blanca, que lo amaba sin sospechar lo más mínimo. Le recordaba a todo lo que había vivido con ella, y nada más entrar allí, se encontraba mucho mejor.

Un par de veces había soñado que destruía esos papeles firmados, inundándole inmediatamente una sensación de calma que solo recordaba haber vivido en su infancia. Pero al despertar volvía la cordura al cuerpo de Einar, y se decía que Blanca solo era una chica más en su vida. Pero no podía estar más equivocado: dormir a su lado, acariciarle la espalda, besarla en la nuca, coger su cintura. ¡Todo le apetecía! Solo después de abrazarla por las noches sabía por qué la necesitaba. Se sentía cada vez más dependiente de esa bondad que parecía nacer en ella desde el principio de los tiempos, reduciendo su voluntad y convirtiéndolo en alguien que ni siquiera él reconocía.

Su pequeña Blanca había dejado de ser tan pequeña…

Lo mejor de todo es que ella no era consciente de su proeza. Había ido abriéndose camino hasta llegar a ese escondido y minúsculo corazón de cuya existencia dudaba todo el mundo. ¡Y resulta que después de todo este tiempo sin usarlo, seguía latiendo como un loco cuando ella estaba a su lado, como ahora!

De repente, los mechones lacios de Blanca que caían sobre el rostro de Einar consiguieron despertarlo. Se había quedado dormido a su lado, pero ella había decidido que esa noche en concreto no podía acabar así. De modo que se sentó con cuidado encima de su novio, sintiendo en seguida el tacto de sus manos acariciándola. Adelantándose, como siempre, a sus actos.

–Feliz cumpleaños –le susurró al oído. Y él sonrió incluso antes de abrir los ojos. Aquella era una deliciosa manera de interrumpir su descanso, pensaría Einar mientras ella lo besaba dulcemente, deteniéndose en cada uno de sus sitios favoritos. Y solo cuando se decidió a mirarla, Blanca se

incorporó un instante para desprenderse del camisón que se había comprado esa misma tarde.

Desnuda, de nuevo, frente a él.

OceanofPDF.com

Capítulo 21

Esas merecidas vacaciones

A Carmen no le gustó nada mi idea.

Decía que tendría que haber sido Einar quien me hubiese regalado a mí algo parecido con la excusa de celebrar a lo grande su cumpleaños. Tampoco le gustó saber que durante cinco días sería ella la única responsable del Spanish Cooking:

–¡Muy bonito! Vosotros os vais lejos, a follar como conejos, y la tonta del bote se queda aquí trabajando el doble por el mismo dinero. ¿Y cuándo se supone que son mis vacaciones? ¿Eh? –se preguntaba Carmen mientras probaba el salmorejo que estaba haciendo.

En realidad, no estaba enfadada por tener que seguir trabajando, sino porque su corazón le decía que todo aquello iba a terminar muy mal entre nosotros. Ese recelo que siempre la ayudaba a no hacerse demasiadas ilusiones por nada ni por nadie.

–Pues ayer mismo le comenté a Einar que podrías viajar con tu hijo a España la semana de Navidad. Así no hace solo el trayecto. Ya sabes, con el aeropuerto tan lleno de gente, se puede perder y esas cosas… –dije aquello restándole importancia, mientras doblaba las servilletas que se iban a poner en las mesas esa misma mañana.

–¿Me lo estás diciendo en serio? ¿Me vais a dejar que vuelva a casa por Navidad, como los turrones? –preguntó Carmen muy desconfiada.

–Me hubiese gustado ir contigo a los mercadillos navideños, dicen que merece la pena visitarlos. Así comprábamos juntas algunas cosas para decorar el restaurante, ¡seguro que a David le hubiese encantado ayudarnos! –seguí hablando en voz alta, doblando con muchísimo esmero aquellas servilletas con el logo de la flamenca bordado en una esquina, sin mirar a Carmen, que me miraba atónita mientras hablaba–. Pero, en fin, ¡qué se le va a hacer! Ya te enviaré fotos de Papá Noel mientras tú te tomas las uvas en la Puerta del Sol… –Al oír eso último, Carmen vino corriendo hacia mí. Primero me besó en la mejilla, pero después la alegría la inundó de veras y

quiso subirme en peso, provocando carcajadas en todos los camareros que nos rodeaban al ser testigos de su estupidez.

–¡Coño! Qué gorda te has puesto, nena. Con razón Lönnberg está *cuadrao.* Si no, no hay quien te meneé del suelo… –exageró mi rubia amiga mientras regresaba de nuevo a su puesto con una mano en la espalda, fingiendo estar muy dolorida.

El vuelo directo al aeropuerto internacional de Cancún duró más de ocho horas. Yo me concentré y apasioné con una novela que me mantuvo en vilo todo el viaje. Mientras Einar, se desesperaba a mi lado nada más perder el contacto con el mundo exterior.

–¿Qué pasa? –le pregunté al descubrirlo levantando la tapa del libro que estaba leyendo. Había estado durmiendo un par de horas, ya que el vuelo que había cogido era nocturno para minimizar los efectos del *jet lag*, y él tenía muchísimas horas de sueño atrasadas. Sin embargo, llevaba fingiendo unos veinte minutos, el tiempo que había perdido observando cómo me reía con aquella historia de Carla Crespo.

–No te enamores del protagonista, ¿de acuerdo? –me lo dijo en un susurro, mirándome muy seriamente, poniéndome los pelos de punta–. Es de mentira, Blanca. ¡Yo soy de verdad!

–¿Estás celoso acaso, Einar? –le pregunté atrevida, mientras él se ponía los auriculares y buscaba una película que le gustase.

–¡Para nada! Ya eres mayorcita, deberías saber que ese tipo de cuentos solo sirven para llenarte la cabeza de pájaros –dijo, quitándose rápidamente uno de los auriculares. Había seleccionado *El padrino* en versión original y sin subtítulos.

–Bueno, ¿y qué? Prefiero tener la cabeza llena de pájaros a una inundada de números. Al menos, ¡así soy feliz! –Nuestra discusión era entre susurros, ya que la gran mayoría de las personas que volaban con nosotros dormían plácidamente. Solo se veía una luz al final del avión, de otra mujer, que, como yo, prefería derretirse ante las frases de un verdadero galán de novelas románticas.

–¿Lo dices por mí? –preguntó Einar señalándose con el dedo, mostrando esa chulería adolescente que tanto le había ayudado en sus tiempos de camarero–. Yo tengo algo más que números en mi cabeza, mi pequeña Blanca. ¡Te tengo a ti! –Y después de terminar aquella frase con una sonrisa de medio lado, se giró hacia la pantalla que tenía delante, poniéndose de

nuevo el auricular. Aquella declaración me dejó sin palabras, y durante unos segundos tan solo le observé cruzado de brazos, haciendo como si no me viese, mientras comenzaba la maravillosa actuación de un jovencísimo Al Pacino en su televisor.

Tardé en hacerlo, pero decidí premiarlo con un beso por lo que había dicho. Él sabía cuánto me gustaban ese tipo de frases. Y de repente, antes de que yo llegara a besarle, él se me adelantó. Sorprendiéndome con un beso lento, suave y largo, mucho menos casto de lo que yo hubiese querido darle a él en pleno avión. Haciendo que en segundos perdiera el interés por el libro que estaba leyendo, y resbalara por mi regazo, para así responder mejor a sus caricias. Einar, al oírlo caer a sus pies, me dijo:

–¿No ves? ¡Un libro nunca podrá sustituir esto! –Y aquella frase de nuevo me hizo sonreír.

Al llegar por fin a tierra firme, una bofetada de calor húmedo nos golpeó con fuerza, obligándome a quitarme capas y capas de ropa mientras esperaba a que llegase mi maleta. Después de aclimatarme un poco, no quise tardar más y escribí un mensaje a Carmen y otro a mi hermana Violeta para decirles que ya habíamos llegado. En ese momento, Einar apareció a mi lado, pegando a la piel de mi brazo una Coca Cola muy fría que llevaba en las manos:

–¡Ahhh! –Cuando me giré para mirarlo, vi que Lönnberg se había cambiado por completo. Ahora lucía una camisa de algodón de manga corta con un extraño estampado de ¿palmeras? Unos *shorts* color ocre y unas chanclas marrones. Acompañaba ese tropical conjunto con esas gafas de sol graduadas que solo había visto una vez en Estocolmo, y su inolvidable sombrero Panamá. Solté una sonora carcajada después de mirarlo de pies a cabeza, no pude evitarlo, ¡seguía estando muy guapo a pesar de ir vestido como el típico turista!–. Pensaba que en el equipaje de mano habrías escondido el portátil. ¡Te lo prometo! Jamás habría imaginado que dentro llevases este modelito. Deberías haberme avisado, me habría traído conmigo una muda para estar a tu altura.

–¡Vámonos! –Se limitó a contestar con esa sonrisa en los labios que tanto me gustaba, cogiendo del carrusel mi maleta como si no pesara nada. Él no facturó equipaje alguno, decía que en esa bolsa de cuero con asas llevaba todo lo necesario para ir a la playa. ¿Os digo la verdad? Me moría de ganas por abrirla y ver su colección de bañadores.

Después de marear bastante al muchacho de la oficina de coches de alquiler, Einar eligió por fin un *todoterreno* descapotable como medio de transporte para nuestra cortísima estancia. Al principio no entendía a qué venían tantas preguntas sobre las características técnicas del coche que iba a conducir unos pocos días, pero después de verlo acomodarse en el asiento mientras íbamos por esa larguísima autopista de Cancún, agarrando de mil formas el volante y moviendo los espejos retrovisores, me di cuenta de que para él era muy importante sentirse cómodo conduciendo.

–¿Qué? ¿Te gusta tu nuevo coche? –le pregunté mientras adelantábamos a los colectivos que se dirigían hacia los distintos *resorts.*

–*Seee*, tenía que buscar algo que fuese a juego con mi modelito… –dijo repitiendo mis palabras, pero con su inevitable acento, como si hasta entonces nadie hubiese utilizado delante de él aquella expresión. Quizás fuese así, solo yo tenía reservado el derecho de reírme de su inestimable estilo.

El coche no tenía navegador, como tantas otras cosas que le hubiese gustado a Einar que tuviera ese vehículo. Pero haciendo uso una vez más de su notable sentido de la orientación, y con las simples explicaciones de aquel chico de la oficina de *rent a car*, encontramos sin problemas nuestro bungalow privado.

–¡Guauuu! –No quería parecerlo, pero estaba visiblemente emocionada por todo lo que me estaba sucediendo. Y me tenía que repetir continuamente: “Blanca, por favor, no te pongas a llorar ahora que lo que te está pasando no es nada triste. No seas tan llorica, que la vas a cagar”.

Al entrar en aquella casita de ensueño decorada con mil y un detalles románticos, se me hizo imposible representar más aquel papel de dura que no me iba para nada. Yo quería a Einar, él me quería a mí, y estas iban a ser esas merecidas vacaciones donde nos daríamos cuenta de que no podríamos pasar el resto de nuestras vidas el uno sin el otro. Hacíamos buena pareja, siempre la habíamos hecho, y yo quería poblar Suecia entera con miles de Einares pequeñitos que siguieran como minions a mi villano favorito. Todo hasta ahora estaba saliendo a la perfección. De hecho, yo no había podido dormir en el avión precisamente por eso mismo, aunque me había encantado tener a Einar a mi lado durmiendo como un bebé.

Lo triste de nuestra relación era que, aunque llevábamos un tiempo viviendo juntos, apenas conseguíamos coincidir. Él siempre llegaba muy

tarde a casa y se levantaba muy temprano, regalándome en muy contadas ocasiones uno de esos desayunos con tortitas que tanto me gustaban, pero poco más. En la vida de Einar todo era trabajo-trabajo-trabajo…

Por eso tenía el corazón contento, como decía la canción, y solo cuando estás tan intensamente enamorado de alguien todas las canciones te parecen perfectas para cantar como si tu vida fuera un musical. Y hasta bailas claqué cuando nadie te ve, porque tu corazón te hace creer que, con golpear los zapatos en el suelo, ese repiqueteo a lo Fred Astaire saldrá también de tus sabrinas.

El primer día en Tulum lo dedicamos a explorar la zona y descansar. Einar se pasó media mañana nadando en la playa, decía que había visto tortugas gigantes en una zona repleta de corales, y peces muy raros, de los que solo se veían en los documentales. Yo le dejé disfrutar de ese mundo submarino que a mí no me atraía nada, mientras me dedicaba a tostarme al sol, terminando ese libro con un final feliz que no ayudó mucho a que mis pies volvieran a pisar tierra firme.

El segundo día hicimos uso de nuestro bólido y nos fuimos a Chichén Itzá. Fue entonces cuando me di cuenta de que Einar se guiaba demasiado bien por aquellas carreteras mexicanas, lo cual me llevó a la conclusión de que había estado aquí antes.

–¡Pues claro, Blanca! Pareces tonta. Cancún es el típico destino para un viaje de novios. Seguro que Einar visitó todo esto con su exmujer, y yo le estoy recordando ese pasado de recién casado que no habría querido revivir por nada del mundo. ¡Menuda metedura de pata! –Pensaba en silencio mientras desistía de sujetarme más el pelo con la mano. El viento y la velocidad se habían adueñado de él.

Entonces me puse en el lugar de Einar: Él había preferido omitir cualquier comentario que pudiera hacerme sentir mal por haber elegido este maldito destino. Una vez más, no pude sentir otra cosa que no fuera ternura hacia él, por aquellos emotivos detalles que tenía siempre hacia mi persona. Y ocultando mis ojos bajo las gafas de sol, dije que sí cuando me sugirió cenar en Playa del Carmen mientras me hundía de nuevo en el asiento del copiloto. “No llores, Blanca… que la vas a cagar”, me repetí para refrenarme un poco.

Las luces de las tiendas en la Quinta Avenida, las voces de la gente hablando por la calle, hasta las *pick up* de la policía me parecían parte de un

escenario en Playa del Carmen. Se estaba rodando una gran película, la de mi propia vida, y yo estaba empezando a darme cuenta de que era la verdadera protagonista.

Cenamos en un modesto restaurante a las afueras de la zona más turística de la ciudad, donde el manjar ahí no era la comida, sino la música en directo. A mí al principio me dio un poco de miedo cuando empezaron a ofrecernos "chocolate" por la calle, pero Einar parecía tan seguro de por dónde ir, que no dije nada. Tan solo me aferré a su brazo, obligándole a apretar el paso.

–¡Tranquila! –me dijo mientras me cogía por la cintura en un rápido movimiento, estrechando aún más la distancia entre nosotros.

Cuando entramos en el local aún era temprano, y ni siquiera estaba el grupo que iba a tocar esa noche. Tenían la radio puesta en la cocina, y había tan poca gente en el restaurante que oíamos al locutor anunciando el nuevo single de Juanes: *Fuego.*

Einar se pidió una cerveza y yo una Mirinda, permaneciendo los dos en la barra mientras Einar ojeaba el menú. Las bebidas no tardaron en llegar.

–¡Gracias, chico! –le agradeció Einar al camarero en un perfecto castellano, dejándolo entre extrañado y asombrado, porque traía consigo el típico tono color gamba de todos los guiris americanos que se acercaban por ahí.

A continuación, y después de confirmarme en qué consistía exactamente ese plato, pidió un ceviche de pescado para empezar. Einar llevaba todavía el horario sueco, y se le veía con hambre. ¡Genial! Todo aquello eran buenos síntomas: había dormido, quería comer… ¡estaba volviendo a ser cada vez más persona!

A los pocos segundos, lo descubrí arrancando el papel del collarín de su cerveza "dos equis", mientras canturreaba el estribillo de la canción del famoso cantautor:

Este fuego, fuego
Con tus labios me quemo, quemo
Hasta las sábanas las prendemos
Mira lo bien que nos entendemos
Cuando lo hacemos…

–No puede ser verdad. Einar Lönnberg, ¿estás cantando? –Su sonrisa de soslayo me dio el sí definitivo. Lo había pillado desprevenido. Llevaba todo el día conduciendo por esa aburrida autopista, escuchando canciones en español, y esa letra precisamente le había hecho gracia. Seguramente porque él tenía esa extraña sensación, entre placentera y dolorosa, de estar quemándose conmigo. Algo de lo que yo aún no era consciente en absoluto.

–Aquí la única que canta es mi hermana… –respondió Einar queriendo zanjar el tema mientras nos servían el plato que habíamos pedido.

–Bueno, eso no es cierto. Yo a veces también te he oído cantar. ¡Y lo haces francamente bien!

–¡Gracias! Esta noche, si te portas bien, te canto una serenata… –Quiso seguir bromeando conmigo mientras se quitaba por fin el sombrero que llevaba, poniéndolo en la silla vacía que había a su lado. (Lástima, me gustaba mucho esa pinta a lo Humphrey Bogart que le daba…).

–Einar… –Y mi tono quizá resultó esta vez demasiado severo.

–¿Si? –preguntó él mirándome a los ojos, con la inmensidad azul atravesándome las entrañas. A veces odiaba cómo podía taladrarme así sin inmutarse.

–¿Puedo hacerte una pregunta? –Y sin darme cuenta, aquello no sonó como esperaba. Hasta yo sentí cómo se le erizaba el vello a Einar, haciendo que todo su cuerpo se enderezase.

–Adelante, sin miedo… –logró decir, mostrándose muy tenso, mientras daba vueltas a su tenedor sin darse cuenta.

–Ya sé que te va a sonar algo estúpida mi pregunta, pero tengo que hacértela, si no me moriré sin saberlo… ¿Qué hace un reloj de cuco en tu oficina? –De repente Einar tuvo que hacer un esfuerzo para no escupir el vaso de agua que acababa de beber. No se lo esperaba. Y después de aquel mal trago, abrió su boca para reírse a carcajada limpia delante de mí. Avergonzándome un poco, la verdad, pues aquel sitio estaba cada vez más lleno y todos allí me miraban ahora muy interesados por saber de qué se trataba el chiste que le había contado a mi pareja–. ¡Para, para por Dios, Einar! No soy tan graciosa…

–Lo siento, ¡ay! –dijo quitándose las lágrimas de los ojos. En realidad, no había parado de reírse, pero ahora lo hacía más moderadamente.

–¿Qué te ha hecho tanta gracia de mi pregunta? No sé, me resulta extraño que hayas utilizado un reloj de cuco como elemento decorativo en tu

oficina, cuando te encanta crear ambientes más bien modernos –quise explicarme, viendo que aún le costaba coger aliento para responder.

–Está bien, está bien. Tienes razón, mereces una explicación… –Y acomodándose en aquella silla de plástico, continuó diciéndome sin dejar de sonreír–: A Marina le encantaban los relojes de cuco, y yo quise comprarle uno de verdad, de importación, elaborado a mano en la mismísima Viena. Aquella broma me costó un dineral, para que después no quedase bien en ninguna parte… ni siquiera en la oficina.

–¿Marina? ¿Tu hija? –interrumpí su narración.

–Sí, perdona. Es verdad, tú no lo sabes. Mi hija se llamaba, ¡se llama! Marina.

–¡Bonito nombre! –volví a interrumpir mirándolo a los ojos, él se fijó en los míos.

–Es el de su madre… –contestó Einar casi sin voz, pestañeando lentamente.

–Ah, vale… –respondí, sintiéndome de nuevo fatal por haber hecho aquel comentario tan tonto. "¡Joder, si lo hago a posta no me sale tan bien! Soy la reina de las cagadas", me dije. Menuda bocazas estaba hecha. Y viniéndome abajo volví a mi plato, el cual no tenía un pasado, ni siquiera un futuro. Tan solo un presente como nosotros dos–. Ya estuviste aquí con ella, ¿verdad? –le pregunté sin levantar la cabeza, queriendo saber toda la historia de una vez por él mismo.

Einar no contestó, pero su silencio me valió una vez más como respuesta.

–Blanca –dijo por fin–, ¡mírame!

Yo tardé en hacer lo que me pedía. No quería mirarlo, porque seguramente me pondría a llorar en cuanto levantase mis ojos hacia él. Había tenido muy malas ideas a lo largo de mi vida, pero hacer este viaje estaba ganando posiciones para convertirse en la peor.

–No importa, da igual. Lo siento, es culpa mía… –murmuraba mientras él me levantaba la barbilla para mirarme por fin a los ojos.

–¿Cuál era la finalidad de este viaje?

–¿Qué? –pregunté como una tonta sin comprender hacia dónde quería ir con aquella pregunta.

–¿Que cuál era la finalidad de este viaje? Yo necesitaba salir unos días de Estocolmo, sudar como un pollo, respirar un poco… ¡Y reírme como he

hecho hace un momento! Tú me has regalado todo eso, y hacía muchísimo tiempo que nadie pensaba tanto en mí como tú lo estás haciendo.

–Sí, también necesitabas dormir y comer algo en condiciones. Como este ceviche, ¡que está buenísimo! –añadí, un poco más animada.

–Quería unas vacaciones, Blanca. ¡Y tú me la has regalado! En mi vida habían acertado tanto conmigo. ¡Gracias! En serio, muchísimas gracias, cariño. Porque me daba igual adónde fuera, cualquier sitio me hubiera valido, lo importante es que estuviéramos juntos… ¿no lo entiendes?

Me hizo sonreír de felicidad, como siempre. Secando la primera y única lágrima que resbaló por mis mejillas en ese momento.

–Te quiero –le dije cogiendo su mano y acariciando sus alargados dedos. Y en seguida me di cuenta de lo que había dicho. ¡Dios, no! Einar no contestó, simplemente me besó cariñosamente en la frente.

Después, seguimos cenando como si no hubiese pasado nada. Aunque algo se me quedó atascado en la boca del esófago aquella noche, y no se trataba del ceviche.

Antes de volver hacia el coche, obligué a Einar a pasar por todas las tiendas para comprar *souvenirs* a toda la familia. Él hizo de paciente porteador de paquetes, hasta que me dio por quererle comprar una hamaca de hilos de colores a mi padre. Al llegar a ese punto, salió a relucir su escondida vena hispana y me dijo que tenía dos opciones: o bien me subía al coche, o me quedaba allí vendiendo llaveros de coral para pagarme el billete de vuelta a Estocolmo.

A la mañana siguiente, mientras desayunábamos dándoles de comer a las iguanas que se acercaban curiosas a nuestra playa, le pregunté sin querer ser muy indiscreta:

–Ayer, cuando te hizo tanta gracia mi pregunta sobre tu reloj de cuco, ¿qué pensabas que te quería preguntar en realidad? ¿Si te querías casar conmigo? –Einar se quedó mirando mi pelo, ahora totalmente rizado, y respondió.

–En realidad pensaba que ibas a reclamar tu turno para conducir. ¡Por eso me puse así de tenso! –respondió con su típico tono fanfarrón.

–¡Idiota! –respondí, tirándole arena; era imposible ponerse seria con él cuando estaba de tan buen humor.

Pasamos todo ese día haciendo excursiones, nadando en cenotes y comiendo comida picante. Cuando llegamos de regreso a nuestro *bungalow*,

casi de noche, estábamos para el arrastre.

–¡Madre mía, qué horror, tengo el pelo fatal! –grité desde el cuarto de baño como si hubiese visto una cucaracha o algo peor. Acaba de mirarme al espejo, y no reconocía a la Diana Ross que tenía enfrente. La humedad había hecho de las suyas en mi cuero cabelludo, y parecía la loca de los vientos. Supongo que Einar no había dicho nada porque a él le encantaban mis rizos, pero parecía la hermana de la bruja avería–. ¡Esta noche no iba a salir a ningún lado, me quedo encerrada aquí con mi secador!

–¡Yo también! –respondió un nuevo Lönnberg más bromista que nunca, tirándose a la cama totalmente agotado.

Aunque no llevábamos los móviles encima, a Einar le gustaba echarles un vistazo cada vez que volvíamos a nuestra habitación. Yo sabía que era inevitable que mantuviera el contacto con el mundo exterior, por eso le dejaba perderse de vez en cuando mientras yo me intentaba alisar aquella buena mata de pelo.

–¡Blanca! –gritó sin más. Y simplemente por la forma tan dura con la que pronunció mi nombre, supe que algo iba mal.

–¿Qué pasa? –pregunté saliendo del cuarto de baño muy preocupada; llevaba todavía el cepillo en la mano, y me aferré a él sin darme cuenta.

–Tienes que llamar a tu hermana, es tu padre. Esta mañana ha sufrido una parada cardiaca. Está en el hospital, tienes que ir, está muy grave… –Einar solo leía en voz alta el mensaje que Carmen me había puesto. La pobre, al igual que Violeta, se había pasado todo el día llamándonos sin éxito.

–Einar… –Fue lo único que pude decir antes de sentir su abrazo. En seguida comencé a llorar sin control.

Aún no entendía muy bien qué había pasado.

OceanofPDF.com

Capítulo 22

Estocolmo de noche, Estocolmo sin ti

En la televisión ponían *El rey y yo*, una película de Yul Brynner y Deborah Kerr que Blanca jamás había visto y que la tenía atrapada desde el principio. El protagonista le recordaba vagamente a Einar, y por eso quería saber qué pasaba con ellos al final, ya que su esperanza se alimentaba de cosas tan estúpidas como esa. Gracias a ese regalo del cine de los cincuenta, ya no le dolía la espalda por estar sentada en aquel viejo sofá de hospital, con todos los muelles por fuera clavándose en sus riñones como puñales. También gracias a una historia de amor, que no era la suya precisamente, había dejado de mirar su móvil como una enferma. (A esas horas de la madrugada, nadie importante iba a escribir ya, se dijo al empezar la película…).

Sus ojos fueron a parar entonces al bolso que había dejado colgado detrás de la puerta de la habitación. En su interior todavía llevaba una postal que le había hecho muchísima ilusión recibir. Todas las mañanas, cuando volvía a casa, la sacaba para verla y tocarla mientras esperaba el autobús. Era bastante absurda, la verdad. Pero con un mensaje tan claro y sincero, que bien valía unas cuantas coronas.

En ella no se veía nada. Era un fundido en negro que llenaba por completo la cartulina, y solamente en una esquina se leía con letras blancas: “*Stockholm by night*”.

–¡Jajaja! –Con solo leer aquella simple frase, el corazón de Blanca se puso a latir muy fuerte, haciendo que se pusiera a dar saltitos durante un segundo o dos en el portal de la casa de sus padres. Unos vecinos la saludaron justo en aquel momento, ¡qué vergüenza! Pero es que no había podido evitarlo, era de Einar, ¡seguro! Aquella postal significaba que él también la echaba de menos, y solo de su cabeza rapada saldría una idea tan aparentemente idiota como la de enviarle esa imagen con esa escueta frase que lo decía todo. Y cuando la giró para comprobarlo, leyó algo más que no

esperaba en absoluto*: Estocolmo sin ti*, escrito con aquella letra grande y ligeramente inclinada hacia la derecha que tan bien conocían sus ojos.

Aquel hombre era incapaz de decirle que la quería, pero después le mandaba esas cosas que le atravesaban el pecho y dejarían sin aire a la mujer más impasible. ¡Como a Carmen, por ejemplo! Así era imposible odiarlo. A pesar de no coger el teléfono cuando quiso agradecérselo en ese momento. Ni tres días después. (Parecía estar en una reunión permanente, según su buzón de voz). Tan solo se había puesto en contacto con ella en dos ocasiones desde que había llegado a España, y solo fue para hablar de cosas del trabajo o interesarse por el estado de salud de su padre.

Pero Einar conocía muy bien a Blanca, y era consciente de que esperaba de él algún detalle para soportar ese amor en la distancia. Por eso le escribió esas tres palabras una tarde de camino al centro.

Vio la postal al girar una esquina, en una tienda de *souvenirs* a la que jamás habría entrado de no haber conocido a Blanca. Esa frase se le quedó grabada, y al principio pensó de inmediato que aquello era lo más estúpido que había visto: ¡No habría cosas bonitas en su ciudad para plasmarlas en una postal!, se dijo refunfuñando. Y, segundos después, fue él mismo quien volvió sobre sus pasos para comprarla (quizás porque era verdad que siempre llevaba a Blanca en la cabeza y no solamente números). Se le había ocurrido esa frase a continuación que sabía la volvería a enamorar como si fuera un beso. Sonrió mientras la firmaba. ¡A veces era tan fácil hacerla feliz de nuevo! Y en ese instante se dio cuenta de lo que estaba sucediendo: la quería. Aunque fuera incapaz de decírselo, porque le daba muchísimo miedo admitirlo. Pero era indudable. Ella en un segundo había conseguido que se sintiese mejor consigo mismo, simplemente acordándose de su cara, de aquella maravillosa sonrisa. La tenía enterrada entre sus pensamientos, pero conseguiría sobrevivir a todos ellos.

Blanca, por el contrario, ahora estaba mucho más confundida. Después de haberse quedado a medias de unas vacaciones de ensueño donde le había dicho que lo importante era estar juntos, daba igual dónde, pretendía que saliera de él algún tipo de compromiso. Pero no había abierto la boca en ese sentido en ningún momento, incluso se había puesto a sudar cuando le había dicho si le podía hacer una pregunta. ¡Qué bárbaro! Lo suyo sí que era pánico. Debería seguir conformándose con el restaurante, era lo más unida a

él que iba a estar. Pero aquella solución ya no le servía, cada vez necesitaba algo más de él.

Las piernas se le empezaron a entumecer un poco, llevaba demasiado tiempo sentada. Se había comido toda la bolsa de palomitas dulces que le había traído su hermana Rosa para pasar la noche y, aun así, sentía todavía un ligero hormigueo en el estómago. ¿Era posible seguir teniendo hambre a las cuatro y media de la madrugada? ¡Pues sí, ella era un claro ejemplo!

Lo mejor sería volver a atacar la máquina dispensadora que había en la segunda planta, esa que llenaba cada mañana el mismísimo diablo con cosas buenas de verdad. Esta noche le apetecían unos Huesitos, ¿o mejor unos Conguitos? Bueno, cualquier cosa que no estuviera muy arriba, porque si no, podría quedarse atascada en el camino y sería una verdadera faena. (Esas cosas sí que fastidiaban).

Comprobó una vez más que su padre estuviera bien, que las máquinas que había a su alrededor siguieran funcionando. Le tocó las manos, las tenía frías como el hielo. Las frotó con las suyas, y les dio algo de calor con su aliento.

–Papá, voy a salir un momento, ahora vuelvo. ¿Quieres algo? –le susurró porque vio sus ojos entornados, él tampoco conseguía dormir del todo en aquel sitio. Nunca había visto aquel tono de piel que ahora tenía su padre, nunca lo había visto tan enfermo. Una neumonía contagiada en el propio hospital había complicado su recuperación, y le habían tenido que poner oxígeno para ayudarlo a descansar por las noches. Para que no tuviera que forzar tanto la respiración.

Su padre no contestó. Cuando estaba ella, él apenas hablaba.

Mientras Blanca caminaba por el pasillo del hospital, tocándose la barriga para aliviarse esa sensación de malestar, pensaba que nada de lo que hiciera podría borrar el concepto que tenía de ella su padre. Ya le podían dar el premio Nobel de la Paz, que para él seguiría siendo la ovejita negra de la familia. ¡Hacía años que la había echado de casa y aún no la había perdonado! En cambio, Rosa podía liarse la manta a la cabeza y hacer con su vida lo que le diera la gana, porque al ser médico todo lo que hacía tenía sentido. ¿Su última locura convertida en hazaña? Proteger a un niño en pleno tiroteo. Hasta los propios cascos azules la llamaban “la inmortal”. Con ese tipo de cosas nadie podía competir. Ya podía abrir cien restaurantes a la vez, que su padre aún pensaría que no era suficiente.

Pero no era justo odiar a Rosa por eso, y menos ahora que había pedido un permiso especial para estar con ellos. Cuando Blanca llegó a España, vestida en pleno mes de octubre con poco más que un bikini y un vestido camisero de playa, se encontró con una madre en plena crisis nerviosa y un padre moribundo. Su mundo se vino abajo. Habían decidido que Violeta, en su estado, no podría pasar muchas horas en un hospital. Ni tampoco era bueno un vuelo tan largo. Por eso todos habían llamado a Blanca, para que estuviera allí, respondiendo en el nombre de sus hermanas. Sin embargo, a la pequeña de la familia aquello en seguida le vino demasiado grande. Los médicos venían a ella a preguntarle por las medicinas que tomaba su padre, o por los antidepresivos de su madre, y Blanca se sentía como una extraña en su propia familia: ¿desde cuándo su madre tenía depresión?

Por eso cuando su hermana Rosa descolgó el teléfono, a miles de kilómetros de distancia, y le contestó diciendo: "¿Qué pasa, peque?", encontró en aquellas palabras un hogar al que se aferraban sus recuerdos de la infancia, del que nunca podría olvidarse.

–Rosa, por favor, ven conmigo a cuidar de papá y mamá. ¡Necesito tu ayuda! –No hicieron falta muchas más explicaciones.

Y así estaban desde entonces: Rosa en el turno de mañana, porque así podía hablar con los médicos y enterarse un poco de cómo estaba en realidad su padre. Blanca en el de noche, viendo películas antiguas en un canal satélite y saqueando un día sí, otro también, la máquina expendedora de la segunda planta.

–Deberías dejar de pasarte tanto la plancha, Blanca. ¡Te estás quemando el pelo, mi vida! Tienes un rizo natural que ya muchas quisieran, no sé por qué no te gusta. Mira tu hermana, ¡ojalá tuviera yo ahora esa melena! –A veces su madre se levantaba con ánimos. Hacía la compra, cocinaba para ellas lentejas (siempre eran lentejas, no sabían muy bien por qué), ponía una lavadora, y hasta le sobraba tiempo para meterse con el pelo de su hija pequeña.

Era en momentos como esos cuando Blanca salía a la terraza, aunque hiciera frio, no le importaba. Porque esos escalofríos le recordaban a la ciudad que llevaría siempre en su corazón: Estocolmo. Entonces, y si aún no era muy tarde, llamaba al móvil de Carmen.

–Un, dos, tres, ¡responda otra vez!… –siempre utilizaba cualquier frase estúpida si era ella la que llamaba a su móvil personal.

–Dime que todavía no le has prendido fuego al restaurante ni nada parecido, ¡por favor! –Se oían de fondo voces y choques con la porcelana de los platos. Blanca sabía perfectamente qué estaba pasando alrededor de su amiga. Habían echado el cierre, y a puerta cerrada, las voces del personal se oían más fuertes y relajadas. Uno de los chicos barría la sala, mientras los demás se metían prisa recogiendo las mesas para intentar salir temprano.

–Un par de veces lo he intentado, pero tu novio no me deja…. –Carmen se había acostumbrado a llevar el móvil en el bolsillo de su chaqueta blanca. Entre Lönnberg y Blanes, no había quien cocinara. Y en realidad, ahora apenas lo hacía, tan solo se dedicaba a dar indicaciones.

Cuando Einar regresó solo a Estocolmo, le dio tiempo más que suficiente para enfriar de nuevo su corazón. Así que, concentrado en un nuevo proyecto para expandirse, habló muy seriamente con Carmen: se le presentaba una gran oportunidad para demostrarle hasta qué punto valía la pena, y sabía que ella era de las que no desaprovechaban este tipo de trenes que pasaban solo una vez en la vida.

–¿Eso quiere decir que me vas a subir el sueldo? –le preguntó a continuación Carmen cuando le vino con ese cuento. Lo que pasaba es que no podía poner a una nueva gerente de la noche a la mañana, y por eso había pensado en ella.

–¿Realmente piensas que no te pago bien, Carmela? –le contestó el zorro Fox utilizando su verdadero nombre mientras se adelantaba hacia ella en la mesa.

Einar fue consecuente con su decisión, y puso a un par de chicos más en la cocina para que Carmen tuviera tiempo de organizar el horario de los camareros, revisar los pedidos, cuidar de que no hubiese ningún fallo con las reservas. Vamos, en pocas palabras, para que hiciera más el trabajo de Blanca y menos el suyo. Algo que Carmen odiaba profundamente, porque ella no era como su amiga, aunque lo intentaba. No sabía sonreír con naturalidad, ni ser amable con aquellos que no pretendían serlo. Carecía del don de gentes, de ese encanto que hay que tener para estar de cara al público, y le costaba el doble que a Blanca ponerse un vestido para lucir mona y quedarse en la entrada como un pasmarote. ¡Aquella situación le hacía sentirse como un espárrago triguero en medio de la sala! Además, el idioma aún era un obstáculo para ella. Ni sueco, ni inglés, ni nada que no se

pudiera explicar con las manos… pero lo que peor llevaba era tener que morderse la lengua porque: “el cliente siempre lleva la razón”.

Carmen había asumido su papel, pero quería dejarle bien claro al sueco que ella había venido hasta allí para cocinar. El papel de reina del baile se lo podía quedar otra, porque a ella no le iba. De lo contrario, habría asumido hace años las riendas de su propio restaurante.

–Yo no valgo para esto, Einar. ¿Cuándo vuelve Blanca? –Ahora era Carmen la que se tenía que sentar junto a él, pero para ella sus visitas no eran tan agradables. Desde que había vuelto del Caribe, estaba más allí que en su propia casa, y hasta él había notado que ya no era lo mismo entrar en el Spanish Cooking aunque siguiera siendo su restaurante. Tenía el mismo menú, decoración y buen servicio. Pero le faltaba algo: Blanca.

–¿No te gustaría ser la nueva gerente del Spanish Cooking para siempre? –Einar hizo aquella pregunta sin ningún énfasis en sus palabras, solo levantando la vista por encima de sus gafas metálicas. Había vuelto a su ración diaria de copa de vino con plato de jamón a horas insospechadas, y ya ni se le notaban en la cara los efectos de un sol que apenas recordaba. Volvía a ser el mismo Einar Lönnberg de siempre, perdido en un mundo de números que cada vez le resultaba más indiferente.

–¿Cómo? Perdona, creo que no te entendido bien. ¿Qué insinúas con ese “para siempre”? –preguntó Carmen, estupefacta por lo que acababa de decir mirada-gélida-Lönnberg.

–Tú misma me dijiste que Blanca no es buena gestionando sus propios sentimientos, que era demasiado corazón para estar al frente de su propio negocio. Y estoy de acuerdo contigo… –Einar casi susurraba. Nadie debería oír esa conversación–. No quiero decir que su trabajo sea malo. Pero, en el fondo, no tiene carácter para llegar tan lejos como yo quiero.

–¿Qué? ¿Como tú quieres? ¿Pues no se suponía que querías a Blanca? No me puedo creer que estés hablando en serio. ¿Y por qué me dices eso precisamente a mí, que soy su amiga?

–Porque me gusta tu forma de pensar, tú buscas el éxito profesional, ella solo la estabilidad emocional. Sois dos mujeres totalmente diferentes, a pesar de ser tan amigas.

–¡Joder! ¿Y qué hay de Blanca? ¿Es que piensas despedirla por ser tan tonta de haberse enamorado de ti? –Carmen no podía estar más tiempo sentada con aquel hombre, y tomándoselo como una prueba de autocontrol,

no le partió la cara allí en medio de su propio restaurante porque era madre soltera y necesitaba el dinero que le ingresaba todos los meses en el banco–. Está bien, te voy a dar una oportunidad. ¡Haré como que no he oído nada! Como si esta conversación hubiese sido parte de un sueño, o, más bien, ¡una pesadilla! Pero te digo una cosa, como estés pensando darle la patada a Blanca, ¡te la vas a ver conmigo! Ella es lo mejor que te ha pasado en mucho tiempo, y si aún no te has dado cuenta de eso, no te la mereces. Así que ya puedes ir arreglando tus ideas en esa perola brillante que tienes, porque como sigas pensando así, todo te va a ir al final de puta pena. ¿Me has oído? De eso ya me encargaré yo, ¡te lo aseguro! –Y después de aquellas palabras, cada uno volvió a lo suyo.

A Carmen ya se le habían quitado las ganas de seguir allí, pero aguantaría un poco más hasta que viniese su amiga. Sin embargo, a partir de ese minuto 0 le dio rabia tener razón una vez más: no se podía confiar en los hombres. ¡En ninguno! Lo mejor era tirar *pa' lante* una sola, por muchas tortas que llegasen por el camino, lo prefería a un corazón roto.

La verdad es que entre Einar y Carmen nunca había habido mucho *feeling*, sobre todo desde que Lönnberg le hizo descolgar de la pared del restaurante el escudo del Atlético de Madrid que le había enviado su hermano por sorpresa. Pero aquello ya se había llevado la palma. Y desde entonces, el ambiente en aquel restaurante empezó a enrarecerse. Por eso, cuando aquel día Blanca llamó al final de la jornada, Carmen prefirió cambiar de tema en seguida porque no quería que supiera que su relación con el que era su pareja estaba cada vez más tirante.

–Te sigue siendo fiel, querida. No tengo la menor duda. Cada día que pasa tiene la cara más larga. Se nota que te echa de menos, o al menos, que no la mete en caliente.

–¡Oh, Carmen, por favor! –se quejaba Blanca de las ocurrencias de su amiga–. Entonces, dime… ¿ha vuelto a pasar por ahí? ¡Eso es que no se fía mucho de ti!

–Sí, bueno, el sentimiento es mutuo. Te lo puedo asegurar, querida. Y es que tú no sabes las cosas que están pasando por aquí. El otro día vino Einar con unos japoneses, hablando en japonés. Como no vuelvas pronto, puede que esto se convierta un día en un restaurante de comida asiática, ¡quién sabe!

–¿Ah, sí? ¿Y qué hacía él hablando con unos japoneses? –quiso saber Blanca.

–Pues no lo sé, en seguida entraron en el reservado, y ya no les oí más. Además, yo ya tengo bastante con defenderme con el sueco como para tener que entender ahora el japonés. Seguramente son unos nuevos socios suyos. En algo importante tiene que estar metido, porque se le ve que no descansa. Pero creo que no le fue bien el asunto, no hicieron buenas migas con Einar.

–¿No? ¿Por qué? –Que Carmen fuera sus ojos y sus oídos le sacaba un poco de quicio a Blanca, porque no ayudaba mucho a la hora de pasarle información.

–¡Porque tiene un restaurante de comida española y es incapaz de pedirse un plato de paella o unos callos! A mí eso me revienta, ¿a ti no? Ya sé que está muy bueno el jamón de bellota, ¡pero coño, también servimos otras cosas! A estas alturas debería saberse toda la carta. –Y, sin poderlo evitar, la chef tiró con rabia unas espumaderas que tenía a su alcance, algo que escuchó su amiga desde el otro lado del teléfono.

–Bueno, creo que hoy no has tenido un buen día… –comentó Blanca para suavizar el mal genio de Carmen.

–El peor desde que estoy aquí. Puedes creerme, Blanca. –Lo que más odiaba Carmen de ese sucio asunto es que Einar fuese como siempre había imaginado que sería. Se la estaba jugando a su amiga, y para ello pretendía tentarla con algo que realmente la seducía: dinero, éxito profesional, todo lo que ansiaba encontrar viniendo hasta allí. Pero no de aquella manera, no perdiendo a una amiga como Blanca por el camino.

Después, aunque las dos amigas siguieron hablando de David y de su padre, un mal presentimiento fue creciendo en el interior de la pequeña Blanes. Algo grave estaba pasando en su restaurante, ¡y ella no estaba allí para evitarlo!

Cuando volvió a entrar en la habitación, después de haberse aprovisionado de una buena reserva de chocolate, su padre estaba viendo el final de la película que ella había dejado a medias sin darse cuenta.

–Vaya cara traes, hija. ¿No van bien las cosas por el restaurante? –A Blanca le sorprendió muchísimo que su padre le hablara, y más todavía que se interesara por su negocio.

–¡Que va, papá! Las cosas en el Spanish Cooking van muy bien. Cuando salgas de aquí, os organizo un viaje a mamá y ti a Estocolmo. ¡Así lo veis

por fin!

–Bueno, bueno… –Su padre no llevaba muy bien haber perdido la salud de hierro que tanto lo había acompañado a lo largo de su vida. Aquello era algo que siempre había dado por sentado y, ahora que no podía estar seguro ni de qué pasaría mañana, volver a hablar con su hija ya era un regalo. Tampoco necesitaba viajar mucho más, a estas alturas lo único que quería era asegurarse de que sus hijas fueran felices–. Ya veremos. De todas formas, menos mal que tenemos a tu hermana Violeta que nos mantiene informados de cómo te van las cosas por ahí. Dice que el restaurante es muy bonito, que se ha hecho famoso. Me alegro mucho, hija. Lo que no me gusta tanto es eso de que te hayas ennoviado con tu socio… –Su padre perdía la voz, y después de hablar un poco más de la cuenta, se encontraba visiblemente fatigado. Pero quería tener unas palabras con su hija pequeña. Era una de las cosas que se había prometido hacer nada más despertarse en la camilla de la ambulancia.

–Papá, ¿ennoviarse? Esa expresión ya ni se utiliza, no seas anticuado… –Se adelantó a decir Blanca un poco avergonzada por el comentario de su padre.

–Bueno, ¡pues encamarse! ¿Qué prefieres? –le contestó su padre quitándole la vergüenza de un manotazo lingüístico. Entonces Blanca se acordó de cómo se las gastaba el bueno del señor Blanes.

–Vale, papá. ¡Te había entendido a la primera! –respondió Blanca, decidida a soportar el chaparrón.

Su padre se recostó en la almohada y cogió la mascarilla de oxígeno. Ya le habían avisado las enfermeras de que a partir de ahora tenía que aprender a tomarse la vida de otra manera, porque los disgustos no le iban a hacer ningún bien a su salud. Así que mientras se relajaba, miraba a su hija. Él aún se acordaba cuando apenas levantaba un palmo del suelo y se ponía a bailar con sus hermanas en el salón de casa, haciendo que fuera imposible comprobar la quiniela mientras escuchaba “Radiogaceta de los deportes”.

–Hija, escúchame un segundo… –Blanca observó cómo su padre se agarraba a las sábanas, liberando así el dolor de tener que enfrentarse a aquel momento tan conflictivo para él, pero tan necesario para su débil corazón–. Yo no he sabido hacerlo mejor. Tu madre me decía que tuviera paciencia contigo, que eras más sensible que tus hermanas. Pero yo no la entendí, o simplemente no la escuché como debería haberlo hecho. Lo

siento, cariño. Solo quería que crecieras para que entendieras por fin de qué va esto, y supongo que ya lo has entendido, pero no del modo más adecuado. Siento haberte echado de casa, que no hayas tenido todo mi apoyo cuando eras la que más lo necesitaba de mis tres hijas…

–¡Papá, no digas eso, me lo merecía! Siempre he sido un poco estúpida, lo reconozco… –A Blanca se le inundaron los ojos de lágrimas. Jamás imaginó que su padre se sintiese culpable por haber actuado así con ella en el pasado.

–Por favor, Blanca. ¡Deja de decir esas cosas! –le interrumpió su padre dando una voz y golpeando el colchón–. Jamás dudes de ti misma. Nadie apostará por ti si tú no te quieres lo suficiente. Hija mía, fui yo el que te metió esas ideas en la cabeza, y lamento en el alma que hayas tenido que vivir con eso por mi culpa. Pero quiero que sepas que en realidad eres tan fuerte y brillante como tus hermanas, y estoy muy orgulloso de ti. ¡Mi pequeña! –Al señor Paco le brillaban los ojos, por eso dejó de hablar. Él no había llorado desde que era un crío, pero a veces la vida da la vuelta a todas esas creencias estúpidas. Ahora lo único que quería era abrazar a su hija, demostrarle cuánto la quería, daba igual si fuera llorando o riendo.

–Papá, yo soy como soy. Y la persona que me quiera querrá también mis debilidades, y yo las suyas. Tú no has hecho nada más que criar a tres niñas, cada una con un carácter incorregible, y ese trabajo me parece el más difícil y maravilloso del mundo. –Blanca no pudo decir nada más, ni tampoco su padre contestarle. Ambos llevaban demasiado tiempo separados, y por fin volvían a sentir el calor del otro, algo que tanto necesitaban para seguir adelante.

En realidad, pensó su padre, Blanca siempre había sido la más cariñosa de las tres. La que de pequeña le había regalado millones besos cada vez que lo veía, haciendo que se sintiera el mejor padre del mundo.

Y por fin, después de tanto tiempo, padre e hija se reconciliaron.

Al finalizar aquella larga semana, el médico dio el alta a aquel setentón tan carismático, que había intentado emparejarlo con alguna de sus hijas. En casa de los Blanes esperaba su madre, ya mucho mejor después de haber vuelto con la medicación y las sesiones de terapia. Así que, después de aquella breve, pero intensa, visita a casa de sus padres, ambas hermanas tuvieron que volver a sus respectivos trabajos.

–En esta familia tratamos a los locos. O hacemos locuras. O estamos verdaderamente mal de la chaveta… –comentaba Rosa en el taxi de camino al aeropuerto, mientras su hermana no se apartaba de la ventanilla–. ¿Te pasa algo, Blanca? Estás muy callada –preguntó apartando el pelo de la cara de su hermana para verla mejor. En casa no había tenido tiempo de una sesión de peluquería, así que había vuelto a su rizo natural, también para que así se callara su madre.

–No, nada. ¡De verdad! –respondio Blanca, sintiendo los ojos de su hermana haciéndole un rápido examen de conciencia.

–¿Estás segura? ¿Va todo bien por el paraíso? –Hasta ese momento no habían podido estar juntas el tiempo suficiente como para tener una conversación entre hermanas. Bueno, en realidad, Blanca no recordaba haber tenido nunca una conversación de esas con su hermana más mayor.

–No lo sé, Rosa. Creo que la he cagado… –Y Blanca no dijo más. Tan solo se quedó mirando fijamente a los bondadosos ojos de su hermana. Habrían sido testigos de mil y una desgracias, pero ahora estaban ahí: con ella. Mirándola, con una sonrisa en los labios como aquel día en la playa que Blanca nunca había podido olvidar. Porque en el mundo también tienen que existir ángeles que den calma a los que se torturan.

–Bueno, si la has cagado y es niña, podrías llamarla Rosa. Creo que esta vez volvería a ser un nombre perfecto. ¿No crees? ¡Y a mí me harías un gran honor!

–No me refería a eso, Rosa ¡No estoy embarazada! –respondió Blanca muy enfadada, haciendo que hasta el taxista se girase hacia ellas. En su familia a veces era imposible entablar una conversación como Dios manda.

–Ah, ¿no? ¿Pero tú estás segura? Porque a mí ya me ha venido la regla, y tú no… bueno, que no paras de comer chocolate y tocarte la barriga… –Y adelantándose hacia el asiento del conductor, le pidió al taxista que subiera un poquito más la radio. Sonaba *Girls just want to have fun*, de Cyndi Lauper, y aunque era una canción que siempre le había gustado mucho (especialmente por ese solo de xilofón), lo que pretendía es que ese cotilla que los llevaba al aeropuerto no estuviera tan pendiente de su conversación.

–Como chocolate porque estoy nerviosa. ¡Me refería al restaurante, imbécil! Creo que hice mal convenciendo a Carmen para que se viniese a trabajar conmigo, ahora si pasa algo y las cosas no marchan bien, voy a sentirme muy culpable.

–¡Venga ya! Deja de sentirte culpable por las decisiones que toman otros, sobre todo si ya son personas mayorcitas. Carmen sabía muy bien lo que hacía yéndose a Estocolmo, créeme. No te preocupes más y piensa solo en ti misma, ¿me oyes? Creo que hasta tú tienes una vocecita ahí dentro que te dirá lo que tienes que hacer.

–¡Sí, se llama conciencia! –le contestó Blanca a su hermana un poco cansada de que siempre la tratara como si fuese una niña pequeña.

–No, Blanca. Se llama personalidad. Y a veces es necesario reforzar nuestra identidad a través de nuestras propias acciones para saber qué clase de personas somos, ¿no te parece? –añadió Rosa, y en ese mismo instante el taxi se paró frente a la puerta de *Departures* del aeropuerto.

Blanca se despidió de su hermana después de haber pasado la larguísima cola de la aduana juntas. En medio de aquella conversación le hizo prometer a Rosa que no cometería más imprudencias y se mantendría viva, al menos hasta el nacimiento de su primer sobrino. Rosa asintió con la cabeza con los dedos cruzados a su espalda, y se despidió de ella con el saludo vulcano. Mientras se alejaban cada una a su puerta de embarque, Rosa, con solo una mochila como equipaje, le volvió a recordar su última conversación, poniéndosela en la barriga y fingiendo estar embarazada en medio del aeropuerto. Haciendo que Blanca, inevitablemente, se riera a pesar de que la situación no tuviera ninguna gracia.

Ya en el avión, decidió apagar el móvil y coger fuerzas para lo que se le venía encima. No pensaba llamar a nadie para que fuera a recogerla en el aeropuerto. Quería llegar de improviso, y ver con sus propios ojos qué estaba pasando en el Spanish Cooking.

OceanofPDF.com

Capítulo 23

Una venganza con sabor agridulce

Cuando Blanca entró en la cocina del restaurante por la puerta de atrás, diez horas después de aquella conversación con su hermana, descubrió a Carmen y Andrea con unos papeles. Andrea leía en voz alta, haciendo de traductor simultáneo, mientras Carmen lo miraba con las manos en las caderas y la cabeza alta. Hablaba de ceder todos los derechos, de que no tenía poderes sobre la marca registrada ni autoría alguna sobre los platos del menú del Spanish Cooking.

–Pues claro que no la tienes, ¿a qué viene esto? –preguntó a los dos, apareciendo de la nada por su espalda.

Andrea estaba leyendo el documento que Carmen había encontrado por casualidad en la caja fuerte del restaurante. Einar le había tenido que dar la contraseña, porque allí guardaba unos papeles que un inspector de sanidad le había pedido muy cortésmente en una visita por sorpresa.

–Todo correcto, ¡enhorabuena! –le había dicho el inspector en español al terminar su inspección. Y Carmen respiró aliviada: ¡estas cosas siempre le ponían los nervios de punta! Después de aquel apuro, se dio cuenta de lo tarde que se le había hecho, y al guardarlos de nuevo en la caja sin ningún cuidado, cayó al suelo un sobre con unos papeles firmados por Blanca.

Posiblemente no fuera nada importante, pero Carmen siguió su olfato, y por eso le pidió a Andrea que viniera un momento al Spanish Cooking antes de abrir su propio restaurante.

–¿Tú recuerdas haber firmado esto? –le preguntó Carmen arrancándole de la mano los papeles a Andrea. Ni un: ¡hola, Blanca! Ni un: ¿qué tal está tu padre? Ni un par de besos para darle la bienvenida, nada. Blanca no estaba muy desencaminada al pensar que a su amiga le pasaba algo con el restaurante.

–No recuerdo ni lo que comí ayer, ¡cómo me voy a acordar de cuándo firmé estos papeles…! –respondió Blanca, cogiéndolos ella misma y volviendo a leer todo lo que Andrea había traducido. De repente sintió un

pinchazo en el estómago, de nuevo la cruda realidad superaba mil veces su imaginación. Y mira que le había dado vueltas en el avión sobre qué es lo que podía ir mal en el restaurante, pero nunca habría imaginado ser traicionada por el propio Einar Lönnberg.

Andrea se quedó mirándolas un buen rato, y, sintiéndose cómplice de un crimen, confesó arrepentido:

–Chicas, es cierto. Einar os la ha jugado. Como siempre, se las ha ingeniado para tener el control sobre todo esto. No permite que sea de otra manera. Según estos papeles, tú no eres su socia, Blanca, ¡no eres nada! Tan solo una asalariada más. Como Carmen o como yo. Lo siento, chicas, pero comprendedlo, él me prometió que, si os ayudaba, me vendería al fin su parte de Il vecchio Lume. ¡Y llevo años intentando saldar mi deuda con él!

–¡Pedazo de cabrón! ¡Y tú lo has sabido todo este tiempo y no nos has dicho nada! Pues, ¿sabes lo que te digo?, que cojas esa puerta y te vayas… –sentenció Carmen mirándolo con desprecio, espantándolo con las manos para que se fuera.

Andrea ya le estaba dando la espalda a las dos chicas cuando escuchó un alarido de rabia y dolor.

–¡Arggg! –Era Blanca, que tras descubrir la verdad que siempre había temido, se veía impotente una vez más ante su destino. Y sin pensárselo dos veces empezó a lanzar platos contra la pared, cerca de donde estaba Andrea. Carmen nunca la había visto así de afectada, ni siquiera cuando descubrió la infidelidad de Eloy, por eso en ese instante no supo reaccionar para ayudar a su amiga.

–Basta ya, Blanca. ¡Blanca, basta! –Andrea la cogió por detrás, obligándola a que tirase lo que tenía en las manos, y envolviéndola después con sus brazos para ofrecerle un hombro donde llorar. Él ya sabía hacía mucho tiempo que Einar haría daño a esa pobre chica y que pasaría todo esto, por eso no se había apartado de ellas, para que siguieran contando con él también en ese momento.

Blanca se calmó a los pocos segundos, sus sollozos apenas se oían cuando levantó la cabeza y se quedó mirando al tablón de recomendaciones.

No era a Andrea al que tenían que echar de su restaurante…

–¡Carmen! –le llamó Blanca separándose del italiano más animada–, piensa un poco, Andrea siempre ha estado ahí para echarnos una mano. Y tanto a ti como a mí nos ha enseñado muchas cosas de cómo llevar este

negocio. Me da igual por qué lo hiciera en un principio, hoy mismo lo has llamado y ha venido, ¿no? ¿Crees de verdad que eso es una amistad interesada? Entonces, ¿por qué lo confiesa todo ahora? Sería una estupidez delatarse así…

–¡Porque está arrepentido! Einar te hace ser como él, igual de sucio y ruin. A mí intentó sobornarme, Blanca. El otro día que me llamaste, acababa de ofrecerme tu puesto de manera definitiva. Y lo hizo sin muchos miramientos. ¡Es un cretino!

–¿Qué? –preguntó Blanca sin poder creérselo, llevándose una mano al estómago, que no paraba de revolverse al tenor de los últimos acontecimientos. Aquello se estaba haciendo cada vez más difícil de asimilar, y una sensación de angustia repentina la llevó corriendo al cuarto de baño, dejándolos en plena discusión.

Carmen se quedó mirando a Andrea unos segundos, y cuando la escucharon vomitar al fondo del pasillo, en el baño de empleados, se fueron en su busca.

–¡Dime que no te has quedado embarazada! –amenazó Carmen con esas palabras a su amiga cuando por fin esta se hubo incorporado. Tenía los ojos rojos del esfuerzo y la cara congestionada. Andrea, viendo la misma escena un par de pasos más alejado, sonreía satisfecho por los quiebros que daba el destino. Ahora estaba seguro de que aquella chica conseguiría cambiar al malvado Einar que todos conocían, una segunda paternidad ensancharía ese corazón. Sabía bien de lo que hablaba.

–¡No estoy embarazada! Dejad de decir eso… –contestó Blanca realmente preocupada. Llevaba tal descontrol en su vida desde que salió disparada hacia España por lo de su padre, que hasta hoy no había reparado en ello. Increíble, sí. Pero totalmente cierto. Aunque hiciera memoria, no recordaba el último día que se tomó la píldora, solo sabía que había dejado de hacerlo. Ya en el aeropuerto, después de hablar con su hermana, descubrió en el bolso una caja vacía, ¿pero de cuándo? No, ella no era tan tonta como para olvidarse de esas cosas. Sabía perfectamente cómo funcionaba eso, simplemente… ¡había dejado de hacerlo! Si su hermana Violeta la oyese, diría que había sido su propio subconsciente el que habría hecho posible que relegara a un segundo plano algo tan importante. Premeditadamente o no, había muchas posibilidades de que estuviera embarazada del hombre que la estaba traicionando en los negocios.

En ese momento, y ya cuando pensaba que su amiga Carmen la dejaría en paz, la chef no tuvo ningún reparo en abofetearla delante del italiano.

–¿Y por qué me pegas ahora? –preguntó Blanca, sin comprender en absoluto la actitud de su amiga, llevándose la mano al lado de la cara, que estaba todavía caliente.

–Para que empieces a acostumbrarte, esto es lo que te espera de la vida a partir de ahora. ¡Ah, y esta vez no me puedes decir que no te lo avisé a tiempo! Pero a ti no hay quien te quite la venda de los ojos cuando estás enamorada. ¿Ahora qué? ¿Esto es lo que querías? ¿Ser madre a toda costa? ¡Pues vete preparando, so tontaina!

–¡Carmen! –gritó Andrea interponiéndose entre las dos chicas. Zarandear de nuevo a Blanca no iba a solucionar nada, quizá solo le provocaría más nauseas.

–¡Esta bien, chicos! –exclamó Blanca alzando sus manos–. No vamos a seguir peleándonos, tenemos que unirnos contra el que ha provocado esta situación. Te entiendo perfectamente, Andrea, porque yo también voy a luchar por lo que es mío, sea como sea. ¡Me niego a salir de nuevo huyendo! Esta vez voy a pelear con uñas y dientes por mi restaurante.

De repente, se oyeron unos aplausos, era Carmen, que la miraba con incredulidad después de escuchar su emocionado discurso.

–¿Y qué vas a hacer? ¿Apuntarle con una pistola para que te ceda el negocio? Blanca, ese tío es muy listo, lo tiene todo atado desde el principio. Ahora ha soltado a Andrea, ¡porque nos tiene a nosotras! En un par de meses ha cubierto su inversión y le estamos siendo muy rentables, por no hablar de que te tiene engañada calentándole la cama. ¡Algo que con el Roberto Benigni este no pasaba! –dijo Carmen golpeando el pecho de Andrea para provocarle, dándose con los duros huesos del pobre muchacho.

–Podrías entrar en su juego y ganarle la partida… –interrumpió Andrea, que hasta entonces escuchaba paciente, pensando cómo hacer más daño a su antiguo colega.

–¿Sí?, ¿cómo? –preguntaron las dos al unísono.

–Usando de nuevo esa sonrisa… –dijo Andrea mirando a Blanca, y en su cabeza ya se veía a la joven dueña de su propio restaurante.

El plan de Andrea era sencillo. Lo difícil para nuestra protagonista iba a ser fingir delante de Einar. Tendría que volver a sus años de actriz y hacer la mejor de sus interpretaciones. ¡De Oscar, vamos! Si no, Fox el astuto podría

sospechar y truncar sus planes. Así que debería respirar hondo para meterse en el papel, igual que hacía Marisela cuando se preparaba para una prueba. Pero esta vez la prueba era la vida misma, mi pequeña Blanes.

Mientras Blanca escuchaba sus propias pisadas en el vestíbulo de aquel majestuoso edificio, donde todo el ático era propiedad del nuevo rey midas de Suecia, intentaba visualizarse mirándolo a la cara. A esos increíbles ojos azules de los que aún seguía enamorada. Iba a ser muy complicado verlo y no pedirle explicaciones, ni soltarle un guantazo como seguro haría Carmen de estar en su situación. Debía borrar esa rabia que ahora le hervía la sangre, la misma que le hacía tener el temple suficiente como para creerse segura de llevar con éxito esta jugada maestra. ¿Y si por el contrario le venían unas inmensas ganas de llorar por darse cuenta, justo en el momento de sentir de nuevo sus labios, que toda su relación había sido una farsa?

Blanca apretó el mentón, ¡no podía fallar ahora! Y diciéndose aquellas palabras, pulsó el botón del ascensor y se vio a sí misma entrando aquella primera noche que estuvo con Einar después de la fiesta en el ayuntamiento. Si él había podido engañarla durante tanto tiempo, seduciéndola lentamente hasta que cayera tan literalmente en sus brazos, que estuviese seguro de que firmaría lo que fuese sin ni siquiera mirarlo. Es que su hermana tenía razón desde el principio, y Einar Lönnberg era un cretino profesional.

Por otro lado, y eso era aún más insoportable, posiblemente estuviese embarazada de ese cretino. Podría haber ido a la farmacia y salir de dudas en un par de minutos, ¿pero de qué le serviría? Si todo salía como ellos querían, dentro de unos días Einar no volvería a dirigirle la palabra nunca más. Y aunque se lo contase ahora, jamás querría saber de ese hijo ilegítimo. Se desentendería de él o de ella, como lo había hecho antes de su hija Marina… Así que lo mejor sería aceptar lo que viniera, porque desde un principio solo había sido decisión suya contemplar esta nueva situación en su vida.

Con aquella nube gris de malos pensamientos en su cabeza, una Blanca totalmente desengañada abrió la puerta de la casa de Einar. Entró con cuidado, tanteando la situación en aquel escenario que ya no le parecía un hogar tan bonito y agradable. Morgana apareció en seguida a recibirla, la única alma inocente entre esas cuatro paredes. Blanca se agachó para acariciarla mientras seguía sin ver rastro de su dueño. La segunda en darle la bienvenida fue la orquesta de Glenn Miller en directo, con su

conocidísimo *In the mood* a todo volumen. Desde que la española se había ido a vivir a esa casa, no solo había mejorado a pasos agigantados su pésimo sueco. Einar también se había encargado de que aprendiese a diferenciar el *jazz* del *swing*, así como de que conociera algunos de los nombres más famosos entre los artistas que lo interpretaban.

Al llegar al salón, Blanca lo comprendió todo.

Einar estaba nadando en la piscina. Daba igual que se estuviesen despidiendo de un duro mes de noviembre, a una escalofriante temperatura de cuatro grados bajo cero. Aunque la piscina fuera climatizada, nadie en su sano juicio se bañaría. Nadie excepto Einar. Ese hombre era ahora un loco obsesionado por ese deporte, porque cuando las cosas no encajaban en su cabeza se veía forzado a hacer algo con su cuerpo, y como no quería volver al juego, se flagelaba de alguna manera con el frío de allí afuera.

Por eso también sonaba la misma canción una y otra vez. Él mismo sabía que no podría pasar a la siguiente, y terminar por fin aquel maldito disco, hasta que no resolviese el grave problema que le había cerrado el estómago por completo. Pero por más que nadaba, que se cansaba, seguía sin poder ver la solución a un asunto que él mismo había ido complicando con el tiempo.

–¡Perfecto! –se dijo Blanca viendo su ordenador portátil abierto. Aquello iba a resultar muchísimo más fácil de lo que habían pensado. Ya era toda una suerte encontrarse con Einar en casa tan temprano, y casi anecdótico que no estuviese pegado a su inseparable herramienta de trabajo.

Con mucho sigilo, mientras comprobaba una vez más cómo seguía incansable haciendo largos en su piscina, Blanca se puso delante de la pantalla y abrió el correo. Pero de repente, un nuevo problema que no habían contemplado: ¿cuál era su contraseña?

La gata maulló a sus pies, dándole la solución.

–¡Claro, Morgana! –Y así lo escribió, creyéndose que el enigma se habría resuelto de inmediato. Sin embargo, el ordenador le dio un mensaje que no esperaba: aquella no era la respuesta correcta.

¿Blanca? Se dijo a sí misma que valía la pena intentarlo, pero antes de que el ordenador le diera el mismo mensaje, ella ya estaba segura de que no sería tan importante en su vida como para escribir aquel nombre todos los días.

–¡Mierda! –Aquella música tan animada empezaba a ponerla muy nerviosa. Como Einar entrase ahora mismo en el salón y la viese en la barra americana escribiendo claves en su ordenador, no iba a haber excusa posible en el mundo para disculpar su actuación.

Se puso a buscar ideas a su alrededor, entonces sus ojos se pararon en seco al mirar de refilón a aquel cuadro del pasillo. Desde ese punto apenas podía ver esa lámina dibujada a plumilla, pero sabía perfectamente de qué cuadro se trataba: era el dibujo que él mismo había hecho de su hija.

Blanca escribió entonces muy segura “MARINA”. Seguro que él habría preferido grabarlo con todas las letras en mayúsculas. ¡Qué bien lo conocía ya! Acto seguido el correo se abrió delante de ella como por arte de magia, llegando en ese mismo momento más de diez correos a la bandeja de entrada.

–Bien, bien, bien… –Ahora no podía perder mucho tiempo. Había dejado de oír el chapoteo en el agua, y, si Einar se había cansado de nadar, no tardaría en entrar en su casa como una exhalación.

Blanca viajó con el puntero a la papelera. Allí el trío calavera había supuesto que estarían los correos con propuestas rechazadas. ¡Vacía! ¿Qué clase de hombre vaciaba la papelera de su propio correo? Uno tan desconfiado como el propio Lönnberg. Cada vez encontraba más motivos para odiarlo, pero esta vez, de verdad…

Como última alternativa se fue a los correos enviados, y allí finalmente encontró lo que buscaba. Era un mensaje confirmando la cita que él había tenido con los japoneses la semana pasada, los mismos que Carmen había visto hablando con Einar.

Según Andrea, había sido un proyecto muy ambicioso que no le había salido bien al sueco, y todo porque no había puesto en él la energía suficiente.

–Si Einar hubiese querido vender realmente el Spanish Cooking a esos tipos, lo habría hecho. Pero la oferta no le pareció suficiente, según dijo, y ellos tampoco la subieron, a falta de interés por parte de Einar en vender lo que para él no tenía precio. En realidad, ninguna cantidad le habría convencido. Einar siente predilección por este local, se le nota, ¡nunca ha sentido tanta pasión por algo como por este restaurante! Y en eso, Blanca, tú tienes toda la culpa. No digo que no se merezca lo que vamos a hacerle

por haberos engañado, pero sinceramente creo que se ha enamorado finalmente de ti, y por eso anda estos días tan agobiado.

–¡Por mí como si le da una indigestión de tanto amor! ¿Verdad, Blanca? –le preguntó Carmen, queriendo que su amiga reiterase sus palabras. Pero ella no contestó, permaneció en silencio como ahora, mientras contestaba aquel correo como si fuese Einar. Pedía a aquellos hombres una segunda cita, para retomar la negociación después de haber cambiado impresiones con su socia española Blanca Blanes, que sería quien los recibiría en su restaurante mañana a las siete y media de la tarde. Con todo el restaurante lleno, para dar una visión realista de lo que se hacía allí cada día.

Si lo que decía Andrea era cierto, Einar aceptaría esta vez la nueva oferta. Si de verdad la quería un poco, la dejaría marchar con su restaurante, pensaba Blanca mientras se despedía de aquella casa.

Cuando Einar entró por fin en el salón de su casa, envuelto en una ligera neblina que desprendía su propio cuerpo debido a la diferencia de temperatura con el exterior, Blanca hacía tan solo unos segundos que se había ido. Acababa de dejar el ordenador en la barra, tal y como se lo había encontrado, y había conseguido cerrar la puerta de casa sin hacer nada de ruido. Sin embargo, él ya la había visto.

Como Blanca apenas había nadado en aquella piscina de noche –o no se había fijado mucho en el exterior cuando lo había hecho–, desconocía que desde el agua podía verse como en una enorme pantalla de televisión todo el salón de aquel ático de diseño. Así que a Einar no solo le sorprendió verla de repente en casa, sino que fuera directa a su ordenador sin intención alguna de saludarle.

Por eso, mientras la veía sentada en la barra escribiendo muy concentrada, tampoco se dio prisa en calzarse de nuevo y enrollarse una toalla de baño a la cintura. Prefería darle ventaja y tratar de adivinar después qué pretendía. Ya leería ese correo que ella estaba enviando tan acelerada, aunque podía imaginar para quién sería.

“Chica lista…”, se dijo sonriendo, aunque aquella sonrisa tuviese un sabor amargo. Blanca lo había borrado de su ordenador, pero él sabía cómo rescatarlo de la papelera. “Está bien… ¡Muy bien, Blanca!”. A Einar le pareció entonces una digna adversaria, ¡sabía que algo tenía esta chica cuando la contrató!

Solo después de un rato se dio cuenta de que había huido de él después de escribir aquello, y sintió en el alma no poder abrazarla de nuevo. Oler su perfume, acariciar ese pelo que lo volvía loco…

Al menos, se dijo a sí mismo, había salido todo bien en su casa. Si estaba aquí, y hacía ese tipo de cosas tan extrañas, es que Carmen no había tardado ni un segundo en ponerle al día. Ahora tan solo tendría que esperar a que todo este asunto le explotase en la cara, el detonador ya se había activado.

En un principio, Blanca debería haber estado conviviendo con él hasta conseguir esos datos, pero una vez que ya los tenía en su poder, no vio necesario aquel encuentro tan doloroso. ¡Por una vez en la vida, había tenido algo de suerte! Así fue como Blanca salió muy soliviantada de aquel edificio y cogió el metro como si fuera un refugio, y, ya en el interior del vagón, a salvo de cualquier maleficio, rompió a llorar con todas sus fuerzas.

–Y entonces, ¿no lo viste? ¿Ni él te vio a ti? –insistió de nuevo Carmen después de meterse en la cama que compartiría esta noche con su amiga.

–No; bueno, sí. Yo lo vi en el agua, nadando. Él estaba fuera, y no me podía ver a mí –Blanca notó el roce de los pies helados de Carmen, y se acordó de todas las veces que Einar se metía entre las sábanas para calentárselos.

–¡Qué tío más loco! ¿Es que aquí no tienen frío o qué les pasa? –Carmen tenía en la cocina de su casa un calendario donde tachaba los días que le quedaban para irse de vuelta a España, apenas quince. Todavía no se había acostumbrado a tener que salir a la calle forrada en tejido térmico hasta las orejas, que no despuntase nunca el día, y a ese idioma tan extraño que ahora hasta su hijo hablaba a las mil maravillas.

–Einar utiliza la natación como válvula de escape, creo que Andrea tiene razón.

–¿Razón? ¿En qué? ¿En que en realidad está enamorado de ti? ¡Venga ya, Blanca! –Carmen tenía que dormir con las sábanas perfectamente dobladas, y sin arrugas en las mantas. Así que la paciente Blanes la dejaba alisar obsesionada su lado, mientras ella divagaba.

–No, ya sé que nunca ha estado enamorado de mí. Por eso al menos tuvo la decencia de no decirme a la cara que me quería, ¡ahora lo entiendo! Pero Andrea también dijo que esta situación le tenía agobiado, y está en lo cierto.

Estoy segura de que apenas duerme pensando en cómo terminará todo este lío… –dijo Blanca casi en un susurro, con la mirada perdida en el fondo de aquella desnuda habitación que era el dormitorio de Carmen.

–¡Pues que se joda! Blanca, es un miserable que hace miserables a los demás. Un perfecto gilipollas, ¿quieres que siga? –exclamó Carmen al ver que su amiga estaba a punto de llorar otra vez.

–¿Y si estoy embarazada? –le preguntó Blanca mirándola a sus ojos aguamarina, los suyos ahora estaban inundados de lágrimas cargadas de culpabilidad.

–Pues serás una madre estupenda, ¡no he conocido a una mujer a la que le gusten más los críos que a ti! Ya era hora de que tuvieras uno y dejaras a los hijos de los demás en paz.

–¡Pero yo no quiero ser madre así, en estas circunstancias! –Y solo después de decir aquello, fue consciente del verdadero significado de esas palabras. Su deseo por ser madre había ido más allá de su razonamiento, y ahora tenía que ser consecuente con sus actos.

–Y yo no quiero medir uno sesenta, ¡pero aquí estoy en el mundo con mi palmito! No podemos tenerlo todo en esta vida, Blanca. Si no, esto de vivir la vida sería como estar soñando… –Carmen se tumbó por completo en la cama. Estaba tan cansada que le pesaban los párpados como si fueran dos piedras.

–¡Pues ojalá no me despertase nunca…! –Y aquella frase sonó tan amenazante para su propio futuro que Carmen tuvo que pararle los pies antes de que siguiera hablando.

–Te digo una cosa, amiga: ¡Como cojas una botella a partir de este momento, aunque sea darle un sorbo a una copa, no vuelvo a hablar contigo! Ya sabes de qué hablo, ¿verdad? –le advirtió, apuntándola con un dedo–. Aunque estés de bajón, y tu vida sea un infierno, no te voy a perdonar ni lo más mínimo. Como te vea bebiendo, te juro que te doy una torta con la mano así, abierta, que te mando de vuelta a tu casa… –Blanca no pudo evitar sonreír al ver a su amiga tan seria–. ¡Sí, sí! Tú ríete. Pero las collejas que os daba vuestro padre no van a tener nada que ver con la hostia fina que te voy a regalar yo…

–Creo que mañana iré a casa de mi hermana Violeta –dijo pensando en voz alta para intentar cambiar de tema. Ahora que se podía hablar de un posible embarazo suyo, no quería saber nada. Ni siquiera comprobarlo.

–Oh, sí, desde luego. ¡Tienes muchísimas cosas que contarle! –dijo Carmen. Había sido un día muy largo, y el día siguiente prometía ser aún peor. Así que apagó la luz de la mesilla de noche, dejando a su amiga a oscuras con sus propios pensamientos.

–Buenas noches, Carmen –dijo Blanca con la voz temblorosa, girando su cuerpo al lado contrario del de su amiga y llevándose una mano inevitablemente al estómago.

–"Buen… ches, Lanca"–contestó la chef, ya medio dormida.

Al día siguiente, Blanca aprovechó el viaje a la casa de su hermana para vestirse adecuadamente. Su gran cita con el señor Himura merecía un cambio radical, y con aquella ropa que había traído de casa, no iba a venderle nada a nadie. Algo que había aprendido de Lönnberg era a cuidar mucho esa primera imagen, porque abría una puerta a todo lo demás…

En el armario de Violeta siempre había una colección de trajes chaqueta de firma que le darían un toque ideal a esa nueva Blanca en la que se estaba convirtiendo, y que ya quería ver frente a un espejo. No había perdido esa humanidad que la caracterizaba, ni su ternura, pero había aprendido a protegerlas de los zorros astutos que merodeaban por esas montañas.

Empezando de pies a cabeza, se iba a lucir con unos cómodos salones de ante beis, con la altura justa para estilizar sus piernas, para no cometer ninguna torpeza de las suyas. Una falda lápiz de estampado geométrico donde primaba el color rojo, un color que no había elegido por casualidad. La blusa de seda de color crudo, de lo más sencillo y natural, servía para realzar el cabello oscuro que caía en una onda ancha sobre sus hombros. Y como cierre final para ese conjunto, un abrigo rojo de lana fría, muy entallado, con doble botonadura y cuello envolvente, tan amplio que llegaba a la altura de su barbilla y se cerraba con un último botón en el hombro izquierdo.

–¿Por qué toda mi ropa te sienta siempre mucho mejor a ti que a mí? –le preguntó Violeta a su hermana, sin querer realmente oír la respuesta. Ahora que estaba empezando a engordar, se había acostumbrado a ir vestida con jerséis *oversized* y mallas oscuras, así que todo aquel ropero solo servía para recordarle que en algún momento de su vida volvería a usar la talla 36. ¡Por no hablar de la aburrida ropa interior de algodón cien por cien! Ahora

que las hormonas se estaban revolucionando en su interior, no había un solo sujetador premamá en toda la ciudad que resultase medianamente provocativo.

–Porque tú tendrás el buen gusto, pero yo la percha. ¿Qué te parece? –le preguntó señalándole un bolso de cuero marrón aleteando sus gruesas y largas pestañas.

Violeta iba a recordar a Blanca los días en los que había sido incapaz de mirarse al espejo, porque cualquier persona en la faz de la Tierra era mejor que ella. Ahora, en cambio, daba gusto verla. Se había aceptado tal y como era, ¡una mujer que se quería de pies a cabeza!

–No, mejor el otro –contestó Violeta señalándole una cartera de piel en un tono más claro, exacto al de los salones que llevaba.

–¡Ah, sí! Tienes razón. ¿Sabes qué, hermanita? Ojalá tuvieras el mismo estilo para elegir los muebles, ¡entonces hasta se podría vivir bien en tu casa! –Después de aquel comentario, Blanca tuvo que esquivar una bota que le lanzó su hermana desde la otra punta de la habitación.

Al menos, pensó Violeta mientras la veía alejarse después de haber desayunado juntas en el Mellqvist Kaffebar, no parecía muy afectada después de saber que su idolatrado Einar Lönnberg era como todos pensaban: un egoísta que solo amaba el dinero.

Puede que, aunque le costara aceptarlo, su hermanita se estuviera haciendo mayor.

Mientras Blanca preparaba el encuentro en el restaurante, se decía a si misma que en aquel momento se jugaba el futuro de ella y de su amiga. Debía vender la idea del Spanish Cooking de tal manera que aquellos hombres doblasen su oferta por algo que ya habían visto, de manera que Einar no pudiera rechazarla.

De pronto, recordó una conversación que había mantenido con Einar cuando tan solo era empleada suya:

–¡En nada te estoy quitando el puesto!

–Estoy seguro de ello… –le respondió aquel día, dándole la espalda.

Era gracioso comprobar cómo el destino es capaz de jugar con nuestras propias palabras.

Cuando llegó el señor Himura al Spanish Cooking, Blanca no esperaba ver a un viejecito encantador, apasionado por todo lo que tuviera que ver con España y su cultura. Que sabía hablar perfectamente español, y hasta la

saludó recitando un poema de García Lorca del que nunca había oído hablar pero que seguro existía.

Blanca se quería morir. Lo único que recordaba del poeta era el nombre del protagonista de *La Casa de Bernarda Alba*: Pepe el Romano; una obra de teatro que la habían obligado a leer en el instituto y que había sido la que había iniciado su pasión por la lectura. ¡Si le hubiesen dicho que aquello iba a convertirse en una batalla cultural, habría estudiado! Seguramente no habría servido de nada, porque ella nunca había sido muy buena haciendo codos, pero al menos se habría preparado para esta batalla.

Himura venía acompañado de su hijo, que no recitó ningún poema (ni siquiera un *haiku*), pero que sabía muy bien a qué habían venido. Enfrente de él, y detrás de Blanca, estaba Carmen. Vestida impoluta, con su nombre en la solapa de la chaqueta blanca de chef y con una sonrisa de fábula que le había pedido prestada a su amiga.

Blanca empezó disculpando al señor Lönnberg en aquella nueva entrevista, pero se dio cuenta en seguida de que los ojos de aquellos hombres bailaban más allá de donde ella estaba.

No era lo mismo llevarlos a ese restaurante a puerta cerrada que en hora punta: los olores que se mezclaban en la sala de las diferentes comidas que iban y venían, las caras de la gente saboreándolas. De repente, unas risas que salían del patio interior, procedentes de un grupo de muchachos que habían quedado allí para aprender a diferenciar un rioja de un jumilla. Hasta un camarero que esquivó delante de ellos a un niño que salía corriendo hacia el baño con su hermano, fue el escenario perfecto que quería obtener Blanca. Ese era su restaurante, el que ella había luchado tanto por volver a abrir, y que cada día se molestaba en sacarlo adelante a base de mucho trabajo.

De repente, el señor Himura le preguntó por la canción que sonaba en ese momento, algo que agradó a Blanca muchísimo, porque ni ella misma se estaba dando cuenta de la música hasta que aquel hombre ya anciano le hizo hincapié en esa voz de mujer tan peculiar y esa guitarra española con una base más moderna.

–El título de la canción es *Pokito a poko*, del grupo Chambao, señor Himura. –Y mientras Carmen se los llevaba hacia la cocina, Blanca se dijo a sí misma que aquel hombre no era tan diferente a ella a pesar de la edad.

La visita fue todo un éxito, o eso les pareció a las chicas, que se miraban entre sí para darse ánimos. Pero Blanca seguía nerviosa, ahora venía lo peor: la negociación. Y en eso Einar siempre le había echado una mano cuando la cosa estaba difícil. Hacer una venta a la par había llegado a ser su especialidad, y nunca se les había resistido nadie. ¡Por algo hacían buena pareja desde el principio!

De modo que, cuando entraron en el reservado y se sentaron en aquella mesa acondicionada para la entrevista, ella guardó unos segundos para pensar un poco en cómo comenzaba él ese tipo de reuniones.

–Blanca, ¿a qué esperas? –le preguntó Carmen, pues no podía creer que en ese preciso instante su amiga se hubiese quedado en blanco, ¡con lo bien que estaba saliendo todo!

En el momento en que abrió la boca para empezar a hablar, alguien les interrumpió llamando a la puerta del reservado. De repente, las dos chicas se miraron sin comprender, y al segundo vieron entrar al mismísimo señor Lönnberg.

Einar Zacarías Lönnberg, el mismo que había salido hacía una semana en la revista *Forbes* como emprendedor del año. Y disculpándose por el retraso, estrechando la mano a los japoneses con esa exquisita educación que siempre le acompañaba, se sentó junto a Blanca, dedicándole antes una sonrisa de las suyas.

Ella, muda, viéndolo actuar como si nada hubiese pasado y fuera conocedor absoluto de aquella cita con el señor Himura, se quedó paralizada.

Einar, viéndola sin capacidad de reacción ante su presencia, le pidió en voz alta y muy amablemente que por favor continuara. Que él también la escucharía con agrado…

Blanca miró entonces a Carmen, que estaba sentada al otro lado y que, como ella, no entendía lo que estaba sucediendo. ¿Pero desde cuándo Einar sabía algo de aquella reunión? ¿Quién se lo había dicho? ¿Habría sido Andrea? ¿Les habría traicionado otra vez?

Continuó el silencio entre esas cinco personas. Así que Carmen le dio un puntapié a su amiga para que empezase a hablar ya de una vez, y Blanca se dio por enterada. Pero… ¿cómo iniciar ahora aquella negociación? Fuera lo que fuera lo que iba a decir, ya se le había olvidado. Solo podía estar pendiente de Einar: de su respiración agitada por las prisas, del olor de su

perfume, de sus brazos alargados y extendidos sobre aquella mesa a su lado, pero, sobre todo, de su reloj de esfera oscura ahora visible para todos. Eran las ocho menos cinco; durante casi media hora había estado segura de que lo conseguirían. Pero ahora él estaba allí, y había que descender al mundo real. Había venido para demostrarle quién era en realidad, que con él no se jugaba. Para darle una última lección magistral a la pequeña Blanes.

–Ruego me disculpen, yo no… –Einar la sujetó por la muñeca justo en el momento en el que iba a ponerse en pie y salir de aquella sala, dándose ya por rendida. Y dejando delante suya una carpeta, le susurró algo al oído:

–Lo estabas haciendo muy bien, Blanca. ¡No pierdas ahora esta venta! –La española no comprendió muy bien aquellas palabras de ánimo procedentes de Einar, por eso abrió un poco aquella carpeta, lo suficiente como para saber qué era lo que había allí dentro. Eran los papeles que había firmado engañada, los que la dejaban sin ningún derecho respecto a ese restaurante. Ahora estaban hechos trizas, triturados mecánicamente. Einar quería demostrarle así que había cambiado su plan. Que lamentaba haberla engañado de esa manera tan rastrera, y que por eso estaba allí, ayudándola. De modo que aquella sonrisa suya le pareció tan natural: realmente se sentía feliz por haber tomado esa decisión.

Entonces… ¿había venido a ayudarla?

No tardaría mucho en comprobarlo.

Las palabras fluyeron casi solas de su boca, estaba tan segura de lo que quería decir, que en seguida su pasión por aquel restaurante hizo desaparecer cualquier atisbo de miedo o duda. La idea era estandarizar ese modelo de restaurante y hacerlo internacional. Podían hacer algunos cambios en el menú para rentabilizar los aranceles de los distintos países donde se abriera un Spanish Cooking, pero no muchos, para no perder la garantía de estar comiendo un producto verdaderamente español, con denominación de origen garantizada. El restaurante tenía una muy buena base como concepto, y eso era lo que más les había gustado a los japoneses desde el principio. Al señor Himura, además, le habían encantado las atenciones y facilidades que se les daba a los pequeños consumidores. Detalles como que hubiese sala de lactancia con un cambiador, o ceras para pintar con el cubierto infantil: cosas que Blanca se había preocupado de ir incorporando poco a poco, aceptadas por un resignado Einar.

¿Las condiciones para aceptar el nuevo precio que ahora fijaban Lönnberg & Company? Que la expansión comenzase en el continente asiático, ya que la familia Himura sería a partir de ahora el inversor mayoritario. De todas formas, Einar no había permitido perder el control absoluto de “la niña de sus ojos”. Se quedaría con un tanto por ciento pequeño, pero lo suficientemente importante como para que tuviesen que contar con él antes de tomar cualquier decisión. De ahí, el ajuste al máximo del valor de aquella transacción: era la primera vez que Einar prefería perder dinero antes que el poder absoluto sobre el destino del Spanish Cooking. (Porque algo le decía que aquello iba a convertirse en su jubilación anticipada.)

De allí, y en tan solo un par de años, tenían previsto expandirse hacia América y Europa. Ese era su proyecto a medio-largo plazo, dependiendo de la acogida que tuvieran en el continente asiático.

–¡Seguro que nos reciben con los brazos abiertos! –exclamó Einar, tomando así la palabra. Y lo hizo de la mejor manera, ensalzando las virtudes de las dos mujeres que estaban sentadas a su lado. Explicó al detalle su historia en común, y de cómo ellas solas, con esa asombrosa tenacidad que las caracterizaba, habían conseguido el notable éxito de ese restaurante–. Estas señoritas han convertido sus sueños en objetivos, y estos últimos en metas alcanzables gracias a su esfuerzo y trabajo diarios. Ellas pensaban que iban a abrir un modesto restaurante de fin de semana, y a día de hoy es un lugar muy recomendado por los turistas que visitan Estocolmo. –Y ambas chicas lo miraban sorprendidas. Ellas ni imaginaban que fueran tan famosas, ni que él las tuviese en tan buena estima.

Carmen se mordía el labio para no soltar ninguna bordería de las suyas. Odiaba ese peloteo empalagoso con el que las estaba embadurnando. Para ella no hacía falta decir que eran buenas, que se vinieran a su cocina un día entero y vieran lo que valía. Mientras, Blanca, le pisaba el pie para que siguiera mordiéndose el labio hasta el final de la almibarada intervención de Einar. A veces se pasaba, pero él mejor que nadie sabía lo que se hacía.

Einar pretendía con sus palabras que aquel restaurante en Estocolmo, el primer Spanish Cooking que realmente había triunfado como se merecía, no se cerrara con el cambio de dueños. Quería que ese fuera el buque insignia de todos los profesionales que quisieran venir hasta allí para aprender en

directo del buen hacer de Carmen y su equipo, y hasta propuso la posible candidatura de Blanca como directora comercial de la marca.

–¿Que, quéééé? –saltó Blanca en su silla, mirando a Einar como si acabase de decir que era capaz de cruzar a nado el estrecho de Gibraltar. Lönnberg simplemente se volvió hacia ella sonriente, había sido un placer para él cerrar de aquella manera ese negocio que tenía pendiente con el señor Himura. Él solo no lo habría conseguido, desde luego.

–¿No te suena bien? –le dijo al oído, apartando disimuladamente un mechón de su pelo–. ¡A mí me parece que estarías fantástica en ese puesto! –Era un placer tenerla tan cerca de nuevo, se sentía satisfecho de todo lo que estaba sucediendo en ese momento, de catapultar a Blanca a otro nivel. Lo único que lamentaba era no haber corregido antes aquel error.

Había aprendido la lección demasiado tarde…

Padre e hijo comenzaron a discutir en su idioma. Einar les miraba concentrado, intentando traducir algo de lo que decían, mientras Blanca y Carmen esperaban que el sueco les adelantase algo. Estaba claro que no les gustaba su idea, o había algún punto en el que no estaban de acuerdo, así que la habitación se llenó de gritos y exclamaciones japonesas que ninguno de los tres supo descifrar.

De repente, el hijo del señor Himura se quedó en silencio, mientras su padre inspiró haciendo de aquella una pausa interminable. Los tres ofertantes no sabían adónde mirar, así que se quedaron esperando a que el anciano hablase. Ahora él tenía los ojos clavados en Blanca, y parecía como si estuviera tratando de hipnotizarla.

A los pocos segundos pareció despertar de sus pensamientos y sonrió a la muchacha para tranquilizarla un poco, hasta él se había dado cuenta de que la pobre Blanca se había olvidado de respirar durante unos segundos. Himura tenía arrugas por toda la cara, pero no parecía perder esa sonrisa de niño pequeño. Su espíritu jovial le había ayudado a seguir buscando la manera de regalar momentos irrepetibles al mundo: una comida, un té, un concierto. ¿De cuántas maneras había enamorado a una mujer? Incluso leyendo un libro de poemas en un idioma extranjero…

Él sabía muy bien que lo único necesario en esta vida para tener éxito era sentir ese fervor que había visto en los ojos de Blanca. Todo lo demás se podía pagar con dinero. Sin apartar sus diminutos ojos de ella, fue

entrelazando los dedos de sus manos delgadas, y solo cuando terminó de hacerlo dijo en español:

–Hay una cosa que no entiendo, señorita Blanes… –Einar se echó hacia atrás en su asiento mientras esperaba impaciente a que terminara por fin aquella frase. Necesitaba respirar para tranquilizarse. Tiró del cuello de su camisa, volvía a sentirse estrangulado por el nudo de su corbata–. ¿Por qué se desprende usted de todo esto? Es su casa, su familia. Ama este sitio como si fuera un hombre: sin limitaciones. No me hace falta aprender más su idioma para saber que es cierto. Usted, señorita Blanca, es puro sentimiento. Es eso lo que transmite, y por eso ha obtenido ese efecto tan inesperado. Normalmente la gente no abre su corazón a desconocidos, y usted lo ha hecho sin temor alguno. –Einar agachó el rostro y se sonrió muy débilmente. Aquel viejo sabio no podía haber acertado mejor en aquella descripción.

–Verá, señor Himura… –contestó Blanca sin saber muy bien qué iba a decir–. Desde el principio he considerado este restaurante como si fuera mi hijo. Pensará que es una locura, pero yo soy así. La idea de este local se gestó entre Einar y yo, haciendo que “pokito a poko” fuéramos queriéndolo más y más. A pesar de mis múltiples temores, gracias a él, terminé creyéndome que sería una buena madre. ¡Y le puedo asegurar que el día de su inauguración fue para mí como un parto sin dolor! –A Carmen le hizo gracia aquel paralelismo que estaba creando su amiga con su trabajo. Y Blanca, mirándola a los ojos, añadió–: Asistido por la mejor de las matronas: nuestra magnífica chef, Carmen García. Ahora, señor Himura, este pequeño, pero muy querido restaurante, se nos ha hecho grande de repente. Y yo, como toda madre que se precie, deseo lo mejor para él. Por eso he decidido que lo más conveniente es que se vaya con ustedes, y vea mundo. No podría estar más orgullosa…

Al señor Himura le gustó aquella breve narración. Era tan dulce como la cara de esa joven que tenía enfrente, que, emocionada por sus propias palabras, dejaba resbalar en silencio una lágrima por su mejilla izquierda.

–Está bien, señorita Blanes –dijo el buen hombre, ofreciéndole un pañuelo de seda que sacaba de su solapa como por arte de magia–, creo que usted merece ser testigo de ese éxito. Yo sería incapaz de separar a una madre de su hijo pequeño. Si le complace, me haría un gran honor acompañándonos en esta aventura. ¿Qué me dice?

OceanofPDF.com

Capítulo 24

El secreto

Cuando Einar recibió la llamada de Carmen diciéndole que acudiera en persona al recién aperturado Spanish Cooking más internacional, en el mismísimo barrio de Shibuya en Tokio, supo que aquella extraña petición encerraba algún pequeño secreto que no estaba dispuesta a confesar.

A pesar de que él se había disculpado ante Carmen como merecía, delante de todo su personal de cocina, dejándose en evidencia al ser ya un personaje tan notorio. Su relación con ella se había cortado definitivamente después de aquella negociación conjunta. Por eso era tan extraño que precisamente Carmela, la que tanto le odiaba desde el principio de los tiempos, ahora fuera capaz de recordar su número y marcarlo para hablar con él y decirle que viajara hasta Tokio.

¿Por qué? ¿Qué tenía que ver allí?

–Por cierto, muy guapa… –Eso fue lo último que Einar recordaba haberle dicho a Blanca antes de irse de aquella reunión en la que no había sido invitado, golpeando la mesa con sus nudillos a modo de despedida. ¿Para qué prolongar más aquella muerte anunciada? Ahora el destino de Blanca había cambiado, y él ya no estaba presente en ese nuevo camino que le habían ofrecido recorrer a solas.

Definitivamente, a Einar le dolía más de lo que esperaba darse cuenta de que había perdido a una mujer increíble, que le había dado la mejor lección que nadie podía darle: no hay nada más fuerte que el amor por algo en esta vida. Capaz de convertir a un astuto zorro en un arrepentido corderito que ahora se lamentaba de haberse pasado de listo. Y así se lo hizo saber a Blanca antes de abandonar el reservado, pero Blanca no quiso escucharlo, ni siquiera mirarlo. Su cuerpo entero estaba rígido, esperando a que él se fuera por donde había venido, dejándola sola con su nuevo futuro.

–Simplemente, ve, Einar. ¡Allí hay algo que tienes que ver! –le dijo Carmen sin más a través del teléfono. Se refería a Blanca, claro. ¿Pero ella lo querría ver a él después de lo que le había hecho? Porque entregarle esa

carpeta con los documentos destruidos y ayudarla a poner en manos más expertas que las suyas el restaurante no había servido de mucho. No podía corregir de un plumazo el error tan grave que había cometido: haberla subestimado.

El no haber cedido todos los poderes a los japoneses del Spanish Cooking le había ayudado a conocer, como socio minoritario que era de la marca, que la señorita Blanes había llegado a ser nombrada coordinadora de expansión. Un puesto que le había hecho engordar de orgullo al propio Einar. ¡Vaya con su pequeña Blanca!

–Su bonito trasero –como le había dicho literalmente Carmen en aquella llamada tan desesperada– no se está quieto en una ciudad más de treinta días (tiempo récord en el que tardaban en hacer un restaurante idéntico al modelo de Estocolmo). ¡Pero sé que en breve se va a tomar un merecido descanso!

–¿Unas vacaciones? –le preguntó interesado Einar. No podía olvidar las últimas que él había disfrutado junto a Blanca en el Caribe.

–Sí, pero acompañada. Muy bien acompañada… –Carmen le había dejado tan en el aire aquella frase que no sabía si se refería a que estaría junto a sus hermanas o que de nuevo tenía pareja.

El avión que salió de Gotemburgo hacía dieciséis horas no había ayudado mucho al señor Lönnberg en su pensamiento sobre qué estaba haciendo él metido en un vuelo hacia Tokio. Ya no le quedaban películas por ver, o revistas que leer. Estaban a punto de aterrizar, y por eso tampoco le dejaban abrir su portátil de nuevo. Tenía el mismo azogue de un niño pequeño, y es que no podía evitar sentirse incómodo cuando no era él quien controlaba la situación. Le faltaba esa voz tan dulce susurrándole al oído, su perfume a rosas, el pasar muy lento de las páginas de ese libro de romántica que le había hecho sonreír de vez en cuando. Gracias a Blanca, aquel vuelo al Caribe había sido el primero en el que había conseguido dormirse como un bebé. De un modo u otro, siempre la necesitaba…

Resignado, se dedicó a mirar por la ventanilla un fondo tan oscuro como su postal, mientras pensaba en lo absurdo de aquel viaje. ¡Si le hubiesen dicho hacía un par de años que iba a recorrer más de ocho mil kilómetros por amor, se habría “partido la caja”! Y el propio Einar sonrió ante su ocurrencia: todo le recordaba a Blanca. No podía seguir así, tenía que verla para hablar con ella o iba a volverse loco.

Así que allí estaba. Saliendo de la estación hacia el famoso cruce de Shibuya, pasando junto a la estatua de Hachiko sin darse cuenta, porque ya había visto en uno de esos famosos letreros luminosos lo que esperaba: una señal que le indicase que iba por el buen camino.

Frente a él se proyectaba una película animada de apenas doce segundos donde una bailarina flamenca, ahora con rasgos tan bien definidos que parecía real, se intentaba peinar sus rebeldes rizos en un moño. Mientras la multitud se agolpaba a su alrededor, Einar miraba absorto aquella gigantesca pantalla. Ese dibujo ahora era exacto a Blanca. Habían conseguido reproducir su expresión corporal al detalle, como si de un videojuego se tratase: uno en el que ella era la heroína absoluta.

Einar anotó la dirección en su móvil y se dirigió hacia el restaurante, mientras una nube de personas le envolvían al adentrarse como él en el centro de la ciudad.

Fue chocante ver la puerta del Spanish Cooking que él había diseñado al final de la calle Center Gai. Ya solo con verla, le pareció estar de nuevo en Estocolmo. Y nada más entrar allí, y encontrarse frente a la piedra caliza iluminada, le pareció imposible calcar algo de manera tan exacta como habían conseguido hacer. ¡Ese sitio era idéntico a su Spanish Cooking!

Habrían tenido que ser unos meses muy difíciles para su pequeña Blanca. En este continente abarrotado de gente, pero sintiéndose tan sola. En el que apenas nadie hablaba su idioma, ni siquiera por casualidad. Alejada de sus hermanas, de su mejor amiga, ¿de él? Viviendo en hoteles, recordando como él estaba haciendo a cada momento algo de lo que había ocurrido en aquellas instalaciones: como cuando la recogió de Il vecchio Lume para enseñarle por primera vez el restaurante ya reformado y gritó que era precioso nada más entrar en él, con las luces todavía apagadas.

De repente una chica no asiática se tropezó con él y, al mirarlo, sonrió mecánicamente:

–*Follow me, please* –le dijo a Einar. Y obediente se fue detrás de la amable muchacha, cruzando el salón con paredes color vino que él mismo había dibujado para Blanca–. *Mr. Marshall* –murmuró la chica al abrir la puerta del reservado que Einar tan bien conocía; y, dejándola entornada, le dijo con la mano que pasara.

No, él no era el señor Marshall, ni tampoco sería bienvenido. Pero valía la pena intentarlo. Así que el joven Lönnberg acomodó sus hombros en

aquella chaqueta arrugada, y con un pequeño carraspeo, hizo levantar el rostro de Blanca de sus papeles.

–Hola –dijo Einar en español mientras se cerraba la puerta.

Blanca frunció el entrecejo nada más verlo, como si su cerebro le estuviese enviando una información equivocada. No podía ser que él estuviera aquí, ¿verdad? Por mucho que le extrañara, no podía estar viéndolo ahí enfrente de ella, sonriente.

Como ella no decía nada, fue él quien empezó a hablar. Había visto que en la mesa donde apoyaba sus codos tenía, además de un portátil abierto, algunos papeles que parecían un abultado currículum. Seguramente estaba haciendo entrevistas. ¿En qué idioma las estaría haciendo? Y mientras se formulaba aquella pregunta, se fue hacia la silla vacía que tenía enfrente Blanca.

–¿Puedo? –le preguntó a la muda que seguía sus movimientos tan detenidamente. Ella había transformado su rostro, y ahora tenía una expresión entre anonadada y molesta, que a Lönnberg le parecía muy divertida.

Su pequeña Blanca había cambiado desde la última vez que se habían visto. Ahora lucía un pelo alisado increíble que ni en sus mejores sueños habría conseguido. En su corta estancia en este país había podido experimentar lo que eran las sesiones de belleza en las cabinas tokiotas, algo que toda mujer debería probar al menos una vez en su vida. También de allí procedían esa manicura impecable, o aquellas pestañas de vértigo. Pero Einar no se había dado cuenta solo de eso, “algo más” había cambiado en ella. Quizá fuera su cara, más redondeada, tan mullida como la de una muñeca de trapo feliz por ser ella misma al fin. Sus ojos recorrieron en una milésima de segundo todo su busto mientras tomaba asiento, la veía aún más hermosa que antes. Irresistible.

–¿Qué haces aquí? –preguntó Blanca por fin, ladeando la cabeza, haciendo que algunos mechones de su flequillo liso resbalasen por su frente.

–Sí, eh, ah… ¡Vengo a la entrevista! Pero creo que tu secretaría me ha confundido por otro. Ese tal Marshall debe estar ahí fuera esperando a que alguien le llame, vaya, ¡espero que no tenga prisa! –dijo Einar mientras se acomodaba en el asiento, apoyando sus alargados brazos en aquella silla y

desabrochándose el botón de la chaqueta con un solo movimiento. Tan impecable como siempre, muy al estilo Lönnberg.

–¿A la entrevista? –repitió Blanca–. Si ni siquiera tienes tiempo para hacer un vuelo de casi veinte horas, ¿qué demonios haces aquí, Einar? –Su tono de voz no parecía molesto por su presencia, simplemente tenía curiosidad por saber qué le había llevado hasta allí. Junto a ella.

–Verá, señorita Blanes… acabo de aterrizar prácticamente. Por casualidad leí su anuncio, y me vine con lo puesto hacia aquí. ¡Pensaba que no iba a llegar a tiempo! –Einar no solo había repetido de manera exacta lo que Blanca había dicho aquella primera noche en la entrevista de trabajo más larga de la historia, sino que además había intentado imitar su tono de voz y sus gestos al hablar. Todo para sacarle una sonrisa y hacerle bajar la guardia. Era él, Einar Lönnberg, y para nada era su enemigo.

–Eres muy tonto, ¿lo sabías? –Y Einar se percató entonces de dónde había dejado Blanca sus manos al reclinarse en el asiento: sobre su barriga. Aquella extraña curva que le hacía su camisa, ese escote pronunciado… Todo iba dándole pistas a nuestro astuto zorro.

–Llevo diciéndome eso mismo desde que te fuiste de Estocolmo. –No es que el sueco tuviese pensada aquella frase, simplemente le salió del alma al empezar a comprenderlo todo. Blanca, sin embargo, no sabía si quería oír algo así de él. Apretó los labios, tenerlo allí enfrente era demasiado para ella. Se había prometido ser fuerte si llegaba este momento, pero parece ser que jamás estaría preparada para alguien como él.

–¿Por qué has venido? –repitió Blanca, y, sin creérselo, tuvo fuerzas suficientes para mirarlo a los ojos. Esos ojos increíblemente azules que aún veía en sus sueños.

–Porque quería verte… –respondió Einar sin apartar los ojos de su vientre–. ¿Cuándo pensabas decírmelo? –Y Blanca se sintió de nuevo desnuda ante él. Hacerse la valiente era misión imposible con aquel hombre que había llegado a comprenderla tanto. Su pequeño secreto había sido desvelado por fin, y, en parte, era algo que deseaba que supiera.

–Cuando regresé de España lo sospechaba. Empecé con las náuseas matutinas, los vómitos, las angustias… pero no quise comprobarlo hasta que me vine aquí. En Estocolmo estuve muy ocupada con otros asuntos, ¿recuerdas? –respondió Blanca mientras ordenaba sus papeles.

–Recuerdo que intenté enmendar mi error lo más rápido que pude, pero no te pedí perdón como merecías. Ahora he venido para decírtelo en persona; si no, creo que tu hermana va a tener que llevarme a un sanatorio.

–¿Por qué? ¿Tienes remordimientos por lo que hiciste? –le preguntó Blanca con una leve sonrisa. Einar no le respondió, asumiendo toda su culpa. Y aquel silencio le ayudó a Blanca para ir atando cabos en su cabeza–. ¡No me digas más! Ha sido Carmen la que te ha dicho que vinieras, ¿verdad? Solo ella tiene la culpa de que estés aquí. Si no, jamás habrías venido… –Y aquella última frase la dijo como resolviendo el enigma de quién era el asesino en una novela de Agatha Christie.

–He venido porque te quiero, Blanca. Y lo único que siento es haber tardado tanto en decírtelo… –dijo Einar con un tono grave en su voz. Justo en ese instante, la muchacha de la entrada les interrumpió asomándose por la puerta del reservado. Al parecer, había encontrado al verdadero señor Marshall.

Blanca repitió varias veces en un perfecto inglés que esperase un minuto más, que aún estaba ocupada, y durante todo ese tiempo no dejó de mirar a Einar. Parecía emocionado, a la vez que nervioso, nada que ver con el señor Lönnberg que ella conocía, tan seguro de sí mismo. Se estaba haciendo a la idea de la noticia: iba a ser padre de nuevo.

Finalmente, Blanca decidió levantarse de aquella silla, haciendo más evidente su avanzado estado de gestación. Y sin perder en ningún momento el control sobre sus tacones, fue ella misma a abrir puerta del reservado. Hoy tenía que encontrar a su sustituto, y aún no lo tenía nada claro. Einar solo conseguía distraerla.

–Buenas tardes, Einar. Que tengas un buen día… –le dijo al paciente Lönnberg sin más. Y martilleando con sus uñas de porcelana el umbral de madera que adornaba esa puerta, lo vio levantarse lentamente.

El sueco se abrochó la chaqueta mientras caminaba hacia Blanca, conteniendo así sus ganas de tocar esa incipiente barriga, de besarla. De poner el oído para escuchar posiblemente sus latidos.

Lo había hecho muy mal con ella. La había utilizado desde el principio, y ahora ella iba a darle portazo, era justo. Pero ya no estaban ellos dos solos en esta historia. Ahora había alguien más. Ese niño que crecía en el vientre de Blanca, y que había ensanchado el corazón de Einar en un segundo.

–Sé que serás una madre estupenda, pero por favor, tenme en cuenta para lo que necesites. No quiero que estés sola en esto… –Y justo cuando iba a salir, dio un paso atrás para añadir–: ¡Dame una oportunidad de ser el padre que nunca he sido!

Así fue como Einar dejó a Blanca, viéndolo marchar por el pasillo del restaurante, metiendo sus alargadas manos en los bolsillos de su pantalón mientras le daba suerte al verdadero Marshall.

¡Lo extrañaba tanto!, pensó Blanca. Y, en ese momento, notó una sacudida en el interior de su cuerpo. “¿Habría reconocido la criatura que llevaba en su vientre la voz de su propio padre?”, se preguntó mientras pasaba una mano acariciándose su más que deseada barriguita.

OceanofPDF.com

Epílogo

Cuando Blanca entró en la casa, la única que salió a recibirla fue Morgana. Esa gata nunca se olvidaba de las buenas costumbres que le había enseñado su amo. Una vez más la minina pretendía jugar con sus medias, pero esta vez ella tenía algo de prisa, y no tendría tiempo para juegos.

Miró el reloj de su móvil con preocupación. Aquella última reunión se había prolongado demasiado, y encima Carmen había hecho todo lo posible para retrasarla aún más haciéndole miles de preguntas sobre el nuevo menú. ¡Madre mía, hoy sí que perdían el avión! Ya tendrían que estar de camino al aeropuerto. Pero… ¿dónde estaban? De pronto llegaron hasta ella unas risitas procedentes de la terraza.

–¡No, no puede ser! –Y se fue corriendo hacia la piscina con su particular taconeo por el suelo de pizarra. Allí estaban. Einar y Rosalía, padre e hija jugando en el agua. Tan entretenidos que no se habían dado cuenta de su presencia. La pequeña, nadando pizpireta con sus manguitos, esperaba a su padre, que buceaba alrededor de ella para salir más tarde de entre las aguas, asustándola. Sin embargo, Einar no conseguía tal efecto, tan solo gritos de felicidad por parte de su hija.

Era una imagen entrañable, aunque Blanca no lo veía de ese modo. Para ella su padre no había cumplido con su promesa de tenerla preparada cuando ella viniera.

–¡Einar, mira qué hora es! Hoy ni siquiera llevándonos tú llegaríamos a tiempo al aeropuerto, ¿me estás escuchando?

Un nuevo Lönnberg, sin reloj en su muñeca y con el trabajo aparcado durante este largo fin de semana, miraba a Blanca fingiendo desconcierto.

–¡Lo siento!¡Lo siento! Es culpa mía. Tienes razón. –Y mientras hablaba con ella, sacaba a su hija del agua como si fuera en una nave espacial.

Blanca dio un bufido de desesperación, y, cogiendo el móvil, se fue hacia el interior de la casa. ¡Esperaba que al menos hubiera hecho la maleta a la niña! Sus seguras pisadas la llevaron a la habitación que antes había sido

gimnasio, y que ahora se había convertido en una coqueto dormitorio para su hija Rosalía. El propio Einar la había pintado con sus propias manos, ¡toda una obra de arte! Pero sin rastro de la maleta y las cosas de la niña.

–Yvonne, no llegaremos a tiempo para coger nuestro vuelo… ¿Puedes cancelar de alguna manera el billete? –Blanca se mordió el labio, sabía que ya no había nada que hacer, pero ella era de las que nunca perdían la esperanza.

La secretaría de Blanca miró su agenda sin comprender, cada vez que su jefa se iba a Estocolmo perdía un poco la noción del tiempo.

–Blanca, el señor Himura me llamó esta misma tarde para decirme que tenías otra reunión muy importante mañana. Que cancelara el vuelo, ¡y eso hice!

–¿El señor Himura? ¿Esta misma tarde? –Y mientras Blanca se hacía aquellas preguntas retrocedió sobre sus pasos hasta volver al salón. Desde allí podía ver perfectamente a Einar con su rubísima hija en la terraza, estaba secándola mientras repasaban juntos en sueco qué hacía el perrito, el gatito o el lobo. La niña respondía correctamente a cada pregunta de su padre, haciendo que este se derritiera de puro amor–. La próxima vez que el señor Himura te llame para retrasar un vuelo cuando yo esté aquí, por favor Yvonne, ¡pásame la llamada! –¡Vaya, vaya con el astuto Fox! Menudo bromista telefónico estaba hecho.

–Ok, de acuerdo. ¡Que pases un buen fin de semana! –le dijo su secretaria guardando sus cosas en el bolso para empezar ella también con el fin de semana. ¿Su plan para esta noche? Ver por octava vez *Things I never told you* tomando un súper helado de chocolate-chocolate-chip.

–Igualmente… –respondió Blanca y colgó.

Einar la estaba mirando a través del cristal de la balconada, como un niño malo que acaba de hacer una travesura pero busca el perdón de su madre.

–¿Te parece gracioso? –le preguntó Blanca sentándose a su lado, mientras su hija le pedía con las manos que la cogiera.

–Le pregunté a Carmen y no tenías nada que hacer este fin de semana, así que no era necesario que volvieras tan pronto a casa. Por cierto, ¿dónde vivías ahora? ¿En París? –respondió Einar entregándole a la niña, ya seca.

–Tú y Carmen. Carmen y tú. Solo os ponéis de acuerdo cuando conspiráis contra mí. Por eso la muy lista no me dejaba marchar, sabía que al final no me iba a ir a ningún sitio… –Blanca se puso de nuevo el móvil

en la oreja y, cogiendo a la niña con destreza, se la llevó hasta su habitación para vestirla.

–Residencia de los Huxtable… –contestó Carmen al otro lado del teléfono, no solo sabía que era Blanca la que le llamaba, sino por qué lo hacía.

–Gracias, tita Carmen, por el fin de semana a gastos pagados. Pienso ir ahora mismo a tu casa con mi hija para daros la lata todo el día. ¡Tú lo has querido! –Y mientras la pequeña Rosalía metía su cabecita en una camiseta de *La princesa Sofía*, intentaba hacerse con el teléfono por el que hablaba su madre. De modo que Blanca decidió poner el móvil con la función de manos libres y, dejándolo en una estantería cerca del cambiador, siguió vistiendo a su hija mientras hablaba con su mejor amiga.

–Por mí encantada de que mi futura nuera duerma hoy en mi casa. Eso facilitaría mucho las cosas a Einar…

–¿Facilitarle las cosas? ¿En qué sentido? ¿De qué hablas? ¡Carmen, dime todo lo que sabes! ¿Qué habéis vuelto a tramar vosotros dos? –Y mientras corría detrás de Rosalía para ponerle los zapatos, Blanca se hacía una idea de a qué se refería su amiga.

Mañana volvía a ser 6 de junio, y de alguna manera eso significaba que hoy hacía ya tres años que había conocido a Einar.

–He prometido no decir nada. ¡Me juego un viaje a las Bahamas! –De repente Einar apareció en la habitación, sonriente mientras escuchaba la voz de Carmen.

–Eso significa que te está sobornando, Carmen. ¡Pensé que eras una mujer más íntegra! –En realidad Blanca disfrutaba sabiendo que por fin su mejor amiga no estaba en esa eterna actitud beligerante con Einar.

–Para nada, yo siempre he sido perfectamente sobornable. Donde estén unas buenas vacaciones no hay amistad que valga. –Carmen terminó su frase con una risa malvada–. Te daré un consejo, ¡ponte zapato cómodo! Puede que la primera vez que subiste al mirador de Monteliusvägen aguantases la caminata con unos tacones de nueve centímetros, pero las cosas han cambiado, y ya no eres tan joven.

–¡Gracias, Carmen, por tu aportación! Pero el trato era no decirle absolutamente nada a Blanca, para que no sospechase y conseguir un verdadero efecto sorpresa –se adelantó a decir Einar, alzando la voz hacía el

teléfono móvil. En seguida se escuchó un grito de rabia, haciendo reír a carcajadas a Blanca y Einar.

Rosalía miraba a sus padres sin comprender. ¿Por qué estarían tan contentos? Quizás fuese porque estaban juntos, normalmente nunca coincidían, y ella ya estaba harta de preguntar por ellos cuando no los veía. Hoy, sin embargo, su madre no parecía tener ninguna prisa por irse a la nueva casa. ¿Eso significaba que cenarían aquí? ¡Sería genial! Así ella también podría saborear las tortitas que hacía papá, estaban buenísimas con sirope de caramelo.

La pequeña Rosalía fue andando con sus diminutos pies todavía descalzos hacia la cocina, recordaba que era allí donde su padre le hacía aquellas tortitas en las que pensaba. Morgana, como buen ángel de la guarda, siempre la seguía cuando iba sola por aquella casa.

Sus padres, en cambio, iban a permanecer un segundo más en aquella habitación. Einar había rodeado la cintura de Blanca con su brazo, ¿por qué no empezar a recordar lo que había pasado ese mismo día hacía tan solo tres años? Con esta sería ya la tercera vez que le pedía que se casara con él, y esperaba que por fin fuera la definitiva.

–Al menos, aquí sé que no hay cámaras… –dijo Blanca recordando aquella situación en el reservado de aquel pub, ahora aparentemente tan lejana.

–Allí tampoco las había –le dijo Einar sonriendo.

–¿Y tú eres el chico del “yo nunca miento”? –preguntó Blanca apartándose un poco de él, pero sin dejar de abrazar su cuello con los brazos.

Einar miró a la derecha y después a la izquierda, como buscando algo que pudiera ayudarle, mientras Blanca esperaba una respuesta de las suyas.

Desde que había hecho aquel viaje a Tokio, su extraña relación a distancia se había mantenido a base de mucho de ese buen humor que siempre le había atraído de Einar. Pero al parecer, hoy su sueco no estaba muy brillante, de nuevo pensar en ella conseguía desconcentrarle como aquel día que se perdió por las calles de Estocolmo.

–Verás, eso fue antes de decir aquel “te quiero”. ¡Ahora miento a todas horas! Especialmente para conseguir que os quedéis conmigo. Ya no soporto vivir solo, Blanca. Quédate, por favor. Te necesito a mi lado, ¡os necesito! Sois mi familia. –Y Lönnberg ya se creía ganador de aquel beso

esperado, cuando Blanca volvió a apartarse de él, pero esta vez definitivamente.

–Tienes razón, ahora eres un mentiroso compulsivo… ¡Rosalía, nos vamos! Despídete de papá –gritó cruzando el largo pasillo mientras buscaba a su hija: si su instinto no le fallaba, estaría en la cocina buscando galletas de su pastelería preferida.

–Blanca, cariño. ¡Me gustabas más antes, cuando llorabas a moco tendido! ¿Dónde está esa chica sensible que yo conocí? –Einar sabía que esto era parte del juego, y él seguía siendo muy buen jugador.

–¡Ja! No sabes la gracia que me hace esa pregunta, ¡tú la has convertido en lo que ahora ves!

Llegaron a la cocina, y descubrieron a Rosalía con la boca y las manos manchadas de chocolate. Mientras Morgana, con la cabeza metida todavía en el tarro de las galletas, terminaba con las migas que había dejado su hija.

–¡Rosalía! –gritaron los dos al unísono.

–¿No ves? –le dijo Einar mientras cogía la niña al vuelo–. Cada vez vas a necesitar más ayuda…

–Bueno, ya me ayudaste bastante en su momento, ¿no crees? –Y mientras Blanca limpiaba las manos de su hija, un Lönnberg enamorado la miraba ensimismado. Había sido todo un placer ver crecer a la pequeña Blanes, ayudarla a convertirse en la mujer de negocios que ahora era, la madre de su hija. Entonces, no pudo aguantar más, y la besó.

Blanca, haciéndose la sorprendida, terminó por ceder a esos labios que siempre la habían besado como los protagonistas de sus novelas.

Y mientras, Rosalía, muy feliz, aplaudía a sus padres… ¡Por fin se quedarían todos juntos en una misma casa!

OceanofPDF.com

Agradecimientos, disculpas y alguna que otra explicación…

Empezaré primero nombrando a la editorial Harpercollins Ibérica, y en concreto al sello HQÑ, por volver a hacer posible mi sueño de ver publicada una novela. Gracias en especial a Elisa Mesa, mi editora, por tener muchísima paciencia conmigo y confiar en este trabajo, a pesar de ser tan diferente a mi primera novela.

Continuaré dando mis más sinceras disculpas si de algún modo, y a lo largo de toda esta novela, algún lector se puede haber sentido ofendido por mis continuas bromas sobre algo cada día más normal en un hombre como es la alopecia. En mi defensa diré que son ellos los primeros que se ríen de sí mismos. Empezando por mi padre, mi hermano, (y en realidad, casi todos los miembros masculinos de mi familia); y terminando la larga lista de aludidos en compañeros pero también amigos. Hay un sinfín de gente a la que quiero muchísimo, y que de alguna forma han servido para crear el personaje de Einar Lönnberg. A todos ellos agradecerles el haber compartido conmigo tan buenos momentos y enseñarme tanto. ¡En serio, chicos! Sois increíbles, y no os hace falta ninguna melena al viento para quedar perfectos como galanes, porque guapos ya lo sois un rato largo. (Por fuera, pero sobre todo por dentro)

Antes de seguir con los agradecimientos, me gustaría explicar que Einar Lönnberg fue un zoólogo sueco que nació en Estocolmo en 1865. Así que, si de algún modo llega hasta sus tataranietos esta novela, disculparme ante ellos el haber hecho uso reiteradas veces del nombre de su antepasado.

De igual manera me parece que es merecido mencionar en este apartado los blogs que me han ayudado a ambientar esa vida en Estocolmo. Han sido muchas horas de documentación, pero en especial recomendaré por sus divertidas anécdotas: *Monkey goes to Sweden* (gracias a Brannigan, ya que sus comentarios tan sinceros me ayudaron muchísimo), y *Suecia: mitos y*

realidad (su visión desde el punto de vista femenino de Kenia me hicieron entender muy bien el choque cultural que existe entre suecos e hispanos).

Agradecer, como no, al grupo de lectura Papyreando que me invitó a formar parte de una tertulia suya para comentar mi anterior novela, *Pescando salmones en Alaska.* Ellos fueron los que me animaron a crear un protagonista masculino que se saliera un poco del prototipo de una novela romántica. Espero haber superado vuestro reto con esta novela que os dedico con todo mi cariño, por esos ánimos que me disteis para seguir escribiendo.

No me puedo olvidar en este apartado de los revisores de mi manuscrito. Ellos han seguido capítulo tras capítulo esta historia, participando en ella muchísimo, ayudándome a pulir el perfil de los personajes, mejorando el tono de los diálogos… ¡vaya, como siga hablando, se va a notar mucho que en realidad yo no he hecho nada! ¿Por dónde empezar? Cova del grupo Payreando (mil gracias de nuevo por corregir todas mis faltas), mis chicas del grupo *We Are Bibliophiles* (en especial a Antonella y Angie Lovegood), Pilar Ponce (si la gente termina odiando a Einar, es solo culpa tuya), Patricia Sánchez (que también ha servido para inspirar el personaje de Carmen, muy a su pesar… Jejeje), Soledad Bernal (por robar el tiempo que no tienes para poder leerme con todo el cariño de una hermana), Caridad Pérez (ya sé que no te he hecho mucho caso con lo de las palabrotas, mamá, ¡pero es que a veces son necesarias, coñe!, y el que más ha sufrido de todos: Diego López, mi marido. Porque a él no le dijeron nunca que se casaba con una escritora. Gracias, cariño, por haberle puesto voz a Einar para que me diese cuenta que ese diálogo del principio no era muy creíble. Por señalarme un Maserati cada vez que lo teníamos cerca, y enseñarme a apreciar el ruido de ese motor. Por dejarme escribiendo hasta las tantas echándome muchísimo de menos en la cama, por cuidar de la nena para que yo terminara con algún capítulo en el que estaba atascada, por perdonarme mis empanamientos mentales, mis aislamientos musicales, y por ser un padre estupendo y mejor marido.

También debería hablar aquí del pequeño homenaje que he querido hacer a algunas personas presentes en mi vida, poniendo su nombre a algún personaje carismático de la novela. Por eso doy las gracias a: Carmen Alacid, Marina Cascales, Rosa María Pacheco, Rosalía Fernández, Paco Arce, Manuel Sánchez y Víctor Ramón. Espero que os haya gustado la

historia, y que hayáis disfrutado con el personaje que lleva vuestro nombre (aunque no se parezca en absoluto a vosotros).

Agradezco igualmente a las mascotas de la novela por su participación, que existen o existieron en la vida real. Fue un placer conocer a Chuwaca y Luna en algún momento de mi vida, y sé que a sus dueños no les importará haberlos inmortalizado en esta novela. ¡Ellos se merecían eso y mucho más!

Gracias, cómo no, a todas aquellas personas que se han puesto en contacto conmigo de alguna manera para decirme que les gustó mi primera novela, y que van a leer seguro la segunda. Entre ellas, las maravillosas blogueras literarias como Aida Vicente Rubio, que hacen que me crea un poco más esto de ser escritora cuando hacen una reseña de mi trabajo y me recomiendan.

Pido mis más humildes disculpas a Zinedine Zidane, Michael Bolton, Michael Bublé, Carla Crespo y a todas aquellas personas que he nombrado a lo largo de esta novela. Todo ha sido en aras del humor, y espero que así lo entiendan.

Darles las gracias a todos los artistas, actores y cantantes que han formado parte del repertorio de la larguísima playlist que ambienta esta loca historia, que casi podría convertir *Estocolmo de noche* en un musical (ahí lanzo mi idea). En especial dedico las bachatas de la novela a mi excompi Sami Martínez, porque trabajar junto a ella fue un placer, y entre muchas otras cosas aprendí que lo que nunca se puede perder en esta vida es la sonrisa. ¡Gracias!

Ya nos acercamos al final, y por eso no puedo olvidarme de la persona más importante a la que dedico esta historia: mi madre. Ella ha creído en mí y en mis textos antes que nadie. Todos los guiños cinematográficos llevan su nombre y apellidos. Porque mis hermanos y yo crecimos viendo películas como *Siete novias para siete hermanos*, *Psicosis* o *Historias de Philadelphia.* Haciendo que de alguna manera eso condicionara nuestra manera de ser y sentir. Si ella no nos hubiese inculcado ese amor por el cine y el teatro, y no nos hubiese hecho apreciar una buena actuación, no seguiría esforzándome por ser la autora de una historia bien contada. Con personajes reales, que son hermosos a pesar de ser imperfectos.

Por último, hablar de la persona que me empujó a escribir este libro (y él ni siquiera lo sabe). Simplemente porque se le ocurrió decir que no sería capaz de escribir otra novela salvo que volviese a quedarme embarazada.

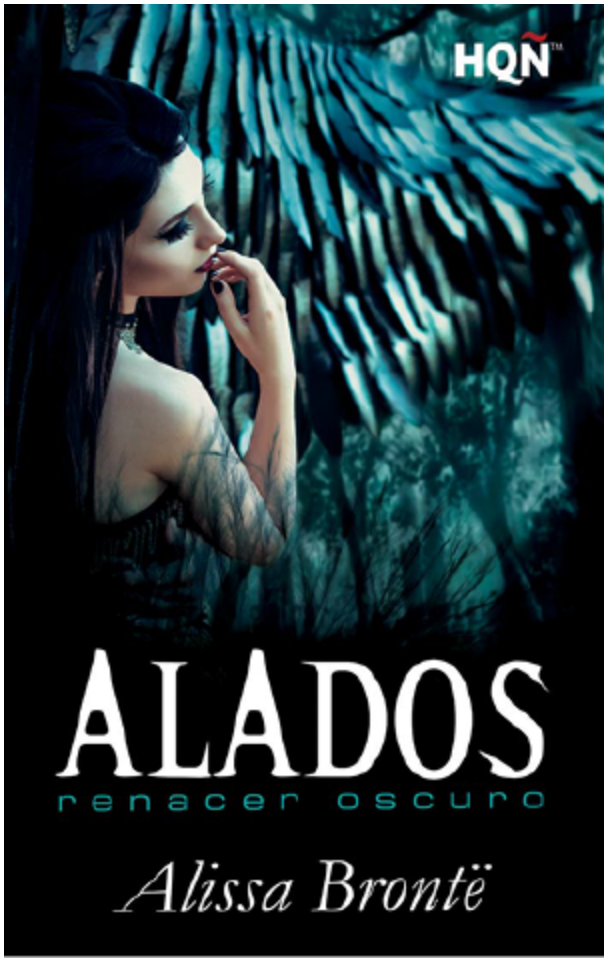
Algo que, aunque lo dijo sin ninguna maldad, a mí me pareció una afrenta. Y para demostrar que no se puede subestimar la fuerza de voluntad de una mujer, aquí tenéis mi segundo trabajo: escrito siendo ya madre de una niña. Trabajando sábados incluidos. Y sin más incentivo que mis ganas de compartir con vosotros esta historia que ha estado durante meses rondando mi cabeza, que habla sobre todo de lo importante que es la motivación para las personas, pues cada día soy más consciente del verdadero papel que desempeñan nuestras palabras si son bien elegidas.

Así que muchas gracias a tod@s, espero que sepáis dónde dirigiros para decirme qué os ha parecido esta historia. ¡Aprendo de todos vuestros comentarios! Y siempre, siempre, SIEMPRE lo haré con una estupenda sonrisa…

Blog: http://blogdeunaescritora.wordpress.com
Facebook: https://www.facebook.com/blogdeunaescritora/
Twitter: https://twitter.com/CaridadEscribe
Instagram: https://www.instagram.com/caridad_escribe
Pinterest: https://es.pinterest.com/bernal1363/

OceanofPDF.com

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com

OceanofPDF.com